

GANADORA DEL SEGUNDO CERTAMEN INTERNACIONAL DE NOVELA HISTÓRICA CIUDAD DE ÚBEDA

MAGDALENA ALBERO ANDRÉS

LOS
CAMINOS
DEL MAR



Lectulandia

En el año 286 a. C. Irene tiene quince años y vive con su padre en Atenas. Su educación, que Kleón ha cuidado con un esmero nada habitual para una mujer, la ha convertido en una joven curiosa y culta. Sin embargo, todo su mundo se derrumba cuando él es encarcelado. Irene queda bajo la tutela de Herófilo, un familiar médico con el que huirá de Atenas. Durante una larga estancia en Creta, donde se ven obligados a recalar, Irene acabará por adquirir conocimientos básicos de medicina, suficientes para despertar su interés por continuar aprendiendo y practicando. Así empieza su periplo por el Mediterráneo, que es a la vez un viaje hacia el descubrimiento de sí misma.

En la aventura vital de la protagonista se cruzan no sólo los dos hombres a los que amará, sino también personajes históricos como Herófilo de Calcedonia, el rey Ptolomeo I o el filósofo Epicuro y las mujeres anónimas —campesinas, esclavas, cortesanas y esposas de ciudadanos griegos—, que la ayudarán a convertirse en adulta. Las peripecias de Irene nos acercan a una época en que la ciencia médica daba sus primeros pasos y el arte y la filosofía formaban la conciencia colectiva y se planteaban dilemas no muy alejados de los que vivimos hoy. Una vida fascinante narrada en una novela imperdible.

SEGÚN EL JURADO DEL II CERTAMEN INTERNACIONAL DE NOVELA HISTÓRICA CIUDAD DE ÚBEDA.

«El jurado valora especialmente que Los caminos del mar es una novela de aventuras, ágil, bien escrita, que recrea con gusto el mundo clásico a través de la vida de Irene, en el siglo III antes de Cristo [...] Es la lucha continua de la protagonista por ser valorada como mujer primero, como médico y finalmente como librepensadora en una sociedad bastante reacia a resonancias femeninas».

Lectulandia

Magdalena Albero

Los caminos del mar

ePub r1.0

Titivillus 08.02.15

Título original: *Los caminos del mar*
Magdalena Albero, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Albert, por estar siempre a mi lado.

1

Aquella tarde se llevó consigo todo lo que yo había sido hasta entonces. Me arrancó de golpe la placidez de mis días, los planes de un futuro que apenas había empezado a trazar y todo aquello que actuaba como referente a mi alrededor. En pocas palabras, mi padre me explicó qué había dispuesto para mí. Me habló de forma pausada, aparentando calma, marcando una distancia entre nosotros que nunca había existido pero que en ese momento creía necesaria para protegerme, para convencerme de que no debía mirar atrás, para ayudarme a iniciar un camino que tendría que recorrer sin él. Nunca, hasta ese día, había intuido el miedo en su voz.

—No pienso ir —le dije secándome las lágrimas con rabia.

—Tienes que hacerlo. —Me tomó las dos manos y fijó en mí su mirada—. No nos queda otra solución.

Me aparté de él. No podía soportar la tristeza que transmitían sus ojos.

—No iré. ¿No te das cuenta de que no puedo abandonarte ahora? ¿Qué van a hacerte? Quiero estar contigo, sacarte de la cárcel. Eres inocente y...

—No puedes hacer nada —suspiró él.

—Claro que puedo. Buscaré ayuda. Tienes amigos importantes. No te van a abandonar en un momento así. Yo..., yo los convenceré —exclamé alzando la voz, sintiéndome fuerte, segura de mis palabras, capaz de salvar a mi padre de una condena injusta.

—No puedes, Irene. —Se sentó y dejó caer las manos sobre el regazo en un gesto de impotencia—. Nadie te ayudará. Y la culpa de que ahora tengas que abandonar Atenas es sólo mía.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sorprendida.

—Que he sido un irresponsable. He tardado demasiado en buscarte marido. Y ahora tu matrimonio es inviable. Yo..., yo ya no puedo ofrecerte una dote.

—Mejor. Crisóforo es un hombre pretencioso e ignorante. No sabes lo contenta que estoy de que no haya vuelto por aquí. No quiero casarme y pasarme el día encerrada en casa.

—¡Ay, Irene! No lo entiendes.

Me explicó que sin dinero y sin la protección de un padre o de un esposo, a una mujer sólo se le abría el camino de la esclavitud, o el de explotar su belleza ejerciendo el oficio de hetaira. No acerté a contestar, y me quedé mirándolo sin poder salir de mi estupor. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas sin que tuviera ya fuerzas para apartarlas a manotazos, como había hecho momentos antes. Mi padre se levantó de la silla y se acercó a mí. Me besó en la frente, me secó las lágrimas con la calidez de las yemas de sus dedos y se arrodilló delante de mí, tomándome las manos de nuevo.

—Hija, has de partir antes del amanecer. Los soldados no deben encontrarte aquí cuando vengan a buscarme.

—Déjame acompañarte hasta el final —le supliqué con la voz entrecortada por el llanto que se había vuelto a desatar con toda su fuerza.

—No puede ser. El barco zarpa a primera hora de la mañana. Herófilo te espera.

Se apartó de mi lado y, dándome la espalda, me dijo con toda la firmeza de la que fue capaz:

—No te preocupes por mí. Estaré bien. Iré a buscarte cuando todo esto haya terminado.

Yo fui hacia él. Mi padre, todavía de espaldas, sintió que me acercaba y levantó la mano derecha para detenerme.

—Vete ya, Irene. Haz lo que te he dicho, por favor. —Su voz sonó tan ronca que apenas pude reconocerla.

Mi padre había sido mi único amigo, mi maestro, mi confidente; el que me ayudaba a tejer sueños, a generar preguntas, a imaginar respuestas. Era él quien me acunaba en las noches de tormenta para que no me asustaran los truenos. Fue él quien me sacó en brazos el día en que un rayo partió el olivo de nuestro patio y provocó un incendio. A él acudía cuando me sentía sola, cuando estaba triste, cuando quería compartir la alegría de algún descubrimiento que había hecho. Mi madre y mis dos hermanos murieron cuando yo era todavía muy niña. Dicen que tenía cinco años y crecía delgada y pálida. Nadie entendió cómo fue posible que me librara de la peste y que mis dos hermanos perecieran por su causa. Eran efebos fuertes y esbeltos, que se entrenaban todos los días en la palestra. Muy ágiles los dos, tenían la ilusión de participar como corredores en las fiestas panateneas, y ya habían ido una vez a Delos, a danzar ante la estatua del dios Apolo. Además, mi padre había planeado su educación con esmero.

Ambos tenían un tutor que los acompañaba a todas partes y asistían a la escuela, donde se iniciaban en las artes de la filosofía, la música y las matemáticas. Mi padre seguía sus progresos y mantenía largas conversaciones con ellos. Quería inculcarles el deseo de comprender el funcionamiento de la polis, la necesidad de crear leyes justas, de controlar la soberbia y la avaricia de quienes detentan el poder, de evitar que la corrupción se apoderara de aquellos que debían velar por el bien común. Él había leído a Platón y a Heródoto; le hubiera gustado vivir en otra época, en los años ya muy lejanos en que Pericles gobernaba y Atenas era la ciudad más importante del mundo conocido.

Mi madre era muy hermosa. Recuerdo los reflejos rojizos de su cabellera mientras su esclava la perfumaba y peinaba. Yo contemplaba ese ritual todos los días, y siempre le pedía a la esclava que me dejara peinarla. Las dos me respondían que eso no podía hacerlo yo. Entonces mi madre me tomaba entre sus brazos y me explicaba alguna historia. Sólo recuerdo una, porque le pedía que me la contara una y otra vez. Hablaba de los campos de olivos que se extendían más allá de la ciudad y que fueron

plantados por la propia diosa Atenea cuando dio el olivo a la tierra. Nunca vi reír a mi madre; apenas esbozaba una sonrisa y sus ojos grises se detenían muy pocas veces en mí o en mis hermanos. Su figura emanaba serenidad, pero también control. No se enfadaba nunca. Y yo jamás me atreví a enseñarle los insectos que recogía en el jardín para observar cómo se movían, cuántas patas tenían o de qué color eran sus alas. Antes de que ella muriera, yo pasaba muchas horas con quien había sido mi nodriza y raramente abandonaba el gineceo para ir a otras zonas de la casa. Jugaba sola y no había visitado nunca el andrón, las salas donde habitaban los hombres.

Dijeron que la peste empezó en las chozas rudimentarias que levantaron en la ciudad los campesinos cuyas granjas habían sido incendiadas a causa de las guerras que provocaban los generales macedonios en su lucha para repartirse el territorio. Allí vivían los que habían huido; hacinados, como animales. No había posibilidad de higiene, pues quienes venían de las montañas no sabían nadar y no se atrevían a bañarse en el mar, como hacían los habitantes de Atenas que no podían acceder a los baños públicos, o que no disponían en su casa de una bañera de barro, piedra o ladrillos. La peste llegó a los mercados de la ciudad, al ágora, a las casas. Afectó a todos por igual: ciudadanos, metecos, esclavos. Hubo familias enteras que perecieron, a pesar de las precauciones que tomaron de no salir a la calle, o de enviar a los esclavos a comprar al mercado con la boca y la nariz cubiertas por un pedazo de tela fina.

Mi madre y mis dos hermanos murieron con pocos días de diferencia. También murió mi nodriza, los tutores de mis hermanos y varios de nuestros esclavos. En medio de tanta agitación, nadie se ocupó de que yo no presenciara los estragos de la enfermedad. Nadie me protegió de la visión de los cuerpos deformados, de la pestilencia, de los gritos de dolor que cortaban el aire, del humo de las hogueras donde quemaban a los muertos. Mi padre se sumió en su dolor, y yo en el mío. Vagamos solitarios entre aquel desconcierto y, cuando la epidemia hubo pasado, nos descubrimos en dos rincones diferentes, llorando a quienes nos habían dejado; enfermos de soledad y de tristeza. Creo que fue entonces cuando él se dio cuenta de que tenía una hija, y yo de que tenía un padre. No sabíamos nada el uno del otro.

Mi padre organizó la purificación de la casa, utilizando agua de los nueve manantiales e incienso. Asistí a la ceremonia todavía muy asustada, me preguntaba incluso si mi padre no hubiera preferido que fuera yo la que hubiese muerto durante la epidemia en vez de mis hermanos. Pero él nunca dio muestras de albergar ese sentimiento, y desde nuestro primer encuentro lo puso todo de su parte para que empezáramos a conocernos y aprendiéramos a querernos. Dispuso que ambos viviéramos en la misma zona de la casa y los dos tuvimos acceso tanto al jardín como al patio. Mantuvo la separación entre los departamentos de hombres y de mujeres únicamente para los esclavos. A partir de ese momento, mi padre empezó a preocuparse de mi educación y a darme todo el cariño que antes había prodigado sólo a mis hermanos. Su trabajo para velar por el cumplimiento de las leyes de la ciudad y

la gestión de sus tierras y otros bienes lo mantenían muy ocupado, pero siempre estaba atento a mis deseos.

Recuerdo el día en que irrumpí en la habitación donde se reunía con sus amigos filósofos, matemáticos, artistas y músicos, para decirle a gritos que ya estaban saliendo las hojas nuevas de los troncos secos de los viñedos que teníamos detrás de casa. Él se excusó, me dio la mano y salimos juntos a observar algo que se repetía todas las primaveras pero que, gracias a mí —me dijo—, él pudo ver con la misma ilusión de la primera vez. No le importaron las sonrisas condescendientes de sus amigos, ni las opiniones de quienes pensaban que yo debía de estar a cargo de las esclavas, ya que no quedaba ninguna mujer en la familia que pudiera ocuparse de mí. Con el paso de los años, sus amigos se acostumbraron a mi presencia en el andrón. Y yo fui primero una observadora atenta y silenciosa, pero luego —alentada por mi padre— empecé a intervenir en sus conversaciones: preguntaba, manifestaba mi acuerdo o desacuerdo con lo que decían, exponía mis razones, escuchaba sus críticas o sus alabanzas; participaba, en fin, en aquellas reuniones de varones sabios.

Unos meses antes de la conversación que cambió para siempre el rumbo de mis días, los encuentros en el andrón habían tomado un cariz distinto. Abundaban los silencios cargados de significado, las expresiones tensas, los ánimos decaídos, una cierta clandestinidad en la forma en que llegaban y salían aquellos hombres de nuestra casa, y las primeras ausencias de algunos que siempre habían asistido a las reuniones y un día decidieron no volver más. Las conversaciones, antaño animadas y sobre los temas más diversos, se fueron convirtiendo en declaraciones de impotencia de quienes, al igual que mi padre, veían su ciudad amenazada por aquellos que sólo buscaban repartirse el poder y mantenerlo, a costa de evitar que creciera la libertad de pensamiento entre los ciudadanos, forzándolos a que vieran en sus gobernantes la imagen humana de los dioses sobre la tierra. Porque, desde la muerte de Alejandro, que se erigió como gobernador absoluto de toda la Hélade, el Gobierno había cambiado varias veces de manos entre sus sucesores, quienes intentaban mantener el control de todo el imperio. Así, cuando Demetrio Poliorcetes se hizo con el poder de Atenas, durante sus largas campañas militares delegaba el gobierno de la ciudad únicamente en aquellos que sabía que no iban a cuestionar nunca su personalidad divina.

Mi padre se rebelaba ante esta situación y, al igual que había hecho antes con mis hermanos, me enseñó a observar cómo el poder de la ciudad estaba cayendo en manos de quienes pensaban que la curiosidad es una enfermedad, que los secretos de la naturaleza están fuera de nuestra comprensión y que no debemos intentar entenderlos. Para contrarrestar esta corriente de pensamiento, que él presentía que iba a aumentar en el futuro, me dio a leer a sus autores favoritos. Y me citaba con frecuencia una obra de teatro de Eurípides en la que éste loaba a quienes se preocupan por hacerse preguntas, a aquellos que se interesan por el orden inmortal y atemporal de la naturaleza, y por comprender su estructura. Creo que mi padre ya

sabía que su carrera al servicio de la ciudad pronto llegaría a su fin. Se sentía vigilado e intuía las sombras de la traición cerniéndose sobre él. No me decía nada, pero yo entendí que su inquietud iba en aumento y que le preocupaba mi futuro. Un futuro que temía que fuera a discurrir sin él. Fue entonces cuando su hermana Helena anunció que venía a visitarnos.

La llegada de mi tía Helena y mis primas me impidió seguir ignorando que mi destino como noble ciudadana ateniense era casarme, y que mi padre debía buscarme marido y preparar mi dote. Helena era una mujer de cuerpo orondo y carácter jovial, dotada de un bello rostro, una sonrisa que sabía utilizar sabiamente para su conveniencia y una capacidad innata para escuchar aquello que no se decía, para adivinar intenciones que pudieran afectarla a ella o a sus dos hijas. Las tres mujeres envolvieron la casa en un torbellino de ropas multicolores, peinados extravagantes, risas, comentarios de desaprobación, consejos y órdenes. Un enjambre de esclavos se movían silenciosos a su alrededor, anticipando el menor de sus deseos. Desde el primer día de su estancia, mi tía no desaprovechó ninguna ocasión para recordarle a mi padre lo mal que me había educado y el incomprensible desinterés que había mostrado en preparar mi futuro. Nuestras comidas diarias eran su momento preferido para abordar ese tema.

—Pero Kleón, ¿cómo has dejado que esta niña creciera así? —Mi tía me señalaba con la mano derecha, en cuyos dedos brillaban varias sortijas.

—Me he ocupado personalmente de su educación —contestaba él ofendido.

—Ya... Ya veo. Tú y tus papiros. Parco favor le has hecho —decía ella mientras se servía trozos de melocotón durante nuestro ágape del mediodía—. ¡Ay! ¿A quién le importan los versos del loco ése que se inventó ya hace tantos años a un personaje que oye cantar a las sirenas?

—Ese loco que tú dices se llama Homero, y ha sido el poeta más grande de nuestra historia —contestaba mi padre con resignación, como quien ha oído ya muchas veces el mismo comentario.

—Ya sé quién fue Homero, no soy tan necia. Pero lo que quiero decir es que una mujer necesita saber otras cosas. Mira a tu hija, ¿sabes que esta mañana ha estado en el ágora? —Y Helena apuntaba hacia mí un dedo incriminatorio.

—Sí, lo sé —respondía mi padre en tono tranquilo, sirviéndose también él un trozo de melocotón.

—Pero ¿cómo se te ocurre dejarla salir sola? —Mi tía Helena cogía la copa para beber un poco del vino aguado que le acababan de servir.

—No iba sola. La acompañaban dos de sus esclavas.

—¡Ay, Kleón! —Lanzó un suspiro largo que dio ilusión de movimiento a los pájaros de alas doradas que tenía bordados en su túnica, a la altura del pecho—. Desde niño hiciste siempre lo que querías, sin pensar en los demás, pero ahora... ¿No

te das cuenta de que estás perjudicando a tu hija con esa actitud tuya? No debes continuar ignorando que lo que hace Irene no es propio de una ciudadana noble y decente como ella.

—No me parece justo tenerla encerrada en casa. Es importante que conozca su ciudad, que aprenda todo lo que pueda. El saber la hará libre.

—No le inculques a la niña esas necedades sobre el saber y la libertad. Mira —mi tía adoptó el tono paciente con el que se habla a alguien a quien le cuesta entender las cosas—, Hipólita y Clelía sólo salen de casa para asistir a los festivales de mujeres y a los funerales. Así es como debe de ser. Y tú dejas a Irene que se mueva libremente por la ciudad. Además..., mírala, alguien debe enseñarle a cuidarse. Y esas orejas..., tendría que aprender a disimularlas.

Instintivamente me llevé las manos a la cabeza.

—¿Qué les pasa a mis orejas? —pregunté.

—Que son grandes —exclamó riendo mi prima Clelía.

—Pero nada que no se arregle dejando caer un par de rizos estratégicamente. Yo te ayudaré a rizarte el pelo, no te preocupes —comentó Hipólita.

—También las disimularán unos buenos pendientes —añadió mi tía.

Las tres me observaron como si fuera un ser extraño. De pronto, y por primera vez, me sentí fea, con mi cabello lacio recogido sin ningún esmero por una cinta de lino, y mi quitón blanco, sin volantes ni dibujos ni bordados. En comparación con Clelía e Hipólita, me vi pequeña e insignificante, sin ningún atractivo. Lejos habían quedado los días de su anterior visita, en los que aún muy niñas las tres, yo organizaba para mis primas los juegos por el jardín, y las animaba a hacer carreras para ver quién corría más deprisa, o a que observaran cómo construían sus nidos los pájaros. Ahora me miraban apenadas y me compadecían por estar todavía sin esposo. Yo no sabía hablar de vestidos, peinados y futuros maridos, y ellas no entendían por qué me interesaban las cosas de las que hablaban los hombres; muy preocupadas, me avisaban de que pronto perdería la belleza de mis ojos de tanto leer papiros. Mi tía instó a mi padre a que dejara mi educación en sus manos.

—¿Cómo has podido dejar que tu hija pasara de la niñez a la edad adulta sin organizar ninguna fiesta que celebrara ese cambio? Así no la vas a casar nunca.

—Ella opina que todavía es muy joven para casarse y yo no quería hacer nada en contra de su voluntad —respondió mi padre.

—¿Joven? ¡Pero si ya tiene 15 años! Hipólita es de la misma edad y está a punto de contraer matrimonio con uno de los generales de nuestro rey, Demetrio —exclamó mi tía con orgullo—. Y la boda de Clelía se celebrará dentro de unos meses.

Mi padre la miró con la expresión de un niño que ha sido descubierto en falta. Y comentó una vez más que él había intentado educarme para que pudiera pensar por mí misma, tomar mis propias decisiones.

—Ya..., haciéndole participar en todas esas reuniones de charlatanes conspiradores que organizas en tu casa. —Me miró con un gesto compasivo—.

Escúchame bien —le anunció a mi padre en tono impaciente—. Debes buscarle marido. No puedes esperar más.

—Sí, claro. Pero...

—Kleón —dijo ella, de pronto muy seria—, o le buscas marido tú, o lo haré yo.

—Está bien —acertó a responder mi padre, dirigiéndome una mirada triste, como si quisiera pedirme disculpas.

Entonces alcé la voz y miré a mi tía Helena con altanería.

—No quiero casarme.

Mis primas cuchichearon entre ellas, dejando escapar risitas de burla.

—No se trata de lo que tú quieras hacer, sino de lo que debes hacer —sentenció tajante mi tía—. Dile que es así, Kleón. Díselo tú. No la mantengas engañada por más tiempo.

Bajo su apariencia de frivolidad, mi tía Helena distaba mucho de ser una mujer estúpida. Rica y viuda, sabía moverse con soltura en un mundo dominado por hombres, y lo hacía sin despertar suspicacias, manteniendo siempre una imagen de mujer sumisa. Pero era una gran observadora de las pasiones humanas y sabía prever acontecimientos que, en principio, parecía que no iban a ocurrir jamás. Nunca se equivocaba. Tampoco se equivocó con respecto a mi padre. En realidad, había venido a nuestra casa para avisarlo, para decirle que su manera de hacer y de pensar le estaba creando enemistades entre quienes habían tomado las riendas del gobierno de Atenas. Estaba segura de que tramarían algo contra él, aunque no sabía qué ni cuándo. Le dijo a mi padre que debía protegerse y, sobre todo, velar por mi futuro. Si algo le ocurriera a él, ella no estaba en condiciones de ayudarme. Que la hija de Kleón viviera en su casa dañaría seriamente la reputación de Hipólita y Clelía. Y mi tía Helena no haría nunca nada que pudiera perjudicar a sus hijas.

Mi padre carraspeó incómodo.

—Es así, hija. Tiene razón Helena. No podemos postergar tu matrimonio por más tiempo. Si algo me ocurriera, necesitarías la protección de un hombre.

—Pero ¿qué te va a pasar?

Me observó unos instantes y pareció que iba a decirme algo, pero calló. Bajó la vista y, mirando al suelo como si se avergonzara, le dijo a mi tía:

—Está bien, Helena. Ocúpate de instruir a Irene en todo aquello que consideres necesario. Yo..., yo le buscaré un marido. —Luego se dirigió a mí y añadió sin mirarme a los ojos—: Haz lo que dice tu tía, Irene. Necesitas completar tu educación. Me he ocupado de que seas libre para perseguir los deseos de tu corazón, pero también debes aprender a adaptarte al entorno. Y eso yo no he sabido enseñártelo.

Me sorprendieron aquellas palabras y el tono apagado de su voz. No entendía por qué mi padre parecía disculparse por la educación que me había dado. Yo estaba muy orgullosa de todo lo que había recibido de él.

Mi tía y mis primas me instruyeron en asuntos de belleza femenina, y en las obligaciones de una esposa y futura madre de ciudadanos atenienses. Y así fue como,

durante el tiempo que estuvieron en casa, aprendí a depilarme, a peinarme, a llevar el quitón bien ceñido a la cintura, a saber moverme dentro de faldas muy amplias, a envolverme en un himatión con coquetería, a elegir los adornos más adecuados, y a esperar con ilusión la llegada de un marido y de una nueva vida como mujer adulta. Pero yo seguí leyendo, manteniendo largas conversaciones con mi padre y participando en todas las reuniones que él organizaba en casa.

Si debía casarme lo haría, pero eso no iba a impedir que me sintiera libre.

2

Mi padre me trajo al mejor pretendiente que pudo encontrar, teniendo en cuenta la premura que le imponía su hermana y las pocas ganas con las que desempeñaba esa función, necesaria pero dolorosa para él. El que iba a convertirse en mi esposo era hijo de un buen amigo de mi padre, compañero de juegos en la palestra y propietario de las tierras colindantes a las nuestras. Crisóforo era un hombre todavía joven, tenía los ojos de un azul grisáceo, la piel muy blanca y la barba afeitada, siguiendo la costumbre que iniciara Alejandro el macedonio. Había terminado su formación militar y se ocupaba de la gestión de los bienes paternos. A mí no me pareció que estuviera muy interesado por la tierra, las cosechas y las ventas de sus productos, pero sí por las leyes y la actividad política de la ciudad. Tenía una oratoria hábil, de palabra fluida y gesto convincente, y un brillo especial en la mirada del que entonces no supe descifrar el significado, pero que he visto después en todos los hombres ambiciosos que he conocido. Admiraba a mi padre y lo halagaba sin reservas.

Mi tía Helena aprobó la elección y dio por finalizada su estancia en nuestra casa, no sin antes dejar establecido un protocolo de visitas, formas de comportamiento, intercambio de obsequios y fechas que los dioses consideraban más propicias para la boda. Yo empecé a recibir a Crisóforo en casa tal y como me había dicho mi tía: con muchas sonrisas y pocas palabras. Pero la primera vez que compartió una comida con nosotros me di cuenta de que me iba a ser muy difícil seguir esos consejos. Lo vi comer deprisa, cogía trozos de codorniz asada con higos y miel y los despedazaba entre sus gruesos dedos antes de llevárselos a la boca. No me gustaron sus manos, ni la avidez con la que despachaba todo lo que se le ponía en la mesa. Pero menos aún me agradó su conversación.

—La última riña en la que participé —dijo mientras se chupaba los dedos llenos de grasa— fue estupenda. Las aves peleaban con tanta fuerza que nunca había sentido mayor placer al observarlas.

—¿Las aves peleaban? —Me atreví a decir.

—Sí, las codornices macho. Las preparamos para esas riñas. ¡Y para comérmolas después, claro! —Rió complacido—. Primero las cazamos vivas, las guardamos enjauladas y las alimentamos con cañamones y trigo verde. Quien consigue que su ave sea la última en morir gana la partida. Y luego las guisamos. Algunos aseguran que su carne es laxante y que se debe consumir con la debida precaución; pero yo os digo que untadas con manteca de cerdo, doradas en el asador y sin más condimento que una hoja de laurel son un bocado digno del mismísimo Zeus.

—¡Ah! —repuse yo por decir algo. Miré de nuevo aquellos dedos cortos y cubiertos de grasa. Sentí asco.

Mi padre se dio cuenta e intentó reconducir la conversación.

—La codorniz habita gran parte del año en Etiopía, cruza el mar y reposa en la isla de Delos. Por su bravura, está consagrada a Heracles.

—Sí —añadí más animada—, cuenta Clearco de Soli que Ioalo hizo volver a un hombre de nuevo a la vida colocando una codorniz junto a su boca.

Crisóforo dejó de comer y me miró con sorpresa.

—Clearco... —empezó a decir. Pero no terminó la frase. Dándome casi la espalda, se volvió hacia mi padre y empezó un largo monólogo sobre la perfección de las leyes que regían la ciudad de Atenas y la honestidad de quienes debían hacerlas cumplir, entre los que se encontraba mi padre.

A partir de aquel día, siempre fue lo mismo. Crisóforo hablaba y hablaba, y si yo intervenía, él me miraba sin entender y con un gesto de desaprobación continuaba dirigiéndose exclusivamente a mi padre, como si yo no estuviera en la sala. Resignada a escuchar sus historias, me sentaba muy quieta y bien peinada, esperando que la visita terminara pronto para correr a ponerme ropas cómodas, liberar mi cabello de artificios y sentarme a leer a la sombra de una higuera que teníamos en el jardín.

Nada en Crisóforo despertaba en mí la emoción que había sentido otras veces al observar con disimulo a algún hombre en el ágora. Tampoco él me miraba nunca como lo habían hecho otros, ni el contacto de su mano con la mía me despertaba deseo o miedo, las dos posibles reacciones que me habían anunciado mis primas. Simplemente me encontraba a disgusto en su compañía. Ni siquiera mi padre parecía sentirse cómodo en presencia de aquel hombre joven y adulator. Desconfiaba de las atenciones desmedidas que le dedicaba y había sabido leer en mi rostro una conformidad triste con la nueva situación, totalmente ajena a mi naturaleza, que él conocía tan bien. Pero quizás ya estaba escrito en mi destino que aquel matrimonio no se celebraría nunca, y que las visitas de Crisóforo cesarían poco tiempo después de haberse iniciado.

La calumnia cayó sobre nosotros cual lluvia de granizo que deja los campos blancos y yermos, como si la nieve hubiera bajado del monte Parnaso y viajado misteriosamente hasta Atenas. En unas horas mi padre pasó de ser un ciudadano respetado a alguien a quien se acusaba de traidor. De madrugada llegaron los soldados a casa, liderados por un hombre de baja estatura y porte altanero que no iba de uniforme pero que daba órdenes tajantes. Apartaron a golpes a los esclavos que intentaban preguntar por el motivo de su visita y mandaron llamar a mi padre, a quien le ordenaron que los llevara a la sala donde se celebraban sus reuniones. Cuando —alertada por el ruido— llegué a donde estaban ellos, instintivamente busqué un lugar donde esconderme. Al ver que se alejaban los seguí sin ser vista, salí al andrón y observé desde allí cómo entraban en la sala. La ventana abierta me permitía ver, desde el exterior, y en el lado opuesto del patio, lo que estaba ocurriendo. Me oculté tras las columnas del peristilo y me asomé con cuidado.

El hombre que no iba vestido de soldado se dirigió al armario donde mi padre

guardaba sus papiros envueltos en paños de lino para protegerlos de la humedad. Tras buscar entre ellos, encontró un rollo sin funda. Se acercó a mi padre con aire triunfal.

—¿Qué es esto? —Le puso el papiro demasiado cerca de los ojos.

—No lo sé. No es mío.

—¿No es tuyo? —Rió el hombre con sorna.

—No. No lo es.

—Pues..., ¿qué hace entonces en tu biblioteca? —replicó irónico.

—Es la primera vez que lo veo. ¿Qué es?

Mi padre estaba erguido y mantenía su aplomo, con la mirada alta. El hombre desenrolló el papiro despacio, buscando el efecto de sus movimientos, observando de soslayo a mi padre, quizá con la esperanza de interceptar algún gesto que lo delatara. Parecía muy seguro de que iba a encontrar una prueba de su culpabilidad. Mantuvo el rollo abierto, lo leyó y le señaló a mi padre la parte inferior derecha.

—Conoces este sello, ¿verdad?

Mi padre asintió.

—Pues entonces no debes ignorar que ésta es una carta de Demetrio Poliorcetes, nuestro rey.

—A mí no me ha escrito nunca el rey. Esa carta no es mía. No entiendo cómo...

—¡Calla! No intentes disculparte. A mí no me vas a engañar. Sabes muy bien qué contiene esta carta.

—No, no lo sé —repuso mi padre con firmeza.

—¡Atadlo! —ordenó el hombre a los soldados.

Ahugué un grito y me agazapé detrás de las columnas.

—Me parece que he oído algo ahí afuera —comentó un soldado.

Contuve el aliento; temía que alguno de aquellos hombres llegara a oír los latidos de mi corazón. El soldado debió asomarse a la ventana porque le oí decir:

—No se ve a nadie desde aquí.

—Debe de haber sido algún criado —dijo el que mandaba—. No me importa que nos escuchen... Que sepan que pronto van a cambiar de amo.

Volví a asomar la cabeza para seguir observando.

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamó mi padre—. Los esclavos son de mi propiedad.

—A partir de ahora, no. Mira, Kleón, hijo de Sosánemo. Has cometido una falta muy grave. Esta carta —dijo señalando al papiro— no estaba destinada a ti, pero la hemos encontrado en tu casa, escondida. ¿Qué te proponías?

—¿A quién iba dirigida la carta? Me gustaría saberlo —preguntó mi padre, quien, a pesar de intentar conservar la serenidad en su voz y en sus gestos, no pudo evitar una cierta ironía en su tono.

—¡Insolente! ¿Cómo te atreves a utilizar ese tono conmigo? —gritó el hombre.

Los soldados obedecieron a un breve gesto de su cabeza y estiraron con más fuerza las cuerdas con las que mantenían las manos de mi padre atadas a su espalda.

—Mira, te voy a explicar lo que ya sabes —dijo el hombre. Hizo una pausa casi teatral; parecía disfrutar de aquel momento—. La carta iba destinada al primer mandatario de Atenas, quien tenía que haberla recibido hace diez días.

Una expresión de sorpresa se dibujó en el rostro de mi padre.

—Y pedía un nuevo contingente de soldados para el campo de batalla. Por tu culpa, por haber interceptado esta carta, el refuerzo de hombres llegará demasiado tarde y perderemos la batalla. Estarás contento con tu hazaña, ¿no? —Dio una vuelta completa alrededor de mi padre y volvió a hablarle cuando lo tuvo de nuevo cara a cara—: Gracias a ti, quizá perdamos también esta guerra. Es lo que querías, ¿verdad?

Desde donde me hallaba pude observar la inmensa tristeza que desdibujaba las facciones del rostro de mi padre. Se había convertido de golpe en un hombre cansado, en el anciano que todavía no era. Sentí su abatimiento como un golpe seco que rompió en mil pedazos algo dentro de mí que todavía no fui capaz de precisar. Mi padre permaneció unos instantes sin decir nada. Luego se irguió, miró a su interlocutor directamente a los ojos y exclamó con voz clara:

—Yo no he interceptado ninguna carta. Alguien la ha puesto aquí para culparme de algo que no he hecho.

El hombre soltó una carcajada y dijo en tono despectivo:

—Y yo me voy a creer lo que dices. Tú, el rebelde, el conspirador Kleón. Todos te conocemos ya, sabemos cómo piensas. —Con un gesto solemne, se arregló los pliegues de la túnica, se situó muy cerca de mi padre y alzó la cabeza todo lo que pudo para compensar su baja estatura—. ¿Acaso esperas que alguien vaya a creerte?

Mi padre no contestó.

—Podéis soltarlo —ordenó a los soldados—. No escapará. Vigilad la casa. Que nadie entre ni salga de ella. Tú, Kleón, quedas retenido aquí en espera de juicio. —Y con una risita añadió—: Pero yo en tu lugar no me haría muchas ilusiones sobre el veredicto final.

Yo no podía dar crédito a lo que estaba ocurriendo. No entendía nada. Tampoco fui capaz de intuir hasta qué punto aquella visita cambiaría el acontecer de mis días. Sólo sentía la fuerza de la ira, que me enviaba un calor desconocido a las mejillas, y una sensación extraña en las piernas, que parecían quererse clavar en la tierra mientras yo les estaba ordenando correr. No sé cómo conseguí huir de mi escondite y refugiarme en mis habitaciones antes de que me viera aquel hombre al salir, o los soldados que se disponían a iniciar sus guardias a la puerta de nuestra casa.

Mi padre nunca supo cómo llegó aquella carta a su biblioteca, pero sí entendió la estrategia a la que servía. A causa de su oposición a las continuas ansias imperialistas de Macedonia, y de su desacuerdo con respecto a la índole divina que se había otorgado al poder absoluto de los sucesores de Alejandro en el Ática, mi padre se había convertido en un objetivo de los poderosos. El miedo que había llevado a varios de sus antiguos amigos a abandonar las tertulias en nuestra casa era sin duda también el motivo por el cual alguno de los que todavía acudían se había avenido a colaborar

con quienes pretendían mantener un poder sin fisuras. Éstos se creían con el derecho a dirigir el destino de los demás y no podían aceptar que alguien cuestionara sus decisiones, o simplemente aportara una perspectiva diferente a su forma de hacer las cosas. Habían decidido, además, que la acusación contra mi padre tenía que convertirse en un aviso para otros, una constatación de lo que podía ocurrirle a quien se atreviera a pensar por su cuenta en los asuntos de Estado. El castigo, por tanto, debía ser ejemplar, y con unos efectos que duraran largo tiempo.

Creo que eso fue lo que salvó a mi padre de la muerte. Era más instructivo que se viera despojado de su posición, perdiera casa y fortuna, y se le condenara a muchos años de prisión. Le anunciaron que el juicio contra él se celebraría en dos días y que, mientras tanto, permanecería en su casa vigilado por los soldados, para que todo Atenas pudiera pasar por delante de donde vivía y gritar «¡Traidor!». Y así fue como ocurrió. Durante las horas que siguieron no dejamos de oír los gritos de la multitud, y ninguno de sus amigos se acercó a visitarlo. Yo ya no volví a ver a Crisóforo, mi prometido. Años más tarde supe que, tras la detención de mi padre, él se había convertido en un brillante orador populista, defensor absoluto de la personalidad divina de quien quiera que estuviera en el poder.

Con la condena de mi padre se desbarató el orden de mi universo particular. «Vete ya, Irene», me había dicho. Recuerdo todavía aquella mano alzada, deteniendo mi avance hacia él, su voz afectada por la emoción y la forma en que quiso darme confianza en mi futuro.

—Herófilo es un hombre bueno y sabio. Sé que cuidará de ti como si fueras su hija. Te está esperando en su casa. Ya sabes dónde vive, está a pocas calles de aquí. Le mandé recado con Filón de que acudirías al amanecer, a tiempo de tomar el barco que os llevará a Alejandría.

—Pero ¿qué voy a hacer en Alejandría, tan lejos de ti? —le contesté intentando una vez más convencerlo de que me permitiera quedarme con él en Atenas.

—Es el lugar más seguro, créeme. Además, te puede ayudar la compañía de Caledonia, la esposa de Herófilo. Ella también agradecerá tu presencia en la casa durante las largas horas que Herófilo pasa en el Museo.

Mi padre se mantenía de espaldas a mí y se esforzaba por parecer ocupado organizando sus cosas. Yo seguía llorando de manera sumisa. Había entendido finalmente que debía irme, pero la pena impedía que me moviera de la sala que estaba a punto de abandonar para siempre. Sabía que le estaba haciendo las cosas más difíciles, pero no podía evitarlo. Mi padre continuó hablando con toda la serenidad de que fue capaz.

—Conocí a Caledonia hace unos años, y es una mujer alegre y culta que no teme expresar lo que siente y decir lo que piensa. Creo que te gustará hablar con ella, aprender de ella.

—Pero ¿qué voy a hacer en aquella casa? Yo...

—Y Alejandría es una ciudad libre —me interrumpió él—. Allí acuden quienes buscan comprender todo aquello que nos rodea, convertir la curiosidad en conocimiento.

—Y eso a mí ¿qué más me da, si no te tengo a ti, padre, para compartirlo?

—Ahora debes irte, el tiempo se acaba —dijo con firmeza—. Y confía en Herófilo.

Entonces se volvió, vino hacia mí y me abrazó. Yo me quedé pegada a él, humedeciendo su túnica con un llanto que no era capaz de contener, cerrando con fuerza mis brazos alrededor de su cintura. Me tuvo así un rato, acariciándome la cabeza como había hecho desde que murió mi madre, diciéndome palabras de ánimo, prometiéndome un futuro mejor, un futuro en el que probablemente volveríamos a estar juntos. Después guardó silencio y empezó a despegarse de nuestro abrazo, poco a poco, con suavidad. Me miró una vez más, y me pidió que lo dejara solo. Y cuando salí de la habitación me sentí perdida en aquella casa, que se me hizo de nuevo grande y ajena, misteriosa y prohibida, como lo había sido durante los primeros años de mi infancia. Aquellos días en que mi padre era todavía un desconocido para mí, y mi madre una presencia etérea de la que poco pude llegar a saber durante el corto tiempo en que compartimos los espacios femeninos de nuestra casa.

No me preocupaba el largo viaje por mar al que debía enfrentarme, ni el desconocimiento del lugar donde viviría. Lo que me llenaba de inquietud era dejar atrás todo lo que había sido mi mundo hasta entonces. Pero presentía también que el alejamiento físico no borraría nunca el amor que me unía a mi padre, la fuerza y confianza que me había inculcado, la honestidad con la que me había educado y la curiosidad insaciable que había sembrado en mí. Sabía que tampoco se borrarían las imágenes inquietantes que guardaba en mi memoria, las que me asaltaban mientras dormía y me devolvían, una y otra vez, a la epidemia de peste que se cebó en nuestra familia.

Obedecí a mi padre y salí de casa de madrugada, poco antes de que vinieran a buscarlo a él. Guiada por la luz todavía brillante de la luna crucé deprisa las salas silenciosas, las dependencias vacías de los esclavos, la caballeriza de la que ya se habían llevado los caballos, y atravesé la pequeña apertura en la parte trasera del andrón, practicada cuando, años atrás, mi padre había decidido ampliar la casa. En el lado opuesto al que había utilizado para entrar, todavía se conservaba la antigua puerta, construida en la parte inferior. La puerta se abría a unos viñedos de nuestra propiedad y quedaba escondida tras una espesa madreselva que se desbordaba por encima del muro que separaba el jardín de los campos que lo rodeaban por la parte trasera. Abrí la puerta sin dificultad y salí. Me acogió el perfume dulzón de la madreselva en flor; el olor de mi infancia. Llevaba escondido bajo el himatión un pequeño hatillo con un recambio de ropa, un muñequito de madera que me talló mi padre cuando era niña, un peine que perteneció a mi madre y una peonza con la que

habían jugado mis hermanos. Colgado del cuello, y tapado por la túnica, llevaba escondido un anillo que fue de mi madre, y antes de mi abuela. Era una joya valiosa que mi padre había conseguido esconder, y salvar así de la rapiña de quienes, en nombre de la ley, se llevaron todo cuanto poseíamos.

Me alejé de casa andando entre los viñedos hasta que llegué a un camino de tierra que me llevó hasta tres calles más abajo. Anduve deprisa en la calma nocturna del barrio lujoso donde había vivido hasta entonces; pasé por delante de las casas dormidas de nuestros vecinos, temerosa de que el ruido de mis sandalias sobre las piedras grandes y lisas despertara a quienes seguramente me reconocerían y no vacilarían en denunciarme, como tampoco habían dudado antes en ir a gritar «¡Traidor!» a la puerta de nuestra casa, tal y como les habían instado que hicieran.

Me detuve al escuchar unas voces y pasos cercanos. Corrí a esconderme tras un muro y asomé la cabeza con cuidado para ver quién venía. Eran soldados, los vi aparecer una calle más arriba y girar en dirección a la casa de mi padre. Me quedé allí, inmóvil. Sentía una presión muy fuerte en el pecho, el pulso acelerado en las sienes, y la garganta atenazada por algo que era a la vez un grito de rabia, un lamento de impotencia, un espasmo de miedo, y la fuerza de muchas lágrimas retenidas. Era un llanto que todavía tardaría mucho tiempo en manifestarse y que, cuando finalmente lo hizo, ya muy lejos de Atenas y de aquellos días, borró lo poco que quedaba ya de aquella niña diferente, pero confiada, protegida y segura, que yo había sido una vez.

Cuando al fin conseguí llegar a la casa de Herófilo, el alba comenzaba a asomar por encima de las colinas del Himeto.

Yo había visto a Herófilo varias veces en compañía de mi padre, incluso lo había visitado en su casa siempre que pasaba alguna temporada en Atenas. Era primo hermano de mi madre y provenía de Calcedonia, en el estrecho del Bósforo. Mi padre y él habían entablado una buena amistad que no se interrumpió cuando Herófilo se fue a vivir a la nueva ciudad que proyectara el gran Alejandro. Practicaba el arte de la Medicina en Alejandría y estaba pasando una temporada en Atenas, impartiendo sus conocimientos a un grupo de jóvenes interesados en los nuevos métodos de diagnóstico y curación. No era un hombre joven, pero se movía con agilidad. Tenía las manos largas, de dedos muy finos, y la mirada serena pero atenta. Sonreía poco y cuando hablaba, lo hacía con tal precisión que sus argumentos no necesitaban explicaciones posteriores. Yo había escuchado sus teorías sobre el lugar donde se encuentra la inteligencia ya que él, contrariamente a lo que decía Aristóteles, la localizaba en el cerebro, no en el corazón. En su última reunión en nuestra casa, mi padre y Herófilo, sospechando ya que algo se avecinaba, habían tomado la decisión de que, llegado el caso, yo abandonara Atenas y viviera en Alejandría bajo su tutela.

—Que los dioses te bendigan, Irene. Pensaba que no llegarías a tiempo —dijo Herófilo al verme. Sonrió con amabilidad. Sus ojos castaños se detuvieron un momento en los míos—. No te preocupes, todo irá bien. Vamos adentro.

Me pasó el brazo alrededor de los hombros, como siempre hacía mi padre, y yo me aparté, arisca y desconfiada.

En la penumbra de la casa observé la figura de un hombre joven que se acercó a nosotros y al que Herófilo me presentó como Linos, su discípulo. Apenas lo saludé con un gesto rápido y me quedé quieta en un rincón, mirando al suelo. Linos se acercó a mí para cogerme el hatillo.

—Dámelo. Ya te lo llevo yo.

Le arranqué con brusquedad el paquete de la mano y lo miré con recelo.

—Puedo hacerlo yo, gracias —le contesté en un tono que me salió más cortante de lo que pretendía.

Entonces Herófilo le hizo un gesto a Linos y éste se apartó de mi lado. Enseguida me arrepentí de haberme comportado con los dos hombres de manera tan desagradable. Sin duda los había ofendido; no merecían que les diera ese trato cuando lo único que pretendían era ayudarme. Me quedé un poco apartada, y desde mi rincón me puse a observar a Linos con disimulo. No debía de ser mucho mayor que yo. De corta estatura, delgado y pálido, poseía sin embargo una hermosa cabeza en la que resaltaba su cabello negro y ondulado, la nariz recta y la mirada ansiosa de alguien de naturaleza noble, pero a la vez temerosa. Él ya no se atrevió a decirme nada más.

Herófilo y su discípulo lo tenían todo preparado para partir hacia El Pireo y enseguida nos pusimos en camino. Yo no tenía ganas de hablar ni fuerzas para hacerlo. Ellos respetaron mi silencio. Los caballos tiraban con brío del carro que

conducía un esclavo. Pasamos por zonas de la ciudad que yo no había visitado nunca. A medida que nos acercábamos al puerto, las calles se hacían más estrechas y los edificios aparecían más juntos. Formaban un conjunto de construcciones irregulares de color barro que empezaban a abrirse al nuevo día adquiriendo la forma de talleres, tiendas o casas de las que emergían hombres que iban a alguna parte y donde las mujeres, celosamente guardadas en su interior, se afanaban ya en la preparación de alimentos y en el cuidado de los hijos y de los animales. Olía mal en aquellas calles; me sorprendió ver excrementos y también restos de comida pudriéndose en el suelo bajo el polvo que levantaban los caballos. Sentí náuseas y me cubrí la cara con el himatión.

Era ya de día cuando llegamos al puerto. Aturdida, escuchaba los gritos de los comerciantes que mandaban a los esclavos estibar los barcos, los relinchos de los caballos, los gritos de una pequeña multitud que trajinaba con la energía de una nueva mañana. Mientras, el sol se afianzaba en un cielo sin nubes, iluminando un mar de un azul muy similar al que había tenido el cielo poco antes con la aparición de las primeras luces del alba. Las embarcaciones se alineaban esperando su carga de personas, animales y mercancías. Algunas parecían especialmente ostentosas, con decoraciones de oro en los costados e incluso en los remos. Vimos las que estaban a punto de desplegar sus velas y otras que ya se dirigían hacia mar abierto. En el puerto había también una pequeña flota de tres trirremes vacíos, preparados seguramente para ponerse en camino durante los próximos días. Observé, impresionada, su gran tamaño, la popa cóncava, el espolón con punta de bronce en la proa y las tres filas de remos alzados que pronto se pondrían en movimiento para lanzarse al siguiente combate. Me levanté de la banqueta y me puse de pie con dificultad; me temblaban las piernas. Antes de bajar del carro miré una vez más hacia las colinas buscando el lugar donde estaba mi casa. El azote de un escalofrío me agujijoneó la espalda. Me preguntaba qué le estaría ocurriendo a mi padre en esos momentos y cómo iban a ser sus días, privados de libertad. Quise convencerme de que volveríamos a vernos.

Durante las primeras horas de navegación me convertí en una compañía taciturna para Herófilo y su discípulo Linos; una sombra silenciosa, un ser triste, enfermizo y pálido, que vomitaba cuanto comía poco después de haberlo ingerido. Ellos me cuidaron y se preocuparon de que no me faltara el agua, que me administraban en pequeñas cantidades y endulzada con un poco de miel que Herófilo llevaba en su caja de medicinas. Eran amables y eficaces, pero hablaban con frecuencia entre ellos de plantas medicinales, curas y cirugías, utilizando conceptos que yo no podía entender. Los observaba desde mi silencio, manteniéndome a una cierta distancia. Herófilo hablaba con aplomo, sin perder en ningún momento su pose serena y poco expresiva, que contrastaba con el discurso agitado de Linos, quien movía manos y cuerpo al hablar. Su mirada vivaz transmitía el entusiasmo con el que formulaba a Herófilo

preguntas y más preguntas, en su intento por buscar explicaciones a todo lo que había observado.

—Maestro, ¿es cierto que hay lugares dónde se desconoce la existencia de la cura de Hécate?

—Sí, y eso que pueden fabricarla con facilidad. En muchos de esos sitios hay ríos y los sauces crecen a su alrededor —respondía Herófilo.

—Ya, y no conocen las propiedades de su corteza...

—Bueno, puede que las supieran alguna vez pero, por algún motivo, quizá relacionado con el carácter misterioso de la diosa Hécate, crecieron las supersticiones y la fórmula de cómo utilizar la corteza de ese árbol para curar distintas enfermedades no se transmitió, por lo que se perdió ese conocimiento.

Seguían hablando así, de maestro a discípulo, durante un buen rato. Luego su conversación se hacía más distendida, dejando incluso espacio para la anécdota. Entonces Herófilo sonreía y miraba a Linos con ternura, de una forma no muy diferente a como me miraba mi padre. Era en momentos así cuando uno de los dos, casi siempre Herófilo, reparaba en mi presencia callada e intentaba introducirme en la conversación. Yo me daba cuenta de que no sabía qué decirme, por lo que a menudo recurría a hablarme de mi padre, del tiempo que habían pasado juntos cuando eran jóvenes, de lo mucho que había aprendido de él y de la inmensa injusticia que habían cometido con alguien que había hecho tanto por Atenas. Me repetía una y otra vez que mi padre era el hombre más honesto e inteligente que había conocido.

—Sabes, Irene, tu padre me había dicho muchas veces que quería visitarme en Alejandría. Me comentó que incluso le hubiera gustado irse a vivir allá, pues sabía de los planes del rey Ptolomeo Sóter y los aprobaba. Pero no quería abandonar su ciudad, sus amigos, sus tierras.

—Sí —respondía yo—. Varias veces hablamos de eso.

Ni él ni yo sabíamos cómo continuar la conversación. Me invadía el temor de que aquel hombre, obligado por las circunstancias y la lealtad a un familiar y amigo, se sintiera atrapado en la responsabilidad de cuidar de alguien tan desamparado como estaba yo entonces, y no supiera cómo hacerlo. O que no quisiera. Intentaba adivinar hasta qué punto me había convertido en una pesada carga para él. Evitaba hacerle partícipe de mi nostalgia o preguntarle si había pensado en qué podría hacer yo una vez llegáramos a Alejandría. Cuando él veía que en mis ojos volvían a brillar las lágrimas que yo me esforzaba por retener, desviaba la conversación hacia otros temas, o buscaba la complicidad de Linos para procurar distraerme y que me olvidara por un rato de la suerte de mi padre. Pero eso no sucedía; continuaba triste y lacónica, encerrada en mí misma, intentando comprender qué me estaba sucediendo.

Creo que fue mi actitud reservada lo que contribuyó a que me sintiera excluida e ignorante en compañía de Herófilo y Linos. También comencé a tomar conciencia de mi aspecto. Estaba sucia, olía a vómito y a sudor y no podía lavarme ni cambiarme de ropa. Me mojé el cabello con agua de mar e intenté recogerlo y mantenerlo en su sitio

para evitar en lo posible tener un aire tan desaliñado. Y tan pronto como oscureció me instalé en el mismo rincón que las noches anteriores, lejos de las conversaciones de mis compañeros de viaje y de los gritos y los juegos de dados con los que se entretenían los demás pasajeros. Al cabo de un rato, no sé si el mar recuperó la calma o fui yo la que finalmente me acostumbré a su balanceo. Poco a poco, empecé a sentirme mejor. Cerré los ojos y me quedé dormida.

El sol de un nuevo día me arrancó del sueño, que se había interrumpido varias veces durante la noche y al que había sucumbido poco antes. Me levanté y subí a cubierta. Me envolvió la luz brillante de la mañana recién estrenada. Navegábamos en un mar tranquilo. Por primera vez desde que había embarcado, el aire olía de manera distinta. Supuse que sería la brisa que traía el mar, tan diferente a la que venía de las colinas de Atenas y que aportaba el perfume de las flores de sus jardines y de las plantas que crecían en sus campos. Me gustó aquel nuevo e intenso aroma, me atraía sin saber por qué. Nos movíamos despacio en medio de aquella inmensidad azul. Entonces, muy cerca de donde estábamos, vi salir del agua a un delfín. Luego otro tras él, y otro, y otro más. Tenían el morro alargado y la boca parecía esbozar una sonrisa. Por un momento quedaban suspendidos en el aire; su piel brillando al sol. Después desaparecían bajo las aguas dejando un rastro de espuma blanca que se desvanecía poco a poco. Y volvían a surgir un poco más adelante. Parecía que quisieran acompañarnos. Mientras los observaba, sentí curiosidad por saber qué había debajo de las aguas. Al mismo tiempo, el miedo se agarró a mi garganta al caer en la cuenta de que no sabía nadar. Seguramente mi padre nunca imaginó que un día tendría que cruzar el mar para dirigirme a otra tierra, lejos de donde había nacido. Durante todo el tiempo que duró nuestro viaje no dejé de preguntarme cuántas cosas desconocía; aspectos de la realidad que quizá fueran cruciales para desenvolverme a lo largo de aquel camino en solitario que me había visto obligada a iniciar.

Linos se acercó, me ofreció un poco de pan con semillas de sésamo y unas aceitunas y se sentó a mi lado. Comentó lo mucho que había mejorado mi aspecto y también la suerte que teníamos de navegar por un mar en calma. Me habló de la tempestad que los había sorprendido en su viaje hacia Atenas: el barco se movía de tal forma que muchos perdieron toda posibilidad de agarrarse a algún sitio y cayeron al mar. Tragué saliva y miré con recelo las aguas, que continuaban tranquilas. Linos intuyó lo que estaba pensando y sonrió.

—Me recuerdas a mi hermana. Tenía la misma expresión que tú el día en que embarcamos para viajar de Éfeso a Alejandría. Yo entonces era muy niño y para mí todo era una aventura.

—Y tu hermana ¿volvió a Éfeso, o vive en Alejandría?

—Murió. De fiebres, después del nacimiento de su hijo —dijo. Y sus ojos perdieron por un momento la luz y se quedaron fijos en algún lugar de la memoria.

—Lo siento —respondí imaginando el dolor que debía de sentir Linos pero sin saber qué más añadir. Deseaba ofrecerle mi consuelo pero no encontré las palabras adecuadas.

—Y lo peor es que podría haberse salvado —continuó él después de una pausa tensa—. Si yo hubiera sido mayor, si hubiese sabido lo que sé ahora... Pero quienes la atendieron creían que invocando a los dioses conseguirían solucionar los problemas que surgieron después del parto.

Con Linos empezaba a sentirme algo más cómoda que con Herófilo. Me gustaba su manera de hablar tan espontánea y cercana, sin evitar los temas personales, y la expresividad de sus ojos oscuros e inquietos, la naturalidad de sus gestos, el movimiento de su cuerpo, y algo parecido a la ternura cuando se dirigía a mí.

Seguimos charlando. Le expliqué cómo habían muerto mi madre y mis hermanos, y el terror que tenía desde entonces a la visión de cuerpos enfermos, a las agonías de las últimas horas y a ver de cerca a aquéllos a quienes acababa de abandonar la vida. Comprendió mi miedo y me confesó haberlo sentido él también, al principio. Me dijo que Herófilo le había ayudado a superarlo y que ahora se encontraba seguro. Sabía que podía salvar a personas de la muerte y eso le daba la energía suficiente para enfrentarse a cualquier situación, por difícil que ésta pareciera. Mientras lo escuchaba, admiraba su entereza. En aquellos momentos yo estaba muy lejos de sentir nada parecido. En las últimas horas me había descubierto vulnerable, ignorante de muchas cosas, dependiente de los demás, incapaz de sobrevivir sin ayuda. Era un sentimiento desconocido y me asustaba. Presentía que quizá, una vez llegáramos a nuestro destino, mi pasión por participar en las discusiones filosóficas razonando con soltura mis opiniones, mi habilidad para tocar la cítara, lo que sabía de matemáticas y de geografía no serían nada más que adornos inútiles en mi nueva situación. Tampoco tendrían ningún valor las enseñanzas de mi tía, ya que mis posibilidades de contraer matrimonio quedaban eliminadas por no disponer de la dote necesaria.

Mientras conversaba con Linos me preguntaba qué sería de mí en el lugar extraño al que me dirigía, cuánto tiempo estaría allá, si volvería a ver a mi padre, o si regresaría alguna vez a Atenas. Eran todas esas preguntas sin respuesta en las que no podía dejar de pensar mientras Linos hablaba con entusiasmo y confianza de su futuro como médico. Hubiera querido sentirme como él; con un propósito, con una ilusión. Como me había sentido siempre. Pero la añoranza y el miedo se habían apoderado de mí. No quería pensar en cómo sería la ciudad a donde iba, la casa donde viviría, la forma en que iba a ocupar mis horas en Alejandría. Herófilo todavía no me había explicado nada acerca de mi nuevo hogar ni de lo que se esperaba de mí. Mi padre me había asegurado que Caledonia, la mujer de Herófilo, estaría contenta de tenerme cerca y que podría incluso llegar a convertirse en una amiga, pero a mí no me atraía demasiado hacer compañía a una mujer que, como todas las casadas, seguramente se conformaba con pasarse horas delante del telar y no salir nunca de su casa. Temía que tendría que permanecer allí también, encerrada, obligada a aprender a tejer,

ateniéndome finalmente a unas normas que nunca quise seguir.

Un silencio extraño hizo que Linos y yo interrumpiéramos nuestra charla. Percibimos a nuestro alrededor un movimiento diferente; los pasajeros andaban agitados de un lado a otro de la nave, sin saber muy bien adónde iban. Parecía que buscaran sitios donde esconderse y al no encontrarlos, se apretujaban unos contra otros, mirando todos en una misma dirección. Dos de ellos, con el terror reflejado en su semblante, pasaron por delante de nosotros y se lanzaron al mar, agarrándose enseguida a los costados de la embarcación. Se oyeron gritos, órdenes tajantes y el sollozo de una mujer que, arrodillada, pasaba sus brazos alrededor de dos niños pequeños.

Linós y yo nos pusimos en pie. Entonces vimos el barco. Venía en nuestra dirección. Era largo y estilizado, con un espolón de proa. Los remeros bogaban rápido dándole una velocidad que nuestra nave intentó superar girando hacia el este para que el viento favorable impulsara las velas más deprisa y pudiéramos alejarnos de ellos tomando distancia. Una distancia que no fue suficiente. Pronto nos iban a alcanzar.

—¡Piratas! —Había gritado alguien.

—Es el barco de Nicias y sus hombres —se oyó decir a nuestro capitán—. No podemos luchar contra ellos. Nuestro barco no está preparado. Mantened la calma y no ofrezcáis resistencia cuando entren si queréis continuar vivos.

—¡Nicias! —Oí que decía otro hombre—. Ningún barco puede defenderse si tiene la desgracia de cruzarse con él en su camino.

—Que los dioses nos protejan... —susurró una mujer a mi lado.

—¡Van a atacarnos! —exclamó Linos tomándome de la mano.

—Deben de saber que llevamos mercancía de valor en la bodega —añadí yo asustada, sin apartar la vista de la nave que se acercaba.

—Rápido. ¡Escondámonos! —dijo Linos guiándome detrás de unas gruesas cuerdas que se amontonaban muy cerca—. Si nos ven, nos apresarán para cobrar un rescate, o para vendernos en el mercado de esclavos.

Yo me había quedado inmobilizada y, negándome a creer lo que él estaba diciendo, continué hablando, inconsciente del peligro que nos acechaba:

—Pero ellos sólo buscan oro, marfil, trigo, ánforas de vino. Se llevarán todo eso y nos dejarán partir.

—¡Escóndete mejor, por favor! —Linós me bajó la cabeza con la mano—. Están a punto de alcanzarnos.

Volví a mirar a los piratas, de pie en su barco, el reflejo de sus cuchillos centelleando al sol. Eran muchos. Algunos llevaban también arcos, hondas, palos. Estaban llegando a nuestra nave y se preparaban para abordarnos. Comprendí que Linos estaba en lo cierto y que aquellos hombres no dudarían en matarnos si oponíamos resistencia.

La distancia entre nosotros y los piratas se acortaba y empecé a distinguir sus

caras. Me puse a temblar de forma incontrolada. Supe que iba a ser incapaz de mantenerme quieta hasta que nos descubrieran y salí de mi escondite corriendo; confusa, asustada, sin saber adónde iba ni por qué me estaba moviendo, y sin que Linos pudiera llegar a tiempo de detenerme. Quería huir de allí y no sabía cómo. Había comprendido que iba a morir. Pensé en mi madre y en mis hermanos y en los dolores que los acompañaron durante sus últimas horas. Estaba convencida de que alguno de aquellos amenazantes cuchillos que había visto se hundiría en mi cuerpo, y que mi muerte sería también dolorosa, pero esperaba que no tanto como lo fue la de ellos, consumidos por la peste. La peste...

La mirada que me lanzó Nicias hizo que me parara en seco y me quedé allí, de pie en cubierta, como si fuera la única persona que viajara en aquella nave. Me pareció que, aún desde su barco, los piratas podían escuchar los latidos de mi corazón y sentí también que los ojos de todos los pasajeros estaban puestos en mí. Entonces, alguien que no era yo sino la necesidad de aferrarme a la vida, se abrió paso con fuerza y utilizó mi voz como instrumento.

—¡Peste a bordo! ¡Tengo la peste! —grité con todas mis fuerzas.

Todavía hoy me pregunto cómo fui capaz de plantarme ante el temible y violento Nicias con una mentira tan ingenua. Sabía demasiado bien que la peste es una enfermedad contagiosa y mortal y que la gente huye de los apestados, pero también entendía que si me hubiera detenido a pensar en lo que acababa de decir antes de hacerlo, habría descartado la idea intuyendo que lo más probable era que nadie creyera mis palabras. Una vez las hube pronunciado me quedé allí, sola, delante de todos ellos, con el capitán pirata riéndose en mi cara por lo pueril e inocente del engaño que había inventado.

—¡Abordadlos! —ordenó.

Al verlo tan de cerca y escucharle dar la orden, el miedo me dejó sin palabras. Boqueaba como un pez fuera del agua. Las piernas apenas podían sostenerme, y un fuerte zumbido en los oídos me obligaba a protegerme las orejas con las manos. Una fina nube se colocó ante mis ojos, y creo que me habría desvanecido de no ser por un grito que escuché a mis espaldas.

—¡Peste a bordo! ¡Cubriós inmediatamente la nariz y la boca, alejaos de esa mujer!

Era la voz de nuestro capitán.

Vi cómo los pasajeros del barco salían de sus escondites como cucarachas asustadas, formaban un grupo compacto y se situaban a estribor, en el lugar del barco más alejado de mí. Todos me miraban aterrorizados. Parecía que se hubieran olvidado del peligro real que representaban los piratas para todos nosotros.

—¡Abordadlos! —volvió a ordenar Nicias a sus hombres, paralizados por el miedo.

Al ver que no lo obedecían, Nicias empujó hacia la proa a dos de sus hombres para obligarlos a saltar a nuestro barco.

—¡Atacad ya! ¿No os dais cuenta de que pretenden engañarnos?

Los dos piratas, asustados, se lanzaron al mar y nadaron rápidamente lo más lejos que pudieron de nuestro barco. Enseguida los imitaron los demás. Yo continuaba inmóvil, no porque quisiera, sino porque el miedo me mantenía con los pies pegados al suelo. Sentía la mirada fija del pirata astuto que no me había creído pero que tampoco se atrevía a lanzarse a nuestro barco él solo. Estuvo lo que a mí me pareció mucho tiempo observándome con atención, sin decir nada. Creo que el estado lamentable en que se encontraba mi túnica, la palidez de mi rostro y la premura con la que los demás pasajeros se afanaban en cubrirse la boca con alguna tela mientras me miraban con recelo, contribuyeron a que él también fuera presa de la duda. Finalmente abandonó la proa y, gritando una retahíla de improperios, ordenó a sus hombres que subieran de nuevo a bordo si querían volver a sus casas. Enseguida se alejaron de nosotros con rapidez.

Herófilo y Linos vinieron hacia mí. Yo estaba temblando; todavía de pie, todavía

con la mirada fija en el barco pirata, que iba tomando distancia. Herófilo me puso su himación sobre los hombros y me tomó las manos.

—Nos has salvado la vida a todos, muchacha. Pero por favor, no vuelvas a cometer una imprudencia semejante. ¿Acaso no te diste cuenta del riesgo que corrías? —En su mirada se mezclaban la inquietud y el alivio.

Entonces me abrazó. Fue un abrazo rápido, espontáneo, que tuvo la virtud no sólo de tranquilizarme sino de hacerme pensar que quizá Herófilo pudiera sentir cierto afecto paternal por mí y no verme como la carga de la promesa hecha a su amigo.

La nave pirata iba perdiendo su tamaño amenazante y en nuestra embarcación reinaba un silencio tenso. Todos los pasajeros, el timonel, los oficiales e incluso el capitán, seguían concentrados en el lado opuesto de cubierta; todo lo alejados que podían de nosotros. Parecía que tenían miedo, a pesar de que el peligro de los piratas había desaparecido y el mar continuaba en calma. Hablaban entre ellos con voz queda. Algunos incluso discutían. La mujer que había abrazado a sus hijos me estaba mirando, algo ajena a la conversación de los demás. Parecía que quisiera decirle algo al capitán, pero se contuvo. Entonces apretó con más fuerza las manos de los dos niños y esquivó mi mirada.

Cuando logré tranquilizarme un poco, Herófilo, Linos y yo decidimos ir a reunirnos con el resto de los pasajeros. Al ver que nos acercábamos, el capitán dio unos pasos adelante separándose del grupo.

—Alto, quedaos donde estáis —dijo—. Esa joven está enferma. No podéis continuar el viaje con nosotros.

—Soy médico —repuso Herófilo— y os puedo asegurar que no le ocurre nada. No tiene la peste.

—Pronto vamos a llegar a las costas de Creta —continuó el capitán haciendo caso omiso a las palabras de Herófilo—. Os vamos a dejar allí, lejos de la población para que la peste no se propague. Os daremos comida y agua.

—No estoy enferma —protesté—. Me... me inventé esa historia porque creía que así podría asustar a los piratas, y...

—Asustar a los piratas. —Rió el hombre—. ¿Tú? ¿Una mujer contra todos ellos? Veo que la enfermedad te está haciendo perder el juicio.

—Gracias a ella no estás ahora muerto, o preso en la bodega del barco pirata camino al mercado de esclavos de Delos —exclamó Linos indignado.

El capitán ni siquiera lo miró.

—Os repito que esta mujer está completamente sana —insistió Herófilo—. Por mi profesión conozco muy bien los síntomas de la peste.

—No es cierto, capitán. Me he fijado en esa joven y ha estado enferma desde que iniciamos el viaje —comentó uno de los pasajeros, un hombre ricamente vestido al que no había visto desde que salimos de El Pireo.

—¿Cómo puedes afirmar una cosa así si te has pasado todo el viaje encerrado en tu camarote, disfrutando de sus paredes forradas de tela y del sofá con adornos

dorados? —gritó Linos con la ira tiñéndole de rojo las mejillas.

—O sea, que has entrado en mis espacios privados —protestó el hombre.

—La puerta estaba abierta antes de que embarcaras. Si no recuerdo mal, tú y tus esclavos fuisteis los últimos en llegar. Todos pudimos ver el lujo con el que viajas.

—Basta ya de discusiones —zanjó el capitán.

—No podéis abandonarnos en una playa, lejos de cualquier lugar habitado. Eso... eso equivale a una condena a muerte —protestó Herófilo.

—Ya os he dicho que os dejaremos agua y comida.

—Pero... —empezó a decir Linos mientras intentaba una vez más acercarse al capitán.

—¡Alto! —gritó el capitán, con una voz que intentaba a un tiempo ejercer autoridad y esconder el miedo al contagio que compartía con la tripulación y el resto de los pasajeros—. No os mováis de ahí hasta que llegemos a Creta. —Y sacó un cuchillo del cinturón con el que ceñía su túnica—. Si para salvar al resto del pasaje he de mataros, lo haré.

Herófilo se aproximó decidido al capitán y provocó que éste, asustado, diera unos pasos hacia atrás. Se irguió ante él, le lanzó una mirada severa y dotó a su voz de una autoridad difícil de cuestionar.

—Está bien. Si nos has de abandonar en una playa solitaria, tienes que ayudarnos a llegar hasta allí.

—Os dejaré todo lo cerca que pueda de la orilla. El resto lo tendréis que hacer a nado. No puedo permitir que mi barco quede embarrancado en la arena.

—¡No sé nadar! —exclamé asustada.

El capitán me echó una mirada rápida y se volvió de nuevo a Herófilo.

—No me queda otro remedio. Llevo el barco lleno de pasajeros y no puedo poner en peligro su vida y la de la tripulación.

—No te preocupes, Irene. Nosotros te ayudaremos. —Herófilo me miró con afecto para transmitirme confianza. Y se dirigió de nuevo al capitán—: Necesitamos algo que nos ayude a llegar. Debo proteger mi caja de medicinas. No puedo dejar que se mojen los remedios que llevo conmigo.

El capitán se acercó a uno de sus hombres y le dijo algo que no pude escuchar. El marinero desapareció escaleras abajo, en dirección a la bodega. Durante unos instantes nadie dijo nada. El silencio se vio interrumpido por el grito agudo de una gaviota que pasó muy cerca de nuestras cabezas. El ave blanca se lanzó en picado al agua, de donde emergió enseguida con un pez en el pico, y se alejó en vuelo rápido. Un ruido que venía de la escalera precedió al hombre de la tripulación que subió a cubierta cargando una caja de madera grande, de forma rectangular y poco honda. También traía consigo unas cuerdas.

—Aquí la tiene, capitán —dijo dejando la caja en el suelo.

—Podéis poner vuestras medicinas aquí —le indicó el capitán a Herófilo—. Ella, que se agarre a la caja para flotar hasta la orilla; está muy cerca de donde os voy a

dejar. Es todo lo que puedo hacer por vosotros.

—Gracias —respondió Herófilo y con la mano detuvo el avance de Linos, instándole a silenciar lo que su enfado le pedía decir.

Hoy entiendo que Herófilo había vivido lo suficiente para saber que la razón pierde su fuerza cuando se enfrenta con el miedo, y que era inútil intentar convencer a aquellas gentes de que no existía ningún peligro de enfermedad a bordo. El capitán estaba haciendo aquello que creía mejor para la mayoría de su pasaje.

Unas horas más tarde, el barco se acercó todo lo que pudo a una playa. Herófilo y Linos habían envuelto el contenedor de las medicinas con nuestros himationes, y lo depositaron con cuidado en la caja que nos había de ayudar a flotar hasta la orilla. Allí metieron también mi hatillo y sus escasas pertenencias. Ataron la caja con la cuerda dejando que colgara un trozo y la llevaron a estribor. Herófilo fue el primero en saltar al agua. Entonces Linos le tiró la caja y cuando Herófilo ya la tenía sujeta por la cuerda, flotando a su lado, se acercó a mí.

—Debemos saltar ya. No te preocupes, lo haremos juntos.

—Yo, yo no... —protesté temblando.

Miré otra vez por la borda. El barco me pareció muy alto; el agua opaca, preñada de misterios. Amenazadora.

—No puedo, no puedo —le dije a Linos antes de echar a andar hacia donde estaban los otros pasajeros.

Ellos se apartaron, asustados. Linos me alcanzó y pasó su brazo por mis hombros mientras me llevaba de nuevo a estribor.

—Sí que puedes.

—Me ahogaré. —Mi voz fue casi un sollozo.

—No te vas a ahogar. Yo te ayudaré. Pero ahora escúchame bien y no te olvides de lo que voy a decirte.

Miré a mi alrededor, todos los pasajeros y la tripulación estaban pendientes de nosotros y supe que no tenía más remedio que lanzarme al agua y seguir los consejos de Linos.

—Cuando el agua te cubra por completo, intenta mantener la calma. Sobre todo, no abras la boca. Enseguida subirás a la superficie. Yo te ayudaré. No te preocupes, todo irá bien. —Y tiró de mí con suavidad hasta el extremo de estribor por donde debíamos saltar.

Los dedos de Linos se entrelazaron con los míos y, aunque todo mi cuerpo intentaba alejarse de aquel lugar, no solté su mano.

—Vamos allá —dijo esbozando una sonrisa con la que intentaba transmitirme confianza—. Y recuerda, no abras la boca.

Linos tiró de mí con fuerza. Mis pies se levantaron del suelo y mi cuerpo quedó suspendido en el aire. Cuando caí al agua pensé que había llegado mi final. Tenía los

ojos y la boca cerrados, los dientes tan apretados que me dolía la mandíbula, y la certeza absoluta de que, a pesar de lo que me había dicho Linos, no iba a conseguir subir a la superficie. El agua me envolvía, mis piernas no paraban de moverse sin ir a ningún sitio y mis brazos luchaban por llevarme hacia arriba sin conseguirlo. Logré mantener la boca cerrada y no me atreví a abrir los ojos. Fue sólo un instante, pero me pareció que había pasado mucho tiempo cuando Linos dejó ir mi mano, me cogió por la cintura y me elevó, y Herófilo me puso los brazos sobre la caja y me sujetó con fuerza para que me mantuviera a flote y recuperara la calma. Yo me quedé agarrada a aquella madera flotante; asustada, inmóvil, silenciosa. Herófilo y Linos nadaban a mi lado en dirección a la orilla, moviendo las piernas con energía y empujando la caja. Y la playa, que en un principio me pareció muy lejana, se fue acercando, hasta que vi que Herófilo y Linos dejaban de nadar y se ponían a caminar sobre la arena y el agua les llegaba únicamente a la cintura. Entonces me atreví a soltarme y eché a andar a su lado. Mis pies recibieron la caricia de una arena muy fina y me gustó el contacto con el agua cálida, mientras descubría como con cada paso un polvo dorado alteraba la transparencia del agua. Decidí que quería aprender a nadar.

Cuando salimos del agua, intentamos orientarnos. Estábamos en algún lugar al noreste de la isla, pero ignorábamos hacia dónde ir para encontrar una zona habitada y, sobre todo, cómo llegar a algún puerto donde pudiéramos contratar un pasaje en un barco que partiera hacia Alejandría. El sol había alcanzado ya su cenit y el calor era intenso. La playa estaba rodeada por unas montañas de rocas grisáceas de las que brotaban pequeñas manchas de vegetación baja, reseca, de un verde apagado. Buscamos una sombra cerca de las rocas.

—Esperemos aquí hasta que el sol pierda su fuerza —sugirió Herófilo—. Después podemos subir por las rocas para buscar un camino que nos lleve a algún lugar habitado.

Me sentía incómoda por la costra de sal que cubría todo mi cuerpo. Un viento muy cálido levantaba la arena, que nos azotaba la cara, se nos metía en los ojos y en la boca y se quedaba entre los pliegues resecaos de nuestras túnicas y en nuestros cabellos. Teníamos sed, mucha sed.

—Bebed poca agua —aconsejó Herófilo—. Hemos de conservarla el mayor tiempo posible, pues no sabemos cuándo podremos encontrar la forma de abastecernos de nuevo.

—Creo que no debemos de estar muy lejos de algún lugar habitado —sugirió Linos en un intento de superar el desvalimiento en el que nos encontrábamos.

—Puede, pero hemos de tomar precauciones —continuó Herófilo.

Cuando el viento perdió intensidad y la sombra se fue extendiendo por la playa, iniciamos el ascenso. Subimos despacio, aferrándonos al principio con las manos a la escasa vegetación, para detener una bajada rápida cada vez que el cuero de nuestras

sandalias resbalaba en las rocas. Linos fue el primero que se descalzó para subir con más seguridad. Herófilo y yo lo imitamos. Enseguida un dolor afilado empezó a acompañar cada uno de mis pasos; como si muchos cuchillos se me clavaran en las plantas de los pies. Varias veces estuve a punto de gritar de dolor, de pedir por favor que descansáramos un rato. No lo hice. No quería que me vieran de nuevo como la niña miedosa que se negaba a tirarse al agua aun a sabiendas de que no nos quedaba otra solución. Había decidido no volver a quejarme, pasara lo que pasara. Al cabo de un rato, el dolor me pareció menos intenso, la marcha algo más rápida y el final de aquella ascensión no tan lejano. Íbamos los tres en silencio para soportar mejor el esfuerzo y el calor que todavía nos acechaba. Yo no pensaba en otra cosa más que en llegar pronto a la cima de aquella montaña rocosa y escarpada y beber un poco de agua.

Ya arriba, vi que mis pies se habían convertido en unos bultos rojizos, surcados de pequeñas heridas por las que brotaban hilillos de sangre. A nuestro alrededor el terreno era plano, pero un poco más allá podían verse montañas bajas y de cumbres afiladas que quizá escondieran algún valle, invisible desde donde nos encontrábamos.

—Te felicito, Irene. No ha salido ni una sola queja de tus labios. Tu padre estaría muy orgulloso de ti —me comentó Herófilo con una sonrisa. Echó una ojeada a su alrededor y se sentó—. Ahora descansen un poco, después buscaremos un camino que nos pueda llevar hasta alguna aldea.

Al escuchar las palabras de Herófilo me di cuenta de que durante todo aquel día no había pensado ni una sola vez en mi padre. Ni en mi casa, ni en mi ciudad. Esto hizo que me sintiera extraña y, en cierto modo, culpable. No podía entender cómo era posible que mi vida hubiese cambiado de manera tan drástica en tan corto espacio de tiempo y que yo la hubiera abandonado sin mirar atrás. Aunque más adelante comprendí que no era así, en aquel momento me pareció que había perdido ya la añoranza que se había pegado a mí desde que tuve que abandonar mi casa y que creía que no me iba a dejar nunca. Pensé que ya no sabía quién era y que quizá había dejado de importarme no saber adónde iba. Sólo me preocupaba el crujir de la arena en la boca y los labios resecos. Me ardían la cara y los brazos quemados por el sol, y los latidos de mi corazón no cesaban de golpearme las sienes con unas punzadas de dolor cada vez más intensas.

Linos bebió un poco de agua pero no quiso sentarse.

—A lo lejos creo ver algo que parecen cultivos. Debe de vivir alguien cerca de aquí. Voy a ver qué hay.

—Espera. Descansen un poco —insistió Herófilo.

—¿Y si se nos hace de noche sin haber llegado a ningún sitio? Puede que no estemos tan lejos de algún núcleo de población. —Linos señaló el lugar donde parecía que terminaba la planicie—. Dejadme que vaya hasta allí.

—Está bien, pero no te alejes demasiado —le aconsejó Herófilo, que se tendió con dificultad en el suelo rocoso y cerró los ojos, vencido por el agotamiento.

Yo me quedé sentada a su lado, mirando al mar que se extendía a nuestros pies formando casi un círculo completo de horizonte, como si quisiera protegernos con aquel azul que no me cansaba de admirar y que, una vez más, había vuelto a cambiar de tonalidad. Pero veía también unos destellos amarillos, que se hicieron más intensos cuando intenté cerrar los ojos. Un agudo dolor de cabeza me impedía tumbarme en el suelo para descansar tal y como había hecho Herófilo, y permanecí sentada abrazada a mis rodillas. Al poco rato me pareció oír la voz de Linos que se acercaba.

—Soy discípulo de Herófilo, médico de Alejandría.

—¿Médico? —respondió una voz de hombre desconocida—. Llévanos inmediatamente hasta él.

Los vi venir hacia nosotros. Eran tres hombres jóvenes y Linos caminaba entre ellos con el paso ligero, como si quisiera llegar lo antes posible a donde estábamos. Al ver que Herófilo se había quedado profundamente dormido, le toqué el hombro para que despertara. Él abrió los ojos y se incorporó de golpe, desorientado. Linos y los desconocidos que lo acompañaban ya estaban delante de nosotros.

—¿Te llamas Herófilo y eres médico en Alejandría? —preguntó uno de ellos con una voz que me pareció urgente y agresiva, la voz de alguien que quizá estaba acostumbrado a hablar muy poco.

—Sí, y ella es Irene, mi hija —mintió Herófilo señalándome.

—Yo no... —empecé a decir, pero conseguí callar a tiempo.

«Confía en Herófilo», me había dicho mi padre antes de partir. Y acerté a recordar su consejo. Para esquivar la mirada inquisitiva de aquellos hombres, clavé la vista en el suelo y dejé que Herófilo iniciara un relato inventado de cómo habíamos llegado hasta allí a causa del naufragio del barco en el que viajábamos hacia Alejandría. Intuí que los recién llegados no creían ni una palabra de aquella historia, pero por alguna razón no dijeron nada. Un fuerte olor a sudor, sangre y estiércol emanaba de ellos. Cuando estuve segura de que ya no se fijaban en mí, levanté un poco la vista y los miré de reojo. Llevaban botas de cuero en las que se distinguían claramente manchas de sangre. También estaban tiznadas de rojo sus burdas túnicas de lana, que habían adquirido ya un color indefinido y presentaban algún que otro agujero. Los tres tenían cicatrices en las piernas o en los brazos y uno de ellos disimulaba con una barba mal crecida el recuerdo de un corte profundo que le cruzaba toda la parte izquierda de la cara hasta llegar al cuello. Con una aprensión cada vez más intensa, descubrí los cuchillos cuyo mango surgía bien visible del cinturón de sus túnicas. Cuando nos dijeron que debíamos seguirlos, comprendí que éramos sus prisioneros.

El sol iniciaba su descenso cuando apareció ante nosotros un conjunto de construcciones en terraza sobre una ladera escarpada que bajaba hasta el mar. Las casas estaban muy juntas; eran edificaciones sencillas de piedra y arcilla, muchas de ellas con el tejado de ramas. Más allá de aquel conjunto de viviendas humildes y callejones estrechos, destacaba la elegante silueta de lo que me pareció un templo y también unas murallas, de las que sobresalían los tejados rojos de algunas casas grandes, pocas pero bien construidas.

—Creo que estamos llegando. No te separes de mí —me pidió Herófilo.

Asentí con la cabeza y dirigí la mirada hacia los hombres que nos escoltaban. Hablaban entre ellos y no parecían muy pendientes de nosotros. Mientras los observaba, pensé que aquélla sería quizá la única oportunidad que iba a tener antes de llegar a nuestro destino para decirle a Herófilo lo que me preocupaba. Así que vencí el temor de que mi pregunta pudiera ofenderle y conseguí balbucear:

—¿Por qué has dicho que era tu hija?

—Para protegerte, Irene. Ésta es tierra de piratas y mercenarios.

Me detuve y lo miré asustada.

—Es más fácil que te respeten si creen que eres mi hija. —Había bajado la voz mientras me tomaba del brazo para que siguiéramos caminando—. Intuyo por lo que nos han dicho que a mí y a Linos nos necesitan para curar a alguien, pero de ti podrían prescindir..., ¿entiendes?

Yo no lo entendía, pero no me atreví a decírselo. Me limité a lanzar una mirada a aquellos hombres de aspecto sucio y descuidado. Dos de ellos hablaban mientras se empujaban y estallaron en risotadas cuando uno cayó al suelo. Sólo el hombre de la cicatriz en la cara se mantenía serio y caminaba en silencio delante de ellos, marcando el ritmo rápido de la marcha de todos nosotros. Luego me volví hacia Herófilo y él pudo leer en mi rostro las preguntas que yo no supe cómo formular.

—Irene, eres una mujer joven y hermosa. Darían mucho dinero por ti en un mercado de esclavos. Y ya hace tiempo que las gentes de esta isla viven de vender los objetos que roban y las personas a las que apresan. También se venden ellos mismos como soldados a sueldo en cualquier guerra. Estos jóvenes que nos acompañan son soldados mercenarios.

—Me... ¿me venderán como esclava? —pregunté alarmada. Un frío extraño y diferente me recorrió la espalda. Empecé a temblar de nuevo y de mi boca salió un sonido sin voz que no pudo llegar a convertirse en nuevas palabras.

—No te preocupes, muchacha —dijo con dulzura Herófilo—. Le prometí a tu padre que cuidaría de ti, y lo voy a hacer.

Herófilo pasó su brazo protector alrededor de mis hombros y no lo rehuí como la primera vez. No puedo decir que aquel gesto se llevara mi aprensión ante lo que podía pasar, pero consiguió mantenerme alejada del pozo de desesperanza al que

había estado a punto de lanzarme de cabeza. Linos había estado escuchando en silencio nuestra conversación.

—Deberíamos buscar la manera de... —No pudo terminar la frase porque uno de los hombres nos empujó con cierta brusquedad y nos obligó a cambiar la dirección de nuestros pasos y tomar un camino de tierra que nos alejaba de la entrada principal de aquel poblado.

La senda dejaba las casas a la derecha y bajaba siguiendo los escalones del desnivel de la montaña en dirección al mar. Mientras caminábamos llegó hasta nosotros un olor que me pareció de carne asada y observé que salía humo de diversas hogueras que habían encendido entre las casas. Sentí la punzada del hambre, pero desapareció enseguida ocultándose tras las preguntas acuciantes que me asaltaban y que surgían del conocimiento de la debilidad de mi posición y del futuro incierto que se presentaba ante mí, que podía incluso encaminarme a una vida de esclavitud.

Quise confiar en que la argucia de Herófilo diera resultado y en que nadie en aquel lugar pudiera llegar a saber mi verdadera identidad y la relación que me unía a los dos hombres con quienes viajaba. Ahora no podía verlos. El camino era estrecho y nos obligaba a movernos en fila, con el hombre de la cicatriz a la cabeza, delante de Herófilo, y los otros dos detrás de Linos cerrando nuestro pequeño grupo. Oí el llanto de un niño y la voz de una mujer que cantaba en un griego de acento extraño y diferente del que yo estaba acostumbrada a hablar. El niño dejó de llorar y ya sólo pude oír el débil crujido de nuestros pasos sobre la tierra. También creí percibir la llamada persistente del mar que sabía cercano pero inaccesible. Nos hicieron girar a la derecha para adentrarnos en uno de los últimos callejones, antes de que la montaña iniciara su escarpado descenso hasta una playa.

Llegamos a una construcción pequeña y humilde. Uno de los hombres que nos retenían levantó la cortina de tela burda y gruesa que cubría la entrada. Llegó hasta nosotros un olor acre. Puede que fuera aquella fetidez, o quizá el hambre y el miedo que me asaltaban lo que me hizo sentir dolor en el estómago y una sensación de mareo que me obligó a acercarme a Linos y apoyarme en él para conseguir mantener el equilibrio.

—Entrad —dijo el hombre de la cicatriz—. Pero la mujer se queda afuera —añadió levantando la barbilla para señalarme.

—Yo me quedo con ella —anunció Linos.

—Si eres médico, como dices, debes curar al hombre que está ahí dentro —anunció a Herófilo el hombre de la cicatriz.

Herófilo se internó en la oscuridad de la casa acompañado de aquel ser arisco y de pocas palabras, cuya brusquedad no lograba enmascarar la preocupación que debía de sentir por la persona que yacía allí dentro aquejada de alguna enfermedad. Intuí que era alguien muy importante para él. Los otros dos hombres se quedaron fuera con nosotros.

—Aniceto, nos has traído un médico. ¡Benditos sean los dioses! —Oí que decía

una voz de mujer desde el interior.

Yo me senté en un banco de piedra. El mareo fue cediendo poco a poco, como si mi cuerpo se fuera acostumbrando al olor rancio que parecía impregnarlo todo. Al cabo de un rato, nos mandaron llamar.

—Dice tu maestro que entréis los dos —le espetó Aniceto a Linos.

Y entonces, mirándome con desconfianza, añadió:

—Me ha dicho que tú también.

Aquella estancia estaba iluminada por una única lámpara, cuyo aceite quemaba mezclando humo y olores en un recinto sin ventanas, con el suelo de tierra seca mezclada con cal y un jergón donde se distinguía una figura. Herófilo estaba a su lado y lo observaba con atención mientras le palpaba el cuello. A medida que mis ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad, distinguí también a dos mujeres y tres niños, todos muy quietos y silenciosos, en el rincón más oscuro de aquel habitáculo. Y descubrí el escudo redondo, la coraza, el casco y las grebas de soldado. El enfermo emitía un gemido intermitente y no pude verle la cara. Sentí de nuevo náuseas, ante aquel olor agrio tan intenso, la falta de aire renovado y la debilidad causada por el trajín y la ansiedad vividos durante aquel largo día que no parecía dar indicios de acabarse.

—Está vivo —le comentó Herófilo a Linos—, pero tiene el ritmo del pulso alterado. Retira la cortina de la entrada para que pueda circular el aire. Y pide que salgan todos. Irene, ve con las mujeres y traed agua hervida, un recambio de ropa y retales de tela limpios. Este hombre ha perdido mucha sangre y su herida se ha infectado; le está subiendo la fiebre. He de lavarlo para comprobar el estado de su lesión y decidir si es necesario o no amputarle la pierna.

Tragué saliva y tuve que refrenar el impulso de echar a correr para evitar en lo posible el contacto con el dolor. Se presentaron de nuevo ante mí las imágenes de mi madre y mis hermanos durante sus últimos días, y el horror me subió por la garganta hasta llegar a los ojos, que me pareció se abrían en exceso, mientras que con la mano en la boca intentaba ahogar el grito de miedo, pena y asco que quería escaparse de mis pulmones a pesar de los esfuerzos que yo hacía para evitarlo. Agradecí que Herófilo me hubiera dado una ocupación que me iba a permitir sentirme útil y a la vez mantenerme alejada de aquel lugar. Y salí rápida de allí, acompañada por las mujeres y los niños, que me miraban con curiosidad. Herófilo se acercó a la puerta para pedir a los hombres que trajeran más lámparas, y él, Aniceto y Linos desaparecieron de nuevo por aquel agujero oscuro de donde yo acababa de salir.

El hombre que yacía en aquel jergón en el suelo se llamaba Festos y era el hermano mayor de Aniceto. Los niños eran sus hijos. Lo supe por la madre y la esposa, con quienes acudí al pozo, y luego a la casa minúscula y también sin ventanas donde vivía la mayor de las dos mujeres con Aniceto, cuando éste no estaba peleando lejos de allí. A Festos lo habían traído aquella tarde sus compañeros, herido de gravedad durante el combate, en una guerra de la que no supieron decirme ni el lugar

exacto donde se libraba ni el bando por el que luchaban. Ellas hablaban, preocupadas por el hombre al que no sabían cómo curar, y yo escuchaba su historia y sus lamentos en silencio, intentando que vieran en mi rostro y en mi disposición algo de la empatía que empezaba a sentir por ellas. Podía entenderlas; había vivido ese sentimiento de impotencia que domina a quienes desean hacer algo por aquéllos a los que más aman y se dan cuenta de que esa oportunidad no va a estar a su alcance. Ellas continuaban con su relato y, entretanto, las tres nos afanábamos en llenar grandes cuencos de agua y ponerlos a calentar al fuego que habían encendido en el patio.

Mientras esperábamos a que hirviera el agua, la mujer de Festos dio a los niños un trozo de pan con queso y yo no pude evitar fijarme en la comida. Los niños perdieron la solemnidad de sus miradas y salieron a la calle. Enseguida los oímos gritar y corretear, casi alegres; agradecidos quizá por la posibilidad de movimiento y de respirar un poco del aire limpio del que habían sido privados desde que trajeron al herido. Su padre estaba muy enfermo pero me pareció que ellos necesitaban olvidarlo, aunque sólo fuera durante un rato. Noté que la madre de Festos y Aniceto me observaba sin disimulo. Fue hasta un pequeño armario de madera que tenía colgado en una de las paredes y sacó un trozo de queso y un poco de pan. Se acercó a mí y me lo ofreció. No sonreía, pero sus ojos compasivos hablaban por ella.

—Come, chiquilla, come, todavía no hierve el agua —me dijo.

Me señaló la mesa rectangular que ocupaba el centro de la estancia con dos bancos de madera, uno a cada lado, y me indicó con un gesto que me sentara. Entonces me sirvió un vaso de agua que sacó de una jarra de arcilla. Yo lo bebí con avidez. Ella me sirvió otro, dejó allí la jarra por si quería ponerme más y fue a ver si el agua ya estaba hirviendo. Engullí el pan y el queso con voracidad, sintiendo de golpe el hambre que había conseguido mantener a raya durante las últimas horas y que ahora se presentaba con toda su fuerza. En cuanto hube terminado de comer, me acerqué a las dos mujeres y las ayudé a sacar del fuego los grandes cuencos donde el agua ya había hervido lo suficiente. Nos dispusimos a salir, pero antes de hacerlo la mujer que me había ayudado metió pan y queso en un trapo de lino, formó con él una bolsa y se la ató a la cintura para llevarles también algo de comida a Herófilo y a Linos. Dejamos a los niños jugando en la calle.

La lesión de Festos no había evolucionado todavía hacia la gangrena. Una vez lavaron su cuerpo, Herófilo y Linos pudieron comprobar a la luz de las lámparas que alguien había aplicado unas hojas verdes en el interior de la herida.

—¿Quién ha puesto esto? —preguntó Herófilo sacando un emplaste sanguinolento.

—Es una vieja costumbre entre los soldados —respondió Aniceto—. Lo hacemos a menudo cuando alguien cae herido. Dicen que eso puede ayudar a que se cure. Pero no siempre funciona. A Festos no le ha ayudado.

Herófilo no comentó nada en aquel momento, pero más tarde nos aseguró a Linos y a mí que gracias a aquellas hojas no había sido necesario cortarle la pierna a Festos.

Nos explicó que la aplicación de hojas verdes sobre las heridas abiertas puede prevenir la gangrena durante un tiempo porque la clorofila evita que la infección se propague con rapidez. Nos dijo también que si hubiéramos llegado unas horas más tarde, aquel remedio ya habría perdido su efectividad, y la infección podría haber avanzado hasta provocar la muerte. Herófilo había sentido un gran alivio cuando, después de lavar bien la herida, pudo observar que aún estaban a tiempo de que la infección remitiera tomando las precauciones necesarias. Eso quería decir que pronto podríamos continuar nuestro viaje. O así lo sentía Herófilo, quien en más de una ocasión ya nos había manifestado su urgencia por llegar a Alejandría. Debía entrevistarse con alguien importante y con mucho poder y si ese encuentro se retrasaba, podría traer consecuencias muy negativas.

Curar la herida de Festos fue fácil. Herófilo aplicó moho verde de pan que guardaba en un frasquito en su caja de medicinas, y con la ayuda de Linos le puso al enfermo ropa limpia. Lo acomodaron encima de una mesa, sobre un colchón que improvisaron a base de poner varias telas limpias que evitaran el contacto directo y duro del cuerpo con la superficie de la mesa. Sacaron el jergón afuera y le prendieron fuego, no sin antes explicar a Aniceto que aquélla era la única forma de librarse de los muchos parásitos que lo habitaban. Después echaron agua hirviendo sobre el suelo de aquella casa miserable y pidieron que mantuvieran siempre la cortina abierta para permitir la circulación del aire.

Durante los dos días que siguieron, la herida de Festos fue curándose sin problemas y no volvió a presentar signo alguno de infección. Pero la fiebre cedía únicamente durante unas horas por la mañana y volvía a subir al atardecer. Festos continuaba muy débil y se quejaba de dolor al respirar. Dafne lloraba y abrazaba a sus hijos cada vez que salía del lugar donde reposaba su esposo. Exome perseguía a Herófilo preguntándole con insistencia si creía que su arte lograría salvar a su hijo. Aniceto nos miraba con desconfianza y se iba muchas veces él solo caminando deprisa hacia el lugar en donde nos había encontrado; era su manera de aplacar la inquietud y la tristeza por ver a su hermano en aquellas condiciones. Herófilo, quien empezaba a temer que quizás nada iba a poder hacerse ya por el enfermo, no por eso dejó de poner todo su empeño en curarlo, aplicando para ello todos los conocimientos que poseía en un intento desesperado por salvarlo. En la aldea todos confiaban en su sabiduría, pero con el paso lento de los días y la ausencia de mejoría se impuso la duda de que ésta no fuera suficiente para devolverle la salud a Festos.

Lo primero que hizo Herófilo fue intensificar la frecuencia con que le aplicaba fomentos calientes en el pecho para aliviar el dolor. Las mujeres fuimos las encargadas de mantener la suficiente cantidad de agua hirviendo para que las telas pudieran colocarse bien calientes. La cuarta vez que se aplicaron los fomentos pregunté si podía ayudar a prepararlos. Exome y Dafne se encontraban ocupadas en

el cuidado de los niños y los animales y Herófilo estaba preparando otros remedios para Festos. Así que Linos y yo nos ocupamos de aquella cura.

—Sumerge el centro de la tela en el agua hirviendo —me indicó—, y sujeta los dos extremos sin que se mojen, o te quemarás. Ahora escúrrela muy bien.

Tomó la tela de mis manos y la fue retorciendo con cuidado.

—Así. Y para conseguir que salga toda el agua, estira los dos extremos de la tela, manteniéndola siempre enroscada.

Observé cómo Linos colocaba una tela seca de lana encima del pecho de Festos, a continuación la tela caliente, mojada y bien escurrida que yo le había dado, y encima de esta otra tela seca. Festos gimió.

—Aguanta el calor todo lo que puedas —le pidió Linos—. Esto te aliviará el dolor y las molestias.

Cuando la tela ya había perdido el calor, Linos la retiró y frotó enérgicamente el pecho de Festos con otra tela mojada en agua fría y escurrida. Después secó con cuidado toda la zona y se dispuso a poner un nuevo fomento. Observé que la piel de Festos había adquirido un color rosado.

—¿Ves? —me dijo Linos—, el color de la zona donde hemos colocado el fomento indica que lo hemos hecho bien. Ese tono rosado se debe a que el calor húmedo que hemos puesto, y luego el frío, ha hecho que aumentara la circulación de la sangre.

Herófilo se acercó al enfermo y lo observó unos instantes. Con un gesto nos indicó a Linos y a mí que continuáramos aplicando fomentos y se alejó de nosotros, pero no pudo disimular el estado de turbación en que se hallaba.

—¿Crees que esto lo va a ayudar? —pregunté a Linos dubitativa, pues veía en el rostro de Festos la misma expresión de sufrimiento que antes, y la tos persistía.

—Sin duda —respondió él intentando mantener la calma a pesar de haber visto, igual que yo, la expresión en la cara de Herófilo—. Ahora repetiremos lo que hemos hecho un par de veces más y verás cómo después él toserá menos. Esto se debe a que el aumento de la circulación de la sangre también se produce en los tejidos pulmonares.

Tal y como había anunciado Linos, al cabo de un rato Festos mejoró, y la ausencia de dolor al respirar y la remisión de la tos le permitieron caer en un sueño tranquilo que duró unas horas, hasta que se vio de nuevo perturbado por el aumento de la fiebre y volvió a caer en un letargo inquieto, interrumpido por violentos accesos de tos. Entonces volvimos a repetir todo el proceso. Y así lo hicimos, una y otra vez. Yo no dejaba de preguntarme qué iba a ocurrir si no conseguíamos curar a aquel hombre.

Herófilo había indicado a la mujer de Festos que le diera líquidos en abundancia, pues sabía que éstos le ayudarían a mejorar la condición de sus pulmones. Y él se dispuso a iniciar un nuevo tratamiento con la esperanza de salvar a Festos. Pero no estaba seguro de conseguirlo. Todo dependía de la causa de la infección en los

pulmones. Algunas veces, los fomentos eran suficientes, en otras nada conseguía salvar al paciente. Ante la duda de cuándo había empezado la enfermedad de Festos y el estado de evolución en que ésta pudiera hallarse, Herófilo decidió aplicar todos los remedios que conocía. Y así fue como, además de la toma de líquidos frecuentes y el calor húmedo que le aplicábamos, le hizo beber un cocimiento hecho a partir de beleño y raíz de lirio. Intentaba con esto conseguir que el enfermo estuviera tranquilo y algo sedado, y que las propiedades expectorantes de la raíz del lirio blanco ayudaran a Festos a limpiar sus pulmones de la flema nociva que los había invadido.

Durante aquellos días yo pasé mucho tiempo con Exome y Dafne, ayudándolas en sus labores. El embarazo avanzado de Dafne hacía que ésta se moviera con lentitud y que necesitara descansar de vez en cuando. Cuando ella se retiraba, Exome aprovechaba para hablarme y preguntarme cosas sobre Atenas y sobre Alejandría. Veía brillar sus intensos ojos negros cuando yo le explicaba cómo era la acrópolis de Atenas, la belleza de su estoa, la mezcla de gentes que visitaban su ágora los días de mercado, la serenidad de sus templos, la bondad de su clima, el bullicio de su puerto. No le hablé de mi padre, pero me di cuenta de que ella intuía que había algo importante sobre mí que yo prefería guardar en secreto. Creo que fue durante una de aquellas conversaciones cuando Exome adivinó que yo no era hija de Herófilo.

—No te preocupes —me dijo—. Guardaré tu secreto. A cambio, quisiera pedirte un favor.

—¿De qué se trata? —pregunté curiosa.

—Es algo que quisiera que hicieras en Alejandría. Es muy importante para mí. Nadie debe saber lo que te voy a pedir.

—¿Nadie? ¿Ni siquiera Herófilo y Linos?

—Nadie —respondió muy seria.

La llegada de Dafne impidió que continuáramos nuestra conversación. Una vez más observé que las dos mujeres apenas se dirigían la palabra y que, cuando lo hacían, Exome hablaba con cierta dureza, como si estuviera dando órdenes. Por su parte, Dafne apenas le contestaba con algún monosílabo, pero en su mirada parecía haberse instalado una expresión rencorosa que se agudizaba cada vez que Exome le decía lo que tenía que hacer, o le hablaba de cómo debía de castigar o premiar a sus hijos según fueran obedientes o no. Siempre se terminaba haciendo lo que Exome decía y tal como lo decía ella. Dafne acataba sus órdenes, pero con frecuencia una mueca, una mirada, dejaban entrever que lo hacía a regañadientes.

Dafne no buscaba mi compañía como lo hacía Exome. Era una mujer retraída y seria, que desempeñaba su trabajo con gesto duro y cuidaba de las necesidades básicas de sus hijos. Sólo una vez, cuando ella se creía a solas, la vi abrazar a sus tres hijos y besarlos. Pero nunca la oí explicarles una historia o cantarles una canción como hacía con frecuencia Exome. Dafne cocinaba, tejía, daba de comer a los

animales y se sentaba durante largas horas al lado de su marido enfermo, esperando a que éste abriera los ojos para ofrecerle un vaso de agua.

Festos seguía padeciendo los episodios de fiebre y tos que le habían impedido levantarse de la cama, a pesar de que la herida en la pierna estaba curándose bien. Pasaban los días, y la enfermedad que le aquejaba no parecía remitir. Herófilo, Linos y yo apenas hablábamos. Nos sentíamos vigilados y ansiosos, pues pronto supimos que la decisión sobre nosotros la tenía que tomar Festos. Él era quien mandaba en aquel lugar; su criterio, el único válido; sus palabras, órdenes para quienes las escuchaban. Todos los habitantes de la aldea ansiaban su recuperación, y Herófilo empezó a recibir miradas que le preguntaban en silencio para qué servían sus medicinas si todavía no había conseguido curar a Festos. Él no hablaba con nadie; dudaba de que alguien pudiera entender allí las palabras de Hipócrates, quien hacía ya muchos años había afirmado que la vida es corta y el arte largo. Herófilo sabía muy bien que se necesita mucho tiempo para que un remedio surta efecto. Conocía los síntomas de la dolencia a la que se estaba enfrentando pero no sabía desde cuándo la padecía Festos. Esto le causaba inquietud, pues sabía que los remedios se deben aplicar en el momento oportuno, y con aquel hombre podría estar dándose el caso de que éstos hubieran llegado demasiado tarde.

6

La fiebre de Festos cedió de forma definitiva una mañana, cuando ya llevábamos más de quince días retenidos en la isla. La tos se hizo mucho menos frecuente, el dolor al respirar había desaparecido, y Festos consiguió salir del sopor en el que había estado sumido durante tantos días. Estaba débil y debía iniciar un proceso de recuperación largo, pero se encontraba ya fuera de peligro. Lo primero que hizo al saberlo fue preguntarle a Herófilo cuándo podría volver al campo de batalla. Al oírlo, Dafne, que hasta aquel momento había sido una presencia discreta y silenciosa, cogió a sus hijos de la mano, avanzó hacia Herófilo y lo miró con los ojos asustados y un gesto rápido de negación con la cabeza.

—¡Vete, mujer! —le gritó Festos, quien había visto su reacción—. Sabes muy bien que la guerra todavía no ha terminado y yo tengo que estar allá.

—Podrás volver dentro de unas semanas, cuando te hayas recuperado del todo —le respondió Herófilo a Festos, al tiempo que bajaba la cabeza para evitar la mirada de recriminación que le dirigió Dafne.

Con tan buena noticia, nosotros comenzamos a sentirnos algo más tranquilos y a mirar el futuro con un poco de optimismo. Aquella mañana estábamos sentados a la puerta de la casa de Exome y, como ya veníamos haciendo en las pocas ocasiones en que podíamos estar solos, hablábamos de cuándo nos sería posible continuar nuestro viaje. Herófilo y yo nos mostrábamos confiados en que el haber salvado a Festos de una muerte segura sería crucial a la hora de decidir qué iban a hacer con nosotros. Aquellas gentes se sentían agradecidas, y quizá se avinieran a indicarnos dónde podríamos conseguir un barco que nos llevara a Alejandría. Si, por el contrario, Festos hubiese muerto, Herófilo estaba seguro de que Aniceto y los otros no habrían tenido reparo alguno en convertirnos en esclavos por los que conseguir unas buenas ganancias. Los mercados de Delos, Atenas, Alejandría y Éfeso ofrecían su mercancía humana a esas ciudades prósperas que necesitaban abastecerse de la mano de obra necesaria para mantener su economía.

—Yo no estaría tan seguro de que nos permitan irnos —comentó Linos tras escucharnos en silencio—. Cuando venía hacia aquí he visto a Festos sentado a la puerta de su casa. Allí estaban también Aniceto y los demás hombres. Parecía que discutían sobre algo importante. Al verme, se han callado y apenas me han dado los buenos días. No me ha parecido que estuvieran contentos. Mientras me alejaba he sentido su mirada clavada en mi espalda.

—No me gusta lo que explicas —dijo Herófilo moviendo la cabeza con preocupación—. ¿Qué querrán de nosotros ahora?

—No lo sé, pero si no nos dejan irnos, tendremos que escaparnos —propuso Linos.

—Sí, pero ¿cómo? Sólo podemos salir de aquí andando y ellos tienen caballos, nos alcanzarían enseguida —intervine angustiada, sintiendo que el miedo volvía a

alterar la forma en que pronunciaba cada una de mis palabras.

—Calmaos los dos —aconsejó Herófilo—. Esperemos a ver qué nos dicen.

Exome, quien nos cuidaba con su manera afable aunque rara vez nos dirigiera la palabra, trajo un plato con higos, se sentó a nuestro lado y empezamos a comer todos en silencio. Los hijos de Dafne jugaban cerca y el sol de verano empezaba a llegar con fuerza a pesar de la hora temprana de aquella nueva mañana en la isla. Entonces recordé los tejados rojos de las casas grandes en lo alto de la colina que había visto desde lejos el día que llegamos. Había una gran diferencia entre aquellas casas, muy parecidas a las que yo había visto en Atenas, y las construcciones miserables de la aldea en la que nos encontrábamos. La vida de sus habitantes también era diferente. Por lo que había observado hasta entonces, las mujeres trajinaban todo el día cuidando de los niños y los animales y de unos huertos pequeños y poco coloridos, a pesar de hallarnos en la estación en que la tierra daba sus mejores frutos. Los hombres andaban ociosos y malhumorados, como si estuvieran esperando algo que no acababa de llegar. Todos hablaban poco. La tierra que nos rodeaba, con sus pendientes rocosas y la vista omnipresente de los acantilados que llevaban al mar, producía pocos árboles en los que buscar una sombra. Sólo vi algunas higueras, cuyas ramas habían tomado una posición horizontal, manteniéndose así, seguras de que aquella era la única forma de adaptarse a los caprichos del viento. No había olivares, ni viñedos, sólo arbustos que crecían allí donde acababa el núcleo de casas en el que se concentraba una población que me pareció muy numerosa para el poco espacio del que disponían. A pesar de los cuidados de Exome, estaba deseosa de abandonar aquel lugar lo más pronto posible.

El sonido de unos pasos que se acercaban hizo que me girara para ver quién venía. Los vi llegar. Festos caminaba despacio, cojeando un poco pero seguro. Tenía la expresión decidida de quien está acostumbrado a mandar, a pensar por los demás, a esperar que sus decisiones no sean cuestionadas, a seguir adelante cuando los demás dudan, a guardarse el miedo y a esconder la ternura. Lo acompañaban Aniceto y varios hombres más.

—Queremos que os quedéis aquí. Necesitamos un médico —dijo Festos sin más preámbulos.

—Pero..., nosotros... —empezó a balbucear Herófilo cogido por sorpresa.

—Tu hija y tu discípulo pueden quedarse también, si es eso lo que te preocupa.

La expresión serena que había observado tantas veces en Herófilo, el control que sabía imponer a la manifestación de sus estados de ánimo, la elocuencia y confianza que daba a sus palabras, la sabiduría que se desprendía de ellas cuando hablaba, no pudieron manifestarse en aquella ocasión. Todos los rasgos que yo admiraba en Herófilo, y al tiempo temía, porque hacían de él una persona inaccesible de la que era muy difícil adivinar los sentimientos, todo aquello desaparecía por completo ante la petición de Festos. Por primera vez vi en Herófilo a un hombre que tenía miedo, que dudaba sobre lo que debía decir o hacer, que no conseguía esconder la sorpresa y el

desaliento.

—Hemos de regresar a Alejandría. Tengo un asunto urgente que solucionar y me esperan para proseguir mis investigaciones en la Escuela de Medicina. Tengo enfermos allí a los que debo atender —consiguió articular al fin, sin que su intervención tuviera la fuerza necesaria para convencer a nadie.

—En Alejandría debe de haber otros médicos, no será tan necesaria tu presencia. Nosotros no tenemos acceso a ninguno. En la acrópolis hay uno, pero sólo atiende a quienes viven en las casas de la colina. Aquí, si alguien enferma, generalmente muere; son pocos los que se curan. Nadie sabe cómo sanar a los demás. Y tú puedes hacerlo. Me has curado a mí. Ahora debes ayudar a los míos.

—Pero tengo asuntos que he de atender con urgencia en Alejandría, y sólo puedo hacerlo yo —repitió Herófilo.

—Debéis quedaros. Os necesitamos —insistió Festos.

Linos, siempre tan locuaz, también estaba callado, sin saber qué decir. Comprendí que los dos sopesaban la manera en que podían manifestar su deseo de no permanecer por más tiempo en aquel lugar. Evitaban pronunciar una negativa directa y clara porque temían la amenaza que podía brotar de los labios de Festos; aquellas palabras que nos dirigirían hacia algún mercado de esclavos. El silencio se hizo espeso y largo, preñado de miedo e incertidumbre. Entonces, como si desde algún lugar lejano alguien hubiera hecho saltar un resorte, Linos empezó a hablar:

—Herófilo... Herófilo, mi maestro, podría enseñaros a curar a vuestros enfermos, y luego, con la llegada del otoño, partiríamos.

Miré a Linos. Acababa de eliminar cualquier posibilidad de continuar el viaje y nos condenaba a pasar allí todo lo que quedaba de verano. No entendía por qué decía aquello si Herófilo nos había confiado que tenía verdadera urgencia por llegar a Alejandría. Vi temor en sus ojos; él también se había dado cuenta de que con su intervención acababa de comprometer a Herófilo a hacer algo sin saber primero si quería o si podía aceptar. Había decidido por los tres sin hablarlo antes y sin pensar en las consecuencias a las que esa decisión nos abocaba. Me pregunté qué iba a ocurrir a partir de entonces; no sabía si era mejor para nosotros que Festos y sus hombres aceptaran la propuesta de Linos o que no lo hicieran. Pero si aceptaban, Herófilo no sólo llegaría tarde a su importante cita, sino que se encontraría ante el compromiso de enseñar a aquellas gentes que todo lo ignoraban algo tan complejo como sospechaba yo que era el arte de la sanación. Con un susto todavía mayor me estremecí al pensar que las medicinas que llevaba en su caja se iban a terminar y no sabíamos dónde podríamos encontrar más.

Mientras yo continuaba cuestionando a Linos con la mirada, se oyó la voz de Herófilo en un tono que había recuperado la serenidad y confianza perdidas. Le escuché asombrada.

—Linos tiene razón. Nos urge llegar a Alejandría, pero si avisamos de nuestro retraso a quienes nos esperan, podríamos quedarnos aquí unas semanas y ayudarlos.

Decidme quién de vosotros quiere aprender los principios básicos del arte de la curación y yo le enseñaré. Creo que cuando llegue el otoño seréis capaces de tratar vosotros mismos las enfermedades más comunes. Y nosotros podremos regresar a Alejandría antes de que finalice la temporada de navegación. ¿Nos ayudareis a buscar un barco que nos lleve de regreso a casa? —añadió en un tono de humilde súplica.

Linos me miró. Sus ojos transmitían ahora alivio y esperanza, y a la vez parecían hacerme partícipe de su entusiasmo por algo que, de repente entendí, él empezaba a vivir como una aventura en la que podría no sólo continuar aprendiendo sino también convertirse en maestro. No me atreví a mirar a Festos, que permanecía callado, quizá todavía ponderando la propuesta; dispuesto probablemente a rechazarla. Al fin y al cabo éramos sus prisioneros y no estábamos en condiciones de proponer tratos, y mucho menos de pedirle ayuda para irnos de allí cuando él nos acababa de manifestar de forma contundente su deseo de que nos quedáramos. Fue en aquel momento cuando se escuchó con claridad la voz de Exome.

—Yo quiero aprender —dijo muy seria y erguida, acercándose a donde estábamos y situándose a mi lado.

Festos la miró perplejo, ella le sostuvo la mirada. Él se mantuvo en silencio durante un rato mientras los demás hombres, también muy callados, aguardaban alguna respuesta. Parecía que dudaba, que no se atrevía a aceptar el trato, que quizá barruntara que alguien que no era él estaba tomando las decisiones y que éstas alteraban sus planes originales. Sin duda pensaba que estaba perdiendo si aceptaba nuestra propuesta.

—No tendréis suficiente tiempo para enseñarnos vuestro arte antes de partir. ¿Qué vamos a hacer después? —dijo finalmente.

—Continuar aprendiendo —repuso Herófilo con naturalidad—. Os dejaré información escrita, si lo deseáis. Os puedo enviar también copias de tratados de Medicina en algún barco que salga de Alejandría y haga escala en Creta.

El rostro de Festos expresó primero sorpresa, luego incompreensión, y enseguida dio paso a una furia contenida.

—¡No hay trato! No podéis irnos. Os necesitamos aquí. Debéis quedaros con nosotros —exclamó mirándonos con desprecio, el rostro encendido por la ira.

Sus hombres asentían con la cabeza.

—Pero ¿por qué? —Se atrevió a preguntar Linos—. Ya os hemos dicho que retrasaremos nuestro viaje para ayudaros.

Festos lo miró con tal severidad que Linos retrocedió unos pasos, como si quisiera ponerse al resguardo de algún golpe que, sin embargo, no llegó.

—¿Acaso pensáis que soy un estúpido? —gritó Festos—. ¿Qué creéis que vamos a hacer con todos vuestros escritos si no sabemos leer? A ver, decidme, ¿de qué nos van a servir?

Reinó de nuevo el silencio mientras Herófilo, Linos y yo tomábamos conciencia de algo en lo que no se nos había ocurrido pensar un momento antes, y es que, con

toda seguridad, en aquella aldea ninguno de sus habitantes sabía leer. Al cabo de unos instantes fue Exome quien nos sorprendió a todos de nuevo.

—No sabemos leer, pero eso también podemos aprenderlo —dijo con entereza.

Sus dos hijos la miraron extrañados, sin entender muy bien la osadía de aquella mujer sumisa y callada que nunca se quejaba de nada ni parecía manifestar ningún anhelo. Trabajaba sin descanso tejiendo las telas para toda la familia, había sido madre y ahora abuela ejemplar, siempre pendiente del bienestar de los más pequeños, refugio de sus penas y de sus secretos, contadora de historias, pero reservada con sus pensamientos. Exome no pedía para sí misma más que un rato de tranquilidad a solas por la noche, sentada a la puerta de su casa para ver las estrellas; y que la escucharan cuando hablaba de su otro hijo, el más joven de los tres, aquel que un día se fue por mar, despidiéndose sólo de ella y con la promesa de que regresaría. Pero todo eso lo averigüé un tiempo después, cuando Exome finalmente me dijo de qué se trataba el favor que me había pedido. En aquel momento sólo vi a una mujer todavía joven y fuerte que estaba intentando ayudarnos, y ayudarse a sí misma. Y, al hacerlo, le plantaba cara a su hijo quizá por primera vez en su vida. Una mujer que —y eso bien lo sabía ella— era la única que tenía el poder de conseguir que él cambiara de opinión.

Tras la intervención de Exome, nos envolvió de nuevo el silencio; largo, incómodo. Festos no se atrevía a ir al encuentro de los ojos de su madre, que lo miraban fijamente. Nadie se movía. Nadie decía nada, yo estaba impaciente, aterrada al ver la expresión de Festos, temía las consecuencias de su enfado, sin duda nos iba a llevar al mercado de esclavos. Un escalofrío de miedo me recorrió entera. Quizá fue el motivo que me impulsó a intervenir. De nuevo me sorprendió escuchar mi propia voz:

—Yo puedo enseñaros a leer.

Enseguida me arrepentí. Estaba segura de que había vuelto a cometer una imprudencia. Todos me miraron, incrédulos; sin duda no se fiaban de mí, quizá ni siquiera entendieran la validez de la propuesta. Yo misma dudaba de su viabilidad, pero ya estaba dicho. Por eso me extrañó percibir la urgencia en la mirada intensa de Herófilo, que me animaba a que repitiera lo que acababa de decir, y una rápida inclinación de la cabeza con la que Linos parecía transmitirme que aquello era lo que nos convenía. Y supe que debía sobreponerme y mostrar la fuerza y la determinación necesarias para despejar la desconfianza de quienes me observaban. Intenté tranquilizarme pensando que, al fin y al cabo, sólo se trataba de hacer aquello que había hecho siempre, desde niña, alentada por mi padre primero y llevada por mi propia curiosidad después. Disfrutaba leyendo y escribiendo; eso debería ser suficiente para pensar que podría ser capaz de transmitir ese entusiasmo a otros. Al menos debía intentarlo.

—Sí, claro que sí —afirmé alzando la voz y mirando a Exome—. Yo puedo enseñaros a leer. La verdad es que me gustaría mucho hacerlo.

Por primera vez desde que me había separado de mi padre, nacía una sonrisa en mis labios, regresaba algo de aquella seguridad que él había hecho crecer en mí. Una confianza que, como consecuencia de los últimos avatares, creía haber perdido. En la mirada rápida, tierna, agradecida y cómplice que me dirigió Exome, sentí también el inicio de una corriente de simpatía que iría creciendo con el paso de los días.

Festos nos observó a su madre y a mí con detenimiento; en su rostro se dibujaba una suspicacia que no intentó esconder. Como respuesta a su inquietud, Exome se irguió de nuevo y lo miró a los ojos, sin añadir una palabra más. Se mantuvieron así unos instantes, hasta que él giró la cara para escapar de la mirada materna. Falto de argumentos sólidos para continuar la discusión, y ante la actitud de sus hombres a la expectativa, finalmente anunció:

—Está bien, trato hecho —dijo, e intentando mantener la imagen de autoridad que se había ganado en el campo de batalla y que los demás esperaban y respetaban, anunció con dureza—: Pero si cuando llegue el otoño, no habéis conseguido lo que ahora prometéis, tendréis que quedaros aquí, a no ser que preferáis ser vendidos en el mercado de esclavos. Con el dinero que me darían por vosotros podría comprar los servicios de un buen médico y traerlo a vivir aquí.

Exome sonrió mirando a su hijo. Era una sonrisa de agradecimiento, de orgullo por la decisión que acababa de tomar. En la cara de él, quizá su madre creyó leer también que, llegado el caso, nunca cumpliría su amenaza, pero que necesitaba pronunciar aquella bravuconería para sostener su fama de hombre duro, aunque no se sintiera en absoluto inclinado a utilizar esa dureza contra aquellos que habían conseguido que saliera vivo y entero del percance que acababa de sufrir. Pero el gesto iracundo y suspicaz de Festos instaló entre nosotros la sospecha de que, a pesar del buen hacer de Exome y de la clara influencia que ésta ejercía sobre su hijo, quizá nunca podríamos continuar nuestro viaje hacia Alejandría.

En las semanas que siguieron, Herófilo empezó a poner en práctica su parte del compromiso. Lo primero que hizo fue reunirse con Festos, Exome, Dafne y Aniceto para explicarles que había cosas en su forma de vivir que debían cambiar si querían alejar las enfermedades que los aquejaban. Se trataba de pequeños detalles de la vida cotidiana que, si bien eran norma común en las ciudades, no parecían haber llegado a aquel núcleo de población que conservaba el aire de provisionalidad con el que se instalaron años atrás, tras abandonar unas tierras cercanas y poco fértiles con las que, una vez pagados los impuestos que se les requería como colonos, no conseguían ganar lo suficiente para subsistir. Desde entonces, la piratería y la guerra eran su modo de vida. Los hombres estaban ausentes la mayor parte del tiempo, y las mujeres criaban a los hijos y trabajaban en los burdos telares de sus casas tejiendo la ropa para toda la familia. Nadie se había preocupado por intentar mejorar las condiciones en las que todos ellos vivían.

—Es muy importante que vuestras casas tengan ventanas. De esa forma permitís la entrada de aire limpio y las enfermedades lo tendrán más difícil para quedarse entre vosotros —explicaba Herófilo.

—Necesitamos protegernos por si alguien viene a atacarnos —protestó Festos contrariado—. Cuantas más aperturas hay en una casa, más vulnerable es. Y nuestras mujeres están solas la mayor parte del tiempo.

—Podéis cerrar vuestras ventanas y entradas con puertas de madera.

—Pero la madera es muy difícil de conseguir. Por aquí sólo hay olivos, pocos, pero ése es nuestro árbol sagrado; cortar olivos no está bien visto por los dioses. Y la madera que llega a la ciudad es muy cara.

—Compradla aunque sea cara. Tenéis dinero, ¿no? ¿Qué hacéis con lo que sacáis por la venta de prisioneros, y por vuestra participación en las guerras? —intervino Linos con su habitual espontaneidad y falta de tacto al hablar.

—Eso no es asunto tuyo —respondió tajante Festos—. Pero te diré, joven rico de ciudad, que con lo que ganamos como mercenarios nos llega justo para alimentar a nuestras familias.

Tras discutir un buen rato, Herófilo consiguió convencerlos de que, poco a poco y en la medida de sus posibilidades, fueran comprando la madera necesaria para hacer camas, puertas y protectores de las ventanas. En otra ocasión les explicó cómo debían construir bañeras de barro donde poder bañarse con cierta regularidad sin tener que bajar hasta el mar y escalar la montaña de regreso, como debían hacer cuando decidían que ya había llegado el momento de bañarse. También les habló de la importancia de que, durante el invierno, mantuvieran a los animales en una estancia diferente a aquélla en que vivían las personas, de que limpiaran periódicamente los suelos de tierra y cal de sus casas con agua hirviendo, y de que cambiaran con frecuencia los jergones donde dormían. Herófilo y Linos repitieron una y otra vez, ante la mirada incrédula de quienes los escuchaban, que esas normas de higiene básica evitarían muchas enfermedades; especialmente aquellas que llegaban por medio de parásitos, que se alimentaban y crecían en los cuerpos de las personas cuando a éstas y a su entorno les faltaba la limpieza.

Desde que llegamos a la isla, Herófilo no había dejado de insistir en que debía enviar unas cartas urgentes a Alejandría, pero, aunque Festos y sus hombres no se negaban a que lo hiciera, también quedó patente que nunca nos permitirían ir a la ciudad a entregarlas si no iban ellos con nosotros. Y todos esperaban la completa recuperación de Festos para solucionar los asuntos que tenían pendientes en la ciudad. Como los días pasaban sin que hubiera ningún cambio en sus planes, no nos quedó más remedio que adaptarnos a la nueva situación. Una vez lo hicimos, el tiempo empezó a transcurrir deprisa, y mientras médico y discípulo se ocupaban de diagnosticar y tratar dolencias varias, curar heridas y practicar alguna pequeña

cirugía, iban también enseñando a Exome a identificar los síntomas de las enfermedades más comunes, a conocer el poder curativo de las plantas y a aplicar los remedios necesarios en cada caso. Yo pasaba todo el tiempo con las mujeres, pero sobre todo en compañía de Exome, siempre que ella estaba libre de sus obligaciones. Me sentía bien a su lado, y a pesar de que era parca en palabras, consiguió que yo entendiera muchos aspectos de su realidad cotidiana, algo que me hubiera sido imposible sin su ayuda. También observé, con satisfacción, que Exome mostraba un vivo interés por repetir en voz alta las letras que yo le dibujaba en la tierra y las pequeñas frases que escribía para ella y con las que, muy presta, iba aprendiendo a leer.

Todas las mañanas esperábamos en el banco de piedra que había a la puerta de su casa hasta que Dafne nos traía un poco de pan acompañado de aceitunas, higos o queso y se sentaba a nuestro lado para almorzar con nosotras. Varias veces intenté convencerla de que aprendiera a leer ella también, pero siempre se negaba. Movía la cabeza con nerviosismo mientras afirmaba que no se atrevía a probarlo pues estaba convencida de que ella no iba a aprender nunca. Y miraba a Exome a hurtadillas, con recelo, como si no se encontrara a gusto en su compañía. Era una rivalidad silenciosa, ya había notado en más de una ocasión que también Exome adoptaba una actitud seria y reservada cuando Dafne estaba con nosotras.

Un día, mientras Exome y yo recitábamos unos versos de Homero, llegó Dafne acompañada de su hijo Nikias y de su hija Ligeia. Los dos niños andaban tras ella, que sostenía en brazos a Klito, el más pequeño de los tres. Iban todos en silencio y sus rostros habían adoptado un gesto de cierta solemnidad. El vientre de Dafne mostraba ya un embarazo bastante avanzado, y cuando se sentó junto a mí no pudo evitar un largo suspiro, mientras con las manos se masajeaba la parte baja de la espalda. Luego, como si ya hubiera empezado a disfrutar del momento de descanso que necesitaba, me miró, y al tiempo que intentaba esbozar una tímida sonrisa y evitaba encontrarse con los ojos de Exome, dijo:

—Nikias y Ligeia..., a ellos también les gustaría aprender a leer y a escribir en compañía de su abuela. ¿Qué... qué te parece?

—Me parece muy buena idea —se adelantó a mi respuesta Exome mientras tomaba la mano de Ligeia y la acariciaba.

Sorprendida, Dafne miró a Exome.

—Festos no quiere que los niños aprendan. Dice que eso es cosa de mujeres mayores y ociosas que ya no tienen hijos ni maridos a quienes cuidar. Según él, los hombres, desde niños, han de aprender a pelear, y las mujeres a ocuparse de ellos y de sus hijos. Bueno, siempre ha sido así..., sólo que yo había pensado que..., bueno, algún día puede que Nikias quiera irse de aquí, vivir en la ciudad, hacerse comerciante. A mí me gustaría que así fuera. No quisiera que se dedicara a la guerra como su padre... Y, bueno, no sé, pero quizá sería útil que Ligeia también supiera leer y escribir..., por si tiene que vivir en la ciudad y ayudar a su hermano, o a su

marido.

Dijo todo esto muy deprisa, como si temiera que si hacía alguna pausa no iba a tener el valor de continuar exponiendo lo que seguramente había estado pensando durante mucho tiempo sin atreverse a decirlo.

—No te preocupes por Festos. Yo lo convenceré. Déjalo en mis manos — intervino Exome en el tono de voz firme que adoptaba siempre que hablaba con Dafne.

En la mirada que Dafne dirigió a Exome no pude leer gratitud, sino una opacidad que no dejaba emerger la alegría que pudiera sentir por haber conseguido aquello que deseaba. La intervención de Exome había provocado —como comprendería después— que, en lugar de satisfacción, aumentara en Dafne un sentimiento que quizás se parecía mucho a la envidia, porque venía acompañado por el disgusto de comprobar una vez más el poder que ejercía Exome sobre Festos. Se iba alimentando así una desazón que parecía ir en aumento con cada día que pasaba, y cuya causa yo atribuí al escaso espacio que Exome dejaba a Dafne para ocuparse de las cosas que la afectaban a ella y a su familia. Más tarde me enteraría de que la enemistad había empezado años atrás y por razones que en aquel momento estaba lejos de sospechar.

Estábamos pasando las jornadas más agobiantes del verano. El calor nos acompañaba durante todas las horas del día, nos relajaba el ánimo y nos hacía esperar con impaciencia la llegada de la noche. Sólo entonces salíamos de nuestro letargo, hasta que el sol aparecía de nuevo a la mañana siguiente. Como, a pesar de la oscuridad, el bochorno de las horas pasadas permanecía todavía encerrado en el interior de las casas, Herófilo, Linos y yo optamos por dormir en el exterior. Nos gustaba contemplar los dibujos que los distintos grupos de estrellas formaban en el cielo, observar los cambios sutiles de su posición que se iban produciendo con el paso de los días, sentir la caricia del viento suave y el murmullo del mar que llegaba hasta nosotros. Linos y yo nos tendíamos muy cerca el uno del otro, a menudo su mano rozaba la mía por casualidad, pero se quedaba allí un instante más de lo necesario. Yo no me apartaba, me gustaba aquel contacto fugaz, sólo me preocupaba que alguien más lo viera.

Muchas veces, Nikias y Ligeia salían de su casa y se tendían a nuestro lado, atentos a las explicaciones que les dábamos sobre aquel cielo estrellado que les sugería tantas preguntas. Exome también se unía a nosotros casi todas las noches y nos contaba historias sobre las estrellas. Cuentos que todos escuchábamos con atención, y en los que ella sabía dosificar muy bien los elementos de misterio que nos mantenían a todos el interés y nos llevaban a esperar con impaciencia que llegara la noche siguiente para saber qué les iba a ocurrir a los personajes que ella inventaba para nosotros. Aquellos relatos poseían la capacidad de hacernos olvidar, aunque fuera por un rato, nuestra condición de prisioneros. Porque, por mucho que se hubiera disfrazado nuestra estancia en la isla con promesas de libertad y con nuestras funciones como maestros de aquellas gentes en artes que no conocían, lo cierto era que no dejábamos de estar retenidos a la fuerza, resignados porque la alternativa que nos ofrecía Festos era mucho peor. Sólo Herófilo parecía no haber perdido la inquietud y seguía solicitando, sin éxito, permiso para visitar Lato y enviar sus cartas.

No me estaba costando demasiado acostumbrarme a vivir en aquel lugar al que había llegado como una prisionera, tan distinto a mi casa, lejos de todas las comodidades a las que estaba acostumbrada, y donde vivía acompañada de personas a las que acababa de conocer y con las que no me unía ningún lazo de parentesco, ningún pasado en común. Sin embargo, y aunque mi padre ya no era el tema principal de mis conversaciones con Herófilo, varias veces a lo largo del día pensaba en él. También le hablaba en silencio por las noches antes de que me llegara el sueño, le explicaba todo lo que me estaba pasando, compartía con él la alegría que me daba el saber que, gracias a mí, Exome, Nikias y Ligeia pronto podrían leer y escribir. Le decía que yo les estaba enseñando con la misma ilusión con la que él me enseñó a mí. Enviaba todos estos mensajes al viento, a las estrellas, esperando que él de alguna manera intuyera desde tan lejos que yo le estaba hablando. Y durante un tiempo me

conformé con eso. Hasta que llegó el día en que me urgió escribirle y decirle que estaba bien. Fue cuando decidí que le pediría a Herófilo si podía ir con él a Lato, comprar papiro y enviarle una carta a mi padre en el primer barco con destino a Atenas. Pero intuía que si Herófilo todavía no había conseguido que lo autorizaran a visitar la ciudad, aún sería más difícil que yo lo acompañara. Para conseguirlo, tuve que hablarle a Exome de mi padre, explicarle mi historia, mis anhelos y mis miedos. Y ella, una vez más, acudió en nuestra ayuda.

Fueron varios los argumentos que Exome utilizó para persuadir a Festos de que Herófilo, Linos y yo necesitábamos visitar la ciudad, pero el único que consiguió convencer a su hijo fue la necesidad de reponer las medicinas de la caja de Herófilo, que ya se estaban agotando.

—De acuerdo. Partiremos mañana a primera hora, pero vosotros —dijo Festos señalándonos a Herófilo y a mí— os quedáis aquí. Decidle a Linos todo lo que debe comprar.

—Pero debo enviar unas cartas urgentes a Alejandría —protestó Herófilo.

—Yo... yo también necesito ir a Lato para... —empecé a hablar.

—Sólo puede ir Linos —insistió Festos—. Dadle a él todos vuestros encargos.

—Dejad ir a Irene con vosotros —intervino Exome—. No escapará. Nunca abandonaría a su padre aquí. Sólo va a comprar unos rollos de papiro que necesitamos los niños y yo para seguir aprendiendo. Quiere escribir allí historias para que nosotros sigamos aprendiendo a leer.

Me di cuenta de que callaba el verdadero motivo de mi interés en ir a Lato, y entendí que yo también debía mantenerlo en secreto y buscar la forma de enviar la carta a mi padre sin que ellos sospecharan que lo había hecho.

—¿No puede utilizar para ello los ostraca? —preguntó Festos.

—Ya los utilizamos pero no son lo suficientemente grandes para contener el texto de una historia —mintió Exome.

Cada día me admiraba más el poder que ejercía Exome sobre su hijo Festos; un hombre joven, fuerte, decidido, acostumbrado a que se le rindiera obediencia y al que, sin embargo, su madre lograba neutralizar con unas palabras. También veía el malestar no disimulado de Dafne, que, siempre un poco alejada de nosotras, nos observaba en silencio, mientras seguía con interés las voces de sus hijos cuando recitaban las letras del alfabeto. Por su parte, Exome quizá encontrara normal la actitud recelosa que mostraba hacia ella la mujer de su hijo. Pero a mí me extrañaba. Y fui advirtiendo cómo, a medida que crecía mi amistad con Exome, la suspicacia que Dafne sentía hacia la madre de su esposo también parecía hacerse extensiva a mí. Seguía con detalle todas mis conversaciones con Exome y observaba con creciente desconfianza qué hacía yo cuando estaba con Herófilo y Linos. Pronto tuve la certeza de que ella también había intuido que yo no era hija de Herófilo, y empecé a temer que en algún momento los celos la llevaran a revelarles a Festos el secreto de nuestra verdadera identidad. Empecé a sentirme vigilada. No me gustaba hallarme en medio

de la rivalidad entre las dos mujeres y tampoco estaba dispuesta a aceptar que mi amistad con una supusiera la enemistad con la otra.

La noche anterior a nuestra visita a Lato salí a buscar agua y, al llegar al pozo, escuché unos sollozos que procedían de la casa de Festos. Era Dafne quien lloraba, pero los gritos de él se oían con más fuerza.

—¡No sabes lo que dices, mujer! Deja a mi madre tranquila. Y no me nombres más aquellos días..., eso pertenece al pasado —gritaba Festos con la voz aguda de quien ya no puede controlar más la ira.

No me atreví a quedarme donde estaba para continuar escuchando. Temía que uno de ellos saliera de la casa y me descubriera espiándolos, y me fui de allí lo más deprisa que pude. A la mañana siguiente, mientras nos disponíamos para partir hacia Lato, vi salir a Dafne de su casa. Tenía los ojos enrojecidos y la mejilla derecha algo hinchada y de un color un poco diferente al del resto de la cara. Me quedé mirándola sin atreverme a preguntar qué le había ocurrido. Ella debió percibir mi extrañeza pues, sin levantar la vista del suelo, dio una explicación que ninguno de los que estábamos allí le había pedido:

—Anoche, al salir un momento de casa tropecé con una piedra y perdí el equilibrio. Eso hizo que me golpeará la cara con la pared.

Exome suspiró y miró a Festos con severidad, pero éste se afanaba preparando la mula y le había dado la espalda. El sol marcaba el inicio de un nuevo día.

Lato me pareció una ciudad pequeña pero animada, flanqueada por dos colinas verdes de las que emergían sus acrópolis fortificadas. El acceso principal a la ciudad tenía tres entradas y dos patios cuadrados, que atravesamos antes de tomar una calle que desembocaba en el ágora. Cuando llegamos a aquel lugar bullicioso era ya casi mediodía, pero la multitud se agolpaba todavía alrededor de las paradas del mercado. Las tiendas de los artesanos estaban abiertas y los comerciantes de vasijas y telas exhibían sus mercancías en unas plataformas elevadas que las hacían visibles desde lejos, despertando así la atención de los posibles compradores.

Me fijé en una estatua dedicada a Nearcos, el almirante de Alejandro que había nacido en la ciudad, y en el pequeño templo rectangular dedicado a la diosa Eleithyia, la principal divinidad a la que adoraban los habitantes de Lato. Al otro lado del ágora, en una plataforma rectangular parcialmente cortada en la roca, un maestro hablaba a sus jóvenes alumnos de la misma forma en que yo había visto hacer en Atenas. Los muchachos, que seguían las explicaciones del hombre con atención, me recordaron a mis hermanos. Por unos instantes fui de nuevo presa de la nostalgia.

Desde las colinas de la acrópolis podía ver la bahía. Dos barcos de los que portan mercancías se preparaban para partir. Festos nos explicó que uno era un kerkouros,

pues llevaba velas y remos y tenía un espolón en la parte frontal que podía utilizarse para luchar contra las naves piratas. Linos y yo nos miramos y compartimos nuestra inquietud sin palabras. Ni a él ni a mí nos abandonaba la sospecha de que quizá Festos no estuviera dispuesto a ayudarnos a continuar nuestro viaje cuando llegara el momento. Volví a mirar con detenimiento las naves. Me preguntaba cuál de ellas partiría hacia Alejandría, cuál de los dos llevaría mi carta a Atenas, y también cuánto tiempo faltaba para que pudiéramos irnos de allí. Festos y Aniceto seguían a nuestro lado, observándonos. Antes de irse para atender a los asuntos que los habían llevado a la ciudad, nos acompañaron hasta cerca del lugar donde se encontraba el mercader que vendía las plantas medicinales que debíamos comprar.

—Nos volveremos a encontrar aquí antes de la puesta del sol —anunció Aniceto.

—Y esperamos que no se os ocurra meteros en uno de los barcos que hemos visto antes —continuó Festos en un tono amenazante.

—Descuida. No lo haremos —afirmó Linos.

—Si lo hicierais, os encontraríamos enseguida. Tenemos amigos —añadió Festos señalando a un grupo de hombres que se acercaban.

Parecían recién llegados de librar alguna batalla. De aspecto cansado, iban sucios y armados con cuchillos y espadas cortas, aunque no llevaban ni casco ni escudo.

—¡Festos! ¡Qué alegría verte curado! —dijo uno de ellos dándole unas palmadas en la espalda.

Los dejamos hablando y observamos cómo la gente los miraba con una mezcla de terror y respeto.

El olor intenso de tantas plantas me asaltó a la entrada de la pequeña tienda donde entramos a comprar las medicinas para Herófilo. El lugar se mantenía fresco para proteger los productos que guardaba en su interior, y el mercader había instalado una mesa baja y unas pesas diminutas con las que calculaba la cantidad de las hierbas que servía. Se acercó solícito, pero únicamente habló con Linos. A mí me miró sólo una vez y en su gesto pude entender que no aprobaba que estuviera allí. Me mantuve al lado de Linos, erguida, con la cabeza bien alta, molesta por la actitud despectiva del hombre, que mantuvo una larga conversación con Linos sobre plantas medicinales y dolencias mientras le iba preparando lo que éste le pedía.

—Aquí tiene la raíz de mandrágora, el eleboro y la genciana. Y con esto creo que ya está todo lo que me ha pedido —dijo el comerciante mientras le entregaba a Linos unos pequeños frascos de cristal en donde se veían polvos de distintas tonalidades de marrón y verde.

—Gracias —dijo Linos y le pagó una cantidad que, luego me comentó, le había parecido excesiva.

—Ha tenido suerte de dar conmigo —dijo el hombre como si adivinara el recelo de Linos—. Muchos de los remedios que desea sólo pueden comprarse en Alejandría.

—Lo sé. Vengo de allá.

—Alejandría, ¡bonita ciudad! Al menos eso dicen los que la han visitado. Yo

todavía no he tenido esa suerte. ¿Y se quedará mucho tiempo en Lato?

—Hasta el final del verano.

La llegada de otros compradores a la tienda impidió que el hombre siguiera preguntándonos y creo que se quedó con las ganas de saber quiénes éramos y dónde vivíamos. Más tarde intuí que quizá encontró alguna manera de averiguarlo, pues no sabemos cómo pero, a partir del día siguiente, empezaron a llegar a la aldea hombres, mujeres y niños solicitando que los atendiera el médico que sabían que vivía allí.

Regresamos al ágora y encontramos al vendedor egipcio que abastecía las necesidades de papiro de los pocos que podían utilizarlo. El hombre nos vendió también tinta, plumas de escribir y piedra pómez para suavizar la superficie del papiro. Dos hombres bien vestidos y perfumados nos miraban con detenimiento. Creo que se dieron cuenta enseguida de que no éramos ciudadanos de Lato pero no se atrevieron a preguntarnos nada. Observamos cómo hacían lo posible para mantenerse cerca de nosotros, simulando que hablaban entre ellos pero con la clara finalidad de intentar averiguar nuestra identidad. Había observado ya que otros habitantes de Lato se fijaron en nosotros mientras andábamos por la calle, y comprendí que aquel lugar era muy diferente de la Atenas cosmopolita a la que yo estaba acostumbrada. Lato era una ciudad pequeña, puerto de carga y descarga de mercancías, pero a donde seguramente llegaban pocos forasteros. Sus habitantes se conocían demasiado bien como para no mirar con cierta suspicacia a dos jóvenes a los que no habían visto nunca por allí.

Linus y yo buscamos un lugar tranquilo para sentarnos a escribir nuestras epístolas. Yo no estaba segura de que la carta a mi padre pudiera llegar algún día a sus manos, pero la escribí como si así fuera, y procuré plasmar en los trazos firmes que iba dejando en el papiro la alegría que sentía por comunicarme con él. Me guardé de hablarle de la pena y la soledad que me causaba su ausencia. Le narré todo lo que me había sucedido con la ligereza de quien explica un cuento, una historia de aventuras que va a tener un final feliz. Finalmente le expresé mi confianza en que pronto podríamos abrazarnos de nuevo y vivir como si no nos hubiéramos tenido que separar nunca.

Una vez terminamos nuestros escritos, Linus y yo tomamos una calle ancha que llevaba al puerto, pues queríamos encontrar a los capitanes de los barcos que se dirigían a Atenas y a Alejandría y encomendarles nuestras misivas antes de que zarparan. Caminábamos deprisa, con el ánimo alegre y la ilusión de que por fin íbamos a poder dar noticias nuestras a quienes amábamos. Y fue entonces cuando la casualidad se cruzó en nuestro camino y nos enfrentó a un nuevo problema que ni habíamos imaginado.

Fui yo quien le vi subir en nuestra dirección. Estaba todavía un poco lejos, pero lo habría reconocido entre miles de rostros; su tez marcada por el sol de tantas travesías, sus ojos claros, atentos, suspicaces e inquisidores, y su largo cabello ensortijado, de un rubio sucio, no se me iban a olvidar nunca. Al verlo sentí de nuevo que el miedo

me mordía las entrañas. ¡Era Nicias! Caminaba deprisa, con el porte serio, altivo, hablando acaloradamente con otro hombre al que no reconocí. Gesticulaban mucho y parecían enfadados. Supe al instante que si no me alejaba de allí enseguida me iba a reconocer en cuanto dejara de hablar. Alerté a Linos con un tirón de su túnica y, sin darle tiempo para adivinar qué pasaba, me di la vuelta y lo forcé a que volviéramos sobre nuestros pasos. Así nos situamos de espaldas al capitán pirata, pero por poco tiempo, pues éste no tardaría en llegar a nuestra altura.

—¿Qué te pasa, Irene? Te has quedado lívida —comentó Linos deteniéndose a mi lado.

—No te pares, por favor, sigamos andando deprisa. ¡Es... es él, es él!

—¿De quién me hablas? ¿Qué te ocurre? No podemos alejarnos del puerto, el barco para Atenas está a punto de zarpar y hemos de encontrar a su capitán para entregarle la carta que le has escrito a tu padre.

—¡Es Nicias! Me reconocerá. Él sabe que mentía. Querrá vengarse del engaño. Vámonos antes de que me convierta en su prisionera.

Si Linos se asustó por lo que acababa de oír, supo disimularlo muy bien. Me tomó de la mano y me obligó a sosegar el paso y acomodarlo al que él marcaba.

—Intentemos no correr. Aparenta calma, Irene —me aconsejó mientras volvía un momento la cabeza.

Y así iniciamos un recorrido largo y extraño por las calles de aquella ciudad nueva para nosotros. Andábamos con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo para disimular en lo posible nuestra angustia, el miedo en nuestras miradas. El pirata y su acompañante parecían seguir la misma dirección que nosotros pues oíamos el sonido de su voz cada vez más cerca. Teníamos que evitar a toda costa que llegaran a pasar por nuestro lado en aquella hora en la que el calor había dejado las calles desiertas. Eso aumentaba mi desazón pues estaba convencida de que, una vez se situaran a nuestra altura, cualquier leve gesto en nuestra dirección podría ser suficiente para que Nicias me reconociera. Ya lo había burlado una vez y era del todo imposible que pudiera conseguirlo de nuevo.

La calle por donde transitábamos resultó ser una de las principales de la ciudad, pero no daba acceso a otras. Se hacía cada vez más estrecha y, cuando oímos las voces de Nicias y de su acompañante casi a nuestra espalda, ya no pude seguir caminando. Entonces decidí arriesgarme, así que bajé la cabeza y levanté la pierna izquierda mirando con excesivo interés el estado de mi sandalia. Me agaché y fingí arreglarla. Linos me siguió el juego, se situó a mi lado y les dio la espalda a los dos hombres.

—Es la cinta de la sandalia —dijo en voz lo suficientemente alta como para que pudieran oírlo—. Dámela que te la arreglaré.

Los dos hombres nos adelantaron sin reparar en nosotros y siguieron su camino. Desaparecieron en un giro a la izquierda y oímos cómo sus voces se alejaban. Cuando Linos me tomó del brazo para ayudarme a ponerme en pie, nuestros cuerpos

quedaron muy juntos. No recuerdo quién de los dos inició el gesto, pero nos abrazamos. Fue un abrazo largo que no queríamos interrumpir. Yo apoyé la cabeza en su pecho; sentí su fuerza, y también la respiración acelerada de él. Me gustó el olor que desprendía su cuerpo. Luego su mano me acarició el cabello, el cuello, la espalda. Me envolvió un calor desconocido; sólo deseaba que no dejara de acariciarme. Cuando nos separamos, sus ojos me miraron con una intensidad diferente. Yo sentía un cosquilleo agradable en el vientre, la cara me ardía y el corazón se movía rápido y ansioso dentro de mi pecho. Bajé la cabeza intentando en vano que él no se diera cuenta de mi turbación.

—Vamos —dijo tomándome de la mano.

Caminamos en silencio, la presión cálida de la mano de Linos en la mía, nuestros cuerpos buscando la cercanía del otro. La urgencia para llegar al puerto nos obligaba a andar muy deprisa, pero eso no impedía que el aire que respiraba me pareciera más limpio, la calle hermosa, la luz del sol más acogedora, y que un silencio absoluto envolviera todo aquello que no fueran nuestros pasos y el ritmo acompasado de nuestros corazones.



Rehicimos el camino hacia el puerto, pero cuando llegamos era ya demasiado tarde para entregar mi carta; la nave con destino a Atenas iba tomando distancia y se adentraba en mar abierto.

—Estará de vuelta en dos semanas —nos dijo un marinero que comprobaba la mercancía que se estaba cargando en el barco que unas horas más tarde zarparía para Alejandría.

La rabia y la impotencia que había sentido cuando tuve que irme de mi casa, volvieron a adueñarse de mí. Necesitaba tanto hablar con mi padre... Quería explicarle tantas cosas... Me urgía verlo, sentirlo otra vez cerca de mí, confiarle mis cuitas, pedirle consejo. Sabía que con una carta no podía conseguir lo que ansiaba, pero el mero hecho de enviársela me permitía crearme la ilusión de que podía escucharme, y en la espera paciente de su respuesta había puesto yo el eje del paso de los días. Me había convencido de que, una vez llegáramos a Alejandría, tendría su carta esperándome en casa de Herófilo.

—Dame la carta, Irene —propuso Linos—. La pondremos en compañía de la

misiva que envía Herófilo a Caledonia, su esposa, y le pediremos que ella se encargue de dársela al capitán del primer barco que salga de Alejandría rumbo a Atenas.

Al abrir la bolsa con las cartas que había confiado Herófilo a Linos, observé con sorpresa que uno de los papiros iba dirigido al rey Ptolomeo.

—¿Herófilo le escribe al rey? —pregunté sorprendida. ¿Acaso se conocen personalmente?

—No lo sé —respondió Linos—, pero el rey Ptolomeo seguro que estará dispuesto a leer una carta que venga de Herófilo. Es un hombre conocido, Irene, y sus peticiones puede que sean atendidas.

—¿Peticiones? ¿Qué es lo que le pide? ¿Qué nos vengan a buscar para llevarnos a Alejandría?

—No —sonrió Linos tristemente—. Creo que le pide...

Entonces me miró y guardó silencio unos momentos.

—¿Qué? —insistí yo intrigada.

—Veo que no lo sabes —respondió bajando la cabeza como si se arrepintiera de haber hablado—. Yo... yo no debería saber nada de esto, pero no pude evitar escuchar la conversación cuando estaba en Atenas, en casa de Herófilo, unos días antes de que llegaran los soldados a tu casa. Tu padre llamó a nuestra puerta por la noche y...

—¿Mi padre?

—Cuando lo vi entrar me fijé en la expresión de su rostro. Parecía asustado y respiraba con dificultad, como si el corto camino de su casa a la de Herófilo lo hubiera hecho escapando de alguien, aunque luego supimos que no había sido así. Herófilo le ofreció asiento, pidió a la esclava un vaso de agua para él y me indicó que me retirara y los dejara solos. Mientras me dirigía a mi habitación no pude evitar escuchar a tu padre decir que estaban tramando algo contra él, y solicitaba ayuda a Herófilo.

—Sí, lo sé, le pidió que cuidara de mí.

—Pero hay algo más —continuó Linos incómodo—. Tu padre intuía que iba a terminar en la cárcel y estaba seguro de que, si eso llegara a ocurrir, le sería muy difícil salir algún día de allí. Herófilo también lo sabía, y entre los dos pensaron cuál podría ser la mejor forma de conseguir un juicio favorable para tu padre, aunque eso supusiera el exilio.

—¿El exilio? —pregunté sin entender.

—Sí, en el caso de conseguir ser absuelto, tu padre debería abandonar Atenas después del juicio y sólo podría hacerlo como hombre libre si alguien importante lo reclamaba.

—El rey Ptolomeo... —Entendí al fin.

—Herófilo le prometió a tu padre pedir audiencia con el rey tan pronto como llegáramos a Alejandría. Esperaba que el rey de Egipto apoyara la causa de tu padre

como ya lo hizo con Demetrio de Falero. Sabe que no le tiene mucha simpatía a ese rey de Atenas cuya ansia de dominio y necesidad de deshacerse de todos aquellos que no piensan como él es la causa fundamental de la red de intrigas que tendieron alrededor de tu padre hasta destruirlo.

—Y ¿por qué Herófilo no me dijo nada?

—No creo que tuviera ninguna intención de ocultártelo. Supongo que, al ver que nos retenían aquí, no quiso causarte más inquietud haciéndote saber que su gestión con el rey Ptolomeo quedaba retrasada, y el futuro de tu padre...

—Linos, ¿matarán a mi padre? —le interrumpí. La inquietud y la congoja que con tanto esfuerzo había intentado dominar desde que salí de casa me oprimían la garganta.

—No, no creo..., no lo sé, Irene —respondió él mirándome como si me pidiera disculpas por no estar en condiciones de ofrecerme una respuesta mejor.

Miré el papiro que tenía Linos en la mano. Allí estaban escritas las palabras destinadas a intentar salvar a mi padre. Unas palabras que todavía tardarían muchos días en llegar hasta el rey de Egipto. Pensé que cuando aquel papiro arribara a su destinatario ya sería demasiado tarde y mi padre habría sido juzgado y condenado sin haber podido recibir la ayuda que tanto necesitaba. En un impulso de rabia estuve a punto de destruir la carta y dejar fluir el llanto. No lo hice, pero durante un buen rato perdí la compostura, grité y maldije a Festos, cuyo egoísmo nos obligaba a vivir en aquella isla contra nuestra voluntad, y trasladé mi enfado a Linos haciéndole una pregunta de la que ya conocía la respuesta.

—¿Por qué, si sabías que debíamos regresar a Alejandría con premura, sugeriste que Herófilo podía enseñar el arte de la Medicina a la gente de la aldea?

—Era la menos mala de nuestras opciones, Irene. Ya viste que Herófilo también se dio cuenta. Ayudarlos durante unos meses es probablemente la única forma que tenemos de regresar algún día a Alejandría. Y te diré más; creo que tuvimos mucha suerte de que aceptaran el trato.

Entendía nuestra situación, pero aun así necesitaba expresar, aunque sólo fuera una vez, la rabia que sentía por todo aquello que se había torcido en mi vida. Creo que Linos lo comprendió y no se enfadó ni por el tono de mis palabras ni por el ceño fruncido y el silencio con el que caminé a su lado hasta que llegamos a donde estaba el capitán del barco que debía zarpar hacia Alejandría y pudimos entregarle las cartas. Animada por la esperanza de que llegaran a su destino, fui recuperando la serenidad y la compostura.

Nos alejamos del puerto deprisa, espoleados por el temor de volver a encontrarnos con Nicias o alguno de sus hombres. Cuando casi habíamos llegado a la parte más alta de la ciudad, ya en las calles que circundaban la acrópolis, volvimos a mirar en dirección al puerto. Entonces descubrimos la nave pirata que nos había abordado, la responsable de que no hubiéramos llegado todavía a nuestro destino. Estaba anclada en una cala solitaria bastante alejada de los muelles. Había hombres

que trajinaban en cubierta, sin duda se preparaban para zarpar de nuevo. Confiamos en que esta vez no fuera el barco que portaba nuestras cartas el objeto de su ataque.

Nos sentamos en el suelo para descansar un rato antes de ir al encuentro de Festos y Aniceto. Sólo entonces, con la misión de nuestro viaje a Lato cumplida y protegidos por el silencio de aquel rincón solitario, volví a sentir el cuerpo de Linos a mi lado, su mano en la mía, el mismo cosquilleo agradable en el vientre de unas horas antes, el latido de mi corazón acelerado, el calor en las mejillas y un impulso incontenible que me llevó de nuevo a abrazarle y que permitió que nuestros labios se encontraran por primera vez, que cerráramos los ojos, que exploráramos despacio el gusto del otro, que descubriéramos la ternura de nuestras primeras caricias, que convirtiéramos en eternidad aquel instante.

Se acercaba el día en que Festos debía cumplir su promesa de dejarnos partir hacia Alejandría. Desde aquella visita a Lato, en la que agotamos nuestra única y precaria oportunidad de dar noticias sobre nuestro estado y de pedir ayuda para liberar a mi padre en Atenas, los días habían pasado despacio, pero no tanto como yo había temido en un principio. Si bien es cierto que la suerte de mi padre ocupaba siempre mis pensamientos, la pena, la nostalgia y la rabia no eran los únicos huéspedes que me habitaban. Había algo más, algo que había empezado a tomar forma después de aquel primer abrazo inesperado que compartimos Linos y yo la tarde en que estuvimos en Lato. Era un sentimiento nuevo, alocado, indómito, confuso, que me hacía reír cuando debería estar triste, guiaba mis gestos, dictaba mis palabras y me cambiaba el semblante a su antojo. Parecía presidir todo lo que hacía aunque yo no le hubiera dado mi consentimiento para hacerlo. Fue durante aquellos días, tan pocos y fugaces, cuando por primera vez me sentí hermosa, porque lo escuché de los labios de Linos, lo percibí en sus manos al acariciarme, en su lengua sabia que exploraba todos mis rincones, en su cuerpo que se fundía en el mío. Así unidos viajábamos a lugares desconocidos donde me perdía sin miedo, para después encontrarme con él de nuevo, con su sonrisa, con sus ojos que me miraban como si temieran no volver a verme nunca más. Regresábamos luego sin ganas a la realidad, allí donde nuestros cuerpos debían separarse de nuevo, abandonar la arena tibia que había sido nuestro lecho, el refugio de aquella cueva inesperada que formaban las rocas tan cerca del agua. Y recorríamos en silencio el camino de vuelta hacia la aldea, anticipando ya nuestro nuevo encuentro en el lugar que acabábamos de dejar, el que nos protegía de las miradas de otros, el único que podíamos considerar nuestro.

Hubiera querido hacer partícipe a mi padre de aquella dicha recién estrenada. Deseaba hablarle de Linos y de los sentimientos desconocidos que él había hecho nacer en mí. Me hubiera gustado hacerle más llevadero su encierro con mis noticias, porque sabía que los días pasarían muy lentamente para él, aislado de todo y de todos y sin ninguna actividad que pudiera llenarlos, marcados por la incertidumbre de no saber si lograría salir de allí alguna vez. Temía por su salud, por los efectos que provocaría en su espíritu inquieto verse privado de todo lo que amaba: su hija, sus amigos, sus papiros, su ciudad. Entonces me asaltaba una sensación de impotencia que me borraba la sonrisa que con tanta facilidad Linos había conseguido fijar en mi rostro. Pero no tardaba en entregarme de nuevo a la vida que sentía fluir a borbotones, arrinconaba la tristeza durante unas horas y vivía en el más absoluto estado de libertad y con sueños de futuro en un lugar donde, en realidad, no éramos otra cosa que prisioneros y desde el cual debería pronto continuar mi viaje hacia un porvenir incierto que ni siquiera me atrevía a imaginar.

Las mañanas brillantes y con el mar en calma se habían convertido en el mayor reclamo para las visitas que Linos y yo hacíamos a nuestra playa, pequeña, protegida

por las rocas que formaban nuestro refugio y que sabían despojar al agua de su furia y traerla a la playa limpia, transparente, invitándonos a romper el espejo de su superficie. A veces nuestro abrazo sobre la arena se veía interrumpido por alguna ola atrevida y curiosa que, dejando atrás el movimiento calmado de sus compañeras, se escapaba y llegaba hasta nosotros. Entonces la seguíamos y volvíamos con ella al mar, riéndonos, nuestros cuerpos de nuevo buscándose y encontrándose. Y seguíamos un rato en el agua, jugando. El sonido de nuestra risa se unía al del romper pacífico de unas olas que, lejos de causarme temor, parecía que me llamaran para ir a jugar con ellas. Un día Linos me hizo notar que nos habíamos alejado mucho de la orilla y que yo me movía a su lado sin miedo, cortando el agua con el movimiento acompasado de mis brazos y piernas. Había aprendido a nadar.

Una mañana, a nuestro regreso de aquella playa cuando, cansados por el esfuerzo de subir la cuesta hasta la aldea, nos detuvimos para recuperar el aliento y vestarnos de nuevo, nos encontramos con Dafne. Estaba sentada sobre una gran piedra, justo donde comenzaba el descenso hacia la costa. La expresión de su cara hizo que a Linos y a mí se nos perdiera de repente la sonrisa. Sus ojos transmitían una pena inmensa y un gesto de dolor le deformaba los labios. Intuí que el dolor no tenía nada que ver con el estado avanzado de su embarazo. Venía de dentro y parecía consumirla entera. Apenas respondió a nuestro saludo alegre con una inclinación de cabeza cortés y ausente, y se quedó allí mirando en dirección al lugar de donde acabábamos de regresar nosotros. Su perfil se recortaba en el cielo: la cara vuelta hacia el mar, la espalda recta, el vientre protuberante, las manos apoyadas en los riñones, como si, gracias a ellas, pudiera mantenerse erguida. Yo todavía tardaría mucho tiempo en saber la importancia que aquella playa había tenido para ella.

Linos y yo procurábamos estar juntos todo el tiempo posible. Nos amábamos en nuestro escondite entre las rocas, reíamos, hablábamos y soñábamos. Nos separábamos sólo si él debía atender a algún enfermo o cuando yo me ocupaba en preparar los ostraca para que Exome y los niños continuaran aprendiendo a leer y a escribir. También Exome, que había tomado bajo su responsabilidad enseñarme a tejer y a cocinar, reclamaba mi presencia. Y yo acudía sin ganas, poco interesada en el telar y los fogones. Me sentía mal cuando, por culpa de mi torpeza, en vez de trabajar en una tela como ella intentaba enseñarme, sólo conseguía enredar los hilos del telar. Pero eso no desalentaba a Exome, quien, armada de paciencia, componía una y otra vez los hilos y me animaba a intentarlo de nuevo.

Siempre había trabajo para Herófilo y Linos ya que eran muchos los que, avisados de la presencia de un médico, llegaban hasta nosotros en búsqueda de ayuda para aliviar las dolencias más diversas. Eran habitantes de aldeas vecinas, incluso de lugares más alejados. Gracias a aquellas visitas y, a pesar de mis miedos a la enfermedad y a la muerte, observar a Linos cuando asistía a algún enfermo se había

convertido en una actividad importante para mí. Empecé a acompañarlo siempre que podía, primero con el único fin de estar más tiempo a su lado. Tenía que hacer un gran esfuerzo para no desvanecerme ante la presencia de la sangre, por eso empecé a hablar con los enfermos para ayudarlos a soportar el dolor, y descubrí que me gustaba hacerlo. Sentía una gran satisfacción cuando observaba que nuestros cuidados los sanaban y muchos de los que los recibían volvían a sonreír de nuevo. Poco a poco empezaba a entender la pasión de Linos por el arte de curar. Pese a todo, aún no me había atrevido a enfrentarme a la presencia de la muerte. Linos lo sabía y no me dejó entrar con él para atender un caso cuando intuyó que la muerte iba a ser el desenlace inminente de aquel enfermo.



Una madrugada nos despertó el ruido de los cascos de un caballo y la voz agitada de Festos llamando a Herófilo y a Linos. Un soldado había llegado con el mensaje urgente de que debían unirse inmediatamente a sus hombres pues muchos habían muerto en el campo de batalla y otros se encontraban malheridos. Necesitaban toda la ayuda de que pudieran disponer, y partir de inmediato, pues se requerían al menos tres días de viaje hasta llegar allá. Festos no dudó en aprovechar la presencia de dos médicos en la aldea y les ordenó que lo acompañaran. De poco sirvieron las protestas de Herófilo, quien recomendaba que uno de ellos se quedase allí por si era necesario para ayudar a su gente.

—Ellos, los que están cayendo heridos, también son mi gente, y en este momento acudir rápidamente en su auxilio es lo más importante —había respondido Festos con firmeza.

No entendía el empeño de Festos en considerarse parte de aquel ejército. Siempre había creído que los mercenarios luchaban de manera individual, por necesidad, sin importarles las lealtades hacia una patria o un ejército concreto. Y allí estaba Festos, desafiando esa creencia, preocupado por ganar una batalla a base de ayudar a quienes, como él, sólo veían en la guerra una forma de subsistencia.

—Pero aquí hay enfermos que nos necesitan, y los heridos ya habrán muerto para cuando nosotros lleguemos allí —protestó Linos.

Linos tenía el rostro muy pálido, los ojos excesivamente abiertos, los hombros encogidos y los brazos plegados sobre su pecho, como si con este gesto pudiera

protegerse de algún peligro que, por la expresión de su mirada, sabía cercano, inminente.

Festos, que en un primer momento pareció ignorar las palabras de Linos, se volvió de repente hacia Herófilo.

—Dime, ¿hay en este momento alguien que precise de tu ayuda urgente?

Linos y Herófilo cruzaron su mirada unos segundos. Había en aquel breve intercambio la súplica silenciosa de uno, el cariño del otro y el sentido de la responsabilidad que ambos compartían, que acabó decidiendo la respuesta cuyas consecuencias iban a asumir como inevitables.

—No —reconoció Herófilo—. Todos los enfermos a los que estamos tratando están fuera de peligro.

Me resultaba imposible comprender por qué Festos estaba dispuesto a dejar a nuestra aldea y a muchas otras sin ningún médico con tal de poder llevar a Herófilo y a Linos al mismo lugar donde se libraba la batalla. Sólo más tarde averigüé que el ganar aquella guerra podría ser decisivo para él y su familia. A todos los mercenarios les habían prometido tierras fértiles como pago por sus servicios, y esto era algo que ocurría muy rara vez. Para Festos aquella era la primera y quizá la última oportunidad de hacerse con un pedazo de tierra y poder vivir de algo que no fuera la guerra. Quizá esa ilusión impulsaba a Festos más que ninguna otra razón a evitar pérdidas de hombres y a curar a los heridos rápidamente con el fin de que el ejército para el que luchaba continuara siendo fuerte, asegurándose así una victoria sobre el adversario. Al igual que había ocurrido tras nuestra llegada, los planes de Festos para mejorar sus condiciones de vida se imponían sobre los nuestros, sus deseos sobre nuestras necesidades. En su gesto podía leerse de nuevo la amenaza de que más nos valía obedecer sus órdenes que convertirnos en carne de mercado. Una vez más, Exome salió en nuestra ayuda. Pero fue una ayuda insuficiente.

—Festos, puede que alguien enferme durante vuestra ausencia —sugirió Exome—. Es mejor que uno de ellos se quede con nosotros.

—¿No has aprendido todavía nada, madre? ¿No te ha enseñado Herófilo ya lo suficiente para atender a los tuyos? ¿No fue ése el trato que hicimos? —preguntó Festos en un tono que no escondía su irritación al ver que su madre cuestionaba otra vez sus decisiones.

—Quizá tiene razón nuestra madre —intervino Aniceto, mientras su mirada se posaba en Herófilo y lo observaba con detenimiento—. Él es un hombre ya mayor para el campo de batalla. No creo que tenga la agilidad para seguir nuestros movimientos. Puede que sea mejor para todos que permanezca aquí. Llevemos sólo a Linos con nosotros.

Como ocurría siempre que alguien se atrevía a cuestionar sus decisiones, Festos permaneció unos instantes en silencio, con el gesto airado, mientras los demás aguardábamos con inquietud una respuesta que se convertiría en orden inmediata y daría por zanjada la discusión.

—Está bien, está bien —dijo Festos impaciente—. Herófilo puede quedarse. Linos, prepara tus cosas. Partiremos de inmediato.

—¿Cuántos días estaremos fuera? —preguntó Linos. Su voz temblaba a pesar de los esfuerzos que hacía por dominarla.

—Los necesarios, la guerra continúa —respondió Festos mientras se afanaba en doblar unas mantas y atarlas a la grupa de una de las mulas que los conducirían hasta el puerto.

Allí debían embarcarse con dirección a la isla de Egina, el lugar en donde se libraba la batalla.

—Pero tú nos prometiste que podríamos partir antes de que finalizara el verano y quedan ya pocos días. ¿Y si no puedo volver antes de que se termine la temporada de navegación? —Osó preguntar Linos.

—Si ése fuera el caso, ellos —dijo señalándonos a Herófilo y a mí— podrían irse y tú deberías esperar al siguiente barco.

—Eso no es justo —me oí gritar—. Después del verano no vuelven a salir barcos hacia Alejandría hasta la llegada de la primavera.

—Cállate, mujer —respondió Festos mirándome con severidad—. Menos justo es que deje morir a mis compañeros cuando está a mi alcance una manera de poder ayudarlos. ¡Linos, date prisa, no tenemos tiempo que perder!

Ya no dijo nada más. Nos dio la espalda y se alejó.

Apenas tuve tiempo de despedirme de Linos y, cuando ya estaba delante de mí a punto de montar su caballo, no logré expresarle con palabras todo lo que hubiera querido decirle. Sólo lo abracé muy fuerte, y él a mí. Debería aprender a conformarme con el recuerdo de las caricias compartidas, de las palabras que nos habíamos susurrado al oído, de los planes que habíamos forjado para cuando lográramos salir de aquella isla. También me imaginé corriendo tras él, subiendo a su mula, escapando juntos hacia algún lugar muy lejos de donde nos encontrábamos. Pero las cosas no iban a ocurrir así. Cuando deshicimos nuestro abrazo pude percibir el esfuerzo con que él intentaba controlar las lágrimas que pugnaban por escapar de aquellos ojos castaños que tantas veces había visto sonreír; ojos en los que siempre podía leer la ternura, el deseo y también el entusiasmo con el que se lanzaba a perseguir su sueño de ser un gran médico.

—Estoy segura de que no te ocurrirá nada —dije intentando tranquilizarlo, al tiempo que buscaba también la manera de crearme mis propias palabras—. La batalla se librará lejos de donde están los heridos a los que tú debes atender.

Cuando Linos me dio la espalda y empezó a alejarse, la sonrisa que había logrado conjurar para darle ánimos desapareció. Herófilo, Dafne y Exome estaban a mi lado pero yo me sentía huérfana de afectos, temerosa de que Linos no pudiera regresar y convencida de que nunca podría sobrevivir en aquel lugar sin su ayuda.

Los hombres se fueron y yo me quedé unos instantes mirando cómo se alejaban. Pero me fue imposible quedarme allí inmóvil. Eché a correr siguiendo el polvo que

dejaban los caballos a su paso y subí la colina. Llegué, jadeante, al lugar donde Aniceto nos había encontrado el día en que llegamos a la isla. Desde allí los vi alejarse por el valle en dirección a Lato. Linos cabalgaba entre Festos y Aniceto, quienes parecían custodiarlo. Quise gritar su nombre, pero ningún sonido salió de mi garganta. Me pareció que Linos volvía la cabeza y miraba a lo alto, como si me buscara. Imaginé entonces que él lograría escapar. Por eso, durante varios días, cuando el sonido del trote lejano de un caballo llegaba hasta la aldea, dejaba lo que estuviera haciendo y salía de casa corriendo hacia el lugar donde se iniciaba el camino que llevaba a Lato. Poco tiempo después regresaba a casa andando despacio, con el ánimo decaído y la esperanza intacta.

Una mañana, pocos días después de la marcha de Festos y los demás hombres, llegó a la aldea un hombre mayor montado en su mula. Había viajado varias horas desde otro núcleo de población y venía para decirnos que necesitaban la ayuda urgente de un médico. Como ya iba siendo costumbre en esos casos, Herófilo se fue con él. Era día de mercado y, después de comer un pedazo de pan mojado con vino, Exome y otras mujeres cargaron el carro que conducía el viejo Itano y se dirigieron a la ciudad. Me quedé sentada a la puerta de la casa vacía, pensando en el regreso de Linos, tratando de entender por qué el destino me separaba una vez más de alguien a quien amaba. Me dolía el silencio de su voz, el no poder asomarme a sus ojos, la ausencia de sus caricias. El miedo ante lo que podía ocurrirle a Linos en el campo de batalla se aferraba a mi garganta. Sentí frío. Al cabo de un rato miré al cielo; las nubes se movían deprisa, persiguiéndose las unas a las otras y creciendo, haciéndose cada vez más compactas, hasta que se acomodaron llenando todo el espacio, cubriendo el cielo de un gris tan oscuro como inquietante. Enseguida el viento empezó a soplar con fuerza como tantas otras veces, pero no traía el calor húmedo al que ya me había ido acostumbrando.

En las horas que siguieron, me esforcé por distraer mi atención escribiendo nuevos textos y preparando los ostraca que iban a utilizar los niños. Antes de salir de casa, Herófilo me había dedicado algunas palabras de ánimo y se había mostrado confiado en que Linos llegaría a tiempo para partir todos juntos hacia Alejandría. Por su parte, Exome me había instado a mantenerme ocupada para no pensar en los ausentes. Hacia media mañana estaba sola en la casa, esperando a Nikias y a Ligeia, pues Dafne se había retirado en silencio nada más partir los hombres y todavía no la había visto salir de su casa. No me extrañó ya que ella solía adoptar a menudo una actitud reservada. Aquella mañana pude entender su reacción arisca cuando su marido hablaba con ligereza de guerras y batallas, ansioso de recuperarse pronto de su enfermedad para coger de nuevo las armas. Dafne había temido el día en que Festos volviera al frente. Y ese día había llegado. Al igual que ella, yo estaba intentando dominar el miedo que me asaltaba al pensar que la guerra podía llevarse

para siempre al hombre que había elegido mi corazón.

—Mamá está enferma. —Oí la voz de Nikias a mi espalda. El niño me miraba asustado.

—¿Qué le ocurre?

—No lo sé. Se queja, suspira y a veces grita muy fuerte... Y nos ha dicho que la dejemos sola.

Cuando llegué con Nikias a la puerta de la casa de Dafne, un nuevo grito desgarraba el aire. Ella estaba de pie en aquella habitación oscura y triste. Vi cómo se sujetaba apoyando las dos manos sobre la mesa.

—Puedo hacerlo sola —dijo cuando me sintió entrar.

No comprendí qué le estaba ocurriendo a Dafne hasta que quise ayudarla para que se sentara en una silla. Al hacerlo, otro grito, agudo y largo, se fugó de su garganta.

—Es el niño —me dijo con esfuerzo—. Quiere nacer.

Tomé a Dafne de la mano y ella se apoyó en mí. Después cerró los ojos y respiró algo más calmada. El sudor le había empapado los cabellos, la cara, el cuello. Yo la miraba sin saber qué hacer. Sus gritos de dolor me recordaban demasiado a aquellos otros que había oído durante la enfermedad de mi madre y mis hermanos. Su cara con los ojos saltones, el brillo extraño que la cubría y la avidez de sus manos al agarrarme me devolvían a un pasado que había intentado olvidar con mucho esfuerzo. En aquel momento no pensé en que iba a nacer un niño. Sólo vi en Dafne a alguien que estaba sufriendo, como habían sufrido antes aquellos a los que no pude evitar ver morir. Me quedé paralizada, rígida como una tabla de remar fuera del agua, mientras dejaba que Dafne se aferrara a mí. No reaccioné hasta que los niños se acercaron y me instaron con su mirada triste a que hiciera algo por su madre. Entonces, cuando iba a pedir a Nikias que fuera a solicitar ayuda a alguna de las mujeres que no habían ido al mercado, empezamos a escuchar los golpes de los grandes goterones de la lluvia que caían sobre el tejado. El lamento prolongado de un mar furioso llegó hasta nosotros y el ímpetu de un golpe de viento arrancó la cortina que tapaba la entrada de la casa de Dafne.

—¡Está lloviendo! —gritaron los niños alborozados ante la novedad, desviando la atención que tenían puesta en su madre.

—No dejes que salgan de la casa —dijo Dafne con la voz agitada—, es una tormenta peligrosa. Nunca llueve así. Yo sólo lo he visto una vez, y...

Un nuevo grito de dolor le impidió seguir hablando. Entonces supe que estábamos solas y que únicamente yo podía ayudar a que naciera su hijo. Fuera, el mar y el viento seguían con su colérica conversación.

El tiempo empezó a transcurrir primero despacio y luego muy deprisa, pues los dolores sacudían el cuerpo de Dafne a intervalos cada vez más cortos. Nikias, Ligeia, incluso el pequeño Klito desde su cuna, permanecían quietos y en silencio, pendientes de mis movimientos y muy asustados ante la palidez que veían en el rostro de su madre. En los momentos en que podía hablar, Dafne me fue diciendo qué debía

hacer. Obedecí presta todas sus instrucciones. Me estremecí cuando vi cómo el agua que se escapaba del cuerpo de Dafne formaba un charco en el suelo. Poco después, y tras unos gritos de Dafne más largos y agudos que los anteriores, recogí temblando primero la cabeza y enseguida el resto de un cuerpo diminuto cubierto de una grasa sanguinolenta.

El llanto nuevo de aquel niño me devolvió la calma. Fue un sonido que se elevó por encima de cualquier otro, silenció la tormenta y se instaló entre nosotros, protegiéndonos de cualquier cosa que estuviera ocurriendo fuera. Parecía haber llegado para ayudarnos en el momento en que más lo necesitábamos. Dafne debió de sentir lo mismo que yo, pues por primera vez desde que la conocía observé que una sonrisa se formaba en sus labios. Después puso al niño en su pecho y lo observó, como si no quisiera perderse ningún detalle de los labios que succionaban con energía y de la perfección de unas manos tan pequeñas, en cuyos dedos se observaban unas uñas diminutas. Dafne llamó a sus otros hijos para que vieran a su nuevo hermano. Los niños rodearon la cama, rozaron con sus manitas los pies del recién nacido y besaron a su madre, alegres y confiados al ver que el color había vuelto a las mejillas de Dafne y una sonrisa, nueva en aquel rostro siempre triste, lo iluminaba. Cuando me dio al niño para que lo lavara, Dafne cerró los ojos y se quedó dormida. Fuera seguía lloviendo y las palabras airadas del viento y el mar volvieron a llegar hasta nosotros con una nitidez amenazadora.

Al anochecer, ni Herófilo ni Exome habían regresado todavía. Supuse que se habían cobijado del viento y de la lluvia en algún lugar del camino. Poco imaginaba yo entonces que ni él ni ella habían podido iniciar el viaje de regreso, y que no lo harían hasta el día siguiente, una vez la tormenta se hubo alejado dejando tras de sí las huellas de un suceso trágico, con gran pérdida de personas, animales y cosechas. Fue una tempestad tan excepcional que todos aquellos que la sobrevivieron recordarían siempre la desolación y el silencio que encontraron cuando, a la mañana siguiente, bajo un sol cegador, contemplaron lo que había quedado de sus casas y de sus tierras.

Dafne murió en mis brazos aquella mañana. Yo la había acompañado a lo largo de la noche. Durante las horas oscuras, el sueño tranquilo que pareció vencerla tras el nacimiento de su hijo se había ido tornando en una agitación cada vez mayor que le hacía mover la cabeza y, aunque tenía los ojos cerrados, no dejaba de pronunciar frases inconexas. Me pareció que hablaba de un tal Leandro, y de Exome, y de Festos. Repetía una y otra vez: «Yo no tengo la culpa». En otros momentos gritaba: «No te vayas Leandro, habla con Festos». Dijo muchas palabras que no entendí, incluso canturreó una canción, y sonreía al hacerlo. La primera vez que abrió los ojos me miró asustada, retiró la mano que le tenía cogida y gritó: «Vete de aquí, Exome, déjame sola, déjame sola». Y añadió: «¡Ladrona!». Luego los volvió a cerrar. La frente le ardía. Encontré agua en la casa y empapé en ella unos trozos de tela. Tal y como había visto hacer a Linos, coloqué un retal mojado en la frente de Dafne y otros

dos en sus muñecas. Cuando retiré la sábana que la cubría para poder ponerle otros también en los tobillos, me di cuenta de que Dafne estaba sangrando.

Mientras escribo estas palabras, el recuerdo de aquellos momentos regresa a mí con la misma nitidez que si lo viviera de nuevo. Estoy llorando, fluyen ahora las lágrimas que entonces no fui capaz de derramar, quizá porque no tuve ocasión de pararme a pensar. Actué todo lo deprisa que pude, olvidándome de mi miedo a la sangre, de mi terror al dolor y a la muerte. Puse urgencia en mis movimientos, pero a la vez precisión, cuidado y toda la energía necesaria para convencerme de que conseguiría salvar a Dafne. Los niños dormían, ignorantes de lo que estaba ocurriendo. Lavé de nuevo a Dafne, la cubrí con telas para contener la hemorragia y la ayudé a que se tendiera sobre un jergón limpio. Entonces el bebé lloró pidiendo alimento. Dafne pareció despejarse un poco y le ofreció el pecho. De nuevo regresó aquella sonrisa. De nuevo se quedó dormida. Yo me arrodillé al lado de su cama y empecé a hablarle, a explicarle cosas que quizá sí que podía escuchar pues algunas veces sonreía y otras se ponía muy seria. La luz de un relámpago nos envolvió en un azul tan frío y breve como intenso. Los destellos azules y el estruendo que los seguía se repitieron varias veces. Mi cuerpo se había olvidado de que era de noche y debía descansar, y mis manos se movían constantemente cambiando las telas mojadas de la frente de Dafne, acariciándola, levantando la sábana con frecuencia para observar, aterrorizada, que la sangre seguía manando de su cuerpo y yo no sabía qué más hacer para detenerla.

Empezaba a despuntar el alba cuando Dafne abrió los ojos de nuevo y me miró.

—Irene —me dijo—. Ven, acuéstate a mi lado y descansa.

Herófilo llegó poco después y me encontró acurrucada al lado del cuerpo de Dafne, tiritando.

Estuve enferma por primera vez en mi vida. La fiebre, el cansancio y un creciente sentimiento de culpa se llevaron todas mis fuerzas. Herófilo cuidó de mí con cariño, procurando convencerme de que Dafne no había muerto a causa de ningún error que yo hubiera cometido. Pero yo no lo sentía así. No podía dejar de pensar que alguien más diestro habría conseguido salvarla. Me despertaba por las mañanas sin ánimos para hacer nada y permanecía escondida para no encontrarme con los niños que se acababan de quedar sin madre. Sentía la ausencia de Linos y de mi padre como si algo muy duro me aplastara el pecho, produciendo una respiración agitada, irregular y dolorosa. Empecé a rechazar los alimentos que me ofrecían y a sumirme en un sopor denso que me mantenía en un duermevela la mayor parte del día. Por las noches me visitaban sueños extraños, voces que me anunciaban desgracias, imágenes con la sangre y el fuego como protagonistas.

Me veía otra vez niña, sentada en las rodillas de mi padre mientras él me contaba una historia, pero de pronto su cara envejecía, sus labios paraban de hablar y sus ojos

me miraban sin ver. Una hoguera se llevaba la forma de su rostro. Luego estaba en la playa, con Linos, en mi sueño la imagen vívida de uno de nuestros encuentros; la desnudez, las palabras, las caricias, el sexo. De repente, él se abandonaba sobre mí. Yo lo acariciaba, pero mis manos ya no tocaban su cabeza o su espalda sino la sangre que cubría todo mi cuerpo. Me despertaba gritando. Herófilo me daba entonces algo para beber que me tranquilizaba y me hacía dormir sin sueños. Cuando unas horas más tarde abría los ojos, volvía a cerrarlos para no tener que enfrentarme a un nuevo día.

Nadie se atrevió a sugerirme que les prestara ayuda para atender a las muchas necesidades que el paso de la tormenta había dejado. Muchos eran los heridos por atender, las casas por reconstruir, los campos que se debían preparar de nuevo. Herófilo me contó que Dafne había tenido un entierro discreto y que Nikias y Ligeia escribieron un mensaje para ella en dos ostracas que depositaron sobre su tumba. Era la estela funeraria más hermosa que hubiera podido recibir nadie, también la más fugaz; aquellos pedazos de vasija rotos en los que escribían los niños no tendrían la fuerza de la piedra para marcar una tumba y el primer día de viento los forzaría a viajar lejos de allí.

Permanecí recluida cinco días, eso me dijeron; yo había perdido la cuenta del tiempo transcurrido desde que atendí a Dafne. El día en que finalmente decidí salir, observé que nadie había adornado la entrada de la casa con hojas de olivo como había visto hacer en Atenas tras el nacimiento de un varón. Como todavía me sentía algo débil, iba a sentarme en el banco a la entrada de la casa cuando vi a Exome con el niño de Dafne en brazos. Estaba despierto.

—Se llamará Jereas —me anunció complacida—. Nunca olvidaré que gracias a ti él ha podido nacer.

—Pero no tiene una madre que lo cuide —contesté mientras acariciaba la frente del niño.

—Muchos son los que pierden a su madre cuando nacen. Yo misma perdí a la mía. Pero no hay por qué preocuparse, lo está amamantando Polimeda, su hijo murió hace unos días. Y yo puedo cuidar de él y de los otros hijos de Dafne.

—Sí, pero ella no podrá verlo crecer. ¿Por qué ha tenido que morir? —le pregunté a Exome sintiendo de nuevo el pinchazo de la culpa que no había conseguido evitar desde que descubrí el cuerpo frío de Dafne a mi lado.

—Los dioses lo han querido así. Hay que aceptar su voluntad —respondió Exome con una tranquilidad que me sorprendió, mientras dejaba a Jereas en su cuna. Luego, encomendándome que lo vigilara, salió de la casa para continuar con sus tareas.

Exome se alejó con su habitual paso rápido y enérgico y su pose erguida. La escuché hablar con las demás mujeres, distribuir entre ellas distintas tareas y apremiarlas para su rápido cumplimiento. Constaté una vez más que era una mujer fuerte, decidida, incansable, capaz de solucionar cualquier problema que se le presentara, líder absoluto de la aldea en ausencia de su hijo Festos, al que aconsejaba y corregía sus decisiones siempre que lo creía necesario. Mientras la miraba, volvieron a mí las palabras de Dafne. No entendía el temor que le tenía a Exome y no podía dejar de preguntarme por qué la había llamado ladrona.

Intenté varias veces comentarlo con Exome pero ella evitaba hablar conmigo de su nuera; cambiaba de conversación cuando pronunciaba su nombre, y ni siquiera hablaba de ella con Nikias y Ligeia. Los niños lloraban a su madre en silencio mientras Exome estaba con ellos, y cuando ella se iba, se quedaban conmigo y me hablaban de Dafne. Ligeia me preguntaba cada día si sabía cuándo iba a regresar su mamá. Entonces Nikias y yo cruzábamos nuestras miradas y él, que a sus 8 años ya sabía que los muertos no regresan al lugar de los vivos, evitaba que ese conocimiento llegara demasiado pronto a sus hermanos. El niño empezaba a hablar e iniciaba una nueva historia, distinta a la del día anterior, en la que narraba a Ligeia y a Klito nuevas aventuras de su madre en los lugares hermosos que estaba visitando, lugares donde los pájaros eran de colores muy vivos y hablaban con los humanos, y les indicaban el camino para regresar a su casa.

—Ella volverá —les decía.

Y si en algún momento él y yo nos quedábamos solos, Nikias aprovechaba para preguntarme si el alma de su madre habría cruzado ya la laguna de Estigia, pues había visto cómo, antes de enterrarla, Exome ponía en su boca la moneda con la que debía pagar al barquero Caronte. Yo le respondía que sí, y él se quedaba algo más tranquilo pues estaba seguro de que Minos, Radiamantis y Eaco, los jueces de las almas de quienes morían, sabían que ella había llevado una vida virtuosa, y por tanto la habían destinado a los Campos Elíseos, un lugar siempre alegre y soleado.

Me sorprendió que a nadie más de la aldea pareciera importarle que hubiera muerto Dafne. No escuché ninguna conversación en la que se lamentara su pérdida. Yo estaba acostumbrada a los funerales en Atenas, donde la gente honraba a sus muertos, los acompañaba en procesión, hablaba de ellos. Las familias los lloraban en público o contrataban a alguien que lo hiciera por ellos. En la aldea parecía que no había tiempo para nada de eso. Los desastres de la tormenta requerían la atención inmediata de todos. Las mujeres, y los pocos hombres que no se habían ido con Festos a la guerra, hablaban poco entre ellos, estaban demasiado ocupados intentando devolver a aquel lugar la forma que había tenido antes del paso de la tormenta, y también la esperanza a quienes todo lo habían perdido. Así y todo, su actitud me parecía tan extraña que llegué a pensar que quizá Exome les hubiera prohibido que hablaran de su nuera, al igual que evitaba hablar de ella conmigo y con sus hijos. Una vez más me preguntaba a qué podría deberse la enemistad que había existido entre las dos mujeres, y no dejaba de pensar en las extrañas palabras que había pronunciado Dafne en su delirio.

El sentimiento de que yo era responsable de la muerte de Dafne me perseguía a todas horas. Herófilo no se cansaba de repetirme que no me preocupara, que yo había cuidado de Dafne tan bien como lo podía haber hecho él y que lo que le había ocurrido era, por desgracia, el destino de muchas mujeres. Pero yo no cesaba de preguntarme por qué había muerto y repasaba una y otra vez todo lo que hice aquella noche, quería descubrir dónde me había equivocado y por qué. Aquellos días sentí todavía con más intensidad la ausencia de Linos y de mi padre, la imposibilidad de que me protegieran con su abrazo, de que me escucharan, de que me aclararan las muchas dudas que iban creciendo en mi interior. Mi desazón era tal que empecé a perseguir a Herófilo con mis preguntas hasta que conseguí que me explicara algo de lo que él había ido aprendiendo en el ejercicio de su profesión.

—Irene —me dijo al fin—, no es la voluntad de los dioses que tantas mujeres mueran al dar a luz. Hay otras causas. Algunas las conocemos, otras todavía no.

—¿Y cuáles son esas causas?

—Muchas veces se trata de falta de higiene de quien las atiende.

Entonces, viendo la angustia que reflejaba mi rostro, se apresuró a explicarme que

ése no había sido el caso de Dafne pues yo ya conocía la importancia de la higiene por haberle oído a él y a Linos hablar de ese tema muchas veces.

—Yo me lavé, y lavé a Dafne —le decía con la voz entrecortada por la pena y la impotencia.

—Lo sé, lo sé —dijo acariciándome el brazo—. Creo que el problema pudo venir de algo en el interior del cuerpo de Dafne. He visto esta situación muchas veces. El niño nace bien y, unas horas más tarde, las fiebres y las hemorragias terminan con la vida de la madre.

—¿Y qué es lo que ocurre?

—Praxágoras, mi maestro en Cos, me hizo hace muchos años la misma pregunta, y creo haber encontrado la respuesta.

Aquel día, y en conversaciones sucesivas, Herófilo me fue explicando cómo estaba construido el cuerpo del hombre y el de la mujer. También me dijo que una parte del saco de agua que envuelve a los niños antes de nacer, a veces no se expulsa entero después del parto y la parte que se queda dentro es la que provoca las fiebres. Herófilo me confesó que aún no sabía cómo evitar que ocurriera.

Me gustaba escuchar la sabiduría de sus palabras, la humildad con la que hablaba de lo que había aprendido y de todo aquello que todavía no había logrado entender, y la fuerza del deseo que lo guiaba a seguir adelante con sus pesquisas. Durante aquellas conversaciones sentí por primera vez una atracción difusa por la medicina y la salud, un mundo de preguntas en constante búsqueda de respuesta en el que parecía transcurrir la actividad profesional de Herófilo. Él intentaba entender cómo funcionaba la vida para enfrentarse mejor armado a la enfermedad y a la muerte. Yo también quería participar en esa búsqueda de conocimiento.

Todas las tardes, cuando el cielo empezaba a oscurecerse para dar paso a la noche, pensaba en cuánto tiempo más tendría que esperar el regreso del hombre al que amaba. Nadie había llegado hasta la aldea para darnos noticias de cómo iba transcurriendo la guerra. Con cada nuevo día me iba hundiendo en la desesperanza y tuvo que transcurrir un tiempo hasta que comprendí que no podía continuar viviendo entregada sólo a la pena por la ausencia de Linos, pensando en el futuro incierto de mi padre, acusándome de la muerte de Dafne, intentando comprender a los habitantes de la aldea y sus secretos. Eran sentimientos que aumentaban mi dolor pues me enfrentaban a situaciones que yo no podía cambiar por mucho que pensara en ellas. Poco a poco me fui dando cuenta de que debía intentar concentrar mis energías en alguna actividad que me ayudara a entretener la espera del regreso de Linos y de nuestra marcha hacia Alejandría. Una vez tomada esta decisión, llevarla a la práctica no me fue demasiado difícil; había muchas cosas que hacer en la aldea y la ausencia de los hombres y de su fuerza para los trabajos de reconstrucción hacía necesaria la ayuda de todos los que no fuéramos niños o ancianos. Exome y Herófilo no pudieron

ocultar su alegría la primera vez que me ofrecí a ayudarlos.

Me sorprendí a mí misma al constatar que podía pasar largas horas haciendo trabajos que antes nunca concebí que fueran necesarios para la supervivencia de un núcleo de población. Retiraba el barro dejado por la tormenta, me encaramaba a ligeras escaleras de madera para ayudar a reconstruir tejados, acarreaba cuerdas y objetos varios de un sitio a otro, viajaba infinidad de veces hasta el pozo para sacar el agua que necesitábamos, ordeñaba las cabras que habían sobrevivido a la tormenta, continuaba enseñando a leer y a escribir a los hijos de Dafne, y también cuidaba del recién nacido y cocinaba cuando Exome no podía hacerlo. Por suerte para mí, durante aquellos días todas las mujeres de la aldea tuvieron que dejar su trabajo en los telares, así que ninguna de ellas me reclamó para ayudarlas en aquella actividad que tan poco me gustaba y para la cual me había descubierto especialmente inepta.

Mis manos cambiaron de aspecto. Perdieron la blancura que habían tenido siempre, y los cortes, las llagas y las ampollas con las que protestaron ante los nuevos usos que les daba, pronto se convirtieron en una capa resistente que ya no producía ninguna herida cuando me tocaba manejar una azada o juntar nuevas piezas de barro para reconstruir alguna pared de las que se había llevado la tormenta. Los dolores en los brazos, en las piernas y en la espalda que me acompañaron los primeros días en que me ocupé de todo ese tipo de menesteres, desaparecieron para no volver. Me sentí fuerte y ligera, descubrí en mí una energía insospechada. Pensaba siempre en Linos y en mi padre, pero la concentración en el trabajo impedía que me hundiera en mi tristeza, me daba un objetivo de inmediato cumplimiento y, al final del día, el cansancio físico me sumía en un sueño profundo que no me dejaba tiempo para la nostalgia ni para las pesadillas.

Un día, mientras Exome y yo cortábamos las pocas cebollas, zanahorias y nabos que no había estropeado la tormenta, intenté de nuevo saciar mi curiosidad acerca de las palabras de Dafne. Esta vez utilicé otra estrategia. Le pedí que me contara cosas de su hijo menor, Leandro. Y Exome habló de él con la misma emoción que lo había hecho la primera vez que nos dijo a Linos y a mí que su hijo se había ido a Alejandría y todavía no había vuelto.

—Él no es como Festos, no aceptaba que su destino fuera venderse al mejor ejército, fuera cual fuere su causa. Es un soñador —dijo mientras su rostro adquiría una expresión que no supe descifrar.

—¿Desertó? —pregunté pensando que por fin iba a conocer algo crucial sobre aquel hijo ausente de Exome.

—No, no. Nunca fue soldado. Él tenía otros planes. Quería hacer esculturas. Me lo dijo un día siendo todavía muy niño y nunca dejó de perseguir su sueño. Yo lo protegía, ¿sabes? Él confiaba sólo en mí.

—¿De qué lo protegías?

—De la furia de su padre, y de sus hermanos. Ellos no entendían sus inquietudes. Yo sabía que él se escapaba a Lato y no decía nada. Se iba con Itano en su carro, y yo lo ayudaba a inventarse encargos que justificaran su ausencia.

—Y ¿qué hacía en la ciudad?

—Visitaba el taller del escultor que hizo la estatua de Nearcos que hay en el ágora. Al principio no quería a Leandro en su taller. Era un niño todavía. No tenía fuerza, ni pericia. No le servía.

—¿Y por ese motivo se marchó? —pregunté recordando los ruegos de Dafne para que no se fuera.

—No, al contrario. Acudía allí casi todos los días. Se sentaba en un rincón y observaba cómo los hombres realizaban su trabajo. Acabaron por acostumbrarse a verlo por allí. Luego lo utilizaron para enviar recados de una parte a otra de la ciudad. Y él los hacía muy deprisa, deseoso de volver al taller y continuar observando cómo nacían formas diferentes de lo que antes había sido un pedazo de piedra.

—Y al final lo aceptaron como aprendiz en el taller.

—No. Nunca lo consideraron uno de los suyos. Sabían que venía de una aldea y que todos los hombres de las aldeas donde no hay tierras fértiles viven de la guerra y de la piratería. Los que habitan en la ciudad nos temen y nos desprecian.

—¿Por qué? —Me sorprendió que se pudiera rechazar a alguien sólo por el lugar de donde procedía.

—Para ellos ocupamos la misma categoría que los esclavos, pero con la diferencia de que podemos hacerles mucho daño. Nada poseemos, vivimos de la guerra y de la rapiña. Por eso Festos cree en las promesas de pago con tierras aptas para el cultivo que le hacen los señores de la guerra a los que sirve.

Temí que la conversación cambiara su curso y me apresuré a reconducirla.

—Y Leandro se fue porque no lo dejaron formar parte del taller de escultores.

—Sí, pero se fue demasiado pronto. Podía haber esperado. Habría acabado por convencerlos. De hecho, en los últimos meses ya le dejaban trabajar con trozos sueltos de piedra que habían sobrado. Podría haber continuado formándose e irse después. Le habría sido más fácil conseguir trabajo. Así no sé qué habrá sido de él.

—Y ¿por qué se fue tan rápido?

—Dijo que se iba a Alejandría pero ni siquiera estoy segura de que llegara allá —continuó ella sin responder a mi pregunta. Y tras tirar las verduras en el recipiente donde ya había puesto agua a hervir, se puso a hablar sobre la reconstrucción del tejado de la casa de Polimeda.

Intuí que Exome no hablaría más, y me dispuse a esperar una nueva oportunidad para hacerle más preguntas, para intentar conseguir alguna pista sobre el significado de las extrañas palabras que pronunciara Dafne mientras la fiebre la consumía. Seguimos trabajando en silencio, cada una centrada en sus pensamientos. Llegaron los niños, nos sentamos a la mesa y empezamos a comer nuestras gachas de avena, a las que añadimos las verduras. Al poco rato entró Herófilo y se sirvió un plato de

gachas que devoró con avidez. Cuando hubo terminado nos informó de que acababa de morir otra mujer en la aldea y que había atendido a varias personas con problemas digestivos. Confiaba en que no fuera nada importante pero nos aconsejó que, por precaución, hirviéramos toda el agua que consumíamos y que no tomáramos comida que se hubiese mojado durante la tormenta. También nos pidió que lo ayudáramos a informar a los demás habitantes de la aldea y a los de las poblaciones vecinas de que debían hacer lo mismo.

Evitamos que la gente bebiera agua contaminada y comiera alimentos en mal estado, pero no lo suficiente como para que no se presentaran algunos casos de enfermos o muertes entre los niños más pequeños y los ancianos, especialmente entre quienes llegaban de otras aldeas solicitando la ayuda de Herófilo. Algunos también venían con heridas producidas durante la noche de la tormenta y que tenían muy mal aspecto por la falta de cuidados.

No recuerdo cómo ocurrió, pero un día me encontré ayudando a Herófilo a curar una herida infectada. Una vez más, tuve que hacer un gran esfuerzo para no desvanecerme ante la presencia de la sangre y del pus amarillento que supuraban de la carne abierta y maloliente. A esa herida la siguieron otras. Pronto me di cuenta de que cada vez pensaba menos en la sangre y la mugre y más en observar qué hacía Herófilo para curarlas. Me alegraba al comprobar que quienes venían pidiendo nuestra ayuda se iban de la aldea mucho mejor de lo que habían llegado, y mi colaboración en su mejoría me llenaba de orgullo y de satisfacción.

Al final no hubo epidemia. Quienes enfermaron no lo hicieron a causa del agua como Herófilo pensó al principio, sino por comer alimentos en mal estado, como descubriría más adelante. La tempestad había destrozado los caminos y las pocas cosechas posibles en la zona. La gente tenía hambre y comía lo que podía encontrar. El mercado de Lato carecía de nuevos suministros, sólo quienes disponían de un buen granero que no hubiese sido afectado por la lluvia podían seguir comiendo como antes. No fue éste el caso de nuestra aldea. Enseguida se terminaron la harina y las verduras y pasamos a consumir higos secos y pescado. La leche de las pocas cabras que quedaban se guardaba para los más pequeños y muchos de los quesos se perdieron en las aguas que inundaron la mayoría de las viviendas.

Cuando faltaban dos días para que el último barco que partía hacia Alejandría saliera del puerto de Lato, la aldea casi había recuperado el aspecto que tenía antes de la tormenta. La actividad febril de los primeros días había dejado paso a una reconstrucción más pausada. Muchas mujeres volvieron a sus telares, los niños a sus juegos y sólo un grupo pequeño de lugareños continuaba realizando los trabajos pendientes. Seguíamos sin tener noticias de Linos y de los demás hombres y con cada hora que pasaba aumentaba nuestra sospecha de que no nos iba a quedar más remedio que ponernos de viaje sin Linos.

Debíamos irnos. Nuestra próxima partida me hacía vivir en un torbellino de sensaciones contradictorias; me debatía entre el deseo de quedarme para esperar a Linos y la necesidad de llegar lo antes posible a Alejandría y hacer todo lo que fuera necesario para que alguien ayudara a liberar a mi padre. Pero había algo más inquietante todavía, algo que me hablaba de la posibilidad, que presentía cada vez más real, de que nunca volvería a ver a Linos ni a mi padre. Ese temor no me dejaba dormir por las noches y convertía cada hora que pasaba en un lamento interno, una queja que no me atrevía a verbalizar pero que me llevaba a preguntarme por qué las diosas del destino se empeñaban en alejarme de aquéllos a los que amaba. Aunque mi padre me había enseñado desde niña a no creer en el poder de los dioses, en aquellos momentos no podía dejar de pensar que la diosa Cloto había hilado la madeja de mi vida dándole una forma extraña y su compañera Laquesis la había enrollado de tal manera que mi destino parecía dirigirse hacia un vagar sin descanso, despojándome siempre de todos aquellos con quienes me hubiera gustado quedarme en un lugar concreto, o continuar el viaje en su compañía. Cuando la rabia y la desazón se adueñaban de todo mi sentir, me preguntaba si también estaría sola cuando la diosa Atropo decidiera cortar el hilo de mi vida. Y es que Tique, la diosa de la fortuna, ya había hecho girar su rueda al mostrarme cómo, de un día para otro, había pasado de tener todo cuanto deseaba a vivir únicamente de la añoranza.

La mañana de nuestra partida todos los habitantes de la aldea salieron de sus casas para despedirnos. Me emocionó verlos allí, atentos a nuestros movimientos, mostrando el agradecimiento que sentían por la ayuda que les habíamos brindado, el deseo de que pudiéramos quedarnos con ellos, pero también el respeto por nuestra decisión de continuar el viaje interrumpido. Nikias y Ligeia se abrieron paso entre el grupo compacto de personas que nos rodeaban y llegaron hasta mí. Los dos levantaron sus brazos y yo me agaché para poder ponerme a su altura y abrazarlos. Sabía que echaría de menos las historias de Nikias y el brillo de sus ojos mientras las iba inventando. También recordaría la mirada serena de Ligeia, sus preguntas inesperadas e ingenuas, el continuo por qué con que empezaba todas las frases. Pensé en la respuesta que no pude darle a la más importante de sus preguntas: ¿Por qué se había ido su madre? Si como había dicho Exome, su muerte había sido la voluntad de los dioses, éstos me parecieron injustos y tiranos, como lo habían sido también conmigo. No merecedores en absoluto de mis atenciones. De nuevo le di la razón a mi padre, le agradecí el haberme educado en la desconfianza hacia esos seres que todo lo podían pero que, al igual que los humanos, no lograban escaparse de las debilidades que los llevaban a actuar de una manera cruel y arbitraria.

Exome fue la última en despedirse. Se acercó a mí con un pequeño paquete envuelto en tela de lino y me lo entregó.

—Busca a mi hijo Leandro en Alejandría y entrégale este paquete —me dijo muy seria—. Quizá así vendrá a visitarnos.

Cogí con reticencia el paquete que me entregaba.

—No sé dónde vive. ¿Y si no lo encuentro?

—Búscalos, por favor. Preguntar entre los escultores y los arquitectos de Alejandría. Alguien sabrá darte razón de él.

—¿Qué es? —pregunté señalando el paquete.

—Es su primera escultura. Cuídala bien. Procura que no se te rompa durante el viaje.

Entonces, mirándome muy seria, con toda la intensidad de la que eran capaces sus ojos oscuros, me tomó de las manos y, presionándolas entre las suyas, dijo:

—Prométeme, por favor, que buscarás a Leandro.

Acepté el encargo, incómoda. No tenía la menor idea de cómo iba a buscar al hijo de Exome, y mucho menos en una ciudad tan grande. Pero sus ojos mostraban una mezcla de inquietud y esperanza que no me permitía poner más reparos. Seguía sin saber por qué su hijo se había ido y en qué circunstancias, pero no me quedaba la menor duda de que aquél era su hijo predilecto y que algo había quedado pendiente entre ellos dos. No me equivocaba.

Durante el camino hacia Lato para embarcarnos fue imposible ignorar el estado de los pocos campos de cultivo que rodeaban la ciudad. Todavía había mucho barro por todas partes, los escasos viñedos que crecían por aquellas tierras habían perdido su fruto antes de poderlo recoger y los campesinos y sus bueyes intentaban remover la tierra herida y prepararla para sembrar los granos de trigo y avena en los primeros días de octubre. Me pregunté si las semillas plantadas en una tierra tan fangosa podrían llegar a crecer durante el invierno y la primavera.

Apenas recuerdo los detalles de aquel viaje hasta Alejandría, pero mientras escribo estos papiros, vuelvo a vivir el dolor intenso, largo e inevitable que la ausencia de Linos me provocó durante el tiempo de navegación y los meses que siguieron. Regresan también los negros presagios que me hablaban de guerra y de muerte y revoloteaban sobre mí como los cuervos que esperan el último suspiro de algún animal para lanzarse sobre él. Todavía iba a tardar mucho tiempo en tener noticias de Linos.

Estaba amaneciendo cuando me despertó el sonido de pasos y voces excitadas. «Ya se ve Alejandría», oí que anunciaban. Subí a cubierta. Herófilo estaba allí, los brazos apoyados en la barandilla del barco, junto a muchos otros pasajeros. Con un gesto me indicó que me acercara, y un hombre joven que estaba a su lado me cedió su sitio y se colocó detrás de nosotros. Entonces la vi. La ciudad blanca.

Alejandría se despertaba lentamente ante mis ojos. La belleza de las paredes encaladas de las casas, la elegancia del mármol de sus edificios públicos y los muros de alabastro del palacio del rey Ptolomeo Sóter fueron perdiendo poco a poco el blanco que momentos antes había contrastado con la oscuridad del mar y del cielo. Los primeros rayos de un sol todavía tímido iban tiñendo de tonos anaranjados la majestuosidad de los edificios que competían por causar la admiración de todos nosotros, viajeros que llegábamos de otras ciudades del Mediterráneo quizá más antiguas, pero menos fastuosas que aquélla; una ciudad todavía nueva nacida entre el mar y el desierto. El mar en calma empezaba a iluminarse adquiriendo un tono verde, de una belleza serena, muy diferente al azul vibrante del Egeo al que yo estaba acostumbrada. Pero el olor era el mismo. El aire venía cargado de sal, y si cerraba los ojos podía imaginarme que tenía a Linos a mi lado, al igual que había ocurrido durante los ya añorados amaneceres que habíamos compartido en aquella playa solitaria y amiga que hicimos nuestra y desde la que nos habíamos atrevido a soñar en un futuro juntos.

El batir de las alas de un ave solitaria sobre nuestras cabezas me devolvió de nuevo al barco y a la realidad de una ciudad extranjera que debería explorar yo sola. Mientras avanzábamos lentamente hacia el puerto, pasamos muy cerca de un islote de contornos irregulares rodeado de cordones de dunas. Me sorprendió que el centro de aquel pedazo de tierra estuviera ocupado por una gran plataforma lisa. En ella se estaban construyendo unos muros cuya magnitud parecía anunciar que no iba a ser una obra más, sino un edificio majestuoso, único. Vi cómo se acercaban al islote dos barcas grandes con muchos pasajeros a bordo.

—¿Qué es eso? ¿Quiénes son esos hombres? —pregunté a Herófilo curiosa.

—Es la isla de Faro. Dicen que en el futuro se convertirá en el símbolo del camino de oriente a occidente, en el anuncio de las lejanas incógnitas del desierto. Esos hombres están trabajando en la construcción de la torre de luz más grande de todo el Mediterráneo —añadió con cierto orgullo.

—¿Torre de luz? Pero el lugar que ocupará parece muy grande para ser una torre de luz.

—Sí, es muy grande. Como las otras torres de este tipo, por la noche avisará a los navegantes de su proximidad a tierra. Pero el rey Ptolomeo quiere que ésta sea algo más. Su sueño es que la grandeza de Alejandría se pueda intuir desde lejos, y una gran torre de luz es una forma de conseguirlo.

Conservo recuerdos vagos de mis primeros momentos en la ciudad que, al desembarcar, me recordó un poco a Atenas. Existía en su puerto la misma agitación y vitalidad de los comerciantes con sus mercancías, el mismo griterío de gentes que se agolpaban alrededor de las embarcaciones. Pero en Alejandría todo era más grande, más intenso, con marcadas diferencias y contrastes que me sorprendían: el tamaño y la procedencia de los barcos, los variados tonos de piel y rasgos de las personas con las que nos cruzábamos, el sonido de palabras pronunciadas en lenguas que no entendía, los olores de especias desconocidas que llegaban hasta nosotros desde un mercado que intuía próximo, la presencia de camellos que, cargados, venían o se dirigían a un desierto no demasiado lejano.

Pasamos también cerca de edificios destinados al comercio y almacenes que, según me contó Herófilo, eran capaces de guardar tesoros de más allá de los mares y también las cosechas del valle del Nilo. En un giro hacia la derecha nuestro carro dejó atrás las calles más concurridas y entró en una avenida ancha y desde la que se podían ver las grandes columnatas del palacio del rey de Egipto. Al lado del palacio, Herófilo me indicó una calle, recta y larga, festoneada con bellas residencias, que conducía a la biblioteca y al Museo.

—Ya hemos llegado —anunció Herófilo cuando el carro se detuvo delante de una casa cuyos muros, en vez de separarla de la calle, parecían atraer al viajero a su interior, a través de un jardín que se escapaba hacia afuera, llenando el aire de un aroma fresco, a la vez familiar pero diferente al de mi casa en Atenas.

El jardín daba acceso a la casa, construida, como la mía, alrededor de un patio silencioso que apenas tuve ocasión de observar mientras una esclava me conducía hacia la zona del gineceo. Allí me mostró mi habitación y se retiró para prepararme el baño. Mi dormitorio era una estancia grande, de amplios ventanales por donde se colaba sin fronteras la luz. Me asomé a uno de ellos y sentí que me abrazaba un aire seco y cálido que me gustó. Observé las plantas del jardín. Destacaba el verde suave de las hojas dentadas del aloe y el amarillo intenso de los pétalos redondeados de la casia. Había otras plantas que no supe identificar, y fragancias diferentes a las que yo estaba acostumbrada que me siguieron al interior de la habitación y me acompañaron mientras descubría mi nuevo refugio; el lugar donde seguramente acabaría pasando gran parte del día.

La habitación tenía una cama con patas anchas y cuadradas de madera clara con motivos vegetales. Estos dibujos se repetían en el gran arcón situado debajo de una de las ventanas y en la mesa baja de tres patas y la banqueta que la acompañaba. La cama, una estructura de madera encordada con correas de cuero, tenía un colchón del color del barro recién cocido y estaba cubierta por una colcha de color amarillo con una franja verde. Los tonos verdes, ocres y amarillos suaves se repetían en los tapices colgados de las paredes y también en los cojines. En una esquina de la habitación, un soporte alto de bronce con tres patas albergaba una lámpara de aceite.

Me sentí bien en aquel espacio. Los colores parecían acogerme; también la

disposición de los muebles y la luz que lo inundaba todo. Había algo que de manera poco precisa pero perceptible identificaba aquella habitación con la que había dejado en Atenas, al tiempo que percibía en ella una vitalidad que intentaba transmitirme confianza, paz, energía. Intuí que alguien se había ocupado con esmero en crear una atmósfera acogedora. Un lugar nuevo pero que no me fuera extraño, dotado con los estímulos de novedad necesarios para que no cayera en la tentación de alimentar la nostalgia. Imaginé que Caledonia era la artífice de todo aquello. No podía ser de otra manera. Tenía curiosidad por conocer a la mujer de la que tanto me había hablado Herófilo y que, sin haberme visto nunca, había sido capaz de adivinar cuáles iban a ser mis necesidades en la nueva vida que iniciaba.

En una caja que encontré en el arcón guardé el anillo de mi madre, el muñeco que me había tallado mi padre y la peonza de mis hermanos. Todo lo que quedaba de la vida que había dejado atrás el día en que salí de Atenas. En el fondo deposité también el paquete que me había dado Exome. Por lo poco que había visto de la ciudad, estaba convencida de que no me iba a ser posible cumplir con su encargo. Alejandría era demasiado grande para poder encontrar a alguien por mucho que intentara buscarlo. Sin embargo, intuía que la presencia de aquel paquete en mi habitación quizá tuviera el poder de tranquilizarme, de hacerme sentir segura en mi nueva casa. Incluso de ayudarme a soportar mejor la ausencia de Linos. Se convertiría en el recordatorio de un tiempo y un lugar en el que amé y fui amada. Alimentaría mi esperanza de volver a ver a Linos, a pesar de la ausencia de noticias. El paquete que, de alguna manera me unía al recuerdo de mis días con él, quizá tendría la facultad de darme fuerza para plantarle cara al futuro incierto y desconocido en el que acababa de entrar.

Vestida con un quitón nuevo, con el cabello peinado y recogido gracias a los esfuerzos de la esclava que me había atendido, salí de mi habitación y me enfrenté de nuevo a la casa todavía ajena. Crucé el patio y llegué a la sala donde me esperaban Herófilo y su esposa.

Caledonia era una mujer alta y fuerte, de facciones duras esculpidas en una cara alargada, animada por unos ojos grandes, expresivos y casi tan oscuros como el negro cabello que le caía largo sobre la espalda. Vestía un quitón rojo que resaltaba el tono de su tez oscura, que lucía con orgullo y no intentaba ocultar con pasta de plomo blanca como hacían las damas atenienses. Caledonia sonrió al verme, y continuó haciéndolo durante todo nuestro primer encuentro.

Pero descubrí algo en ella que no me gustó. Su sonrisa parecía forzada, una pose necesaria para cumplir con el compromiso de cuidar de mí que ella y su marido habían adquirido. No parecía la misma persona que había sido capaz de crear un espacio para mí en el que pudiera sentirme acogida, segura, querida, respetada. Pero lo que más me sorprendió es que Caledonia dirigiera el mismo tipo de sonrisa a

Herófilo. No correspondía en absoluto a la de una mujer feliz ante la llegada del esposo que ha pasado tanto tiempo lejos de su lado. Había una expresión extraña en su mirada, que deambulaba de un lado a otro sin detenerse nunca en el rostro de Herófilo o en el mío. Hablaba, sonreía, cumplía todos los protocolos de una perfecta anfitriona; pero con gestos mecánicos, carentes de naturalidad y de vida. Caledonia era muy diferente a la imagen que de ella me había creado. No parecía la dama culta y delicada de la que me hablara mi padre, la que yo había intuido al ver el cuidado que había puesto en la preparación de mi cuarto. Tampoco era la esposa serena y hogareña resignada a estar recluida en el gineceo.

Herófilo se mostraba algo incómodo. No apartaba la vista de su mujer; me dio la impresión de que le preguntaba en silencio qué ocurría, o qué había ocurrido en su ausencia. Estaba pendiente de todos sus movimientos, de la dirección que tomaba su mirada, del ademán que parecía indicar su deseo de intervenir en la conversación pero que se interrumpía nada más haberse iniciado. En aquellos momentos, Herófilo no me pareció un hombre feliz. Lo veía cansado, preocupado quizá por el aire ausente que emanaba de su mujer, por el desánimo que mostraba y que era muy superior a la alegría inmensa que él sabía inundaba el corazón de Caledonia por su regreso. Herófilo se esforzaba para que aquel primer encuentro con su esposa resultara agradable para ambas.

—¿Te gustaría visitar mañana la ciudad? —me dijo con amabilidad—. Caledonia y tú podéis ir juntas. Hiplas os acompañará. Él es nuestro esclavo más antiguo, el que mejor conoce cada rincón.

—Yo... no puedo, no puedo salir —dijo Caledonia, y miraba a su marido con una expresión en la que me pareció leer miedo, o cansancio. Bajando los ojos, añadió—: No me encuentro bien.

Herófilo la miró con el gesto de quien no entiende qué está ocurriendo. A pesar de que yo, todavía una extraña, estaba allá, no pudo evitar acercarse a ella y susurrarle algo al oído.

—No me ocurre nada —respondió ella sin dejar de mirar al suelo—. Simplemente no me encuentro bien.

Y haciendo lo que parecía un gran esfuerzo, se levantó de la silla Klismos donde estaba sentada, se acercó a mí, me tomó de las manos y dijo fijando sus ojos oscuros en los míos:

—Sé bienvenida a nuestra casa. Espero que te guste la habitación que te he preparado. Te prometo que cuando me encuentre mejor saldremos juntas para que conozcas esta hermosa ciudad.

Caledonia esbozó una sonrisa triste y se apartó un mechón que le había caído sobre la cara. Al hacerlo, vi que le temblaban las manos. Cuando se dio la vuelta para dirigirse de nuevo hacia Herófilo, el cabello liso, brillante y sin adornos ni composturas ocultó por un momento su rostro. Me sorprendió su imagen. Nunca había visto una mujer noble que no llevara el pelo recogido en un peinado más o

menos elaborado. Me gustó la libertad que parecía tener Caledonia en la forma de peinarse, me pregunté si a mí también me estaría permitido dejarme el cabello libre de adornos y vestirme de rojo, como ella, o del color que quisiera y no de los que imponían mi edad y condición social. Y me sentí de nuevo fea y adornada en exceso, vestida como alguien que yo no era ni quería ser, como durante las visitas de Crisóforo a nuestra casa. Llevaba todavía pocas horas en Alejandría pero ya echaba en falta la libertad de mis días en Creta, donde lo único que necesitaba mi cabeza era un sombrero de ala ancha para protegerme del sol, dejando mi cabello suelto o recogido con una simple cinta de lino como cuando era niña. La voz de Caledonia interrumpió mis pensamientos.

—Ahora debo dejaros. Necesito descansar —dijo Caledonia, y salió de la sala con paso decidido.

Herófilo la siguió con la mirada, triste, interrogante. Su rostro mostraba una preocupación nueva, su gesto abatido hablaba de un hombre diferente al que yo había conocido. Cuando Caledonia se fue y nos quedamos solos, no supe qué decirle, y él tampoco a mí.

—Quizá quieras descansar un poco antes de la cena —me dijo.

Comprendí que prefería estar solo y fui a refugiarme a mi habitación. Cerré la puerta. Me acogió la luz de las últimas horas de la tarde y la forma en que ésta creaba nuevos colores en los objetos que decoraban el cuarto. Cerré los ojos. Sonidos diferentes a los que estaba acostumbrada llegaron hasta mí. Me quedé dormida pensando que Linos se encontraba a mi lado.

Durante los primeros días de mi estancia, Caledonia parecía evitar mi compañía tanto como yo la suya. Sólo compartíamos las comidas, y sin apenas dirigirnos la palabra. Dejábamos hablar a Herófilo, quien, con su entusiasmo tan particular, narraba ilusionado lo que había leído en un nuevo papiro procedente de la India sobre la importancia de utilizar el nardo en la fabricación de ungüentos para curar la hinchazón de los ojos. Caledonia le interrumpía pocas veces, pero cuando lo hacía, sus preguntas eran precisas. Me pareció que mostraba cierto conocimiento sobre los temas que allí se discutían, y la suavidad de su voz o la humildad de su gesto no conseguían esconder el interés que se adivinaba en su mirada atenta. Yo los observaba a los dos en silencio mientras me preguntaba quién era aquella mujer extraña que apenas hablaba con su esposo y conmigo, y por qué, si parecía ignorarme incluso cuando estábamos en la misma sala, se preocupaba de que las esclavas pusieran flores frescas en mi habitación, o de que dejaran junto a mi cama bandejas de dulces hechos con el fruto de las palmeras.

Ya completamente repuesta del cansancio del viaje, sentía el peso de la falta de actividad. Incluso echaba a faltar la extrema dureza de los últimos días pasados en Creta. Allí me había llegado a convertir en una ayuda indispensable para Herófilo, y

pude aprender muchas cosas sobre las personas y sus dolencias y atisbar el mundo de las plantas y sus propiedades curativas. Deseaba continuar aprendiendo, pero no sabía cómo decírselo. La suerte de mi padre me tenía en ascuas, y también quería preguntarle a Herófilo si el rey Ptolomeo había respondido ya a su solicitud de audiencia. Estaba inquieta, ansiosa. Pero Herófilo también tenía sus problemas. Adivinaba su malestar por los cambios que percibía en su esposa desde nuestra llegada. Lo veía intentar romper sin éxito los largos silencios de Caledonia; incluso un día oí retazos de una conversación en la que, preocupado por la palidez y la seriedad que nunca había visto en el rostro de Caledonia, le preguntaba si se sentía enferma. Con la voz un tanto alterada expresaba su malestar por su aire ausente, por rehuir la intimidad con él después de su larga ausencia. Ella le respondió con voz serena, pero no logré entender qué decía.

Durante varios días vagué por la casa sin saber qué hacer ni con quién hablar. Pasaba mucho tiempo sentada delante de la clepsidra que tenía Herófilo. Me entretenía observando cómo salía el agua lentamente por el orificio de la vasija de cerámica, cómo su ausencia dentro del receptáculo dejaba ver las marcas de las horas que habían pasado. Me preguntaba dónde estaría Linos.

Una tarde, mientras calculaba cuántas marcas habían aparecido desde que me había sentado, no oí llegar a Herófilo, que se puso a mi lado y me dijo sonriendo:

—No creo que entretenerte con mi reloj de agua sea suficiente para ti, Irene. Habrá que buscarte alguna ocupación.

—Sí, pero Caledonia no me ha..., bueno, ella no, yo... —balbuceé nerviosa.

—Lo sé —me interrumpió Herófilo—. Caledonia no se encuentra bien. Mientras ella se repone, me ocuparé yo mismo de que conozcas la ciudad y te buscaré algo que ocupe tu tiempo.

Me alegró escuchar su propuesta. Finalmente iba a salir de aquel encierro, ver la ciudad, descubrir sus calles, sus edificios importantes, el Museo del que tanto me habían hablado. Desde mi llegada a Alejandría había ido creciendo en mí una curiosidad que deseaba confesarle a Herófilo: quería ver cómo trabajaba, aprender de él, continuar algo que había empezado por azar y que ahora lo sentía ya como parte de mí. Si yo les había ayudado a él y a Linos a cuidar de enfermos, si había aprendido cosas sobre la salud y la enfermedad que antes ignoraba, ¿por qué no podía continuar haciéndolo? No había osado comunicar a Herófilo mi deseo, pero aquella tarde su preocupación por verme tan inactiva me dio la oportunidad que estaba buscando.

—Herófilo, ¿podría visitar la Escuela de Medicina?

—¿Por qué no? —respondió él como si de pronto hubiera encontrado la solución a un problema.

A la mañana siguiente salimos en dirección al Museo. No pasamos esa vez por las calles ruidosas donde los comerciantes se afanaban en vender sus productos. El

vocerío llegaba hasta nosotros apagado y el ruido de los carros y las caravanas de camellos era apenas perceptible. El sonido de la ciudad cesó cuando llegamos al promontorio de Loquios. Los guardianes encargados de que nadie pudiera traspasar las puertas del palacio y sus aledaños reconocieron a Herófilo y nos dejaron seguir nuestro camino. El palacio del rey Ptolomeo apareció ante nosotros deslumbrante. Sus magníficas columnatas de mármol anunciaban la entrada a un edificio que, según me comentó Herófilo, crecía cada año con nuevas salas, con pórticos de gran belleza y estatuas en todos los rincones. Había también plantas y animales procedentes de lugares exóticos, los más lejanos del vasto imperio que formaban las tierras conquistadas por el gran Alejandro.

Al igual que el palacio del rey Ptolomeo, la Escuela de Medicina miraba al mar. En un extremo del arco de la bahía reconocí las obras para construir la torre de luz. En el agua del mar se movían muchas estrellas que brillaban bajo el reflejo del sol. En el edificio de la Escuela, el mármol blanco y el alabastro se habían utilizado con profusión, y su elegante estructura albergaba columnas en las que todavía ardían las antorchas que las habían iluminado durante la noche.

Ya dentro del recinto, me sorprendió la frescura de los patios con su vegetación exuberante y desconocida para mí que perfumaba el espacio. Sólo pude reconocer el aroma de las rosas. Algunos hombres estaban sentados en los bancos de piedra que rodeaban los patios. Hablaban entre ellos en voz queda, inclinados sobre los papiros que estaban estudiando. Todos levantaron la cabeza, curiosos y sorprendidos, al oírnos llegar.

—Son algunos de los sabios del Museo y sus discípulos —me comentó Herófilo tras saludarlos con una leve inclinación de cabeza—. Dentro de estos edificios hay muchas salas de estudio donde trabajan geógrafos, matemáticos, estudiosos de Homero.

—¡Qué hermoso es todo esto! —exclamé sorprendida tanto por la belleza del lugar como por la idea de reunir a estudiosos de saberes tan diversos.

—Sí —respondió Herófilo—. Me considero muy afortunado porque el rey me haya permitido crear aquí un lugar donde seguir aprendiendo y también poder enseñar a otros.

Aquella mañana entendí la admiración de mi padre por la grandeza de Alejandría, incluso me atreví a pensar que quizá pronto podría estar él también allí, en compañía de mentes inquietas como la suya.

—Ya hemos llegado —dijo Herófilo cuando entramos en un patio donde varios hombres jóvenes vestidos con quitones blancos lo saludaron con respeto.

Me impresionó la gran puerta de doble hoja que daba acceso a las salas del segundo piso. Me sentí pequeña, y a la vez importante porque iba a franquear aquella puerta. La custodiaban unas estatuas de ropajes coloridos y fastuosos.

—Son los dioses de la Medicina —me explicó Herófilo—. El hombre con el himatión rojo representa al dios Esculapio. Las que están a su lado son sus hijas,

Panacea e Higea.

—Y esta imagen, ¿de quién es? —Señalé una escultura de bronce de un hombre sentado, con un rollo de papiro desplegado sobre las rodillas y un casquete adornando su cabeza.

—Es Imhotep, un médico egipcio que fue divinizado. Se le considera relacionado con Thot, el dios benefactor que encarna el predominio de la prudencia y la sabiduría, y a quien aquí en Egipto se le considera el guía de los médicos.

—Pero éste no parece que sea el dios Thot, ¿verdad? —comenté al descubrir una hornacina con el busto de un hombre barbudo, iluminada por una lámpara de aceite.

—No. —Sonrió Herófilo—. Éste es Hipócrates, el maestro de mis maestros. El médico más importante de la historia de toda la Hélade.

Un hombre algo más joven que Herófilo vino hacia nosotros. Lo saludó a él, me miró de arriba abajo y no pudo controlar un gesto de disgusto.

—¿Qué hace una mujer aquí?

—Buenos días, Erasítrato —respondió Herófilo ignorando la pregunta—. Ella es Irene, la hija de mi prima. Tenía mucho interés en conocer la Escuela y el resto de las dependencias del Museo.

Ni me miró al oír mi nombre, ni me dedicó ningún tipo de saludo.

—Aquí no puede estar —dijo muy serio.

—¿Por qué no? Quiere aprender, y aprende rápido. Ella fue quien me ayudó con los enfermos y los heridos después de la tempestad de la que te hablé ayer. Lo hizo muy bien —añadió mirándome con una sonrisa cómplice; intentaba neutralizar la forma descortés con la que Erasítrato había reaccionado al verme allí.

—Tú verás lo que haces. Nos vemos luego..., cuando ella se haya ido —dijo Erasítrato antes de darnos la espalda y dirigirse con rapidez hacia una de las salas, tras cuya puerta desapareció.

Herófilo no pareció darle importancia a su actitud ni intentó disculparlo. Me llevó a una sala con dos grandes mesas. En una había dibujos del cuerpo humano y la situación de sus órganos internos. La otra estaba ocupada por varios papiros enrollados. Había más papiros guardados en las estructuras de madera adosadas a las paredes. Tres ventanas acercaban el mar hasta la sala de estudio.

—Irene, quiero que veas estos papiros —dijo Herófilo indicándome que me acercara a la mesa. Su rostro tenía una expresión parecida a la del niño que se dispone a jugar con un nuevo juguete.

—«Thot será mi guía» —leí en el primero que desenrollé.

—Es la traducción al griego de un papiro muy antiguo. Los médicos egipcios describían muy bien las enfermedades que trataban y los remedios que utilizaban. Creemos que hay muchos documentos de este tipo, pero yo sólo he conseguido éste. Habla de los ojos.

Pasé la mañana conversando con Herófilo, leyendo las líneas que él me señalaba en los papiros que iba mostrándome. Algunos de sus alumnos asomaron la cabeza por

la puerta, y la cerraron enseguida al darse cuenta de que yo estaba con él. Creo que a nadie le gustó que estuviera allí. Pero Herófilo continuó hablando conmigo como si yo fuera su discípula, de la misma forma en que lo había hecho en Creta, y también durante nuestro largo viaje en barco hasta Alejandría. Se refirió sobre todo a la función del corazón y al interés que tenía por comprender cómo llegaba y salía la sangre de ese órgano tan importante. Yo lo escuchaba atenta, seducida por todo lo que sus labios narraban. Volvieron a surgir en mí nuevas preguntas que se fueron encadenando a medida que él me las contestaba con detalle o me confiaba que todavía estaba buscando la respuesta. Yo deseaba pasar las horas en aquel lugar de calma y estudio y no encerrada en una casa sin hablar con nadie y sin actividad alguna en la que ocuparme.

Cuando al atardecer iniciamos nuestro regreso a casa, estaba tan eufórica que, sin pararme a considerar si mi petición era apropiada, no pude evitar preguntarle a Herófilo, casi rogarle, si me dejaría volver otro día. Me miró con el gesto travieso de quien sabe que va a hacer algo que otros le han prohibido, pero con la determinación férrea de hacerlo de todos modos.

—Todas las veces que quieras. Tus preguntas son la mejor prueba de tu deseo de aprender. Ojalá todos mis discípulos tuvieran la misma avidez de conocimientos.

Así fue como, a partir de aquel día, continué acompañando a Herófilo todas las mañanas al Museo. Una vez allí, debía enfrentarme a las miradas reticentes de sus discípulos, a las caras de sorpresa de los otros sabios, al disgusto manifiesto de Erasítrato cada vez que me veía.

—No te preocupes, ya se acostumbrarán a verte por aquí.

No tardé en darme cuenta de que Herófilo era lo más parecido a un padre que yo tenía en aquellos momentos. También era mi maestro y mi cómplice. Él sabía con certeza, aunque yo apenas lo empezara a intuir, que había nacido en mí la pasión por el arte de curar. Un arte que él se había propuesto enseñarme por el puro placer de hacerlo, aunque con ello se saltara las normas más básicas de la prestigiosa institución que él mismo había creado y dirigía.

Yo no era alumna de la Escuela de Medicina y, por tanto, no podía unirme al grupo de los discípulos de Herófilo y Erasítrato para seguir sus explicaciones ni participar en ninguno de sus experimentos. Debía permanecer en el estudio privado de Herófilo, pero no me importaba. Él escogía papiros para que fuera leyendo durante sus ausencias y a su regreso respondía a las nuevas preguntas que me habían surgido. Lo hacía con la precisión de un maestro, la paciencia de un padre, la bondad de un amigo y la humildad de un sabio. A primera hora de la tarde, el esclavo Hipias me venía a buscar para llevarme de nuevo a casa. Herófilo se quedaba en la Escuela trabajando y regresaba a casa al atardecer.

Una noche, a la hora de la cena, Caledonia y yo vimos llegar a un Herófilo sonriente que, sin más preludios, anunció:

—El rey Ptolomeo me recibirá dentro de cinco días. Lo he sabido hoy.

Aquellas palabras, que tanto había esperado oír, me confundieron. Por fin se acercaba el momento tan esperado, pero existía también el temor de que la ayuda del rey Ptolomeo, a quien sus súbditos llamaban Sóter, el Salvador, no fuera suficiente, o que llegara demasiado tarde. No había tenido noticias de mi padre desde que salí de Atenas y ni siquiera sabía si la carta que le había escrito en Creta había llegado a sus manos. Pero quizá alguien tan importante como el rey de Egipto sí que podría hacer algo para sacar a mi padre de la cárcel. Pronto tendría noticias tuyas, eso hacía que la espera de los pocos días que faltaban se me antojara especialmente larga. Lo que aquella visita representaba, y la ansiedad que sentía crecer en mí, fueron quizá la causa que impidió que me quedara en un silencio sonriente y agradecido.

—¿Puedo ir contigo cuando vayas a ver al rey? —pregunté llevada por un incontrolable impulso.

—No, Irene. Creo que es mejor que vaya solo. Es a mí a quien ha concedido la audiencia.

—Pero es mi padre.

Y me callé, preocupada por si había molestado a Herófilo con mi insistencia.

—Deja que ella te acompañe —le pidió Caledonia.

Me sorprendió que rompiera su silencio habitual justamente para llevarle la contraria a su esposo. Herófilo se quedó un momento callado sin saber qué más decir.

—Irene debe ir —continuó Caledonia—. Es la hija de un hombre al que han acusado injustamente. Apenas ha dejado la infancia y ya se ha quedado sin padre y sin el futuro que le habría correspondido como hija de Kleón. Creo que verla a ella le dará más fuerza a tu petición. Déjala hablar, que explique con sus propias palabras quién es su padre, qué hicieron con él y cómo se siente ella ante la separación forzosa de su padre, la huida y el exilio.

Miré a Caledonia agradecida. Aquella mujer huraña y silenciosa había cobrado vida. Hablaba con vehemencia, profería una opinión propia y se asomaba sin miedo al fondo de mi corazón para encontrar rápidamente los sentimientos que yo intentaba no exteriorizar pero que se mantenían allí, vivos, apenas escondidos bajo una fina capa de buenas maneras con las que intentaba adaptarme a la nueva situación.

—El rey Ptolomeo recibe cada día muchas peticiones —continuó Caledonia—. El padre de Irene no debe de ser el único que necesite su ayuda, ni tú, Herófilo, el único ciudadano respetable de Alejandría que intenta echar una mano a alguien en Atenas. Pero pocos pueden contar con la colaboración de su propia hija a la hora de pedir ayuda. Mira la palidez de esta joven, explícale al rey todo lo que ha tenido que pasar, después deja que sea ella quien interceda por su padre.

Caledonia no tardó demasiado en convencer a Herófilo de que debían hacerse las cosas como ella decía. Luego volvió a su silencio habitual y se retiró temprano, como cada noche desde mi llegada. Herófilo, también como todas las noches, observó en silencio su partida con la preocupación reflejada en la mirada. Estaba segura de que a Caledonia le ocurría algo que su marido todavía ignoraba y que intentaba mantener

en secreto evitando nuestra compañía. Hasta entonces yo me había comportado igual que ella, buscando lugares en la casa donde no podría encontrármela, pero aquella noche decidí que intentaría acercarme a Caledonia. Hablarle aunque ella no lo hiciera, preguntarle cosas sobre la casa, sobre Alejandría y sobre cómo era el rey Ptolomeo, a quien ella y Herófilo parecían conocer personalmente. Caledonia me había mostrado con sus palabras, y con todos los detalles que había tenido para hacerme sentir bien en su casa, que sabía de mi sufrimiento, que intentaba ayudarme y que no me consideraba un huésped incómodo al que se había visto obligada a aceptar en su casa. Al día siguiente intenté poner en marcha mi plan, pero no conseguí ver a Caledonia en ningún momento. No salió en todo el día de las habitaciones del segundo piso.

Una tarde, cuando regresaba algo más temprano de la Escuela de Medicina acompañada por Hipias, me crucé en la entrada de la casa con alguien a quien no había visto nunca. Era un hombre muy obeso, vestido con buenas ropas y adornado con joyas caras. Descubrí sus ojos pequeños y oscuros incrustados en la cara redonda, de una tonalidad que se asemejaba demasiado al color púrpura de su himatión. El pelo corto, claro y de apariencia débil se le pegaba a la cabeza pequeña, en clara desproporción con el resto del cuerpo. Su frente tenía un brillo húmedo que se extendía por el resto de la cara y su boca componía una mueca que intentaba asemejarse a la sonrisa de quien está contento por algo. Al verme, la expresión de su rostro cambió y pude leer en ella algo inexplicable pero que consiguió que mi corazón dejara de latir por un instante y un aire frío me erizara la espalda y me subiera hasta la cabeza. No intercambiamos palabra. Antes de cerrar la puerta para esconderme en el jardín, sentí su mirada punzante clavada en mi espalda.

Encontré a Caledonia llorosa y asustada. Se sorprendió tanto al verme allí que corrió a refugiarse en sus habitaciones. A la hora de la cena se sentó a la mesa con la misma expresión ausente y taciturna de todos los días. No informó a su esposo de la visita del hombre cuya siniestra sonrisa me había recibido al llegar a casa.

La mañana de nuestra esperada audiencia con el rey Ptolomeo, Herófilo me fue explicando por el camino todo cuanto sabía sobre la vida y el carácter del hombre a quien estaba a punto de conocer: que había acompañado al gran Alejandro en sus conquistas, que admiraba a Aristóteles y que había sabido crear de la nada la ciudad que una vez soñara Alejandro, y en cuya clámide extendida sobre el suelo dicen que se inspiró para trazar las rectas y largas calles que algún día la cruzarían.

El palacio del antiguo soldado convertido ahora en faraón estaba situado sobre un promontorio cerca del puerto militar. Cuando accedimos al extenso jardín, vimos a varios esclavos que se afanaban cerca de uno de los pabellones en lo que parecían los preparativos de una fiesta. El edificio había sido cubierto con ramas de mirto y de laurel y el suelo aparecía sembrado de flores de todas clases. Destacaban las rosas y el alhelí blanco, que en Atenas nunca había visto en aquella época del año pero que allí crecían sin dificultad. Quizá, al igual que en Atenas, aquellas mismas flores se utilizaran unas horas más tarde para tejer las coronas con las que se adornarían las cabezas de los comensales invitados.

El rugido demasiado cercano de un animal al que no podía ver hizo que me detuviera en seco. Herófilo me dijo que no me asustara, que las fieras vivían encerradas en la extensa zona boscosa protegida por las murallas que rodeaban el palacio. Tras ellas se extendía el amplio parque de caza que el rey Ptolomeo, al igual que el rey persa Ciro, había diseñado, y donde se ejercitaba todos los días cruzándolo a caballo. Me fié de las palabras de Herófilo y seguimos caminando.

Una vez dentro del palacio admiré los pórticos que precedían a los vastos salones y a las numerosas habitaciones a disposición de la familia real, de los dignatarios macedonios y de los preceptores de los hijos del rey. Eran espacios lujosos, protegidos del calor del delta del Nilo gracias a la brisa procedente del mar.

Sabía por mi padre que en aquellas salas re reunía con frecuencia la elite cultural griega, cuyos miembros llegaban en número cada vez mayor para establecerse en Alejandría. El rey Ptolomeo se había comprometido a recibir a todos los griegos que pudieran aportar reflexión moral, saber científico, o creación literaria, por poco que aceptaran la vida que él había diseñado para la corte real. Herófilo era uno de aquellos hombres.

El rey nos recibió acompañado de Berenice, la reina. La mujer que en el pasado había sido la doncella de su primera esposa cuando llegaron a Egipto. Herófilo me había resumido la historia de las dos esposas de Ptolomeo: la primera lo había apoyado durante la época en la que pasó de ser el general del gran Alejandro a convertirse en el faraón-rey; y Berenice lo estaba acompañando en sus años de madurez, cuando ya había aprendido a relativizar la suerte de las armas y desarrollaba un interés cada vez mayor por alimentar el espíritu inquieto que le había sorprendido descubrir en sí mismo.

En casa de mi padre ya había oído hablar de la belleza de la reina Berenice, de sus andares elegantes y su aire altivo y, por alguna razón, me la había imaginado más joven. Me sorprendió ver a una mujer madura y de porte discreto a la que, según Herófilo, el soberano profesaba un amor intenso, como no había sentido desde su juventud, cuando sus amores con la célebre hetaira Thais provocaron más de un rechazo entre los macedonios llegados a Egipto que debían acatar su mandato.

Los reyes nos escucharon a Herófilo y a mí en atento silencio.

—Tu padre está vivo —me dijo el rey cuando hube terminado mi relato—. Son las últimas noticias que me han llegado de Atenas.

Mi inmensa alegría duró tan poco como la pausa que hizo el rey antes de continuar hablando muy serio.

—Pero llevará tiempo conseguir que le concedan la posibilidad de exiliarse.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Herófilo.

—Mis relaciones con Atenas y con quienes la gobiernan no están ahora en su mejor momento. Me negarán cualquier cosa que les solicite.

—Pero si sólo les estáis pidiendo que dejen que el ciudadano Kleón se vaya de Atenas para siempre... —insistió Herófilo.

—Sí, pero exigirán que cumpla primero su condena completa. Por lo que he sabido, le han perdonado la vida..., pero lo han condenado a cinco años de prisión. Está incomunicado, no puede recibir visitas.

—¿Y mi carta? ¿Sabéis si le ha llegado? ¿Puedo continuar escribiéndole? —Atiné a decir mientras intentaba sofocar un sollozo.

—No lo sabemos, pero tú escribe —dijo el rey con una sonrisa que me pareció sincera—. Intentaremos encontrar la forma de hacerle llegar tus cartas.

—Conozco a alguien en Atenas que puede ayudaros —intervino Berenice por primera vez. Se levantó y, acercándose a una mesa baja que había en una esquina, cogió un papiro y un cálamo—. Toma. Escríbele ahora a tu padre. Dile que estás bien. La carta puede salir mañana en el barco que zarpa hacia Atenas, junto con la que yo le envío a una amiga que tiene acceso a alguien que quizá pueda hacer llegar la carta hasta tu padre. Le pediré su ayuda.

—Gracias —logré decir y con el papiro en la mano me quedé quieta sin saber qué hacer.

—Escribe ya —me instó Berenice sin disimular su impaciencia.

—No le expliques a tu padre esta visita. No des detalles de tu vida aquí pues no sabemos si esta carta conseguirá llegar a él. Dile únicamente que estás bien —me advirtió el rey.

Berenice manifestó su acuerdo con un leve movimiento de cabeza y yo me limité a escribir que ya había llegado a Alejandría y que me encontraba bien. Al igual que en mi primera misiva, añadí lo mucho que lo echaba de menos y las ganas inmensas que tenía de verlo. Firmé la carta y se la entregué a Berenice. A una discreta señal del rey, un guardia se acercó y nos invitó a que lo siguiéramos. La audiencia había

terminado.

Cuando Herófilo y yo salimos de aquella sala lujosa, vimos a otros ciudadanos nobles de Alejandría esperando su turno para ser recibidos a lo largo de la mañana por la pareja real.

Después del breve encuentro con los soberanos, mi esperanza desapareció por completo, se desinfló mi ánimo cual vela que se queda flácida ante la ausencia de viento. No sabía qué más hacer para ayudar a mi padre. Si bien es cierto que el rey Ptolomeo había atendido la petición de Herófilo y me había ayudado dándome información sobre mi padre y ofreciéndome una vaga posibilidad de ponerme en contacto con él, su ayuda era insuficiente pues no iba a conseguir que mi padre pudiera ser libre de nuevo.

Nunca recibí respuesta a mis cartas. El dolor por su ausencia, el temor a lo que podía ocurrirle, la incertidumbre sobre si volveríamos a vernos siguieron ocupando mis pensamientos. Poco a poco fui perdiendo toda esperanza de recibir noticias directas de mi padre, sólo confiaba en que a él sí le llegaran las mías. Eso me reconfortaba de alguna manera, aunque sabía que su encierro iba a durar mucho más de lo que había imaginado. Durante un tiempo me tuve que conformar con las noticias que, de tanto en tanto, me traía Herófilo de parte del rey y que confirmaban que mi padre estaba vivo, pero que continuaba preso.

A medida que pasaban los meses, me fui acostumbrando al ritmo vital de Alejandría; la ciudad tan diferente y a la vez tan griega que me había acogido como un miembro más de la diáspora que había abandonado Atenas para no volver. Me preguntaba si aquél sería también mi caso. ¿Volvería a ver la casa donde crecí?, ¿me regalaría de nuevo con la vista de aquellos olivos cuyas hojas jugaban con el viento disfrazándose de verde o gris según su capricho? ¿Vería salir el sol tras las colinas del Himeto? ¿Sentiría una vez más el abrazo azul intenso del mar que había temido y conquistado, y que Linos me había ayudado a descubrir en toda su belleza?

Linós... Linós..., cada día que pasaba sin saber de él aumentaba mi temor a que hubiera muerto. Pero no quería llorar su pérdida, todavía no. Me esforzaba en creer que estaba a salvo, a pesar de que sabía que estaba dispuesto a correr cualquier riesgo con tal de poder curar a alguien. Nos llegaban noticias vagas de largas batallas y enfrentamientos puntuales en algunas islas del Egeo, pero yo ignoraba en cuál de ellas estaría Linos. ¿Continuaría Festos obligándolo a que lo acompañara a todas las batallas? Me costaba aceptar que no tenía respuesta para ninguna de esas preguntas y que nada podía hacer sino confiar en el posible regreso del hombre al que amaba. Recordaba con frecuencia las palabras de mi padre, quien me había dicho una y otra vez que el verdadero sabio es aquel que no sólo intenta con su esfuerzo cambiar aquello que no le gusta, sino que también es capaz de reconocer cuándo no está en su mano modificar nada.

Acompañar a Herófilo todas las mañanas y quedarme unas horas en la Escuela de Medicina se había convertido en una costumbre, incluso en una necesidad, que me permitía evadirme de la creciente obsesión por conocer qué le ocurría a Caledonia y quién era el hombre cuyas visitas la alteraban hasta provocarle el llanto. Ella alentaba mis visitas al Museo y, cuando rompía sus largos silencios, se interesaba por cómo me había ido la jornada y lo que había aprendido. Ni Herófilo ni yo le explicábamos que yo no era bien recibida en aquel entorno de hombres de ciencias, aunque creo que lo imaginaba. Quizá fuera ése el motivo por el cual ella nunca visitaba la Escuela de Medicina, a pesar del evidente interés y conocimiento que mostraba cada vez que Herófilo hablaba de las propiedades curativas de alguna planta, o de las enfermedades descritas en el último papiro que había llegado a sus manos.

Los sabios del Museo nunca me saludaban ni se dirigían a mí en ningún momento. Todos callaban al verme llegar y me miraban con descaro, pero sólo Erasítrato osaba cuestionar la decisión de Herófilo.

—Si insistes en traer a esa mujer todos los días, procura que no salga de tu estudio. Sabes muy bien que no está autorizada a estar en las dependencias de la Escuela ni en el resto del Museo —le había dicho después de comprobar que mi presencia allí no iba a ser sólo cosa de un día.

Herófilo mantenía las condiciones de ese pacto pero, como principal miembro de la Escuela, empezó a usar su prerrogativa de recibir a sus discípulos en la dependencia que él eligiera. Y eligió su estudio con el fin de que yo también pudiera seguir sus explicaciones. Yo lo escuchaba, atenta y agradecida, desde el rincón más discreto de la sala que pude encontrar.

—Ya sabemos que el todo está relacionado con las partes. El conocimiento de todo lo referente a la construcción y la forma correcta y armoniosa en que funciona el cuerpo humano y sus partes en un individuo sano es nuestro objetivo —decía Herófilo.

—Entonces, ¿el saber todo lo relacionado con la enfermedad es conocer todo aquello que destruye la armonía saludable del cuerpo y causa disfunciones? —preguntó un hombre muy joven, de piel más oscura que el resto de los alumnos y cabello negro y lacio.

—¡Claro! —respondió en tono un tanto despectivo otro joven, de mirada altiva y cabello rubio ondulado—. Es lo que escribe el maestro en su tratado sobre el pulso. Seguro que todavía no lo has leído.

—Exacto, Manetho —le dijo Herófilo al estudiante moreno ignorando el último comentario—. Por eso no debemos conformarnos con conocer las sustancias que podemos utilizar para curar enfermedades, sino que también es imprescindible practicar la cirugía y la dietética con fines terapéuticos.

Yo escuchaba muy atenta. Intentaba comprender, recordar, aprender a relacionar conceptos. Estaba fascinada por todo lo que allí se decía. A pesar de mi papel pasivo

durante aquellas reuniones, en las que nunca me atreví a decir nada, aprendí mucho sobre el trabajo de Herófilo y todo lo que había dejado ya escrito. Descubrí que él consideraba fundamental conocer cómo estaba construido el cuerpo humano, que órganos lo integraban y cómo funcionaban. Para eso, y en contra de las opiniones del mismo Hipócrates, desconfiaba de que practicar únicamente la disección en animales fuera suficiente. Según Herófilo, era imprescindible observar por dentro el cuerpo de los hombres y el de las mujeres.

Desde mi rincón me di cuenta de que el joven de piel oscura, Manetho, parecía aislado del resto de estudiantes, de que escondía su rostro bajo un mechón rebelde que le caía sobre la frente y del que intentaba liberarse cada vez que, con los ojos brillantes por la curiosidad, lanzaba una nueva pregunta a Herófilo y esperaba con impaciencia su respuesta. Intuí cierta envidia mal reprimida por parte de los demás cada vez que Herófilo hablaba a solas con él.

Erasítrato no acudía nunca a las reuniones en el estudio de Herófilo y sólo hablaba con él cuando yo no estaba presente. Él reunía a los estudiantes de Medicina en otras dependencias de la Escuela, lugares a los que tampoco Manetho podía asistir. Y todas las tardes, cuando yo me iba a casa, Herófilo y Erasítrato se quedaban trabajando juntos y compartían el resultado de sus investigaciones antes de trasladar a sus discípulos los conocimientos que iban adquiriendo.

Una tarde, al regresar a casa acompañada por Hippias, vi de nuevo al hombre obeso y elegantemente vestido. Estaba subiendo con esfuerzo en el carro que lo esperaba. Partió sin percatarse de mi presencia. Miré a Hippias preguntándole en silencio quién era. Él esquivó mi mirada, mantuvo el rostro inexpresivo y no pronunció palabra hasta que atravesamos el umbral.

—No sé quién es —dijo al fin—. Nunca lo habíamos visto antes, pero últimamente viene casi todas las tardes. Mi señora está enferma desde que empezaron esas visitas.

—Y ¿por qué lo recibe? —Me atreví a preguntar.

—No lo sé —respondió alejándose de mí antes de que yo entrara a la sala.

El ruido de algo al romperse me descubrió a Caledonia. Estaba de pie, de espaldas a mí, mirando el suelo donde el agua derramada por un jarrón le mojaba los pies desnudos y el borde del quitón blanco y muy sencillo que llevaba puesto. Tenía el pelo recogido y cubierto por una tela fina, ocultando su belleza. Su espalda se agitaba en convulsiones y su llanto era tan fuerte que no me oyó llegar. No sabía si debía decirle algo. Decidí no moverme ni hablar. Ella debió de percibir que alguien estaba en la sala y se volvió. Me miró desde la oscuridad de sus ojos grandes, asustados, brillantes por las lágrimas.

—Vete, Irene. Necesito estar sola —dijo dándome de nuevo la espalda.

Yo no quería irme. Me dominaba la necesidad de saber qué le ocurría, de

descubrir quién era el hombre extraño que parecía haberla convertido en la mujer triste, enfermiza y silenciosa que, según me había dicho Herófilo, no había sido nunca.

—He visto a ese hombre —dije—. También lo vi el otro día.

Caledonia se volvió de nuevo y se sonó la nariz con un pañuelo de lino. Después cruzó ambas manos sobre el pecho casi a la altura de la garganta. Estuvo mirándome unos instantes y vi que, poco a poco, el llanto cedía y daba lugar a suspiros cortos. Me indicó que me acercara. Lanzó un suspiro más largo y se sentó en una silla. Yo me senté a su lado.

—Se llama Filocles. Él..., él es un hombre al que conocí hace muchos años, cuando era todavía una niña. —Me miró a los ojos antes de continuar—: Herófilo no sabe nada de estas visitas. Por favor, no se lo cuentes.

Negué con la cabeza. Quería transmitirle la confianza de que no iba a decirle nada a Herófilo. Ella pareció entenderlo así.

—Me pide dinero. Dinero y joyas. Todo lo que pueda conseguir.

Yo no alcanzaba a entender por qué aquel hombre tan desagradable se atrevía a entrar en la casa de una mujer como Caledonia y a pedirle dinero.

—Tiene muchas deudas y no puede pagarlas. Está acostumbrado a llevar una vida que ahora no puede permitirse. Y..., y... ha conseguido encontrarme.

El leve sonido de unos pasos interrumpió la confidencia. Era Semele, la joven esclava que, como todas las tardes, venía a traernos una bebida caliente endulzada con miel y aromatizada con unas hojas de menta. La acompañaban unas galletas de sésamo. Como ni Caledonia ni yo estábamos en nuestras habitaciones, se había aventurado a buscarnos en la sala.

—Puedes retirarte. Y no vuelvas a molestarnos —dijo Caledonia muy seria cuando la muchacha dejó nuestro refrigerio encima de una mesa baja.

Semele salió deprisa, con la mirada asustada de quien teme que ha hecho algo malo y va a recibir un castigo. La vi alejarse y sentí pena por ella; era todavía una niña. Tenía la piel muy blanca, el cabello rojizo y desordenado y el aspecto frágil de quien acaba de perder algo importante. Reconocí en ella mi propia soledad. Más tarde supe que Semele había perdido a su familia en alguna de las batallas que se sucedían en las islas Cícladas y que hacía poco que había sido comprada en el mercado de esclavos de Alejandría.

—¡Pobre niña! —habló en voz queda Caledonia mientras observaba cómo Semele se dirigía con rapidez a las dependencias de los esclavos—. Me recuerda tanto a mí misma cuando tenía su edad...

Tomó su vaso, me instó a que yo hiciera lo mismo, y bebió despacio. No tocó las galletas y yo tampoco me atreví a hacerlo.

—Soy hija de una esclava —dijo deprisa con la vista puesta en el vaso—. Como a esa niña, a mi madre también le mataron a toda su familia. También ella terminó en un mercado de esclavos cuando sólo contaba ocho años. Sobrevivió. Años más tarde

nací yo. Nunca conocí a mi padre y ella jamás me habló de él. Ese hombre que me visita es el único que conoce mi pasado.

—¿Y por qué te preocupa eso? Ahora eres una mujer libre. Además, estás casada con Herófilo, uno de los hombres más queridos y respetados de toda Alejandría.

—Ése es precisamente el problema. Herófilo no conoce esa parte de mi pasado. Se la oculté, quería protegerlo, que su fama no se viera manchada por haberse casado con una mujer que había nacido esclava. Y ahora Filocles amenaza con divulgar mi historia para destruir la fama de mi esposo.

—Habla con Herófilo. Cuéntale lo que está ocurriendo —dije convencida de que era la única solución posible.

—No puedo. Le entristecería demasiado saber, después de tantos años, que no fui capaz de confiar en él. De alguna manera se sentiría engañado y creo que perdería la confianza en mí. Además, aunque él lo supiera, Filocles lo destruiría igual, pues su plan es dar a conocer esta información a toda Alejandría. La gente le daría la espalda a Herófilo si esto ocurriera. Perdería su fama de gran médico, le pondrían trabas a sus pesquisas, se vería forzado a abandonar su puesto como director de la Escuela de Medicina que él mismo ha creado. No puedo hacerle eso.

—¿Y qué vas a hacer?

—Continuar como hasta ahora. Pagar para que Filocles permanezca en silencio. Vender mis joyas. Pero él continuará exigiendo. Es su forma de vengarse de mí.

—¿Vengarse?, ¿de ti?, ¿por qué? —pregunté intrigada.

—Es una historia muy larga que nunca he contado a nadie.

Guardé silencio, a la espera de su decisión sobre si contarla en ese momento. Años después Caledonia me confesaría que aquel día estuvo a punto de no decirme nada más. Se debatía entre la necesidad de hablar, de liberar su corazón y su espíritu confiándole a alguien lo que le estaba ocurriendo, y la prudencia que le exigía mantener el secreto guardado durante tantos años. Venció finalmente el deseo de desahogarse, aunque yo fuera una muchacha tan joven e inmadura, una completa desconocida.

Caledonia empezó a contarme que su madre había nacido en una ciudad cerca del río Hidaspes en la India, hija de un hombre importante. El gran Alejandro invadió la zona, se enfrentó a los 200 elefantes del rey Poros y ganó la batalla. Toda su familia fue asesinada. La niña se salvó gracias a la argucia de una esclava que consiguió esconderla en el interior de una vasija donde se guardaba el trigo. Poco después fue descubierta durante el saqueo de la ciudad que siguió a la matanza y vendida como esclava para trabajar en la casa de un comerciante de lino. La madre de Caledonia no volvió a ser una mujer libre hasta que, años más tarde, el desconcierto provocado por una nueva invasión hizo posible que ella y su hija escaparan sin ser vistas de la casa donde las tenían retenidas. Caledonia contaba tan sólo tres años.

—Yo habría muerto y mi madre no habría resistido más de dos o tres días si no llega a ser por la ayuda de Mikós, un joven desertor del ejército macedonio, con el

que nos topamos nada más abandonar la ciudad.

—¿Y con él hicisteis el largo viaje hasta Alejandría?

—No. Mikós deseaba volver a su casa en la isla de Kos, lejos de la India. Y mi madre quería ir a un lugar donde nadie pudiera encontrarla. Así que nos pusimos en camino hacia Kos. Cuando llegamos, habían pasado casi dos años. Sólo recuerdo de aquel viaje la despedida de Mikós. «No puedo hacer nada más por vosotras», nos dijo antes de dejarnos en el ágora y darnos la comida que acababa de comprar.

Fueron transcurriendo las horas que nos acercaban al atardecer mientras Caledonia desgranaba su historia. A veces lo hacía como si yo no estuviera allí. Otras me sonreía, me tomaba la mano y parecía agradecerme con ese gesto que la escuchara. A medida que sus recuerdos afloraban, su relato se hizo más preciso. Me habló de los años en los que vivió en casa de Lea, la hetaira que las había recogido del ágora al poco rato de que Mikós se fuera. Fue una infancia dura en la que Caledonia creció presenciando cómo su madre era víctima de una mujer cruel que la obligaba a hacer tareas que iban más allá de su labor de sirvienta. Lea era despótica y caprichosa y la madre de Caledonia aguantaba todas las humillaciones con la esperanza de que Lea cumpliera su promesa de tomar a Caledonia como alumna. Como la niña, con sus ojos grandes y los rasgos exóticos de su cara, prometía convertirse en una belleza poco común, estaba previsto que formara parte del grupo de niñas a las que la hetaira instruía en música, escritura y retórica, que eran, además de los dones físicos, las bases sobre las que se sustentaba el oficio de hetaira y el éxito en el ejercicio de esa profesión.

—Pero todos los planes se torcieron el día en que apareció Filocles —se lamentó Caledonia.

—¿Qué ocurrió? —pregunté impaciente, mientras por la ventana observaba la luz cambiante que anunciaba la llegada de Herófilo, y por tanto el final de nuestra conversación justo cuando estaba a punto de saber quién era aquel hombre extraño y qué había ocurrido entre él y Caledonia.

Caledonia me narró despacio los días difíciles que antecedieron a su fuga de casa de la hetaira Lea. Filocles se encaprichó de ella cuando la descubrió al salir de su clase de cítara en compañía de las demás alumnas de Lea. Herida en su orgullo, pues aquel amante rico pretendía abandonarla y sustituirla por la hija de una esclava, Lea intentó sacar provecho de la situación. Exigió a Filocles que pagara por la educación de Caledonia y le dijo que sólo se la vendería por un precio muy alto, que el hombre, acostumbrado a comprar todo aquello que le apetecía, estaba dispuesto a pagar.

El día en que Lea comunicó a la madre de Caledonia el destino previsto para su hija, de poco le sirvieron las promesas de que Caledonia viviría rodeada de lujos, no pudo convencerla con ellas. Recurrió entonces a la amenaza y le anunció que si no aceptaba que ella vendiera a Caledonia, las expulsaría a las dos de casa y las volvería a dejar allí donde las había encontrado. La madre de Caledonia respondió que prefería vivir en la calle antes que vender a su hija. Fue entonces cuando Lea les

advirtió de que Filocles daría con ellas de todas formas y acabaría quedándose con Caledonia. Aquella misma noche Caledonia y su madre huyeron de la casa de Lea y abandonaron la ciudad.

—¿Y qué hicisteis entonces? ¿Adónde fuisteis?

—No teníamos adónde ir. Nuestro único propósito era alejarnos de allí, escondernos en algún lugar donde Filocles no pudiera encontrarnos. Evitamos los caminos poblados y nos dirigimos hacia la parte más montañosa de la isla. Dormimos entre las rocas, protegiéndonos así del frío de la noche. Al tercer día de nuestra partida nos encontró Yamir.

—¿Quién es Yamir?

—Ella nos salvó la vida. Yamir vivía sola, en una casa pequeña construida en el único lugar llano de la zona montañosa donde nos encontrábamos, lejos de las personas y de los caminos. Hacía muchos años que era viuda y había aprendido a sobrevivir sin la ayuda de nadie. Tenía una cabra y un pequeño huerto donde cultivaba todo lo que necesitaba para comer y también hierbas medicinales que vendía a quienes se las solicitaban.

Por el relato de Caledonia supe que ella y su madre habían conseguido burlar a Filocles y que éste, imaginando que habían huido por mar, nunca adivinó dónde estaban escondidas. Yamir, la mujer que las acogió en su casa, había nacido en la India, poseía conocimientos sobre las propiedades de las plantas y tenía fama de hechicera y curandera. Los habitantes de la isla la temían y la respetaban a la vez. Con frecuencia recibía visitas de quienes buscaban alivio a dolencias varias que Yamir sabía curar con sus remedios a base de plantas, cuya composición sólo ella conocía. Pero todo el saber de Yamir no fue suficiente para curar a la madre de Caledonia, que un día se descubrió un bulto en el vientre. Antes de morir, Yamir le prometió que cuidaría de su hija. Y así lo había hecho. Yamir le enseñó a Caledonia todo cuanto sabía sobre hierbas medicinales. Le habló de remedios ancestrales que se usaban en la India y de otros muchos que había descubierto a base de probarlos en su persona. Le explicó que una misma planta puede ser curativa o convertirse en un veneno, y que eso dependía de la dosis en la que se utilizara. Le enseñó a medir cantidades, a buscar las plantas que crecían salvajes por los alrededores según la época del año, a guardarlas, a mezclarlas, también a cultivarlas. Caledonia vivía libre en aquel lugar alejado, aunque procuraba esconderse cada vez que venía alguien a comprar hierbas. Nunca abandonó esa precaución pues tanto ella como Yamir no estaban seguras de que, a pesar de los años transcurridos, Filocles hubiera abandonado su búsqueda.

Iba a preguntarle a Caledonia cómo conoció a Herófilo cuando oímos a Hippias saludándolo. Sus pasos acercándose interrumpieron nuestra conversación. Caledonia abandonó la sala para que él no descubriera las señales del llanto. Cuando nos volvimos a ver durante la cena, Caledonia tenía la expresión serena, lucía de nuevo su largo cabello suelto y miraba a Herófilo con los ojos atentos y a la vez esquivos en

los que yo ya supe leer la inquietud que la dominaba.

Una mañana, cuando los discípulos de Herófilo abandonaron el estudio después de una de las clases, Manetho y yo nos quedamos, como cada día, esperando a que el maestro nos diera algún nuevo papiro para leer. Confiábamos que esa vez se tratara de algún texto que informara de las plantas medicinales que los otros discípulos iban a estudiar con Erasítrato en el jardín del Museo, al que teníamos prohibida la entrada. Pero Herófilo tenía otros planes para nosotros.

—Seguidme los dos —dijo mientras recogía unos papiros de su mesa y nos los daba para que los lleváramos—. Os voy a mostrar la biblioteca.

Entramos en un lugar de amplias proporciones y techos altos, con un espacio central abierto a dos pisos adornados por esbeltas columnas negras. Linos me había hablado del origen lejano del mármol de aquellas columnas pero no las había imaginado tan bellas ni tan solemnes. Caminamos con el mismo silencio respetuoso que guardaríamos en un templo. Los mosaicos del suelo combinaban el negro y el blanco en formas simples y presentaban unos dibujos más elaborados alrededor del pequeño estanque cuadrado situado en el centro de la sala. En el agua se reflejaba la exquisita sencillez arquitectónica y la riqueza cromática de los dos grandes frescos que adornaban la entrada. Nunca había pensado que pudiera existir un lugar donde las proporciones y los colores se unieran para crear un entorno donde fluían a la vez la calma y la energía.

Llegamos a los armarios donde se guardaban los papiros. Me impresionaron las altas paredes, marcadas por infinidad de separaciones que albergaban papiros cuidadosamente enrollados y clasificados. Pasamos luego por algunas de las salas donde trabajaban los sabios venidos de todo el mundo, cada una dedicada a una de las nueve musas, las hijas de la diosa de la memoria. Envidié la suerte de aquellos hombres; me hubiera gustado sentarme a leer como lo estaban haciendo ellos.

Manetho caminaba a mi lado. Me pareció que, al igual que me ocurría a mí, él no lograba salir de su asombro. Más tarde me comentó que le hubiera gustado detenerse para observar con calma los detalles de una columna, desenrollar un papiro cuyo título había despertado su interés, admirar los trazos de una pintura en la que los colores le recordaban los templos de Tebas, aunque sus figuras hablaran de historias que él no conocía. Pero aquel día Herófilo tenía prisa.

—Ya hemos llegado —dijo, y nos hizo entrar en una sala pequeña con dos grandes mesas, una frente a la otra, colocadas delante de una ventana que daba al jardín—. Como ya sabéis, estoy trabajando para modificar unas normas injustas que os prohíben estudiar en la Escuela de Medicina. Debo convencer a los demás y me temo que esto va a llevar algún tiempo. Algún día seréis oficialmente mis discípulos, pero mientras tanto, he encontrado la forma de que podáis continuar viniendo al Museo sin que nadie proteste. Trabajaréis en esta sala.

Manetho y yo nos miramos. Los dos compartimos la misma desilusión.

—¿Eso significa que ya no podremos asistir a tus sesiones de estudio en compañía de tus discípulos? —preguntó Manetho.

—No, no —respondió Herófilo alzando la mano para tranquilizar a Manetho—. Aquélla es mi propia sala y puedo recibir allí a quien me plazca. Pero, por ahora, no voy a poder llevaros a estudiar las plantas, tampoco podréis asistir a las disecciones, ni a ninguna actividad pública que se produzca en el recinto de la Escuela de Medicina.

—¿Y cómo vamos a aprender? —pregunté yo desanimada.

—Siempre que me sea posible, os llevaré conmigo cuando vaya a ver a algún enfermo. Durante esas visitas observaréis qué hago y luego os explicaré el porqué. Y cuando deba ocuparme de los otros discípulos, vosotros trabajaréis aquí, aprendiendo de los textos que os voy a mandar copiar.

—¿Copiaremos tus tratados, maestro? —inquirió Manetho visiblemente ilusionado.

—Los míos y los de otros médicos, algunos de ellos procedentes de Tebas y Menfis, otros de lugares tan lejanos como la India. Casi cada día recibiréis algún papiro. El rey Ptolomeo quiere reunir en esta biblioteca todo el saber del mundo conocido y para ello ha ordenado copiar todos los papiros que llegan a Alejandría. Vosotros os encargaréis de copiar aquellos que traten sobre cuestiones médicas, ya sea descripción de enfermedades, tratamientos o cirugía, cualquier cosa que tenga interés para quienes quieran aprender y practicar el arte de la Medicina.

—¿Y cómo sabe el rey qué papiros llegan de otros lugares? —pregunté.

—No lo sabe. Simplemente hace registrar todos los barcos que atracan en el puerto de Alejandría. Los soldados traen aquí todos los papiros que encuentran y Demetrio de Falero, el director de la biblioteca, decide cuáles tienen interés y deben ser copiados.

—Entonces, ¿copiaremos papiros robados?

—No, no —me respondió Herófilo con una sonrisa—, todos los papiros se devuelven a sus propietarios una vez se ha finalizado su copia. Por eso es importante copiarlos con destreza y rapidez. Creo que vosotros lo podréis hacer bien. También estoy convencido de que este trabajo como copistas os ayudará a saciar algo esa sed de conocimientos que veo en los dos y que no quisiera que perdierais por culpa de unas normas absurdas que, por ser diferentes de quienes las han creado, os niegan el derecho que otros tienen por el simple hecho de haber nacido hombres griegos.

—Maestro, ¿qué debemos copiar hoy? —preguntó Manetho deseoso de ponerse ya a trabajar.

—¡Ah! Sí, sí..., se me olvidaba. Tú, Manetho, me han dicho que puedes leer e interpretar la lengua en la que escribían tus antepasados en la antigüedad. Quizá puedas traducir al griego este texto antiguo hallado en Tebas y se lo dictas a Irene. Creo que habla de varios remedios utilizados por el médico de algún faraón. Necesito saber qué dice.

Herófilo se fue y nos dejó solos. Observé que Manetho estaba contento con la propuesta de su maestro y yo, aunque mi preferencia era poder unirme al resto de los discípulos, también me alegré de que Herófilo hubiera encontrado una solución que me permitiera seguir aprendiendo. Tomé el cálamo y un papiro en blanco y empecé a escribir las palabras que me dictaba Manetho:

El opio es un producto importado de Chipre. No sólo puede utilizarse como narcótico para producir alucinaciones, también puede usarse en medicina. Por ejemplo, para curar eccemas en la piel mezclaremos semillas de opio, aceite de oliva y la piel quemada de un hipopótamo.

El papiro era un conjunto de recetas médicas en las que abundaban las destinadas a la protección de los ojos contra el sol, el viento y las arenas del desierto. Hablaba de sustancias como la galena, un mineral de plomo de color negro que, molido, se mezclaba con agua o grasa y se aplicaba encima de los ojos con bastones de diferentes materiales con el fin de curar las oftalmías y de protegerlos. Me sorprendió que el maquillaje para los ojos se utilizara en Egipto como una forma de prevenir enfermedades. El papiro hablaba de las propiedades antideslumbrantes del maquillaje y lo definía como repelente de las moscas del desierto cuya picadura causaba en poco tiempo la ceguera, y también como una forma de evitar que entrara el polvo a los ojos y todo tipo de enfermedades que pudieran irritarlos.

A aquel primer papiro que tuve que copiar le siguieron otros, entre ellos los escritos de Herófilo que hablaban del corazón y del cerebro. Me interesó en especial un texto en el que Herófilo describía los órganos que sólo se encuentran en el cuerpo de la mujer y explicaba sus funciones.

Manetho, a quien apenas había escuchado hablar cuando estábamos en compañía de los otros discípulos de Herófilo, resultó ser un joven locuaz que derrochaba optimismo. Me dijo que ansiaba convertirse en el primer médico egipcio formado según los criterios de la Medicina griega, que él consideraba más avanzada que la egipcia, aunque también estaba convencido de que la que practicaron sus antepasados podía aportar informaciones que los griegos no conocían. Me comentó que su padre era médico y que estaba aprendiendo de él todo el legado de prácticas que se había conservado desde la época en que Egipto fue un gran reino, mucho antes de que se asentara la decadencia en aquellas tierras invadidas y saqueadas durante tanto tiempo por los persas y otros pueblos.

Manetho hablaba deprisa y, cuanto más entusiasmo sentía por lo que estaba diciendo, más movía las manos. Su greña rebelde de cabello negro y lacio amenazaba siempre con caerle sobre los ojos. Él la apartaba de continuo y yo me preguntaba por qué no se la cortaba para estar más cómodo. Gracias a Manetho, a su charla amena y distendida, fui aprendiendo más cosas sobre Alejandría y quienes la habitaban. Supe que la ciudad que yo conocía, aquella poblada por griegos cultos llegados del Ática,

de Macedonia y del Peloponeso era únicamente una parte del gran conjunto variopinto de personas que se agrupaban en los distintos barrios según su procedencia. Griegos, egipcios, judíos y otros pueblos como los fenicios o los nubios vivían en barrios separados, donde se retiraban al llegar la noche. Sólo durante el día se mezclaban en el ágora, los mercados y el puerto. Dejaban en esos lugares la esencia de sus culturas, las riquezas venidas de lejos y los talentos de artesanos y comerciantes heredados de sus ancestros. Todos ellos contribuían, al igual que los sabios del Museo, a que Alejandría fuera dejando en un segundo lugar a ciudades mucho más antiguas y con un pasado glorioso, bañadas por el mismo mar que contemplábamos desde la ventana de la biblioteca.

Manetho me comentó que Egipto había aceptado sin protestar el dominio por parte de los que venían de fuera, pero que la separación de los dos pueblos existía, y la situación de desventaja que él había vivido en la Escuela de Medicina se repetía en todas las profesiones importantes. No había ningún egipcio ocupando un cargo de alto funcionario ni controlando el poder cultural y económico de la ciudad. Alejandría era, ante todo, una ciudad griega, aunque el rey respetara las costumbres y los cultos de todos sus habitantes. Manetho no se conformaba con eso.

—El rey Ptolomeo Sóter es un hombre hábil. Nos mantiene separados pero ha sabido crear la ilusión de dos pueblos unidos gracias a Serapis.

—¿Quién es Serapis? —pregunté, pues nunca había oído ese nombre.

—Dicen que el rey soñó que existía un dios cerca del santuario de Apis, en Menfis; allí donde estaban enterrados los toros sagrados de los antiguos faraones, y mandó ir a buscarlo. Dio la casualidad —comentó Manetho con ironía— de que sus hombres efectivamente encontraron la figura de un dios que nadie había visto antes ni sabía de su existencia, y que encarnaba a la vez la fuerza de Apis, los misterios de Osiris y el poder de Zeus. El rey Ptolomeo mandó construir un templo en su honor aquí, en Alejandría. Y está promoviendo el culto a Serapis como si se tratara del dios más importante de esta ciudad.

—Tú no crees que la historia del hallazgo del nuevo dios sea cierta, ¿verdad? —pregunté intrigada por el tono de Manetho.

—No. Para mí, y para muchos egipcios de Alejandría, Osiris es el dios más importante. Y en las calles elegantes donde viven los judíos el único dios al que se honra es Yahvé, el mismo que trajeron con ellos cuando llegaron a Egipto forzados a abandonar Jerusalén y Palestina ante la amenaza de la invasión persa.

—Y, a pesar de haber traído un nuevo dios a Alejandría, ¿el rey permite que cada grupo adore a sus propios dioses?

—Ptolomeo Sóter es un gobernante peculiar en muchos sentidos.

—¿Por qué?

—No busca el enfrentamiento entre nosotros, ni el dominio por la fuerza. Parece que le interesa más comprender a los pueblos que desde mucho antes de su llegada habitaban estas tierras, así puede continuar mandando sobre Egipto y mantener la

paz.

Enrollé el papiro que acababa de escribir y miré a Manetho.

—Pero antes me has dicho que sólo los griegos ocupan posiciones importantes en Alejandría..., que sólo cuentan ellos.

—Sí, pero aunque el rey ha traído todo lo griego a Egipto, he oído decir que también le gusta conocer otros cultos y otras formas de organización, aprender de ellos.

—No entiendo lo que quieres decir. A ti no te permiten estudiar aquí por ser egipcio, a pesar de que gracias a tu padre sabes cosas que otros discípulos de Herófilo y Erasítrato ignoran.

—Esto va a cambiar, Irene. Herófilo tiene razón. El rey también se interesa por otros pueblos. Me ha llegado el rumor de que en el Museo hay un hombre, Hecateo de Abdera, al que el rey le ha pedido escribir un tratado sobre los judíos. Y Manetón, un amigo de mi padre, también egipcio como nosotros, nos ha comentado que le han encargado que escriba sobre la política de los antiguos faraones.

Nuestra conversación quedó interrumpida por la llegada de Herófilo. Con una cierta urgencia, nos dijo que debíamos salir para ir a visitar a unos enfermos con él. Estaba cumpliendo así su promesa de permitir que lo acompañáramos aunque eso supusiera enemistarse todavía más con Erasítrato, quien consideraba que eran sus discípulos oficiales los únicos que deberían acompañarlo. Pero Herófilo, rebelde y seguro de que iba a conseguir modificar unas normas que él sabía injustas, le había dicho que estaríamos fuera de la Escuela de Medicina y por tanto allí no procedía ninguna de las prohibiciones que, de momento, regían en el recinto.

En compañía de Herófilo y Manetho atravesé por primera vez los barrios pobres de la ciudad. Allí se hacinaban casas pequeñas y poco ventiladas, muy similares a las que había visto cerca del puerto de El Pireo al abandonar Atenas. El olor, sin embargo, era distinto. Más fuerte, más desagradable.

—Es el agua estancada del lago Mareotis —comentó Herófilo al ver mi expresión—. El viento trae su pestilencia hasta aquí. Me han dicho que hace días que huele así. Es mala señal.

Entramos en una de las casas. Era un espacio humilde habitado por una familia egipcia. Un hombre y una mujer jóvenes nos recibieron con ojos llorosos y a la vez esperanzados. Estaban orando ante la estatua de un dios que yo no conocía. Manetho me explicó después que era una representación del dios Osiris. Se trataba de una figura con multitud de minúsculos agujeros donde los granos de trigo allí depositados germinarían en su momento. Representaba el tranquilizador símbolo de la vida eterna.

La única habitación de la casa estaba casi a oscuras. En un jergón yacía un niño que debía tener unos once años. Estaba pálido y sudoroso. Temblaba. Al principio

sólo oímos el rechinar de sus dientes. El lugar olía a vómito. Herófilo tomó el pulso del niño y lo midió con la pequeña clepsidra que llevaba siempre consigo. También comprobó que la frente le ardía por la fiebre.

—Hace días que le duele mucho la cabeza —comentó la madre con preocupación. El niño abrió los ojos y nos miró.

—Tengo mucho frío —se quejó, a pesar del calor sofocante que nos había recibido al entrar.

Herófilo nos miró y movió la cabeza en un leve gesto de negación. La madre, quien había seguido su mirada, se puso a llorar. Ya no hubo necesidad de explicarles a los padres qué le ocurría a su hijo. Ellos lo habían comprendido sin palabras.

—Es el agua estancada que queda en el lago cuando hace mucho calor. Siempre ocurre así —nos dijo al salir de la casa—. Me temo que lo que hoy vais a aprender no es la parte más gratificante de nuestro trabajo, pero sí una realidad a la que os vais a tener que enfrentar muchas veces en el futuro. Como me ha ocurrido a mí —añadió con tristeza.

Visitamos dos casas más y en ellas encontramos a personas con los mismos síntomas. Herófilo tuvo que limitarse a decirles a los familiares que le dieran agua al enfermo y que cerraran las ventanas por la noche pues era el aire que venía del lago el que traía la enfermedad.

—No sé cuántos morirán esta vez —nos dijo Herófilo abatido cuando terminamos las visitas—. Sé que la enfermedad viene del lago, sospecho que el aire la trae hasta aquí, pero no puedo curarla. La he visto descrita en varios de los papiros que dejaron los antiguos médicos de estas tierras. Ellos tampoco sabían cómo combatirla.

El camino de regreso lo hicimos en silencio. Yo no dejaba de pensar en los ojos de aquel niño que pronto iba a morir sin que nosotros fuéramos capaces de hacer nada. Me acordé de mi madre, de mis hermanos, de Dafne. Ese día volví a experimentar la impotencia; había visto de cerca los estragos de una enfermedad letal cuyas causas intuíamos pero de la que no conocíamos lo suficiente para enfrentarnos a ella. Manetho y yo nos buscamos con la mirada para darnos ánimos cuando Herófilo nos recordó que tendríamos que aprender a aceptar nuestras limitaciones. Añadió luego que para intentar superarlas era importante que nunca dejáramos de estudiar, de observar, de pensar sobre lo que íbamos descubriendo. Así lo hacía él.

Cuando Hippias vino a recogerme, agradecí que me sacara de la sala de estudio. Después de nuestra visita a la ciudad, apenas había conseguido avanzar en la copia del papiro en el que estaba trabajando. Por primera vez sentí que, por mucho que pudiera llegar a conocer, nunca sería suficiente, nunca lo llegaría a saber todo. ¿Quería realmente ser médico y que la vida de los otros dependiera de si yo había llegado a comprender su dolencia y saber cómo tratarla? Volvió una vez más el recuerdo de Dafne, a la que no había podido ayudar, pensaba yo, debido a mi falta de

pericia. Aquella mañana en Alejandría comprendí por qué muchos médicos preferían dejar en manos de los dioses o de la magia la suerte de algún enfermo; eso les aligeraba el ánimo y les evitaba tener que aceptar la propia ignorancia.

Ocupada en esos pensamientos llegué a casa de Herófilo sin apenas darme cuenta de mis pasos. Hippias se extrañó de que no me detuviese antes de entrar, como había tomado por costumbre, para asegurarme de que no estaba el carro de Filocles. Sólo quería llegar a casa, encerrarme en mi habitación e intentar dormir un poco para dejar de pensar. Fue una imprudencia por mi parte pues, cuando ya estaba demasiado cerca de la puerta de entrada como para retroceder, ésta se abrió y apareció Filocles. Me sonrió, burlón, y se paró frente a mí para cerrarme el paso. Intenté esquivarlo pero él me impedía moverme sin rozarlo. Y entonces su mano me agarró un pecho. Quise gritar, pero el miedo paralizó mi garganta. Intenté correr en dirección opuesta a la puerta de entrada. No pude. Hippias vino a ayudarme pero Filocles lo apartó de un empujón y se alejó. Lanzó una carcajada cuyo sonido iba a tardar mucho tiempo en olvidarse.

—Tenemos que hablar —me dijo Caledonia muy seria tan pronto oyó que entraba en casa.

Yo quería irme de allí, quitarme la túnica que Filocles había mancillado con su mano, tomar un baño caliente que me ayudara a ahuyentar el dolor, el asco y el miedo que su contacto me había provocado. No tenía el ánimo para una nueva confianza con Caledonia. No habíamos tenido ocasión de volver a hablar a solas desde el día en que me contó su historia, pero yo había perdido el interés por conocer más sobre un pasado que pensaba que ella debería haber compartido con Herófilo y no conmigo. Sentía nacer en mí una irritación, un malestar, un odio que surgía de dentro y que hizo que me volviera con rabia hacia ella.

—Ese hombre..., ¡ese hombre me ha tocado, y la culpa es tuya! —le grité y corrí a mi habitación.

—Irene, Irene, ¿qué te pasa, mi niña? ¿Qué ha ocurrido? —Iba diciendo mientras corría detrás de mí.

Tardé mucho tiempo en tranquilizarme y ella supo esperar en silencio, sentada en una esquina de mi cama. Cuando al fin conseguí hablar, le expliqué lo que me había hecho Filocles. Noté que se enfurecía, que la rabia incendiaba sus mejillas y le hacía apretar los puños. Estuvo a punto de decir algo, pero no lo hizo. Sólo me abrazó, me pidió que me calmara y me meció como lo hubiera hecho una madre con su hija. Estuvimos así mucho rato. Cuando me hube serenado un poco me dijo que pronto las cosas iban a cambiar, que todo tenía una solución y que ella ya la había encontrado.

—No, no es verdad. No todo tiene solución. Metieron a mi padre injustamente en la cárcel y nadie puede sacarlo de allí, y la guerra se ha llevado al hombre al que amaba... No, no todo tiene solución —dije casi gritando.

Ella esperó con paciencia a que terminara de desahogarme.

—Y hoy he ido con Herófilo a ver a un niño que se estaba muriendo y no hemos

podido hacer nada por salvarlo. Después hemos visto a otros enfermos y tampoco hemos podido curarlos. Todos padecían del mismo mal, y el aire traía una pestilencia que lo inundaba todo. No todo tiene solución —repetí mirando a Caledonia con una aspereza que sentía nueva en mí.

Caledonia siguió hablando con serenidad y consiguió cambiar el curso de nuestra conversación.

—La enfermedad que viene del lago... —dijo—. Fue lo primero que me explicó Herófilo al poco tiempo de conocernos. Ya entonces le preocupaba. Me dijo que Hipócrates ya la describió en su tiempo como el portador invisible de la muerte. Herófilo imaginaba que un animal del lago era el portador, pero no sabía cuál. Todavía no lo sabe.

—¿Y por eso no les dio ninguna medicina a los enfermos? —pregunté sorprendida por aquella información.

—Ahora ya no lo intenta, sabe que es inútil. Pero antes sí que lo hacía. El día que conocí a Herófilo había venido a preguntar a Yamir si sabía de algún remedio que pudiera curar esa enfermedad.

—¿Cuando vivías en la isla de Kos?

—Sí. Herófilo estaba a punto de terminar sus estudios y era uno de los discípulos más avanzados de Praxágoras. Solía venir a menudo a comprar hierbas medicinales, y escuchaba con atención las explicaciones de Yamir sobre los distintos remedios, las formas de combinarlos y las dosis que se debían utilizar. Ella lo tenía en gran estima. Yo nunca lo había visto pues permanecía escondida, como me había dicho que hiciera cuando venía alguien. Siempre tuve el temor de que Filocles pudiera encontrarme.

Al oír aquel nombre, la rabia me dominó de nuevo. Caledonia me acarició la mano. Ella tenía aquel día una serenidad misteriosa. Habían desaparecido todas las huellas de miedo e inquietud que reflejaba su mirada la tarde en que me relató su historia. Había en su gesto una determinación nueva cuyo origen estaba yo todavía muy lejos de entender.

—El día en que conocí a Herófilo no me había podido esconder porque estaba recogiendo un poco de tomillo por los alrededores y no lo vi llegar. Cuando, pensando que no había nadie de fuera, entré en la casa, lo encontré charlando con Yamir. Ella me presentó como su hija. A partir de aquel día, Herófilo vino con mucha frecuencia a visitarnos. Y en cada una de sus visitas, yo percibía en la emoción de su mirada y en el calor de sus abrazos que me estaba empezando a querer tanto como yo a él.

Caledonia evocó sus primeros días en compañía de Herófilo, la gran atracción que sintieron desde el principio, las muchas tardes que dedicó a explicarle lo que había ido aprendiendo de Yamir acerca de las propiedades de las plantas. Él, por su parte, compartía lo que iba descubriendo sobre el funcionamiento del cuerpo humano y su desánimo por no haber logrado respuesta para muchas de sus preguntas.

Pasaron los días y Caledonia dejó que Herófilo continuara creyendo que Yamir

era su madre, fue aplazando el momento de explicarle su verdadera historia.

—Y ¿por qué no le dijiste nada? —pregunté, porque continuaba sin entender el temor de Caledonia a hablar con Herófilo de sus orígenes.

—Temía que mi condición de hija de esclava me desmereciera a los ojos de un hombre como él. Lo amaba tanto que la mera posibilidad de que dejara de quererme al conocer mi verdadera identidad hacía que desistiera de mi propósito cada vez que me decidía a explicarle mi historia.

—Pero él te amaba también. No veo cuál era el problema —dije, convencida de que yo en su lugar habría confiado en Herófilo.

—Nada de lo que él conocía sobre mí era cierto. Ni siquiera mi nombre. Caledonia es el nombre griego que me puso Yamir cuando nos llevó a su casa a mi madre y a mí. El cambio de nombre era una manera de protegerme. Tuve miedo, Irene. El miedo nos lleva muchas veces a cometer errores que luego son muy difíciles de corregir.

Así que pasó un verano y dos inviernos hasta que un día, sentados a la sombra de la misma higuera alrededor de la cual se decía que Hipócrates enseñó a sus discípulos, Herófilo le anunció que se iba a Alejandría. Deseaba que lo acompañara y le pidió que fuera su esposa. Herófilo se saltaba así las normas establecidas, por las que era su familia quien debía pactar su matrimonio. Caledonia aceptó ilusionada la propuesta. Dejó el secreto de su pasado en el abrazo largo e intenso con el que se despidió de Yamir para siempre la mañana en que se embarcó rumbo a Alejandría. Se había convertido en la mujer que realmente sentía que era, la única en la que se reconocía.

En Alejandría, Herófilo prosperó con rapidez. Pronto empezó a destacar como un hombre que conocía su oficio y que a la vez era humilde, pues la fama que iba alcanzando no le impedía ocuparse de los enfermos que residían en los barrios más pobres. Otros médicos griegos se limitaban a tratar a la población de su mismo origen. El nombre de Herófilo y su buen hacer no tardó mucho en llegar a los oídos del rey Ptolomeo, quien le hizo acudir al palacio y le explicó personalmente su idea de crear un gran centro donde reunir a sabios procedentes de cualquier lugar del mundo. Quería ofrecerles la oportunidad de seguir estudiando, pensaba crear para ellos unas dependencias anexas al palacio donde podrían trabajar, y hermosas casas donde residir para siempre, si ése era su deseo.

El objetivo del rey era que la joven ciudad de Alejandría brillara como lo había hecho Atenas en el pasado ya lejano. Pero aspiraba a más; pensaba traer no sólo la sabiduría que había crecido en la orilla occidental del Mediterráneo, sino también la de los pueblos que se encontraban en la otra orilla, en las tierras de oriente que el gran Alejandro había conquistado para Macedonia, y mucho más allá. El rey Ptolomeo había elegido a Herófilo como uno de los hombres que le ayudarían a cumplir su sueño. En sus manos había dejado el futuro del estudio sobre la salud y la enfermedad.

Caledonia me explicó que ya en Alejandría había perdido el miedo de que Filocles pudiera encontrarla. Ya no temía salir a la calle, segura de que su belleza foránea no iba a destacar entre la multitud de caras y portes exóticos que poblaban unas calles donde todos los ciudadanos del cosmos parecían haber encontrado un lugar. Tanto fue así que cuando Herófilo admitió a sus primeros discípulos, Caledonia quiso convertirse en uno de ellos.

Al igual que me había ocurrido a mí, las leyes no escritas del palacio de las Musas convirtieron su presencia, conspicua entre todos aquellos hombres, en un ataque a la tradición y al decoro. Muchas voces se alzaron en su contra, se comentó su atrevimiento en los círculos selectos de la sociedad alejandrina poblada por griegos cuyas mujeres no podían concebir una vida fuera del hogar. Caledonia y su belleza singular se convirtieron en la curiosidad del momento. Ella se transformó en el personaje público que no deseaba ser y en la mujer única, diferente y sola que terminó por abandonar el Museo y seguir aprendiendo con Herófilo en la intimidad de su hogar. Él, enfurecido por la situación, intentó convencerla para que no dejara de asistir a la Escuela de Medicina a pesar de las habladurías, pero ella prefirió el aislamiento de su casa a la notoriedad no buscada, en la que quizá pudiera gestarse el peligro de que algún día Filocles llegara a saber dónde se hallaba.

—He vivido los últimos años contenta con mi suerte —añadió Caledonia al finalizar su relato—. Ocupo mi tiempo en el diseño y cuidado del jardín. Cultivo plantas cuyas propiedades ya conocía y otras que he ido descubriendo gracias a los papiros cuya lectura comparto con Herófilo.

Comprendí que los dos esposos estaban muy unidos; se buscaban como amantes, como amigos y confidentes, y también como lo harían dos personas que comparten conocimientos e intereses sobre un tema que les apasiona. Pero en aquel círculo perfecto que parecía protegerlos de la infelicidad había quedado un espacio por completar, aquel que debía haber llenado una confianza que nunca llegó a producirse y que ahora Filocles amenazaba con dar a conocer. Entendí el alcance de su venganza contra Caledonia, la joven que hacía tantos años se había escapado de sus manos y no llegó a convertirse en el juguete caro que él tanto ansiaba tener. El hombre había cumplido con su amenaza de no parar de buscar a Caledonia hasta encontrarla.

Esa tarde, Caledonia no se atrevió a contarme la magnitud de los planes que Filocles había trazado y hasta qué punto yo estaba comprometida en su consecución.

—¡No pienso hacerlo! —exclamé aterrorizada al escuchar la propuesta.

Miré a Caledonia de nuevo. Me había asustado descubrir la dureza de sus palabras, la voluntad férrea que las sustentaba. Ya no había rastro en ella de la inquietud vivida durante los días anteriores. Yo no entendía cómo era posible que el miedo pudiera cambiar tanto a una persona. Mi padre siempre me decía que nadie tiene derecho a decidir sobre la vida de los demás, y Caledonia acababa de hacerlo. El azar había vuelto a jugar conmigo al llevarme hasta allí y ponerme bajo la tutela de alguien que había perdido el juicio.

—Irene —dijo serena—, me temo que no tenemos otra solución.

—¿Y por qué no hablas con Herófilo? ¿Por qué no le explicas lo que le has escondido durante todos estos años? —la increpé furiosa.

—No creo que eso pueda ayudarnos ahora.

Me preguntaba por qué hablaba de nosotras cuando lo sucedido sólo la implicaba a ella. Era ella quien debía poner fin al chantaje de Filocles, estaba segura de que debería haber otras maneras de solucionarlo. Caledonia había elegido la opción más difícil, la más inmundada. Había decidido hacer algo que yo no hubiera sido nunca capaz de imaginar. Y no sólo eso; me había escogido a mí para llevarla a cabo.

—¿Y crees que matar a Filocles nos va a ayudar? —le grité—. Esto no es una guerra, Caledonia.

—No es una guerra de ejércitos y soldados..., pero se le parece mucho —respondió con tristeza.

Entonces me explicó qué había ocurrido durante la última visita de Filocles, cuando se atrevió a tocarme y se alejó riendo.

—Sabe quién eres, cómo te llamas. Te ha mandado seguir desde que te vio entrar aquí por primera vez. Te quiere para él y, si yo le ayudo a conseguirte, no volverá a esta casa nunca más. Tú eres la forma de pagar su silencio y mi tranquilidad.

La rabia me hacía temblar. No me parecía justo que yo tuviera que pagar por sus errores.

—Y tú, tú estás dispuesta a acceder a su petición..., igual que has aceptado recibirlo en tu casa, y así has permitido que sus amenazas oscurecieran tu vida. ¡Y que haya llegado a saber quién soy yo! —dije en tono acusatorio.

—La cuestión ahora no es lo que hice, Irene. Ni siquiera necesita de verdad mi ayuda. Ese hombre no está dispuesto a arriesgarse a que te escapes como ocurrió conmigo.

Cuando por fin entendí la gravedad del asunto, cerré los ojos durante unos instantes. Al abrirlos de nuevo, el rostro de Caledonia y los objetos de la sala estaban borrosos. Sólo podía distinguir un punto de luz amarillento que entraba por la ventana.

—Te has quedado muy pálida, mi niña —dijo Caledonia pasándome la mano por

la frente—. Échate un momento en el suelo y pronto pasará.

La obedecí y me tumbé sobre el mármol frío. Poco a poco mi mirada fue recobrando su nitidez. Cuando me levanté, Caledonia me tomó las manos.

—Irene, Filocles regenta el prostíbulo más importante de Éfeso. Es un lugar famoso por la belleza y la juventud de sus mujeres, por lo atrevido de sus servicios y por la originalidad y el despilfarro de las numerosas fiestas que organiza para obsequiar a sus clientes.

—Y quiere que yo sea una de esas mujeres, y venderme luego en el mercado de esclavos cuando ya no sea tan joven. Ésos son sus planes, ¿verdad? —grité sin poder evitar las lágrimas.

Caledonia asintió.

—¿Entiendes ahora por qué sólo hay una forma de evitar que Filocles consiga lo que quiere?

—¡Yo no quiero matar a nadie, no quiero hacerlo! —exclamé alzando de nuevo la voz entre sollozos—. Me iré de Alejandría. Ayúdame a irme de aquí. Me escaparé como hiciste tú. Puedo salir esta misma noche, ir a...

—No puedes. Filocles nos está vigilando, sabe que intentarás escapar. Me ha dicho que dentro de dos días vendrá a buscarte. Tienes que hacer lo que te pido, es la única solución posible, créeme.

Caledonia había trazado su plan durante la última visita de Filocles, mientras aparentaba ante él una aprobación que no sentía en absoluto por su propuesta. Él creyó que Caledonia aceptaba aliviada entregarme a mí a cambio de librarse de su chantaje continuado, y que me llevaría ante él engañada. Antes de que yo regresara aquella tarde, Caledonia ya había decidido el veneno que pensaba utilizar y la forma en que, entre las dos, íbamos a conseguir que Filocles cayera en la trampa.

—No puedo hacer lo que me pides, Caledonia. He de escaparme —insistí.

—Irene, por favor, no intentes irte. Es peligroso, te encontrará. Prométeme que no huirás. Sólo te pido que pienses en mi plan una vez más. Todavía hay tiempo.

Esa noche no conseguí que me llegara el sueño. Se hizo de día y yo continuaba debatiéndome entre el miedo y la desesperación ante el futuro que Filocles pretendía imponerme y el horror y el rechazo que me provocaba la propuesta de Caledonia.

Cuando a la mañana siguiente llegué a la biblioteca, mi pensamiento estaba muy lejos de allí. Aquel día me recibió Demetrio de Falero, el director de la biblioteca. Traía nuevos papiros para que Manetho y yo los copiáramos y se sentó un rato a charlar con nosotros. El gran bibliotecario era un hombre afable y sencillo a pesar de la dignidad de su cargo. Era ya mayor, casi un anciano, el brillo de sus ojos grises denotaba un espíritu vivo, curioso y todavía alegre. Lejos habían quedado para él los años en que, como máximo representante de la clase política ateniense, luchó por devolver el antiguo prestigio cultural a la ciudad que se encontraba agotada por las

guerras. Yo sabía por mi padre que, durante su mandato, Demetrio de Falero no cesó de reformar leyes, ni de preocuparse por mejorar la economía. Un esfuerzo que los ciudadanos de Atenas, encabezados por el otro Demetrio, el conquistador, pronto olvidaron, pues decidieron expulsarlo con tanta pasión como antaño lo habían aclamado.

Manetho me había expresado varias veces su admiración por el gran bibliotecario, al que deseaba conocer. Sabía que el rey Ptolomeo recibió a Demetrio de Falero en Alejandría con los honores de un príncipe y que éste aceptó ilusionado el encargo de construir un lugar donde crear, guardar y proteger el conocimiento. Gran seguidor de las enseñanzas de Aristóteles, su antiguo maestro, Ptolomeo había depositado en Demetrio de Falero su plena confianza de que trabajaría para dar preferencia a la memoria del saber. Tanto Demetrio de Falero como el rey sabían que las investigaciones de sus contemporáneos en Egipto y fuera de allí no conseguirían ningún avance si no eran cotejadas con la experiencia de los antiguos maestros.

Desde que empezamos a copiar papiros en la biblioteca, Manetho y yo habíamos esperado tener la oportunidad de hablar con uno de los dos artífices de aquel recinto. Pero esa mañana yo no estaba en condiciones de aprovechar el encuentro con aquel hombre sabio al que tanto había ansiado conocer, y apenas pude concentrarme en las explicaciones con las que saciaba la ávida curiosidad de Manetho. Permanecía callada, con el pensamiento cautivo a consecuencia de la propuesta de Caledonia. Sentía ya la nostalgia por un futuro que no iba a poder ser, veía que mis días en aquel lugar en donde me encontraba a gusto y tanto aprendía pronto iban a llegar a su fin. Me esperaba algo peor que la muerte.

Fue el propio Demetrio de Falero quien consiguió que regresara a aquella sala.

—Me han comentado que eres la hija de Kleón, de Atenas —me dijo con una sonrisa—. Yo conocí a tu padre cuando viví allí. Es un gran hombre.

Ni siquiera fui capaz de forzar una sonrisa.

—He sabido de su condena injusta y eso me entristece —añadió Demetrio captando mi malestar—, pero me temo que poco podemos hacer desde aquí. Quienes mandan ahora en Atenas no son hombres con los que se pueda dialogar.

—Le pedí ayuda al rey Ptolomeo para sacar a mi padre de la cárcel —atiné a decir.

Él negó con la cabeza.

—Lamento desengañarte, pero no creo que el rey, a pesar de su poder, pueda hacer nada. No aceptarán ninguna petición que venga de Alejandría. Los conozco bien. Lo que sí puedo decirte es que no matarán a tu padre. Ya lo habrían hecho si ésas fueran sus intenciones.

—¿Y qué van a hacer con él?

—Lo mantendrán allí hasta que se sientan seguros de su propio poder, hasta que hayan conseguido que todos los que no piensan como ellos estén en la cárcel o hayan emprendido el camino del exilio. O hasta que el poder cambie de manos. —Me

sonrió con una sonrisa triste, cansada—. Creo que le hará muy feliz saber que estás aquí. Cuando salga de la cárcel también él tendrá un lugar entre nosotros.

Las palabras del gran bibliotecario se fueron abriendo paso entre mis otras preocupaciones. Me invadió una nueva inquietud al pensar en qué le ocurriría a mi padre cuando descubriera que me había convertido en la posesión de un proxeneta. Estaba segura de que no iba a poder soportar ver que su hija se encontraba ya más allá de cualquier posibilidad de volver a la vida que él siempre había querido ofrecerle. Pero esas cavilaciones no me impedían imaginar también el sufrimiento que le iba a causar a mi padre el saber que yo había sido capaz de matar a alguien. Por muchas vueltas que diera a las opciones que tenía, sólo conseguía aumentar mi convencimiento de que, cualquiera que fuera la decisión, lo único que podía esperar era el dolor, la vergüenza y la muerte.

Volvió a llegar la noche, y las horas pasaron muy despacio hasta que se hizo de nuevo de día. Tuve tiempo de pensar demasiado, de añorar más que nunca a Linos, de perder la esperanza de su reencuentro, de empezar a llorar su muerte. Quise levantarme, pero la frente me ardía y no tuve más remedio que quedarme en la cama. Caledonia se ocupó de mí y me administró una infusión de belladona que me permitió dormir durante varias horas. Cuando desperté, me encontraba descansada y la fiebre había desaparecido. Caledonia estaba sentada de nuevo en la esquina de mi cama y me miraba con aire de preocupación.

—Irene, siento mucho todo lo que está ocurriendo. Yo soy la única responsable. He decidido hablar con Herófilo, contarle lo que está ocurriendo y por qué. Quizá él pueda ofrecernos otra manera de librarnos de Filocles.

Me sorprendió su cambio de opinión.

—No te entiendo. Me dijiste que aunque Herófilo supiera lo ocurrido yo continuaba en peligro, que no iba a cambiar nada.

—Sí, así es. Filocles acabará encontrándote, pero quizá Herófilo pueda hallar una manera de esconderte. Y yo, al menos..., no me sentiría tan culpable por todo.

Caledonia volvía a mostrar el rostro angustiado de los primeros días. La duda también se había apoderado de ella. Parecía abatida, perdida en la búsqueda de una solución pero sin la menor esperanza de encontrarla. Me di cuenta de que había llorado y supe que de verdad se preocupaba por mí, que no ignoraba el dolor que me estaba causando. Medía su impotencia para ayudarme y debatía en voz alta los argumentos que ya había utilizado antes para que aceptara colaborar en sus planes.

—Sé que Filocles ha hecho daño a mucha gente, que seguirá haciendo daño. Sé que por su culpa, a lo largo de los años son muchas las chicas de su prostíbulo que han muerto. Sé que no cambiará nunca y también que tiene el poder para hacer siempre lo que le plazca. Sé que muchos se alegrarían de su muerte. Sé que te perseguirá, Irene, hasta que te encuentre. Pero, a pesar de saber todo eso, me he dado

cuenta de que no puedo pedirte que me ayudes a matarlo. El problema es que no se me ocurre nada más.

—Lo haré —me escuché decir mientras me preguntaba de dónde había salido aquella voz que no reconocía como mía.

Caledonia me puso la mano en la frente, como si quisiera comprobar que no era un nuevo acceso de fiebre el que me hacía hablar de aquella forma.

—Lo haré —volví a decir con voz clara.

Intentaba aparentar una seguridad que no sentía pero que necesitaba para poder convencerme de que, si aceptaba el plan de Caledonia, no sólo iba a salvarme a mí misma sino también a otras jóvenes a las que Filocles iba a seguir reclutando.

—Dime qué tengo que hacer —insistí.

Caledonia me levantó la barbilla y me forzó a que la mirara. La vi debatirse en la duda, atormentada por la atrocidad del crimen al que me empujaba. Quería convencerse de que yo estaba segura de la decisión que acababa de tomar. Le sostuve la mirada mientras intentaba guardar muy adentro de mí el horror que sentía. Me esforcé en no interrumpir su reflexión silenciosa con las muchas preguntas que me asaltaban. Al cabo de un rato pareció recobrar de nuevo la serenidad y me pidió que la acompañara.

—Salgamos al jardín, Irene. Te explicaré cuál es mi plan —dijo Caledonia levantándose de la cama.

Yo la seguí.

Llegamos a una zona sombreada que no conocía. Allí las plantas parecían crecer de forma libre, aunque Caledonia me comentó que ella se ocupaba de instruir al jardinero sobre cómo mantener la humedad del suelo y cuándo era el mejor momento de podarlas. Entre todas aquellas plantas destacaba una formada por altas y majestuosas espigas con flores colgantes agrupadas en racimo y que miraban hacia abajo. Tenían un color entre el rojo y el violeta. Caledonia me la señaló y miró a su alrededor para asegurarse de que estábamos solas.

—Yamir me enseñó a usar esta planta para cicatrizar las heridas. Fue ella también quien nos explicó a Herófilo y a mí que la digital ayuda a regular los latidos del corazón, siempre y cuando se administre en dosis pequeñas. Aquí en Egipto se ha utilizado desde tiempos muy antiguos. Sabemos que tomar una cantidad superior a la necesaria la convierte en veneno y ocasiona la muerte.

Escuchaba a Caledonia sin acabar de creerme que ella y yo estuviéramos en aquel jardín planeando la muerte de un hombre. Había oído decir que el uso de venenos era una forma bastante frecuente de deshacerse de alguien molesto, aunque nunca me hubiera imaginado que yo llegaría a ponerla en práctica. No pude evitar preguntarle qué íbamos a hacer con Filocles una vez hubiera muerto. Quise saber cómo lo íbamos a sacar de allí y si Hipias y Thais iban a ayudarnos.

—Ellos no saben nada —respondió Caledonia—, ni deben saberlo. Además, Filocles no morirá aquí. Después de tomar el veneno se encontrará mal y

seguramente querrá irse a su casa. Lo más probable es que consiga llegar hasta allí, o quizá muera por el camino. En todo caso, nadie sabrá lo que hemos hecho.

Tragué saliva. Caledonia había recobrado por completo la serenidad. Parecía muy segura del éxito de su plan. Miré de nuevo la planta de apariencia tan inofensiva con sus bellas flores mirando hacia el suelo.

—¿Cómo vas a administrarle el veneno que sacarás de ahí? —pregunté apartándome instintivamente de la planta, al tiempo que el sudor me humedecía el rostro, bajaba por la espalda y llegaba a los brazos y a las manos.

—Le he dicho a Filocles que venga mañana por la tarde. Tú y yo estaremos ya en la sala tomando una infusión de menta. A él le ofreceremos una hecha con hojas de esta planta y un poco de menta. De ti depende que no note la diferencia entre su bebida y la nuestra.

—¿De mí? ¿Qué... qué debo hacer?

—Lo primero aparentar sorpresa y miedo cuando él llegue, pues tú no sabes que yo espero su visita. Entonces intentarás salir de la sala de manera atropellada. Yo te lo impediré, te diré que Filocles es un amigo y que podemos charlar un rato y tomar algo los tres.

—¿Y lo segundo? —pregunté, mientras pensaba que no sería necesario aparentar un sentimiento que me dominaba y que tener a Filocles cerca no haría más que acrecentar.

—Lo segundo lo prepararemos antes. Hemos de conseguir que Filocles sólo tenga ojos para ti. Has de vestirte y perfumarte de forma que enciendas su deseo.

Al día siguiente Caledonia me llevó a su habitación y se ocupó de vestirme como convenía a nuestro plan. Descubrí allí túnicas de tonos rojos, naranja, amarillo, violeta; colores intensos que yo no llevaba nunca. Caledonia las ponía encima de la cama para que me las fuera probando. Después sacó de una caja minúscula unos pendientes de oro adornados con piedras de lapislázuli.

—Toma. Póntelos. Son hermosos, pero lo suficientemente sencillos como para que parezca natural que los lleves aun estando en casa. Ahora hay que buscar el quitón adecuado.

Caledonia me maquilló; me puso polvos de malaquita en la parte inferior de los párpados y polvos negros de khol para oscurecerme las pestañas y los párpados superiores. Cuando estuve lista, me dejó su espejo de bronce. Me sorprendió encontrar el rostro de una mujer hermosa allí reflejado; yo nunca me había visto así. Me fijé en el nuevo perfil de mis ojos, que habían alcanzado un mayor tamaño e intensidad gracias al maquillaje elaborado y a la vez discreto que Caledonia había sabido aplicarme. Resaltaban, inquietos y asustados, en la palidez natural de mi rostro que ella había decidido no alterar. Me había dicho que era necesario resaltar mi belleza, pero también mi juventud, pues ésa era la combinación que Filocles buscaba.

De camino hacia la sala, me sabía bella como nunca lo había estado antes. Habría disfrutado de ese momento de no ser por la misión a la que debía enfrentarme. Eso lo cambiaba todo. Me encontraba incómoda envuelta en el hermoso quitón de seda, tan fina que me hacía sentir como si estuviera desnuda. La túnica, de un hermoso color azul intenso, dejaba gran parte de mi espalda al descubierto y Caledonia me la había ajustado a la cintura con una banda dorada y ancha, adornada con pequeñas piedras de cristal de roca. El cinturón hacía que la tela cayera con gracia, a pesar de la ligereza del tejido. Completaba mi atuendo un brazalete también de oro y lapislázuli, que rompía la desnudez de mi brazo izquierdo. El aroma intenso del perfume con cuyo aceite Caledonia había mandado que me ungieran después del baño anunciaba de forma excesivamente conspicua mi presencia.

—No debemos olvidar —me había dicho Caledonia— que estás en casa y no has de vestirte como si fueras a salir a la calle. Por eso no le vamos a hacer nada a tu pelo. Lo dejaremos así, recogido para que caiga hacia la derecha. Hemos de evitar que cubra la atractiva desnudez de tu hombro joven y bien formado.

Recuerdo aquel día como uno de los más difíciles de mi vida. Me sentía al mismo tiempo víctima y culpable de una situación tan extraña que podía confundirse con un mal sueño. Las dudas no me abandonaban, pero estaba decidida a seguir adelante. Había comprendido que era mi vida la que estaba en juego. Envuelta en ropas que no eran mías ni hubiese querido que lo fueran, me sentía como si aquella joven que se sentaba a esperar la llegada de Filocles fuera otra persona. Observé cómo Caledonia preparaba los vasos, servía nuestras infusiones y ponía encima de la mesa el recipiente de barro que contenía la infusión preparada para Filocles. Momentos después Thais anunció su llegada.

A Filocles lo precedió el aroma de un perfume denso. La mezcla de flores que se habían usado para su fabricación no lograba ocultar su olor a sudor rancio y el hedor que salía de su boca cuando hablaba. Estábamos sentados frente a frente, separados por la mesa baja donde estaban las infusiones, pero yo lo sentía muy cerca. Intenté sentarme más hacia atrás, ladear la cabeza, evitar en lo posible respirar su aliento. Me sentía mareada. Él seguía mis movimientos con atención. Los ojos pequeños y hundidos en la abultada redondez de su cara estaban tan fijos en mí que por un momento imaginé que podrían salir de sus órbitas y atacarme con su viscosidad. En la comisura de sus labios delgados se acumulaba una saliva blanquecina. Sentí asco y bajé la mirada hasta llegar a sus manos. Reposaban en su regazo como dos bultos rojizos, varios anillos de oro y grandes gemas estrangulaban sus dedos. El sudor grasiento de sus manos había dejado ya varias marcas en la túnica escarlata que llevaba puesta. Me levanté y le dije a Caledonia que me iba y los dejaba solos.

Mientras Caledonia, llevándome cerca de la ventana, fingía convencerme de que me quedara con ellos, pude sentir la avidez repulsiva de los ojos de Filocles; se

detenían en cada uno de los detalles de mi cuerpo, que mi situación al trasluz y la transparencia de mis ropas revelaban en su totalidad. Volví a sentarme y me mantuve en silencio. Momentos después sentí el pie desnudo de Filocles en mi pierna. Me levanté de un salto; él rió. Todavía hoy puedo escuchar aquella risa animal, todavía me asusta su recuerdo. Caledonia me indicó con un gesto que volviera a sentarme. Lo hice. Nunca me había sentido sucia hasta aquel día y la humillación hizo crecer en mí la rabia. Caledonia tenía razón; Filocles sólo sabía hacer daño y la única forma de evitarlo era que dejara de existir. Mientras estaba allí esperando a que Caledonia lo invitara a tomar la infusión destinada a matarlo, me sentí segura de que era necesario hacerlo.

La mirada de Filocles continuaba fija en mí, como si con ella me encerrara en su cárcel particular para siempre. Vi que sacaba la lengua un par de veces y la movía como si con ella pretendiera poseerme. Yo estaba muy asustada, pero mucho menos de lo que había imaginado unas horas antes. Al odio y el asco que sentía se unió el sorprendente descubrimiento de lo fácil que resultaba desviar la atención de un hombre tan peligroso y dirigirla a mi antojo. Ni siquiera era necesario hablar. Mi cuerpo y sus adornos lo eran todo en aquellos momentos, nada más importaba. Él estaba allí como el cazador que observa a su presa anticipando el momento de gloria en que conseguirá hacerla suya.

Todo estaba saliendo como habíamos planeado. La mirada hambrienta de Filocles se detenía con insistencia en mis hombros desnudos, en la curva del pecho, en la parte de las piernas que el quitón dejaba al descubierto. Yo seguía todos los movimientos de Caledonia y evitaba mirarlo a él a los ojos. Filocles respondió con un sí distraído cuando ella le preguntó si le apetecía beber una infusión como la nuestra. Le llenó el vaso y se lo dio. No le temblaban las manos; me sorprendió su aplomo.

Las dos cruzamos una mirada rápida que Filocles no fue capaz de percibir, pero que me causó un estremecimiento que no conseguí disimular. Un sudor frío me recorrió la espalda, empecé a temblar. Filocles sonrió complacido y me miró con renovada insistencia. Una expresión extraña se formó en su boca. Su mirada me quemaba y al mismo tiempo me agredía con un frío intenso que me obligó a cruzar los brazos sobre el pecho, como si así pudiera protegerme. Filocles lanzó una nueva risotada y, sin dejar de mirarme, cogió el vaso y lo tuvo unos instantes atrapado entre sus dedos enjoyados. Tenía la cabeza un poco inclinada hacia adelante y pude comprobar el esmero con el que se había peinado para cubrir su calvicie. El sudor que siempre lo acompañaba había dejado el pelo ralo pegado a su cráneo rosado. Por alguna razón, aquella cabeza levemente inclinada disipó por unos momentos el miedo y el odio.

Cuando lo miré a los ojos ya no fui capaz de ver en ellos la impudicia que los dominaba sino la mirada de un hombre satisfecho y confiado que pronto iba a morir. En ese instante, breve y decisivo, toda la seguridad que había sentido momentos antes desapareció por completo. Cayeron al vacío mis temores sobre el futuro, mis

propósitos de cumplir la promesa hecha a Caledonia, mi convencimiento de que, salvándome yo, libraría también a otras mujeres de las acciones de aquel indeseable. Todos los argumentos que me dictaba la razón para justificar lo que estaba a punto de ocurrir, cedieron ante un impulso que no fui capaz de contener cuando vi que Filocles se acercaba el vaso a la boca.

—¡No bebas! —grité—. Hay veneno.

No tuve tiempo de ver la reacción de Caledonia, pues salí corriendo de aquella sala y de la casa. En mí huida sólo pude oír el chasquido de una bofetada y el grito de dolor de Caledonia, los insultos que profería Filocles y la furia de sus pisadas detrás de mí.

Ya en la calle giré hacia la derecha, en la dirección opuesta al palacio del rey Ptolomeo. Buscaba llegar a las calles más pobladas de la ciudad donde podría quizá esconderme entre la multitud. Él me seguía a muy corta distancia y me ordenaba a gritos que me detuviera. Intenté correr más rápido, crucé una calle y tomé una dirección que no sabía adónde me llevaba. Llegué hasta el mercado y corrí entre las gentes que, sorprendidas ante nuestra carrera, se limitaban a apartarse. Filocles apenas podía ya gritar con claridad debido al esfuerzo. Lanzaba órdenes incomprensibles que, por suerte para mí, nadie podía obedecer. En uno de los giros que di en aquel dédalo de callejas repletas de gente y de mercancías, sentí detrás de mí el sonido de algo que caía al suelo con estruendo y la voz airada de un comerciante que insultaba a Filocles. A pesar de eso, él no dejó de correr. Continuaba su persecución y la distancia entre él y yo amenazaba con acortarse.

Llegamos a una calle solitaria. Filocles había dejado ya de gritar, pero seguía corriendo sin que yo consiguiera aumentar la distancia que nos separaba. Yo era joven y ligera pero él era un hombre alto y fuerte a pesar de su obesidad. Creo que no cejó en su intento porque me sabía tan próxima, tan al alcance de su mano que no reparaba en el cansancio. Se encontraba ya tan cerca de mí que podía escuchar sus jadeos. Yo buscaba en vano un sitio donde esconderme, pero no existía entre nosotros la suficiente distancia para despistar a Filocles. Intenté correr más deprisa. Percibí el olor del mar cercano, oí incluso el ruido familiar de las olas. Me asustaron los latidos de mi corazón, cada vez más acelerados a causa de la carrera y el miedo. Entonces descubrí que el mar se abría paso entre las últimas construcciones del puerto y corrí en aquella dirección, era la única que podía tomar si no quería volver atrás. El primer edificio con el que me topé parecía vacío; muchos bultos informes, grandes bloques de piedra abandonados y algunas barcas cubrían la zona arenosa que llevaba hasta el mar. Los esquivé como pude y continué corriendo con la intención de llegar al siguiente edificio. A mi derecha me pareció ver que trirremes y barcas de pescadores compartían el espacio de costa que rodeaba al cercano islote de Faro. Comprendí, aterrada, que me había equivocado pues no había allí nadie a quien pudiera pedir ayuda.

Filocles estaba ya demasiado cerca, tanto que llegó hasta mí el olor intenso y

desagradable que desprendía su cuerpo, el aire que exhalaba en sus jadeos me quemó la nuca y su mano rozó mi hombro para agarrarme. Pero enseguida la sentí resbalar por mi costado. El sonido de un golpe seco en el suelo permitió que de mi garganta saliera finalmente el grito largo y agudo que se me había quedado atrapado desde que empezó la persecución. Me puse a correr de nuevo. Tardé todavía unos instantes en darme cuenta de que Filocles ya no me seguía. Me giré y vi que yacía en el suelo. Entonces me escondí detrás de uno de los bloques de piedra y lo observé desde allí. No se movía. Busqué una piedra pequeña y la lancé hacia donde estaba. La piedra le rozó un pie; no se movió. Tiré otra piedra. Esta vez le dio en el costado; tampoco se movió. Volví a esconderme sin saber qué hacer. La luz del sol anunciaba ya un atardecer cercano. Debía huir de allí, aprovechar que Filocles parecía demasiado agotado para seguirme. Pero no me atrevía a salir de mi escondite.

Cuando me asomé de nuevo, descubrí la silueta de un hombre que se había arrodillado a su lado.

—Ya puedes salir —me dijo el desconocido—. El hombre que te perseguía está muerto.

No sé cuánto tiempo tardé en calmarme. Temblaba bajo el himatión que aquel desconocido me había puesto sobre los hombros. No podía dejar de mirar a Filocles en el suelo; temía que se levantara y volviera a perseguirme. Quise echar de nuevo a correr, pero el hombre me tomó del brazo con suavidad.

—No puedes volver a tu casa en ese estado, debes descansar un poco. No te preocupes, él ya no puede hacerte ningún daño. Ante mi mirada incrédula, se apartó del cuerpo de Filocles.

—Compruébalo tú misma si quieres.

El hombre parecía muy seguro, yo no sabía si podía fiarme de sus palabras. Quería asegurarme de que Filocles estaba muerto, pero el miedo me lo impedía. Me acerqué despacio, el desconocido seguía mis movimientos con un gesto entre curioso y divertido. Me arrodillé junto a Filocles y, sin atreverme a mirarle la cara, le tomé la mano como tantas veces había visto hacer a Herófilo con sus enfermos. Palpé el lugar donde él me había enseñado a buscar los latidos del corazón y no percibí ningún movimiento. Asustada, solté la mano como si pudiera hacerme daño, me puse en pie y me volví hacia el desconocido. Él me observaba con interés.

—Tienes razón, está muerto. —El miedo reducía mi voz a un susurro afónico.

—¿Quién eres? ¿Por qué te perseguía?

Aquel hombre tenía los ojos más bellos que había visto nunca. Destacaban, amables y azules, en el rostro moreno que casi escondía una barba espesa y bien cuidada del color de la paja húmeda.

No contesté porque me di cuenta del efecto que debía causarle la transparencia de mis ropas que apenas había conseguido cubrir con el himatión, las joyas que lucía, el maquillaje que me enmascaraba. Descubrí su mirada persiguiendo mi túnica y me gustó que lo hiciera. El miedo se disipó cuando nuestros ojos se encontraron; me sorprendió la belleza de su rostro. Pero enseguida regresó la inquietud.

—¿Qué pasará con él ahora? Habrá que sacarlo de aquí. Yo..., yo no quería matarlo —dije con un tono muy agudo.

—Cálmate —respondió él poniéndome las manos sobre los hombros; sus manos olían a mar y a algo más que no supe descifrar—. Tú no has matado a nadie, he visto lo que ocurría.

Me aparté de él.

—Pero cuando encuentren el cadáver y sepan quién es ese hombre... Mucha gente lo ha visto correr detrás de mí. Vendrán a buscarme.

—No te preocupes más por él, lo dejaremos aquí. El lujo de sus ropas atraerá enseguida a algún ladronzuelo, quien no dudará en robarle todo lo que lleva puesto y tirar su cuerpo al mar. Pero en el caso de que lo abandonara aquí, medio desnudo, alguien lo recogerá mañana cuando empiecen a llegar los hombres. No será el primer muerto anónimo que se encuentran en esta zona.

Le escuchaba sin esconder mi sorpresa, no entendía cómo podía estar tan tranquilo.

—Aquí atracan las barcas que llevan cada día a quienes trabajan en la construcción de la torre de luz. Acarrean piedras muy pesadas y otros materiales, y algunos no pueden aguantar las largas horas de trabajo, especialmente cuando hace mucho calor. Mueren y nadie se preocupa por saber quiénes son antes de lanzarlos al mar.

—Debo irme —dije, y me puse a caminar en dirección a las casas que estaban más cerca de la playa.

—Te acompañaré a tu casa, pero es mejor que tomemos otro camino para ir a la ciudad. A estas horas, las calles por donde seguramente has pasado para llegar hasta aquí empiezan a ser peligrosas.

Nos pusimos a andar en silencio. Él me miraba intrigado. Su mirada me envolvía, me atraía hacia su cuerpo. Cuando me sorprendí deseando que me abrazara, bajé la cabeza e intenté recobrar la calma. Mis pies se hundían en la arena húmeda.

—Disculpa un momento —dijo—, no puedo irme sin echar una última mirada a la torre de luz. Éste es el sitio desde donde se ve mejor. Vengo todos los días a contemplarla. Es lo que estaba haciendo cuando te he oído gritar.

Levanté la cabeza y miré hacia el mar. El islote de Faro parecía flotar más alejado de nosotros que antes. El sol había teñido de rojo los inmensos muros blancos que se estaban construyendo allí. Él echó a andar hacia la orilla y yo lo seguí. Hubiera preferido que continuáramos nuestro camino pero no osé decírselo.

—Mira esas murallas, serán como las que los habitantes de estas tierras construyeron hace tanto tiempo para los templos dedicados a Amón o a Isis.

Lo que menos me importaba a mí en aquellos momentos eran las murallas, por hermosas que fueran; sólo quería regresar a casa y que él me acompañara. Pero tampoco quería que el bello desconocido dejara de hablar; su voz me atrapaba.

—¿Por qué quieren construir una torre de luz tan grande? —pregunté para disimular mi perplejidad.

—El rey Ptolomeo desea que se vea desde muy lejos. Pero será una torre hermosa, con muros lo bastante altos como para abrir en ellos grandes ventanales y una entrada monumental con un pórtico. Imagínate, la torre de luz será el único relieve del delta, y desde allí podrán verse todas las calles de Alejandría. Bueno, de hecho pueden verse ya. Y si ahora pusiéramos una hoguera permanente sobre lo que ya está construido, los barcos podrían ver su luz a una distancia de dos días de navegación. Y...

—Entonces, ¿para qué quieren hacer la torre todavía más alta? —le interrumpí perdida en mi desconcierto: quería que él terminara pronto lo que tenía que decir para irnos de allí y al mismo tiempo no dejaba de hacerle preguntas.

Cada vez más confusa, no esperé a que me contestara, me di la vuelta y me puse a andar en dirección a la ciudad. Tenía prisa por perder de vista el cuerpo de Filocles,

que todavía podíamos distinguir desde donde estábamos, por regresar a casa y contarle a Caledonia lo ocurrido. Él ya no me retuvo, pero siguió hablando mientras caminaba a mi lado.

—Es el símbolo del poder de Alejandría, de la importancia de este lugar donde los mercaderes de las ciudades griegas pueden encontrar trigo y los productos del valle del Nilo, los perfumes y los tesoros de la región de la antigua Nubia y otros lugares más al sur. Y el natrón.

—El natrón, ¿la sal que se utiliza para embalsamar los cuerpos de los muertos? — Me oí decir, mientras andábamos a paso muy rápido.

Empezaba a interesarme por las explicaciones de un hombre al que acababa de conocer, la cadencia de su voz parecía tener la capacidad de devolverme la calma.

—Sí, es muy escasa y las regiones que la poseen tienen asegurada la riqueza. Y también la codicia de las flotas mercantes.

Por él supe que la torre de luz que tanto admiraba tendría una segunda torre cuadrada encima de la que ya se estaba terminando y que se pretendía poner una tercera en la cima, más esbelta y de forma redondeada. Como ya me había comentado Herófilo, el fuego iba a ser alimentado sin cesar por carros repletos de combustible. Parecía que aquella construcción era el tema de conversación preferido de todos los habitantes de la ciudad. Al igual que a mí, les impresionaba el anuncio de que desde su parte más alta no podría verse el romper de las olas, pero sí un horizonte muy lejano en el mar, hasta las costas de Creta.

—Y Creta está muy lejos de aquí —aseguró él. Y me miró. Sus ojos tenían la belleza azul del mar Egeo.

No le dije que sabía muy bien lo lejos que estaba Creta de Alejandría. Me inquietaba la proximidad de la noche. Sabía que Caledonia estaría preocupada por mí.

—La entrada estará flanqueada por dos grandes esculturas, las del rey y la reina. Habrá también bellas estatuas entre la primera y la segunda torre y coronando la última. El rey Ptolomeo quiere que los distintos dioses estén representados, pero también desea que se recuerde la fundación de Alejandría y la historia de esta tierra antes de su llegada.

Irradiaba un entusiasmo casi infantil y no parecía tener prisa por continuar nuestro camino. Yo observaba la forma en que se movían sus brazos, sus hombros anchos, su torso joven y fuerte. Él miraba hacia el mar. Su cabello, ondulado y del color de la miel, enmarcaba el perfil de un rostro de nariz recta. Sus manos eran grandes, de dedos largos. Por unos instantes las imaginé en mi cuerpo, me pregunté cómo serían sus caricias. Me sobresalté, pero él parecía que se había olvidado por completo de que yo estaba allí. De pronto tuve frío. Me apreté el himatión para protegerme del aire.

—Disculpa, te estoy aburriendo con mi charla. Vengo aquí todas las tardes a esta hora, cuando no hay nadie. Disfruto imaginando esa obra terminada, pero sobre todo pienso en cómo serán las estatuas que la adornarán. Después, cuando estoy en mi

casa, las dibujo.

Yo sentía el frío cada vez con más intensidad. Él se dio cuenta y tomamos el camino que nos alejaba del mar. Cuando supo que vivía en una de las casas que estaban alrededor del palacio del rey Ptolomeo me miró con extrañeza, pero no me hizo ninguna pregunta. Agradecí que ya no pareciera interesarse por saber quién era y, sobre todo, qué hacía vestida de aquella forma y perseguida por un hombre como Filocles. Hicimos el resto del camino sin decirnos nada, pero nos miramos varias veces y sus ojos me enviaron mensajes que no necesitaban palabras.

Fue poco antes de llegar a casa de Herófilo cuando vimos a Hippias, que venía en su carro a buscarme.

—Por fin la encuentro. ¿Cómo está? ¿Le ha ocurrido algo? —dijo mirando con recelo al hombre—. La señora Caledonia está muy preocupada.

—Estoy bien —respondí.

Azorada, me quité el himatión y se lo devolví a mi acompañante. Él lo recogió de mis manos sin dejar de mirarme.

—Gracias —conseguí balbucear antes de darme la vuelta y dejar que Hippias me ayudara a subir al carro.

El grito de alegría y el abrazo largo y emocionado que me dio Caledonia al verme entrar en casa, y la intensa conversación que mantuvimos hasta que llegó Herófilo no consiguieron que me olvidara de la mirada del hombre de la playa. A la mañana siguiente Herófilo, quien durante los días anteriores nos había estado hablando a Manetho y a mí de la estructura y el funcionamiento del cerebro, nos reunió de nuevo para explicarnos cómo se producían las sensaciones en el cuerpo y los movimientos voluntarios.

—Pero nos dijiste que el pulso es un movimiento involuntario del cuerpo —le interrumpió Manetho.

Por el gesto rápido con el que se apartó el mechón que le caía sobre la frente, supe que estaba interesado por aquella novedad.

—Así es, al igual que la respiración y la digestión.

—¿La respiración? —Se atrevió a cuestionar Manetho—. Aristóteles dice que la respiración...

Manetho me miró. Ya empezaba a conocer esa mirada. Me decía que estaba contento por tener la oportunidad de conversar con Herófilo. Me pareció que también me preguntaba por qué permanecía tan callada.

—Aristóteles da un papel demasiado central al corazón y a las arterias —añadió Herófilo dando respuesta a la pregunta que iba a hacerle Manetho.

—Entonces, ¿qué ocurre cuando respiramos? —insistió Manetho.

Me gustaba su capacidad para encadenar preguntas, su interés incansable.

—Ocurre que los pulmones tienen una tendencia natural a dilatarse y contraerse.

Es decir que, como ya os comenté el otro día, los nervios y los músculos se utilizan en los movimientos voluntarios, y las arterias son el vehículo para las pulsaciones involuntarias. Pero de forma muy distinta e independiente de todos esos movimientos, están los naturales e involuntarios de los pulmones.

Ese día me resultó imposible concentrarme. Estaba furiosa conmigo misma por no ser capaz de aprovechar aquella sesión con Herófilo y ellos dos me miraban extrañados por mi silencio.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó Manetho en voz baja.

Incapaz de dar una explicación aceptable, fingí un dolor de cabeza e intenté desocupar mi mente y traerla de nuevo al lugar donde me había encontrado tan a gusto desde el primer día. No lo conseguí. Sólo pensaba en el rostro del hombre que me había ayudado la tarde anterior, en sus manos elocuentes y bellas, en el calor que desprendía su cuerpo, en la mirada cargada de promesas con la que me dijo adiós. Tampoco pude evitar sentirme algo estúpida por ocuparme en esos pensamientos, poco digna de ser la discípula de un hombre tan sabio como Herófilo. De nuevo mi cuerpo estaba en un lugar y mi cabeza en otro. Esperaba ser capaz algún día de aprender a controlar mis pensamientos; algo que me parecía que tanto Herófilo como Manetho podían hacer sin ninguna dificultad.

Cuando después de la sesión de estudio salí con Herófilo y Manetho para visitar a un enfermo, las calles de Alejandría se convirtieron en el lugar idóneo para alimentar la esperanza de que, entre todas aquellas caras anónimas, iba a encontrarme con la del hombre a quien había conocido el día anterior. La visión de un joven con el cabello brillante, ensortijado y del color de la miel provocó que mi corazón empezara a latir más deprisa. Pero cuando se volvió no vi en él nada que me recordara el rostro de dientes blancos y sonrisa confiada, ni los ojos claros del hombre en el que no podía dejar de pensar. Manetho siguió la dirección de mi mirada hasta detenerse en el joven que, en aquel momento, pasó por nuestro lado y nos observó con curiosidad. Imagino que se preguntaría por qué lo estábamos mirando con tanto interés.

Llegamos a la casa de un ciudadano rico que había solicitado que Herófilo lo atendiera personalmente. Recostado en un diván, y cubiertas sus abundantes carnes con ropas de un profuso color púrpura, el enfermo nos miraba asustado desde sus ojos pequeños y hundidos en una cara redonda, hinchada. Sentí un escalofrío al verlo. Su rostro me recordaba al de Filocles. Herófilo le hizo algunas preguntas sobre qué hacía y qué comía y escuchó sus respuestas con atención. Manetho y yo intercambiamos una mirada, y Herófilo confirmó nuestras sospechas de que los síntomas que tenía el hombre le venían con toda probabilidad de la ingestión desmesurada de una gran cantidad de alimentos que consumía diariamente desde hacía muchos años. Después nos llamó a Manetho y a mí y nos instruyó en la manera de preparar una bebida medicinal para aliviar las náuseas y el insomnio que sufría el

hombre. Consistía en hervir el fruto de la chebula madura con casia, canela y raíz de mandrágora. Herófilo le dio el brebaje al enfermo y le dijo que no tomara nada durante medio día a fin de que la medicina pudiera surtir efecto. Antes de irnos le aconsejó la dieta que debía seguir de forma habitual aunque, por la expresión que observé en su rostro, dudaba mucho que estuviera dispuesto a hacerle caso.

Durante el camino de regreso al Museo, Herófilo nos fue explicando la importancia que tienen para la salud los alimentos que comemos y en qué cantidad lo hacemos, y se refirió una vez más a la necesidad de consumir cebada todos los días; estaba convencido de que ése era el cereal más beneficioso para la salud.

—El hombre que acabamos de visitar morirá pronto si no adelgaza. La sangre circula por sus venas y sus arterias con dificultad y puede que, por eso, su corazón no funcione bien.

—¿Cómo se sabe que el corazón no funciona bien, maestro, por el pulso? —preguntó Manetho.

—Sí, aunque el pulso nos indica también otras dolencias que no tienen nada que ver con el corazón. Ese hombre respiraba de manera irregular y tenía la cara excesivamente colorada, como si la sangre tuviera dificultad para circular libremente por su cuerpo.

El comentario de Herófilo me llevó de nuevo a pensar en Filocles y en el eco ronco de sus jadeos mientras me perseguía. Por primera vez en toda la mañana tuve algo que decir.

—En esas condiciones, ¿un esfuerzo continuado podría matarlo?

Herófilo me miró satisfecho.

—Muy bien, Irene. Veo que vas aprendiendo. La respuesta es que sí, la obesidad dificulta la circulación de la sangre, y si no llega sangre al corazón, éste no funciona bien. Si ese hombre se pusiera ahora a arar un campo, a correr o a manejar una lanza, su corazón dejaría de funcionar al poco rato de mantener ese esfuerzo de forma continuada.

Mis dudas sobre qué le había ocurrido a Filocles se disiparon y la opresión que me había acompañado durante las últimas horas empezó a ceder. Sentí un alivio inmenso cuando imaginé dónde estaría yo en aquellos momentos en el caso de que Filocles no hubiera sido un hombre tan obeso. Sonreí ampliamente a Herófilo y a Manetho. Me había olvidado por unos instantes de la única persona que había visto morir a Filocles.

Cuando regresamos al Museo, Herófilo nos indicó qué papiros debíamos copiar y salió al encuentro de Erasítrato y sus discípulos. Ninguno de ellos nos dirigió la palabra pero todos nos miraron con el gesto de superioridad y desprecio al que ya empezábamos a acostumbrarnos. Cuando Manetho y yo nos quedamos solos, me decidí a hacer la pregunta que guardaba desde el día en que Herófilo me animó a que lo acompañara al Museo todas las mañanas.

—Manetho —dije levantando la vista del papiro que me disponía a copiar—, ¿por qué nos ayuda Herófilo?

—Porque puede hacerlo. Al fin y al cabo, él es la máxima autoridad aquí. De no ser por él, no existiría la Escuela de Medicina.

—Sí, es cierto, pero sería más cómodo para él seguir las normas. Ni los otros sabios ni sus discípulos estarán nunca de acuerdo.

—Puede, pero Herófilo está por encima de todo eso. Además sabe que cuenta con el consentimiento del rey, quien lo admira desde que, cuando aún era un estudiante en Kos, salvó a un personaje importante de la corte por el que el rey sentía un gran afecto. Ninguno de los médicos de Kos, incluido el propio Praxímedes, el maestro de Herófilo, había podido hacer nada por él.

Me enorgulleció aquel suceso. Caledonia no me lo había contado, pero comprendí que hacía ya muchos años que Herófilo se había ganado el prestigio del que disfrutaba.

—Creo que a mí me está ayudando porque mi padre es médico —continuó Manetho—. Sabe que me ha instruido bien y tanto él como el propio rey tienen interés por conocer lo que mis antepasados llegaron a aprender, lo que dejaron escrito y lo que se ha ido transmitiendo de padres a hijos a través de las generaciones. Su sueño es que la Medicina griega incluya también los logros de la egipcia, y de las que vienen de la India y de la China.

—Ya, pero eso ya lo hizo Hipócrates en su tiempo, ¿no?

—Sí, pero Herófilo sabe que todavía hay muchas cosas que no se conocen. Por eso le interesa descifrar el contenido de los papiros que dejaron escritos los médicos de los faraones.

—Pero esos papiros se han perdido. Tú mismo me dijiste el otro día que se enterraban junto a los médicos que los escribieron.

—No todos, algunos se han conservado.

Los dos habíamos dejado ya de escribir y, a pesar de lo avanzado de la mañana y del trabajo que todavía teníamos pendiente, continuamos con nuestra charla.

—Entiendo que te ayude a ti, pero ¿por qué me ayuda a mí?

—Porque eres la hija de su prima, porque tu padre y él son grandes amigos, porque sabe que te interesa lo que hacemos aquí, porque lo ayudaste cuando tuvo que ocuparse de curar a muchos enfermos en Creta... Bueno, quizá Agnódice también

tenga algo que ver con su decisión de ayudarte.

—¿Agnódice? ¿Quién es Agnódice?

Manetho sabía muchas cosas que yo ignoraba y conocía todo tipo de historias de la ciudad y de sus habitantes, ya fueran griegos, egipcios, judíos o nubios. Me recliné en la silla y me dispuse a escucharlo con la misma atención con la que un niño espera a que le cuenten un cuento.

—Hace muchos años, cuando Herófilo era todavía un hombre joven pero su fama ya empezaba a ser conocida, viajó a Atenas para reclutar a nuevos discípulos. Entre los discípulos que aceptó a su cargo se hallaba Agnódice, una mujer que se había disfrazado de hombre para poder aprender y ejercer la medicina. Para cuando Herófilo descubrió su engaño, Agnódice ya le había demostrado que podía ser un buen médico, y fue él mismo quien le sugirió que mantuviera su disfraz. En un par de años Agnódice se convirtió en el médico preferido de las mujeres nobles de Atenas. Su éxito creó malestar entre los médicos de la ciudad, quienes veían su clientela disminuir día tras día. Entonces buscaron la manera de arruinar su prestigio. Convencidos de que Agnódice era un hombre, aseguraron que mantenía relaciones sexuales con las esposas de los prohombres de Atenas. Así lograron que terminara en la cárcel y se sometiera a un juicio. Para defender su honor, ella se desnudó ante los miembros del tribunal para que todos vieran que era una mujer. Pero lo único que consiguió fue que la condenaran a muerte.

—Por ser mujer.

—Por las leyes de Atenas. Las mujeres tenían prohibido ejercer la medicina. Los médicos varones pretendían incluso ocuparse de atender los partos, algo que siempre habían hecho las mujeres.

—Y mataron a Agnódice. —Sentía cómo la rabia me subía a la garganta.

—No, no la mataron. Herófilo nunca habla de esto pero he oído decir que fueron las mujeres de Atenas, aquéllas a quienes Agnódice había ayudado, quienes la salvaron. Entre ellas estaban las esposas de quienes la habían juzgado. Se concentraron a las puertas del tribunal y exigieron que la absolvieran. Cuentan que las mujeres amenazaron con quitarse la vida si no dejaban libre a Agnódice.

—¿Y qué ocurrió?

—Dicen que al final el tribunal cedió a la presión de las ciudadanas amotinadas, a las que se había unido la mayor parte de las mujeres de Atenas. Liberaron a Agnódice.

—¿Y pudo continuar ejerciendo la medicina?

—Parece ser que sí, incluso se comenta que las leyes de Atenas se han adaptado a la nueva situación y ya no se persigue a las mujeres médico. Pero no sé qué hay de cierto en todo eso. En cualquier caso, muchos ciudadanos atenienses no aceptan esa situación.

—¿Y tú crees que él me ayuda también por eso?

—En parte, sí. Herófilo y el rey quieren que en Alejandría todo sea diferente. Me

atrevo a pensar que también es porque ambos están casados con mujeres inteligentes que no pueden acceder a los espacios públicos de estudio y desearían hacerlo.

Quizá Manetho tuviera razón. Me extrañaba que ni Caledonia ni Herófilo ni mi padre me hubieran contado nunca la historia de Agnódice.

Al salir del Museo para regresar a casa, el recuerdo del hombre bello y misterioso regresó de nuevo. Veía su frente despejada, sus manos amplias y expresivas. Escuchaba su voz como si fuera una caricia. No sabía su nombre, ni quién era, dónde vivía o qué hacía. Pensé en ir al mercado con Semele, buscarlo en el ágora, en los edificios oficiales, en el puerto... ¡Había dicho que iba todas las tardes al lugar donde me encontró! Una idea insensata cruzó mi mente: debía volver a la playa. Enseguida la descarté; no podía arriesgarme a dejarme ver de nuevo en un lugar tan poco apropiado para una mujer sola. Y en el caso de que lo encontrara, me preocupaba qué pensaría al verme llegar en su búsqueda. Tampoco podía pedirle a Semele que me acompañara. Quizá podría hablarlo con Caledonia, pero desistí al imaginar su reacción. Lo más probable es que se alarmara y me dijera que no debía volver nunca al lugar donde murió Filocles, ya que sería fácil relacionar a alguien como yo, completamente ajena a aquel lugar, con el hombre de ropajes elegantes que habían encontrado muerto aquella misma mañana. Yo sabía que tendría razón, pero preferí ignorarlo.

Cuando llegué a casa inventé una excusa para no quedarme a charlar con Caledonia y me refugié en mi habitación. Me tumbé en la cama. Deseaba a aquel joven tanto como había deseado a Linos. Pero estaba segura de que no había dejado de amar a Linos. No era capaz de explicarme mis propios sentimientos.

La luz todavía brillante de una tarde de sol y calor entraba por la ventana. Recorrí con la mirada aquella habitación en la que me había sentido segura y acogida desde el primer día en la casa. Mis ojos se posaron en la mesa de tres patas, en los cojines verdes y amarillos esparcidos por el suelo, en la lámpara de aceite, en el arcón... El arcón hizo que me incorporara de golpe y me sentara en la cama, expectante, animada por una idea que empezaba a perfilarse. Enseguida me levanté, fui hasta el arcón, abrí la tapa y empecé a sacar con cuidado la ropa que allí guardaba. Una pequeña montaña con mis quitones, himationes y cinturones se fue formando a mi lado. En el fondo del arcón estaban los dos objetos que había depositado allí el día de mi llegada: el hatillo que contenía mis recuerdos de infancia y el paquete que me había entregado Exome para que se lo diera a su hijo. Lo tomé con cuidado; mi plan se perfilaba cada vez con más claridad. Lo más probable era que mi bello desconocido no hubiera visto nunca a Leandro ni supiera nada de él, pero yo podía utilizar el encargo de Exome como excusa para provocar un nuevo encuentro. Al día siguiente por la tarde iría a la playa con el paquete, buscaría al hombre y le preguntaría si conocía al hijo de Exome, o si sabía de alguien que pudiera llevarme hasta él. No me paré a pensar en lo absurdo de

mi plan, ni en lo arriesgado de mi iniciativa, hasta que no fue demasiado tarde.

Salí de casa sin avisar de que iba a ausentarme, confiaba en que Caledonia me creyera descansando en mi habitación y no se diera cuenta de mi ausencia. No pedí a ningún esclavo que me acompañara. Intuía que Caledonia no iba a aprobar mi proceder. Pero quería ver de nuevo al hombre que había ocupado mi sueño y mi vigilia, necesitaba escuchar su voz, saber quién era. Sobre todo esperaba que me volviera a mirar como lo había hecho la tarde anterior. Atravesé el jardín sin que ningún esclavo me viera y salí a la calle. Me costaba respirar, el corazón me golpeaba el pecho con furia. Sabía que no podía estar demasiado tiempo ausente y anduve deprisa en dirección al mar siguiendo las calles por donde él me había llevado.

Lo encontré sentado en la arena, con la vista fija en el islote de Faro. No me había oído llegar y yo no sabía cómo acercarme a él. Repasé mi atuendo sencillo, me había recogido el pelo y no llevaba los ojos maquillados ni ningún perfume que me delatara. Me sentía cómoda en mis ropas, aunque no sabía si resultaría atractiva para aquel hombre. Ya no era la mujer hermosa del día anterior, aquélla a quien iba dirigido el mensaje que pude leer en su mirada.

—¿Quién...?, ¿qué haces aquí? —me dijo cuando me vio llegar.

Me situé de pie a su lado. Se levantó del suelo y sentí la fuerza de sus ojos clavados en los míos. Las palabras no me salían y no pude articular una respuesta hasta que no desvié la mirada hacia el paquete que llevaba en la mano.

—He venido..., he venido porque estoy buscando a alguien que quizá tú conozcas. —Me sentí ridícula, pero ya no me quedaba más remedio que continuar, tan nerviosa que no dejaba de gesticular con las manos—: Ayer..., ayer te oí hablar de estatuas y de los planes para la torre de luz que parecías conocer muy bien. Por eso he pensado, creo que quizá puedas ayudarme a encontrar a alguien a quien estoy buscando para darle un encargo. Es escultor y vive en Alejandría.

—Sí, conozco a varios escultores, pero no hablo con ellos. No sé dónde viven, si eso es lo que quieres saber.

—Pero quizá sepas dónde trabajan.

—Es posible —dijo él encogiéndose de hombros—. ¿Puedo saber por qué estás buscando a un escultor?

—Yo...

—Si no quieres decírmelo, no me lo digas. Si puedo, te ayudaré a encontrarlo de todos modos. No será la primera vez que recibes mi ayuda. Ya sabes que puedes contar con ella —dijo con cierta altanería mientras señalaba con el brazo hacia el lugar, ahora vacío, donde el día antes había estado el cuerpo de Filocles.

—¿Qué ha sido de él? —pregunté con aprensión.

—No lo sé. Cuando he llegado ya no estaba. Algún día me explicarás por qué te perseguía, ¿verdad? —dijo acompañando sus palabras con una ligera mueca burlona

—. ¿Qué le ha ocurrido a la túnica que llevabas ayer?

Empezaba a darme cuenta de que había sido una equivocación volver a aquel lugar. Tragué saliva y me mantuve en silencio.

—Está bien, está bien. Veo que no tienes ganas de hablar de eso. No te preocupes más por aquel hombre —continuó en un tono más amable—. No sé por qué pero sospecho que quizá se merecía el final que tuvo.

No dije nada pero asentí con la cabeza.

—Y ahora dime, ¿quién es ese escultor al que estás buscando?

Miré al hombre antes de contestar. Estaba convencida de que ni el propio Adonis podría haber tenido un rostro tan perfecto como el suyo. Me costaba hablar, sabía que iba a hacerle una pregunta ridícula, absurda.

—Se llama Leandro, y es de Lato, en Creta. ¿Lo conoces o has oído hablar de él?

El brillo de sus ojos pareció apagarse por completo y una mueca extraña descompuso el equilibrio de su rostro.

—Sí, lo conozco —dijo muy serio.

Así que mi suposición imposible, nacida sólo de mi deseo por volver a verlo, resultaba ser cierta. Había aceptado la evidencia de que me iba a ser imposible cumplir el encargo de Exome. Apenas podía creer en mi buena suerte. Sonreí complacida. Él no respondió a mi sonrisa y se mantuvo serio.

—¿Y para qué quieres verlo? Bueno, no me lo digas si también es un secreto —añadió sin molestarse en disimular su tono airado.

—No, no necesito verlo —contesté sorprendida por la dureza extrema que había adquirido su mirada—. Sólo quiero darle este encargo y no sabía dónde buscarlo. Si tú lo conoces, ¿te importaría hacerle llegar esto? —Le mostré el paquete que me había dado Exome.

—¿Qué es? —preguntó con voz afilada, distante, una voz que había perdido por completo el tono cálido y sugerente del día anterior.

No cogió el paquete.

—Es algo que me dio su madre para él. Se lo podrías llevar cuando tengas ocasión.

El hombre se hizo cargo del bulto con cierta reticencia y me miró de nuevo, inquisitivo, pero no dijo nada. Muy despacio, empezó a separar los pliegues de la tela que envolvía el objeto que me había dado Exome.

—¿Por qué lo abres? —inquirí sorprendida—. No es para ti.

Él siguió apartando el envoltorio hasta que apareció una pequeña figura hecha de mármol. Representaba a una mujer caminando con un cesto en la cabeza. La miró unos instantes y, con un gesto en el que se mezclaba el dolor y la rabia, lanzó la figura contra uno de los grandes bloques de piedra que había en la playa. La mujer y su cesto desaparecieron convertidos en múltiples pedazos de un blanco brillante que se esparcieron por la arena. Y él echó a andar deprisa por la arena en dirección a la ciudad.

Yo lo seguí. Sus pasos largos y rápidos me obligaban casi a correr para llegar a su altura. Estaba furiosa, no tenía ningún derecho a abrir un paquete destinado a otra persona y menos aún a romper lo que había dentro. Estaba resuelta a preguntárselo. Me daba cuenta del error que había cometido al confiarle algo que Exome me encargó a mí. Supe que le había fallado al no entregar yo misma el paquete a Leandro.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté jadeando cuando conseguí ponerme delante de él para cortarle el paso.

Intentó apartarme para continuar su marcha. No sé de dónde saqué la audacia, pero le agarré del brazo.

—¿Por qué, si conoces a Leandro, has impedido que el encargo de su madre llegara hasta él? O acaso... —Un presentimiento fugaz me llevó a preguntarle—: ¿Acaso ha muerto?

—No. No ha muerto —respondió él, y me miró con los ojos más tristes que yo había visto nunca—. Leandro soy yo. Y ahora, ahora debo irme.

Me apartó con suavidad y ya no pude moverme de donde estaba. Lo vi alejarse deprisa mientras yo intentaba dar sentido al incidente. Me preguntaba por qué había roto la escultura si era a él a quien iba destinada. Cuando me di cuenta de que me había quedado sola en aquella playa inhóspita, Leandro se encontraba ya demasiado lejos para alcanzarlo. Al igual que me había ocurrido la tarde anterior, el sol ya había iniciado su viaje para encontrarse con el mar y las calles por donde un rato antes me había arriesgado a pasar se iban cubriendo de sombras. Me percaté de la gravedad de mi imprudencia; pronto se iniciaría la vida de la noche en aquel lugar tan cercano al puerto, donde intuía que la bebida era el pasatiempo habitual de quienes, después de un largo día de trabajo en la construcción de la torre de luz, necesitaban desahogarse antes de regresar a sus casas.

Emprendí el camino de regreso enojada conmigo misma. Me había comportado como una loca y estaba pagando las consecuencias. No me perdonaba haber cometido la insensatez de acudir hasta allí con el solo propósito de volver a ver al hombre que me había embelesado con la belleza de su sonrisa y la elocuencia de su mirada. La sombra que se había llevado el brillo de sus ojos me daba miedo. Tenía ganas de llorar, de esconderme en algún rincón donde nadie pudiera verme y quedarme allí mientras daba rienda suelta a mi pena. Pero no podía pararme, debía seguir andando, alejarme de allí lo antes posible. Crucé lo más deprisa que pude las calles más cercanas al puerto, con los ojos clavados en el suelo, evitando mirar a quienes encontraba a mi paso. Tuve que controlar las náuseas que me provocaba el olor a pescado y a fruta podrida que en el camino de ida no había percibido. Mientras me agredían olores y sonidos a los que no estaba acostumbrada, no dejaba de preguntarme por qué Leandro había roto el regalo que le mandaba su madre. Recordé las palabras de Exome cuando me hablaba de la complicidad que había existido entre ellos y su preferencia por el menor de sus hijos, el hijo ausente al que yo había tenido

la fortuna de encontrar.

Una mujer que salía de una de las casas me miró extrañada. La acompañaba un hombre que la abrazaba y la besaba con descaro mientras, con la mano dentro del amplio escote, le agarraba los pechos. Ella se dejaba hacer sin mostrar ningún tipo de interés o de rechazo. Me fijé en su rostro pintado, en la sonrisa mellada que completaba su expresión ausente. Cuando el hombre me vio, la dejó a ella e intentó acercarse a mí. Tenía el andar inseguro y su aliento fétido me llegó con tanta fuerza que aceleré más el paso.

—Deja a esa niña en paz —dijo la mujer dándole un fuerte empujón.

El hombre se tambaleó pero no llegó a caerse. El sonido del golpe que le propinó a la mujer y el silencio de ella como toda respuesta fueron suficientes para que yo no parara de correr ni siquiera cuando llegué a las calles más seguras de la ciudad.

Cuando atravesé nuestro jardín, ya se había hecho de noche. Caledonia me esperaba en la sala. Nunca olvidaré la mirada de desaprobación que me dirigió al verme entrar. Quiso saber enseguida qué había ocurrido, por qué había salido de casa sola y sin avisar, y no me permitió refugiarme en mi habitación como yo estaba deseando hacer. Por fortuna, esa tarde Herófilo se había reunido con Erasítrato en la Escuela de Medicina y todavía no había regresado. Preferí que no estuviera presente durante el duro interrogatorio al que me sometió Caledonia. Hizo lo mismo que hubiera hecho cualquier madre con una hija díscola. Además me recordó que, a pesar de la inusual libertad de movimientos de la que tanto ella como yo gozábamos, nuestra condición de mujeres nobles nos obligaba a comportarnos en público con el mismo decoro con el que lo hacían todas las mujeres griegas residentes en Alejandría. Caledonia me hizo prometer que no volvería a salir sin compañía. Yo intenté justificar mi proceder.

—Sólo pretendía cumplir la promesa hecha a una amiga. Creí que lo conseguiría si entregaba el paquete del que te he hablado al hombre que me ayudó ayer, y así lo he hecho. Pensaba que podía ir y volver sola sin ninguna dificultad. Ahora comprendo que he sido imprudente y siento mucho la inquietud que te he causado —dije con la cabeza gacha antes de pedir permiso para retirarme a mi habitación.

—¿Estás segura de que no tienes nada más que contarme?

—No —respondí, aun a sabiendas de que el cambio de color de mis mejillas no le iba a pasar desapercibido.

No me preguntó nada más y se quedó sentada en la sala. Tuve la certeza de que Caledonia sospechaba algo. A partir de ese día procuró que pasáramos la tarde juntas, en la sala o en el jardín. Yo sabía que esperaba el momento en que aflorara mi confianza, pero no quise ni mencionar a Leandro. No me atrevía a revelarle una conmoción a la que, por alguna razón todavía incomprensible para mí, no estaba dispuesta a renunciar.

Volví a ver a Leandro dos días después.

Aquella tarde Caledonia y yo estábamos en el jardín. Yo la acompañaba a desgana y caminaba a su lado sin decir nada, incómoda. Me sentía vigilada. Ya no veía en Caledonia a una posible amiga sino a una madre inquisitiva, deseosa de averiguar mi secreto. Sólo ansiaba que me dejara tranquila, pero ella hablaba sin cesar. Hoy, desde la distancia de los años, me doy cuenta de que era su recurso para intentar mantenerme a su lado.

Unos días atrás me habría complacido que quisiera mostrarme los secretos de ese jardín, pues siempre que lo cruzaba me sentía atraída por sus aromas, por la combinación de colores, por el rumor del arroyo que lo recorría, por la sabia alternancia de zonas umbrías y soleadas. Linos me había hablado muchas veces del jardín de Caledonia, a quien tenía en gran aprecio, y cuando llegué a Alejandría busqué las palmeras datileras, las viñas, las higueras y el granado que él me había descrito. Había observado esas plantas con un nudo en la garganta, la voz lejana de Linos en mis oídos, su abrazo un recuerdo vivo sobre mi piel. Pero aquel día todo era diferente. Ya no buscaba el recuerdo de Linos y no quería estar en el jardín. Prefería la soledad de mi habitación, el único lugar donde podía esconderme para escuchar la voz de Leandro y sentir que su bello rostro estaba muy cerca del mío.

—Fíjate, Irene —dijo Caledonia señalando un lugar a mi derecha—. He hecho plantar rosas, azucenas, violetas y azafrán en el espacio que hay entre esos árboles.

El jardín, cuyo proyecto había acariciado durante varios años, tenía ya una forma definida y ella se sentía orgullosa. Miré hacia donde me indicaba y descubrí el resplandor de oro de las flores del azafrán. Era tal y como lo describían los poetas cuyos versos había leído en la biblioteca de mi padre. Reinaba en aquel espacio multicolor sin ocultar la belleza de las otras flores, realizándola si cabe, creando un entorno dorado y cálido, con una sensualidad propicia para los encuentros de los amantes. Caledonia había hecho instalar allí un banco de piedra del que ya me había hablado Linos cuando, pocos días antes de que se lo llevaran de mi lado, me explicaba cómo era Alejandría y qué lugares le gustaría mostrarme cuando nos hubiéramos instalado en la ciudad. Estaba en un rincón discreto y apartado de las zonas de paso.

—Éste es el lugar más frecuentado de la casa cuando celebramos una fiesta y los invitados se dispersan tras disfrutar de los manjares —me comentó Caledonia con una sonrisa pícaro.

El rubor tiñó de rojo mis mejillas cuando fue a Leandro y no a Linos a quien imaginé sentado a mi lado en el banco, bajo la complicidad dorada de aquella planta amiga.

Seguimos andando. Cada una de las zonas del jardín ofrecía plantas que no sólo eran agradables a la vista y el olfato sino también las especies más beneficiosas para

las abejas. Me mostró tamariscos, acacias, perseas, árboles de nuez de ban. A pesar de mi fastidio por tener que pasar todas las tardes con Caledonia, empecé a interesarme por sus explicaciones. Era imposible no hacerlo dada la variedad de plantas a mi alrededor y el entusiasmo con el que ella me hablaba de sus propiedades.

—¿Todas estas plantas crecen en los jardines de Alejandría? —pregunté.

—No, muchas de sus semillas vienen de tierras lejanas. Mi deseo es crear un jardín tan variado como los de quienes vivieron aquí en la antigüedad. He leído que en los jardines de los faraones podía haber hasta veinte especies de árboles ornamentales. Todavía estoy muy lejos de conseguir algo similar.

Llegamos a la zona de las plantas medicinales, que yo sólo había visitado el día en que Caledonia me mostró la digital, con cuyas hojas prepararía la infusión letal que nunca llegó a beber Filocles.

—Aquí voy a cultivar sebestén —dijo ella señalando un espacio en el que se veía la tierra recién removida—, pues de ese arbusto se extrae un mucílago que es muy útil como emoliente y pectoral. Linos siempre decía que era el mejor de los remedios, aunque Herófilo no estaba de acuerdo. Me gustaba verlos discutir, maestro y discípulo, sobre plantas medicinales. Lo hacían con frecuencia siempre que estaban en el jardín. Era un duelo de argumentaciones con el que los dos disfrutaban. Ya sabes, Linos era más que un discípulo para Herófilo; era casi como un hijo, para mí también.

Caledonia suspiró. Yo bajé la cabeza para que no pudiera ver la expresión de mi rostro. Linos..., ¿por qué me hablaba de él Caledonia?, ¿por qué hurgar en la herida que ella sabía que todavía estaba abierta? Linos había muerto y no regresaría jamás. Yo debía aprender a vivir sin él.

—No es seguro que haya muerto, Irene. Puede que sólo lo tengan retenido. Ten confianza —dijo como si me hubiera leído el pensamiento.

Me sentía como un niño cogido en falta. Ella esbozó una leve sonrisa, como si quisiera disculparse, y continuó hablando de su jardín:

—Como ya sabes, hace años que renuncié al estudio y la práctica de la medicina en público, pero nunca he olvidado lo que aprendí de Yamir. Pronto comprendí que tanto podían sanar los jugos que se extraían de las raíces, hojas y flores como el aroma que desprenden algunas especies, y la energía o serenidad que pueden generar en quien observa una determinada combinación de formas y colores. Un día quiero crear aquí un sanatorio, que parte de este jardín se convierta en un lugar a donde puedan acudir los enfermos y recibir tratamiento hasta que estén curados de su dolencia.

—¿Un sanatorio? ¿Te refieres a un templo de Asclepio?

—No, no creo en supercherías —respondió Caledonia con un mohín de desprecio—. En esos lugares sólo aturden a los enfermos con bebidas que les provocan visiones y luego les hacen creer que durante la noche les ha visitado el dios. Los que padecen una enfermedad que se cura sola, salen curados. Los otros, mueren. En

realidad, nadie hace nada por sanarlos. Hipócrates ya luchó en su tiempo para cambiar eso, y Herófilo y yo también lo intentamos. Mi idea es llevar a la práctica todo lo que Herófilo y Erasítrato están descubriendo y lo que yo he aprendido estudiando las plantas durante años.

Yo admiraba a Caledonia por su energía, por su capacidad de imaginar algo diferente. Fantaseé durante unos instantes con la posibilidad de que algún día pudiera trabajar con ella, aunque no le manifesté mi deseo. Por eso fue mayor mi sorpresa cuando me dijo que tanto ella como Herófilo habían pensado en mí para ayudarlos y que se sentían agradecidos al azar por haberme traído hasta su casa. Aunque yo dudaba entre creer o no lo que me estaba diciendo, sus palabras tuvieron la virtud de devolverme algo de la seguridad que había perdido. Me decían que era capaz de estudiar y de practicar la medicina; una aptitud que durante los últimos días había dudado tener, pues no había sido capaz de pensar en otra cosa que no fuera la mirada de Leandro, su voz y sus manos. No recordaba nada de lo que me explicaba Herófilo y, contrariamente a lo que había sido mi costumbre hasta entonces, copiaba los papiros sin pararme a leer y entender lo que allí había escrito.

Seguimos paseando por el jardín. Empezaba a conocer a la verdadera Caledonia. La mujer bella, inteligente, apasionada y soñadora de la que tanto me había hablado Herófilo, aquella que mi padre me había descrito como alguien de pensamiento propio y de comportamiento muy diferente al habitual en las pasivas y encerradas esposas de los ciudadanos griegos. Envidiaba el entusiasmo y la vitalidad de su mirada mientras me narraba la forma en que fue creciendo el jardín y cómo, poco a poco, había conseguido llevar a cabo todos sus proyectos. Mientras hablaba de sí misma y de sus sueños, me pareció que Caledonia había dejado de preocuparse por mí y eso me tranquilizaba y me daba libertad para imaginar cómo sería compartir con Leandro la belleza del jardín que con tanto orgullo me mostraba.

El perfume intenso nos anunció el lugar donde se cultivaban las rosas. Mientras las admiraba, recordé que mi padre me había leído una vez un papiro en el que Heródoto hablaba de los jardines del rey Midas, donde crecían rosas silvestres de setenta pétalos cuya fragancia superaba a todas las demás. Le pregunté a Caledonia si había encontrado ese tipo de rosas en Alejandría.

—No, pero fíjate en aquel rincón —dijo señalando una zona del jardín cercana—, he conseguido el loto rosa, sobre el que también escribió Heródoto.

Me acerqué hasta el exuberante conjunto de grandes flores rosáceas, con pétalos abiertos y estilizados, que crecía cerca de un pequeño lago en el que se reflejaban las plantas de loto blanco y de loto azul que yo ya conocía, pues las había visto una tarde en que Manetho me llevó a visitar los jardines de Pan. Y fue allí, delante de aquellas flores que mostraban sin pudor su exótica belleza, cuando me pregunté por primera vez en qué creía yo, cuál sería el sueño que marcaría mis pasos. ¿Sería capaz de convertirme en un buen médico a pesar de las dificultades? La belleza serena del loto rosa que contemplaba sentada junto a Caledonia no me dio la respuesta.

No oímos llegar a Semele. El sonido de su voz hizo que las dos nos giráramos hacia ella con un gesto de sobresalto que obligó a la pobre niña a pedir disculpas por su intromisión.

—¿Qué ocurre, Semele?

—Señora, hay un hombre en la puerta que pregunta por la señora Irene.

—¿Quién podrá ser? —me comentó Caledonia mientras yo, que había sentido subir de nuevo el color a mis mejillas, bajaba la cabeza para evitar encontrarme con el interrogante de su mirada. Sabía quién era el visitante, o al menos esperaba que fuera él—. ¿Te ha dicho quién era? —le preguntó a Semele.

—Me ha dicho que se llama Leandro, señora.

Caledonia buscó de nuevo mis ojos pero yo rechacé su mirada.

—Llévalo al andrón y dile que nos espere. Ahora vamos hacia allá.

Cuando estuvo segura de que Semele ya no podía oírnos, me preguntó por el visitante. Yo sólo pude contestar que Leandro había visto morir a Filocles cuando intentaba alcanzarme. No sé si me creyó cuando añadí que la casualidad había querido que Leandro fuera el hijo de la mujer de Creta que me había dado un paquete para él con la esperanza de que algún día pudiera entregárselo. No le mencioné la extraña reacción de Leandro al ver lo que contenía el paquete.

El latido acelerado de mi corazón fue lo único que oí hasta que entramos en la casa.

Al vernos llegar, Leandro se levantó y nos saludó cortés. Sus ojos y su sonrisa ocuparon todo el espacio. Yo había temido el momento de nuestro reencuentro, pues no estaba segura de controlar el ansia y el desconcierto que me dominaban. Y no lo conseguí; el rubor inoportuno me delató, me quedé sin palabras, y me habría comportado como una necia de no ser por la ayuda que Caledonia me brindó tomando las riendas de la conversación. Mientras ella hablaba, yo buscaba la manera de dominar mi turbación. Intentaba no mirar al hombre que ahora tenía delante y cuyos rasgos había memorizado de tal forma que me perseguían a todas horas. Sus ojos estaban fijos en mí.

—He venido a pedir disculpas a Irene por hacerla regresar sola a casa.

Caledonia me lanzó una mirada rápida donde podía leerse el desengaño. Acababa de descubrir que no le había dicho toda la verdad cuando me amonestó por haber salido de casa sin compañía y sin avisar.

Leandro hablaba ignorando nuestro malestar; su voz era serena y sus gestos atentos y delicados. Respondió con amabilidad a las preguntas de Caledonia, pero me interrumpió de forma sutil todas las veces que intenté hablarle de Creta, de su madre, de sus hermanos, de Dafne. Centró nuestra conversación en su trabajo con tal intensidad que Caledonia me confesó años más tarde que ese día también ella se había sentido atraída por la pasión de Leandro cuando describía las esculturas que esperaba hacer algún día. Era un entusiasmo contagioso que ella sabía valorar; lo había visto en Herófilo y en sí misma cuando hablaban de curas y medicina, también

lo había observado en mí, aunque yo todavía ignoraba que lo tenía. El objeto de interés de Leandro no era la medicina sino la escultura, pero la pasión que lo guiaba era igual a la nuestra. Mientras lo escuchaba, recordé las palabras de Exome al referirse a su hijo y me pareció que él mantenía intactos sus sueños de infancia de convertirse en un gran escultor.

Caledonia no dejó de observarlo casi con descaro, sin que él pareciera inmutarse ante semejante escrutinio. Ella fue capaz de buscar posibles razones a sus silencios y no le gustó las que había encontrado. Eso fue al menos lo que me anunció aquella tarde después de que Leandro se fuera.

—Ese hombre esconde algo, Irene, deberías intentar alejarte de él.

—Yo...

—No intentes disimular conmigo. Sé cómo te sientes, hace días que lo sé. Pero hoy he descubierto por qué, y te entiendo, créeme que te entiendo. Si te he de ser sincera, nunca había visto en un hombre esa combinación de fuerza y desamparo que transmiten sus ojos y unas proporciones tan perfectas. Todo en él es equilibrio, belleza; desde el tono de su cabello a la forma de sus dedos. Su mirada te rapta y su voz te lleva a donde él quiere. Pero sospecho que nunca será capaz de abrir su corazón a nadie.

—¿Por qué dices eso? —pregunté, incómoda porque Caledonia había descorrido la cortina tras la que yo intentaba esconder mi atracción por Leandro.

—Creo que tú misma lo puedes adivinar —contestó muy seria.

No tuve que reflexionar demasiado para entender qué quería decir.

—¿Te refieres a que no ha respondido a ninguna de mis preguntas sobre su vida en Creta antes de llegar a Alejandría? Bueno, quizá no tuviera ganas de hablar en esos momentos. Tampoco tú le has explicado todavía a Herófilo nada de tus orígenes.

—Irene, eso no tiene nada que ver conmigo.

Me arrepentí de inmediato de mi actitud defensiva, que había supuesto un ataque hacia ella. En su rostro pude leer desconcierto.

—No es lo mismo, Irene. Presiento que no es lo mismo.

—No sé, puede que tengas razón —acepté humilde.

Fue entonces cuando decidí explicarle lo que había ocurrido al entregarle a Leandro el paquete de su madre. Un gesto de alerta se fue formando en el rostro de Caledonia.

—Irene, Leandro es un hombre demasiado atractivo para que puedas olvidarlo, pero creo que lo deberías intentar. Yo, si estuviera en tu lugar, así lo haría —me aconsejó de nuevo, sin tratar de esconder su preocupación.

—No quiero olvidarlo.

—Ya lo sé, pero intuyo que tú, al igual que me ocurre a mí, no te conformarás sólo con tener a un hombre en tu cama con quien satisfacer tu deseo.

—¿Qué quieres decir?

—Me parece que buscas también en él cariño, comprensión, compañía. Esperas

que el hombre que esté a tu lado y que comparta tu vida respete tu libertad y tus anhelos, al igual que tú estás dispuesta a respetar los suyos.

—Claro, y ¿por qué no va a ser así?

Caledonia me dedicó una sonrisa triste y me tomó las manos.

—Eres muy joven, Irene, y por lo que veo nadie te ha explicado cómo suelen ser las cosas entre los hombres y las mujeres griegos. Lo que a ti te parece normal es muy difícil de encontrar.

—No lo creo, a ti Herófilo te quiere y te respeta.

—Es cierto, pero hay pocos hombres como él. Quisiera equivocarme, pero me temo que Leandro no puede ofrecerte nada de lo que esperas.

Esa noche no pude dejar de pensar en el comentario de Caledonia; me inquietaba. Al fin y al cabo, ella nada sabía de Leandro, no lo conocía, no podía juzgarlo. Cuando después de dar muchas vueltas en la cama me quedé dormida, lo hice convencida de que Caledonia andaba errada acerca de Leandro. Había decidido ya ignorar sus consejos.

Al día siguiente, una nueva visita de Leandro reforzó mi convicción de que Caledonia se equivocaba. Ella lo recibió con la pose distante que se guarda para los visitantes no deseados a los que no se les pueden cerrar las puertas de nuestra casa. Lo hacía por mí, me comentó años más tarde, porque temía que si no dejaba entrar a Leandro yo me escaparía de casa para ir a encontrarme con él. De esa manera ella podía vigilarme. Durante cuatro días seguidos Leandro acudió puntual a nuestra cita de la tarde. Yo era incapaz de percibir la creciente preocupación de Caledonia. Vivía como si flotara en el aire, como si observara mi vida desde arriba y al hacerlo desapareciera Alejandría, el Museo y la casa donde vivía, todo aquello que no fuera Leandro, como si el tiempo se redujera a las escasas horas que pasaba en su compañía.

Leandro y yo nos veíamos en la casa o en el jardín, siempre bajo la mirada suspicaz de Caledonia quien, aunque participaba poco en nuestra conversación, procuraba buscar alguna excusa para quedarse con nosotros. Varias veces intenté hablarle a Leandro de su familia en la aldea de Lato, pero él daba un giro rápido a nuestra conversación y empezaba a hablar de nuevo de su trabajo o se dirigía a Caledonia para preguntarle qué hacía Herófilo en el Museo. Ella le contestaba sin explayarse y enseguida me cedía la palabra a mí, pues sabía que yo quería hablarle a Leandro de su madre. Me confundía que Leandro no quisiera escucharme cuando intenté explicarle cómo había ido yo a parar a aquella aldea perdida.

Las visitas de Leandro se terminaban demasiado pronto y en su transcurso yo me sentía enjaulada en la mirada atenta de Caledonia. Tenía muy cerca su cuerpo y ansiaba tocarlo. Mientras permanecíamos sentados el uno al lado del otro, me tuve que conformar con que nuestros muslos se rozaran y se presionaran con disimulo y

nuestros pies se acariciarán bajo la túnica mientras, con la vista fija en Caledonia, pretendíamos estar atentos a lo que ella decía. Sólo al despedirnos, cuando ya Caledonia había relajado su atención, cruzábamos una mirada cargada de anhelo, elocuente y fugaz, cuyo recuerdo yo guardaba hasta el día siguiente.

Después del cuarto día Leandro ya no volvió a visitarme. Yo no dejé de esperarlo todas las tardes. Me vestía y me peinaba para él y al mismo tiempo me sentía enojada conmigo misma por hacerlo. La desazón me dominaba, tanto que en un par de ocasiones llegué incluso a pedirle a Semele que saliera a la puerta de la casa para ver si él estaba allí y nosotros no lo habíamos oído. Ella me obedeció aun a sabiendas de que si Leandro hubiera venido ya habría anunciado su llegada. También estuve a punto de pedirle a Hippias que me llevara en el carro hasta la playa donde sabía que encontraría a Leandro, aunque no llegué a hacerlo. Caledonia me había prohibido salir de casa y no me quedaba más remedio que obedecerla. Ella me veía pasear inquieta esperando la llegada del hombre de quien tanto desconfiaba, y no quiso aumentar mi malestar recordándome su primera impresión. En lugar de eso, procuró mantener mis tardes ocupadas y continuó con sus explicaciones acerca de la utilidad de cada una de las zonas del jardín, y en especial la dedicada al cultivo de las plantas medicinales. Yo apenas la escuchaba. En silencio la culpaba a ella y a su vigilancia de que Leandro hubiera interrumpido sus visitas.

Cada día que pasaba aumentaba mi confusión. Me había dado cuenta de que amaba a dos hombres y los dos estaban lejos de mí. Aunque me dominaba el ansia por la suerte de Linos, cada vez cobraba más importancia mi necesidad de saber por qué Leandro no había vuelto a visitarme. Estaba furiosa conmigo misma por no ser capaz de pensar en nada más que no fuera el bello escultor. Me preguntaba cuánto tiempo iba a durar mi inquietud por la ausencia que me ocupaba la mente, me aislaba de todo y de todos, me ponía de un mal humor imposible, me quitaba el hambre y a veces incluso me hacía desear la muerte. No sabía dónde estaba Leandro ni si alguna vez volvería a verlo, y en algunos momentos de lucidez, breves y escasos, deseaba con todas mis fuerzas que no me importara.

Habían pasado varios días cuando Hippias me anunció de nuevo la presencia de Leandro. Esa tarde Caledonia había salido acompañada de Semele a devolver una visita de compromiso que debía hacer a la esposa de Erasístrato, enferma desde hacía unos días. Caledonia había decidido que era mejor que yo me quedara en casa dada la actitud beligerante que mostraba Erasístrato cada vez que me veía en el Museo en compañía de Herófilo. Imaginaba, con razón, que yo no iba a ser bien recibida en su casa. Yo acababa de salir al jardín y observaba, con la parsimonia de quien no tiene nada más que hacer, el lugar donde Caledonia había hecho plantar las especies más útiles y peligrosas a la vez. Crecían allí el beleño, el eléboro, la cicuta, el acónito y el doriemo, plantas curativas y venenosas a la vez que nunca había visto juntas en un jardín privado.

Tras el anuncio de Hippias mi primer impulso fue salir detrás de él para ir a encontrarme con Leandro, pero me contuve a tiempo. Hippias esperaba mi respuesta y yo estaba segura de que Caledonia no iba a aprobar que recibiera a Leandro estando sola, así que salí a la calle para hablar con él, a la puerta de casa.

Leandro me saludó con una amplia sonrisa de dientes blancos y ojos juguetones.

—He venido porque me gustaría invitarte a que vengas conmigo mañana por la mañana a visitar el lugar donde se está construyendo la que será la nueva tumba del gran Alejandro —dijo sin más preámbulos.

—No puedo —respondí en un tono seco, molesta porque Leandro no se había disculpado por ausentarse sin decirme nada.

—Debes venir —insistió él, la voz cargada de entusiasmo—. Es un lugar magnífico y creo que te gustará. Todo se está preparando para acoger las celebraciones de la llegada desde Menfis del sarcófago de oro que contiene la momia del gran Alejandro.

—Me gustaría mucho ir contigo a visitar un lugar tan especial, pero me es imposible. Todas las mañanas estudio con Herófilo en el Museo —dije, aunque sentía la necesidad de ir con Leandro a cualquier sitio que él me quisiera llevar.

—Pero ¿qué haces tú allá todos los días? —preguntó con un deje de ironía—. He oído decir que las mujeres no pueden estudiar en el Museo.

—Yo sí —respondí irguiendo la cabeza con orgullo—. Herófilo me está ayudando y me ha dicho que pronto las mujeres y los egipcios que lo deseen podremos estudiar allí de la misma forma en que ahora lo hacen los hombres griegos.

Leandro hizo un gesto de incredulidad, se encogió de hombros y dijo algo que yo no quería oír:

—No sé por qué te esfuerzas tanto, Irene. Por mucho que estudies, y a pesar de la ayuda de Herófilo, nunca te van a dejar ser como ellos. Las mujeres no pueden ser médicos.

Enojada, entré de nuevo en la casa y a punto estuve de cerrarle la puerta en la

cara. Estaba furiosa por el matiz despectivo que había escuchado en su voz, por la poca esperanza que para mí encerraban sus palabras, pero sobre todo por reconocer en ellas lo que yo también pensaba muchas veces cuando sentía sobre mí las miradas de desaprobarción de los sabios del Museo.

—Debes irte —anuncié sin más—. Caledonia no está aquí ahora y no estoy autorizada a recibir visitas en su ausencia.

Leandro debió de darse cuenta de mi enfado porque cambió enseguida la forma de hablarme. Brotó de sus labios un discurso poblado de frases hermosas y esperanzadoras que halagaban mi trabajo en el Museo y admiraban mis esfuerzos por aprender el arte de curar. Me dijo que entendía que mi trabajo con Herófilo era importante para mí, pero que nada iba a ocurrir si un día no acudía al Museo. Añadió que también valía la pena que supiera algo de la ciudad en la que vivía, pues tenía la impresión de que yo no conocía nada que no fuera el Museo y la casa de Herófilo. En eso tenía razón pues aunque, desde la desaparición de Filocles, Caledonia me había propuesto alguna tarde visitar la ciudad, yo siempre inventaba alguna excusa para quedarme en casa, con la esperanza de que Leandro volviera. Y allí estaba él, invitándome a que lo acompañara a un lugar del que había oído hablar muchas veces. Me miraba con el gesto inocente de un niño que espera le concedan un capricho, con la ilusión de alguien que inicia una nueva aventura, pero también con la intensidad del amante que ha vivido demasiado tiempo alejado del cuerpo de su amada.

—Está bien —me oí decir—. Ven a buscarme mañana.

Entré en casa y cerré la puerta despacio mientras pensaba en qué excusa iba a inventar para salir del Museo al día siguiente.

La mañana transcurrió muy despacio, a pesar de que yo intentaba afanarme para avanzar en la copia de un papiro. Manetho no cesaba de hablar, pero yo estaba tan ansiosa por el nuevo encuentro con Leandro que su charla no me entretenía como otras veces. Apenas respondía a sus comentarios. Creo que al final él se dio cuenta pues estuvo en silencio durante un buen rato, concentrado en su papiro. Yo interrumpí mi trabajo varias veces para mirar por la ventana. Cuando por fin lo vi acercarse por el jardín, me levanté de golpe de la silla.

—He de salir un rato —le dije a Manetho—. Volveré..., vuelvo enseguida.

—¿Adónde vas? —preguntó él siguiendo la dirección de mis ojos a través de la ventana.

—Por favor, si viene Herófilo, dile que enseguida regreso —dije sin contestar a su pregunta.

—Recuerda que nos anunció que hoy, a última hora de la mañana, iríamos con él a visitar enfermos.

—Estaré de vuelta para entonces —dije sin apartar los ojos de la ventana.

Manetho volvió a mirar al exterior y después a mí. Iba a decir algo, pero optó por

el silencio. Una sombra que momentos antes no estaba cruzó su rostro justo antes de que se inclinara de nuevo sobre el papiro. Salí de la sala y fui al encuentro de Leandro.

El monumento erigido para alojar el sarcófago del gran Alejandro estaba situado cerca del Museo, en una pequeña elevación del terreno. Me sorprendió que tuviera una estructura parecida a la de un templo pequeño, rodeado por los cuatro lados de esbeltas columnas de alabastro. Leandro me tomó de la mano y subimos las amplias y elegantes escaleras de mármol. Cuando llegamos al último peldaño miré hacia la ciudad que se movía bajo mis pies y descubrí los tejados rojos de las casas de Alejandría y el mar esmeralda, con la isla de Faro y los altos muros que de ella emergían alzándose orgullosos hacia el cielo. El lugar donde nos hallábamos, ahora solitario pues quienes trabajaban en los últimos preparativos se habían tomado una pausa, transmitía ya la solemnidad de los espacios sagrados.

—Mira —dijo Leandro señalando una plataforma de mármol que ocupaba el centro del espacio.

Me sentí pequeña, perdida en la contemplación de aquella suntuosa estructura cuyo amplio perímetro estaba cubierto de bajorrelieves donde se veían hombres a pie y a caballo luchando en compañía de leones, ciervos y perros. La figura del gran Alejandro, montado en su caballo Bucéfalo, destacaba sobre todas las demás. La forma de su capa daba la ilusión de movimiento y sus ojos grandes y almendrados resplandecían, como si quisieran expresar su voluntad férrea de ganar la batalla que estaba librando. Leandro me miraba satisfecho. Entonces comprendí su insistencia en querer llevarme allí.

—¿Has hecho tú estas esculturas? Son..., ¡son perfectas!

Había belleza y expresividad en aquellas imágenes; el pedestal era un homenaje apasionado al hombre cuya grandeza quería recordar, y yo casi no podía creer que tenía a mi lado al artista que había sido capaz de dar vida y dignidad a lo que en un principio sólo había tenido la frialdad del mármol.

—Sí —respondió él con una sonrisa. Pero enseguida su gesto cambió y adquirió una seriedad inesperada—. Pero quisiera haber recreado otras escenas y no éstas.

—Y ¿por qué no lo hiciste?

—Porque quienes me encargaron este trabajo sólo quieren reflejar la vida de Alejandro el guerrero, el cazador, el vencedor de los persas.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Nada, sólo que hubiera preferido mostrar también otros aspectos de la vida de Alejandro: cómo vivió en Macedonia antes de salir a conquistar el mundo, qué relación tuvo con su padre y su madre, con su esposa, con sus amantes, cómo murió. Me hubiera gustado capturar en el mármol alguno de sus sentimientos de hombre y no sólo los de conquistador.

Observamos en silencio el hueco vacío donde pronto descansaría el cuerpo momificado de Alejandro que, según nos habían dicho, venía con su coraza y ornamentos áureos y una corona de oro en forma de hojas de roble. El espacio era sencillo y solemne a la vez. Más tarde me enteraría de que era así como lo había querido el rey Ptolomeo, quien años atrás, y con la ayuda de la crecida del Nilo, había logrado interceptar el viaje del sarcófago del gran Alejandro hacia Macedonia y guardar en Egipto los restos de quien fuera su general.

El céfiro que soplabla esa mañana nos envolvía en un ambiente tibio que invitaba al descanso. Nos sentamos en las escaleras, muy juntos, y sus dedos empezaron a acariciar mi mano. Lo hacían despacio, dibujando pequeños círculos. Sentí un escalofrío. Su mano no tardó en subir, confiada, por mi brazo. Todo mi cuerpo respondió a su caricia. Cuando la mano se detuvo al llegar a mi hombro yo sólo ansiaba que continuara acariciándome. Y lo hizo. Con una mano me recogió con suavidad los cabellos y se acercó más. Su aliento me rozó la nuca, enseguida lo hicieron sus labios.

Las voces airadas de dos mujeres discutiendo entre ellas me devolvieron a la realidad: me había escapado del Museo y debía regresar enseguida, antes de que Herófilo descubriera mi ausencia.

—Debo irme. He dejado mi trabajo un rato para venir. No puedo estar más tiempo —le dije a Leandro, aunque sentía crecer la necesidad de quedarme con él.

—Todavía no —me susurró al oído, mientras me acariciaba de nuevo la nuca con sus labios—. Quédate un rato más aquí conmigo.

Dejé que mi boca y mis manos hablaran por mí, y cuanto más tiempo pasaba, menos quería moverme de allí. Las caricias se tornaban cada vez más dulces, cada vez más osadas. Pero no podía consentir que Herófilo y Manetho tuvieran que esperarme. Si quería llegar a ser médico debía seguir el ritmo de trabajo y estudio que me marcaba la Escuela y en esos momentos mi obligación era estar en el Museo.

—Vamos a mi casa —dijo Leandro cuando sus labios se separaron de los míos—. No hace falta que regreses hoy al Museo. Puedes continuar mañana con tus estudios. No creo que Herófilo se enfade contigo porque no vayas un día.

Me irritó su falta de empatía. Su abrazo me envolvía con tanta fuerza que me faltaba el aire. Estaba dividida entre dos deseos: mi cuerpo y mi voluntad estaban con Leandro, pero no podía traicionar la confianza de Herófilo. No quería perderme ni una sola de las oportunidades para aprender que él me brindaba; era el compromiso que había adquirido con él y conmigo misma. Leandro continuaba desgranando en mis oídos las palabras que tanto había esperado escuchar de sus labios. Nuestros cuerpos necesitaban con urgencia el abrazo íntimo que acabaría fundiéndolos.

—Vamos a mi casa —volvió a decir él.

Todavía no sé cómo conseguí que la razón se impusiera sobre el deseo y me puse en pie. Enseguida me arrepentí, pero ya no podía volverme atrás.

—Me están esperando en el Museo, Leandro —dije intentando disimular la

batalla que se estaba librando en mi interior.

En sus ojos pude leer frustración, incluso ira. Sin duda le había ofendido que me hubiera deshecho de su abrazo con tanta premura.

—Vete con tus papiros, si ése es tu deseo —dijo y alzó el brazo con un gesto despectivo—. Yo me voy a mi casa.

Se puso en pie. Estaba muy serio, no podía ocultar su irritación.

—Puedes acompañarme hasta el Museo, así podremos estar juntos un rato más — sugerí en un intento ridículo de mantenerlo a mi lado, aunque sabía que la intimidad del momento se había roto.

Quizá ya no iba a encontrar una nueva ocasión de poder ir a su casa.

—Voy en dirección contraria —dijo malhumorado al tiempo que empezaba a bajar despacio las escaleras.

Esa vez fui yo quien, enojada por su respuesta, pasé por su lado sin mirarlo siquiera y me puse a andar, deprisa y con la cabeza muy erguida, en dirección al Museo. No tuve que volverme para comprobar que Leandro no me seguía. Estaba furiosa conmigo misma, confusa porque hubiera preferido quedarme al lado de Leandro, y decepcionada con él por la forma en que había despreciado mi trabajo, ignorado mis responsabilidades y mis deseos. Se había limitado a irse, enfadado como un niño al que se le quita un juguete para dárselo a otro. Era muy probable que no lo volviera a ver nunca más y me molestaba darme cuenta de que ya lo estaba echando en falta.

Al día siguiente, cuando salía de la Escuela en compañía de Manetho, descubrí, con sorpresa, que Leandro me estaba esperando. Los dos hombres se saludaron como viejos conocidos. Leandro se mostró contento por el encuentro, pero Manetho adoptó una expresión que nunca antes había visto en él. Se puso pálido y parecía nervioso. Se limitó a responder al saludo efusivo de Leandro con un par de frases de cortesía, pero seguía con gran interés todos sus gestos. Por un momento sus ojos se detuvieron, arrebatados y serios, en el rostro de Leandro. Parecía turbado por algo que en aquel momento no fui capaz de intuir.

A partir de ese encuentro, Manetho empezó a mostrar una actitud diferente conmigo mientras trabajábamos. Al principio fueron sus silencios. Él, siempre tan locuaz, apenas levantaba la cabeza del papiro cuando yo llegaba y dejaba transcurrir la mañana casi sin hablarme. Contestaba con extrema brevedad a mis preguntas. Incluso las charlas con Herófilo parecían despertarle un interés modesto. Herófilo también se había dado cuenta del cambio e intentaba sin éxito forzar a Manetho a participar más durante nuestras sesiones.

Yo, que andaba cada vez más distraída, tenía que esforzarme el doble para mantener la atención. No debía permitir que nuestro buen maestro perdiera la esperanza con respecto a nosotros dos y dejara de luchar para que fuéramos

reconocidos como discípulos con los mismos derechos que los demás, sin tener que mantener en secreto nuestras visitas a enfermos en su compañía.

El silencio de Manetho se rompió por fin una mañana cuando miró por la ventana y vio de nuevo a Leandro esperándome.

—Aléjate de ese hombre.

Yo no entendía por qué me estaba diciendo aquello.

—Es un hombre poco fiable —añadió sin dejar de observar a Leandro.

Manetho parecía turbado. Se había llevado la mano derecha a la altura del corazón y algo parecido a un suspiro salió de sus labios entreabiertos. Creo que se dio cuenta de que lo miraba, pues recompuso enseguida su postura y la piel oscura de su rostro cambió de tono. Su mirada había adquirido una expresión de desamparo que yo no conocía.

—Leandro sólo busca congraciarse con el poder.

—¿Qué quieres decir? —pregunté cada vez más confusa.

—Que nadie le importa. Que puede engañar, herir, abusar de los sentimientos de los demás. Leandro sólo sabe dejarse querer —continuó bajando la voz hasta convertirla en un susurro casi imperceptible—. No sabe amar. Lo único que quiere es conseguir que le asignen la realización de las esculturas más importantes en los edificios que planea construir el rey Ptolomeo.

Vimos que Leandro estaba sentado en un banco y había cerrado los ojos. Tenía la cabeza algo inclinada hacia atrás, como si quisiera dejarse acariciar por el sol de la mañana. La perfección de su perfil se recortaba en el azul del cielo. Dos hombres jóvenes pasaron cerca de él y se detuvieron a contemplarlo.

—Es hermoso —dijo Manetho tragando saliva—, y sabe utilizar su belleza para conseguir lo que quiere. A veces sólo busca jugar un rato, divertirse probando algo distinto.

Apartó la vista de la ventana y bajó de nuevo la voz.

—No quiero que te haga daño como me lo hizo a mí. Has de saber que lo único que Leandro desea es convertirse en un gran escultor. Y si para eso tiene que acostarse con quienes están cerca del rey y pueden influirlo de alguna manera, no duda en hacerlo. Dicen que ahora es el amante de una de las damas más importantes de la corte, la mejor amiga de la reina.

—¿Es eso cierto? —pregunté mientras enrollaba un papiro para que Manetho no viera el desengaño que estaba segura podía leerse en mi rostro.

—Sí, son amantes. O al menos eso es lo que se rumorea por ahí. Ella también se divierte, ¿sabes? Luce la compañía de Leandro como su posesión más querida, como si fuera el talismán capaz de devolverle la juventud y la belleza. Y Leandro ha sabido aprovechar la situación para hacerse un sitio entre los escultores más famosos de Alejandría.

Cuando unos momentos después me reuní con Leandro a la salida del Museo, él ni siquiera se dio cuenta de que yo no sentía la ilusión de otras veces; tampoco le extrañaron mis largos silencios. Él se dedicó a llenarlos explicándome ilusionado que había dibujado los bocetos de unas esculturas espléndidas que estaba seguro que podría empezar a construir muy pronto. Yo apenas lo escuchaba, sólo sentía el eco persistente de las palabras de Manetho. Me preguntaba si sería yo también un juguete del que ese hombre se cansaría pronto, alguien diferente como parecía que había sido Manetho para él en algún momento. Por unos instantes pensé en seguir los consejos de Caledonia y de Manetho, pues ambos coincidían en su opinión acerca de Leandro. No lo hice.

De mi primera tarde en casa de Leandro guardo un recuerdo marcado por la intensidad de nuestros abrazos, por el tacto de sus manos grandes y fuertes en mis pechos, en mi vientre, por el feliz abandono de nuestros cuerpos todavía entrelazados, satisfechos, y por la premura con que tuve que irme.

—Pensaba que no me ibas a dejar, como hiciste el otro día —dijo cuando le anuncié que debía regresar al Museo.

—No quiero irme, pero debo hacerlo.

Me separé con dificultad de él e intenté incorporarme.

—No te vayas —insistió mientras me enlazaba la cintura con su brazo largo y cálido y me atraía de nuevo hacia él.

Yo le acaricié el brazo, mientras luchaba de nuevo entre mi deseo de quedarme y la necesidad de irme.

—Volveré mañana. Ven a buscarme si quieres como has hecho hoy —le dije y me acerqué para besarlo.

Leandro se dejó besar, pero no dijo nada. Apartó el brazo con brusquedad para dejarme libre y se volvió de espaldas a mí. Yo me levanté, me puse el quitón y me calcé las sandalias con toda la rapidez de la que fui capaz, no sólo porque estaba llegando tarde al Museo sino también porque sabía que si no me iba enseguida, ya no sería capaz de hacerlo.

—No creo que vaya mañana a buscarte. Ni mañana ni ningún otro día —oí que decía todavía de espaldas a mí, cuando estaba ya a punto de abandonar la habitación.

Salí de casa de Leandro con el corazón oprimido, de nuevo furiosa porque el hombre a quien creía amar me estaba diciendo que debía elegir entre él o el Museo. Recuperé un poco la calma cuando, en mi obcecación por él llegué a decidir que sería yo la que iría a buscarlo a su casa al día siguiente.

Ya de vuelta en el Museo, Manetho y yo nos dirigimos a la sala donde nos esperaba Herófilo. Manetho, que sabía de mi escapada, me miraba sin atreverse a preguntarme nada. ¿Qué diría de mí, si supiera que tengo intención de ir a casa de Leandro todos los días?, pensé. Pero, sobre todo, ¿qué diría mi padre? Estaba segura

de que no aprobaría ese comportamiento y eso me inquietaba. Por fortuna, al día siguiente no tuve que ir yo a casa de Leandro porque fue él quien vino a buscarme al Museo.

Mi obsesión por Leandro no disminuía ni siquiera con el recuerdo de Linos. Tuve que esforzarme mucho para que, con sus protestas y sus enfados, no se llevara también mi voluntad de ser médico. Creo que mi gratitud y lealtad hacia Herófilo y la compañía de Manetho me ayudaron a que no me abandonara del todo a las necesidades de Leandro y me olvidara de las mías. Amaba a aquel hombre bello y caprichoso y estaba convencida de que él sentía lo mismo que yo, o de que, en el supuesto de que todavía no fuera así, no tardaría mucho en hacerlo. El tiempo robado que pasaba cada día en su casa no hacía más que confirmar mis esperanzas. Luego, en la soledad de mi habitación, volvía a sentir la mirada esperanzada de Linos, veía su cuerpo abandonado en el campo de batalla, lloraba su ausencia y me preguntaba una y otra vez cómo era posible que Leandro hubiera ocupado su lugar tan pronto, a pesar de que mis sentimientos hacia él continuaban intactos. Al no encontrar respuesta imaginaba, en contra de todo lo que me había explicado mi padre, que Linos, desde el lugar de los Campos Elíseos en donde reposara su alma, se sentiría satisfecho al verme sonreír de nuevo.

Se convirtió en costumbre que Leandro viniera a buscarme cada día y yo me escapara del Museo durante un rato. Nuestros encuentros estaban marcados por la brevedad y la intensidad de los momentos que se saben efímeros y, por tanto, más deseados. Yo me apartaba del abrazo de Leandro con el tiempo justo para regresar al Museo, siempre temerosa de que Herófilo descubriera mi ausencia, pero con la ilusión renovada tras cada encuentro. Tener la certeza de que Leandro vendría a buscarme me daba alegría y el impulso para trabajar más y mejor durante la mañana. Volvía a ser capaz de concentrarme en lo que estaba haciendo. Regresó a mí la curiosidad que creía perdida y con ella las preguntas con las que abordaba a Herófilo a primera hora de la mañana. Preguntas que no hacían más que aumentar a medida que llegaban a mis manos nuevos papiros procedentes de lugares lejanos que hablaban de diagnósticos y remedios, y otros cuyos autores habían vivido mucho tiempo atrás, en la época de los faraones. Herófilo nos explicaba lo que había cambiado desde entonces en Medicina y todos los principios de tratamiento que continuaban vigentes a pesar del tiempo transcurrido.

Manetho, cómplice a la fuerza de mis escapadas, me dijo en un par de ocasiones que me equivocaba, pero dejó de hacerlo al darse cuenta de que no iba a convencerme. Y se alegraba cuando el anuncio de que Herófilo nos llevaba a visitar a un enfermo me impedía encontrarme con Leandro. En esas ocasiones salíamos del Museo con el maestro y pasábamos por delante de Leandro sin que yo pudiera decirle nada, y él entendía que no podíamos reunirnos. Manetho se regodeaba en la decepción de Leandro y el resto de la mañana se mostraba más afable y atento conmigo de lo que había empezado a ser habitual desde que descubrió mi relación con su antiguo amante. Pero al día siguiente, cuando yo le anunciaba de nuevo que me iba, volvía la preocupación a su semblante. Manetho intentaba evitar que algo parecido a la envidia se llevara consigo el respeto y el cariño que había nacido entre nosotros. Hoy entiendo el alcance de su lucha continua, y que sus cambios de humor, su actitud taciturna, sus silencios eran las maneras de controlar su malestar porque yo había conseguido que Leandro me mantuviera a su lado y él no. Pero yo entonces todo lo ignoraba; sólo me preocupaba acudir puntual a mis citas.

La parte más importante de la casa de Leandro la ocupaba el estudio donde trabajaba. Era un espacio amplio, fresco, con grandes ventanas orientadas al norte y paredes vacías. En el suelo, diferentes bloques de piedra parecían aguardar el trabajo de su buril; el único capaz de crear en ellos la expresión que los haría parecer vivos. Allí había también una mesa grande, ocupada por muchos papiros con dibujos de estatuas, bajorrelieves, columnas. Leandro no me los había mostrado nunca con detenimiento, pero ese día quiso que me acercara a la mesa y que me sentara a su

lado. Había una emoción nueva en su voz y un gesto de complicidad que no había visto antes.

—Mira, Irene, éstas son las esculturas que adornarán la entrada de la torre de luz. Bueno, son las que voy a presentar ante el rey. Por desgracia, no soy el único escultor de Alejandría al que han llamado para presentar un proyecto.

Los bocetos mostraban a un hombre y a una mujer, el rey Ptolomeo y su esposa Berenice. Los dos iban vestidos con elegancia; había un fino trabajo en el diseño de los dibujos que adornaban la parte baja de sus túnicas y también las fíbulas con las que se las sujetaban a los hombros. Leandro me pidió que me fijara en el rostro de los gobernantes y que le diera mi opinión.

Observé aquellos dibujos con atención y la sorpresa me dejó sin palabras. Leandro había sabido reflejar bien las facciones del rey y la reina, pero había algo en su expresión, en su porte, que los hacía parecer distintos a la pareja real que me había recibido en su palacio. Ella llevaba el cabello apenas recogido, libre de joyas, adornado con unas simples cintas que no conseguían sujetar algún mechón rebelde que enmarcaba la forma angulosa de su cara. Parecía más joven, y la sonrisa que Leandro había dibujado en sus labios no era diferente a la de una mujer enamorada que sueña con un futuro al lado de su amado. Su rostro emanaba serenidad, pero también energía.

Al rey Ptolomeo lo había dibujado tal y como era en esos momentos: un hombre anciano, delgado, con poco cabello, el vientre algo abultado, los brazos largos que todavía recordaban la musculatura perdida, todo su cuerpo envuelto en los pliegues perfectos de la túnica real. También él mostraba una expresión nada común en las estatuas de las personas importantes. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como si prestara atención a algo que estuviera escuchando, y la forma que adoptaban sus labios y sus ojos dotaba a su rostro de una fuerza especial, lejos del gesto hierático habitual. Me pareció que Leandro había querido representar la figura de un rey poco dado a las solemnidades, pero curioso; el amante de las ciencias y la filosofía que yo sabía que era. Había elegido inmortalizar esas características del rey Ptolomeo Sóter y no las del guerrero valiente y gobernante férreo que también había sido. Así se lo dije, y él me dedicó la más alegre de sus sonrisas, la más luminosa de sus miradas azules. Luego me besó; un beso rápido antes de volver a los papiros que nos ocupaban.

—Intento mostrar al rey Ptolomeo como quiero que sea recordado —dijo mientras reseguía la figura con el dedo—, un rey que se ha atrevido a pensar de forma diferente, a cambiar el futuro de un país y a mantenerse fuerte para conseguirlo.

—Me gustan mucho estos dibujos, pero ni Ptolomeo ni Berenice tienen aspecto de reyes. Parecen dos personas como tú y como yo —me atreví a comentar.

—Eso es precisamente lo que quiero reflejar, Irene, su humanidad. Estoy cansado de ver esculturas de reyes con cabeza de faraones, hombres y mujeres que no miran a ningún sitio, figuras estáticas que no muestran quiénes son y que únicamente

representan el poder que ejercen.

—¿Y crees que a ellos les gustará verse desprovistos de la solemnidad que les otorga su posición como reyes de Egipto?

—¿Por qué no les iba a gustar que alguien muestre sus virtudes? El rey Ptolomeo ha hecho posible que Alejandría se convirtiera en la ciudad cosmopolita, rica, culta y organizada que es hoy. Así es como la imaginó él. Quiero que su escultura refleje el poder de un sueño, la importancia de las intuiciones y del trabajo continuado. Y su esposa lo ha ayudado en su empeño. Estas esculturas serán la mejor forma de rendirles homenaje.

Leandro enrolló satisfecho los papiros y los guardó con cuidado en una bolsa de lino. Aquella misma tarde debía ir a palacio a entregarlos. Luego tenía que esperar la decisión real. Me comentó que la espera se le iba a hacer muy larga. Me confesó que a ratos se sentía tranquilo pues estaba seguro de que su propuesta iba a gustar a los reyes; pero que en otros momentos le preocupaba que su proyecto fuera demasiado diferente a lo que se esperaba que debieran ser las esculturas de los poderosos. Se había arriesgado con aquel proyecto, nunca antes se había atrevido a presentar públicamente aquello que deseaba construir. Me contó que llevaba años doblegándose a las exigencias estéticas de quienes le encargaban un trabajo que muchas veces aborrecía, que había esculpido lo que otros querían a fin de poder hacerse un lugar entre los escultores de Alejandría.

—Creo que ya he conseguido ser importante y respetado y ha llegado por fin el momento de dar a conocer mi obra, pero tengo miedo al rechazo. Si esto no gusta a los reyes, serán muchos los que me señalarán con el dedo y dejarán incluso de ofrecerme los trabajos poco creativos gracias a los cuales he vivido hasta ahora. Siempre he tenido la esperanza de que un día pudiera hacer algo mejor. Me lo he jugado todo a este proyecto y estoy asustado, Irene.

Aquel día nos amamos de forma diferente. Por primera vez él me había confiado sus deseos y sus dudas. Me gustaba saber todo eso de Leandro; empezaba a admirar su trabajo y a compartir sus temores. Lo sentí más próximo a mí. Imaginé que aquella había sido su primera confidencia, que a ésa le seguirían otras, y que un día llegaría a explicarme por qué se fue de Creta. Ya no fue sólo su belleza lo que me atraía de él sino también saberlo vulnerable. Parecía que aumentaba su necesidad de mis caricias y de mis palabras, como si yo fuera un bálsamo para el desasosiego mientras esperaba la respuesta del rey Ptolomeo.

Una mañana, Leandro no vino a buscarme al Museo. Al día siguiente tampoco, y yo esperé su llegada con los ojos fijos en la ventana y la mente vacía de todo lo que no fuera él. Al cuarto día sin verlo ni recibir noticias suyas decidí averiguar qué pasaba. Me escapé del Museo a la hora en que solía encontrarme con él y recorrí deprisa el corto camino hasta su casa. No podía dejar de imaginarme lo peor. Temía

llegar allí y encontrarlo muerto víctima de un asalto, o muy enfermo. No se me ocurría ninguna otra causa por la cual no había podido ir a verme ni enviarme un aviso. Cuando llegué a su casa llamé varias veces a la puerta, pero nadie salió a abrir. Decidí entrar por el jardín, también solitario. Grité su nombre; una vez, dos veces. Nadie respondió. Su casa emanaba el silencio de los lugares deshabitados. Aun así me dirigí a la cocina con la esperanza de encontrar allí a algún esclavo. No había nadie. No vi comida fresca y las cenizas del fuego estaban frías. Todo parecía en orden pero sin alma, sin vida. Subí a la habitación donde tantos momentos habíamos compartido. También estaba vacía; el lugar ya no olía a él. Sólo el eco de nuestras risas parecía haberse quedado prendido en sus paredes. Vi el arcón de la ropa abierto y algunas túnicas tiradas por el suelo. La cama todavía conservaba la forma de su cuerpo. Salí de allí, bajé deprisa las escaleras y entré al estudio. Allí había ocurrido algo.

Los bloques de piedra, algunos todavía lisos y otros en los que ya se discernían las formas de las esculturas, estaban partidos en pedazos; como si alguien hubiese querido destruirlos aplicando toda su fuerza y utilizando para ello un gran martillo que descubrí abandonado en el suelo.

—¡Leandro! —grité de nuevo—, ¿dónde estás?, ¿qué te ha ocurrido?

Me puse a llorar. Después, cuando me hube calmado, regresé al Museo. Manetho me miró extrañado, pero no dijo nada.

Cuando llegué a casa todavía tenía los ojos enrojecidos. Al cruzar el jardín, el perfume de las rosas recién cortadas me hizo recordar que aquella noche Herófilo había invitado a cenar a Orestes, Filón y tres sabios recién llegados al Museo que yo no conocía. Caledonia me había comentado días atrás que aquella cena formaba parte de la estrategia de Herófilo para lograr que los sabios del Museo estuvieran de acuerdo con sus novedosas propuestas. Entre esas propuestas se hallaba la de que se les permitiera a las mujeres estudiar en el recinto del Museo.

Para mostrar su posición respecto al papel de las mujeres en la vida pública, y en contra de lo que era la norma en los simposios de los ciudadanos griegos, Caledonia y yo íbamos a asistir a la cena. Herófilo pretendía que sus invitados vieran que las mujeres que no eran hetairas también podían estudiar ciencia y filosofía. Quería que aquellos hombres pudieran comprobar que nuestra conversación aportaba puntos de vista informados sobre los temas que les preocupaban.

Era la peor noche que Herófilo podía haber elegido para una demostración de ese tipo. Yo estaba cansada, preocupada, nerviosa, tenía la cara abotargada y mi ánimo no estaba para enfrascarme en disertaciones sabias que en otro momento me habrían llenado de satisfacción y orgullo, pues eran la prueba de que Herófilo confiaba en mi capacidad tanto como en la de su esposa. Pero esa noche yo estaba muy lejos de la joven que quería ser médico; no me veía capaz de asistir a la cena, de disfrutar del

espectáculo de las bailarinas, de seguir las conversaciones que pudieran entablarse y mucho menos de ofrecer mis opiniones sobre nada. Como no quería defraudar a Herófilo y a Caledonia, intenté buscar alguna excusa que me permitiera librarme del compromiso. No logré encontrarla.

Se acercaba la hora de la llegada de los invitados y yo, aprovechando que Caledonia estaba ocupada instruyendo a los esclavos sobre los preparativos para la cena, entré en la casa sin hacer ruido y fui a esconderme a mi habitación. Me tumbé en la cama boca abajo; los puños y los ojos cerrados. Estuve así un buen rato, y cuando llegó la hora meforcé a levantarme y me vestí a desgana, pero con el esmero al que estaba obligada.

Caledonia intuyó al instante que algo me preocupaba y enseguida adoptó la mirada inquisidora que ya le conocía tan bien. Luego hizo varios intentos de hablarme a solas, que yo esquivé como pude para no tener que explicarle nada sobre Leandro. Por suerte, los invitados empezaron a llegar y ella tuvo que ocupar su lugar como anfitriona.

No recuerdo qué sirvieron aquella noche al principio de nuestro ágape, ni tampoco cómo me las arreglé para participar en una conversación que a duras penas podía comprender. Apenas seguí la danza de las bellas bailarinas que venían de la India y de Etiopía, y la música de sus cítaras no consiguió nada más que sumirme en una melancolía cada vez mayor. Bebí distraída el vino traído de la isla de Quíos que se sirvió aguado en la proporción justa.

—Excelente vino, el de Quíos. Es el mejor —comentó uno de los invitados—. No sé cómo lo hacen para producir algo tan exquisito en aquel pedazo de tierra perdido entre Europa y Asia.

—Bueno, dicen que fue en Quíos donde Enopión, hijo de Dioniso, enseñó a los hombres el cultivo de la vid y la obtención del vino tinto. Quizá sea por eso —respondió Orestes sonriendo antes de acercarse la copa a los labios.

El buen vino animó todavía más la conversación que mantenían anfitriones e invitados y en la que yo participaba sin interés, con el temor de no decir las palabras adecuadas o de estropear con mi actitud distante el buen hacer de Herófilo y Caledonia. Me esforzaba por simular que estaba atenta hasta que uno de aquellos hombres dijo algo que despertó de verdad mi interés.

—El rey Ptolomeo ya ha decidido a qué escultor asignará la construcción de las dos esculturas a la entrada de la torre de luz.

—¿Y quién va a ser? —Quiso saber Caledonia.

—Dicen que Policleto —respondió el hombre—. La decisión ha sorprendido a muchos, pues todos pensábamos que un tal Leandro era el preferido de los reyes debido a sus amores con una dama importante de la corte.

Caledonia aprovechó ese momento para lanzarme una mirada rápida; no necesitó nada más para comprender qué me estaba ocurriendo.

—¿Y por qué no le han dado a ese Leandro el proyecto? —se interesó Caledonia.

La pregunta quedó en el aire, pues en aquel momento llegaron los esclavos con una bandeja humeante de congrio, capturado —según explicó Herófilo a sus invitados— a la luz de la luna por expertos pescadores armados de un tridente. Mientras todos loaban la frescura del pescado yo esquivé la mirada acerada de Caledonia y dirigí toda mi atención al plato que tenía delante. Nunca había observado la comida con tanto detenimiento y todavía hoy puedo recordar la imagen de aquellos pedazos de congrio, sólo la cabeza y las rodajas a ella cercanas, pues la parte de la cola tiene demasiadas espinas y no está bien visto servir las en una mesa de invitados. El pescado parecía cocido a fuego suave y no estaba recubierto por queso ni otros ingredientes. Me fijaba en todos esos detalles mientras esperaba, ansiosa, que alguien aportara más información sobre Leandro. Pero se hizo el silencio y los invitados empezaron a comer. Yo también debía comer, saborear el pescado, elogiarlo, pero la inquietud se había llevado mi apetito.

—¿Qué ha ocurrido con el proyecto presentado por Leandro? —insistió de nuevo Caledonia.

—Ah, sí —respondió el hombre mientras terminaba de masticar un bocado de congrio—. Bueno, el caso es que, según he oído, los reyes se han ofendido mucho por la forma en que ese escultor pretendía representarlos. No parecían ellos, aunque tuvieran su cara. Dicen que la expresión de sus rostros podría ser la de cualquier campesino.

Estuve a punto de gritar que lo que decían no era cierto. Pero supe contenerme. Tampoco me atreví a lanzar ni una sola de las preguntas que pugnaban por salir de mis labios.

—Parece ser que Leandro se enfureció tanto al saber la decisión del rey que se ha ido de Alejandría. Nadie sabe adónde —añadió Orestes.

Ya no fui capaz de escuchar nada de lo que se dijo después. Mantuve la compostura como pude y me retiré a mi habitación tan pronto como se fueron los invitados. Sentía la rabia fluir descontrolada. Quería entender por qué Leandro se había ido sin avisarme. Entonces recordé las palabras de Caledonia y de Manetho acerca de él y tuve que darles la razón. Horas más tarde, cuando por la ventana ya entraba la luz tímida del amanecer, se impuso la lucidez y tuve que aceptar que Leandro había huido. El duro golpe de ver su propuesta rechazada era lo único que le importaba. Se había ido de Alejandría, quizá para siempre, y era muy probable que ni siquiera se hubiera detenido a pensar que yo me quedaba en aquella ciudad aguardando su regreso. Me propuse olvidarlo; no estaba dispuesta a esperarlo. Pero al rato me embargó la inquietud sobre su suerte y se impuso la curiosidad por saber adónde se había ido. No era capaz de renunciar a verlo de nuevo.

Cuando a la mañana siguiente llegué al Museo necesitaba tanto hablar con alguien que acabé por contarle a Manetho que Leandro se había ido de Alejandría. A

él no pareció sorprenderle la noticia, pero su rostro me habló de una tristeza profunda que hizo desaparecer enseguida.

—Manetho —le dije—, necesito saber dónde está Leandro. Ayúdame a buscarlo, por favor.

No respondió; no me dijo que no enseguida; eso me infundió esperanza.

—Por favor —repetí.

Él parecía estar pensando la respuesta. Al final asintió en silencio. Yo lo abracé, contenta de contar con su ayuda. Él me apartó con delicadeza, sorprendido por mi espontaneidad. Una vez más había olvidado que una mujer griega no hacía esas cosas y que debía aprender a contenerme a la hora de expresar mis emociones.

Como Herófilo no nos había anunciado ninguna visita o práctica médica aquella mañana, pedimos permiso a Demetrio de Falero para ausentarnos y salimos del recinto con su autorización. Empezamos a andar en silencio. No sabíamos por dónde empezar a buscar a Leandro y Manetho propuso ir a ver a unos amigos egipcios a los que en más de una ocasión él había visitado en su compañía. Dejamos atrás el gimnasio y el teatro y llegamos a la Vía Canópica, larga y recta tal como la había diseñado Dinócrates de Rodas. Allí nos envolvió la mezcla de voces, ruidos y aromas procedente de los animados pórticos donde los comerciantes mostraban su mercancía de telas, perfumes, especias, ánforas. El rumor de las gentes se fue haciendo más intenso a medida que nos alejábamos del norte de la ciudad y nos dirigíamos hacia el sur, a la zona de los barrios de habitaciones.

Dejamos el este de la ciudad, la zona más tranquila, donde vivían los griegos, y nos dirigimos hacia el oeste por las calles cercanas al santuario de Serapis. Llegamos a una casa de adobe donde nos recibió una pareja de ancianos. Abrazaron a Manetho con efusión y nos hicieron entrar en una sala pequeña, de techo bajo y suelo de tierra. Enseguida preguntaron por Leandro, y Manetho tuvo que responderles que no sabía dónde estaba y que había confiado en que ellos quizá supieran dónde buscarlo.

—A veces pienso que ya se ha olvidado de nosotros —suspiró la mujer—, pero algún día volverá, estoy segura de que vendrá a vernos.

Los ancianos nos comentaron, preocupados, que no habían visto a Leandro desde hacía varios días.

—Venía a vernos muy a menudo, en la última visita parecía preocupado —añadió el hombre—. No nos dijo qué le ocurría, aunque eso ya era habitual en él; nunca hablaba de sus cosas. Eso no nos importaba, sabíamos que a él le gustaba estar aquí y a nosotros nos alegraba su compañía.

Antes de irnos tuvimos que prometerles a los ancianos que en cuanto supiéramos dónde estaba Leandro se lo comunicaríamos. La mujer nos dio las gracias animada por la posibilidad de llegar a saber algo de aquél a quien casi consideraba como un hijo. Manetho me comentó después que ella y su esposo eran los únicos amigos de Leandro en Alejandría, los que lo ayudaron a su llegada a la ciudad, los que habían compartido con él su casa, su comida y su cariño. Era muy extraño que se hubiera ido

sin decirles nada.

—Vamos al puerto —propuse una vez nos hubimos alejado de la casa de los ancianos—. Leandro solía pasar muchas horas allí, le gustaba contemplar el avance de las obras de la torre de luz. Quizá alguien lo haya visto o sepa hacia dónde se ha dirigido.

Manetho aceptó mi propuesta sin mucho entusiasmo. No fui capaz de entender que los dos compartíamos la misma ansiedad por la suerte de Leandro, el mismo sentimiento de abandono y que, al contrario de lo que yo pensaba en esos momentos, él ya había perdido toda esperanza de volver a verlo.

Manetho y yo anduvimos en silencio hasta llegar a la zona del heptastadio, el gran dique que se estaba construyendo para unir la isla de Faro a la ciudad. Reinaba allí la actividad frenética de un día de trabajo, cientos de hombres arrastraban y cargaban grandes bloques de mármol en los carros que los conducirían por el dique hasta llegar a la gran obra. Otros, mejor vestidos, daban órdenes o hablaban entre ellos. El mar no traía el viento fresco de otras veces y aquél mediodía de verano el aire parecía más denso. Venía cargado del olor a sudor de muchos cuerpos trabajando al ritmo rápido al que los sometían sus capataces, a pesar del calor sofocante.

Eran esclavos nubios que pugnaban por hacer avanzar los pesados carros bajo la amenaza del látigo, como si fueran animales de carga. Muchos griegos pensaban que la complexión fuerte que caracterizaba a los de su raza era la más indicada para ese tipo de trabajos. Los creían carentes de aptitudes para cualquier actividad intelectual, incapaces por tanto de rebelarse, de intentar cambiar la rutina en la que malgastaban sus días hasta envejecer y morir. Yo los veía sudar, y sus miradas quizá sí que reflejaban el miedo al látigo, pero también el rencor hacia quienes los obligaban a trabajar de esa forma.

Me pregunté una vez más por qué sólo los griegos se consideraban aptos para las artes y la instrucción de la mente. Era cierto que nunca había oído hablar de artistas ni filósofos de origen nubio. A pesar de eso, siempre que había visitado con Herófilo y Manetho el barrio de Rakotis, miraba a los niños y dudaba de si realmente no podrían hacer otra cosa que crecer para someterse al látigo del capataz, como sus padres y sus abuelos. Quizá alguno de ellos ocultaba un talento que se perdería sin remedio por no tener la oportunidad de cultivarlo. Iba tomando conciencia de la importancia que tenía haber nacido en un lugar o en otro, ser hijo de un esclavo o de un ciudadano griego, de cómo el lugar donde abríamos los ojos por primera vez marcaba nuestra manera de vernos a nosotros mismos y a quienes nos rodeaban. Todos los que habitábamos en los barrios nobles vivíamos en la misma ciudad que los nubios pero nuestras necesidades, deseos y expectativas eran muy diferentes. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo afortunados que éramos.

Mi presencia no pasó desapercibida a ninguno de aquellos hombres. Todos me miraron, sorprendidos al ver a una mujer allí. A medida que avanzábamos me sentía cada vez más incómoda, molesta por verme sometida al escrutinio de tantos pares de ojos. Manetho se dio cuenta de mi malestar y me tomó de la mano. Juntos avanzamos hacia un lugar donde, bajo un toldo improvisado con cañas y tela, tres hombres consultaban un papiro y hablaban con cierta reserva.

—Perdonad —dijo Manetho dirigiéndose a uno de ellos—, busco al escultor de nombre Leandro, ¿alguien podría decirme dónde encontrarlo?

—Se ha ido de la ciudad —respondió el más joven.

—Sí, y muy enfadado —añadió otro riendo.

—¿Sabéis adónde ha ido? —preguntó Manetho.

Los hombres se encogieron de hombros y me miraron una vez más de arriba abajo. Los tres compartían el mismo gesto de desdén. Luego nos dieron la espalda y siguieron leyendo el papiro.

—«Sóstrato de Cnido —declamó uno de aquellos hombres—, a los dioses Soteres, para ayudar a los marineros». Sí, esas palabras son las que debemos esculpir en la puerta de entrada a la torre de luz. Eso es lo que quiere Sóstrato, pero a mí no me gusta este texto. Preferiría algún verso de Homero.

—Calla, que te va a oír —le apremió otro con la vista fija en alguien que se acercaba a ellos—. Hagamos lo que él dice. No nos queda más remedio pues Sóstrato es el arquitecto al que el rey le ha confiado el diseño de la torre de luz. Nuestra opinión no cuenta para nada. Eso deberías saberlo ya.

Un hombre alto, de paso enérgico y vestido con una elegante túnica de color rojo llegó acompañado de un esclavo joven de piel oscura, casi un niño, que se esforzaba por sujetar entre los brazos varios papiros que amenazaban con caérsele al suelo. Manetho y yo nos acercamos al hombre.

—¿Qué queréis? —preguntó sorprendido al vernos.

—Buscamos a un escultor llamado Leandro —respondí—. Nos han dicho que se ha ido de Alejandría. ¿Sabéis acaso adónde se ha ido?

—Somos amigos suyos —añadió Manetho.

El hombre tomó uno de los papiros que llevaba su esclavo. Al hacerlo, varios rollos cayeron al suelo y el joven, azorado, se puso a recogerlos con rapidez. Apenas había empezado a desenrollar el papiro cuando, mirando sólo a Manetho, dijo con una cierta ironía:

—¿Y cómo es posible que no sepáis dónde se encuentra si sois amigos suyos?

—Pues no lo sabemos —intervine, molesta por la forma de hablar de aquel hombre.

Sóstrato de Cnido ni me miró.

—Leandro no quiso hacerme caso y ahora, ahora me he quedado sin el mejor de mis escultores —murmuró como si hablara consigo mismo—. ¿Qué queréis de él?

—Yo..., bueno, él se fue sin despedirse y no sabemos si le ha ocurrido algo malo. Me gustaría saber dónde está para ir a visitarlo —me atreví a decir.

—Entiendo. —Sóstrato sonreía con un gesto de burla que me hería; parecía decirme que había adivinado mi relación con Leandro y le divertía—. Ese Leandro no tiene remedio... Pero me temo que no vais a poder ir a visitarlo. Está muy lejos de aquí; embarcó hacia Rodas hace unos días.

—¡Rodas! —exclamamos Manetho y yo a la vez.

—Sí, después de que el rey Ptolomeo rechazara su proyecto quería irse muy lejos de Alejandría. Rodas es un buen lugar. Yo mismo se lo sugerí y le recomendé acudir a la escuela más importante de escultura de toda la isla, la que dirige Cares de Lindos. Quizá en Rodas pueda encontrar a alguien que sepa valorar su trabajo.

Sótrato aprovechó nuestra confusión para ir a reunirse con los escultores a quienes habíamos preguntado antes.

Los primeros días sin Leandro fueron muy difíciles para mí. De nuevo me encontraba confusa, perdida, atrapada entre la ira y la nostalgia que se alternaban sin descanso para dominarme, y me hacían pasar del ansia por borrar todos los recuerdos de él al deseo de abandonarme al dulce recuerdo de sus palabras, de sus caricias. Pero fue pasando el tiempo, y durante aquel otoño la indignación y el anhelo se fueron apagando para dar paso a un sentir que reconocí como nuevo y que me llevó primero a no enfurecerme conmigo misma por haberme mostrado tan dependiente de los caprichos de Leandro, y finalmente a empezar a recuperar todo aquello que yo era y que creía que se había llevado consigo mi obsesión por el hombre cuya ausencia me empezaba a importar cada vez menos. Conseguí que poco a poco volviera a mí un entusiasmo que no había sentido desde antes de abandonar Atenas. Regresó de nuevo la confianza en mí misma que me había inculcado mi padre, la capacidad de soñar, de imaginar futuros posibles. Me había librado de la añoranza de Leandro. En el proceso, también lo hice de otras añoranzas más queridas, más dolorosas. Me endurecí. Procuraba no pensar en mi padre, ni en Linos, aunque a él lo veía a menudo en mis sueños y muchas fueron las veces en que creí despertarme a su lado. En mis sueños él me daba ánimos, me decía que debía sentirme libre para empezar a gozar de mi nueva vida y de todos los privilegios que había adquirido desde mi llegada a Alejandría.

Empecé a pasar más tiempo con Manetho y con Caledonia. Con él me lancé al descubrimiento de la ciudad que me había acogido y aprendí a admirar no sólo la belleza de sus edificios sino también la variedad de sus gentes, la riqueza de las creencias que traían consigo desde su lugar de origen y la capacidad de aquella ciudad vital para integrar todo cuanto venía de lejos y ofrecerlo como reclamo de nuevos residentes, o de comerciantes ávidos de encontrar el lugar idóneo para comprar y vender la más variada y exquisita mercancía.

Manetho me fue contando todo lo que sabía, que era mucho, sobre Alejandría y quienes la habitaban. A veces eran meras anécdotas, detalles que mantenían viva mi curiosidad y que él alimentaba al hablarme también del Egipto más allá de Alejandría y del cual yo todo lo ignoraba. También lo descubrí a él, y empezamos a compartir risas y confidencias. Con Caledonia dejé de sentirme la niña amenazada a la que ella pretendía dominar, y empecé a verla como la hermana mayor que nunca había tenido y de la que podía recibir un consejo acertado y cariño. Más tarde encontraría en ella a la amiga que me trataba de igual a igual.

Los meses pasaban deprisa, y yo aprendí a leer en el cielo de Alejandría el anuncio del cambio de las estaciones.

El día en que cumplí diecinueve años Herófilo me regaló una caja de medicinas. Era cuadrada, de madera fina. Mi maestro había hecho grabar mi nombre en la superficie lisa que contemplé muda por la emoción. Abrí la caja con manos temblorosas. Los frascos de cristal brillaron a la luz del sol que entraba por la ventana de la sala. Descubrí los distintos verdes, marrones y ocres de los recipientes que guardaban las sustancias que yo ya sabía cuándo y cómo utilizar, palpé la suavidad del hilo de seda y admiré las dos agujas de plata para hacer suturas. Herófilo y Caledonia seguían todos mis movimientos y yo, todavía emocionada por el inesperado obsequio, dejé la caja en el suelo y los abracé a los dos.

Aquel regalo significaba mucho para mí. Quería decir que Herófilo me consideraba ya una estudiante avanzada que había aprendido a incorporar los conocimientos adquiridos de los papiros, de sus enseñanzas como maestro, de las visitas médicas y de los experimentos. Me anunció que creía que muy pronto podría terminar mi formación y estar en condiciones de ejercer la medicina por mi cuenta. Estaba orgulloso de mí y confiaba en que, al igual que hacía él, yo continuaría estudiando y aprendiendo siempre, y me auguraba un gran futuro como médico. Luego se disculpó por no haber conseguido todavía que su colega Erasítrato y otros sabios me aceptaran en el Museo. Estaba intranquilo, me dijo, porque si no conseguía cambiar las normas nunca me darían la licencia para ejercer, aunque hubiera terminado mis estudios.

A mí me preocupaba menos mi situación. Estaba aprendiendo y eso ya era suficiente. No tenía prisa por salir a la calle y ponerme a diagnosticar y a curar por mi cuenta. Para entonces Manetho y yo ya pasábamos más tiempo en la práctica y la investigación de la Medicina que copiando papiros, pero no dejé de aprovechar todas las ocasiones que se me presentaron para consultar nuevos textos en la biblioteca y para hablar con Demetrio de Falero y aprender de la sabiduría de sus palabras.

Tras mucho esfuerzo y diferentes formas de persuasión, Herófilo había conseguido que tanto Manetho como yo fuéramos incorporándonos cada vez más a la dinámica de los otros estudiantes avanzados. Pero todavía debíamos escondernos para realizar con Herófilo alguna de las prácticas que él consideraba imprescindibles para formar a un buen médico. Se trataba de las disecciones. Herófilo había conseguido finalmente instaurarlas. Le había costado algunos años vencer las reticencias de quienes se regían por el principio de que el cuerpo humano no debía cortarse ni separarse después de la muerte. Él no entendía esa forma de pensar contradictoria, pues en Alejandría griegos y egipcios separaban las vísceras del resto del cuerpo cuando se trataba de embalsamarlo. Pero para muchos eso era muy distinto a seccionar el corazón, los pulmones, el cerebro o los riñones, para ver cómo están hechos y cuál es su función en nuestros cuerpos. Lo que proponía Herófilo era demasiado novedoso, porque aunque en tiempos de Hipócrates estas prácticas se

hicieron habituales, siempre se habían utilizado animales. Él había sido el primero en decidir diseccionar seres humanos. Tan convencido estaba de su utilidad que, ante la prohibición de que Manetho y yo tomáramos parte en esa actividad, no tuvo reparos en trabajar con nosotros por la noche, cuando ya no había nadie más en el recinto. Manetho debía salir de su casa sin ser visto y lo mantenía en secreto. Su padre nunca le habría autorizado a diseccionar un cuerpo humano.

—Deberías intentar convencer a tu padre de que lo que hacemos es necesario para ser mejores médicos. Él es médico y puede entenderlo —le dijo un día Herófilo al verlo llegar acalorado por la carrera y el miedo a ser descubierto.

—No puedo, maestro. Sé que no querrá escucharme. Esto está en contra de los preceptos que él ha recibido de sus ancestros y que no cuestiona. Si supiera que estoy aquí, me mandaría vigilar para que no pudiera salir de casa. Puede que hasta me prohibiera seguir estudiando en el Museo.

—Lástima —murmuró Herófilo mientras preparaban entre los dos el cuerpo que íbamos a diseccionar.

La primera vez que vi el finísimo cuchillo de Herófilo cortar la carne de un hombre y mostrar lo que ésta escondía debajo creí que no iba a poder contener las náuseas. Un peso extraño que me subía del vientre al estómago me dominaba, pero no aparté la vista; no quería perderme detalle. Y así habría seguido de no ser porque de pronto las piernas parecían incapaces de sostenerme, los brazos me pesaban y algo les pasaba a mis ojos pues no lograba ver con nitidez. Un silbido intenso en mis oídos fue lo último que sentí antes de que la voz de Manetho me hiciera abrir los ojos de nuevo.

—Todavía está lívida, maestro.

Miré a mi alrededor. Estaba tendida en el suelo y Manetho y Herófilo me observaban.

—Ya pasó, Irene. Enseguida estarás bien —me dijo Herófilo—. Te has mareado, es lo que suele ocurrir la primera vez que uno se enfrenta a la visión de un cuerpo por dentro.

—Yo también he estado a punto de caerme al suelo —añadió Manetho.

Entre los dos me ayudaron a levantarme. A pesar de sus palabras de ánimo yo me sentí como una niña débil y vulnerable; me preguntaba si sería capaz de asistir a otra disección sin marearme. Me esforcé por controlar la náusea cuando empezaba. Lo conseguí, no la primera vez ni la segunda, pero lo conseguí. Con el tiempo me fui acostumbrando a ver cuerpos abiertos. Acabé por olvidar que aquellos órganos que cortábamos y observábamos habían formado parte de alguien que horas antes estaba vivo. Era como si los hombres y mujeres de los cuales estudiábamos los ojos, las meninges, el cerebro o los órganos genitales estuvieran lejos de allí y no tuvieran nada que ver con aquellos cuerpos abiertos cuya piel había adquirido un color extraño y una frialdad que los hacía diferentes. De ellos me llamaban la atención aspectos muy concretos, como cuando Herófilo nos mostró que las arterias eran seis veces más

gruesas que las venas y que estaban vacías después de la muerte. Quizá fuera eso, el que las heridas que infligíamos a aquellos cuerpos no sangraran, lo que hizo que no me parecieran personas, sino objetos que permitían al maestro enseñarnos lo que hasta entonces había sido un misterio. Todavía hoy creo revivir la emoción de aquellas sesiones y en especial una de las últimas a las que asistí, la que Herófilo dedicó a mostrarnos las distintas partes en las que había dividido aquella masa amorfa que se encontraba bajo nuestro cráneo y que él sospechaba que regía todos nuestros movimientos, emociones y pensamientos.

Erasístrato y los demás nunca descubrieron nuestro trabajo nocturno en el Museo, y Herófilo y Manetho no llegaron a enseñarme el lugar donde guardaban en agua los cadáveres antes de que pudiéramos practicar en ellos ningún corte. Sólo ellos lo sabían. Ellos y los dos hombres a los que pagaban para que buscaran en la playa o en las calles algún muerto reciente que no hubiera sido reclamado y no hablaran con nadie del extraño y bien pagado trabajo que les encomendaban. Y así hubiéramos seguido durante un tiempo, maestro y discípulos, hasta que las normas del Museo nos hubieran permitido trabajar de otra manera. Durante aquellas sesiones, Herófilo iba siempre un poco más allá en sus averiguaciones, disfrutaba como un niño cuando lograba confirmar alguna de sus sospechas y se irritaba si no se confirmaban sus intuiciones después de muchas horas de pensar sobre algún órgano del cuerpo y su funcionamiento.

A mí no me importaba trabajar a escondidas de los sabios del Museo y en ningún momento se me pasó por la cabeza preguntarme qué hacía yo a aquellas horas de la noche delante de cuerpos abiertos y eviscerados, en compañía de dos hombres que se movían como chiquillos enfrascados en un juego y que me trataban como si fuera uno de ellos. Estaba orgullosa de tener un amigo como Manetho y de contar con el apoyo de Herófilo, en quien muchas veces reconocía la actitud que siempre había admirado en mi padre. Aunque me hubiera gustado que Linos estuviera también allí con nosotros. Herófilo también lo echaba en falta y con frecuencia se refería a su impulsivo carácter con palabras no exentas de ternura. Manetho no conocía a Linos, pero una mañana en que compartimos temores y confidencias le había contado nuestra historia. Muchas veces, al terminar la disección nocturna, cuando ya nos disponíamos los tres a salir del Museo, yo fantaseaba con regresar a casa en compañía de Linos, charlando y bromeando como solíamos hacer en Lato, y que desde mi cama viéramos cómo el amanecer entraba por la ventana antes de caer rendidos por el cansancio.

Cuando Herófilo y yo llegábamos a casa, Caledonia nos esperaba despierta. Si aprobaba o no las lecciones nocturnas de Herófilo nunca lo supe, de lo único que estoy segura es que ella comprendía las ansias de saber de su esposo y estaba dispuesta a apoyarlo en todo. Sabía que aquellas horas en el Museo no eran sólo un tiempo dedicado a Manetho y a mí, sino la oportunidad de ir más allá en sus pesquisas, de no tener que dar cuenta a nadie, de no estar obligado a ponerse de

acuerdo con Erasítrato para tomar las decisiones importantes. Era un tiempo suyo que había decidido compartir con nosotros. Y todos salíamos ganando. A Caledonia no le molestaron nuestras ausencias hasta el día en que Herófilo le anunció que volveríamos de nuevo al día siguiente.

—No debéis ir tan a menudo. No es necesario.

—Sí que lo es —manifestó Herófilo—. Hemos de terminar lo que empezamos ayer. Necesito escribir los resultados.

—Sí, pero también debéis descansar —añadió Caledonia muy seria.

Discutieron un poco y al ver que Herófilo insistía en su propósito, ella salió de la sala y fue a encerrarse en su habitación. Al día siguiente volvimos al Museo por la noche, pero Caledonia no nos esperó despierta.

Unos días después de ese incidente, cuando a mi regreso del Museo entré en casa, encontré a Caledonia en el jardín, como solía hacer todas las tardes a aquella hora. Estaba hablando con un esclavo en la zona donde cultivaba el loto azul y le instruía con precisión sobre cómo debía cuidar aquella planta delicada que tanto le había costado hacer crecer. El hombre la escuchaba atento. Cuando me vio llegar, Caledonia le indicó que se fuera pero no me recibió con la sonrisa habitual. Pensé que estaba enfadada conmigo porque las visitas nocturnas eran cada vez más frecuentes.

—¿Qué ocurre, Caledonia?

—Vamos adentro —respondió.

Tenía una expresión solemne, e intuí que estaba preocupada por algo que tenía relación conmigo.

La seguí. Cuando llegamos al andrón me pidió que me sentara y que la esperara un momento. Regresó enseguida con un papiro enrollado en sus manos.

—Ha llegado esta carta para ti. Viene de Atenas. —Se sentó a mi lado y me acarició levemente el brazo, como si quisiera confortarme.

Miré el papiro con aprensión. Temía abrirlo, enfrentarme a nuestras sospechas, leer lo que las dos temíamos: la confirmación de que mi padre había muerto.

—Léela —me instó Caledonia—. No ganas nada retrasando el momento.

Desenrollé el papiro despacio; intentaba dominar el temblor de mis manos. La carta era de mi tía Helena. Cuando leí que había conseguido sacar a mi padre de la cárcel, lancé un grito de alegría y me abracé a Caledonia. Luego seguí leyendo, pero la ilusión cedió enseguida el paso a la preocupación: mi tía no dejaba lugar a dudas de que mi padre estaba muy enfermo y que no podía viajar a Alejandría para reunirse conmigo. Me decía que escribía esa carta a escondidas de él, quien le había pedido que no lo hiciera para no preocuparme. Me apremiaba a emprender el viaje de regreso a Atenas; temía que si tardaba mucho no llegaría a ver a mi padre con vida.

Le di el papiro a Caledonia para que lo leyera y nos abrazamos de nuevo. Había decidido ya tomar el primer barco, aunque la urgencia de mi viaje me obligaba a

partir sola y eso me inquietaba. Unas horas más tarde, cuando le comuniqué a Herófilo mi decisión, él me prometió que buscaría al mejor capitán para ponerme bajo su tutela durante el largo viaje.

No comprendí todo lo que comportaba mi decisión hasta el día en que asistí a la que sería la última lección de Herófilo. Versaba sobre su descubrimiento de que los nervios eran órganos sensitivos; me quedé con las ganas de averiguar cómo había llegado a esa conclusión. Luego fui a la biblioteca y me despedí de Demetrio de Falero. Antes de cerrar la puerta miré por última vez las paredes cubiertas de las pequeñas celdillas que guardaban los papiros; me preguntaba si algún día podría regresar a aquel lugar. Salí del recinto del Museo en compañía de un Manetho taciturno y cabizbajo; al igual que yo, buscaba la manera de no tener que despedirse. Apenas me había apartado unos pasos y ya añoraba el color del mármol tocado por el sol de la mañana, la frescura de los jardines, el olor de los papiros y el silencio que acompaña a las aventuras del pensamiento. Aquel día Manetho me acompañó a casa y nos quedamos en el jardín hasta tarde. No recuerdo de qué hablamos, sólo que por primera vez no tuvo ninguna historia que contarme, ningún consejo que darme. Me tomó de la mano y agachó un poco la cabeza. El mechón rebelde de cabello liso y negro que siempre se apartaba de la cara cuando estaba contento le tapó los ojos. Más tarde lo vi alejarse por la calle con el paso lento de quien no tiene prisa por llegar a ningún sitio. No se volvió para decirme adiós.

Fue muy difícil despedirme de Manetho, de Herófilo, de Caledonia. Eran mis amigos, los únicos que había tenido nunca. Aquéllos a quienes había confiado mis dudas y mis temores, también la inmensa alegría con la que desde hacía un tiempo me despertaba por las mañanas porque estaba allá donde quería estar, haciendo aquello que había descubierto que podía llegar a hacer bien algún día. Tras mucho esfuerzo, y en parte gracias a ellos, había logrado alcanzar un equilibrio que de nuevo volvía a alterarse.

Estaba impaciente por reunirme de nuevo con mi padre. Tenía muchas ganas de verlo; por eso me turbó no sentir la alegría que esperaba cuando recibí la noticia de que podía volver a casa y estar con él. Es cierto que mi padre estaba muy enfermo y eso era un motivo de preocupación, pero había algo más, algo que me pesaba. Y es que nunca me había imaginado que para estar con él tuviera que dejar atrás todo aquello que me había costado tanto esfuerzo conseguir: amigos, estudio, libertad, planes, nuevos sueños. Regresar a Atenas significaba volver a enfrentarme a un futuro incierto, empezar de nuevo, como si los cuatro años transcurridos fuera de mi ciudad no hubieran existido nunca. Yo ya no me reconocía en la chiquilla asustada que un día tuvo que abandonar la casa de su padre.

La mañana de mi partida, Herófilo y Caledonia me llevaron al puerto. Todos ansiábamos una despedida corta, como si de esta manera pudiéramos hacerla menos

dolorosa. No fue así. Para ninguno de los tres. Compartí la emoción contenida de Herófilo al abrazarme y el llanto de Caledonia se unió al mío mientras las dos nos preguntábamos en silencio cuando podríamos volver a vernos.

—Estoy seguro de que regresarás algún día a esta ciudad —dijo Herófilo cuando ya me disponía a subir al barco—. Nunca te olvides de que a Caledonia y a mí nos gustaría mucho que así fuera.

Volví a abrazarlos a los dos. Mis lágrimas desdibujaban el contorno de sus rostros.

—Tampoco te olvides de que te falta muy poco para terminar tu formación y convertirte en un gran médico —añadió Herófilo.

Caledonia se secó las lágrimas con un pañuelo y asintió en silencio a las palabras de su esposo. Luego se esforzó por dirigirme una sonrisa; fue una sonrisa muy triste. Herófilo le puso el brazo sobre los hombros y la atrajo hacia él.

El ruido de las velas al izarse se llevó una parte de mí para viajar en el barco que ya empezaba a moverse despacio; la otra se iba a quedar en Alejandría.

Apenas pude reconocer a mi padre en aquel anciano que dormitaba en una silla. Estaba en el jardín de la casa de mi tía Helena, sentado a la sombra de una higuera como solía hacer en las tardes de estío de mi infancia. Me sobresalté al verlo tan delgado. Él parecía haberse abandonado en la silla, como si ignorara que los brazos y las piernas que colgaban de su cuerpo fueran los suyos. Tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada sobre el pecho. No me había oído llegar. Cuando se despertó, abrió y cerró los ojos varias veces; parecía querer asegurarse de que mi imagen no iba a desaparecer de nuevo, al igual que le habría ocurrido ya tantas veces. Yo le sonreía. Su mano se acercó temerosa a mi cara para acariciarla, y ya no fui capaz de contener por más tiempo el deseo de abrazarlo. Entonces me sentí de nuevo en casa.

—Irene, estás aquí —me dijo con la voz muy débil.

No pude decir nada porque se me había hecho un nudo en la garganta.

Su abrazo transmitía todo el cariño y la seguridad que siempre había sabido darme, pero me entristecía la fragilidad de un cuerpo que yo recordaba fuerte y que él siempre había sabido mantener saludable con una buena alimentación y ejercitándose en la palestra. Sus ojos, cuando por fin me miraron sabiendo que de verdad era yo, volvieron a ser los que recordaba.

A partir de ese momento las palabras brotaron de sus labios con la efusión de antaño; quería recuperar todo aquello que no habíamos podido decirnos durante el tiempo que pasamos lejos el uno del otro. El sol de las primeras horas de la tarde que iluminaba el jardín a mi llegada fue debilitándose poco a poco y el cielo adoptó el azul oscuro de la noche y se adornó con las primeras estrellas. Él y yo continuábamos hablando, con las manos a ratos entrelazadas. Mientras me pedía que le explicara cosas sobre Creta y Alejandría, mi padre iba recuperando la energía perdida. Le hablé de Exome, de Herófilo, de Caledonia, de Manetho, y de todo lo que estaba aprendiendo en el Museo.

—Padre —le dije en un intento de transmitirle mi entusiasmo—, Herófilo me considera uno de los mejores discípulos que ha tenido nunca. Me ha dicho que, a pesar de mi juventud, cree que ya estoy a punto de terminar mi formación.

Él me apretó las manos y sonrió satisfecho; estaba orgulloso de mí. Luego me pidió que le enseñara la caja de medicinas que me había regalado Herófilo. Tomó uno a uno los frascos que contenía y observó su color. Me preguntó para qué servía cada una de aquellas sustancias, qué males podían curar. Miró las agujas de plata, el hilo de seda, las pinzas, los pequeños cuchillos afilados, mientras escuchaba atento y emocionado lo que yo le iba explicando acerca de mi trabajo.

Aquella tarde no le confié a mi padre que había visto morir a Dafne ni que el primer hombre al que había amado se había ido muy lejos, obligado a participar en una guerra de la que no había regresado. Tampoco le hablé de Leandro, de mi obsesión por él, de su huida precipitada, de mis esfuerzos por olvidarlo. Me dije a mí

misma que lo hacía por no inquietarlo, pero no era ésa la causa. Sólo estaba defendiendo mi espacio privado, un lugar que no existía todavía cuando me fui de Atenas y que a mi regreso estaba allí, marcando el tono de mis confidencias. Él no me hizo preguntas, creo que enseguida se había dado cuenta de que la niña que se tuvo que ir de su lado y viajar muy lejos no había regresado.

—Kleón parece otro desde tu llegada, Irene. Está recuperando las ganas de vivir —me dijo un día mi tía Helena—. Creo que eres la única medicina capaz de salvarlo.

Mi tía me explicó todo lo que había hecho para sacar a mi padre de la cárcel.

—Hablé con todos mis amigos, convencí a mis hijas para que pidieran ayuda a sus maridos, vendí mi casa y me instalé en Atenas para estar cerca de él. Pero no pude conseguir que lo liberaran. Ni siquiera me autorizaron a visitarlo.

—Tía, tus esfuerzos han dado su fruto. Puedes estar orgullosa.

—Está muy enfermo, Irene. Ésa es la verdadera razón por la que lo han dejado en libertad. Tienen otras urgencias, otras personas de más influencia a las que pueden doblegar a su capricho o perseguirlas si se niegan a ello, como hicieron con él. Además, ya sólo unos pocos le recuerdan y éstos también están alejados de los núcleos de poder.

Nunca me habría podido imaginar que un día iba a tener que interpretar los signos de la enfermedad en mi padre. Observé que respiraba con dificultad, tenía el pulso débil y fiebre, su orina carecía de color, le venían accesos de tos con esputos densos y sanguinolentos, había perdido el apetito, hablaba con voz ronca, mostraba debilidad muscular y sus dedos estaban muy delgados, con las uñas rotas. La nariz afilada, las mejillas prominentes y los ojos hundidos y brillantes destacaban en la palidez de su rostro. Tenía todos los síntomas que Hipócrates había descrito muchos años antes y que correspondían a la Phthisis, una de las dolencias que Herófilo me había confesado que no era todavía capaz de curar. Sabía que Aristóteles se había referido a ella como una enfermedad contagiosa, llevándole la contraria a Hipócrates, quien la describió como hereditaria.

—Durante los últimos días que pasé en la cárcel muchos se encontraban como yo —me dijo mi padre cuando le pregunté cuánto hacía que había comenzado a sentirse mal—. Todos compartíamos los mismos espacios húmedos y una comida demasiado frugal y repetitiva. Luego perdí las ganas de comer, estaba siempre cansado.

Quizá Aristóteles tuviera razón sobre el origen de la dolencia de mi padre, pues Herófilo me había explicado que las aguas y los aires podían propagar las enfermedades y no me cabía duda de que así era cómo había enfermado él. Diagnosticué su enfermedad con la precisión de un buen médico; eso aumentó todavía más mi dolor. Sabía que la muerte se le acercaba deprisa, inexorable. La veía

asomarse a sus ojos, desafiante, convencida de que iba a ser ella quien ganaría la batalla. Yo me resistía. Me costaba aceptar que era ya muy poco lo que podía hacer para curar a mi padre, por eso procuraba administrarle todos los remedios que conocía en un intento desesperado por liberarlo de la enfermedad que lo estaba consumiendo. Así, siguiendo la costumbre egipcia, le di papillas de avena y completé su alimentación con fruta y pescado. Y cuando le subía la fiebre, le administraba sauce blanco y olivo para controlarla. También impedí que el médico ateniense que había mandado llamar mi tía le hiciera una sangría, remedio novedoso entonces y que Herófilo desaconsejaba en el caso de personas ancianas o muy debilitadas. El médico se enfadó conmigo y me dijo que no volvería más a nuestra casa. Yo me alegré de que cumpliera su promesa.

Nunca he creído en los dioses y otras supercherías, pero como no sabía qué más hacer, coloqué la cama de mi padre orientada hacia el este porque sabía por Caledonia que en la India ponían así los lechos de los enfermos para que éstos pudieran rendir homenaje a los espíritus celestes que habitaban en aquella parte del cielo. También probé otros remedios.

—¿Qué son esas flores?, Irene. Kleón no está para fiestas —me dijo un día mi tía con un gesto de desaprobación, cuando me vio poner guirnaldas de flores por toda la casa.

Yo no hice caso de sus protestas y seguí engalanando paredes y puertas porque había leído en algún papiro que las flores eran el símbolo de la alegría del enfermo y de su voluntad de no sucumbir ante la dolencia. También procuré estar alegre, cantar, tocar la cítara y reír siempre que estaba con mi padre. Con todo eso intentaba seguir los principios que me había explicado Caledonia, cuando me hablaba de su intención de crear en su jardín un lugar donde disuadir a los malos espíritus de su intento de arrebatar la vida a los enfermos. Ella me había dicho que la música y la alegría son, juntamente con la visión y el aroma de las plantas adecuadas, las principales armas con las que cuenta un enfermo para alejar a la muerte.

No sé si fueron mis cuidados o su deseo de vivir, pero el estado general de mi padre mejoró hasta el punto de que una mañana me sorprendió al pedirme que lo llevara a ver la ciudad desde la acrópolis. La casa de mi tía no estaba demasiado lejos y emprendimos el camino de subida muy despacio, deteniéndonos a menudo, cada vez que él necesitaba recuperar fuerzas. Pero su andar de enfermo parecía recuperar algo de la energía perdida cada vez que nos acercábamos a alguno de sus lugares preferidos. Y fue capaz de subir la empinada cuesta que llevaba a la acrópolis gracias a la ilusión que tenía por volver a ver la belleza dorada de la diosa Atenea, la diosa guerrera, con su escudo redondo y el casco, preparada para la defensa de la ciudad.

Atenea se alzaba erguida sobre su pedestal recubierto con placas de oro y de marfil. Al igual que me ocurría cuando era niña, me impresionó la cabeza de Medusa

de marfil insertada en su pecho y las serpientes que esculpió Fidias para ajustar su quitón a la cintura y cuyas colas se entrelazaban por la parte de atrás. Atenea no le temía a nada porque era inmortal, pero los humanos tenemos miedo a la muerte, pensé, mientras mi padre volvía a hablarme de la grandeza del teatro de Dioniso que podíamos ver desde allí, con sus sesenta y siete filas de grandes asientos de mármol. Se había sentado en un escalón y contemplaba el movimiento de la ciudad a sus pies.

—Siempre me ha gustado este lugar —dijo—. Desde aquí puedo imaginar que Atenas vuelve a ser aquella cuyas alabanzas he leído en los antiguos papiros, la que se forjó en tiempos de Pericles, la ciudad por la que he luchado para que brillara de nuevo.

Mi padre no quería pensar en la Atenas derrotada por los macedonios, en la muerte de Demóstenes, en el abuso del ostracismo como arma política, en todo aquello que había estado en el origen de la decadencia de su ciudad. Deseaba olvidar los años anteriores a su encarcelamiento, cuando Demetrio Poliorcetes y su mujer Lanasa exigieron ser reconocidos como dioses, y a quienes los ciudadanos de Atenas no dudaron en alabar. Poco parecía importarle que la ciudad independiente y culta de la que tanto había leído y cuya defensa lo había llevado a la cárcel hubiera dejado de existir hacía ya muchos años. Él todavía mantenía su sueño de que Atenas volvería a ser grande. Animado por esa quimera me pidió varias veces que hiciéramos el paseo hasta la acrópolis. Fueron unos días hermosos, a pesar de que ambos intuíamos ya que serían los últimos que íbamos a compartir.

—Irene —me dijo una tarde mientras caminábamos de regreso a casa—, yo ya no puedo hacer nada por esta ciudad, pero tú sí. Son muchos los griegos que se han visto obligados a huir de Atenas, se han ido porque el poder para tomar decisiones importantes ya hace tiempo que está en manos de quienes no deberían tenerlo. Nadie de los que se han quedado se atreve a pensar por su cuenta porque saben que, si lo hacen, se arriesgan a perder la fama, la fortuna e incluso la vida.

—Lo sé, Demetrio de Falero me explicó su historia, que es también la tuya y la de muchos otros que han conseguido irse de aquí o que continúan en la cárcel.

—Pero esto no puede continuar así y sois vosotros, los jóvenes como tú, los únicos que podéis cambiar las cosas. Eres una mujer pero puedes hacerlo; no eres una mujer indefensa. Te he educado para que no lo seas. Sabes pensar, razonar y hablar tan bien como los hombres, y tienes un oficio. Muy pocas mujeres en toda la Hélade disfrutaban de esos privilegios. —Su voz volvía a tener la energía que recordaba de los años en los que su figura aglutinaba a quienes se atrevían a desafiar las normas impuestas.

Mientras escuchaba con atención las recomendaciones de mi padre, me preguntaba qué habría sido de todos aquellos hombres sabios. No le dije nada para no contrariarlo, pero dudaba de que yo, una mujer joven y sin fortuna, pudiera hacer algo para devolver a Atenas parte de su antiguo esplendor. La ciudad que había visto a mi regreso se me antojaba abandonada y triste. Comparé sus calles con las de Alejandría.

En Atenas había pocos edificios nobles, las casas crecían amontonadas en barrios viejos por cuyas calles apenas circulaba el aire, y el ágora y los mercados acogían a gentes cuyos rostros no tenían ni los trazos exóticos y cosmopolitas de los alejandrinos ni su mirada ilusionada. Me sorprendió darme cuenta de que yo misma me sentía ya parte de aquella ciudad y que había empezado a añorarla.

Me resistía a aceptar que mi padre se estuviera muriendo. Buscaba en su rostro, en su voz, en sus gestos, algo que me indicara que iba regresando a la vida. Tanto es así que, cuando recuperó un poco la agilidad en su paso, quise creer que mis cuidados lograrían sanarlo. Él no hablaba nunca de la muerte, quizá porque la sabía próxima y ya la había aceptado. Estábamos juntos a todas horas; compartíamos el silencio de quienes se entienden sin palabras, disfrutábamos de los cambios de la luz en las plantas del jardín, del agua fresca, del sabor de los melocotones de carne jugosa y apretada, del queso de cabra, del aroma de la menta que llegaba hasta nosotros cuando circulaba el aire, de los tonos azules y rojos del cielo mientras se ponía el sol. Los días pasaban y yo hubiera querido apresarlos para que no se fueran tan deprisa.

Un día Epicuro, un viejo amigo de mi padre, vino a visitarlo. Mi tía lo recibió con cierto recelo pues había oído decir que convivía con cuatro hetairas y que dormían todos en la misma cama. Enseguida nos dejó a solas con él y se retiró, no sin antes indicarme con la mirada que sería conveniente que me fuera con ella. Yo hice ver que no me daba cuenta y me quedé donde estaba.

Epicuro era un hombre ya mayor, algo calvo, delgado, de movimientos ágiles y tez curtida por el sol. Lo había visto en alguna de las reuniones en casa de mi padre y sabía que había sido objeto de muchas amenazas debido a su actitud de desprecio y denuncia a los políticos por su afán de poner sus intereses de poder por encima de las necesidades de los ciudadanos. Tampoco era bien vista su forma de tratar a todos por igual, ya fueran hombres o mujeres, ciudadanos libres o esclavos. Aun así, contaba con muchos seguidores que se arriesgaban a que los persiguieran. Se me había quedado grabada en la memoria la expresión de tristeza y rabia que vi reflejada en su rostro un día, poco antes de que detuvieran a mi padre, mientras nos relataba que, en Creta, a unos seguidores suyos se les había acusado de profesar una filosofía enemiga de los dioses y habían sido condenados al exilio después de untarlos con miel y exponerlos a la voracidad de las moscas y los mosquitos.

Mi padre me había contado que Epicuro no pudo regresar a su Samos natal y se quedó a vivir en Atenas. Cuando vio que la población de la ciudad se acomodaba a una forma política que nada tenía que ver con la polis que él, al igual que mi padre, defendía, optó por comprar 80 minas de tierra y se instaló lejos de la ciudad. Allí vivía en compañía de sus hermanos y varios de sus seguidores. Había construido una casa sencilla rodeada por un gran jardín, donde todos los visitantes eran bien recibidos y podían quedarse todo el tiempo que quisieran.

—Kleón, ahora que estás un poco mejor, ¿por qué no venís tú y tu hija a pasar unos días conmigo? Te puede ir bien alejarte de Atenas, siempre tan sucia y maloliente —dijo Epicuro, quien sólo había acudido para visitarnos y estaba deseoso de alejarse de la ciudad lo antes posible.

Mi padre aceptó la invitación sin pensárselo dos veces. Tenía ganas de estar en el campo y de charlar con su amigo como había hecho siempre mientras los dos vivieron en Atenas. A mí me pareció que le iría bien pasar unos días en un lugar donde el aire era más puro y los sonidos de la naturaleza más cercanos. Además, yo sentía cierta curiosidad por conocer El jardín del que él ya me había hablado.

—¿Acaso habéis perdido el juicio? Él no está en condiciones de viajar —dijo mi tía cuando le comuniqué nuestra decisión—. Y tú no debes ir a un lugar que tiene tan mala fama.

—Los que hablan mal de Epicuro son unos ignorantes. Eso deberías saberlo ya, Helena, lo hemos comentado muchas veces —dijo mi padre.

—Bueno, bueno, alguna parte de verdad habrá en lo que se dice.

No le hicimos caso y seguimos con nuestro plan. Ella observaba los preparativos para nuestro viaje con el gesto adusto y el silencio contenido de quien está a punto de reventar si no habla.

—Irene —me dijo al fin—, debes convencerlo para que no haga ese viaje.

—No lo haré, tía —respondí segura—. Está ilusionado con la visita a su amigo y no voy a privarle de eso. No te preocupes por su salud. Yo cuidaré de él tan bien como si estuviéramos aquí.

Luego le tomé las manos para mostrarle que le agradecía su preocupación, que la comprendía. Ella las retiró, me miró furiosa, me dio la espalda y salió de la sala.

Al día siguiente nos pusimos en camino. Aunque la mañana era cálida, abrigué bien a mi padre con mantas para que no cogiera frío durante el viaje y nos subimos al carro que nos llevaría hasta la casa de Epicuro. Puse la caja de medicinas en el asiento, a mi lado; estaba completa, con todos los frascos llenos. Había preparado más cantidad de los remedios necesarios para poder ayudar a mi padre en el caso de que su salud empeorara. La casa de Epicuro no estaba lejos, pero el viaje se hizo largo y él llegó muy cansado. Yo confiaba en que la compañía de su amigo y el aire del campo le ayudarían a recuperar la energía perdida. Hubiera querido creer que también podría llegar a curarse del todo.

El llamado Jardín por los seguidores de Epicuro no era sino un huerto fértil, grande y bien cuidado, donde crecían las coles, los nabos y los pepinos que constituían la base de su alimentación. Allí el aire no venía acompañado del aroma de las flores como ocurría en el de Caledonia. Olía a lluvia reciente; me gustó ver cómo la tierra se extendía llana y fértil hasta juntarse con un cielo de nubes densas cuyos contornos iluminaba un sol que había recuperado el brillo de las tardes de verano. A

la puerta de la casa, sentados a la sombra de una gran higuera, vimos a Epicuro con varios de sus adeptos.

—Cada mañana la amistad recorre la tierra para despertar a los hombres, de modo que puedan hacerse felices recíprocamente —oí que decía el maestro.

Cuando se dio cuenta de nuestra presencia se levantó, fue hacia mi padre y lo abrazó.

—Kleón, ¡qué contento estoy de que al final hayas decidido venir! Ven, siéntate a mi lado, y tú también, Irene.

Un pequeño grupo de hombres y mujeres nos dieron la bienvenida. Por los adornos un tanto excesivos de su túnica, el aroma denso y floral que desprendía su cuerpo, el maquillaje discreto con el que resaltaba la misteriosa belleza de su rostro y de sus ojos oscuros comprendí que la mujer joven que estaba sentada frente a mí era una hetaira. Pensé entonces que era cierto lo que se decía de Epicuro y que aquella debía de ser una de sus amantes. Observé con curiosidad a la joven y aparté avergonzada mi mirada cuando ella me sonrió con franqueza. Nunca había visto a ninguna de esas mujeres y su forma de vida tenía para mí el atractivo temeroso ante lo desconocido.

En la charla que siguió a nuestra llegada, los invitados de Epicuro fueron hablando de cosas diversas. Todos parecían disfrutar de la compañía de quienes, por edad o por rango social, reconocían como diferentes a ellos. Amos y esclavos, mujeres y metecos, todos compartían el mismo espacio, la misma conversación. Eso nunca hubiera sido posible en Atenas, ni en Alejandría, pensé. Uno de los invitados a la reunión, un hombre ya mayor y bien vestido, se levantó, fue a buscar una jarra de agua y nos sirvió a todos. Una cesta con higos empezó a circular entre los asistentes que iban comiendo mientras escuchaban a los que hablaban. Yo los miraba a todos con atención y me preguntaba por qué se decía que los discípulos de Epicuro languidecían entre refinados goces y que él vomitaba dos veces al día para poder volver a comer. Nada en el porte amable de la hetaira que tenía delante, ni en las miradas acogedoras de los allí reunidos, ni en la sencillez de los alimentos que compartían, hacía pensar que los rumores que circulaban sobre Epicuro pudieran tener algo de ciertos.

Permanecí callada toda la tarde, como cuando era una niña. Vi brillar los ojos de mi padre como entonces. Lo observé moverse inquieto en su asiento antes de ponerse a hablar. Sus palabras fluyeron de nuevo con la misma energía que antaño. Estaba contento. Me preguntaba si esa alegría que le iluminaba el rostro conseguiría sanarlo. Deseaba que fuera así, pero lo que sabía de su enfermedad no dejaba lugar para albergar muchas esperanzas. Mientras escuchaba con atención lo que allí se decía, empezaba a comprender por qué mi padre, Epicuro y sus seguidores habían tenido problemas con quienes gobernaban. Contrariamente a lo que decían los políticos, ellos estaban convencidos de que no éramos ciudadanos con un conjunto de deberes, una unidad política que insertar en la comunidad. Muy al contrario, pensaban que el

hombre y la mujer eran simplemente individuos en busca de la felicidad. Quizá fuera ése el motivo por el cual se sentían libres de cualquier lealtad política y, por tanto, fueran considerados peligrosos por quienes buscaban mantener el control sobre los demás.

—Entonces, ¿el objetivo de la vida es el placer? —preguntó un meteco joven que no había dejado de mirarme con interés desde nuestra llegada.

—Sí, pero no el placer de los disolutos y de los juerguistas, sino el no sufrir en lo referente al cuerpo y el no perturbarse en lo referente al alma —respondió Epicuro.

—¿No perturbar el alma? ¿Qué significa eso? —preguntó de nuevo el joven.

—Pues que no hay que temer a los dioses, ni a la muerte. También es importante saber que el placer está al alcance de todos y que el dolor, cuando dura, es soportable, y cuando es fuerte, es de corta duración.

No me atreví a manifestar mi desacuerdo. Epicuro hablaba del dolor físico, de la enfermedad. No contemplaba el dolor por la pérdida de alguien a quien se ama; el que yo sentía cuando pensaba en mi madre, en mis hermanos, en Linos, en Leandro. Me preguntaba cómo iba a soportar la ausencia de mi padre ahora que ya sabía que pronto también iba a abandonarme.

—El dolor de la pérdida es de larga duración, pero es soportable —me susurró Epicuro al oído, como si hubiera adivinado mis pensamientos—. Es un dolor que no te ha de impedir continuar viviendo.

Le sonreí sin ganas, por cortesía. No me convencieron sus palabras.

Durante los días que pasamos en casa de Epicuro, los dos amigos estaban casi siempre juntos. Hablaban y hablaban, reían, discutían a veces. Mi padre parecía haber recobrado las fuerzas. El color había vuelto a sus mejillas, apenas tosía y comía con gusto la fruta y la verdura que le ofrecían. La frugalidad de la comida que recibíamos contrastaba con la alegría contagiosa de quienes la compartían con nosotros. Entre ellos estaba Areté, la bella hetaira que había visto el día de nuestra llegada. Siempre seguía con interés todo cuanto decía Epicuro, hablaba poco y con propiedad, tenía una sonrisa serena y algo melancólica, y a veces le gustaba sentarse ella sola bajo la sombra de un roble que crecía cerca de la casa.

Un día, cuando todos nos hallábamos charlando bajo la higuera, vi llegar a Areté. Había algo extraño en su forma de caminar. Su paso era inseguro, andaba muy despacio, ladeando un poco el cuerpo, como si quisiera buscar un lugar donde apoyarse. Me levanté y fui hacia ella. La tomé de la mano y la llevé hasta donde estábamos reunidos. Se sentó con dificultad. Estaba lívida.

—¿Qué te ocurre? —pregunté bajando la voz para no distraer al resto del grupo.

—No es nada —respondió sin mirarme.

El sudor le marcaba la frente con gotas diminutas y brillantes. Todo su cuerpo pareció estremecerse, se inclinó hacia adelante y ahogó un grito de dolor que sólo yo

fui capaz de percibir.

—Vamos adentro —le dije al oído—. He estudiado Medicina y quizá pueda ayudarte, si me dices qué te ocurre.

Ella me miró sorprendida y enseguida hizo el gesto de levantarse. Fue entonces cuando el resto del grupo se dio cuenta de que algo le ocurría. Areté intentó volver a sentarse y sonrió a todos en un intento vano de aparentar que estaba bien.

—Vamos —insistí tomándola del brazo.

Un hombre y una mujer se levantaron con la intención de acompañarnos y Areté los miró aterrorizada. Luego me miró a mí; entendí su mensaje.

—No se encuentra bien y debe acostarse y descansar. Ya me quedo yo con ella —dije mientras la ayudaba a entrar en la casa.

Areté se quejaba de un dolor agudo en la espalda. Un grito débil, a causa de sus esfuerzos por contenerlo, se escapaba de su garganta cada vez que le llegaba uno de aquellos espasmos. Vomitó, pero eso no consiguió calmarla. Tenía escalofríos y se quejaba también de dolor en el costado izquierdo, en el abdomen, en la ingle. La frente le ardía a causa de la fiebre. Le aconsejé que se tendiera en la cama para estar más cómoda y ella obedeció. Enseguida se levantó de nuevo.

—Tengo ganas de orinar —dijo.

La oí gritar. Un grito breve, agudo, seguido de un sollozo. Corrí hacia ella. Estaba ya de pie. Había dolor y miedo en su mirada.

—Me duele —dijo.

Tomé a Areté por la cintura y la conduje de nuevo al interior de la casa. Empezaba a sospechar cuál era su mal. Quise asegurarme dándole unos golpecitos por toda la espalda. Al principio no hubo ninguna reacción, pero cuando golpeé la parte baja del lado izquierdo, un nuevo aullido de dolor cortó el silencio de la sala. El grito debió de alertar a mi padre pues lo vi entrar preocupado. Me preguntó qué ocurría y yo se lo expliqué. Le pedí que por favor avisara a los demás de que no debían venir a molestar.

—Otra vez necesito orinar —dijo ella momentos después.

Tal y como había visto hacer a Herófilo, le di a Areté un pequeño cuenco de vidrio que llevaba en mi caja de medicinas y le pedí que recogiera allí su orina. La oí gritar de nuevo y luego la vi venir pálida y asustada, mientras que, con el brazo derecho extendido, no dejaba de mirar el recipiente con el líquido sanguinolento que acababa de salir de su cuerpo. Ya no tuve ninguna duda de que estaba aquejada de mal de piedra. Entonces empezaron mis dudas sobre qué hacer.

Sólo una vez había visto que Herófilo hacía una incisión para extraer la piedra, pero yo no lo había hecho nunca. Él, al igual que Hipócrates en su tiempo, consideraba esa cirugía muy peligrosa y sólo la practicaba cuando no le quedaba más remedio. ¿Cuál sería el caso de Areté? ¿Llegaría a expulsar la piedra que impedía que su riñón izquierdo funcionara con normalidad, o debería extraerla yo? No lo sabía, y eso me angustiaba. Areté podía morir de aquel mal, yo debía actuar con rapidez, pero

con prudencia. Por eso decidí empezar por darle el antiguo remedio egipcio que todavía se usaba con éxito para ayudar a expulsar las piedras homicidas, como las llamaban algunos. Si eso fallaba ya no sabía qué más hacer. No me sentía capaz de enfrentarme yo sola a una cirugía tan arriesgada.

Intenté calmarme, que Areté no percibiera mi nerviosismo, mis dudas, que no viera cómo me temblaban las manos cuando abrí la caja de medicinas y busqué los frascos donde guardaba las semillas de melón y de pepino. Preparé una papilla con rábanos a la que le añadí las semillas. A pesar de las náuseas, Areté logró tomarse aquella mezcla; luego se recostó en la cama y cerró los ojos. Parecía muy débil. Sus gemidos de dolor me taladraban el alma. Yo sudaba tanto como ella, tenía el pulso acelerado y las piernas pesadas. No sabía si iba a conseguir salvarla. Por el momento sólo podía mitigar un poco su malestar y esperar a ver si el remedio que le había administrado surtía algún efecto.

—Bebe esto —le dije—. Es una infusión de belladona que te calmará el dolor.

Ella obedeció y me miró agradecida. Yo me senté a su lado y me esforcé por disimular mi ansiedad. El tiempo empezó a pasar muy despacio. Ella aguantaba con entereza el dolor mientras yo intentaba calmarla con mis palabras y mis remedios y escondía mi miedo tras la tapa abierta de mi caja de medicinas.

Unas horas más tarde las micciones de Areté empezaron a ser menos frecuentes y dolorosas, más abundantes, y de un color que ya no anunciaba la presencia de sangre ni de tierra. Me sentí tan aliviada que tuve que reprimir mi impulso de ponerme a dar saltos de alegría por toda la habitación. No iba a ser necesaria la cirugía. Ella ya no se quejaba de dolor, aunque su rostro continuaba pálido y estaba agotada. A pesar de eso, apenas conseguía dormir por unos instantes y enseguida se despertaba de nuevo. Entonces decidí prepararle una tisana de trébol rojo para que descansara mejor. Poco después se quedó dormida y pude comprobar que ya no tenía fiebre y que su pulso se había normalizado. Cuando horas más tarde se despertó, una sonrisa de agradecimiento iluminó su rostro.

Hoy pienso que el azar fue generoso conmigo esa vez. Aquella noche, cuando estuve segura de que Areté se encontraba fuera de peligro, acaricié la madera de la caja de medicinas y me dormí pensando en cuánto me habría gustado estar en Alejandría para compartir con mis amigos el éxito de mi primer acto médico en solitario. Volví a soñar con Linos. Caminábamos los dos con las manos entrelazadas. En la otra mano, cada uno de nosotros llevaba una caja de medicinas.

Durante los días que siguieron pasé mucho tiempo en compañía de Areté. Me gustaba conversar con ella. Era unos años mayor que yo, sabía expresarse con seguridad y hablaba de cosas en las que yo todavía no había tenido tiempo de pensar. Su porte sereno emanaba un aire de misterio, de alejamiento. Pero cuando salía de la casa con ella para dar un paseo, siempre estaba alegre. Las dos parloteábamos y reíamos como viejas amigas. A veces incluso echábamos a correr como chiquillas entre las plantas de laurel, de mirto y de jacinto que crecían silvestres, sin los cuidados que precisarían en un jardín de Alejandría. Luego compartíamos con los discípulos de Epicuro la fruta que recogíamos del madroño que había detrás de la casa y las fresas y las moras que habíamos descubierto colgando entre los zarzales.

Areté no me dijo de dónde venía ni yo osé preguntarle por qué ejercía el oficio de hetaira, aunque sentía gran curiosidad. Ella me contó que tenía una hermosa casa en Rodas, que había estudiado filosofía y oratoria en Atenas y que había convertido su casa en una pequeña escuela donde enseñaba a muchachas jóvenes el arte de hablar en público, vestirse y maquillarse con esmero y buen gusto, y otras disciplinas que no me detalló. Estaba deseando regresar a Rodas y volver a abrir su casa a nuevas discípulas.

—Mi amante tenía que pasar una larga temporada en Atenas y yo debía acompañarlo —me dijo al poco de conocernos—. Yo no quería, no me apetecía pasar tanto tiempo lejos de Rodas. Ahora me alegro de que insistiera. Pocos días después de nuestra llegada a Atenas, un problema con unas tierras que posee en Macedonia lo obligó a viajar allí. Como no era conveniente que fuera con él, logré convencerlo para que me acompañara hasta aquí. Quedamos en que vendría a buscarme al regreso de su viaje. Gracias a eso he podido conocer a Epicuro. Tú ya lo conocías, ¿verdad?

—Sí, pero nunca lo había visitado aquí.

—Yo lo admiro desde hace tiempo. Sabía que iba a ser bien recibida en su casa. Había oído hablar mucho de él y compartía sus ideas respecto a la necesidad de liberarse de la cárcel de los negocios, de la política y de los dioses, y de no estropear el bien que ya se tiene con el deseo de lo que no se tiene.

Mi nueva amiga era una lectora curiosa, y por su forma de hablar me pareció una buena observadora, de pensamiento ordenado y discurso fluido. Un día me habló de su trabajo. Me sorprendió cuando me dijo que se sentía una mujer libre, que podía leer y escribir lo que quería, tener casa propia y moverse por la ciudad a su antojo. A cambio sólo debía mantener contento a su amante. Me explicó que con el tiempo había conseguido dominar el arte del amor y que, además, sabía dar a sus gestos y a sus palabras una sensualidad de efectos mucho más duraderos e intensos que el mero contacto físico.

—Puedo interpretar la música más melodiosa, mantener una conversación amena e inteligente, vestirme con elegancia y llevar el aroma de los perfumes más selectos

para acompañar la espléndida belleza de mi cuerpo, de mis ojos y de mi sonrisa. Eso —me dijo con una sonrisa pícaro— es lo que piensa mi amante de mí.

No le pregunté qué pensaba ella de él, aunque estaba deseando hacerlo.

Me sentía bien en El jardín de Epicuro, un lugar regido por una vida sin obligaciones, donde el tiempo pasaba despacio y me permitía detenerme a observar los distintos tonos de la tierra y del cielo, disfrutar de la caricia del sol sobre mi piel, descubrir el suelo cubierto por las bellotas caídas de los árboles y las flores nacidas sin simiente que el céfiro acariciaba. Había empezado a participar en las conversaciones distendidas que brotaban con facilidad a pesar de hallarnos entre desconocidos. También iba disminuyendo mi desazón por la inminente muerte de mi padre pues, a pesar de la gravedad de su dolencia, todos los signos que veía en él parecían indicar que se estaba recuperando. Mientras, crecía mi inquietud por saber qué iba a hacer yo cuando regresáramos a Atenas. Quería cuidar de él, pero me resistía a imaginarme todo el día encerrada en casa.

No sé si fue la influencia de los días pasados en El jardín o de la amistad que había forjado con alguien tan libre y ajena al mundo que yo conocía como Areté. O quizá fueron las muchas conversaciones con el optimista y soñador incorregible que continuaba siendo mi padre. El caso es que una idea fue tomando forma hasta que se convirtió en un proyecto. El último día que pasamos en El Jardín ya había decidido que quería cuidar no sólo de mi padre sino de todos aquellos enfermos a quienes pudiera ayudar con lo que había aprendido en la Escuela de Medicina. No es que hubiera desaparecido mi añoranza de Alejandría, pero sabía que mi lugar estaba en Atenas, junto a mi padre. Y allí sería donde empezaría a trabajar como médico.

—Estoy orgulloso de ti, Irene —me dijo él cuando conoció mi decisión.

Epicuro estaba con él en ese momento y los dos, entusiasmados con mi plan, sólo tuvieron palabras de ánimo. Cuando pasada la primera euforia les expresé mi temor de que quizá todavía no supiera lo suficiente, no le dieron importancia.

—No debes preocuparte por eso —intervino Epicuro—, irás aprendiendo con el tiempo y la práctica. Lo más importante en nuestras vidas es buscar la amistad y ayudar a quienes nos necesitan. Practicar la medicina será tu forma de ayudar a los demás.

Este apoyo me impulsó a instalarme en casa de mi tía con la intención de anunciar mis servicios como médico.

—Irene —me dijo mi tía Helena—, si quieres quedarte en mi casa, puedes hacerlo. Es más, me gusta teneros a tu padre y a ti conmigo. Pero lo de convertirte en médico me parece una locura.

—Helena, ¿por qué dices eso si sabes que está preparada para diagnosticar y curar enfermedades? La he visto atender a una mujer en casa de Epicuro y te aseguro que conoce su oficio. Ayudar a otros a recuperar la salud es algo que ella puede hacer por

el bien de Atenas —decía mi padre, como si sólo de mí dependiera que Atenas empezara a recuperar algo de su antiguo esplendor.

Mi tía puso los ojos en blanco, en una expresión muy suya.

—Pero Irene es una mujer, Kleón, y sabes muy bien que está prohibido que las mujeres ejerzan la medicina.

—No es así. Acuérdate de Agnódice, al final permitieron que siguiera trabajando como médico.

—Agnódice está muerta y yo no sé de ninguna otra mujer médico en Atenas. Ninguna se ha atrevido. Tienen miedo a que no tengan tanta suerte como ella para librarse de la cárcel, o de la muerte.

—Pero las leyes cambiaron gracias a Agnódice —intervine recordando lo que me había explicado Manetho.

—Eso no está nada claro, Irene. Puede que sólo la aceptaran a ella como médico porque se vieron forzados por las circunstancias, y que las leyes sigan como estaban. Eso explicaría por qué ninguna mujer ha querido ser médico desde entonces.

—Bueno, pues mi hija será la primera. Sabe cómo devolver la salud a quienes enferman. No debe quedarse en casa sin hacer nada cuando hay tantos a quienes podría ayudar. Eso tiene que estar por encima de cualquier ley absurda. No se atreverán a hacerle daño; no después de lo que ocurrió con Agnódice.

—Hay otros médicos en Atenas, Kleón. Ellos se ocupan de los enfermos y a ella no la van a dejar hacer nada.

Mi tía tenía razón y yo lo sabía demasiado bien. Si en una ciudad tan avanzada como Alejandría a los sabios del Museo no les gustaba que una mujer aprendiera el arte de la curación, ¿qué no iba a ocurrir en Atenas? Además, no podía contar con la protección de Herófilo, ni con nadie con el poder suficiente para defenderme. Estaba sola, con el único apoyo de la confianza ciega que mi padre tenía en mi saber, en mi derecho a utilizarlo y en mi deber de hacerlo. También tenía muy presentes las palabras de Epicuro sobre la importancia de vivir sin miedo; él señalaba el miedo al poder político como uno de aquellos que vale la pena vencer, al igual que el miedo a los dioses, al dolor y a la muerte. Necesitaba volver a fijarme en las personas y en sus dolencias, intentar aplicar lo que ya sabía para poder curarlas y buscar la información que me pudiera ayudar a seguir aprendiendo. El tiempo pasado en el Museo había dejado su huella y sabía que me iba a resultar imposible pasar los días sin otra cosa que hacer que charlar con mi padre o con mi tía. No ignoraba que no iba a resultar fácil seguir adelante con mis planes.

—Podría ejercer la medicina en secreto —me atreví a decir.

—¿Qué quieres decir? —respondió mi tía.

—Que no hace falta que anuncie que aquí vive un médico. Sólo necesito que venga una persona y que ésta se lo diga a otra y ésa a otra. Los podemos avisar para que mantengan en secreto que soy una mujer.

—Me parece muy buena idea —opinó mi padre—. Iremos a visitar a Theos, un

buen amigo mío. Su hijo no se encuentra bien y los médicos de Atenas no saben lo que tiene. Puedes ver qué le ocurre, Irene. Si consigues curarlo, él te enviará a más gente y estoy seguro de que guardará tu secreto.

—Estáis locos, los dos —intervino mi tía—. ¿Acaso no os dais cuenta de que los secretos no se pueden mantener, y menos aún uno que va a conocer mucha gente? Pronto llegará la noticia a alguien que no debiera escucharla. Y entonces, ¿qué? Un juicio, la cárcel. ¿De verdad quieres eso para tu hija, Kleón?

Mi padre y yo guardamos un silencio cómplice. Mi tía nos miró muy seria, con la tristeza reflejada en los ojos. También había en su mirada una expresión de impotencia y de preocupación. Luego suspiró.

—Os conozco a los dos y sé que no me vais a hacer caso, pero debo avisaros. Corres un gran peligro ejerciendo como médico sin permiso, Irene. No dudarán en meterte en la cárcel si te descubren.

No supe hasta un tiempo después cuán cierta era la apreciación de mi tía. En aquellos momentos quería convencerme a mí misma de que el secreto de mi práctica podría protegerme. La renuncia a regresar a Alejandría en compañía de mi padre, como habría querido, se me haría más llevadera si podía hacer algo por Atenas y sus habitantes. Si ejercía la medicina allí podría continuar aprendiendo y además hacer feliz a mi padre. No me asustaban las dificultades que iba a encontrar al enfrentarme yo sola al diagnóstico y la curación de los enfermos. Al contrario, lo que más me atraía de mi plan era el reto que eso suponía. Había tenido el privilegio de estudiar en la más avanzada de las escuelas y con el mejor de los maestros, el único que había sabido recoger y mejorar la Medicina egipcia, griega e hindú. Me sabía mejor preparada que los médicos de Atenas. Aunque también tuviera momentos de desánimo y de duda sobre la evolución de enfermedades que todavía eran un misterio y que Herófilo estaba investigando.

Diagnosticué y traté con éxito a mi primer enfermo en Atenas. El hijo de Theos tenía los párpados hinchados y dolorosos. Su rostro me recordaba al de otros muchos que había visto en Alejandría, donde las enfermedades de los ojos eran frecuentes. No dudé en preparar un unguento con azafrán y opio y pedir a la familia que se lo administraran tres veces al día. Cuando a la mañana siguiente volví a visitar al niño, el aspecto de sus ojos había mejorado y en la expresión de los padres pude leer una mezcla de agradecimiento y desconfianza. Querían saber qué artes mágicas habían curado a su hijo. Yo intenté explicarles que la brujería no curaba enfermedades y que el remedio que había ayudado a su hijo se había utilizado en Egipto desde hacía muchos años. No sé si me creyeron. Me preguntaba qué tipo de médicos ejercían en Atenas, pues Hipócrates en su época ya había luchado contra la brujería y pensaba que todos los médicos griegos lo sabían. Al parecer, no era así.

Aquel primer éxito me llenó de orgullo. Empecé a reír por cualquier motivo como

cuando era niña, y volví a cantar y a tocar la cítara mientras mi padre me escuchaba complacido. Estaba ilusionada porque imaginaba que pronto llegarían más enfermos para que los atendiera. Creía haber acertado en mi decisión de quedarme en Atenas, a pesar de que con frecuencia me visitaba la nostalgia por Alejandría y mis amigos. El dolor por la ausencia de Linos y el recuerdo de Leandro permanecían agazapados en el lugar más importante de mi corazón, aquel que evitaba visitar para no quedarme allí retenida.

Tras aquel primer diagnóstico vinieron otros. Hombres y mujeres llamaban a la puerta de la casa de mi tía con cierta reserva, avisados sin duda de que su visita debía permanecer en secreto. Otras veces venían a buscarme para que fuera a atender a algún enfermo. No me faltaba trabajo, y durante los primeros meses no tuve que enfrentarme a ningún caso que no pudiera solucionar, aunque a veces temía que llegara el día en que mi saber no fuera suficiente para salvar una vida. Si le había ocurrido a Herófilo, ¿cómo no iba a ocurrirme a mí, que todavía no había completado mi formación? Ese día llegó, y aunque nunca cedí a la tentación de culpar a los dioses del desenlace final, me hubiera gustado poder hacerlo.

Mi padre entró en la crisis final de su dolencia unos meses después de mi llegada, cuando yo ya pensaba que había conseguido vencer a la enfermedad. La madrugada en que murió, yo volvía a casa después de pasar la noche atendiendo el parto largo de un niño cuya madre había tenido problemas durante el embarazo y había pedido que fuera yo a atenderla en vez de la partera. Mi tía me esperaba, inquieta, a la puerta de la casa.

—Irene, por fin estás aquí —me dijo visiblemente alterada—. Acabo de enviar a la esclava a buscarte. Tu padre está muy mal.

Cuando me acerqué a su lecho supe que había llegado el final. La fiebre le había subido y los pómulos sobresalían debajo de unos ojos hundidos que abrió un momento al sentirme llegar. Me senté a su lado, le tomé las manos y le dije que le quería. Le di un beso en la frente.

—Irene... —dijo con voz ronca, apenas perceptible.

Me acerqué más. Él volvió a abrir los ojos.

—Hija, lucha siempre por conseguir lo que deseas, y... —Respiró con dificultad—. Y no tengas miedo.

Las primeras lágrimas empezaron a descender por mis mejillas.

—Sí, padre. —Le acaricié las manos; apenas podía hablar.

Él empezó a toser. No era la misma tos de otras veces.

—No abandones a quienes te necesitan —logró decir cuando el doloroso rugido dejó de atormentarle la garganta.

—No lo haré.

Su mirada mostraba un desamparo que no le había visto nunca, pero enseguida

volvió a ser la de siempre. Entonces cerró los ojos. Sentí la presión de sus dedos en mis manos. Momentos después se fue; sereno, con sus manos aferradas a las mías y una leve sonrisa dibujada en los labios.

Me abracé a él. Así estuve mucho rato, no quería moverme de su lado. Fue mi tía Helena quien me separó con suavidad y fuerza de mi padre y me arrastró fuera de la habitación.

—Él siempre estará contigo, Irene. Ahora debes descansar un poco —dijo. Ella también estaba llorando.

Las lágrimas, contenidas para mantenerme fuerte ante las situaciones difíciles que había vivido lejos de casa, brotaron imparables. Pero no conseguían sacar todo el dolor que las iba alimentando. La soledad se aferró a mí como si quisiera quedarse conmigo para siempre. Mi padre se había llevado con él la voz que había sido mi guía y que ya nunca volvería a escuchar, la ilusión y el cariño con que me envolvía su mirada, el calor que me ofrecía su sonrisa, la seguridad que me transmitía su abrazo, la energía contagiosa que ponía en sus sueños y que me había ayudado a alimentar los míos. No podía hacerme a la idea de que ya no volvería a verlo, a escucharlo.

Pero a mi tristeza por su desaparición se le unía algo más; no dejaba de pensar que, al igual que había ocurrido en Creta, había sido mi falta de pericia la causa de que mi padre no superara su última crisis. No detecté la gravedad de su empeoramiento cuando dos días antes de su muerte le había vuelto a subir la fiebre. Quise creer que con el descanso se recuperaría, como había ocurrido ya otras veces, y me limité a aplicarle compresas frías hasta que se quedó dormido. Así había hecho también aquella noche, poco antes de que vinieran a avisarme para que asistiera a la parturienta. No supe ver que iba a ser su última noche y que la pasaría solo. De haberlo intuido, podría haberme quedado con él y utilizar todos los remedios que conocía, incluso haberle dado raíz de mandrágora para aligerar su sufrimiento. Podría haber estado con él en sus horas finales. Pero no fue así y eso me atormentaba durante el día y me mantenía despierta por la noche. Poco importaba que supiera que él padecía una enfermedad incurable y que un día u otro sucumbiría a ella. Desde que regresamos de la casa de Epicuro había llegado a convencerme de que mi padre superaría todas las crisis de su enfermedad. Había confiado en exceso en que aún estaríamos juntos durante mucho tiempo.

Al entierro de mi padre acudieron algunos de sus amigos, pocos, porque la mayoría se había ido de Atenas y otros tenían miedo de mostrar en público su amistad con quien había sido juzgado y encarcelado. Alguien avisó a Epicuro y él viajó desde su casa en el campo para hacernos compañía a mi tía y a mí.

—Tu padre no temía a la muerte, Irene. Sabía que cuando nosotros estamos, ella

no está, y cuando llega ella, nosotros ya nos hemos ido. Así es que vivió tranquilo sus últimos meses a pesar de la enfermedad que lo iba consumiendo.

No dije nada por no contrariarlo, una vez más no estaba de acuerdo con él. Al oírlo parecía que era muy fácil vivir sin temores, pero yo ya había visto sufrir y morir a muchos, y ninguno de ellos, ni siquiera mi padre, me dio motivos para pensar que no tuviera miedo. Yo misma temía al sufrimiento físico y me asustaba pensar que un día debía morir.

Pero sí estaba de acuerdo con Epicuro y con mi padre en mi falta de temor a las leyes y a quienes gobernaban Atenas. Me había atrevido a cuestionar ese poder y practicaba la medicina sin temor. Epicuro no dejó de felicitarme por mi decisión.

—Tu padre murió feliz, Irene. Vio que puedes vivir de un oficio que te gusta, sin la necesidad de la dote que él, por suerte para ti, no pudo darte. Tenía la certeza de que no querías un marido, de que no te gustaba el destino de las mujeres casadas. Creo que siempre quiso que fueras una mujer independiente, que no te ocurriera como a tu madre.

—¿Mi madre? ¿Qué le ocurrió? —pregunté sorprendida.

—Ella no era de Atenas. En la orilla asiática del Bósforo, donde había nacido, las mujeres crecían de forma diferente. Tu madre había vivido en libertad, sin nadie que la preparara para el papel de esposa sumisa de un ciudadano ateniense. Cumplir ese papel la convirtió en una habitante silenciosa y apática en su encierro dorado del gineceo. Cuando tu padre se dio cuenta era ya demasiado tarde. Nunca se perdonó haber sido el causante de que ella perdiera toda la alegría y la ilusión que transmitía cuando él la conoció, allá en su Calcedonia natal. Creo que por eso no quiso buscarte marido.

—Pero me trajo un pretendiente a casa —dije yo confusa.

—Sí, cuando se vio obligado por las circunstancias. No sabes el alivio que sintió cuando aquel pretendiente se fue y Herófilo aceptó llevarte con él a Alejandría. Sabía que quizá no volvería a verte pero tu bienestar era lo más importante para él. Confiaba en que su amigo y pariente te ayudaría, como ha ocurrido.

Entonces entendí finalmente los largos silencios de mi madre durante mi infancia, su presencia apenas perceptible, la escasez de sus tímidas caricias y la tristeza que transmitían sus ojos las pocas veces que levantaba la cabeza y nos miraba de frente.

Los días que siguieron a la muerte de mi padre transcurrieron de una forma extraña, como si no fuera yo quien los estaba viviendo, quizá porque en ningún momento me dejaron sola. Los enfermos siguieron llamando a mi puerta y yo los recibía un tanto ausente, sin la ilusión de los primeros días, con el gesto huraño, demasiado pendiente de mi dolor para preocuparme por el suyo. Los atendí con el ánimo decaído y la eficacia aprendida. Me esforcé y al menos nadie se quejó de mis cuidados. Epicuro se quedó unos días para acompañarnos en nuestro duelo. También,

y como había hecho desde nuestro encuentro en El jardín, Areté venía a vernos casi todas las tardes.

Pasábamos las horas conversando los cuatro, como si de esa forma pudiéramos ahuyentar el dolor, pero yo sólo conseguí que se escondiera para atacarme más tarde con más fuerza. Mi tía fue modificando su actitud con respecto a Epicuro y, aunque no siempre se mostraba de acuerdo con él, respetaba su inteligencia y la honestidad con que mantenía sus convicciones. Como cuando nos explicó que el mundo no es sólo orden racional como decía Aristóteles, sino que existe también el desorden, el azar que rige el movimiento de los átomos.

—La muerte es sólo un cambio —nos decía—, ya que la vida es siempre algo fragmentario, móvil, cambiante.

No dejé de repetirnos cuán importante era disfrutar de cada momento, y que eso sólo era posible si aprendíamos a vivir imperturbables y con amigos las situaciones dolorosas de la vida.

—La felicidad no es obligada, sino incitada —nos dijo una de aquellas tardes, mientras comíamos unas obleas con nueces y miel y bebíamos una refrescante infusión de menta.

—¿Cómo se incita la felicidad? —Quise saber.

—Quien está bien consigo mismo posee todo lo que se puede desear. El bien no tiene ningún sentido absoluto sino que corresponde a una experiencia individual, a una manera de sentir. El placer y la felicidad son inseparables del equilibrio. Por eso hay que evitar todo aquello que nos cause dolor.

—Pero la muerte de quienes amamos causa dolor. La filosofía es una preparación para la muerte, ¿no? —intervino mi tía.

—No, no estoy de acuerdo con esa idea que propagó Platón. Para mí la filosofía es una celebración de la vida.

Mi tía negó con la cabeza. Epicuro bebió un sorbo de su infusión antes de continuar:

—Un sabio es aquel que sabe vivir, no quien conoce más cosas.

—Mi padre siempre decía que el saber nos hace libres —intervine.

—Tu padre tenía razón. Pero el saber nos hace felices, no sólo libres. Porque cuando sabemos, eliminamos el miedo, que es la causa de las desgracias humanas. En mi opinión, filosofar es luchar contra el miedo que nos hace vulnerables. Cuando nos damos cuenta de que el miedo no es más que una ficción, estamos curados.

Yo me preguntaba si era posible vivir sin miedo como decía Epicuro y me hubiera gustado que él tuviera razón, pero no lo sentía así.

—¿Y el placer nos ayuda a vivir sin miedo? —preguntó Areté.

—Sí, pero es necesario luchar por el placer. La razón ayuda a medir las necesidades y modelar los deseos para no buscar más de lo que se puede alcanzar y quedarse entonces sin el placer. Creo que el placer auténtico no es de tipo físico sino espiritual. A pesar de lo que se va diciendo de mí por ahí, pienso que el sexo se ha de

vivir con moderación, como la comida y todo lo bueno de esta vida.

Yo participaba poco en las charlas con Epicuro ya que desconfiaba de la seguridad que transmitían sus palabras. Parecía un hombre que vivía sin recuerdos, carencias o remordimientos, que nunca dudaba, que nada le causaba temor, que no tenía deseos, ni planes para el futuro. Representaba todo lo contrario a lo que yo sentía. En aquellos días yo no sabía cómo, ni tampoco quería, alejarme del dolor reciente por la muerte de mi padre. También, y a pesar del tiempo transcurrido, me atormentaba la ausencia de Linos. Además, no podía evitar pensar en Leandro, y mi deseo por él no tenía nada de moderado, como aconsejaba Epicuro. El corazón se me aceleraba sólo con el recuerdo de su belleza, de nuestros juegos amorosos en los que nunca mediaban palabras. Pero a veces no era anhelo lo que sentía por Leandro, sino rabia. Entonces quería borrar para siempre su recuerdo. Estaba pues muy lejos de asimilar las teorías de Epicuro y no sería hasta mucho más tarde cuando sus consejos empezaron a serme de alguna utilidad. Tardaría todavía unos años en comprender que, al igual que el médico intenta curar las enfermedades, la función del filósofo es ayudar a expulsar del alma las pasiones que nos hacen daño y nos impiden vivir el momento, sin preocuparnos por lo que ya ha pasado o por lo que está por venir.

Epicuro no parecía tener prisa por regresar a su casa. Mi tía y yo estábamos contentas de tenerlo a nuestro lado durante aquellos días difíciles para nosotras y pronto nos acostumbramos a su compañía. Por eso nos sorprendió cuando una mañana nos dijo que se iba, no sin antes invitarnos a visitarlo en El jardín siempre que quisiéramos. Cuando salió de casa lo vi alejarse deprisa por las calles de Atenas, esquivando a la gente, incómodo por la proximidad de tantos hombres y mujeres moviéndose a su alrededor, seguramente deseoso de llegar cuanto antes al campo y olvidarse del bullicio y el hedor de tantos cuerpos juntos, y de las calles sucias y poco ventiladas de una ciudad a la que yo sabía que no hubiera regresado nunca de no ser por la amistad que lo había unido a mi padre.

No dejaba de sorprenderme aquel hombre que había sido capaz de enfrentarse al mismo Aristóteles, acusarlo de haberse puesto del lado del poder macedonio y abandonar la independencia de su pensamiento. Él también se había ido lejos de Atenas, como en su día hizo Aristóteles, quien se vio obligado a exiliarse y murió lejos de la ciudad que tanto había amado. A Epicuro ya no le molestaba que le consideraran un loco que se atrevía a desafiar las leyes básicas por las que debía regirse el gobierno de una ciudad y el comportamiento de sus ciudadanos. Aquella fue la última vez que le vi. Años más tarde me enteraría de que había muerto con terribles dolores, pero que mantuvo su entereza hasta el final. Sólo pidió que lo metieran en una bañera con agua caliente y le dieran un poco de vino mientras esperaba a la muerte.

Le hice un último gesto de adiós con la mano a Epicuro y me dispuse a entrar de

nuevo en casa. De espaldas a la calle, percibí que alguien me estaba mirando. Me di la vuelta y descubrí a dos hombres apostados a pocos pasos. No se movieron y siguieron observándome con descaro. Entré en casa deprisa y cerré la puerta. Estaba temblando.

Tras la marcha de Epicuro empezaron a sucederse mañanas en las que hubiera deseado no tener que despertarme. Sólo quería cerrar los ojos de nuevo para poder escuchar la voz de mi padre. Así habrían pasado los días de no haber sido por mi tía Helena, quien me instaba a que me levantara con la excusa de que alguien solicitaba mi ayuda. Yo obedecía sin decirle nada, con la mirada perdida y el gesto adusto. Día tras día rechazaba sus palabras de consuelo, sus consejos y todas las muestras de cariño con las que intentaba que compartiéramos nuestra pena.

Yo sólo vivía para el recuerdo de mi padre, ocupada en alimentar la rabia y el desamparo. Lo buscaba en cada rincón de la casa, olía y abrazaba su ropa, acariciaba sus sandalias, pasaba con suavidad los dedos por los papiros que guardaban los trazos de su escritura. Ciega de dolor, sin reparar dónde ponía los pies ni con quién me cruzaba por la calle, subí varias veces la cuesta de la acrópolis jadeando, porque pensaba que él me estaba esperando en alguno de los rincones que tanto amaba. En mi desvarío estaba tan segura de que iba a encontrarlo allí que llegué incluso a pensar que mi padre no me había esperado porque había tardado demasiado en subir la cuesta. Y al día siguiente me proponía subir más deprisa, y al otro, más deprisa todavía. Esa obsesión era lo único que me sacaba de casa.

Mi tía no podía ocultar su inquietud cada vez que le anunciaba que me iba a la acrópolis y tanto ella como Ilea, nuestra esclava, aprendieron a no decirme nada cuando al poco rato de salir regresaba a casa alterada, irritada. Ninguna de las dos quería aumentar el mal humor que descargaba sobre ellas con demasiada frecuencia. Les hablaba a gritos y utilizaba palabras ofensivas contra ellas que me avergüenza recordar. Hoy pienso en cuánto debió sufrir mi tía, en cómo tuvo que cargar sola con su dolor y el mío. Fui injusta y cruel con ella, tras la muerte de mi padre me convertí en alguien en quien ya no me reconocía. No había vida en mí, sólo desasosiego y rabia, añoranza y confusión.

Tardé mucho en permitir que alguien se me acercara, en abrir mi corazón a mi tía y a Areté. ¡Qué poco merecía sus desvelos, que paciencia tuvieron las dos conmigo! Cuando por fin dejé que Areté empezara a venir de nuevo a nuestra casa me acostumbré a su compañía. Pronto empecé a temer su próxima partida hacia Rodas pues dudaba de que volviéramos a vernos. Me gustaba oírla hablar. Como yo, también Areté se sentía diferente. Sabía muy bien cuán difícil era que otros entendieran y aceptaran que una mujer fuera capaz de guiar su vida sin la ayuda de un esposo.

—Da igual vivir en Alejandría, Atenas o Rodas, en todas partes ocurre lo mismo. Así ha sido siempre y así continuará siendo —me decía.

Areté ya había aprendido a aceptarlo, yo todavía no. Se estaba convirtiendo en

una buena amiga, que hablaba poco de sí misma pero sabía escuchar, comprender, aconsejar. Era ella quien procuraba distraernos a mi tía y a mí, quien me insistía para que saliera a la calle. Un día consiguió convencerme para que fuéramos juntas a los baños públicos. Yo ya había abandonado mi obsesión por subir a la acrópolis y sólo salía de casa cuando venían a llamarme para atender a algún enfermo. En esas ocasiones caminaba con miedo, mirando a un lado y a otro de la calle, temía volver a encontrarme con la mirada fija de los dos hombres que había visto la mañana en la que me despedí de Epicuro. Pero tanto insistió Areté que al final acepté y fuimos a los baños que estaban cerca de la palestra donde se habían entrenado mis hermanos.

Era la primera vez que asistía a unos baños públicos. Al poco rato el vapor envolvía todo mi cuerpo, apenas veía con claridad y sudaba, aislada de todo y de todos, envuelta en una nube blanca que sólo desapareció cuando me metí en la piscina.

—El agua es un bien precioso surgido de la tierra y consagrado a las Ninfas, —dijo Areté—. Por ese motivo no sólo limpia el cuerpo sino que también purifica y cura los males del alma.

—Puede que tengas razón —asentí mientras dejaba que el agua me acariciara y me cubriera hasta llegar a la altura de los hombros.

Me sentía ligera, un tanto aturdida por el vapor caliente que todavía conservaba mi cuerpo, concentrada en observar los reflejos que creaba en el agua el movimiento lento de mis brazos, protegida por aquella envoltura transparente y líquida. Así estuve mucho rato, en silencio, sin pensar en nada, en paz. Se me estaban cerrando los ojos cuando Areté llamó mi atención señalándome el rincón opuesto de la piscina. Allí, tres mujeres charlaban entre ellas y nos observaban sin disimulo. El sosiego desapareció y el agua se me antojó una cárcel de la que debía escapar enseguida.

—Vamos, alejémonos de aquí —le dije a Areté.

Ella suspiró, estuvo a punto de decir algo pero calló y optó por salir conmigo de la piscina. Yo estaba segura de que hubiera deseado quedarse un rato más. Las tres mujeres nos siguieron con la mirada.

—¿Por qué nos miran tanto?

—Éste es el mayor mentidero de Atenas. Aquí unas critican a las otras y se sabe quién es cada una, qué hace, de dónde viene.

—No conozco a ninguna de esas mujeres, ¿y tú?

—Yo tampoco, pero ellas seguro que saben quiénes somos. Y me imagino que no les gustamos... Yo ya estoy acostumbrada. Soy una hetaira, potencialmente podría ser la amante de cualquiera de sus maridos. Me desprecian por eso. Y porque soy rica y puedo moverme a mi antojo y ellas no.

—¿Te tienen envidia?

—Imagino que sí.

Pasamos por delante de la segunda piscina. Varias mujeres charlaban en los bancos que la rodeaban. Todas nos miraron. Algunas lo hicieron rápido, con

disimulo, otras no apartaron la vista de nosotras mientras cuchicheaban entre ellas. Me hubiera gustado plantarme ante aquellas mujeres y decirles que si tenían algo que decir allí estaba yo para escucharlas, quería obligarlas a desviar la mirada, a que se dieran cuenta de su impertinencia. Pero me contuve, no quería aumentar todavía más la atención que todas habían puesto sobre nosotras.

—Vamos a la zona de los masajes, y no te preocupes por sus miradas. Hablar entre ellas de los demás es su única forma de distracción.

—Pero ¿qué saben de mí? —pregunté un tanto asustada pues temía que se hubiera descubierto mi secreto.

—Seguro que saben muy bien que eres la hija de Kleón, el traidor al rey y a su ciudad, como se va diciendo por ahí. También deben de haber tenido noticia de que Epicuro se ha alojado en tu casa. Puede que piensen que te has convertido en una hetaira, como yo, que incluso seas la amante de Epicuro... Déjalas, que imaginen lo que quieran.

No me gustó saber que corrían rumores sobre mí, pero de alguna manera el tipo de comentarios que mi presencia generaba me tranquilizó. No parecía que aquellas mujeres sospecharan que estaba ejerciendo la medicina. Ninguna de ellas habría venido nunca a verme, pues los que buscaban mi ayuda eran en su mayoría metecos o artesanos atenienses y sus familias, todos de rango social inferior al de quienes frecuentaban aquellos baños.

Llegamos a la zona de los masajes, nos pusimos en un rincón donde las mujeres chismosas ya no podían vernos y dejamos que las esclavas se ocuparan de nosotras. Al cabo de un rato me sentí mejor. Todavía relajada gracias al efecto beneficioso del agua sobre mi espíritu, dejé que me depilaran y que me aplicaran piedra pómez en los pies para suavizarlos. Después me lavaron el cabello con arcilla perfumada con lavanda y una esclava de manos fuertes, suaves y diestras, me masajeó las piernas con aceite de tomillo para mejorar la circulación, los brazos con aceite de menta para evitar que creciera el vello, y el pecho y la espalda con aceite de palma para mantener la juventud en la piel, como era la costumbre en Atenas.

La mezcla de aromas me aturdió. Me abandoné a las manos expertas de la esclava y conseguí no pensar en nada. El efecto combinado del agua, los vapores, el masaje y los perfumes pareció devolverme la serenidad y la energía. A la salida de los baños me sentí ligera, alegre incluso. Con el cabello todavía húmedo y recién cepillado, caminé con Areté por las calles de Atenas y me detuve aquí y allá para descubrir un nuevo rincón, para observar a quienes pasaban. Un par de veces creí ver el rostro sonriente de mi padre. Por primera vez desde que había vuelto a Atenas volví a sentir mía la ciudad. De camino a casa, Areté consiguió arrancarme alguna sonrisa con sus anécdotas. Ella y los baños borrarán por unas horas el duelo de mi corazón.

Pasaron varias semanas. El dolor por la muerte de mi padre cedió algo, muy poco,

y dejó un espacio libre, muy pequeño, por donde más adelante se colaría la vida. Atenas fue de nuevo mi ciudad, el lugar donde me gustaba vivir, y mi tía y Areté se convirtieron en los puntales a los que se agarraron mis afectos. El número de enfermos a los que atendía no dejaba de aumentar y los negros presagios de mi tía no se cumplieron; nadie me acusó de estar practicando la medicina de forma ilegal. Hasta ella pareció tranquilizarse, y compartía mi satisfacción cada vez que yo le contaba que había conseguido diagnosticar y tratar con éxito alguna dolencia.

Me gustaba sentirme útil, saber que otros me necesitaban; tener el poder de curarlos me llenaba de una satisfacción plena. La mayoría de quienes buscaban mi ayuda estaban aquejados de dolencias simples, aunque en algunos casos tenía dudas sobre el mejor tratamiento y deseaba volver a Alejandría para seguir aprendiendo. Esos episodios se repetían cada vez con más frecuencia: me aterraba que alguien pudiera morir por mi falta de pericia. Debía seguir formándome, aunque fuera por mi cuenta. Con esa intención salí de casa una mañana y me dirigí a la biblioteca, donde esperaba consultar papiros médicos.

Al igual que en Alejandría, mi presencia despertó el recelo entre los hombres allí reunidos. Todos levantaron la mirada de los textos que estaban leyendo y siguieron mis movimientos con atención. Yo intenté caminar erguida entre los anaqueles que guardaban los papiros. Quería contener mi irritación, que aquel rechazo no me hiciera desistir de mi empeño. Estaba sola, no me acompañaban ni Herófilo ni Manetho. Intenté sobreponerme: aunque fuera mujer, era una ciudadana ateniense y nadie podía echarme de allí. Sentía ganas de gritarles que dejaran de mirarme y se ocuparan de sus asuntos. Ellos seguían observándome con insolencia, hablando en susurros mientras yo me perdía entre los rollos de papiros y buscaba unos textos que no conseguía encontrar. Cansada de hacerme la fuerte, tomé un papiro al azar y me senté en un rincón. Todavía no había podido desenrollarlo cuando uno de ellos se acercó a mí.

—¿Le ha pedido permiso a su esposo para leer eso? ¿Dónde está él? —me preguntó muy serio.

Me sorprendieron tanto sus palabras que no supe qué contestar. Me levanté furiosa de la silla, le di el papiro y seguí andando entre las alacenas que guardaban los rollos. El hombre me siguió.

—Creo que sería mejor que se fuera —me dijo en voz muy baja.

—He de copiar unos papiros para mi esposo —improvisé procurando dar a mi gesto la determinación que tenía al salir de casa y que temía que fuera a desaparecer si el hombre continuaba acosándome.

—¿Y no puede venir él?

—No. Está enfermo —respondí con firmeza.

Me aparté de su lado. Intentaba mantener la compostura y tuve que esforzarme para no levantar la voz y empezar a insultarle.

El hombre se alejó. Los demás continuaban pendientes de mis movimientos.

Estaba furiosa. ¿Por qué no podía yo leer, igual que estaban haciendo ellos? Recorrí la sala en busca de tratados de Medicina. Sentía las piernas pesadas y la boca seca. Apreté los puños, erguí de nuevo la cabeza y seguí en mi empeño. No sabía por dónde empezar a buscar los escritos que necesitaba. La biblioteca de Atenas no tenía un sistema de clasificación como el que había visto en Alejandría y no me atrevía a preguntar a nadie dónde se hallaban los papiros médicos. Al fin logré encontrar unos rollos sobre Medicina y me senté para estudiarlos. Estaba leyendo el segundo cuando percibí una presencia a mi espalda y me volví. Era un hombre joven que se apartó enseguida y simuló estar buscando un rollo en los anaqueles más próximos. No se volvió hacia mí a pesar de que sabía que lo estaba mirando con insistencia. Momentos después se alejó. Tuve el convencimiento de que había estado leyendo mi papiro al mismo tiempo que yo, que se había colocado de pie detrás de mí para poder hacerlo hasta que sentí su presencia.

Leí el último de los papiros que había seleccionado y lo enrollé despacio, sin ánimo. No había nada nuevo en aquellos tratados, nada que no supiera ya. Lo único que había conseguido con mi visita a la biblioteca era pasar un mal rato. Me puse en pie y, sin mirar a mi alrededor, caminé despacio por el suelo de mármol de distintos colores que me había parecido bello a mi llegada. Intenté mantener la espalda recta y el paso firme. Sólo quería salir de allí lo antes posible.

No respiré tranquila hasta llegar a la calle. Imaginé cuán diferente hubiera sido hacer aquella consulta en la biblioteca de Alejandría o mediante preguntas a Herófilo. Pero estaba atrapada en Atenas. Me pregunté por qué seguía allá; si era por la promesa hecha a mi padre de velar por su ciudad, por hacerle compañía a mi tía, o si quizá había algo más. En Atenas no sabía cómo continuar aprendiendo, no tenía maestro ni papiros a los que acudir y sólo podía confiar en el saber todavía limitado que había adquirido y en mi intuición. A pesar de todo, prefería quedarme allí, donde podía ejercer de médico aunque fuera en secreto. En Alejandría no me habrían dejado todavía practicar la medicina y no quería renunciar al goce que me producía saber que yo sola, sin la ayuda de nadie, era capaz de curar a otros.

Una madrugada, cuando todavía la noche no se había retirado del todo del cielo, me despertaron unos golpes, ruidosos y urgentes, a la puerta de casa. Alguien abrió y volvió a cerrar la puerta. Después oí claramente la voz de mi tía:

—¿Quién era? —preguntó a Ilea, nuestra única esclava.

—Nadie, señora. He abierto la puerta y no había nadie.

Las dos mujeres se retiraron y la casa volvió a quedarse en silencio. Yo ya no pude continuar durmiendo. Me sentía inquieta y de buena gana habría salido al jardín a ver llegar la mañana. No lo hice; no me atrevía a hacer ruido porque mi tía tenía el sueño liviano. Cuando empecé a escuchar los ruidos habituales de la casa por las mañanas, salí de mi cuarto. Mi tía e Ilea dejaron de hablar cuando entré en la sala y

las dos me miraron con una expresión sombría.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Alguien ha dejado un mensaje amenazante, una calumnia indecente escrita en la puerta de nuestra casa —respondió mi tía.

Ilea temblaba en un rincón; mi tía intentaba mantener la calma.

Corrí hacia la puerta y la abrí con miedo. Entonces lo vi. Ocupaba toda la puerta y estaba escrito con trazos grandes, con lo que me pareció la sangre de algún animal. El texto se repetía en el muro al lado derecho de la puerta: «Puta. Te estamos vigilando». También se repetía el dibujo de un cuchillo. No pude reprimir el grito agudo que me salió de la garganta antes de cubrirme la boca con las dos manos. Mi aullido llamó la atención de un hombre que pasaba. Supo leer el mensaje, pues me miró con avidez, sacó la lengua y la movió de manera obscena. Entré en casa y cerré la puerta. Corrí y me abracé a mi tía llorando. Ella me acarició la cabeza y no dijo nada. Dejó que mi llanto terminara en una sucesión de suspiros agitados y me acarició la espalda. Cuando me hube calmado, me apartó con suavidad y empezó a dar órdenes precisas.

—Ilea, dile a tu hermano que venga enseguida a pintar la pared y la puerta. Irene, hoy no salgas de casa. Si alguien te necesita, diremos que estás enferma y que no puedes atenderle. Y... —Me miró como si dudara sobre lo que iba a decir—. Ilea, ve a casa de Areté y dile que esta tarde no venga por aquí.

—¡No! —protesté furiosa—. Areté es mi amiga y no voy a cerrarle la puerta de mi casa.

—Pero ¿no te das cuenta de que te está perjudicando su amistad? ¿Por qué crees que te han dejado ese mensaje?

—Quienquiera que haya hecho eso no va a conseguir que renuncie a la amistad de Areté. Tampoco voy a dejar de atender a mis pacientes. Si alguien me necesita, iré a ayudarlo.

—Irene, siempre tan testaruda, como tu padre. Al igual que él, despiertas sospechas por comportarte como no debería hacerlo alguien de tu condición. No sé qué pretenden los que han ensuciado nuestra casa, pero está claro que no les gusta lo que haces ni cómo vives. Puede que el mensaje se refiera únicamente a tu amistad con una hetaira, o al hecho de ser la hija del proscrito Kleón, pero..., pero puede que también hayan descubierto tu actividad como médico. Por eso te pido, por favor, que hoy no atiendas a nadie. Déjame salir al mercado y pasearme por el ágora a ver si puedo escuchar algún rumor. En cuanto a Areté..., bueno, que venga si es tu deseo. No creo que una nueva visita cambie las cosas... Menos mal que pronto regresará a Rodas.

No pude negarme a la petición de mi tía. Escondida detrás de la ventana, observé al hermano de Ilea pintar de nuevo la pared y la puerta de la casa. Me sentía como una niña asustada y vulnerable, obligada a esconderse sin entender por qué. Encerrada en casa cual ave de corral esperaba impaciente el regreso de mi tía. Deambulé por la casa incapaz de hacer nada, de pensar en nada que no fuera quién y

por qué me había insultado y amenazado de aquella forma. Alguien llamó a la puerta; yo corrí a esconderme en la cocina y me senté al lado de Ilea. Enseguida volvieron a llamar, tres golpes sordos, al igual que la primera vez.

—¿Abro, señora?

—No, no lo hagas —dije sin dudar.

Llamaron una tercera vez. Esta vez fue un golpe suave, como si proviniera de alguien que estuviera muy cansado, o muy seguro de que ya no iba a encontrar respuesta a su llamada. Entonces comprendí que aquellos golpes eran diferentes a los de la noche y estuve a punto de correr a abrir la puerta. No me atreví. Me acerqué a una de las ventanas que daban a la calle y vi a una mujer que se alejaba arrastrando a un niño de la mano. Yo estaba demasiado atemorizada, y enfadada conmigo misma porque no había atendido a alguien que necesitaba mi ayuda.

Mi tía tardó en regresar. Venía furiosa. Pidió que Ilea le trajera un vaso de agua y se sentó a mi lado, todavía con la respiración irregular por haber subido demasiado deprisa la cuesta. No había podido oír ningún comentario pero había visto lo suficiente para sentirse asustada. En un par de ocasiones había intentado acercarse a un grupo de mujeres que conocía de haber hablado alguna vez en el mercado y éstas, al verla, habían cortado su conversación, le habían dado la espalda y se habían alejado con cierta precipitación.

—Luego he intentado comprar unas telas en mi lugar habitual, pero el vendedor, que siempre es atento y hablador conmigo, se ha limitado a darme el precio sin saludarme ni decirme adiós.

Cuando mi tía hubo terminado el relato, intuí que el miedo la dominaba.

—Mi niña, ¿qué va a ser ahora de ti?, ¿qué va a ser ahora de nosotras?

Al enterarse del suceso, Areté no pudo contener primero la ira y luego un sentimiento más doloroso; se sentía responsable de lo ocurrido.

—Te desprecian porque eres amiga mía. Pronto se calmarán, no te preocupes. Cuando me haya ido dejarán de perseguirte. Quizá sea mejor hacerle caso a tu tía y que yo no vuelva más por aquí.

—No. ¿Crees que cambiará algo el que tú no vengas a esta casa?

—Nos despediremos hoy, pero volveremos a vernos, de eso estoy segura. Tú y tu tía siempre seréis bienvenidas en mi casa de Rodas.

Areté había tomado su decisión y mi tía se tranquilizó un poco al escucharla. Tuve que reconocer que las dos tenían razón, que aquélla era la única opción posible dadas las circunstancias.

—¿Regresarás algún día a Atenas?

—No lo sé. No me gusta mucho esta ciudad. Aunque ¿quién sabe? Puede que, como ahora, tenga que volver a pasar una temporada.

Nos dimos un abrazo rápido, las dos procuramos guardarnos las lágrimas.

Cuando Areté salió de nuestra casa ya era de noche. La vi alejarse en su carro y, una vez más, me sentí huérfana de afectos. Volvía a preguntarme por qué todos

aqueellos a quienes quería se alejaban de mi camino. Perdí de vista el carro, y Areté empezó a formar parte de mis recuerdos, junto a Linos, Herófilo, Caledonia, Manetho y Leandro. Todos ellos, a excepción de Linos, quien seguramente había muerto, vivían vidas alejadas de la mía. Estaba convencida de que ninguno de ellos volvería a cruzarse en mi camino. Cerré la puerta y me abracé de nuevo al cuerpo cálido de mi tía.

Al día siguiente, los mismos dibujos y las mismas palabras que habíamos borrado aparecieron en el muro y en la puerta de casa, y el miedo y la impotencia se quedaron con nosotras. No sabíamos a quién acudir en busca de ayuda, tampoco nos atrevíamos a confiar en nadie. Temíamos que alguien indagara y se enterara de mi práctica secreta de la medicina, si no la habían descubierto ya. Tampoco podíamos sentarnos a esperar. Debía protegerme, defenderme, escapar. Escapar..., supuse que ésa era la respuesta. Regresar a Alejandría como me había aconsejado mi tía.

—No puedo ir contigo, mi niña —me dijo cuando le pedí que me acompañara—. ¿Qué iba a hacer yo en Alejandría? Además, no puedo irme tan lejos de mis hijas.

—Pero ahora ya viven lejos de ti y nunca puedes verlas. Estarías mejor conmigo.

Unas lágrimas inoportunas amenazaron con resbalarle por las mejillas, me dio la espalda y ordenó a Ilea que llamara de nuevo a su hermano para pintar la fachada. Aquel día ni mi tía ni yo osamos salir a la calle. Enviamos a la esclava para ver si podía averiguar algo y las dos nos pusimos a esperar su regreso, ansiosas y en silencio. Ilea nos trajo noticias nada tranquilizadoras.

—En el mercado he podido escuchar la conversación de dos mujeres que se quejaban de dolor de espalda. Una de ellas estaba embarazada y le decía a la otra que había oído hablar de una mujer que ejercía como médico en Atenas. La otra no quería creerlo, pero al final se ha convencido cuando la primera le ha asegurado que había curado una dolencia que padecía su padre. Las dos han decidido ir a visitar a la mujer médico en los próximos días.

Los peores temores de mi tía volvieron a su mirada.

—Sabía que un día u otro llegaría este momento. Irene, si se habla de ti en el mercado, no tardará en llegar la noticia a quienes hacen las leyes y procuran que se cumplan. Vendrán a por ti. Es sólo cuestión de tiempo.

Cerré los puños con rabia y crucé un par de veces la sala con el paso rápido propio de los enajenados.

—¿Y qué voy a hacer ahora?

—Sigue sin salir de casa, no atiendas a nadie. Si alguien viene preguntando por ti, le diremos que te has ido a Alejandría. Irene, sabes..., sabes que no quisiera que te fueras nunca de mi casa, pero estoy segura de que allí nadie te perseguirá como aquí.

Mi tía tenía razón y Alejandría era el único lugar seguro para mí. Sin embargo, yo me rebelaba por verme de nuevo obligada a huir de Atenas. No quería perder la

independencia de ejercer como médico para volver a convertirme en la pariente indefensa que Herófilo debía mantener, proteger y educar. A ratos me animaba pensar que estaría de nuevo con mis amigos, que volvería a estudiar. Pero enseguida pensaba en mi tía, a quien iba a dejar sola en Atenas, a quien echaría en falta. La había visto cuidar a mi padre, llorar en silencio su muerte, preocuparse por mí, acompañarme y darme consejos como si hubiera sido mi madre. Era una mujer alegre y vital por naturaleza pero estaba mayor y sola, pues sus hijas vivían demasiado lejos para que ella pudiera visitarlas como le hubiera gustado. Si yo me iba no le quedaría ya nadie por quien velar. Aquélla había sido siempre su única forma de vivir: cuidar de los otros daba sentido a sus días. Poco amiga de las multitudes, de carácter inquieto y lengua mordaz, sin amigos en Atenas, pues los había dejado atrás al trasladarse para estar más cerca de mi padre, yo estaba segura de que si se quedaba sola, mi tía iba a languidecer, aburrída, esperando la muerte. Pero sabía que no iba a convencerla para que se viniera conmigo a Alejandría.

Era todavía noche cerrada cuando unos golpes muy fuertes retumbaron en nuestra puerta. Eran golpes secos, rápidos, como si quien los daba tuviera mucha prisa. Mi tía había prohibido que abriéramos a nadie. Los golpes persistían. Al cabo de un rato se hicieron más débiles, aunque seguidos, con la misma urgencia de los primeros. Luego reinó el silencio. Pero enseguida me llegó un sonido distinto de la calle. Alguien se movía cerca de la casa. Percibí pasos fuertes y ruidosos, sobre un montoncito de piedras, como si alguien eligiera precisamente la parte menos silenciosa de la calle para hacerse notar. Me cubrí la cabeza con la sábana e intenté bloquear el sonido presionando la almohada sobre mis orejas. No lo conseguí. El ruido proseguía, cada vez más fuerte, cada vez más cerca. La casa continuaba en silencio, mi tía e Ilea debían de estar esperando a que quien fuera que estuviera allí se diera por vencido. Yo no podía seguir quieta y me acerqué a la ventana. Justo debajo, una figura que me pareció femenina movía sus pies entre las piedras. Levantó la cabeza y miró hacia arriba: era Areté.

Al abrir la puerta, entró rápidamente. Llevaba un hatillo en la mano, tenía la respiración agitada y el cabello se le pegaba a la frente brillante de sudor. Se sentó a mi lado y, sin haber pronunciado todavía ni una palabra, abrió el hatillo.

—Rápido, Irene, ponte esto. —Me tendió una túnica del tipo de las que llevan los esclavos, un sombrero de ala ancha y unas botas.

Me quedé paralizada mirando aquellas ropas. Mi tía Helena había salido de su habitación alertada por nuestras voces y se unió a nosotras.

—¿Qué ocurre?

Areté habló de forma atropellada, con urgencia, miedo y determinación.

—Al amanecer vendrán a buscar a Irene para detenerla. Está acusada de saltarse las leyes de la ciudad practicando la medicina a pesar de su condición de mujer. Tiene

que irse de Atenas antes de que la encuentren.

Sentí frío. Intenté hablar y la voz no me salió de la garganta. Comprendí la gravedad de la situación a la que me había llevado mi manera insensata de actuar. Mi tía había tenido razón desde el principio y yo había sido una ilusa al confiar en que nada iba a ocurrir.

—Hoy he asistido a un simposio con mi amante —explicó Areté—. Mientras unas jóvenes bailaban en honor a los invitados he escuchado, por azar, una conversación entre dos hombres a los que no conocía. Comentaban que hace unos días se habían enterado por fin de dónde vive la mujer médico.

Mi tía y yo nos miramos asustadas. Areté bebió un poco de agua que le había traído Ilea.

—Por su conversación he sabido que los dos son médicos y que llevaban tiempo perdiendo clientela entre los metecos y los artesanos. Hasta que se enteraron de que a sus antiguos pacientes los estaba atendiendo una mujer. Ambos se felicitaban por haber conseguido saber quién era la intrusa y la habían denunciado, exigiendo su rápida detención. Los he visto servirse más vino mientras celebraban que, por fin, esta madrugada iba a ser detenida y entregada a la justicia de la ciudad.

Areté siguió hablando muy deprisa. Pretextando un intenso dolor de cabeza, había abandonado el banquete del amigo de su amante. En el silencio de la noche se había dirigido al lugar donde dormían los esclavos para robar las ropas que me acababa de pedir que me pusiera. Después se había hecho conducir a casa en el carro de su amante. Cuando estuvo segura de que estaba sola y el carro había emprendido el viaje de regreso al simposio, Areté había salido de nuevo a la calle para subir corriendo la cuesta que llevaba a mi casa y avisarme de lo que se avecinaba. Durante el camino, había trazado un plan.

—Irene, sabes que mi amante y yo nos vamos a Rodas dentro de unas horas. Te propongo que vengas con nosotros. Debes abandonar esta casa de inmediato, si te escondes en otro lugar de Atenas, tarde o temprano te encontrarán y nadie podrá librarte del juicio y de la condena.

Mi tía reprimió un gesto de dolor, me miró con el desasosiego de una madre que está a punto de perder a su hija y, con apenas un hilo de voz, acertó a decir:

—Areté tiene razón. Haz lo que ella te diga.

Mi tía me ayudó a vestirme mientras me repetía una y otra vez que prefería perderme para siempre a verme en la cárcel y seguramente condenada a muerte. Yo la dejaba hacer, sólo pensaba en que teníamos que darnos prisa. Sin embargo, cuando ya estuve vestida y miré a mi tía, no fui capaz de controlar las lágrimas. Ella mantenía la entereza que siempre había admirado en ella. Tras esos ojos sin lágrimas se escondía la ternura que no se adivinaba en su apariencia de mujer de carácter fuerte. Me preocupaba que, al descubrir mi huida, pudieran hacerle daño a ella.

—No sufras por mí, Irene, no corro ningún peligro —dijo adivinando mi temor—. Es a ti a quien buscan. Cuando sepan que te has ido, se tranquilizarán, pues la

causa por la que te denunciaron habrá desaparecido.

Momentos después abrazaba a mi tía por última vez y salía de casa vestida con una túnica que olía a sudor rancio y a suciedad acumulada. El cabello recogido bajo el gran sombrero me daba el aspecto de un esclavo joven que acompañaba a su señora. Areté y yo caminamos en silencio. El cielo era una mancha oscura y la luna un trazo delgado sin fuerza para iluminar nada. Nos costaba adaptarnos a la oscuridad. En un par de ocasiones confundimos el ruido que hizo un perro que se cruzó en nuestro camino con el de los pasos de alguien que se acercaba. Las formas de las casas parecían cobrar movimiento y venir hacia nosotras convertidas en grupos de soldados, tal era nuestra inquietud. Tuvimos suerte, lo avanzado de la hora había dejado las calles vacías y nadie nos vio. Les habría parecido sospechoso que una mujer joven caminase en la noche acompañada de un esclavo con un sombrero de los que usan los campesinos para protegerse del sol.

Entramos con sigilo en casa de Areté. Ella fue a comprobar que su amante no hubiera regresado todavía.

—Hemos de darnos prisa, Irene. Está a punto de llegar y tenemos poco tiempo. Dormirás lo que queda de noche detrás de aquellas cortinas —dijo señalándome un rincón de su amplia habitación—. No te muevas ni hagas ningún ruido hasta que venga a buscarte.

Unas horas más tarde, cuando ya hacía rato que se oía el trajín de la mañana en la casa, Areté abrió la cortina y me instó a salir. En el brazo llevaba una sencilla túnica de esclava, blanca, corta, de lino burdo, y un par de sandalias.

—Ponte esto. Y date prisa.

Recogió de nuevo mi cabello debajo de un pedazo de tela de lino que me lo cubrió por completo.

—Nadie en la casa sabe nada de ti ni debe saberlo hasta que no hayamos salido de Atenas. No sé si quienes te buscan se atreverán a venir hasta aquí, pero por si acaso, debes esconderte. Lo único que se me ocurre es que vayas a la cocina y te mezcles con las esclavas. Será por un par de horas.

Aquella mañana, volví a escaparme de Atenas. El puerto de El Pireo volvió a ofrecerme sus olores a multitud, a excrementos y a pescado, la visión desagradable de las casas que se amontonaban allí cerca y, más lejos, la belleza de las colinas del Himeto, que miré con la misma nostalgia que el día de mi primera huida de la ciudad. Esta segunda vez presentí que sería la última. Entré en el barco confundida entre el cortejo de personas y objetos que acompañaban a la bella hetaira Areté y a su amante en su viaje de regreso a Rodas.

Mientras acariciaba el anillo de mi madre escondido bajo la túnica, nuestro barco iba tomando distancia del puerto de El Pireo. A pesar de las prisas, mi tía había ensartado el anillo en una cinta y me lo colgó del cuello antes de abandonar su casa. No llevaba nada más que fuera mío. Mis ropas, sandalias, espejo, peine, perfumes y maquillaje, todo se había quedado en Atenas. Sólo reposaba a mis pies la caja de medicinas, que, con la confusión del momento, estuve a punto de olvidar.

—Para que sigas usándola allá donde vayas —me había dicho emocionada mi tía cuando me la trajo.

En los años que siguieron, su recuerdo y el de mi padre tuvieron la capacidad de devolverme la confianza y la energía necesarias para salir adelante.

El barco se movía despacio. Oía las voces de quienes pasaban a mi lado y el aire me traía los olores de comida, de caballos, de gallinas, de sudor y de mar que viajaban con nosotros. Intenté concentrarme sólo en el reflejo del sol en el agua que se movía bajo mis pies mientras la madera del barco crujía a su contacto. No pude. Sentía pena de mí misma por tener que enfrentarme de nuevo a un cambio no deseado. Por verme en la necesidad de volver a empezar en otro sitio. Una vez más dejaba atrás a las personas, los paisajes y la actividad que me habían hecho sentir viva, con un propósito que hacía que me levantara ilusionada todas las mañanas.

Areté se acercó y se sentó a mi lado. Su presencia tuvo la virtud de romper el fluir de pensamientos negativos. Me recordó que, gracias a ella, no estaba yo en esos momentos en la cárcel a la espera de un juicio por el que me condenarían a no practicar la medicina nunca más, o quizá también a pagar con mi libertad, incluso con mi vida, la osadía de desobedecer las leyes por las que se regía la ciudad de Atenas.

—Gracias, no sé qué habría sido de mí sin tu ayuda.

—Vamos —dijo ella levantándose y tendiéndome la mano para que yo también lo hiciera—, a partir de ahora ya no corres peligro y no hace falta que estés con las esclavas. Puedes quedarte conmigo, hay sitio para las dos.

Areté viajaba con el lujo reservado a los ciudadanos de rango superior. Disfrutaba de un espacio amplio, con una cama grande y un diván largo de patas doradas y asientos forrados de la misma tela color púrpura que adornaba las paredes. Había también una mesa y unas banquetas bajas cubiertas de cojines, donde nos sentamos. Desde allí se veía muy cerca el agua. Sobre el techo de madera resonaban los pasos de la gente que se movía por cubierta. Miré a Areté sorprendida.

—Sí —dijo ella tras comprender el significado de la pregunta que vio en mi rostro—, las hetairas somos las únicas mujeres de la Hélade que tenemos nuestro propio dinero y decidimos cómo gastarlo. No me gusta viajar por mar y cuando lo hago procuro que sea en las condiciones más cómodas posibles.

Una esclava nos trajo pan con aceitunas y un poco de queso. Empecé a comer sin hambre, temerosa de que la comida me sentara mal como durante mi primera

travesía. Pero llegué a Rodas sin mareos, ni ataques de piratas.

El amante de Areté, un hombre de pelo ralo, vientre prominente, risa fácil y voz enérgica, venía con frecuencia a buscarla y ella me dejaba sola durante un buen rato. Regresaban los dos riendo. En un par de ocasiones Héctor compartió con nosotras una comida ligera. Areté le explicó que me había conocido en casa de Epicuro y que me había invitado a pasar una temporada con ella en Rodas. Lo hizo de forma que Héctor creyera que yo era una hetaira que, por alguna razón, había tenido que huir de Atenas. Él me trató con una amabilidad distante, la misma que usaba con cualquiera que no fuera Areté.

Durante el viaje me enteré de que Héctor era un rico comerciante viudo que había decidido no casarse de nuevo para no engendrar más hijos legítimos a quienes dejar su fortuna. Me pareció un hombre que sabía apreciar todo lo que Areté podía ofrecerle. Creo que la admiraba, no sólo por su belleza exquisita y su dominio en las artes amatorias, sino también por la sabiduría que emanaba de su conversación, que llegaba siempre acompañada de la cadencia dulce y envolvente de su voz. Héctor la cuidaba como su tesoro más preciado. Me habría atrevido a decir que la amaba, con la misma certeza que intuía que ella no amaba a Héctor y que quizá no lo había amado nunca, a pesar de los años que llevaban juntos y de la pose cariñosa, alegre y sensual que siempre mantenía ante él.

Lo primero que observé cuando divisamos la ciudad de Rodas desde el mar fue la estatua del dios Helios, el que pidió a Zeus que hiciera surgir la isla de Rodas del mar y se la entregara. Era una estatua de grandes proporciones que se alzaba sobre una colina señalando el puerto y que centró la atención de todos los pasajeros. No pude evitar recordar mi llegada a Alejandría, cuando vi por primera vez las obras de la gran torre de luz en la isla de Faro. Al igual que entonces, había tenido que huir de Atenas en barco para llegar a una ciudad nueva. Volví a pensar en la diosa de la fortuna escondiendo mi camino para que nunca supiera hacia dónde me dirigía. Pero esta vez era un lugar de navegantes cuya historia conocía. Sabía que los rodios estaban satisfechos de sus éxitos, que eran arrogantes y se sentían libres. Así lo proclamaba la gran estatua del dios Helios. Todas las ciudades que visitaba se afanaban en la construcción de una gran obra que las distinguiera de las demás. Quizá fuera una forma de animar a sus ciudadanos a identificarse con sus logros y a seguir trabajando para mantenerlos.

Había oído hablar de aquel gigante de bronce de Rodas que ahora veía por primera vez. Sabía que el rey Seleuco Nicátor lo había mandado construir años atrás para celebrar su victoria sobre Demetrio Poliorcetes. La estatua parecía casi terminada, pero muchos hombres seguían trabajando a su alrededor. Utilizaban largas escaleras para subir hasta la cabeza del dios, de donde salían unas lanzas muy largas y doradas que intentaban simular los rayos del sol. El dios Helios tenía el brazo

derecho alzado y en la mano sostenía un pebetero cuya luz protegería a la ciudad. La estatua marcaba el lugar donde con anterioridad se había construido un templo en su honor. No era como me la había imaginado. En Alejandría había oído decir que por el arco que formarían sus piernas abiertas podrían pasar los barcos.

—Sí. —Sonrió Areté cuando le comenté mi sorpresa—. Eso es lo que quería el rey Seleuco, y así le pidió a Cares de Lindos que hiciera la estatua. El pobre escultor tuvo que explicarle que una figura de esa altura debía sostenerse sobre una base muy amplia, por lo que sería imposible construirla con las piernas tan abiertas. Entonces el rey decidió que el coloso impresionaría más al visitante si dominaba el puerto y la ciudad desde la colina.

—Por eso lleva una capa tan larga, ¿no?

—Sí, en uno de los simposios a los que asistí con Héctor, oí a Cares de Lindos explicar que ésa fue la única solución para darle a la estatua un punto más en el que apoyarse.

Mientras observaba a aquellos hombres acarreado placas de bronce imaginé por un momento que Leandro podría hallarse entre ellos. Según me habían dicho en Alejandría, Leandro se había ido de allí con la intención de trabajar con Cares de Lindos en Rodas. Sentí de nuevo una punzada de añoranza, la misma que me había acechado cuando supe que debía viajar a aquella isla.

Durante el viaje había luchado por convencerme de que Leandro ya no estaría en la ciudad, y que, en el caso poco probable de que continuara allí, no quería verlo. Todavía no lo había perdonado por irse de mi lado de la manera en que lo hizo y prefería renunciar a saber por qué. No quería verme otra vez dominada por la necesidad de estar con él, de comprender sus ausencias, de adivinar el misterio que escondía y que intuía relacionado con su negativa a hablarme de su vida en Creta. Confundida por los sentimientos que me asaltaban y que parecían dar al traste con todos mis propósitos, le di la espalda a la estatua y concentré la mirada en el gran número de barcos amarrados y en el tapiz de vivos colores que formaban la gente y las mercancías que se movían despacio por las calles colindantes al puerto.

Me vino a la memoria lo que había oído decir sobre la isla de Rodas y su poder marítimo y comercial y reconocí los signos evidentes de una ciudad floreciente que no había dejado de serlo desde que tiempo atrás, incluso mucho antes de que naciera mi padre, se había convertido en estado independiente. Pensé de nuevo en Atenas y me entristeció la comparación. Como ya me había ocurrido al llegar a Alejandría, la ciudad que vislumbraba desde el barco me pareció más bella y vital que aquélla en la que había nacido y que me había visto obligada a abandonar por segunda vez.

Areté vivía muy cerca de la acrópolis, en una casa abierta, de grandes ventanas protegidas de la calle por el pequeño jardín que la circundaba. Cuando llegué allí, el sol iluminaba el patio central alrededor del cual se encontraban las diversas

habitaciones para uso privado de Areté, aisladas de las dependencias más públicas de la casa, ahora vacías. En ellas habían residido sus pupilas, a las que instruyó en oratoria y música antes de partir para su larga estancia en Atenas. Pronto volvería a tener otras jóvenes interesadas en sus enseñanzas.

Y pocos días después de nuestra llegada, su casa se abrió de nuevo para acoger a cuatro chicas que ella había elegido entre las muchas que llamaban a su puerta. Dos de ellas eran prostitutas todavía púberes que se habían escapado de la casa donde las tenían retenidas, otra era la hija de una esclava recién liberada que había pedido a Areté que se hiciera cargo de su bella hija, y la cuarta era una muchacha extranjera de rasgos exóticos a la que había encontrado vagando por las calles de Rodas. Areté había prometido formarlas en el oficio de hetaira sin cobrar nada a cambio hasta que no estuvieran trabajando. Me dijo que quería ayudar a esas niñas al igual que en el pasado también alguien la había ayudado a ella. La única condición que les imponía era que, una vez se establecieran por su cuenta, lo hicieran en una ciudad que no fuera Rodas.

—Una hetaira necesita una formación muy completa —me comentó Areté mientras me enseñaba las distintas dependencias de su casa—. Debe dominar las artes que ayudan a descansar el espíritu, también ha de conocer los temas de los que hablan los hombres y ofrecer una opinión informada y reflexiva sobre ellos. Ha de saber de filosofía y brillar por su belleza y elocuencia en los simposios para que su amante se sienta orgulloso de ella.

—¿Cómo hacía Aspasia?

—Sí, ella fue quizás una de las más conocidas por haber sido la amante y luego la esposa de Pericles. Y también porque él llegó a amarla, o eso es al menos lo que escribieron sobre ellos.

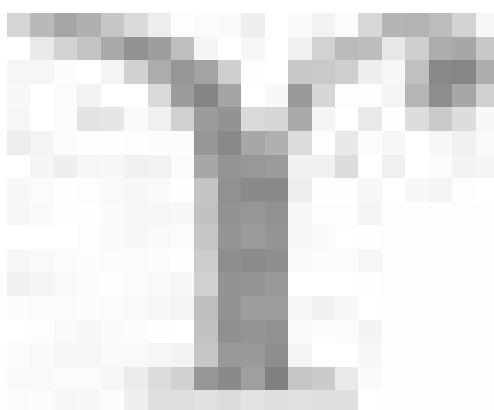
—¿Crees que es cierto que Aspasia le escribía los discursos a Pericles?

—Seguramente fue así. Aspasia y Pericles vivieron en una época ya lejana, pero lo que hacemos las hetairas no ha cambiado con el paso de los años y nunca nos hemos limitado únicamente a acompañar a nuestros amantes. Muchos son los que nos piden y escuchan nuestros consejos, aunque no lo admitirán nunca en público.

La casa de Areté volvió a llenarse de vida: de las risas alegres de sus discípulas, de los sonidos poco melódicos de una cítara que alguien estaba aprendiendo a tocar, de textos leídos en voz alta, de conversaciones en las cuales se estimulaba a escuchar los argumentos del otro y a defender los propios con serenidad y entereza, aunque fueran contrarios a los del oponente. El aire se llenó del perfume de rosas, jazmín y tomillo de los aceites venidos de Chipre que se desprendía de los cuerpos de Areté y de sus discípulas a su paso. También llegaban los olores de carne asada que las esclavas se afanaban en preparar, del queso de cabra que se servía todas las mañanas y del pan recién horneado. A mi alrededor, las chicas aprendían a moverse con

calculada sensualidad envueltas en las transparentes sedas multicolores de sus túnicas, a sostener con dignidad tocados imposibles que cubrían su cabeza de rizos y joyas y a mezclar la cantidad justa de yeso, harina de habas, tiza y albayalde para preparar el maquillaje que daría a su rostro la palidez que era el reflejo inequívoco de la pasión. Aprendían a enviar mensajes claros con sus sonrisas y sus movimientos de caderas, a reír de manera contenida, a suspirar, a gritar lo justo y a conocer todos los músculos de su cuerpo para saber utilizarlos a su antojo.

Me sentía extraña en aquella casa. Aunque Areté había hecho todo lo posible para que estuviera a gusto, yo me consideraba una intrusa pues todas las mujeres que vivían allí desempeñaban una función, ya fuera la de maestra, discípula o esclava. Todas menos yo pues, al igual que me había ocurrido a mi llegada a Alejandría, deambulaba por las habitaciones sin saber todavía qué podía hacer allá. Envidiaba a Areté por tener su propia casa y un oficio que le permitía vivir como quería. Yo parecía estar destinada a permanecer siempre bajo la tutela de los demás: de mi padre, de Herófilo y Caledonia, de mi tía, de Areté. Todavía no había decidido si quería quedarme en Rodas o regresar a Alejandría, quizá porque sabía que cualquiera de las dos opciones me abocaba de nuevo a depender de alguien y todavía confiaba en poder encontrar una forma de evitar esa dependencia. Debía tomar una decisión rápido ya que el barco con destino a Alejandría no tardaría en partir y con él volvería a cerrarse la temporada de navegación hasta la primavera siguiente. Estaban ya llegando los días en que el sol se esconde cada vez más temprano y el mar puede agitarse de tal manera que los barcos que se atreven a surcarlo parecen hojas de higuera que primero mueve a su antojo para después hacerlas desaparecer bajo sus aguas. Hacía tiempo que no había recibido noticias de Caledonia y Herófilo y, aunque estaba segura de que siempre iba a ser bien recibida en su casa, no me atrevía a emprender el viaje sin haber anunciado primero mis intenciones y recibido una respuesta favorable.



Diez días después de mi llegada a Rodas tomé la decisión de quedarme allí, al menos hasta que volvieran a navegar los barcos. Una conversación que oí entre las dos discípulas más jóvenes de Areté fue el impulso que me faltaba para decidirme. Las chicas se preguntaban cómo interpretar los signos de la llegada inminente de la

sangre que acompañaba a cada luna, de la gravidez del vientre, o de una enfermedad en su estado incipiente. Me di cuenta de que su ignorancia provocaba un miedo que ocupaba el lugar donde debería estar la dicha y el placer de ser joven. Al oírlas tuve la certeza de que aquellas jóvenes pupilas de Areté poco sabían de cómo debían cuidarse. Mi presencia en aquella casa empezó a cobrar sentido. Podía ayudar a aquellas chicas explicándoles la importancia de la dieta y el ejercicio para mantenerse saludables.

—Me parece una idea estupenda —respondió Areté ilusionada—. Creo que yo también puedo aprender de ti. Quizá también puedas ayudar a otras mujeres de Rodas. Daré la voz por ahí. Muchas vendrán para que las atiendas cuando nazcan sus hijos, pero otras te pedirán evitar que su vientre siga creciendo... Como médico, seguramente ya sabes que Hipócrates no lo aprobaba y Aristóteles tampoco. Sin embargo, a veces no hay otra solución..., eso lo sabemos muy bien las mujeres de mi oficio.

—Puedo ayudarlas a todas —respondí con seguridad—. Pero ¿qué va a pasar cuando en la ciudad se enteren de que una mujer está ejerciendo la medicina?

—No te preocupes por eso, el seguimiento o interrupción de los embarazos y la atención a los partos siempre lo han hecho las mujeres. Aquí no ocurre como en Atenas, donde los médicos hombres quieren controlar también esa parcela, a pesar de que todas preferimos que nos atienda una mujer, como se ha hecho siempre. Puedes vivir de tu trabajo, Irene, y nadie te perseguirá mientras estés en Rodas. Me gustaría que aceptaras continuar viviendo en mi casa. Como has podido comprobar, hay sitio para las dos. Y nuestra pequeña escuela se va a convertir en la más famosa de toda la Hélade.

No sé si la escuela de Areté se convirtió en la más importante de la Hélade, pero no me cabe duda de que sí lo fue en toda la isla de Rodas. Durante el tiempo que viví en aquella casa vi llegar a muchas madres pobres que habían viajado desde lejos para solicitar que sus hijas fueran aceptadas como discípulas de Areté. Todas sabían del éxito obtenido por las que se habían formado bajo sus enseñanzas. Mi participación en lo que allí se enseñaba era discreta pero importante; ayudaba a que las futuras hetairas no enfermaran y también a que supieran cómo prevenir un embarazo con relativa fiabilidad. Les recordaba la importancia de usar anticonceptivos vaginales hechos a base de resina de acacia, leche agria y espigas de acacia, o les enseñaba cómo mezclar el aceite de cedro, el albayalde y el incienso para ese mismo fin.

Tal y como había previsto Areté, eran en su mayoría mujeres las que acudían a mí. Atendiéndolas aprendí y mejoré, poco a poco, la forma en que podía ayudarlas. Comprobé la eficacia de la tisana de frambuesa para evitar los partos prematuros, observé que una pequeña dosis de cicuta efectivamente podía bajar la fiebre puerperal y que la genciana ayudaba a veces a cortar la hemorragia posparto, como me había dicho Herófilo. Igual que en Atenas, administraba tisanas de trébol rojo para tranquilizar a las parturientas y ayudarlas a afrontar partos que a veces se presentaban

largos, y mantenía limpia cualquier tipo de herida a base de aceite de cedro y jugo de hiedra.

Pero, a pesar de todos mis esfuerzos, a pesar de las muchas mujeres a las que conseguí ayudar, en poco tiempo vi morir a una esclava y a una prostituta sin poder hacer nada para evitarlo. Las dos habían acudido a mí cuando las heridas provocadas por el aceite muy caliente que alguien les había introducido con el fin de provocar el aborto, y la hemorragia resultante, ya habían generado los humores malignos que se extendían por todo el cuerpo y las fiebres que los acompañaban. Me apenaba ver la belleza rota de aquellas mujeres tan jóvenes e indefensas y tuve la desagradable certeza de que seguramente no serían las últimas que llegarían en esas condiciones. Me persiguieron sus rostros bellos y cansados, su mirada esperanzada que creía ver en mí una solución a su problema. Me costaba aislarme de su dolor, aunque sabía que todo médico ha de acostumbrarse a la muerte. A menudo me preguntaba si había alguna forma de evitar que eso ocurriera a otras jóvenes y una sensación de impotencia me dominaba porque no iba a conseguir yo sola cambiar una situación que presentía había existido siempre y que temía que no dejaría de repetirse. Pero todas parecían contentas con el cuidado que les brindaba y aceptaban la muerte como algo inevitable. ¡Cuánto deseaba tener a Linos a mi lado! No era sólo su cuerpo lo que había amado de él; su alma y la mía fueron una. Él me habría entendido, quizá incluso procuraría hablar con unos y con otros para intentar cambiar las cosas, sin importarle que nadie quisiera escucharlo. Así era él; siempre mantenía viva la esperanza de que aquello que no estaba bien podía cambiarse, de que valía la pena intentar convencer a alguien de que se equivocaba. Pero ¿qué podía haber hecho Linos ante la violación continuada de esclavas por sus amos?, ¿el maltrato a las prostitutas y la transmisión de enfermedades por parte de quienes las usaban?, ¿los embarazos y partos demasiado frecuentes en mujeres cansadas y mal alimentadas? Quizá lo mismo que hacía yo, pero al menos estaríamos juntos.

Con Areté hablaba poco, lejos habían quedado las largas charlas de nuestros días tranquilos en El jardín de Epicuro y de sus visitas en casa de mi tía. Ahora trabajábamos las dos y no nos quedaba demasiado tiempo libre para compartirlo. Fue en una de las raras ocasiones en las que las dos tuvimos un rato de sosiego cuando decidí hablarle de Leandro, pues la probabilidad de que todavía estuviera en Rodas me mantenía inquieta. Aunque hubiese querido que no fuera así, deseaba con todas mis fuerzas volver a estar con Leandro. No había con él una unión de cuerpo y espíritu como la que tuve con Linos; con Leandro me movía el deseo y la curiosidad. Añoraba sus manos y su lengua en cada rincón de mi cuerpo, la furia con la que me poseía, la caricia de su voz, la gran incógnita de su pasado en Creta que me atraía quizá tanto como su cuerpo.

—Búscalo, Irene —me animó Areté—, aunque por lo que me has dicho de él, quizá fuera mejor para ti que no lo encontraras nunca. Creo que es inútil decirte que lo olvides. A mí me pasaría lo mismo. Si quieres, le pregunto a Héctor. Quizá él sepa quién nos puede informar. Recuerdo que hace un tiempo buscaba un escultor para las estatuas del atrio de su casa. Puede que quien se las hizo sepa si todavía está Leandro aquí.

Una noche, mientras cenábamos acompañadas por la cháchara alegre de las pupilas de Areté, ella me comentó excitada que Héctor le había confirmado que en Rodas vivía un escultor llamado Leandro. Al menos así era hacía un año, cuando él quiso encargarle las estatuas. También le había dicho que Leandro era un hombre soberbio que se negó a aceptar el encargo y tuvo que buscar a otro.

—Dicen de él que es brusco y desagradable, que vive solo y alejado de la ciudad. A pesar de eso, tiene éxito y son muchos los que quieren una escultura suya en casa. Es un hombre rico.

—Es él, sin duda —dije tratando de controlar el rubor que invadía mis mejillas y la presión agradable que sentía en el vientre.

—Héctor me ha dicho dónde vive tu escultor. Si quieres, te acompaño cuando vayas a verlo.

Sorprendida por su propuesta, le contesté convencida que no era mi intención volver a encontrarme con Leandro.

—Como quieras —me dijo mientras se llevaba un trozo de pescado a la boca y me miraba divertida.

—No te rías, no tiene nada de gracioso.

Mi expresión debió de ser tan diferente a la habitual que hasta las discípulas de Areté dejaron de hablar y se quedaron mirándome.

—Disculpa, Irene —dijo ella al fin—. No quería ofenderte. Sólo es que me extraña tu respuesta. Sé que estás deseando verlo y sé lo que te pasa. Yo también sentí eso una vez y...

—¿Qué te ocurrió, Areté? —pregunté intrigada por el principio de confidencia de mi amiga, que nunca hablaba de su familia ni de su pasado.

—Nada, nada —dijo volviendo a su pose desenfadada de siempre—. Sólo quiero que me prometas que cuando vayas a verlo no lo hagas sola. Quisiera acompañarte.

—De acuerdo —respondí admitiendo sus sospechas sobre mi deseo de ver a Leandro.

Pasó todavía algún tiempo hasta que me decidí a buscar su casa. A pesar de los consejos de Areté, quise ir sola. Tuve que hacerlo al ponerse el sol, para que ella no descubriera mi ausencia, y escogí un día en que no iba a regresar de casa de Héctor hasta la mañana siguiente.

Era ya de noche cuando llegué a casa de Leandro. Me recibió el aroma de unas rosas que no pude ver. Pensaba esconderme para ver a Leandro unos instantes sin que él me descubriera, antes de llamar a su puerta. Me había acicalado para el encuentro, pero empecé a dudar sobre lo que estaba a punto de hacer. Deseaba sorprenderle con mi llegada, preguntarle por qué se había ido, escuchar sus disculpas, perdonarlo, quizá, y tal vez entonces pasar la noche en su compañía. Sin embargo no me reconocía en la joven alocada que había cruzado la ciudad para estar a su lado, ni en aquel cuerpo que era el mío pero que había perfumado en exceso. Influida quizá por el uso de esencias tan habitual en la casa de Areté, me había sahumado el cabello con incienso, llevaba mejorana de Kos en las cejas, unguento de Chipre entre los senos, y me había frotado las piernas con nardo de Tarsos y las axilas con menta.

Cuando me vi tan cerca de Leandro, empecé a sentir que no era yo, sino otra, la que estaba en el jardín. Deseé no llevar ningún perfume. Temía que los aromas que se desprendían de mi cuerpo anunciaran mi presencia a pesar de que yo no deseaba ser vista todavía, y habría echado a correr de no ser porque la puerta de la casa se abrió y vi salir a una joven con una gran jarra en los brazos. Me escondí entre las sombras del jardín. La mujer pareció notar algo distinto en el ambiente pues miró a su alrededor antes de dirigirse a una pequeña y sencilla construcción muy cerca de la casa principal. En cuanto entró, oí las voces de un hombre y de una mujer pero no pude entender qué decían. Pensé que serían los esclavos que trabajaban para Leandro. Encendieron una lámpara de aceite. Tuve miedo de que uno de ellos volviera a salir y me escondí mejor detrás de un arbusto. Las voces se acallaron. Entonces abandoné mi escondite y fui hacia la única luz que brillaba en una de las ventanas de la casa principal.

El miedo a que Leandro me descubriera hizo que todo mi cuerpo se cubriera de un sudor pegajoso. Me sentí ridícula y no acertaba a entender cómo había podido cometer la insensatez de presentarme allí envuelta en la mezcla de aromas que acompaña a las hetairas y a las prostitutas, dispuesta a compartir de nuevo el lecho con el hombre más hermoso que había visto nunca, pero también el más distante y

misterioso, el único que había tenido el poder de hacerme sentir al lado de los dioses con sólo una mirada y de enviarme a la más profunda de las miserias con el más breve de sus silencios. Tuve miedo de él, y de mí, de los sentimientos a los que me vería encadenada si volvíamos a encontrarnos. Unos instantes después salí corriendo de aquel jardín, sin importarme si hacía ruido o no, o si mi perfume se había quedado entre los arbustos. Cuando comprobé que nadie me seguía respiré tranquila. La rabia y la vergüenza alimentaron el paso rápido con el que volví a casa de Areté. Al llegar no quise que nadie viera mi aspecto y me preparé yo misma un baño. Entré en la bañera, cerré los ojos y dejé que el agua se encargara de recordarle a mi cuerpo quién era yo.

Habían pasado varias lunas desde mi llegada a Rodas cuando volví a ver a Leandro. Para entonces ya era bastante conocida. Me llamaban el médico de las mujeres y de los niños. Para muchos no era más que una hechicera que se valía de la magia y de las plantas para curar dolencias; otros, en cambio, me entendían cuando les explicaba que sólo aplicaba aquello que sabía sobre el funcionamiento del cuerpo humano y de las propiedades curativas de las plantas. Empezaba a importarme muy poco lo que dijeran a mis espaldas, sabía que en muchos casos era la envidia o la ignorancia la que hablaba por ellos. La expresión de agradecimiento y confianza que veía en quienes acudían a mí me bastaba para sentirme satisfecha. Me gustaba mi trabajo y aunque pedía poco dinero a quienes solicitaban mi ayuda, era suficiente para pagar mis gastos en casa de Areté y no sentirme como una mantenida. Pero no había día en que no pensara en Leandro y eso me alteraba. Me alejaba con demasiada frecuencia de Areté y las chicas, evitaba sus conversaciones y, cuando no estaba trabajando, andaba inquieta y algo despistada por la casa. Aunque no quise contarle a Areté que había ido a visitarlo, ella había trazado un plan para ayudarme a recuperar la tranquilidad.

—He mandado llamar a Leandro para que venga esta tarde —me dijo con toda naturalidad un día mientras desayunábamos—. He pensado pedirle una escultura para el jardín.

Dejé de masticar. Ella me respondió con una sonrisa traviesa.

—Así podrás verlo —dijo con aquella manera tan suya de anunciar con ligereza las cosas importantes—. Sé que ése es tu deseo.

—Areté, no necesitas encargarle ninguna escultura —dije sin poder disimular mi impaciencia—. Además..., no creo que quiera hacerla. Ya oíste lo que dijo Héctor.

—Por eso mismo. No tengo ningún interés en encargarle nada. Sólo quiero que os veáis y que puedas preguntarle todo lo que te atormenta. ¿No te parece una buena idea?

Tuve que reconocer que sí y agradecerle a Areté que pensara en mí. Fue una suerte también que me lo hubiera dicho con el tiempo tan justo, que no me diera

apenas la oportunidad de pensar ni de prepararme para recibirlo. Cuando él llegó a casa, yo todavía me encontraba trabajando. Estaba friccionando con aceite de cedro y azufre la cabeza de un niño que padecía de prurito y entró Areté, acompañada de Leandro.

—Ha llegado el escultor —dijo abriendo la puerta de par en par para que él, que estaba a su lado, me viera y me reconociera—. En cuanto puedas, ven por favor a reunirte con nosotros en el jardín. Quisiera escuchar tu opinión sobre lo que vamos a hacer.

—¿Irene? ¿Qué..., qué haces aquí? —Oí que decía Leandro sorprendido, y en su mirada, incrédula sólo por unos instantes, volvía a instalarse la sensualidad y el misterio de aquella intensidad azul que tanto había echado en falta.

—Vivo y trabajo aquí —respondí en tono seco, mientras un rubor incómodo me subía a las mejillas, las piernas se me aflojaban y mi corazón amenazaba con salirse por la boca.

Intenté esconder el temblor de mis manos masajeando con más fuerza la cabeza del niño.

—¡Uy! ¡Me haces daño! —protestó.

—Te esperamos en el jardín —se apresuró a anunciar Areté al ver mi confusión, y cerró la puerta llevándose a Leandro con ella.

Leandro vino a buscarme después de hablar con Areté y me pidió que fuera a su casa. Yo no quise ir. Al ver su gesto altanero, su sonrisa de siempre y el juego de su mirada buscando la mía como si todavía estuviéramos en el jardín de Caledonia, no pude evitar expresar mi enfado. Le grité, le zarandeeé hasta que llegué a perder el control. Nunca me había comportado así con nadie. Sólo quería que se diera cuenta de que se había portado mal. Él me miraba con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Qué te ocurre, Irene?

—¿Qué me ocurre? ¿Es que no tienes nada que decirme? ¿Es que crees que te puedes presentar aquí como si nada hubiera sucedido?

—¿Qué ha sucedido? Estamos juntos de nuevo y eso es estupendo.

Volví a zarandearlo y él me retuvo el brazo. Yo necesitaba una disculpa, una explicación de por qué no se había despedido de mí. Él no parecía ver necesaria ninguna aclaración por su parte.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué vives con una hetaira?

—¿Por qué te fuiste de Alejandría sin decirme nada?

—¡Otra vez con eso! Estoy aquí, ¿no te basta?

—¡No!

—En ese caso, es mejor que me vaya.

Leandro se fue aquella tarde, y regresó a la mañana siguiente. Me esperó paciente a que terminara de atender a mis enfermos, se dejó admirar por las discípulas de

Areté, les contó historias de mercenarios y piratas, y cuando yo entré en la sala sólo tuvo ojos para mí. Las chicas se fueron y nos dejaron solos. Hablamos sin gritar y sus disculpas fueron sinceras; su interés por lo que me había ocurrido desde la última vez que nos vimos, real. Entretanto, su cuerpo y el mío mantenían otra conversación, más agitada, lejos de las formalidades. Leandro se puso en pie anunciando que se iba y yo me dirigí hacia la puerta para acompañarlo. Él me siguió, enseguida su cuerpo estuvo muy cerca detrás de mí, su sexo duro entre mis nalgas. Sus brazos me enlazaron la cintura, sus manos jugaron con mis senos, mi túnica cayó al suelo. Y de nuevo nuestros cuerpos supieron encontrar maneras distintas de recorrer los caminos que tan bien conocían.

Todo volvió a ser como en Alejandría. Regresaron las horas que pasábamos abrazados, nuestro deseo satisfecho con cada nuevo encuentro y anhelando ya que llegara el siguiente. También regresaron sus silencios a mis preguntas, que quedaban en el aire sin recibir nunca una respuesta, sus cambios de humor, que lo hundían en una melancolía cuyo origen no sabía explicar, o en una euforia que a veces se tornaba en ira descontrolada que lo llevaba a romper una pieza en la que llevaba mucho tiempo trabajando. Yo me sentía de nuevo atrapada en él.

Una tarde, al llegar a su casa no salió a recibirme como tenía por costumbre. Al no encontrarlo en la sala ni en las habitaciones me dirigí a su estudio. Había estado allí muchas veces con él y me gustaba seguir el proceso de la creación de sus esculturas. Había asistido ya al momento en que él las daba por terminadas y sabía que algunas adornaban las casas de las personas más importantes de la isla.

Cuando entré, vi a Leandro de espaldas a mí. Parecía estar contemplando una escultura que ocultaba con su cuerpo y no me había oído llegar. Al ponerme a su lado se volvió agitado. Su mirada estaba en un lugar al que no pude seguirla.

—Vete, Irene. Quiero estar solo.

Entonces descubrí lo que estaba mirando. Era la escultura de un niño muy pequeño. Estaba sentado en el suelo y alzaba la cabeza mirando hacia arriba de la misma forma en que lo haría un niño de verdad. Tenía el brazo izquierdo, con su manita regordeta apoyada en el suelo, y extendía el brazo derecho, como si buscara entrelazar los dedos de su mano en la seguridad del adulto, probablemente su madre, a quien dirigía la mirada. El bronce con el que estaba hecha absorbía la luz que entraba por las ventanas e iluminaba la imagen con el tono rojizo que precede a la puesta del sol en invierno.

—Es muy bella esta figura —comenté sin moverme de donde estaba, a pesar de que él me había ordenado lo contrario.

No contestó y yo ya no dije nada más. Me quedé a su lado. Al cabo de un rato él se volvió hacia mí.

—¿De verdad crees eso? Debes de ser la única persona en toda la Hélade, a nadie

le interesa este tipo de esculturas. Me la encargó el padre del niño al que representa y a punto estuvo de hacerla añicos cuando quise entregársela. Desde entonces la guardo aquí, tapada para que nadie la vea.

—Pero a ti también te gusta, ¿verdad?

—Sí, pero eso no importa. Mis clientes sólo me piden que haga aquello que a mí me aburre hacer. Todos quieren lo mismo, figuras en mármol con mucho color, y los temas también se repiten: jóvenes esbeltos entrenándose en la palestra, mujeres vestidas con túnicas drapeadas y tocados artificiosos, niños con las proporciones de un cuerpo adolescente. Y quieren que las esculturas sean muy grandes, como si buscaran acercarse a las proporciones de ese horrible gigante en el que Cares de Lindos ha trabajado durante años y que desde hace unos días anuncia la llegada a Rodas.

—¿Por qué no les gusta? —dije señalando la figura del niño.

—Porque sus proporciones no son perfectas. Fíjate en la cabeza, es demasiado grande con respecto al cuerpo y no tiene apenas cabello. Y mira ese brazo, demasiado largo. El cuerpo, demasiado pequeño; el vientre y los muslos, demasiado gruesos. Eso es lo que me dicen todos cuando la ven.

—Los niños pequeños son así. Además, me gusta la expresión de su cara. Muestra ternura y una confianza absoluta en su madre, sabe que ella lo ayudará a levantarse. La forma de sus ojos y de sus labios parece darle una vida propia, algo que no he visto nunca en ninguna estatua.

—¿De verdad crees lo que estás diciendo?

—¿Por qué iba a decírtelo si no fuera así? —respondí molesta.

Una vez más tuve conciencia de que era muy poco lo que Leandro sabía de mí, de lo que pensaba y sentía. Tampoco estaba claro si tenía algún interés en saberlo y no quise continuar buscando esa respuesta. Leandro me pasó el brazo por los hombros y me acercó a él. Los dos contemplamos la figura de aquel niño desconocido en silencio. De forma abrupta, Leandro se separó de mí, tomó una tela y cubrió la pieza.

—Nunca podré vender una estatua como ésta —dijo con aspereza. Me dio la espalda y abandonó el estudio con paso rápido.

Y supe que Leandro se había vuelto a encerrar en sí mismo, en sus recuerdos y en sus temores, allí donde yo no podía entrar. Lo mismo le daba si lo seguía, si me quedaba en el estudio o si me iba a mi casa.

Leandro y yo compartimos las tardes y las noches de mi primer invierno en Rodas. Todas las mañanas regresaba a casa de Areté para cumplir con mi parte del trato respecto a la educación de sus pupilas. Me gustaba compartir con ellas la primera comida del día, oír sus historias, reírme con sus chanzas, sentirme acompañada por el brillo todavía infantil de sus miradas y por el semblante sereno y protector de Areté.

Luego iban llegando a la casa las mujeres a las que atendía. Eran pobres, esclavas, prostitutas y extranjeras en su mayoría. Hoy, desde la distancia de los años, me doy cuenta de que, aunque nunca hablamos de eso, con nuestro trabajo Areté y yo estábamos llevando a la práctica muchas de las ideas acerca de la vida sencilla que escuchamos de Epicuro en El jardín. Vivíamos sin lujos, pues aunque Areté recibía dinero de su amante, educaba a sus pupilas sin pedirles nada a cambio. Yo cobraba una cantidad mínima por atender a quienes enfermaban, algo por lo que ningún médico de Atenas o de Rodas hubiera estado dispuesto a prestar sus servicios. Ni una ni la otra necesitábamos más. Ambas sabíamos que la gente hablaba de nosotras en las calles y en los mercados, que muchos reprobaban nuestras atenciones con prostitutas y esclavas. No nos importaba. Vivíamos tranquilas en aquella casa grande y abierta a todos. Nos bastaba con nuestra amistad y la alegre compañía de las discípulas de Areté, chicas a las que habíamos salvado de una vida marcada por el hambre, las palizas frecuentes, los embarazos y alumbramientos no deseados y la muerte prematura de ellas y de sus hijos. Durante un tiempo ni a Areté ni a mí se nos ocurrió pensar en nuestro futuro, en qué ocurriría cuando ella fuera demasiado mayor y su amante la sustituyera por una hetaira más joven, o en qué iba a hacer yo si llegara el caso de que se me prohibiera seguir ejerciendo la medicina, como ya me había ocurrido en Atenas.

—¿Por qué vives en casa de una hetaira? —volvió a preguntarme Leandro una mañana cuando, todavía soñoliento, intentaba retenerme a su lado.

—Porque es mi amiga.

—En la ciudad empiezan a hablar de ti.

—No me importa lo que digan de mí. Dudo que en la ciudad alguien me hubiera ayudado como lo ha hecho ella —dije levantándome de la cama.

—Debería importarte. A mí me incomoda lo que dicen de ti. Soy un escultor famoso, ¿recuerdas? —dijo él irónico, mientras se levantaba y se acercaba a mí para abrazarme de nuevo.

Me aparté de su lado, no me gustó su forma de hablarme.

—Se dice que he cumplido mi sueño de ser un gran escultor. —Sus labios formaron la mueca de una sonrisa, sus ojos estaban tristes.

—Pero tú no lo crees así, ¿verdad?

Leandro terminó de calzarse las sandalias y salió de la habitación para dirigirse a su estudio como hacía todas las mañanas. Enseguida oí un golpe sordo, y la risa de él. Una risa que me pareció más un lamento, la expresión de rabia contenida, de hastío por lo que estaba haciendo.

La primera confidencia de Leandro acerca de su pasado llegó unos días después, por casualidad, no en respuesta a ninguna pregunta mía. Estaba terminando la estatua del rey Seleuco Nicátor que le habían encargado para situar en el lugar más privilegiado del ágora.

—Recuerdo el día en que vi cómo se instalaba una gran estatua de Nearcos, uno de los generales del ejército del gran Alejandro.

—¿En Lato? —pregunté, pues yo había visto aquella estatua.

—Sí. Me impresionó su tamaño, el color rojo de su capa, el dorado de sus sandalias, el negro de sus cabellos y el azul de sus ojos. Aquel día decidí que quería ser escultor; hoy quisiera olvidarme de que tengo que hacer estatuas parecidas a la que un día tanto admiré.

—¿Quién fue tu maestro? —Intenté que Leandro no dejara de hablar de sus recuerdos de Creta.

—En Lato, en el taller de escultores que habían hecho la estatua de Nearcos se rieron de mí —siguió diciendo ignorando mi pregunta—. Yo era sólo un niño que los miraba, asombrado, mientras hacían su trabajo. Iba cada día allí, en secreto. Pasó mucho tiempo hasta que uno de aquellos hombres decidió dejarme un trozo de piedra y un buril para que me entretuviera.

—Si al final conseguiste que te aceptaran en el taller, ¿por qué no te quedaste en Lato?

Me dio de nuevo la espalda para seguir trabajando y ya no volvió a hablarme durante el resto de la tarde.

Cuando llegó la noche, Leandro todavía continuaba en su estudio. Me dormí sola en su cama mientras lo esperaba. A la mañana siguiente no salió de casa para despedirme como hacía todos los días. Me fui de allí furiosa una vez más por sus ausencias y por sus silencios. Más que con él, conmigo misma por aceptarlos, por volver una y otra vez a pesar de lo humillada que me sentía cuando me ignoraba. Mi deseo de estar a su lado me resultaba tan imposible de controlar que me había llevado a aceptar estar siempre a merced de sus cambios de humor, que tan pronto lo llevaban a amarme hasta hacerme sentir cual Afrodita en brazos de Adonis, como a precipitarme al Hades cuando me veía privada de su compañía. Aquella mañana, mientras me dirigía a casa de Areté, pensé de nuevo en Linos y en lo fácil que había sido compartir con él sueños y confidencias. La suya había sido una compañía sólida, sin cambios bruscos, sin secretos, muy distinta a los pasos inseguros por la vertiente del precipicio al que me arrastraba Leandro.

No vino a buscarme durante varios días y yo tampoco quise ir a visitarlo. Intenté acostumbrarme a su ausencia, convencerme de que sólo lejos de él recuperaría la libertad ganada con tanto esfuerzo en Alejandría. Busqué una manera de mantener la mente ocupada y la encontré llenando papiros en los que describía las enfermedades que había conseguido diagnosticar, los remedios que había ido probando y que resultaban efectivos y las dolencias que no conocía y no sabía cómo tratar. Uno de aquellos días lejos de Leandro, escribí una larga carta a Herófilo y a Caledonia. A él le preguntaba si sabía qué significaban y cómo debían tratarse los síntomas nuevos para mí. A ella la ponía al corriente de mi huida de Atenas y mi llegada a Rodas. No escribí nada acerca de Leandro, imaginaba su reacción y no quise inquietarla. Tampoco quería recibir la reprimenda que sin duda desataría mi confianza. En mi carta no respondía a su pregunta sobre cuándo regresaría a Alejandría.

Me incorporé de nuevo a las rutinas de Areté y sus discípulas y disfruté de la compañía alegre y desenfadada que me ofrecían. Trabajaba mucho, y el número de mujeres y niños que acudía a mí en busca de ayuda no dejaba de crecer. Muchas eran prostitutas que llegaban con el labio roto o el pecho magullado. Yo les aplicaba emplastos de árnica para disminuir el dolor y ellas sonreían, aliviadas. Luego, cuando salían de casa, las veía alejarse despacio, como si quisieran alargar lo más posible la ausencia del lugar donde vivían confinadas y sin la esperanza de abandonarlo algún día. Sabía que no tardarían en volver y deseaba que no fuera demasiado grave la próxima lesión. Mientras cerraba la puerta y volvía a la sala para atender la siguiente consulta me preguntaba el porqué de tanto dolor innecesario y evitable.

—Ha vuelto —me dijo una tarde Areté—. Y pide verte. ¿Le digo que no estás en casa?

—No... no. Dile que espere un momento, estoy a punto de terminar —contesté sin levantar la cabeza del papiro en el que estaba escribiendo por temor a cruzarme con la mirada de Areté.

—¿Estás segura de que quieres volver a verlo? —preguntó ella en un tono con el que claramente desaprobaba mi decisión.

—Sí —respondí sin mirarla. El rubor ya se había apoderado de mis mejillas.

Entonces ella se acercó a mí y me obligó a que la mirara.

—Ya sabes lo que pienso de Leandro, es seguramente el hombre más atractivo que he visto nunca, pero no me gusta lo que te ocurre cuando estás con él. Es como si dejaras de ser tú y no vieras más allá de sus deseos y sus conveniencias. Eso es peligroso, Irene.

Bajé la cabeza y no dije nada. Me afané en terminar la frase que estaba escribiendo. Areté salió de la habitación. Cuando momentos más tarde me dirigía a la sala, observé cómo las cuatro pupilas se peleaban por contemplar a Leandro escondidas en un rincón. Me vieron pasar. En sus rostros pude leer envidia,

admiración y respeto.

Me fui con Leandro a su casa pues todos mis propósitos se derrumbaron cuando me encontré con sus ojos, que se iluminaron al verme. Como siempre, no dio explicaciones sobre su ausencia. Por primera vez no cedí a la tentación de pedírselas. Me había esforzado en pensar que éramos un hombre y una mujer libres y que no teníamos ninguna obligación de dar explicaciones acerca de lo que hacíamos cuando no estábamos juntos. Así es que únicamente obedecí a mi cuerpo, que buscaba tocar, besar, lamer y hacer suyo a Leandro, dar y recibir el placer que los dos anhelábamos, y alargar aquellos momentos en que sólo existía el diálogo sin fisuras de nuestro deseo.

Las tardes y las noches siguientes en casa de Leandro se sucedieron con la presteza con la que se escapan los buenos momentos. Alguna noche venían a avisarme de que una mujer se había puesto de parto y me apresuraba a ir a atenderla. Me hacía llevar en un carro y muchas veces me iba directamente a casa de Areté. En esas ocasiones deseaba que pasara muy rápido la mañana para volver a reunirme con él.

Atender las diarreas de los niños pequeños, curar cortes y quemaduras con emplastes de hojas de consueta y repetir una y otra vez que, para eliminar los parásitos no era suficiente con consumir mucho ajo, sino que además debían mantener el cuerpo y el cabello limpios y aplicarse unguento de genciana, se convirtieron en tareas rutinarias. Muchas mujeres me pedían consejo para evitar nuevos embarazos y yo constataba que los métodos que ellas utilizaban y los que yo les aconsejaba no siempre funcionaban.

Decidí probar con una mezcla de acanto y miel fermentada, aunque tampoco estaba segura de que ese remedio fuera a surtir efecto. Herófilo había escrito en su tratado sobre Medicina de las mujeres acerca del descubrimiento de dos gónadas femeninas que había localizado a ambos lados del bajo vientre. Intuía que conocer su funcionamiento podría ser de gran ayuda para comprender el proceso de la concepción. Quizás mi maestro ya hubiera averiguado cómo funcionaban. Empezaba a pensar que me había equivocado al quedarme en Rodas. Cada día echaba más de menos las confianzas de Manetho, los consejos de Caledonia, las enseñanzas de Herófilo, la compañía querida de todos ellos. Intentaba sobreponerme a esos recuerdos, asumir las consecuencias de mi decisión de quedarme a vivir en una ciudad que no tenía ni interés por conocer.

Una nueva confianza de Leandro llegó un día en el que lo encontré trabajando en su estudio. Una melodía desconocida salía de sus labios. Cuando se dio cuenta de mi presencia, dejó de silbar y se apresuró a cubrir la figura en la que estaba trabajando.

—Me gustaría verla —le dije, señalando la escultura.

—Está sin acabar y no te va a gustar —respondió mientras empezaba a andar despacio hacia la puerta.

—¿Es un nuevo encargo?

—No, no lo es —respondió evasivo.

—Enséñamela, por favor. Si se parece a la figura del niño sentado, seguro que me gustará. Vamos, déjame que la vea —le pedí mientras le tomaba de la mano y lo conducía de nuevo hacia la escultura.

Contuve las ganas de quitar yo misma la tela que la cubría. Cuando al fin descubrió la pieza no pude contener una exclamación de asombro. Era de nuevo una figura hecha en bronce. Se trataba de un busto de mujer, de una mujer muy joven cuyo cabello lacio y algo despeinado le caía hasta los hombros. La nariz, pequeña, se perdía en un rostro donde lo que más destacaba era la sonrisa traviesa de una niña que tiene ganas de jugar. Los ojos redondos y muy abiertos miraban de frente. Tenía la cabeza un tanto ladeada, como si se tratara de alguien que estuviera diciendo: «Ven, acompáñame». Nada en aquel rostro tenía las proporciones perfectas que se esperaban de las manos de un escultor. Había algo que me resultaba familiar en aquella cara.

—¿Quién es? —pregunté.

—Una amiga —respondió él muy serio—. Una amiga de cuando era niño.

—¿De cuando vivías en Creta?

—Ella y yo bajábamos todos los días por las rocas hasta la playa. Allí construíamos palacios de arena y yo los adornaba con estatuas. Imaginábamos historias, nadábamos cuando hacía buen tiempo. Siempre regresábamos al ponerse el sol. ¡Cuántas veces he querido regresar a aquellos días! Con mi amiga me escapé a la ciudad el día en que colocaron la estatua de Nearcos. Ella..., ella guardó mi secreto durante mucho tiempo.

—¿Qué secreto? —No podía contener mi impaciencia.

Él se puso a trabajar de nuevo. Cuando volvió a hablar lo hizo como si estuviera solo y nadie fuera testigo de sus palabras y de la emoción que transmitían. Por primera vez le escuché hablar de su madre, Exome. Me dijo que él nunca había mostrado interés por los juegos de guerra en que se ocupaban los otros niños de la aldea y por eso pasaba mucho tiempo con su madre. Ella le explicaba leyendas, como la que hablaba de reyes y palacios que en un pasado muy remoto existieron en algún lugar de la isla y que luego desaparecieron. Sus hermanos mayores, huyendo de todo cuidado maternal, seguían las indicaciones de su padre y se preparaban para ser buenos soldados como todos los hombres de la aldea. Un día Leandro le confió a su madre su deseo de ser un gran escultor y ella no dudó en ayudarlo a escaparse todas las mañanas inventando cualquier excusa que lo enviara a la ciudad.

—Sólo mi madre y Dafne sabían que yo era un aprendiz en el taller de escultura de Aetos.

Dafne... Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Instintivamente volví a mirar

la escultura. Era ella, una Dafne más joven y con una expresión de alegría que yo no le había visto nunca. Conmovida, quise decirle a Leandro que yo había conocido a aquella mujer, pero no osé interrumpirlo.

—Mi padre y mis dos hermanos no sabían nada de mi trabajo como aprendiz. Hubiera sido inútil intentar que entendieran que yo quería ser escultor. A ellos sólo les preocupaba mi poco interés por la guerra y temían que, llegado el momento, no podría mantener a una esposa, a unos hijos; no me veían capaz de unirme a ningún ejército como mercenario.

Al oír hablar a Leandro de sus hermanos, de ejércitos, de mercenarios y de guerras, sentí de nuevo sobre mi piel el último abrazo de Linos el día en que se lo llevaron a la batalla con ellos. Regresó con fuerza un dolor que había luchado por apagar desde entonces pero que seguía allí, intacto, a pesar de mis esfuerzos por ignorarlo.

Leandro siguió hablando durante un buen rato, sin mirarme, sin dejar de trabajar en la escultura.

—Cuando Dafne cumplió 15 años, la casaron con Festos, mi hermano mayor. Todavía recuerdo sus ojos asustados y la marca del llanto reciente el día en que Festos se la llevó a su casa. A partir de entonces se terminaron nuestros baños en la playa, nuestros juegos en la arena, nuestros sueños, nuestros secretos. Ya sólo podía ver a Dafne de lejos y ella siempre estaba atendiendo las necesidades de su marido y de la casa mal construida y oscura donde la obligaban a vivir. La primera vez que conseguimos vernos a solas, ella tenía ya el vientre hinchado de su primer embarazo y la alegría había desaparecido de su mirada. Intenté hacerla sonreír, pero una mueca de cansancio había ocupado el lugar de su sonrisa. Le dije que en el taller me habían permitido hacer mi primera escultura. Nos besamos. Los dos sabíamos ya que aquello que nos unía era algo más que una amistad infantil.

Comprendí que Leandro no había dejado nunca de pensar en Dafne.

—¿Por qué te fuiste? —le pregunté con la voz entrecortada por la sorpresa. Dafne... Dafne, ¿cómo le iba a decir que estaba muerta?

Me miró un momento, parecía querer cerciorarse de que podía confiar en mí. Yo le sonreí para animarle a continuar y él se volvió de nuevo hacia la escultura de Dafne y me dio la espalda. Momentos después surgía de su voz la historia que tanto había ansiado oír, la que nunca me contaron Exome ni Dafne, la que me hizo empezar a entender por qué Leandro se comportaba de aquella forma. Aquel día ignoraba que Leandro todavía tenía algo oscuro escondido en su corazón y que no quiso compartir conmigo.

Leandro habló de su primera escultura, una figura pequeña que representaba una mujer que camina con un cesto en la cabeza. El día en que la terminó se la dio ilusionado a Dafne y consiguió que recuperara la alegría de antaño. Dafne envolvió la estatua con cuidado, se la acercó a su pecho y buscó los labios de Leandro. Se besaron con la intensidad de antes y con la rapidez a la que se veían obligados por el carácter furtivo de su encuentro.

Un día el padre de Leandro le comunicó que había llegado el momento en que debía acompañar a sus hermanos y participar en su primera batalla. Leandro se negó a hacerlo y su madre se puso de su parte, argumentando que era demasiado joven. Dafne, que había oído la conversación, aquella noche habló con Festos para explicarle que su hermano no podía ir a la guerra porque se estaba formando para ser escultor. Y le mostró a su esposo la escultura que le había regalado Leandro. Quería que admirara la belleza de sus formas, los detalles de la expresión de su cara y de su vestido, la perfección con que se había recreado el entramado de la cesta que llevaba en la cabeza. Festos cogió la estatua con rabia y salió de la casa en busca de Leandro.

—Me despertaron los gritos de Festos y el llanto desconsolado de Dafne. Ambos

irrumperon en mi casa y Festos tiró de mí para que me levantara del jergón. Mi padre y mi madre también se despertaron al oír los gritos. Festos blandía la figura que yo había hecho para Dafne como si de una espada se tratara. «No puede ir a la guerra porque quiere ser escultor —gritaba—. ¿Dónde crees que vives? ¿Quién te has creído que eres? Tú has nacido para la guerra, como todos nosotros y lo único que puedes hacer es procurar que no te maten». Entonces mi madre arrancó la estatua de la mano de Festos para evitar que la rompiera y miró a Dafne con una expresión de ira que nunca había visto en ella. «Esto es sólo culpa tuya, culpa tuya», le dijo, y guardó la estatua en el arcón de la ropa. Dafne la miró sin comprender y, herida por sus palabras, salió llorando de la casa. Intenté seguirla pero mi madre me lo impidió reteniéndome a su lado. Cuando unas horas más tarde volví a ver a Dafne, ya no pude hablar con ella ni despedirme antes de abandonar Lato para siempre.

Vi las manos grandes de Leandro acariciar despacio el rostro de bronce de Dafne. Luego cubrió el busto con la tela y se volvió hacia mí. La belleza de sus ojos estaba velada por una expresión fría que no supe descifrar.

—Vamos a comer, tengo hambre —dijo y salió del estudio sin esperar a que yo me levantara para acompañarlo.

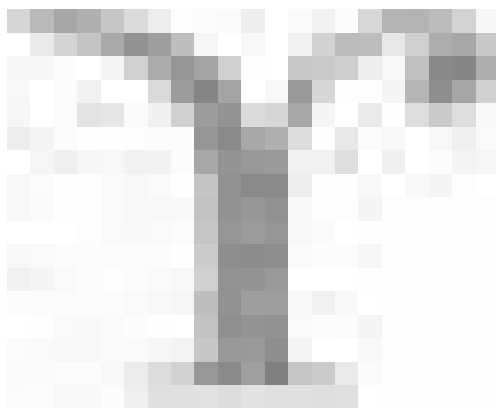
Lo seguí sin ganas. Debía decirle que Dafne había muerto y en qué circunstancias, pero lo que había visto en sus ojos me hizo temer su reacción y decidí esperar un momento más propicio. Comprendí que Leandro había amado a Dafne, y que iba a ser muy difícil que otra mujer ocupara su lugar, ni siquiera yo, aunque él parecía quererme, a su manera. Me había revelado las razones de la enemistad entre Dafne y Exome, el porqué de la melancolía de Dafne el día que nos vio a Lino y a mí regresar de la playa que para ella representaba el recuerdo de un sentir que sin duda nunca había tenido por un hombre tan rudo como Festos. Entendí al fin por qué Leandro había roto la estatua cuando se la entregué: si yo se la traía de parte de su madre significaba que nunca había vuelto a manos de Dafne. Empezaban a tener sentido los rumores sobre su fama de amante fugaz y consentido por tantas mujeres y hombres nobles; también sus cambios de humor y sus silencios. La cuestión era qué hacía yo a su lado esperando algo que quizá él no iba a poder ofrecerme nunca.

Después de comer Leandro me dijo que quería estar solo y me fui de su casa. Me engañaba con la ilusión de que la fuerza de mis sentimientos lo ayudaría a amar de nuevo libremente y a convertirse en el gran escultor que siempre había querido ser. Él había confiado en mí y eso me honraba. Comprobé que Leandro escondía lo mejor de su trabajo; aquellas esculturas en las que había sabido captar la esencia de las personas a las que representaban. Años más tarde los escultores se lanzarían a crear ese tipo de imágenes, pero en aquellos días todavía se esperaba que las estatuas adoptaran la forma y la belleza solemne de héroes y dioses. No supe hasta mucho después que Leandro se había adelantado a su tiempo y se despreciaba a sí mismo por no saber afrontar su situación.

Empezaba a conocer al hombre de quien la razón me dictaba que debía alejarme,

y yo no era capaz de obedecerla. Volví con él cuando días más tarde vino a buscarme. A punto estuve entonces de dejar a Areté y a mis pacientes y quedarme a vivir en su casa.

—Ve con Leandro siempre que quieras —me dijo Areté—, sólo te pido que no te olvides de que ésta es tu casa, y atender a quienes preguntan por ti todas las mañanas es tu trabajo. Si abandonas todo eso por él, perderás tu libertad, dejarás de ser tú para convertirte en alguien que vive pendiente de Leandro. Te conozco lo suficiente para saber que no sabrás desempeñar ese papel. Y me alegro de que sea así —añadió con una sonrisa.



A casa de Leandro llegaban con frecuencia hombres acompañados de sus esposas o concubinas. Sabían que había estudiado en Alejandría y que era uno de los escultores más conocidos salidos de la escuela de Rodas. Venían de Lindos y de otras partes de la isla, atraídos por el eco de su fama. Él los atendía con fría amabilidad e impaciencia mal disimulada mientras le solicitaban que realizara las figuras de los dioses y las diosas del Olimpo, de los héroes de las guerras, o de adolescentes de cuerpos perfectos. Tapado por telas y escondido en el rincón más oscuro de su estudio, se encontraba lo mejor de su trabajo, las esculturas de bronce que a mí y a él nos gustaban.

Los clientes que encargaban alguna escultura a Leandro solían entretenerse describiendo con todo detalle la figura que querían. Casi siempre se trataba de imágenes y poses que a ellos les parecían nuevas pero que él se sabía de memoria por haber tenido que hacerlas muchas veces con pequeñas modificaciones. Mientras se cerraba el trato, yo observaba cómo las mujeres no dejaban de mirar a Leandro, y muchas de ellas se movían y hablaban con una expresión inequívoca que él conocía bien y no dudaba en corresponder con una de sus miradas azules, cuyo significado no me era en absoluto ajeno. Si yo estaba en la casa procuraba que me vieran a su lado e intentaba que no me importaran las miradas de desdén que ellas me dirigían, ni los comentarios acerca de mí que hacían en voz baja con sus maridos o sus amantes cuando pasaban por mi lado.

—¿Por qué continuas aceptando ese tipo de encargos? —le pregunté un día cuando uno de sus adinerados clientes y su concubina se hubieron ido.

—Porque es lo que ellos quieren, y son ellos los que pagan —respondió con desdén.

—Puedes hacerles otras propuestas para adornar sus casas y sus jardines. Estoy segura de que alguna de las esculturas que mantienes escondidas les gustaría.

—Yo sé que no. Recuerda lo que me ocurrió en Alejandría. Lo he probado, Irene. Nadie quiere tener estatuas como éstas en sus casas. Dicen que les falta proporción, equilibrio, grandeza.

—A alguien le gustarán. A mí me gustan, me gustan mucho. En cambio, todo lo que haces por encargo me parece falto de vida. Además, nunca te he visto contento mientras trabajas en ellas.

Una mueca extraña se formó en sus labios.

—Tú no sabes lo que es ser pobre, nunca lo has sido. Yo sí, nací pobre, demasiado pobre para atreverme a soñar en cambiar el futuro que otros ya habían trazado por mí. Pagué cara mi osadía de querer ser escultor. La pobreza me ha hecho mucho daño, Irene, mucho más de lo que te imaginas. Estoy dispuesto a hacer todo lo que sea necesario para no volver a padecerla.

—Pero ahora eres rico, el pasado ya no debe importarte.

—No hables sobre lo que no puedes entender —me dijo mientras su rostro adquiría la expresión velada que ya empezaba a temer.

—Lo único que te digo es que tus esculturas tienen pasión, vale la pena que intentes darlas a conocer —respondí dolida.

—Sé que a veces hago y digo cosas que tú no apruebas. Yo no he leído a los filósofos como tú, no he aprendido buenas maneras, ni me han enseñado música ni retórica, ni he crecido en una casa con esclavos, ni he estudiado Medicina en Alejandría. Soy un hombre burdo. Pero no quiero volver a ser pobre, nunca. Prefiero vender mi trabajo como escultor a venderme como soldado en cualquier guerra, como era mi destino. Lo que hago ahora es más cómodo, más seguro, y me permite vivir bien.

—Y vas a dejar por hacer todas aquellas esculturas que imaginas, que sientes vivir dentro de ti como me has dicho tantas veces. ¿Podrás realmente renunciar a eso? —pregunté un tanto irritada por el tono de queja de Leandro.

Él dejó caer los brazos a los lados de su cuerpo y bajó la cabeza. Un momento después su espalda empezó a moverse, acompañada de un sollozo apagado que no pudo contener. Me acerqué a él, me senté a su lado y lo abracé.

—Tú no sabes lo que hice por culpa de haber nacido pobre y atreverme a soñar en ser un gran escultor —dijo mientras se secaba las lágrimas.

—¿Qué hiciste?

Él apoyó la cabeza sobre mi pecho. Fue la primera vez que lo vi llorar, luego vinieron otras muchas. Y cada vez que eso ocurría yo me sentía más cerca de él, más capaz de ayudarlo, con la esperanza de que dejara fluir el amor que yo sabía llevaba escondido dentro.

En mi trabajo como médico no dejaba de sorprenderme la cantidad de supersticiones con que las mujeres acompañaban todo lo relativo a sus cuerpos. Me irritaba tener que luchar contra ideas absurdas como la de que las mujeres eran seres impuros durante los días en que les llegaba la sangre de todas las lunas. Todavía eran muchas las que estaban convencidas de que esa sangre era la muestra de una imperfección generalizada de su organismo. Acudían a mí porque querían evitar los embarazos continuados, pero al mismo tiempo todas creían que, como había dejado escrito Platón en su tiempo, el útero es como un animalito impaciente por engendrar; si no se complace, se pone nervioso y recorre todo el cuerpo impidiendo la circulación del aire y provocando graves trastornos. Los médicos todavía veían en el embarazo el remedio que podía corregir las imperfecciones del cuerpo de la mujer. Pensaban que el útero se seca por falta de semen, y que cuando lo hace se contrae y se desplaza, ocasionando distintas enfermedades en función de donde se detenga. Lo que yo había aprendido de Herófilo me decía que todas esas creencias eran infundadas, y no dejaba de insistir en la importancia de mantener el cuerpo limpio y de no someterlo a tantos embarazos pues los riesgos de los sucesivos alumbramientos eran con frecuencia la causa de muerte de muchas mujeres todavía demasiado jóvenes.

El día en que descubrí que estaba embarazada me di cuenta de lo mucho que todavía me quedaba por aprender si quería aconsejar a otras mujeres sobre cómo evitar más concepciones. En un principio me sentí ajena a mi cuerpo, enfadada porque no había obedecido a mis deseos, inquieta ante la reacción que pudiera tener Leandro, preocupada porque no sabía si podría mantener a un hijo con unos ingresos tan limitados.

—Evita que nazca —me dijo Areté cuando le comuniqué mis miedos—. Tú sabes cómo hacerlo sin correr demasiados riesgos. Pero si tu deseo no fuera ése, debes saber que tú y el niño podéis continuar viviendo aquí. Para mí no supone ningún esfuerzo pues recibo de Héctor mucho más de lo que necesito para vivir. Pero si con una mayor participación en los gastos de la casa se va a sosegar tu ánimo, no dudes en pedir más dinero por atender a tus enfermos. La gente seguirá viniendo pues te has ganado su confianza. Aunque les pidas algunas monedas más, todavía continuarás siendo el médico de la ciudad que menos cobra por sus servicios.

Aún no sabía si quería que mi hijo naciera, de lo único que estaba segura era de la necesidad de tomar una decisión antes de comunicarle a Leandro la noticia. No quería que él me influyera. Estaba segura de que me prefería sin niño, pues ya había podido comprobar que él deseaba vivir libre de responsabilidades que no fueran las esculturas que le encargaban. Llevábamos unos meses juntos sin que Leandro se hubiera ausentado de mi lado durante días, y si su deseo hubiera sido el de formar una

familia ya me habría pedido hacerme su esposa. Ni él ni yo teníamos padres a los que debíamos consultar para aprobar nuestra unión, así que la decisión era sólo nuestra. Pero ni siquiera se había planteado. Yo ya me había acostumbrado a vivir así, de hecho creo que lo prefería. Me gustaba disfrutar de la libertad de continuar viviendo en la casa de Areté, de seguir trabajando, de no tener que encerrarme en el aburrimiento del gineceo al que se veían abocadas las mujeres casadas.

Las dudas disminuyeron hasta desaparecer cuando empecé a sentirme bien en mi nuevo estado. Me despertaba llena de energía, sin el menor atisbo del cansancio y el malestar que acompaña a muchas mujeres durante los primeros meses de embarazo. Leandro todavía no se había dado cuenta de los cambios sutiles que había experimentado mi cuerpo; yo los notaba, y me gustaban. Disfrutaba de la serenidad que parecía envolverme a todas horas y de la alegría nueva con la que me levantaba todas las mañanas.

Cuando le dije a Leandro que esperaba un hijo suyo no me sorprendió su reacción. Lo vi salir de la casa muy enfadado porque sabía que yo no iba a cambiar mi decisión por mucho que él intentara convencerme de su inconveniencia.

Acostumbrada por mi trabajo a encontrarme con mujeres para las que cada nuevo embarazo era un infortunio, una molestia de la que ansiaban liberarse lo antes posible, me sabía extraña entre ellas, diferente, pues a medida que se iba modificando mi cuerpo también lo hacía mi alma y ésta no rechazaba ni temía lo que me estaba ocurriendo. Me sentía tranquila y confiada como no lo había estado desde que tuve que abandonar la casa de mi padre. Evitaba pensar en las dificultades que supondría criar a un hijo, o en lo precario de mi situación sin una casa que pudiera llamar mía y sin el dinero suficiente para comprarla. Creo que durante el tiempo en que sentía crecer a mi hijo dentro de mí empecé a vivir en la ausencia de miedo de la que hablaba Epicuro. Me dejaba llevar por las emociones que dictaba mi corazón y que me permitieron recuperar la placidez que ya creía haber perdido. Ansiaba el momento de ver la cara de mi hijo por primera vez. No escuchaba apenas la voz interior que a veces me hablaba de los problemas que había visto ya en otras mujeres. Aunque mi razón no era capaz de conocer los motivos de mi corazón, éstos, cualesquiera que fueren, estaban allí. Y disfruté de mi embarazo; sentía el fluir de una energía renovada que no cesó ni siquiera cuando mi vientre creció tanto que debía moverme despacio, andar con las piernas ligeramente abiertas y acariciarme la espalda para aliviar el dolor provocado por el peso extra del niño que llevaba dentro y del agua que lo rodeaba. Para entonces ya había aprendido a hablar con mi hijo, a cantarle cuando nadie me escuchaba, a acariciarlo cuando de mi vientre sobresalía por unos instantes un pequeño bulto que imaginaba sería uno de sus pies. A Leandro lo vi muy poco durante aquellos meses.



Krito nació la misma noche de verano en que las cortesanas de la ciudad de Rodas celebraban las fiestas adonias, en honor a Adonis. Se trataba de un antiguo culto procedente de Atenas que todavía se mantenía en Rodas y en otras ciudades de la Hélade. Como todos los años, Areté y las demás hetairas y prostitutas de la ciudad habían sembrado en cestos y macetas planas semillas de trigo, avena y cebada, y las habían regado con agua caliente durante ocho días. Gracias al calor y al agua las plantas germinaban y crecían rápidamente, sólo para morir a los pocos días. Así se

recordaba cada año la corta vida de Adonis, el más bello de los amantes. Eran las fiestas en las que se celebraba el amor adúltero, como el de Afrodita y Adonis, y la casa de Areté se había llenado de hombres y mujeres que comían y bebían en exceso y que disfrutaban de los placeres del cuerpo, lejos de las normas conyugales y reproductivas de las mujeres casadas.

No me gustaba estar allí, en medio de las risas excesivas de los hombres y los gritos agudos de las mujeres. Me molestaba que hubieran roto la paz que necesitaba, pues intuía que mi hijo llegaría seguramente aquella noche o con las primeras luces del alba. Me molestaba el aroma demasiado intenso de la mirra que llegaba desde todas las esquinas de la casa de Areté, sabía que me iba a ser imposible huir de él. No podían celebrarse unas adonias sin la presencia de la planta que dio la vida a Adonis, la misma que se decía que acompañaba el despertar de la sensualidad de los amantes. Las discípulas de Areté miraban con ojos expectantes todo lo que ocurría y se habían vestido, maquillado y perfumado con esmero para celebrar la primera fiesta a la que Areté les había permitido asistir, aunque con la prohibición de que participaran de forma activa en ella. Estaban allí únicamente para ser vistas, para dejar constancia de la promesa de placer futuro que representaban.

Cuando los dolores empezaron a ganar en frecuencia e intensidad, me dispuse a retirarme para esperar la llegada de mi hijo en el silencio relativo de mi habitación. Areté me vio abandonar la sala y salió detrás de mí.

—¿Ya llega? —me dijo.

—Sí, creo que sí —respondí mientras me apoyaba en su brazo para soportar un nuevo dolor.

Areté ya no se movió de mi lado en toda la noche, a pesar de que Héctor la mandó llamar en más de una ocasión.

Krito nació cuando el sol tibio del nuevo día empezaba a teñir de tonos anaranjados un cielo que todavía parecía negarse a abandonar la noche. El primer llanto de mi hijo me pareció irreal pues nunca, durante los largos meses de espera, me había parado a pensar en cuál sería el sonido de su voz. Él entraba a la vida llorando, un llanto que me decía que mi hijo estaba sano y que tenía ganas de vivir. Luego, cuando se agarró a mi pecho y sentí su peso cálido y leve sobre mis brazos, ambos nos reconocimos en el latido de nuestros corazones y él dejó de llorar. El contacto de mi piel con la suya tuvo la virtud de despertar en mí una alegría que no había sentido nunca, y empecé a hablarle y a reír de manera incontrolada mientras él seguía alimentándose de mi pecho, con los ojos cerrados. Entonces los sonidos y los olores dejaron de existir y en la casa y fuera de ella todo se detuvo, todo se borró para dejar que Krito y yo ocupáramos todos los lugares, su olor y el mío se fundieran en uno, y su cuerpo, que ya no era el mío, se aferrara a mí, al igual que yo a él.

Cuando Leandro vino a visitarnos habían transcurrido ya varias lunas y aquel día

Krito acababa de dar sus primeros pasos solo. Había conseguido andar sin caerse desde los brazos de Areté a los míos, colocadas una a cada lado de la sala. Nos reíamos los tres, celebrando a besos su hazaña, cuando la esclava anunció la llegada de Leandro. Al verlo, Krito se aferró a mis brazos y no quiso soltarme. Leandro lo miró deteniéndose en sus ojos, tan iguales a los suyos. No hizo nada por acercarse, por tocarlo, por besarlo. Y yo tampoco intenté convencer a Krito para que fuera hacia su padre; lo mantuve abrazado, con la vana esperanza de que me diera fuerzas para no dejarme llevar de nuevo por las promesas de Leandro. Sabía que había venido a buscarme; también sabía que terminaría yéndome con él, a pesar de lo mucho que me había esforzado en intentar borrar su recuerdo durante los meses que había durado la última de sus ausencias. Horas más tarde, Areté me vio partir con Leandro y Krito. No dijo nada; sabía que todos sus argumentos contra mi excesiva dependencia de Leandro habían fracasado.

—Vendré aquí todas las mañanas, con Krito, para continuar atendiendo a los enfermos que me necesiten —le dije a modo de despedida.

En casa de Leandro todo volvió a ser como siempre. Yo me perdía en sus abrazos y en sus caricias, me sentía herida con sus silencios, intentaba ayudarlo cada vez que lo veía triste. El miedo al fracaso seguía llevándose lo mejor de su arte y sus sollozos de rabia contenida se ahogaban cada vez más a menudo en mis brazos. Yo le hablaba una y otra vez de futuros posibles en los que su arte sería valorado, lo animaba a que esculpiera sólo aquellas imágenes que tuvieran sentido para él. Leandro me escuchaba respetuoso pero no seguía ninguno de mis consejos. Un día le pregunté por qué nunca me hacía caso.

—¿Crees que es tan fácil? —me respondió—. ¿Acaso tú estás haciendo con tus conocimientos de Medicina todo lo que puedes hacer? ¿Por qué te conformas con tu fama de hechicera si sabes más? ¿De qué te ha servido formarte en la escuela más importante y con el mejor de los maestros?

No me gustó escuchar sus reproches, quizá porque sabía que tenía razón. Podía pensar en muchos motivos por los cuales había decidido quedarme en Rodas, pero sabía que él era el más importante, aunque no el único. Influyó también el deseo de encontrar un lugar donde asentarme y vivir de mi trabajo, donde la falta de padre, marido y patrimonio no fuera un problema. Y ese lugar lo había encontrado en casa de Areté. Tras el nacimiento de Krito veía ya muy difícil regresar a Alejandría y continuar formándome como médico.

Leandro apenas se acercaba a Krito. Nunca lo acariciaba, ni hablaba con él, como si no se acordara de que estaba allí. El niño parecía temeroso en su presencia y no recobraba la alegría hasta que no regresábamos cada mañana a casa de Areté, donde recibía contento los mimos con los que ella y sus discípulas le daban la bienvenida. Pronto Krito empezó a quejarse de que me lo llevara de allí por las tardes.

—Deja a Krito aquí si quieres, nosotras lo cuidaremos hasta que regreses —me dijo un día Areté.

La miré sorprendida. No quería ni pensar en separarme de Krito durante tantas horas. Esa petición de Areté me impulsó a hablar con Leandro y pedirle que intentara acercarse a su hijo.

—¿Para qué? No puedo enseñarle nada bueno —me respondió él.

—Puedes contarle alguna historia.

—Yo no sé ninguna historia.

—¿No? Tu madre nos contaba muchas historias cuando estuve en su casa. Me imagino que tú también las debes conocer. Estoy segura de que te acuerdas de alguna de las que te contó a ti cuando eras niño.

—No me nombres a mi madre. —En su voz podía percibir el enfado y la ira.

—¿Por qué no? Exome siempre hablaba de ti. Creo que eras su hijo predilecto.

—No, no se trata de ella. No quiero hablar de nadie de Lato. No me preguntes más por ellos. Quisiera olvidar que una vez viví allí y que un día tuve que marcharme.

—¿También quieres olvidarte de Dafne?

—Dafne no tuvo la culpa de nada.

Algo me sacudió por dentro. Volvieron a mí las frases inconexas que Dafne había pronunciado la noche de su muerte, en ellas afirmaba una y otra vez su ausencia de culpa.

—¿Qué ocurrió?

Al contrario de lo que esperaba, Leandro empezó a hablar; la voz grave, sin cambios en la entonación, como si leyera en voz alta una historia ajena, otra vez como si estuviera solo. Por fin necesitaba explicarle a alguien aquello que había intentado esconder en el pozo más profundo de su memoria. Para hacerlo necesitaba distanciarse, controlar las emociones que lo amenazaban con su recuerdo desde un pasado no demasiado lejano. Y yo estaba dispuesta a escucharlo sin interrumpirlo.

Krito volvió a pedirme que lo tuviera en brazos y desde mi regazo miró a su padre con los ojos muy abiertos, asustado por la mueca de dolor que se había dibujado en su rostro. El sonido monótono y apagado de la voz de Leandro hizo que poco a poco los ojos de Krito se cerraran bajo el peso del sueño y que no se despertara del todo a pesar de que en más de una ocasión lo apreté con fuerza, impresionada por el relato de Leandro. Él retomó la historia desde su negativa a unirse a sus hermanos como soldado mercenario.

—Me fui de mi casa cuando todavía era noche cerrada y al llegar a Lato, me escondí cerca del puerto. Mi hermano y sus hombres llegaron poco después. Venían a buscarme. Desde mi escondite oí la rabia desatada en la voz de Festos, y por la forma en que gritaba mi nombre y por los insultos que profería, supe que lo había adivinado todo. También tuve la certeza de que mi madre y Dafne habían guardado el último de mis secretos, aquello que yo no soy capaz de olvidar. Todavía no sé cómo conseguí subir sin ser visto en el primer barco que partía. La nave no se dirigía a Alejandría, como había sido mi sueño, pero yo no iba a ningún sitio concreto, sólo buscaba

huir...

—¿Qué es lo que no puedes olvidar? —pregunté casi con miedo.

—Yo maté a mi padre —dijo Leandro sin cambiar el tono de su voz y sin mirarme.

Mi cuerpo se tensó. Krito debió de percibir la rigidez de mis brazos o el ritmo errático de mi corazón porque se despertó y se puso a llorar. Le acaricié la cabeza y lo mecí con suavidad. Intenté relajarme. Entonces él se puso el pulgar derecho en la boca y empezó a chupar con fruición. Cuando Krito cerró los ojos volví a mirar a Leandro. Él se había vuelto hacia nosotros y nos observaba.

—Fue un accidente, pero yo soy el único responsable. Aquella noche, Festos me había anunciado que debía estar listo para partir con él y Aniceto a la mañana siguiente. Mi padre me dijo que mi hermano tenía razón y que cuanto antes me entrenara en el oficio de la guerra, menos miedo le tendría. Él era ya demasiado mayor para luchar pero estaba convencido de que yo podría hacerlo muy bien; era un hombre joven, fuerte y mis hermanos me explicarían cómo debía protegerme. No quise seguir escuchándolo y salí de la casa. Después oí que mi madre y él discutían, y al cabo de un rato la casa volvió a quedar en silencio. Me senté con la espalda apoyada en la pared, la vista fija en la casa de Festos. Estaba muy oscuro, pero por un momento me pareció ver la sombra de Dafne que venía hacia mí. Me levanté para ir a su encuentro, entonces alguien me agarró del brazo. Era mi madre.

Leandro desgranaba su historia mientras yo lo escuchaba sobrecogida, abrazada a Krito. Me contó cómo Exome primero lo retuvo a su lado y luego lo animó a que se marchara enseguida, rumbo a Alejandría, la ciudad de la que él siempre hablaba por los comentarios que escuchaba en el taller de escultura. Dafne, protegida por la noche, había oído la conversación y llegó sin ser vista hasta donde estaba Leandro. Se abrazaron.

—Vete de aquí, Dafne. Vuelve a tu casa, con tu esposo —ordenó Exome mientras agarraba por el brazo a su hijo y se lo llevaba dentro de la casa para preparar un pequeño hatillo con sus cosas.

Dafne no se movió. Volvieron a abrazarse y Leandro entró rápidamente en casa empujado por su madre. Cuando ya estaba a punto de salir con su hatillo, su padre se despertó.

—¿Adónde crees que vas, Leandro? —le espetó.

Siguió una discusión larga en la que Leandro intentó explicar de nuevo a su padre su pasión por la escultura, su convicción de que sería un mal soldado, su deseo de buscar un futuro mejor, su decisión de marcharse lejos de Lato. Exome defendió a su hijo, se interpuso entre los dos cuando la discusión empezó a hacerse más intensa, en un intento de evitar que su esposo siguiera a Leandro cuando éste ya estaba a punto de salir a la calle.

—Apártate, mujer —gritó el padre de Leandro, empujando a un lado a Exome.

Padre e hijo salieron de casa. Leandro intentó apartarse de su padre, que se había

situado delante de él y le cerraba el paso. Buscó a Dafne entre las sombras y se despidió de ella con la mirada. Y entonces fue cuando ocurrió. El padre de Leandro consiguió retenerlo agarrándole un brazo. El forcejeo duró unos instantes, hasta que Leandro lo empujó para zafarse de él. Quizá el empujón fue más fuerte de lo que hubiera deseado, o quizá fue el destino el único responsable. Leandro vio a su padre perder el equilibrio, chocar contra el banco de piedra que había a la entrada, caer al suelo y quedarse inmóvil. Exome se arrodilló junto a él, le habló, le tomó la cabeza entre las manos y ahogó un grito al verlas teñidas de sangre. Fue la primera en reaccionar.

—Ha muerto —dijo—. Vete, Leandro, deprisa, por favor. Márchate de aquí antes de que Festos se despierte.

Y se fue sin dar un último abrazo a su madre ni a Dafne, sin poder llorar a su padre, con la culpa irreparable metida en las entrañas. Sólo como no había estado nunca antes y como estaría a partir de entonces. Durante varios días vagó de pueblo en pueblo y de isla en isla, comió poco y durmió muchas veces sin un techo que lo protegiera. Todavía iba a tardar un tiempo en poder embarcarse hacia Alejandría.

Cuando por fin llegó a la ciudad de sus sueños, no le fue difícil encontrar trabajo en uno de los muchos talleres de escultores. La ciudad florecía y el rey Ptolomeo estaba encargando la realización de estatuas que adornaran sus calles, sus palacios, sus edificios públicos. Estatuas de grandes dimensiones en su mayoría, trabajadas con el mármol de la mejor calidad, pagadas a buen precio. Y Leandro fue haciéndose un nombre por la perfección y la celeridad con la que realizaba su trabajo. Desde que huyera de Lato, había ido descubriendo que su físico y su forma de hablar le abrían los corazones de las gentes. Fueron muchos quienes, atraídos por su belleza desamparada, lo ayudaron en su largo camino hacia Alejandría. Pronto se dio cuenta de que las mujeres se doblegaban a sus deseos sólo por la satisfacción de tenerlo a su lado, de disfrutar de la perfección de sus facciones, de la esbeltez de su cuerpo y de la fuerza envolvente de su voz. Incluso una dama importante de la corte se había aficionado a él y lo llamaba con frecuencia a palacio, sin importarle que todos hablaran de su relación con el bello escultor, cuya fama aumentó todavía más al conocerse estas visitas.

Ninguna de aquellas mujeres sabía que el hermoso joven al que acogieron en su lecho era un ser huidizo, triste, desconfiado, inseguro. Lo mejor de él se había quedado en los brazos de Dafne. Yo conocía su secreto y podía ayudarlo. Todavía no me daba cuenta de que era una más de las muchas mujeres a las que Leandro había conseguido seducir sin esfuerzo. Me sentía diferente a las demás. Era conmigo con quien él se había confiado, y era mi hijo el único que había llegado a conocer. Todo eso pensaba yo mientras él dormía abrazado a mí cada noche, con la respiración tranquila y el rostro sereno de un niño que se siente protegido en los brazos de su madre.

Cuando aquella tarde Leandro terminó de narrarme su huida precipitada de Lato, guardamos silencio, yo ocupada en atender las necesidades de Krito, él trabajando en una de sus esculturas secretas. Creí haber descubierto el alma que se escondía en quien antes sólo había sido fuente de placer y de belleza. Estaba convencida de que entre Krito y yo conseguiríamos que emergiera de nuevo en él la confianza, hasta el punto de que pudiera amarnos a su hijo y a mí como tanto deseaba.

Y con esa esperanza iba todas las tardes a su casa y me quedaba allí hasta la mañana siguiente. Con esa ilusión llevaba a Krito conmigo a pesar de las protestas del niño y esperaba que algún día, en algún momento, Leandro se acercara a su hijo, le hablara, lo acariciara, jugara con él. Pero eso no llegó a ocurrir. Leandro buscaba mi cuerpo y compartía conmigo sus pesares sin que nada en su actitud cambiara, incluso su mala costumbre de no avisarme cuando no iba a estar en casa. Y yo seguía a su lado, con mi vida repartida entre dos casas que no podía llamar mías y una creciente sensación de culpabilidad cada vez que me veía forzada a elegir entre Krito y él, y elegía a Leandro, mientras abandonaba a mi hijo jugando solo en algún rincón de la casa.

Comprendía la lucha que se libraba en el interior de Leandro, sus temores, el dolor que le causaban sus recuerdos, incluso me parecía justificada su forma de relacionarse con los demás evitando implicarse, sin dar demasiado de sí mismo por si era necesario alejarse de las personas a las que amaba. En cambio, no conseguía entender que Leandro no hubiera modificado esa actitud con el paso del tiempo y me dolía tener que aceptar que el conocerme a mí y el ver a su hijo cada día no eran para él motivos suficientes para producir ningún cambio. No podía seguir ignorando la poca importancia que teníamos Krito y yo frente al poderoso e idealizado recuerdo de Dafne. Una vez más decidí aplazar la noticia de que Dafne había muerto y preferí dejar a Leandro con la frescura de sus recuerdos, segura de que tampoco iban a cambiar al conocer su muerte.

Hoy me cuesta entender que aceptara sumisa mi papel en la vida de Leandro, que no me rebelara, que no discutiera con él, que no intentara imponer mis condiciones aunque sólo fuera por Krito. ¡Qué madre más insensata fui durante aquellos días! ¡Qué ingenua! Aún esperaba un cambio en Leandro. Tuvieron que pasar varios meses hasta que conseguí reunir el valor suficiente para provocar un cambio, pero no en Leandro sino en mí misma.

Mis tardes y mis noches en casa de Leandro se interrumpieron la mañana en que Areté me avisó de que Atis, la mayor de sus discípulas, no estaba bien y no había querido tomar nada desde la noche anterior. Acostumbrada a verla siempre contenta a primera hora, riendo con sus compañeras y comiendo a gusto y en grandes cantidades, aquel día me extrañó que estuviera sentada a la mesa en silencio, sin tocar las tortas de cebada ni los higos que solíamos desayunar. Se quejaba de que tenía frío. Se levantó corriendo de la mesa y salió de casa. Consiguió llegar hasta el jardín y vomitar allí. Areté y yo nos miramos, compartiendo una sospecha sobre la causa de su malestar. De belleza poco común, alegre, decidida y curiosa, Atis era la discípula preferida de quienes habían visto alguna vez a las chicas. Aunque Areté les había prohibido relacionarse con ningún hombre todavía, ella y yo sabíamos que Atis se veía con frecuencia con un muchacho joven, el hijo de un comerciante de ánforas que vivía cerca de nuestra casa.

Atis ya no volvió a la mesa, se fue a su habitación y se metió en la cama. Cuando fui a verla la encontré llorando, tapada con una manta. Volvió a quejarse de que hacía frío, a pesar de que estábamos en verano y el sol de una mañana cálida iluminaba la habitación. Atis tenía la frente algo caliente. Cuando me dijo que le dolía el vientre alrededor del ombligo, tuve la certeza de que no era un embarazo. La chica temblaba y le preparé una tisana de trébol rojo para que la ayudara a tranquilizarse. Pero Atis vomitó un par de veces más y no dejaba de quejarse de un dolor cada vez más agudo en el vientre.

—Siento una punzada constante y muy dolorosa.

Me quedé cuidando a Atis y procuré que descansara, pero el dolor y los vómitos la mantuvieron despierta la mayor parte del día. Por la tarde la animé a que se levantara para ver qué ocurría. El dolor empeoraba cuando intentaba caminar. Al llegar la noche, le aumentó la fiebre. Yo seguía sin descubrir la enfermedad que se escondía tras aquellos síntomas. Le di una infusión de sauce blanco y olivo y conseguí que le bajara la fiebre, pero el dolor persistía. Hacia la madrugada, Atis logró dormir unas horas. Mientras ella dormía, yo no dejaba de pensar en qué otro remedio podría utilizar para curarla. El momento que tanto temor me suscitaba, aquel que me obligaría a reconocer mi falta de pericia para enfrentarme con éxito a alguna enfermedad, había llegado ya. No sabía cómo ayudar a Atis; Herófilo trataba las afecciones del vientre con dietas a base de frutas y eso había hecho yo a lo largo del día, a pesar de la inapetencia que mostraba Atis.

A media mañana, el dolor se había desplazado hacia la parte inferior derecha del abdomen y se había hecho todavía más intenso. Fue entonces cuando le confesé a Areté mi ignorancia y que quizá deberíamos consultar con otro médico. Areté le pidió a Héctor que avisara al mejor médico de Rodas. El hombre acudió enseguida, con su caja de medicinas, su túnica blanca y el gesto altivo de quien se sabe importante. Tras

explorar a Atis, dijo lo que yo ya sabía: que la fiebre había aumentado, que continuara dándole a la enferma infusiones de sauce blanco y olivo para controlarla y que no dejara de ponerle trozos de tela mojados en agua fría en las muñecas y en los tobillos hasta que su cuerpo recobrara la temperatura normal.

—Se trata de una indigestión —nos informó antes de irse—. Dentro de unas horas estará bien. Pueden continuar administrándole un poco de eléboro pues la tranquilizará, y además tiene un efecto laxante y eso la ayudará.

No me pareció acertado el diagnóstico del afamado médico. Yo estaba convencida de que había algo más. No le dije nada por no incomodarlo, pero sí le expresé mis dudas a Areté. Empezaba a temer de verdad por la vida de Atis. Sentía miedo y rabia. Impotencia y desesperación.

Pasaban las horas y Atis no mejoraba. Permanecía en la cama con los ojos cerrados, la frente humedecida por el sudor y una mueca de dolor en los labios. Sus gemidos llegaban cada vez más apagados, ya no hablaba. Las pocas veces que abría los ojos, yo no podía evitar sentir la muda acusación de su mirada, la pregunta que ella ya sabía que no podía responderle. También percibía su miedo, su rabia unas veces, su aceptación de lo inevitable, otras. En apenas dos días, Atis había perdido la belleza de la piel tersa de sus 14 años, el brillo de sus cabellos oscuros, la ilusión en su mirada, la sonrisa fácil y contagiosa que a todos nos reconfortaba. Cuando a media tarde Atis abrió los ojos e intentó sonreír, me senté en la cama junto a ella.

—Ya no me duele tanto —dijo casi en un susurro.

El alivio que sentí apenas duró unos instantes, el tiempo que tardé en tomar una de sus manos en la mía y acariciarle la frente con la otra. Esperaba que la fiebre hubiera cedido y que Atis estuviera fuera de peligro, pero la frente le ardía y, aunque había cerrado de nuevo los ojos y parecía dormir tranquila, en el interior de su cuerpo se libraba una batalla cuyo fragor fue creciendo a medida que pasaban las horas. De nada sirvieron las friegas con aceite de menta con las que intenté reanimarla. Atis no reaccionaba.

Era todavía de noche cuando dejé de sentir el pulso de Atis. Areté y yo nos abrazamos, llorando, y así estuvimos mucho rato, incapaces de movernos, sin atrevernos a mirarla, intentando que aquella imagen de ella, inerte en la cama, no ocupara el lugar de la chica de buen apetito y risa fácil, de la joven enamorada que se escapaba con el hijo del comerciante de ánforas, de la discípula más avanzada de Areté en las clases de oratoria, la de los cabellos más hermosos y la mirada más alegre.

El duelo se instaló en casa de Areté. Únicamente Krito conseguía arrancarnos alguna sonrisa cuando intentaba decirnos con su lengua torpe las nuevas palabras que iba aprendiendo. Yo dejé de ir a casa de Leandro y no habría vuelto aunque él hubiera venido a buscarme. Areté y sus discípulas eran mi única familia; todas debíamos

ayudarnos mutuamente a aceptar el vacío que nos había dejado la muerte de Atis. Las chicas estaban muy afectadas, andaban ausentes por la casa, lloraban con frecuencia y no tenían interés en vestirse o maquillarse, ni en asistir a las clases de oratoria con las que Areté se esforzaba por mantener una cierta normalidad en aquel ambiente de lúgubre desamparo. Aunque todas habían perdido a su padre o a su madre cuando todavía eran muy niñas, aquélla era la primera vez que se topaban de frente con la muerte, que entendían la gran injusticia que suponía enterrar a alguien que todavía tenía una vida por vivir. Cuando observaba a las tres chicas llorosas y asustadas me preguntaba qué les habría dicho Epicuro de haber estado allí. Yo no me atrevía a repetirles las palabras del filósofo sobre la necesidad de no temer a la muerte. Ellas se preguntaban, temerosas, si su destino también sería morir jóvenes, como Atis. Yo ya no era tan joven pero también temía morir, y mucho más que fuera mi hijo quien muriera, eso no me atrevía ni a imaginarlo. Fue durante aquellos días cuando empezó a crecer en mí la seguridad de que tenía algo pendiente que hacer y había dejado pasar demasiado tiempo sin atreverme a tomar las decisiones, difíciles pero necesarias, que harían posible cumplir mi deseo.

Debía regresar a Alejandría. Mi incapacidad para diagnosticar y curar la enfermedad de Atis me había demostrado una vez más cuánto me quedaba por aprender. A ratos intentaba justificarme pensando que el médico de Rodas tampoco había podido curarla. Hubiera podido aferrarme a la idea de que, como médico, debía aceptar que la muerte era muchas veces inevitable, o de que estaba ayudando a muchas mujeres y niños. Pero mis conocimientos también los poseían otros médicos de la ciudad y ellos podrían ayudarlos. Mi presencia en Rodas no era imprescindible, ni siquiera necesaria. Debía seguir avanzando en mis estudios. Por Dafne, por mi padre, por Atis, por todos aquellos a quienes tal vez habría podido salvar de la muerte si mi preparación hubiera sido más completa.

Tras la muerte de Atis perdí la entereza con la que antes había atendido a mis enfermos. Empecé a sentirme insegura acerca de mis diagnósticos o tratamientos, incluso en los casos de dolencias que conocía bien y que había tratado otras veces con éxito. Cada nuevo día tenía que luchar contra el deseo de quedarme en mi habitación sin recibir a ningún enfermo, de pasar el día jugando con Krito y con las discípulas de Areté. Pero las mujeres seguían pidiéndome consejo sobre sus dolencias y trayendo a sus hijos para que los sanara. Para ellas, la muerte temprana de Atis había sido su destino, como lo fue el fallecimiento de alguno de sus hijos cuando eran muy niños, o el de sus madres o sus hermanas cuando daban a luz. En cambio, yo sentía cada vez con más fuerza que muchas de las afecciones que ahora no sabía tratar tenían curación. Quizá mi destino fuera hacer todo lo posible para devolver la salud a quienes enfermaban.

Temía el momento en el que Leandro decidiera venir a buscarme, no quería que me viera así, descuidada, indecisa acerca de mis planes. Mi deseo de regresar a Alejandría iba ganando fuerza pero también crecían mis dudas. Irme de Rodas

suponía alejarme para siempre de Leandro y de Areté, dejar el refugio seguro de la casa de Areté, volver a estar sola, empezar de nuevo. No estaba segura de que fuera capaz. Hoy pienso que si Leandro hubiera venido a buscarme alguna de aquellas tardes en las que me dominaban las dudas, quizá no habría sido capaz de seguir dándole forma a mi plan, tal era el apretado nudo con el que había querido atarme a él. Leandro no vino, y yo pude seguir pensando por mi cuenta, sin que él absorbiera toda mi capacidad de vivir, sin la necesidad de complacerlo, de ayudarlo, de intentar cambiarlo.

Krito se convirtió en el centro de mi universo. Nada me gustaba más que sus besos húmedos en mis mejillas, sus brazos regordetes alrededor de mi cuello, el peso de su cuerpo en mi regazo, la curiosidad con la que me señalaba cualquier cosa y me preguntaba qué era, sus ojos atentos cuando le contaba una historia, el calor que desprendía su cuerpo cuando se quedaba dormido, el aroma único de sus cabellos, sus risas mientras corría alegre por la casa y el jardín, sus manitas intentando hacer bailar una peonza sin conseguirlo todavía. Krito se había convertido también en la principal atracción de las discípulas de Areté; todas querían jugar con él, contagiarse de su inocente alegría, regresar a la infancia que no tuvieron más remedio que abandonar de prisa.

Ansiaba compartir con Areté mis dudas, confiarle mi deseo de regresar a Alejandría, y al mismo tiempo temía hacerlo. Me parecía injusto alejarme de alguien que tanto me había ayudado. Ella se había convertido en una especie de hermana mayor con la que podía hablar con libertad. Teníamos una relación estrecha, aunque desigual. Hablábamos con frecuencia de Leandro, pero nunca de Héctor, yo le había contado toda mi vida, pero de ella no sabía ni siquiera dónde había nacido o quiénes eran sus padres. Tampoco me había dicho nunca cómo y por qué se preparó para ejercer el oficio de hetaira, cuántos amantes había tenido antes de Héctor, qué sentía hacia él.

Lo único que sabía de ella era que le había interesado conocer a Epicuro y que intentaba seguir sus consejos. Parecía vivir confiada y segura, disfrutando de cada momento, sin preocuparse por un futuro que no sabía si iba a llegar algún día, ni por un pasado que ya había dejado de existir. Nunca hablaba de los simposios a los que asistía con Héctor, ni de los hombres a quienes debía entretener con el fluir ordenado y certero de sus palabras, la belleza de su cuerpo, la riqueza de sus vestidos, el refinamiento de sus peinados y el valor de las joyas que lucía en tales ocasiones. En cambio, sus discípulas eran un tema habitual en su conversación. Le preocupaba que llegaran a sentirse únicamente como objetos de deseo, que perdieran la facilidad con la que todavía eran capaces de tejer sueños, de reírse, de ayudarse entre ellas, de confiar las unas en las otras. Sabía que el lujo con el que pronto estaban destinadas a convivir podía convertirse en una cárcel. Por eso dedicaba tanto tiempo a escucharlas y aconsejarlas y procuraba que crearan lazos de amistad fuertes entre ellas. También las instaba a que trabajaran en ciudades diferentes, para evitar una competitividad que

terminaría por dejarlas solas, sin nadie de quien pudieran fiarse.

El día en que al fin me decidí a comentarle a Areté mis dudas, todo fue mucho más fácil de lo que me había imaginado.

—Confiaba en que algún día tomarías esa decisión —me dijo Areté tomándose las manos y sonriendo—. Te echaré de menos, mucho, ya lo sabes. Y tú a mí, pero debes seguir tu camino y las dos sabemos que no está aquí.

Me quedé mirándola, agradecida por su comentario, que disipaba mis reticencias pero mantenía la tristeza por volver a perder a una amiga.

—Hace tiempo que te observo y veo que vives ausente, como si ya no estuvieras aquí. Parece que el temor guía todos tus actos. Temes equivocarte en tus diagnósticos, temes que Leandro venga a buscarte de nuevo, temes que no lo haga, temes que no vayas a saber ocuparte de tu hijo, temes irte de mi casa, temes tenerte que quedar aquí para siempre. ¿Adónde vas con tantos miedos? Creo que ahora has empezado a escuchar de verdad a tu corazón. Por mí no te preocupes, pienso ir a visitarte. ¿Cuándo piensas partir?

—No lo sé. Primero me gustaría decírselo a Leandro, despedirme de él.

—No. No lo hagas, Irene —me respondió ella con una urgencia especial en la voz—. Si yo estuviera en tu lugar, me iría sin decirle nada. Ya sabes lo que te ocurre siempre que vuelves a verlo. Aprovecha el distanciamiento de estos últimos meses. Gracias a eso te has permitido pensar libremente.

—También lo deseo a él.

—Debes elegir, Irene. Preguntarte si te sientes capaz de continuar conformándote con lo que él puede ofrecerte.

Sabía que no, que para mí no era suficiente ver a Leandro solamente cuando él quisiera, y que él no hiciera nada por acercarse a su hijo. Cada vez echaba más en falta la compañía de Manetho, de Caledonia, de Herófilo. Añoraba el silencio de las horas de estudio en el Museo, la aventura de cada nuevo descubrimiento, la belleza y vitalidad de una ciudad que sentía como mía aunque no hubiera nacido en ella. Había llegado el momento de irme de Rodas.

Escribí una carta a Caledonia anunciándole que regresaba a Alejandría, pero no esperé a recibir su respuesta para decidir la fecha de mi viaje. Debía aprovechar el mar en calma de los días de estío. Y partir antes de que Leandro viniera a buscarme. A Krito lo llevé un par de veces al puerto y le enseñé los barcos en los muelles. Le dije que pronto nosotros iríamos en uno de ellos, que emprenderíamos un largo viaje hacia una ciudad de calles limpias y edificios blancos. Krito palmoteó ilusionado por la aventura que suponía subir a uno de esos carros sin ruedas ni caballos, como los llamaba él, que utilizaban el mar como camino para ir de un sitio a otro.

Reuní el poco dinero que había conseguido ahorrar y no tuve que contarle para comprender que no era suficiente para instalarme en Alejandría con mi hijo, como no fuera en un cuartucho de los barrios más pobres. Sabía que podía incluso contar con la hospitalidad de Caledonia y Herófilo, pero no estaba segura de querer vivir en su

casa. Sentía la necesidad de probarme a mí misma que era capaz de vivir por mis propios medios. Por eso no podía arriesgarme a llegar a Alejandría sin el dinero suficiente y sin saber cuándo estaría en condiciones de ganarlo con mi trabajo como médico. Así que tomé el anillo de mi madre y me dispuse a desprenderme de él.

—Es un anillo muy antiguo. Te darán mucho dinero por él, pero hay que vendérselo a la persona adecuada. Alguien honesto y que no te engañe a la hora de calcular su valor —dijo Areté cuando le enseñé el anillo.

—¿Y a quién debo acudir?

—A mi padre.

—¿A tu padre? —pregunté confusa por la inesperada revelación de Areté.

—Bueno, no lo es pero como si lo fuera. Él me recogió en el camino hacia Lindos. Mi llanto de recién nacido hizo que se fijara en el bulto abandonado a los pies de una higuera. Entonces era un hombre pobre, un aprendiz de orfebre, pero me cuidó como a una hija. Ahora tampoco es rico, aunque es quien más entiende de joyas en toda la isla, y te ofrecerá el mejor precio porque sabe a quién puede venderlo.

—Entonces, si tu padre todavía vive, ¿por qué te convertiste en hetaira?

—Él quería casarme con un rico comerciante de Lindos y yo me escapé de casa. Desde que era niña deseaba aprender música, oratoria, filosofía. Mi padre no me permitía hacerlo. Él sólo quería verme casada y que me dedicara a parir hijos y a cuidar de mi esposo como hacen las mujeres respetables. Conseguí llegar a Atenas y busqué a una hetaira que me aceptara como pupila. Rodopis me acogió en su casa y me enseñó las distintas artes de mi oficio sin cobrarme nada por ello. Luego me acostumbré a ser una mujer libre, satisfecha de que alguien pagara por escuchar lo que yo podía decirle con mis palabras y con mi música, no sólo con mi cuerpo. Cuando años más tarde volví a ver a mi padre ya era la amante de Héctor y él se había convertido en el orfebre reputado que es hoy.

—¿Y te perdonó por haberte escapado de su lado?

—Se alegró tanto de verme que lloró emocionado al saber que volvía a estar en Rodas. Fue él quien terminó pidiéndome perdón a mí por no haber sabido comprender mis deseos. Desde entonces nos vemos con frecuencia. Él es, además, quien cuida de mis dos hijos.

Mi sorpresa iba en aumento. Areté nunca me había dicho que tuviera hijos, ni siquiera cuando nació Krito y yo no sabía cómo cuidarlo. Pero así era ella, hablaba sólo cuando era necesario. La venta de mi anillo me llevaría a conocer a su pequeña familia y a descubrir su pasado si ella no me lo contaba antes.

Cuando llegamos a la casa del padre de Areté, dos niños corrieron a abrazarla. Debían de tener unos 6 y 10 años respectivamente y nos miraban a mí y a Krito con desconfianza. Se notaba que no estaban acostumbrados a que su madre los visitara acompañada de alguien. Estuvimos allí toda la tarde. Areté reía y hablaba con sus

hijos y jugaba con ellos. Nunca la había visto tan alegre. Krito los miraba, curioso. No se atrevió a unirse a ellos hasta que Areté le pidió que les enseñara su nueva peonza. Krito la sacó con orgullo de la bolsita que siempre llevaba colgada del cuello y ella los dejó jugando a los tres y se acercó a donde estábamos su padre y yo.

—Un trabajo exquisito —comentó el hombre examinando el anillo con admiración—. Una esmeralda grande, todavía tallada a la manera en que lo hacían en el antiguo Egipto, bien engarzada sobre un grueso aro de oro de la mejor calidad, decorado con maestría con el grabado que recrea la forma de diminutas hojas de algún árbol que no puedo identificar. Egipcio, sin duda. Y antiguo, muy antiguo. ¿Estás segura de que quieres desprenderte de él?

Miré una vez más el anillo que sujetaban los dedos largos y finos del padre de Areté y una punzada de dolor amenazó con convertirse en lágrimas. Aquel anillo era lo único que tenía de mi familia. Sin él ya sólo me quedarían los recuerdos. Areté me acarició el brazo con delicadeza, me miró de frente y asintió con la cabeza de forma casi imperceptible.

—Necesito el dinero —dije finalmente—. No me queda más remedio que venderlo.

El padre de Areté me ofreció una cantidad de dinero que nunca habría imaginado que pudiera costar una joya por hermosa que ésta fuera, más que suficiente para pagar nuestro viaje a Alejandría y vivir en los barrios nobles de la ciudad durante un tiempo. Me devolvió el anillo y me dijo que regresara dentro de dos días para formalizar la venta. Luego se dispuso a disfrutar de la visita de su hija. Cenamos bajo una vieja higuera que nos protegía del aire de la noche. Comí con deleite las aceitunas, el queso de cabra y el pan recién horneado rociado con aceite. Consciente de que iba a ser uno de los últimos ágapes que compartiría con Areté, disfruté de nuestra conversación, acompañada de las risas de los tres niños y salpicada por las noticias frescas que Areté traía de la ciudad, un lugar a donde su padre acudía muy de tarde en tarde, siempre por motivos de trabajo, para regresar enseguida al refugio de su casa en el campo y a la compañía de sus dos nietos.

No había en aquella casa ninguna esposa ni concubina, sólo un par de esclavas para las tareas domésticas y el esclavo que se ocupaba de la educación de los niños. Areté me comentó que hacía muy poco que había muerto la mujer que había sido como su madre, y que su padre todavía no había pensado en desposarse de nuevo. Nunca había conocido a hombres como el padre de Areté, que vivieran sin esposa ni concubinas, que cuidaran de sus nietos, que aceptaran la rebelión de su hija y que continuaran queriéndola y respetándola a pesar del oficio que había elegido. Aunque quizá siempre hayan existido hombres como él, pero la historia no la escriben los orfebres ni los campesinos, ni quienes aceptan que sus hijas puedan ser libres para pensar y hacer lo que desean, sino los hombres que se lanzan a la conquista de otras tierras, los que se pelean por el poder y están dispuestos a convertir a todos los hombres en soldados con tal de ganar una guerra. Guerras, batallas, mercenarios,

aquél era el fluir de la historia que me había arrebatado a Linos. Me preguntaba qué clase de padre hubiera sido Linos, ¿se parecería al mío o al de Areté?

Llegó el día de nuestra partida y me alegré de seguir el consejo de Areté para no intentar despedirme de Leandro. Creo que no habría sido capaz de irme dejándolo allí, en el puerto, en compañía de Areté y sus pupilas diciéndome adiós. En esa ocasión, al menos fui yo quien tomó la decisión de emprender un viaje por mar para empezar de nuevo en otro sitio. Me sentía orgullosa de mí misma. Apretaba la manita de Krito, agradecida de tenerlo a mi lado, segura gracias a su compañía, dispuesta a luchar por él, por nosotros, capaz de volver a imaginar un futuro como había hecho cuando era niña desde la seguridad de la casa de mi padre.

No volví a ver a Leandro, ignoro si se quedó en Rodas o regresó a Alejandría, pero sé que consiguió dar a conocer su arte, e incluso que muchos lo imitaban. En los años sucesivos, las esculturas solemnes e idealizadas tan solicitadas por nobles y ciudadanos ricos quedaron obsoletas. Se fue imponiendo la representación de hombres y mujeres con cuerpos de proporciones reales, realizando las tareas de cada día, con la expresión de sus sentimientos y de su pasado marcada en el rostro, como si el arte se hubiera atrevido finalmente a retratar la vida. Vi esculturas, firmadas por Leandro y por otros artistas, en los jardines de Alejandría, en los templos y en las casas de los ciudadanos nobles. El Leandro que yo conocí se había adelantado a su tiempo, pero no tanto como para no lograr en vida alcanzar el prestigio que tanto deseaba. Me alegré por él. A veces sentía una cierta curiosidad por saber si también había logrado superar la muerte de su padre o la nostalgia por el amor perdido de Dafne. Aunque a mí ya me daba igual lo que él sintiera. Leandro se había convertido en un recuerdo lejano que sólo me llevaba a preguntarme cómo había sido posible que mi deseo por él se mantuviera por tanto tiempo y que se hubiera apagado tan deprisa cuando me alejé de él y puse el mar de por medio. Pero así había sido.

Alejandría nos recibió tan bella, cosmopolita y monumental como yo la recordaba, con la torre de luz todavía en construcción creciendo en altura y adornos, con la cacofonía de voces en sus calles y el blanco y esbelto palacio del rey Ptolomeo presidiéndola desde su promontorio. Cuando Krito y yo desembarcamos, tuve la certeza de que había finalizado el último de mis viajes. No iba a ser así.

Herófilo y Caledonia me pusieron al corriente de cuantos acontecimientos de importancia habían ocurrido en Alejandría durante mi ausencia; el más importante era que el rey había muerto y reinaba su hijo, Ptolomeo II, quien ya había compartido el gobierno de Egipto con su padre durante los dos últimos años de vida del viejo monarca. Me enteré de que al nuevo rey le habían puesto el apodo de Filadelfo porque se había casado con su hermana Arsínoe. La princesa había regresado de nuevo a Egipto tras la muerte de Lisímaco, el antiguo general de Alejandro con quien la casó su padre. La decisión de que los dos hermanos contrajeran matrimonio había escandalizado a la población griega de Alejandría, pero no así a la egipcia, conocedora de la tradición milenaria de sus antepasados reales, quienes habían practicado el matrimonio entre hermanos en dinastías ya desaparecidas.

Herófilo me comentó que Ptolomeo II disfrutaba del mismo prestigio que su padre y reinaba tranquilo, sin contrincantes de peso que pudieran amenazar su territorio, por saberse dueño de la flota más importante del Mediterráneo. Demetrio Poliorcetes, el antiguo rival de su padre y causante del deterioro de la justicia en Atenas y de la política de represión contra ciudadanos como mi padre, había muerto en el exilio y sólo pudo dejarle a su sucesor algunos pedazos de Grecia. Ptolomeo II, en cambio, tenía un reino seguro y rico gracias a la fertilidad del valle del Nilo, al trabajo de sus campesinos y al comercio que generaba la constante actividad del puerto de Alejandría. Disfrutaba además de un territorio protegido por la proximidad del desierto. Entretanto, en Grecia continuaban las guerras que a él ya no le concernían. Tampoco le preocupaba el rumor acerca de que Cartago no iba a tardar mucho tiempo en ver amenazado su dominio debido a las ansias de crecimiento de Roma, una nueva ciudad nacida en aquella orilla del Mediterráneo.

—Debemos alegrarnos de tener a Ptolomeo Filadelfo como rey. No tiene ningún interés en ampliar su territorio y se limita a mantenerlo. Gracias a eso no participamos en ninguna guerra. El nuevo rey es un hombre tan erudito como su padre y esto beneficia al Museo —valoraba Herófilo.

—Sí —añadía Caledonia—, el rey centra sus esfuerzos en continuar la obra de su padre para convertir Alejandría en el mayor centro cultural que haya existido nunca.

Pude comprobar que ambos estaban en lo cierto la mañana en que regresé al Museo. Se habían abierto nuevas salas de estudio para acoger a más sabios y la biblioteca había ampliado su espacio a fin de guardar la ingente cantidad de papiros llegados durante los casi cuatro años en que estuve alejada de aquel lugar. Me dijeron que Demetrio de Falero, el bibliotecario, había muerto. ¡Cuánto me hubiera gustado volver a hablar con aquel anciano sabio y noble! Admiré una vez más el resultado de su esfuerzo por recopilar el conocimiento y ponerlo a disposición de quienes podían hacerlo crecer. El puesto de Demetrio de Falero lo ocupaba entonces Calímaco de Cirene, un poeta que había sido maestro en la ciudad ática de Eleusis. El rey

Ptolomeo Filadelfo le acababa de hacer el encargo de ordenar la biblioteca y llevaba ya un tiempo ocupado en pensar en un nuevo sistema de clasificación de los autores y temas de los papiros.

Mientras estaba visitando la biblioteca llegó Manetho. Los dos corrimos a abrazarnos. Así estuvimos un buen rato. No necesitamos palabras para comunicarnos nuestra alegría por estar juntos de nuevo. Manetho llevaba la túnica blanca de los médicos que ya han conseguido su licencia y se había cortado el pelo. El mechón rebelde que siempre le caía sobre los ojos había desaparecido, pero él no había cambiado. En cuanto salimos de la biblioteca nos pusimos a charlar como si hiciera unas horas que nos habíamos visto por última vez. Yo le dije que había perdido a mi padre y que tenía un hijo de Leandro. Él me contó, emocionado, que tenía un nuevo amor, Aristeo, y que estaba deseando que lo conociera. Herófilo nos había anunciado que continuaríamos trabajando juntos y eso nos hacía felices a los dos.

Krito y yo no llegamos a instalarnos en Alejandría por nuestra cuenta. Caledonia y Herófilo insistieron tanto en que nos quedáramos a vivir con ellos que accedí, a pesar de mi deseo de tener una casa propia. Herófilo me acompañó a uno de los lugares donde los funcionarios del Estado cambiaban monedas y guardaban el dinero de quienes no querían exponerse a que se lo robaran. Allí cambié mis monedas rodientas por las alejandrinas y deposité el dinero que el padre de Areté me había dado por el anillo que, ya en Alejandría, me había arrepentido varias veces de haber vendido. A cambio recibí un documento con el sello real, donde constaba la cantidad que había depositado. Me atacó de nuevo la nostalgia de mi pasado perdido con la venta de la joya que había pertenecido a mi familia desde tan antiguo. Pero me esforcé por convencerme de que había hecho lo mejor. Si gracias a la generosa oferta de Herófilo y Caledonia no iba a utilizar ese dinero para comprar una casa, el documento que tenía en mis manos me daba seguridad en que, si algo iba mal, Krito y yo podríamos comenzar de nuevo.

Quedarme en casa de Herófilo y Caledonia solucionó problemas que yo no había previsto cuando soñaba con una vida independiente en Alejandría. Herófilo me incorporó enseguida al grupo de sus discípulos más avanzados, lo que me llevaba a pasar muchas horas alejada de mi hijo. Nunca habría aceptado dejar a Krito al cuidado de una esclava mientras yo trabajaba en el Museo; sin embargo, me iba tranquila porque era Caledonia quien cuidaba de él. Sabía que ella lo quería como al hijo que nunca tuvo y que deseaba implicarse en su educación. Se lo llevaba al jardín y lo dejaba jugar con la tierra mientras le contaba historias de los países lejanos de donde venían las plantas que había conseguido reunir. Enseguida le enseñó a Krito cómo hacer barquitos con juncos para que navegaran por el arroyo del jardín y a buscar las flores cuyos colores mejor combinaban para formar ramos vistosos y ofrecérmelos cuando llegaba a casa. Más adelante, Caledonia empezó a hablarle a

Krito de las propiedades de las plantas y permitió que la acompañara cada vez que visitaba el sanatorio que se estaba acabando de edificar en un extremo del jardín.

Con la construcción de aquel edificio pequeño, de ventanas grandes y paredes coloridas, Caledonia veía cumplirse su viejo sueño. Había conseguido crear el lugar idóneo para albergar a quienes buscaran curarse de las dolencias del cuerpo y del alma con la ayuda de la luz del sol, el aroma y el colorido de las flores, la música de las cítaras y las flautas, el canto de los pájaros y el murmullo del agua. Eran éstos los placeres que ofrecía aquel jardín inmenso y atendido con el mimo y la delicadeza con que se cuidan las cosas importantes, las que nos llegan al corazón. Krito, que ya había alcanzado la edad de las preguntas, seguía a Caledonia a todas partes y escuchaba atento sus explicaciones.

Yo abrazaba y besaba a Krito cada mañana antes de irme al Museo y él me decía adiós contento, pero cuando me alejaba de casa la ilusión por continuar mi formación con Herófilo se veía ensombrecida por una inquietud. Sabía que estaría bien cuidado, pero me apenaba no ser yo la que estuviera junto a mi hijo, la que respondiera sus preguntas, la que descubriera el destello de sus grandes ojos azules cuando veían algo por primera vez. Hubiera querido que descansara a mi lado cuando el sueño le vencía después de comer y que fuera a mí y no a Caledonia a quien se abrazara antes de quedarse dormido. Pero no podía ser. Durante los primeros meses intenté regresar a casa al mediodía para estar con él más tiempo, pero mi implicación en las actividades del Museo crecía y a menudo llegaba tarde, y ya no me separaba de Krito hasta que el sueño lo vencía cuando caía la noche.

Una vez más había tenido que elegir; no podía dedicarle a Krito todo el tiempo que me hubiera gustado si quería obtener mi licencia como médico. Y cuando la obtuve, mi trabajo con los enfermos y en las investigaciones de Herófilo continuó ocupando gran parte de mi jornada. A Krito no parecían importarle mis ausencias diarias y esperaba ansioso mi llegada todas las tardes para resumirme lo que él y Caledonia habían hecho durante el día. Ella nos dejaba a solas para que Krito y yo habláramos, jugáramos o le contara las historias que yo inventaba para él y trataba de recordar después cuando me pedía que se las repitiera sin dejarme ningún detalle. Nunca nos enfadábamos durante las horas intensas y demasiado cortas que pasábamos juntos. Era Caledonia la encargada de modelar la conducta de Krito, de marcar límites, de enseñarle sus privilegios y sus responsabilidades, de prepararlo para asistir por primera vez a la escuela. Yo seguía todo el proceso de su educación y aceptaba la forma de hacer de Caledonia porque la consideraba acertada y rara vez discutía sus decisiones.

En el Museo, Erasítrato no había dejado de tratarme con la frialdad con la que se recibe a un advenedizo. Tuvo que aceptar finalmente mi presencia y la de Manetho y hablaba con normalidad de sus pesquisas, pero mantenía una actitud exenta de cualquier forma de simpatía hacia nosotros. Al igual que Herófilo, Erasítrato era un hombre apasionado por su trabajo, tanto que a veces anunciaba hallazgos que para

Herófilo, en cambio, todavía no estaban suficientemente probados. Hijo del médico Clembrote y de una hija de Aristóteles, Erasístrato tenía el porte, los andares y la manera de hablar de quien se siente superior a los demás. No se atrevía a mostrarse displicente con Herófilo pero sí lo hacía con Manetho y conmigo cuando atendíamos a alguna de sus explicaciones.

—Os digo que el bazo es un órgano inútil.

—¿Por qué? —le preguntaba Manetho—. Herófilo nos ha dicho que todavía no sabemos para qué sirve, pero que eso no quiere decir que sea inútil.

—Herófilo ha hecho ya muchas disecciones, no debería dudar tanto sobre lo que ha observado ya una y otra vez —respondía Erasístrato.

—Pero entonces, ¿por qué tenemos bazo si no sirve para nada? Herófilo dice que todo en nuestro cuerpo tiene una función —añadía yo.

—Herófilo dice, Herófilo dice... No todo lo que esconde nuestro cuerpo tiene una utilidad. Pero ¿qué sabréis vosotros!

Herófilo nos aconsejaba que no le hiciéramos caso y no daba importancia a las divergencias que tenía con su colega, a quien respetaba como médico. Le parecía suficiente que Erasístrato hubiera aceptado al fin que Manetho y yo formáramos parte del selecto grupo de investigación médica que dirigían ellos dos, y que nos respetara, a Manetho como médico que ya había completado su formación y a mí como discípula avanzada a punto de conseguir mi licencia. No había sido fácil; durante años Herófilo se enfrentó a todos los sabios del Museo y pidió ayuda al propio rey para que autorizara la presencia de egipcios y de mujeres. Manetho tuvo que abandonar sus estudios durante un tiempo hasta que se decidiera quién podía formar parte del Museo. Una vez más me sentí afortunada por estar de nuevo en aquel lugar y por tener a Manetho y a Herófilo a mi lado.

Aprendía algo nuevo cada día. Seguía atendiendo a enfermos, pero podía preguntar mis dudas a Herófilo y a Erasístrato, consultar papiros, practicar cirugías y asistir a disecciones que me permitían conocer con más precisión el funcionamiento de los órganos internos de nuestro cuerpo y la causa de algunas enfermedades.

—Mirad esto —nos dijo un día Herófilo señalándonos con cuidado una membrana blanca y gruesa en un ojo humano que mantenía abierto sujetándolo con unas pinzas de hierro—. Esta membrana es la que da forma al globo ocular y parece proteger a los otros elementos del ojo.

—¿Y qué es esa parte de coloración oscura? —preguntó Manetho.

—Es la capa intermedia del ojo. Es más oscura porque reúne muchos vasos sanguíneos. Mirad aquí. —Herófilo señalaba una pequeña marca en la parte posterior—. Creo que eso es un nervio que está conectado con el cerebro.

—¿Y ese nervio es el que nos permite ver? —pregunté admirada por lo que estábamos descubriendo.

—Sí, pero creo que hay algo más, fijaos en esta parte que parece una tela de araña. Si este ojo perteneciera a una persona viva quizá podríamos ver que a esta

zona acude más sangre. Me parece que esta parte del ojo es la que nos permite ver, pero no sé todavía cómo. Debe de haber alguna conexión entre estas dos partes y los poroi, los nervios sensoriales que van del cerebro a los ojos.

Yo estaba fascinada por haber tenido la oportunidad de explorar las finas membranas de las que se componía el ojo humano. Llegamos a identificar y dar nombre a las distintas partes del ojo. Así, a aquella que en un principio comparamos con la piel de un grano de uva la denominamos «coroides», y luego fuimos buscando nombre para todas las membranas cuya función y conexión con el cerebro empezábamos a entender.

Manetho y yo participábamos en todas las disecciones que Herófilo proponía. Utilizábamos los cadáveres de menesterosos por los que a veces Herófilo pagaba a las familias, o los de prisioneros que habían sido ajusticiados, o de indigentes que habían muerto en las calles cercanas al puerto y nadie reclamaba. Siguiendo las costumbres que había leído en papiros médicos procedentes de China y de la India, y conocedor de las técnicas de embalsamamiento empleadas en Egipto desde épocas muy lejanas, Herófilo instruía a sus esclavos en la preparación de los cadáveres para facilitar la disección. Primero los mandaba vaciar de excrementos y después los hacía introducir en un cajón de madera, donde los sumergían en agua que entraba y salía constantemente del recipiente durante siete días. Pasado ese tiempo se podía practicar la disección pues la carne se había reblandecido y cedía a los cortes con facilidad.

A base de explorar detenidamente el interior de aquellos cadáveres aprendimos que el hígado humano no es igual al de un buey, como decía Aristóteles, y pudimos ver cómo ese órgano segrega un líquido viscoso que va hasta los intestinos, o descubrir la función del páncreas. Abríamos, observábamos, medíamos, anotábamos y, en muchas ocasiones, un nuevo descubrimiento saltaba ante nuestros ojos. Como el día en que Herófilo nos mostró una parte del intestino, que es la primera, la más ancha y la más corta del intestino delgado, y la midió él mismo calculando que su longitud era de doce dedos. Lo llamó «duodeno». O la mañana en que comprobamos que el útero no está dividido en dos zonas, una para alojar a los fetos varón y otra para los fetos hembra, como se había creído hasta entonces.

Cada nuevo descubrimiento me llevaba a buscar más información. Entonces acudía a la biblioteca con Manetho, consultábamos papiros y discutíamos sobre el origen y la evolución de las enfermedades. Nuestro grupo se reunía con frecuencia para compartir los métodos de diagnóstico que habíamos aplicado en los enfermos, los remedios utilizados, el éxito o el fracaso obtenidos, nuestras dudas, la evolución de las enfermedades tratadas y en qué circunstancias se producía la curación o la muerte. Todos aprendíamos de las experiencias de los demás y dejábamos por escrito nuestros avances. Y a todos nos preocupaba sabernos impotentes para tratar dolencias ya conocidas desde muy antiguo. Entre ellas, estaba la enfermedad que tanto

obsesionaba a Herófilo desde su época de estudiante, aquella que mataba a muchos cada vez que el olor de agua estancada procedente del lago Mareotis llegaba hasta la ciudad.

Caledonia se mantenía al margen de nuestras investigaciones pero su trabajo complementaba al nuestro: ella buscaba conocer de qué forma los olores, colores y sonidos podrían utilizarse también para la curación de enfermedades. Había leído lo que escribió Teofrasto sobre las plantas y los efectos que los distintos aromas pueden tener en el pensamiento, el sentimiento y la salud, y sabía de la importancia que en el Vedas, el libro sagrado de la India, se daba al uso de los aromas de las plantas para restablecer el equilibrio del cuerpo alterado por la enfermedad. También había leído que algunos estudiosos, como el emperador chino Kiwang-Ti, ya habían descrito hacía muchos años las propiedades curativas de los aceites obtenidos del extracto del ruibarbo y la granada, especies que Caledonia cultivaba celosamente en su jardín.

Poco después de que Caledonia abriera su sanatorio y empezara a recibir a sus pacientes llegó allí un niño de la edad de Krito. Se llamaba Heladio y era el hijo de Teócrito de Siracusa, el poeta, uno de los sabios que trabajaba en el Museo. Gran amante de la naturaleza y conocedor de los efectos beneficiosos del sol y de las plantas, el hombre quiso saber si era posible curar la falta de energía que parecía dominar a su hijo, quien se movía poco, tenía problemas respiratorios, apenas hablaba y deambulaba por la casa con un gesto melancólico impropio en alguien de tan corta edad. Había consultado a varios médicos, pero sus remedios no habían ejercido ninguna influencia positiva en el niño. Krito y yo acompañamos a Caledonia la tarde en que Teócrito vino a visitar el sanatorio con su hijo.

—Creo en el poder de los aromas, de los colores y de los sonidos para curar —dijo Caledonia—, por eso he querido construir el sanatorio en la parte del jardín que alberga el mayor número de plantas.

—Me imagino que el agua del arroyo tiene un sonido diferente según el lugar desde donde nos sentamos a escucharla, si encuentra a su paso piedras pequeñas o grandes, si hay viento o no. Cambia también según la hora del día, sólo hay que saber escucharla, ¿verdad? También he observado que a los jardines acuden pájaros distintos según la hora del día y la época del año —añadió Teócrito.

—Exacto, y todo eso ayuda a la curación —dijo Caledonia deteniéndose al llegar al estanque, delante de una pequeña escultura que había hecho instalar hacía pocos días y que representaba a Nefertum, el dios egipcio de los perfumes, como un joven surgiendo de una flor de loto. La estatua hacía una clara referencia al ciclo solar pues había observado que la flor de loto se abría al amanecer, orientada al este, y se cerraba y desaparecía bajo el agua cuando llegaba la noche.

Teócrito seguía las explicaciones de Caledonia con interés mientras admiraba el loto azul y otras plantas exóticas que ella había logrado hacer crecer, a pesar de

hallarse tan lejos de su lugar de origen.

—¿Y cómo utilizáis los colores para curar? ¿Exponéis a vuestros pacientes a la luz del sol? —preguntó deseoso de comprender las bases sobre las que se asentaba la propuesta curativa de Caledonia.

—Sí. También utilizo minerales, piedras, cristales, tal y como se hace en la India, y como lo hacían los sacerdotes de los antiguos faraones —dijo mientras abría la puerta del sanatorio.

Entramos en el edificio, construido siguiendo el mismo esquema del templo principal de la ciudad de Heliópolis, de manera que el sol descomponía en el interior sus rayos en los siete colores que forman la luz. En un anexo había otras salas más pequeñas, todas ellas provistas de una cama, pintadas cada una de un color distinto e intenso y con grandes pedazos de vidrio en las paredes orientadas al sol de la mañana o de la tarde, que filtraban un tono verde, azul, amarillo, acorde con el utilizado para pintar las paredes.

—Vuestro hijo es todavía muy pequeño y no creo que haga falta que pase la noche en el sanatorio. Confío en que bastará con que permanezca cada día un rato en la sala de los vidrios y las paredes amarillas. Eso le dará energía a su sistema digestivo y tono a sus músculos. El amarillo es un color que le ayudará a vencer la melancolía que padece.

—¿Y no sería lo mismo que tomara el sol? —preguntó Teócrito.

—Sí, seguramente el efecto sería similar, pero debería estar más tiempo y su piel delicada podría sufrir quemaduras. Mi sugerencia es que vaya alternando la sala amarilla con la sala naranja. El color naranja es muy aconsejable para eliminar la fatiga. Además, le puede ayudar a respirar mejor y a que sus huesos crezcan más fuertes. Deberá también pasar todo el tiempo posible cerca de la lavanda, el jazmín, el romero y la menta. El aroma de estas plantas le ayudará a recuperar el ánimo perdido.

Teócrito parecía convencido con las explicaciones de Caledonia; su hijo permanecía en silencio a su lado sin manifestar el más mínimo interés. Krito lo miraba con curiosidad, no se atrevía a acercarse a él. Mientras, yo dudaba de la eficacia de aquel tratamiento.

—Irene, los aromas, la luz y la música no pueden curar todas las enfermedades —me había dicho el día en que dio por finalizada la construcción del sanatorio—, pero has de saber que tampoco la ingesta de preparados a base de plantas con propiedades curativas puede conseguirlo. La salud y la enfermedad dependen de muchas otras cosas, entre ellas está la propia energía de cada cuerpo para combatir la enfermedad o el tiempo que ésta lleva agazapada antes de mostrar los primeros síntomas.

—¿Quieres decir que poco podemos hacer los médicos con nuestros remedios? —pregunté algo molesta.

—No, no, no es eso. Creo que las plantas son muy útiles, pero los colores, los olores y los sonidos agradables también son necesarios para restablecer el equilibrio en los enfermos; pueden ayudarlos a generar la energía que necesitan para enfrentarse

a su dolencia. Y, por supuesto, es fundamental conocer todo lo que podamos sobre cómo funciona un cuerpo sano y qué ocurre cuando enferma. En fin, todo lo que Herófilo y tú estáis estudiando en el Museo.

Heladio, el hijo de Teócrito, empezó a venir todas las tardes al sanatorio y pronto comenzó a percibirse una notable mejoría en su estado de ánimo y una energía que no poseía cuando llegó. Quizá fue su exposición a los colores y a los aromas que Caledonia había seleccionado para él lo que logró ese cambio tan rápido. Sin embargo, yo creo que también tuvo su influencia la compañía de Krito. La actitud reservada que los dos niños manifestaron el día en que se conocieron fue cediendo para dejar paso a un acercamiento. Pronto se inició una corriente de simpatía y complicidad entre los dos que iba en aumento cada día. Comprendí que Krito y Heladio se sentían felices de compartir su tiempo y sus juegos con alguien que no fuera un adulto.

Cada tarde, al regresar a casa, podía escuchar cómo a los sonidos serenos procedentes del jardín se les habían unido las risas de Krito y Heladio mientras corrían, se perseguían, se ensuciaban de tierra, chapoteaban en el arroyo, se mojaban las túnicas y entraban en casa alborotados, con las mejillas sonrosadas, la mirada alegre y unas inmensas ganas de comer todo cuanto se les ofrecía. Todas las noches antes de dormirse, Krito me hablaba de Heladio y no dejaba de explicarme los juegos que se habían inventado durante el día. Me alegraba que Krito hubiera hecho su primer amigo, pero saber que mi hijo necesitaba ya la compañía de otros niños me llevaba a una extraña melancolía; empezaba a darme cuenta de que crecía deprisa y que no tardarían demasiado en llegar los años en los que ya no me iba a necesitar.

Una mañana, al llegar al Museo, Manetho acudió a mi encuentro antes de que nos uniéramos al resto del grupo. Tenía el porte serio y un aire de preocupación en la mirada.

—Irene, Herófilo y Erasítrato quieren hacer algo terrible —me dijo.

—¿Qué quieren hacer? ¿A qué te refieres? —pregunté intrigada, pues Herófilo no me había comentado nada en particular.

—Sin querer he oído su conversación en el jardín y he sabido que pretenden continuar las disecciones, pero utilizando a hombres y mujeres vivos.

Miré a Manetho incrédula, sin duda se equivocaba, quizá no había entendido bien lo que los dos hombres hablaban entre ellos. Habíamos estudiado cuerpos humanos y estábamos aprendiendo lo que Hipócrates y otros médicos que le sucedieron nunca pudieron llegar a saber por trabajar únicamente con cuerpos de animales. No alcanzaba a comprender qué necesidad había de utilizar personas vivas para ver todo aquello que un cadáver podía mostrarnos. No podía creer que alguien estuviera

dispuesto a cortar, abrir, sacar órganos, manipular arterias y venas, nervios y músculos en un cuerpo cuyo corazón todavía latía. O..., o quizá era precisamente por eso, pensé horrorizada.

—Piensan anunciarlo hoy, cuando nos reunamos para hablar del progreso de cada uno de nosotros con sus enfermos. Yo voy a negarme a participar en esas sesiones. Hasta ahora he actuado en contra de mis creencias y he aceptado mancillar los cuerpos de los difuntos. He comprendido que el conocimiento del cuerpo humano y de su funcionamiento son aprendizajes necesarios para ser un buen médico. Pero no estoy dispuesto a seguirles en esa locura.

Aunque yo no compartía los motivos religiosos de Manetho, estaba de acuerdo con él. En aquel momento no me inquieté demasiado; me parecía imposible que Herófilo pudiera llegar a plantearse algo tan terrible. De ser cierto, quizá todo fuera idea de Erasístrato y sus deseos de ser el mejor, el más osado en sus experimentos, el que procurara el mayor número de hallazgos. Estaba convencida de que Herófilo no le iba a permitir seguir adelante. Con ese ánimo me dispuse a entrar con Manetho en la sala a donde iba llegando el resto de nuestro grupo. Todos nos sentamos en el banco circular, como siempre. En el centro, de pie, estaban Herófilo y Erasístrato.

—Antes de empezar con la discusión de hoy quisiera comentaros algo de vital importancia para nuestras investigaciones y para el futuro de la Escuela de Medicina —dijo Herófilo.

Manetho me miró, yo bajé la vista y me dispuse a escuchar aquello que hubiera preferido no tener que oír.

En la sala reinaba el silencio. El anuncio de Herófilo había provocado que cada uno de nosotros se aislara del resto, mirando al vacío, temeroso de compartir su opinión sobre la propuesta que acabábamos de escuchar. Todos respetábamos a nuestros maestros y participábamos ilusionados en las investigaciones que hasta ese momento habían propuesto, pero aquello se alejaba demasiado de lo que muchos de nosotros considerábamos que era la función de un médico. Sentí los ojos de Herófilo fijos en mí, expectantes, mientras un calor inoportuno me subía por todo el cuerpo y me encendía las mejillas. No quise devolverle la mirada. Manetho reunió el coraje necesario para ponerse en pie y verbalizar lo que muchos de nosotros estábamos pensando.

—Comprendo vuestro deseo de conocimiento y lo comparto. He podido comprobar que lo que estamos aprendiendo con el estudio de los cadáveres está resultando de gran utilidad para conocer el origen y la evolución de las enfermedades. Por eso he dejado a un lado los preceptos de mi religión que me impiden tocar los cuerpos de los difuntos con un fin distinto al del embalsamamiento. Pero..., pero no estoy dispuesto a abrir vientres, tórax y cráneos de personas que todavía están con vida, de aquellos que todavía albergan en su interior el alma. —Y, mirando fijamente a Herófilo como si buscara su perdón, añadió—: Mi corazón se siente hoy muy triste por tener que pronunciar estas palabras. Me siento indigno, maestro, por no ponerme a tu lado en estos momentos, pero soy incapaz de hacerlo.

Manetho se sentó y de nuevo reinó el silencio, sólo interrumpido por las palabras que Erasítrato susurró al oído de Herófilo pero que todos pudimos oír.

—Aquí tienes el resultado de permitir que un egipcio estudiara en el Museo.

Herófilo no pareció inmutarse por el comentario y continuó explicando los motivos que respaldaban su decisión.

Sabía que tenía que decir algo, que quizá Herófilo esperara que al menos yo, que también estaba allí gracias a su empeño, me pronunciara en su favor. Pero yo opinaba lo mismo que Manetho. Estaba convencida de que lo que pudiéramos aprender con ese tipo de prácticas no justificaba el sufrimiento de otros. Guardé un silencio incómodo y cómplice que, por fortuna, se vio enseguida interrumpido por Philinus de Kos.

—Creo que Herófilo y Erasítrato tienen razón. Es necesario conocer cómo funciona un órgano sano para saber interpretar después cuándo está enfermo y aventurar las causas del desequilibrio que supone toda enfermedad.

—Pero no tenemos derecho a mancillar su alma —interrumpió Nicemo poniéndose también de pie—. Está bien que no aceptemos lo que dijo Platón cuando afirmaba que el cuerpo humano guarda el alma, que se queda allí después de la muerte. Hoy sabemos que eso no es cierto, pero el alma sí que está presente en el cuerpo de los vivos y debemos respetarla.

La discusión ocupó casi toda la mañana. Pude mantener mi cauto silencio gracias a que otros se quitaban la palabra para manifestar su acuerdo o desacuerdo, esgrimiendo sus razones. Yo hubiera deseado estar lejos de allí y de aquella discusión que me alteraba el ánimo. ¿Realmente el avance de la ciencia de la Medicina justificaba esas prácticas atroces?

Al llegar a casa, Krito me esperaba con el más dulce de los abrazos. Me contó que él y Heladio habían estado jugando cerca del sanatorio y que habían escuchado el sonido de las flautas y las cítaras que venía del interior del edificio. Me dijo que había unos hombres tocando en la sala que habíamos visitado el día en que llegó Heladio. A Krito le gustaba aquel lugar por el efecto mágico de los muchos colores que adquiría la luz, y acababa de descubrir que de allí también salía música.

—Caledonia dice que así quienes están tristes pueden recuperar la alegría y quienes tienen miedo dejan de tenerlo —me comentó mientras me tomaba de la mano y me conducía hasta allí.

Quizá me convendría a mí también dejarme llevar por la música y olvidar por unos instantes el temor y el sentimiento de ingratitud cada vez que pensaba que tenía que negarle a Herófilo mi apoyo la primera vez que me lo solicitaba. Krito era el mejor antídoto para mi preocupación. La curiosidad con la que me enseñaba los insectos que se arrastraban por la tierra y la perfección de las telarañas que la luz del sol descubría entre las ramas de algún arbusto me recordaban a la niña que una vez fui.

A pesar del conflicto interior y de mi pena por no pasar más tiempo con mi hijo, regresaba al Museo todas las mañanas. Estaba convencida de que si no lo hiciera, mientras jugaba con Krito estaría pensando en todo aquello que dejaba de aprender o en los enfermos a los que no iba a tratar. Mi trabajo me impedía pasar todas las horas del día con Krito, pero durante el tiempo que estaba con él no había nada más en mi mente que distrajera mi atención. Sin embargo, aquella tarde no podía olvidar lo que había ocurrido en el Museo.

La noticia de las vivisecciones llegó a oídos de todos los sabios del Museo y fueron muchos los que se posicionaron en contra. Para los estudiosos de la poesía de Homero, para los geógrafos y para los matemáticos, las prácticas que proponían los dos médicos superaban los límites de lo aceptable. Ya les había costado demasiado aceptar que en aquel lugar de estudio sosegado se hubiera colado una forma de acceso a la sabiduría tan sucia y cruenta como la que practicaban Herófilo y Erasítrato con cadáveres humanos. Se habían resignado porque sabían que los Ptolomeos, padre e hijo, apoyaban esas prácticas en aras del conocimiento y no tenían otra opción si querían continuar disfrutando del privilegio de continuar estudiando.

Pasé aquella mañana intentando evitar un encuentro con Herófilo. Mi intención era esconderme en la biblioteca todo el tiempo que me fuera posible, y hacia allí me dirigía cuando Manetho me llamó para que me uniera a la conversación que mantenía con Aristeo, su amante griego.

—Euclides, mi maestro, dice que Hipócrates avanzó mucho en el conocimiento de la Medicina sin necesidad de tocar un cuerpo humano y no cree que sean necesarias las prácticas que proponen Herófilo y Erasítrato. Pero yo no estoy de acuerdo con él. He sabido que vuestros maestros han descubierto muchas cosas gracias a las disecciones y no dudo que su conocimiento se ampliará mucho más si pueden explorar las entrañas de un hombre mientras está todavía vivo.

—Pero ¿qué derecho tienen a hacer sufrir a otros de esa manera, a matarlos lentamente? —Me atreví a decir.

—Eso que tanto te preocupa no es nada nuevo, Irene. Muchos son los esclavos a los que se les tortura en público para obligarlos a hablar y se les infligen heridas que les causan la muerte. Otros mueren porque sus amos deciden probar en ellos el efecto de un veneno. Y esas muertes se aceptan como algo normal.

—Pero eso es una crueldad que debería evitarse y los experimentos de Herófilo y Erasítrato no sólo no la evitan sino que la justifican —afirmé.

—Piensan hacer vivisecciones únicamente en aquellos condenados a muerte que van a morir de todas maneras —respondió Aristeo intentando tranquilizarme—. Al menos su muerte será útil pues ayudará a conocer cómo curar enfermedades que pueden atacar a muchos inocentes en el futuro. A mí no me parece mal la idea.

—La finalidad de esas muertes no las hace menos crueles —respondí yo, incómoda por el tono que iba tomando la conversación y porque temía que Herófilo me encontrara y quisiera hablar conmigo.

Me fui de allí en cuanto pude y dejé a Manetho y a Aristeo defendiendo cada uno con fuerza su posición. Ellos dos representaban lo que estaba ocurriendo en el Museo.

Las discusiones siguieron y pronto se formaron dos grupos bien definidos entre los sabios del Museo. El más numeroso lo formaban quienes se oponían a las vivisecciones. Comprobé con desagrado que formar parte de ese grupo suponía oponerse a Herófilo y Erasítrato y a todo lo que ellos representaban. Y fueron muchos los que aprovecharon para desenterrar viejas rencillas, sacar a la luz agravios de los que creían haber sido objeto, pues envidiaban el apoyo incondicional que el rey Ptolomeo y su padre habían prestado siempre a la Escuela de Medicina. Para muchos era el área del Museo que había recibido más privilegios. Yo sabía que no era así, que los estudiantes de Homero abundaban, que Euclides había conseguido avanzar en su dominio de las matemáticas gracias a la ayuda del rey Ptolomeo Sóter y que su hijo acababa de mandar traducir la biblia hebrea al griego. Sabía que los reyes tenían interés por impulsar todas las disciplinas del saber y no sólo la Medicina. Pero para muchos de los hombres sabios del Museo el arte de la curación era una curiosidad insana por entrometerse en el destino de enfermedad y muerte que, antes o después, a

todos nos aguardaba.

Los detractores de Herófilo y Erasístrato no entendían el interés por explorar órganos que la naturaleza había decidido mantener ocultos dentro de nuestro cuerpo. Otros se aferraban a viejos tabús que prohibían cualquier tipo de intervención, incluida la cirugía. Así que renovaron sus acusaciones, alegando que los dos médicos estaban a punto de cometer la ofensa más atroz a los dioses, pues eran ellos los únicos que debían decidir sobre la vida y la muerte, sin intromisión alguna por parte de los humanos.

Yo entendía la posición de Herófilo. Comprendía su ansia por saber, su necesidad de buscar respuestas a las preguntas que le habían surgido durante sus largos años de ejercicio de la medicina. Pero esa audacia lo había llevado quizá demasiado lejos y me dolía darme cuenta de que yo no quería seguirlo. Ese sentimiento amenazaba con enfrentarme a alguien a quien admiraba y quería, al hombre que se había convertido en mi segundo padre, el que nunca dejó de creer en mí y me trazó el camino que me había llevado a convertirme en un buen médico, en una investigadora minuciosa y perspicaz, en una mujer independiente que podía vivir de su trabajo. Gracias a él había conseguido todo lo que mi padre siempre quiso para mí. Pero iba a dejarle sin mi apoyo la primera vez que estaba en condiciones de ofrecérselo. Era tal mi inquietud que decidí pedirle a Caledonia su opinión. Confiaba en que ella estaría de mi parte.

La encontré en el jardín jugando con Krito. Le expliqué mi confusión en medio de aquel cisma en el que las vivisecciones se habían utilizado como excusa para posicionarse a favor o en contra de Herófilo. Justifiqué por qué Manetho y yo no encajábamos en ninguno de los bandos, pues no aceptábamos las vivisecciones pero tampoco queríamos oponernos a Herófilo. Y le pedí consejo sobre cómo explicarle a su marido mi posición.

—Irene, no debe preocuparte tanto el tema de las vivisecciones. Los reos a los que se les practicarán apenas notarán el dolor. Tenemos remedios para paliarlo. Por ejemplo, la raíz de mandrágora secada al aire y molida es muy eficaz como narcótico. También podremos administrarles eléboro, belladona y opio.

No pude ocultar mi sorpresa por su actitud. Ella intentó tomarme de la mano; yo di unos pasos hacia atrás y me aparté.

—Pero esos hombres y mujeres morirán allí, en el teatro anatómico, delante de nosotros, abiertos en canal, con sus entrañas expuestas como si de un objeto sin vida se tratara. No creo que ninguno de los remedios que me has citado consiga eliminar el dolor de una forma tan terrible de morir.

—Irene, te preocupas en exceso por algo que no depende de ti. Esos reos morirán igual, porque ésa ha sido su condena. Piensa que muchos de ellos están en la cárcel por haber matado a otros, por provocar en inocentes el final doloroso que tú quieres evitarles.

—No es lo mismo —afirmé sin poder ocultar la irritación.

—No, no es lo mismo. En eso estás en lo cierto —respondió ella con el tono sereno que utilizaba siempre que teníamos un desacuerdo—. Algunos de esos reos han provocado muertes de las que nadie va a beneficiarse, pero en cambio la suya será una muerte útil para la ciencia.

—¿Y deben pagar un precio tan alto por los delitos que han cometido? ¿Qué me dices del ladrón que tuvo que robar para comer y que no ha matado a nadie, del que está en la cárcel por error, de aquél a quien han condenado por tener ideas diferentes, del que cometió una equivocación y ahora se arrepiente, de aquél a quien en un momento determinado lo cegó la ira y no supo lo que hacía, de quien ha perdido el juicio o nunca lo tuvo? ¿Merecen ser sometidos a un sufrimiento tan atroz antes de morir?

—En Alejandría no pasan esas cosas de las que hablas —dijo con altivez mientras se volvía de espaldas para evitar mi mirada—. Todos los que están condenados a muerte han recibido un juicio justo y merecen morir. Su sufrimiento será menor del que te imaginas y lo que Herófilo y Erasítrato descubran gracias a las vivisecciones puede ayudar a muchos en el futuro.

De pronto me sentí muy sola. La opinión de Caledonia me alejaba de ella, hería una amistad que había considerado sólida e inalterable. No acertaba a entender cómo era posible que Caledonia no dudara, que su pasión por la ciencia fuera tan ciega que no le permitiera darse cuenta de todo lo que una vivisección comportaba.

—Caledonia, ¿alguna vez has visto morir de dolor a alguien?

Ella me miró pero no respondió a mi pregunta.

—Veo que no —continué—. Dudo que de haber sido así te atrevieras a hablar de esa forma. Yo vi morir a mi madre y a mis hermanos y te aseguro que ninguna gloria futura en el arte de curar justifica hacer sufrir tanto a otros de manera intencionada, por muy terrible que haya sido su crimen.

—Entonces, no vas a colaborar con Herófilo, es eso lo que has venido a decirme ¿no? —preguntó con un tono evidente de desengaño.

—No, no voy a colaborar con él, Caledonia. Había venido para solicitar tu ayuda porque no sabía cómo decírselo. Pensaba..., bueno, creía que quizá tú podrías entenderme... Veo que no es así.

Tomé a Krito de la mano y me alejé despacio, abrí la puerta del jardín y salí a la calle. Estaba irritada y no entendía las razones de Caledonia. Había olvidado que, al igual que su marido, ella creía en la obligación de explorar lo desconocido a pesar del precio que supusiera la experimentación. Yo había creído que también era como ellos, hasta aquel día. Su deseo de saber no conocía límites, pero el mío sí.

Anduve un rato por las calles de Alejandría mientras Krito me miraba muy serio, sorprendido porque no recibió respuesta todas las veces que me preguntó: «¿Qué te pasa, mamá?». Cuando regresamos a casa, Herófilo y Caledonia ya se habían retirado a sus habitaciones. Me alegré de no tener que verlos y me refugié en el cuarto que compartía con Krito, en la calidez de su cuerpo sobre mi regazo, en la historia que me

pidió que le contara aquella noche.

Una vez más, la intervención del rey resolvió la polémica que se había desatado en el Museo. Ptolomeo Filadelfo aceptó la propuesta de Herófilo y Erasítrato como un avance importante en la ciencia médica y en el futuro de la escuela que su padre y Herófilo habían creado, y de la que estaba muy orgulloso. Autorizó las vivisecciones y se comprometió a enviar al primer reo. Los sabios del Museo acataron la orden, escondieron de nuevo sus desavenencias bajo una apariencia gentil y se dispusieron a ignorar cuanto ocurría en el teatro anatómico y a continuar disfrutando de las lecturas de los papiros en la biblioteca y de las conversaciones eruditas en el jardín de las plantas medicinales.

El día en que iba a celebrarse la primera vivisección hice algo de lo que más tarde me arrepentí. Simulé no encontrarme bien y me quedé en casa con Krito. Me sentía incapaz de enfrentarme a la mirada desengañada de Herófilo, a quien todos sus discípulos, a excepción de Philinus de Kos, habíamos abandonado. Caledonia no vino a verme, ni me preguntó cómo me encontraba cuando unas horas más tarde nos reunimos para compartir la comida principal del día. Las dos disimulamos nuestro malestar hablando con Krito, participando en los juegos que nos proponía mientras disfrutaba de la atención sin fisuras que las dos concentrábamos en él.

Yo sabía que estaba eludiendo mi responsabilidad y que debía hablar con Herófilo. Me dolía mi falta de valor para expresar mi opinión contraria a la del hombre que tanto había hecho por mí. Me preguntaba qué habría hecho mi padre en mi lugar, o cuál habría sido la postura de Linos frente a su maestro. Hasta qué punto debía ser leal a Herófilo o a mí misma. Paseé por el jardín, incómoda, como si estuviera encerrada en una jaula a la que había entrado por decisión propia y de la que no sabía cómo salir. Durante las largas horas de aquel día que todavía recuerdo con la nitidez del pasado recién vivido, llegué incluso a preguntarme por qué no había sido capaz de cambiar mi postura y aceptar las decisiones de Herófilo. No tenía respuesta para eso, sólo sentía que no podía hacerlo. Tenía que estar preparada para aceptar las consecuencias de mi decisión, que incluso podían llevarme a tener que abandonar la casa de Herófilo y Caledonia.

Fue Herófilo quien, al final, provocó la conversación que yo había estado eludiendo durante varios días.

—¿Por qué no has ido hoy al Museo, Irene? —me preguntó al llegar a casa la tarde en la que había realizado la primera vivisección.

—No me encontraba bien. —Al momento me arrepentí y añadí mirándolo de frente—: No, no es eso. He de hablar contigo. No quiero participar en las vivisecciones.

Él vio mi rubor, se sentó y me indicó que hiciera lo mismo. Miré sus manos, las mismas que unas horas antes habían estado hurgando entre las vísceras de alguien

que habría muerto poco tiempo después en el teatro anatómico. Después miré su rostro y descubrí a un hombre anciano, preocupado, cansado quizá por la batalla que había tenido que librar casi en solitario para dar el paso más audaz de su trayectoria como médico. Luego le miré a los ojos. No vi en ellos signo alguno de acusación, no me encontré con la decepción que tanto temía descubrir. Me observaba como siempre lo había hecho, con cariño y respeto.

—Tu padre habría tomado la misma decisión que tú, Irene. Lo que él no hubiera hecho nunca es esconderse como has hecho hoy. Sólo eso me ha molestado y te pido por favor que no vuelvas a hacerlo.

Bajé la cabeza y él sonrió con tristeza antes de añadir:

—No es mi deseo obligarte a participar en todas mis investigaciones y comprendo tu malestar. Imagino que consideras que las vivisecciones no son necesarias. No te culpo por ello, yo quizá hubiera hecho lo mismo a tu edad. Pero soy un hombre viejo, he vivido ya muchos años y he aprendido que, a veces, conseguir aquello que beneficia a muchos sólo ha sido posible gracias al sacrificio de unos cuantos.

—¿Y no se puede avanzar de otra manera que no sea infligiendo tanto dolor? — pregunté intentando controlar los sentimientos contradictorios de rechazo y aceptación de las razones que esgrimía Herófilo.

—No lo sé, Irene. Quizás sí, quizás no. Pero mi tiempo se acaba, me siento cansado y no quisiera morir sin haber dejado resueltos algunos de los enigmas con los que me he ido encontrando a lo largo de los años. Las vivisecciones son la única manera que se me ocurre de intentar resolverlos y hoy, tras realizar la primera, he comprendido que no andaba errado.

Continuamos hablando durante un buen rato sin que Herófilo intentara ni una sola vez hacerme cambiar de opinión. Hoy, ya tan lejos de aquel día y de aquella conversación, comprendo muy bien al que fue mi maestro. También yo he sentido la impaciencia por avanzar en descubrimientos que presentía cercanos y, guiada como él por la intuición de la muerte que sé que no tardará ya en venir a buscarme, he tomado decisiones que hubiera considerado atrevidas cuando era joven. Y no he conseguido, en cambio, hacer muchas de las cosas que antaño no suponían para mí ningún esfuerzo.

Ya más tranquila, regresé al Museo a la mañana siguiente. Manetho y yo nos mantuvimos ajenos a las vivisecciones pero activos en otros proyectos que Herófilo había comenzado y que nosotros nos dispusimos a continuar, incluyendo los hallazgos que él y Erasístrato iban descubriendo con las vivisecciones. Manetho se ocupó de ampliar el estudio de las funciones de las arterias y las venas, y yo me centré en la escritura de un tratado sobre los órganos reproductivos del hombre y de la mujer. Quería averiguar cómo evolucionaban los embarazos y qué ocurría durante y después del parto. Quizá intentaba con eso enterrar definitivamente los fantasmas

que me acusaban por la muerte de Dafne y por los peligrosos abortos de las prostitutas que buscaron mi ayuda en Rodas, a las que no supe evitar embarazos no deseados.

Con Caledonia fue un poco más difícil restablecer la confianza. Ella se mantenía algo distante, todavía molesta por mi actitud divergente. Durante unas semanas nos vimos poco y dejamos de compartir confidencias. En nuestros encuentros siempre nos acompañaba Krito y fue él quien terminó por acercarnos gracias a la preocupación por su bienestar que compartíamos. Pero sobre todo gracias a su capacidad de hacernos reír, de conseguir que nos pusiéramos a bailar o a cantar con tal de que palmoteara divertido, siguiera con torpeza nuestros pasos y uniera su voz infantil a las nuestras.

Alejandría volvía a ser el lugar donde quería estar y la casa de Herófilo y Caledonia el mejor hogar que había conocido desde que tuve que marcharme de la casa de mi padre. Estaba segura de que ya nada iba a alterar el equilibrio que tanto me había costado conseguir.

El jardín de las plantas medicinales estaba inusualmente vacío. Quizá por eso me fijé en el abrazo largo y emocionado de los dos hombres. Cuando se separaron, descubrí que uno de ellos era Herófilo. El otro, un joven de cabellos oscuros y ondulados, estaba de espaldas a mí. Ya se alejaban cuando Herófilo volvió la cabeza y me descubrió allí parada.

—Irene —me llamó.

Pude distinguir su sonrisa amplia y una luz nueva que rejuvenecía sus ojos. El otro hombre tardó unos instantes en darse la vuelta. No siguió a Herófilo cuando éste hizo un gesto para avanzar hacia donde me encontraba.

Pocos pasos me separaban de quien todavía poblaba mis sueños y con quien compartía mis dudas cuando debía tomar una decisión importante. De aquél a quien muchas veces creí tener a mi lado al despertarme por las mañanas. Del hombre cuya piel en contacto con la mía había tenido que aprender a olvidar. Linos estaba allí, la sorpresa dibujada en su rostro. Nuestras miradas se cruzaron en silencio, dos pares de ojos que habían perdido por completo el deseo, el cariño y la elocuencia con la que se habían comunicado antes de que él se alejara de mi lado aquella mañana ya lejana. No acerté a moverme.

Linos se acercó con el paso inseguro de quien se ha extraviado en un camino que creía conocido. Su abrazo no fue el que yo recordaba y tampoco creo que mi cuerpo, paralizado todavía por la sorpresa, le transmitiera nada que no fuera incredulidad, incluso miedo. Expresaba el alejamiento de tantos años en los que estuve convencida de que su vida se había quebrado en una guerra de la que nunca supe quién resultó vencedor.

La amplia sonrisa de Herófilo desapareció al darse cuenta de que ni Linos ni yo éramos capaces de articular palabra. Parecía incómodo en medio del silencio que no sabíamos como romper, no quería interferir en la dirección de nuestras miradas que se buscaban, indecisas, sin atreverse a imaginar qué iban a encontrar.

—Linos, te veo aquí y todavía no puedo creerlo. No sabes lo contento que estoy de tenerte de nuevo entre nosotros —dijo al fin Herófilo.

Linos sonrió sin ganas y apartó por un momento sus ojos castaños de los míos.

—Acabo de llegar a Alejandría y gracias a ti, mi antiguo maestro, ya me siento como si nunca hubiera abandonado este lugar. —Abrió los brazos como si quisiera abarcar con ellos todas las dependencias del Museo.

—Como ya te he dicho, la puerta está abierta para que vuelvas a trabajar aquí. Estoy ansioso por saber qué ha sido de ti durante estos nueve años, dónde has estado —añadió con la misma felicidad de un padre que se reencuentra con su hijo y desea retenerlo a su lado.

—Bueno, yo... —Linos no tenía ganas de hablar de sí mismo.

—Estoy pensando que podrías venir esta noche a casa a cenar. Caledonia se va a

llevar una gran alegría. ¿Qué te parece? Allí podremos hablar con más tranquilidad.

Linos aceptó, no sin antes dirigirme una mirada rápida cuyo significado no fui capaz de interpretar.

Cuando Linos llegó a casa unas horas más tarde yo todavía estaba en el jardín con Krito. El niño lo vio acercarse y se escondió detrás de mí, como hacía siempre ante los desconocidos. Linos lo observó con curiosidad.

—Vivimos aquí —dije sin esperar a que me preguntara.

Él se volvió para saludar a Caledonia, que acababa de llegar. Los dos se unieron en un largo abrazo.

—Linos, Linos —dijo ella revolviéndole el ondulado cabello como lo hubiera hecho con un niño—. Nunca imaginé que volveríamos a verte.

Se colgó de su brazo y le acarició la mano mientras echaba a andar en dirección a la casa.

—Vamos, vamos adentro. Ven, Irene. —Caledonia me tendió la mano que le quedaba libre.

—Voy a acostar a Krito. No tardaré —dije contenta de que mi hijo me diera la excusa perfecta para alejarme de allí.

—Yo no quiero irme a la cama, todavía no —protestó Krito, y en su rostro se dibujaba el gesto de disgusto que solía adoptar siempre que no se cumplían sus deseos.

Krito tenía razón, era demasiado pronto para acostarlo, pero yo necesitaba un tiempo para calmarme, para estar en condiciones de enfrentarme a un reencuentro que nunca hubiera imaginado de aquella manera y mucho menos que me hiciera sentir tan ausente, tan lejos de alguien a quien una vez había amado. En el gesto encogido de Linos, en la ausencia de la sonrisa de antaño, en sus ojos que no querían posarse ni en Caledonia ni en mí, creí adivinar una extrañeza parecida a la mía.

—Si te portas bien, mañana construiremos un barco nuevo para que tú y Heladio lo pongáis a navegar en el arroyo —le prometí a Krito.

Krito ya no insistió más y se agarró obediente a mi mano, complacido por el premio que le anunciaba. Me pareció que la sorpresa cruzaba fugaz el rostro de Linos para perderse en el esbozo de sonrisa que dedicó a Caledonia antes de entrar en casa.

A solas con Krito en mi habitación me sentí protegida del desasosiego. El Linos que había regresado de la nada ya no era el que recordaba mi corazón. Con su aparición, me acababa de robar lo único que me quedaba del hombre al que una vez amé: su recuerdo.

Deseé no tener que asistir a aquella cena. Me sentía incómoda, con pocas ganas de hablar, inquieta. Linos parecía haber perdido su facilidad de palabra y la actitud alegre y confiada que tanto admiraba en él. Por fortuna, la curiosidad de Caledonia hizo posible que la conversación mantuviera un ritmo fluido y que Linos nos fuera

relatando su historia, plagada de situaciones de miedo e impotencia a lo largo de aquella guerra en la que no tuvo más remedio que participar. Así supe que Aniceto, el hermano de Festos, había muerto sin que Linos pudiera hacer nada por salvarlo. Festos logró sobrevivir, pero se prometió a sí mismo que aquélla iba a ser la última guerra en la que participara. Había podido cumplir su promesa porque el bando para el que luchaba ganó la guerra y el rey concedió el pedazo de tierra fértil que había prometido a los soldados mercenarios.

—Entonces, Festos y los otros hombres se fueron de la aldea y ocuparon la tierra que les habían asignado cerca de Lato, ¿no? Me alegro de que finalmente consiguieran salir de allí —comentó Herófilo.

—No —respondió Linos—, sólo se fue Festos. Los otros hombres y sus familias se quedaron en la aldea. Prefirieron continuar como mercenarios. Alegaron que su paga de soldados era buena y el trabajo en el campo demasiado duro.

—¿Y qué hizo Exome? —Me atreví a preguntar, a la vez que el recuerdo de Leandro me volvía a golpear con intensidad.

—Exome se fue con Festos y su nueva esposa, una chiquilla de la aldea a la que enseguida dejó encinta. Los hijos de Dafne no querían abandonar la aldea, pero no les quedó más remedio.

El vino que le fue sirviendo Herófilo con generosidad consiguió animar a Linos. Parecía a gusto en la compañía recién recuperada de Herófilo y Caledonia pero evitaba cruzarse con mi mirada. Yo también bebí más vino de lo que tenía por costumbre; era la única forma que se me ocurrió para afrontar aquel regreso. Y es que era la segunda vez que perdía a Linos, porque el hombre que iba recobrando la voz y el gesto conocidos no parecía tener ya nada que decirme, ni yo tampoco a él.

—Yo me quedé en Lato —siguió contando Linos—, fue la manera de huir de mi padre, de sus deseos, de sus órdenes.

—¡Ay, tu padre! —exclamó Herófilo—. Nunca entendió que no quisieras hacerte cargo del negocio familiar. Y siempre me culpó a mí de que no regresaras a Alejandría. Cuando me cruzaba con él en el ágora ignoraba mi saludo, como si yo fuera un desconocido.

—Cuando regresé a Creta después de la guerra, me esperaba una carta suya en la que me anunciaba que debía regresar de inmediato a Alejandría para casarme. Yo..., yo no quería casarme con la mujer que él me había impuesto.

Entonces Linos guardó silencio, y yo bajé los ojos.

—En Lato y las aldeas de los alrededores había mucho trabajo para un médico, como sabéis —dijo mirando a Herófilo—. No me costó demasiado ceder a la insistencia de Festos para que me quedara con ellos.

—¿Recibiste nuestra carta? —preguntó Herófilo.

Mire a Herófilo sorprendida. No sabía que había intentado ponerse en contacto con Linos. Imaginé que probablemente lo hizo después de que yo partiera hacia Atenas.

—Sí, pero...

—Ya sé, ya sé —exclamó Herófilo—, imaginé que no volverías. Sabía que, de seguir con vida, era muy probable que tu espíritu aventurero se sintiera atraído por el reto que suponía mantener la salud de los habitantes de la aldea y sus alrededores.

—Pero ¿por qué no recibimos nunca una respuesta tuya? Te creíamos muerto —le reprochó Caledonia.

Linos varió el giro que estaba tomando la conversación. Continuó hablando de las gentes de la isla y en especial de Exome, quien, gracias a su deseo de aprender, llegó a convertirse en una gran ayuda para él. Cuando se fue de Creta, ella ya sabía lo suficiente como para ocuparse con éxito de atender la mayoría de las dolencias. El trato con Exome le hizo darse cuenta de que le gustaba enseñar a otros. Y ya no dijo nada más de sí mismo, como si lo que le hubiera ocurrido desde que se fue de allí careciera de importancia. Entonces fue él quien empezó a hacer las preguntas. Lo pusimos al corriente de las novedades que se habían producido durante los años de su ausencia: de mi licencia para ejercer y continuar investigando en la Escuela de Medicina, del sanatorio que había creado Caledonia, de los cambios en el Museo, del nuevo bibliotecario, de las posiciones enfrentadas ante las vivisecciones.

Tal y como Herófilo esperaba, Linos no se mostró partidario de las vivisecciones y, por un instante, su mirada se ensombreció; quizá imaginaba que su trabajo en el Museo iba a incluir esa práctica. Pero Herófilo, que lo conocía bien, se apresuró a decirle que había otro grupo de estudio al cual seguramente le gustaría unirse.

Linos se integró a mi grupo de investigación y empezamos a vernos a diario. Trabajábamos bien juntos, a pesar de que no habíamos conseguido superar la incomodidad que ambos sentíamos desde su llegada. Él continuaba siendo el mismo joven ilusionado que yo había conocido, mostraba la misma inquietud de antes, la misma necesidad de decir en voz alta lo que le pasaba por la cabeza en cualquier momento. Sin embargo, ahora guardaba largos silencios, tenía muy a menudo el ceño fruncido y la mirada ausente, había perdido la sonrisa fácil y su voz surgía demasiado grave, con un tono mordaz, cínico a veces, que llegaba incluso a incomodar a Manetho y a los otros médicos de nuestro equipo.

Evitábamos encontrarnos a solas y ambos abandonábamos el recinto del Museo en momentos diferentes con tal de evitar compartir parte del camino. No comprendía por qué necesitaba alejarme de quien tanto había amado.

Yo ignoraba que Linos tuviera esposa, no la había mencionado en la cena con Herófilo. Me enteré de la noticia una mañana gracias a Manetho.

—Pobre hombre, lo compadezco —me dijo mirando cómo se alejaba Linos tras salir de la biblioteca.

—¿Por qué? —pregunté curiosa.

—Está casado con Dionisia, la hija de Elpenor, el que fue el primer recaudador de impuestos del rey Ptolomeo Sóter, y ahora lo es de su hijo.

—¿Y qué hay de malo en eso? —Intenté disimular mi disgusto.

—Tienen mucho dinero y todo el reconocimiento y la ayuda de la familia real. Y por eso se creen muy por encima de todos nosotros. Elpenor es muy amigo del padre de Linos y ya hace muchos años que pactaron la boda de sus hijos. Linos no quiso casarse y eso enfureció a Elpenor y a su hija. Dicen que Dionisia es poco agraciada, tiene muy mal carácter y nunca le ha perdonado a Linos que tardara tanto tiempo en aceptarla. Dionisia y su familia tuvieron que viajar hasta Éfeso, a donde él había escapado huyendo de su padre, que ya veía amenazado su negocio por el enfado de Elpenor. Así que allí obligó a su hijo a celebrar los esponsales en la antigua casa familiar. Dionisia no tuvo más remedio que quedarse a vivir con su marido en Éfeso, aunque siempre quiso volver a Alejandría con los suyos. Ahora lo ha conseguido.

—Y tú, ¿cómo sabes todo eso? —pregunté molesta pero a la vez curiosa por saber más.

—Critila, la hermana de Aristeo, mi amante, la conoce bien. Son amigas desde que eran niñas. Dice que Dionisia es de esas mujeres que sólo hablan de sí mismas. Le gusta dominar a los demás y, según Aristeo, Critila es una de sus víctimas, quizá con la que más se ha ensañado porque es hermosa. Aristeo no entiende cómo su bella hermana todavía se doblega siempre a los caprichos de Dionisia. Fue ella quien le dijo a Aristeo que Dionisia no entiende la pasión de Linos por la medicina y hace comentarios irónicos sobre el trabajo de su esposo en el Museo.

Cuando llegué a casa aquella tarde todavía no había conseguido librarme del efecto que esos comentarios de Manetho me habían causado. Después de tantos años no creía que fuera ya a importarme que Linos estuviera casado. Pero me sentía triste por su suerte, y por mi propia suerte, por aquella promesa de amor que vivimos una vez y que los dos habíamos perdido. Hacía mucho tiempo que mi afecto pertenecía en exclusiva a Krito y con eso había aprendido a conformarme.

Como siempre, Caledonia adivinó desde el primer momento lo que me ocurría, pero no dijo nada. Yo tampoco. Desde nuestra discusión por las vivisecciones, nuestro único tema de conversación era Krito. Había llegado el momento de buscarle un tutor y yo deseaba encontrar al mejor. Quería a alguien que no se limitara a llevar su banqueta a la escuela, preparar las tintas y los papiros, a escuchar atentamente al maestro con la esperanza de convertirse él mismo en maestro algún día. Mi ideal era un hombre joven que estuviera dispuesto a responder a las preguntas de Krito, a reírse y a jugar con él, a protegerlo de los peligros de la calle, a enseñarle a respetar a los otros niños y a saber defenderse si alguien pretendía hacerle daño. No quería que mi hijo llegara a casa llorando porque otro niño le había pegado ni tampoco presumiendo de su dominio sobre los demás, creerse el mejor sólo porque tuviera seguidores dispuestos a hacer lo que él quisiera.

El joven Clístenes, hijo de una de las esclavas de Caledonia, me pareció la persona idónea. Había nacido y crecido en la casa y era listo. Aprendió a leer y a escribir prácticamente solo, con mi ayuda esporádica. Le había enseñado los rudimentos de la escritura y le facilité los primeros papiros. Desde entonces Clístenes no había parado de leer, de observar, de preguntar todo aquello que no entendía. Era además un joven decidido y simpático, cualidades que compensaban su aspecto físico, un tanto enclenque, y la singularidad de su rostro, que no era bello pero que, con la expresividad de sus ojos, sabía comunicar a otros la alegría de quien se sabe capaz de imaginar mundos nuevos. Krito recibió complacido la noticia sobre su tutor, y Clístenes y su madre se abrazaron, emocionados, cuando les informé de mi decisión.

Pocos días después de que Krito y Clístenes asistieran por primera vez a la escuela y regresaran muy contentos de la experiencia, cuando Caledonia y yo parecía que íbamos recuperando nuestra amistad de antaño, tuvimos que enfrentarnos a un nuevo contratiempo decisivo.

Todo empezó a cambiar el día en que Herófilo entró en la sala donde Linos, Manetho y yo estábamos trabajando. Estaba muy pálido, el sudor brillaba en su frente y tiritaba. Cuando me acerqué para preguntarle qué le ocurría, noté que su cuerpo estaba ardiendo a causa de la fiebre. Lo ayudamos a que se sentara y Linos le trajo un vaso de agua que él bebió despacio, como si se forzara a hacerlo.

—Hay que llevarlo a casa —decidió Linos.

Los tres lo acompañamos hasta la salida del Museo, lo ayudamos a que subiera en el carro y, ya sentado, lo cubrimos con nuestros himationes. Él nos miraba en silencio. Linos y yo nos colocamos uno a cada lado de Herófilo y pedimos al esclavo que nos llevara a casa.

—No os preocupéis por el trabajo, ya me quedo yo para terminarlo. Avisaré a Erasítrato y a los demás —nos tranquilizó Manetho.

Krito y Clístenes, que acababan de regresar de la escuela y estaban en el jardín, nos vieron llegar. Krito vino corriendo, contento de verme antes de la hora habitual. Pero en cuanto vio que veníamos sosteniendo a Herófilo, se asustó por lo pálido que llegaba y porque no abrió los ojos ni para reaccionar a sus preguntas.

—¿Qué te ha pasado, Herófilo? —insistió un par de veces.

—Está enfermo —le respondí con una caricia—. Ahora quédate aquí con Clístenes. Dentro de un rato vendré a buscarte.

Caledonia palideció al vernos llegar. Con la voz temblorosa intentaba hablar con su esposo. Él no respondía y sólo una vez abrió los ojos y le dedicó el esbozo de una sonrisa antes de cerrarlos de nuevo. Subimos a Herófilo a su habitación y lo acostamos. Linos le tomó el pulso y me miró, muy serio, muy triste.

—Hay que bajarle la fiebre —dije.

—Sí, eso es lo primero. Cuando pueda hablar, le preguntaremos desde cuándo se encuentra mal y dónde le duele.

—Hace días que me dice que está muy cansado, pero no se queja de ningún dolor en particular —intervino Caledonia—. Ha adelgazado mucho en muy poco tiempo.

Entonces me fijé en el rostro de Herófilo. Era cierto lo que decía su esposa. Su cabeza había adquirido una forma más alargada, los pómulos sobresalían de sus mejillas y en el cuello se marcaban en exceso los músculos, mientras que la piel a su alrededor aparecía arrugada y flácida. Percibí la delgadez de sus brazos y observé que los dedos de sus manos parecían más largos y que los huesos de las muñecas sobresalían de manera desproporcionada. Miré a Linos. Él también parecía asustado.

Cuando conseguimos que el cuerpo de Herófilo recobrara la temperatura normal, Linos se fue a su casa y prometió volver al día siguiente. Herófilo dormía con la respiración algo más pausada aunque sin haber recobrado el ritmo regular de una persona sana.

Krito ya dormía cuando llegué a mi habitación. Una esclava se había preocupado

de bañarlo, de darle algo para cenar y de acostarlo. Estaba segura de que Krito había preguntado varias veces por mí, seguramente se había dormido llorando pues en sus mejillas tibias todavía se apreciaba el surco de las lágrimas recientes. Le acaricié la frente y le di un beso. Él abrió los ojos por un momento y sonrió.

—Mamá, ya estás aquí —dijo antes de volver a quedarse dormido.

La enfermedad de Herófilo alteró las actividades del Museo. Todos querían saber qué tenía el maestro pues les habíamos informado de que su estado era grave. Nos preguntaban por sus síntomas pero no sabíamos qué partes del cuerpo le dolían porque él no nos lo decía. Linos venía todos los días a verlo y pasaba muchas horas al lado de su lecho. Tanto él como yo habíamos intentado examinar a fondo a Herófilo pero no habíamos encontrado más que la dificultad respiratoria que ya detectamos el primer día. Nos preocupaba que ya no quisiera levantarse de la cama y observábamos, impotentes, cómo su estado empeoraba cada día. Linos y yo estábamos convencidos de que se trataba de una dolencia grave que no conocíamos.

—Maestro —le dijo un día Linos, impaciente ante la terquedad de Herófilo para no explicar sus síntomas—, ¿por qué no nos dices dónde te duele, desde cuándo y con qué frecuencia? Así iríamos más guiados y podríamos buscar la forma de curarte.

Herófilo nos miró y sonrió con esfuerzo. Aquella mirada que nos englobaba a Linos y a mí pareció acercarnos de nuevo. En Linos percibí algo parecido a una ternura que creí reconocer. Tuvimos que acercarnos y bajar nuestras cabezas para escuchar su débil voz.

—No debéis preocuparos por mi curación. Todo médico debe aprender a reconocer los límites de su poder, porque sólo es un buen médico aquel que sabe distinguir lo posible de lo imposible.

—¿Qué queréis decir con eso? —pregunté sin poder reprimir las lágrimas.

Fue entonces cuando la mano de Linos se entrelazó con la mía. A su contacto, dejé de respirar durante unos instantes. La mano de Linos, fuerte y protectora como el día en que me ayudó a tirarme al agua desde el barco que nos obligaban a abandonar, suave, viva y anhelante como lo fue en sus caricias. Una mano que, temerosa, se alejó enseguida de la mía.

—Dejadme partir —continuó Herófilo—. Hace ya algún tiempo que he comprendido que mis días se acaban. El bien máspreciado que tenemos es la salud y sé que ya no puedo recuperarla. Sin salud no puede realizarse nada en el campo de la ciencia, y la falta de ella provoca dolor en los que están a tu lado. Si ya no puedo hacer nada para volver a ser quién era, ¿para qué voy a haceros sufrir ante mi constante deterioro?

—Pero ¿qué es lo que tienes? ¿Por qué dices que no podemos curarlo? —insistió Linos.

—Cuando os lo diga, administradme opio y no dejéis de hacerlo hasta que...

hasta que todo haya terminado —fue su respuesta antes de volver a cerrar los ojos.

Sin Herófilo todo parecía diferente en el Museo. Quienes habíamos sido sus discípulos preferidos trabajábamos en silencio con la vista puesta en los papiros y el corazón en la imagen del maestro en su lecho, rendido, esperando la muerte que no tardaría en venir a buscarlo. Yo estaba a punto de terminar el tratado sobre el cuerpo femenino, los embarazos, los partos y sus complicaciones y lo que habíamos descubierto sobre cómo tratarlas. Lo había empezado a escribir con él. Pero debía continuar sola.

Linos no dejó ni un solo día de visitar a Herófilo a nuestra salida del Museo. Subíamos los dos al carro de Hipias y hacíamos el camino en silencio, los dos incómodos por la proximidad del otro. Encontrábamos a Caledonia siempre al lado de su esposo, con la belleza de sus ojos negros desvaída a causa de las lágrimas y la falta de sueño. La obligábamos a descansar un rato y yo la acompañaba hasta su habitación, la abrazaba cuando veía que las lágrimas volvían a asomar a sus ojos y me quedaba con ella hasta que el sueño la vencía. Entonces regresaba al lado de Herófilo. Alguna vez descubría a Linos tomándole el pulso, escuchando su respiración con la cabeza apoyada en su pecho, palpando el estómago y el vientre, todavía con la esperanza de descubrir la dolencia agazapada en algún lugar de aquel cuerpo. Yo me sentaba a su lado sin decir nada. A los dos nos reconfortaba la presencia del otro. Aquel primer contacto de su mano con la mía ya no volvió a repetirse; pero yo sentía la cercanía de su cuerpo, los cambios sutiles en el tono de su voz, la mirada que me hacía regresar a los días en que los dos fuimos uno. Entonces los latidos de mi corazón golpeaban como si quisieran pedirme que lo escuchara.

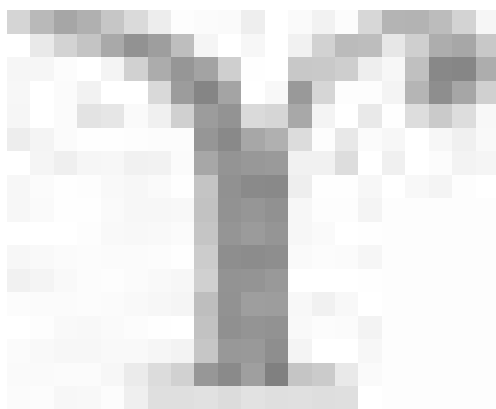
Las horas pasaban despacio, con la pesadez con la que se arrastra la fuerte carga de la tristeza. Durante aquellos días me acordé todavía más de mi padre, de los días que precedieron a su muerte, de la dureza del duelo, y de cómo conseguí ir venciendo el desaliento gracias a la ayuda de mi tía y de Areté. Sabía que cuando Herófilo se fuera no podría dar rienda suelta a mi pena como hice cuando murió mi padre, tendría que ser yo la más fuerte para consolar a Caledonia. Debía anteponer su dolor al mío. Estaba a punto de perder a alguien que había sido mucho más que mi maestro. También para Linos, Herófilo había sido alguien muy importante, representaba el padre que siempre quiso tener.

La alegría de Krito fue el bálsamo que todos necesitábamos para mantener la ilusión por la vida mientras esperábamos la visita anunciada de la muerte. Una tarde lo vi llegar en compañía de Clístenes, con una sonrisa amplia en el rostro de ambos, los papiros y un ábaco un tanto inestables en los brazos del tutor.

—Mira, mamá —me dijo mostrándome la tablilla de madera barnizada de cera que acababa de estrenar.

Observé las primeras letras que Krito había escrito allí con la punta afilada de su

estilete y lo abracé emocionada. Aquella noche le pedí que escribiera para mí. Me gustó ver su gesto concentrado, la boca cerrada, la mano que todavía sujetaba con torpeza el estilete pero que no por eso dejaba de trazar con fuerza la forma de las letras que ya había conseguido memorizar.



También fue Krito quien hizo posible que Linos y yo rompiéramos el trato gélido y formal que manteníamos en el Museo. Un día Linos y yo acabábamos de llegar a casa y cruzábamos el jardín para ir a la habitación de Herófilo, cuando el niño salió a nuestro encuentro y corrió a abrazarme como tenía por costumbre. Ya no se escondía cuando estaba Linos, pero lo miraba muy serio, como si buscara un gesto que lo invitara a acercarse. Y aquel día lo encontró cuando Linos se agachó para recoger una pelota y se la lanzó con el gesto alegre de quien parece tener ganas de jugar. Krito alzó las manos y la cogió al vuelo para devolvérsela a Linos riendo. Éste se tuvo que girar rápidamente y dar un salto para pasársela de nuevo a Krito, que reía divertido. No pudo atraparla de nuevo y Krito salió corriendo a buscarla. Clístenes llamó a Krito para que continuara con sus tareas escolares. El niño obedeció de mala gana, no sin antes preguntarle a Linos si podría jugar con él otro día. Linos asintió complacido.

—Es el hijo de Leandro, ¿verdad? —me dijo cuando Krito ya había entrado en la casa.

Me sorprendió que Linos supiera de la existencia de Leandro y de mi relación con él. Sólo pude asentir con la cabeza.

—Cuando terminó la guerra, Caledonia me escribió a Creta con la esperanza de que no hubiera muerto. Fue la carta que nunca contesté —me explicó Linos al tiempo que me invitaba con un gesto a que me sentara en la banqueta de mármol desde la que muchas veces había observado la belleza dorada del azafrán en plena floración.

Nos sentamos el uno al lado del otro. Quizá pretendiera pedirme cuentas de mi relación con Leandro y me preparé para defenderme, para no dejar que sus palabras pudieran herirme.

—En su carta Caledonia me daba noticias de tus avances en el estudio de la Medicina. También me escribió algo sobre las visitas frecuentes de un tal Leandro al que parecías querer mucho.

Se encendió de nuevo mi furia contra Caledonia. ¿Qué derecho tenía a hablar de

mí? ¿Por qué no me dijo que había escrito aquella carta? Pero no había llegado aún a encontrar las razones de su indiscreción cuando, de pronto, comprendí sus motivos y la rabia se desvaneció como el ímpetu de las olas al llegar a la playa. Aquella carta fue su manera peculiar de intentar evitar que continuara mi relación con Leandro, pero sobre todo de provocar que, en el caso de estar vivo, Linos viniera enseguida a buscarme. Pero él prefirió que le creyéramos muerto. Entonces dentro de mí se rompió de golpe el silencio con el que me había protegido desde la llegada de Linos, y el desencanto brotó encadenando reproches, con el tono de voz cada vez más alto y la mirada herida y altiva.

—¿Por qué no contestaste a la carta de Caledonia? ¿Por qué no viniste a buscarme? Me duele que te olvidaras de mí tan pronto. —Aparté mis ojos de los suyos y bajé la cabeza para decirle casi en un susurro—: No sabes lo mucho que he llorado tu muerte durante todo este tiempo.

—Tenía miedo, Irene —dijo él y se acercó a mí, me tomó con delicadeza la barbilla y buscó que mis ojos volvieran a encontrarse con los suyos. Yo me liberé de su mano y me senté un poco más alejada de él—. Tenía miedo de descubrir que ya no ocupaba un sitio en tu corazón, miedo también de regresar a Alejandría y tener que obedecer los deseos de mi padre y casarme con Dionisia. Preferí que todos continuarais pensando que nunca regresé de la guerra.

Me decepcionaron sus explicaciones. Lo descubrí débil, inseguro, y no me gustó. No era así el Linos que yo conocí. Nunca me habría imaginado que él, que tanto había jurado quererme, el hombre siempre tan apasionado, impulsivo e intrépido no se atreviera a venir a buscarme aun sabiendo dónde me hallaba. La alusión a Leandro, en vez de traerlo de vuelta a mi lado, lo alejó para siempre. Él continuaba a mi lado sin atreverse a tocarme, en su rostro la tensión acumulada de las últimas semanas, en sus ojos la mirada limpia y honesta que yo recordaba. Su gesto ahuyentó mi rabia, me impulsó a pensar que quizá hubo otra razón que tiró de él con más fuerza que el recuerdo de nuestros días juntos. Como si leyera mis pensamientos, Linos añadió:

—Tienes razón, Irene. Reconozco mi debilidad. Pensé que te había perdido y quise huir de ti. De ti y de los designios de mi padre. Y lo más fácil fue quedarme en Creta. Me convencí de que mi misión estaba en aquellas aldeas perdidas, donde nada sabían de higiene, dietas, hierbas o cirugías, en procurar que murieran menos niños antes de cumplir el año, menos madres después de dar a luz, que sufrieran menos quienes padecían dolores que yo podía aliviar. Pronto me di cuenta de que me había equivocado. Me dolía tu ausencia, quería regresar aunque tuviera que enfrentarme a Leandro para estar contigo. Deseaba hacer realidad nuestros sueños en Lato. Me dispuse a embarcar rumbo a Alejandría.

—Pero no lo hiciste. Te fuiste de Creta y regresaste a Éfeso, ¿por qué?

—Mi padre descubrió dónde me hallaba y vino a verme. Me dijo que Elpenor lo amenazaba con arruinar su fama y la de nuestra familia si yo no cumplía mi compromiso de casarme con su hija Dionisia. Así descubrí las verdaderas razones por

las que los negocios de mi padre habían prosperado con tanta rapidez; razones que hubiera preferido ignorar, pero que Elpenor conocía muy bien y estaba dispuesto a utilizar en su contra.

Yo entendía la presión de su padre, aunque no podía dejar de pensar que, de haber estado en su lugar, nunca habría aceptado ese matrimonio. Él en cambio, sólo impuso la condición de no vivir en Alejandría con Dionisia. No tuvo ánimos de volver a la ciudad convertido en alguien que no quería ser, acompañado de una mujer a la que no amaba. Su padre no logró convencerlo de que aceptara continuar con el negocio familiar. Y así fue como empezó a ejercer la medicina en Éfeso, una ciudad que imaginó que podría ser del agrado de su futura esposa. Se instalaron en la antigua casa familiar y allí habían vivido hasta que recibió la noticia de la muerte de su padre. Sólo entonces se había atrevido a regresar a Alejandría y a visitar a Herófilo. Nunca se había imaginado que volvería a tenerme a su lado todos los días.

Cuando Linos terminó su relato, yo había dejado de juzgarlo. Los dos mirábamos hacia la planta del azafrán y hacia el lago cercano. Sentados todavía muy lejos el uno del otro, su mano se acercó a la mía. Esta vez no me aparté y dejé que, despacio, casi con miedo, con nuestras manos entrelazadas, él se fuera acercando hasta sentarse a mi lado. Creí que podría incluso oír el latido errático de mi corazón, volvía a ser niña y mujer, como el día en el que por primera vez nuestros cuerpos se rozaron mientras nos escondíamos de la mirada de Nicias, el pirata.

—Nunca te he olvidado, Irene —me dijo un momento antes de que nuestros brazos se entrelazaran sin pedirnos permiso, nuestras bocas se buscaran con avidez y nuestros cuerpos encontraran en el del otro el descanso después de un largo viaje. Luego todo ocurrió muy deprisa, como si al abandonar el jardín y entrar en mi habitación, entre caricias y besos urgentes, hubiésemos regresado a nuestra playa, a nuestro escondite debajo de las rocas; como si todo lo que nos había ocurrido desde entonces no hubiera pasado todavía.

Herófilo murió al día siguiente, poco después de que abriera los ojos y nos pidiera un poco de opio por última vez. No dijo nada más, creo que se fue soñando que estaba en otro sitio. Caledonia estaba segura de que él había notado nuestra presencia porque cada vez que Linos o yo hablábamos él apretaba la mano de ella, como lo había hecho siempre que estaba contento.

Volví a enfrentarme a la muerte como la más grande de las injusticias. Linos y Caledonia lloraban; yo no podía. Un peso muy fuerte me oprimía el pecho, apenas podía respirar y cuando hice el esfuerzo de hablar, de mi garganta se escapó un grito desgarrador. Algo dentro de mí se rompió y dejó fluir la pena que había conseguido mantener escondida desde la muerte de mi padre.

Ayudé a Caledonia a lavar el cuerpo de Herófilo y a ungirlo con aceites perfumados. Siguiendo los deseos de él, ella no quiso engalanarle la cabeza con coronas, cintas o joyas como se hacía con los difuntos en Grecia, y dejó su cuerpo en manos del embalsamador. Luego vistió a su esposo con un quitón blanco. Rechazó a las plañideras profesionales y retuvo las lágrimas en presencia de todos aquellos extraños a los que tuvo que admitir en su casa sólo por respeto a la tradición. Cuando llegó la noche y todos se hubieron ido, se encerró en su dolor. Un dolor que sólo quiso compartir conmigo y con Linos. Los tres cenamos en silencio. Linos regresó a su casa pasada la medianoche y yo intenté descansar un poco. No lo conseguí. Apenas podía creer que Herófilo se hubiera ido para siempre.

A la mañana siguiente vino el artesano que se había encargado de preparar la máscara funeraria con la que sería enterrado Herófilo. El hombre había hecho su trabajo con pericia y pude observar cómo las varias capas de papiro superpuestas y machacadas se acoplaron perfectamente a las facciones de mi maestro. Su rostro lívido desapareció debajo de uno nuevo pintado de colores brillantes. El rojo, el dorado y el ocre se habían usado con profusión para pintar la cara, en la que se habían dibujado unos ojos negros, abiertos, perfilados con unos trazos de color verde que destacaban sobre la base dorada utilizada para resaltar la frente y las mejillas. El color rojo que perfilaba la forma de las orejas hacía que éstas tomaran un protagonismo excesivo, como si se prepararan para escuchar los sonidos del más allá. Nada en aquella imagen me recordaba a Herófilo. Él siempre decía que quería ser enterrado a la manera de los egipcios. Prefería cubrirse con los colores de la vida antes que mostrar lo que de él quedaría tras el paso de la muerte. Creo que tenía razón. Esa cara dibujada no era la suya, pero tampoco lo era ya la que había debajo. Herófilo quería ser recordado por lo que fue y no por el molde vacío que ahora era su cuerpo.

Un numeroso séquito se formó para acompañar a Herófilo hasta la ciudad de los muertos. Erasítrato y los demás sabios del Museo, encabezados por el poeta y

bibliotecario Calímaco de Cirene, abandonaron sus diferencias y honraron la vida y la muerte de quien fue uno de los primeros que habitaron aquel lugar de estudio. También acudieron hombres y mujeres de los barrios más humildes de Alejandría, a los que él había curado sin importarle si podían pagar por sus servicios.

Vi que Linos llegaba acompañado de su esposa, Dionisia, y se situaba en un discreto segundo plano dejando que Caledonia, Manetho y yo encabezáramos la comitiva. Me fijé en Dionisia, en su porte altivo, sus ropas lujosas sobre un cuerpo todavía joven pero sin equilibrio armonioso entre pechos, cintura y caderas, en su cabello pobre y adornado en exceso, en su baja estatura. Pero lo que menos me gustó fue la forma de sus labios, estrechos y apretados en una mueca de disgusto, y su mirada negra y despectiva que nos recorrió despacio a mí y a Caledonia para luego girar la cabeza bruscamente, como si quisiera dejar patente su desprecio hacia nosotras, su presencia obligada en aquel lugar por ser la esposa del hombre que a su lado se esforzaba por contener el llanto.

Caledonia había prohibido que se acercaran las plañideras y el silencioso cortejo fúnebre recorrió las calles de Alejandría hasta llegar fuera de las murallas, al otro lado del canal que bordeaba la ciudad por el oeste. La gran necrópolis nos acogió con su halo de misterio. Griegos y egipcios estaban enterrados allí. Era primavera; las rosas, lirios, jacintos y violetas crecían en las parcelas libres de sepulturas y su aroma se mezclaba con el de las lámparas de aceite, que permanecían encendidas a pesar de ser de día, y con el del incienso que se quemaba en los pebeteros. Aquella mezcla me mareaba. Caledonia se apoyaba en mí, pero yo me sentía débil. No sabía cómo aparentar una entereza que me estaba abandonando a medida que íbamos avanzando entre las tumbas. Quise controlar el vértigo y la náusea, distraer el dolor observando las tumbas de los griegos, adornadas con una estela que los representaba vistiendo ropas griegas. Me sorprendió que junto a ellos apareciera también la figura de un perro. Entonces recordé que Manetho me había explicado que el perro representaba al dios egipcio Anubis, el dios de la muerte, y entendí que, al igual que Herófilo, muchos de los hombres y mujeres que yacían allí incorporaron a los rituales griegos de la muerte los propios del lugar que los acogió en su diáspora. La ciudad de los muertos era muy diferente de la que yo había visitado en Atenas. Me llamaron la atención algunas de las estelas funerarias, hechas en mármol egipcio, y también los nichos alineados en tres filas superpuestas, adornados cada uno de ellos con una arcada, cerrados con lápidas pintadas de colores. Observé que muchas estelas representaban a los difuntos con las manos alzadas, como si estuvieran orando. Ninguno de nosotros oraba. Caledonia había dejado de llorar y caminaba a mi lado como si se hubiera puesto a andar en sueños.

Una estela funeraria situada cerca del lugar donde descansaría el cuerpo de Herófilo representaba a un hombre reclinado en un sofá con el brazo extendido y en la mano un cuenco de los utilizados para las ofrendas. Al lado del sofá había un manojo de espigas de trigo y una mesa de tres patas con tres cuencos destinados a la

comida del funeral. Me pregunté por qué la gente necesita comer después de los funerales. Yo había perdido el hambre. En la parte inferior de la estela se había escrito: «Carmides, hijo de Filotas, de 45 años, amante de los niños». Luego me di cuenta de que tanto la imagen como el epigrama se repetían en varias de las tumbas que vi a nuestro paso por aquel recinto sagrado.

Cuando el cuerpo de Herófilo ya estuvo depositado en su tumba, se acercó Calímaco de Cirene y un carro del que descendieron cuatro esclavos y descargaron una estela funeraria de gran tamaño en la que se leía: «Herófilo, médico de la Escuela de Alejandría». Calímaco, maestro de la forma breve y de los epigramas, fue el encargado de escribir el texto que se grabó a continuación. Fiel a su interés por explorar los conceptos de la suerte y del infortunio y de la indefensión del hombre ante su destino, había escrito un diálogo imaginario con Herófilo:

—¿Cómo son, Herófilo, las cosas por ahí abajo?

—Mucha tiniebla.

—¿Y el regreso?

—Mentira.

—¿Y Hades?

—Un mito.

Estaba convencida de que Herófilo habría aprobado ese texto de haber podido leerlo. Tras la lectura del epigrama, la boca de Dionisia se volvió a torcer mientras nos miraba a todos con un gesto de desprecio e incredulidad. Había comprendido que con aquel texto Calímaco admitía que Herófilo seguía seguramente vivo en alguna parte, pero que su vida era como la de un ciego que no puede volver al mundo de los vivos y niega la existencia del dios de los muertos. Comprendí que la creencia en los poderes de los dioses era otra diferencia que pesaba sobre el matrimonio de Dionisia y Linos. Una mirada triste y furtiva de él, que recibí como si algo me sacudiera por dentro, confirmó mis suposiciones.

Linos continuó viniendo a nuestra casa todos los días para acompañar a Caledonia en su dolor y sentirse libre para expresar el suyo. Los tres sabíamos ya que Linos venía también para verme a mí. Caledonia no dudó en hacerse cómplice de aquellas visitas y en procurarnos la soledad que necesitábamos para que nuestras almas estuvieran unidas como antes. Ella intentaba disuadir al dolor entregándose a su trabajo en el sanatorio.

Caledonia dedicaba largas horas a hablar con cada uno de los hombres y mujeres que acudían en busca de su ayuda, procuraba conocer no sólo sus dolencias sino también sus deseos y todo aquello que les provocaba tristeza o alegría. Sólo así, nos decía, era posible encontrar el tratamiento adecuado para cada uno. Pero no siempre

era fácil. Muchos llegaban allí convencidos de que aquel inmenso jardín, dotado de un arroyo de aguas limpias y de un lago que reflejaba en su superficie los colores y las formas de las plantas y el azul del cielo, era un lugar mágico. Así que guardaban silencio y esperaban a que la magia actuara. Caledonia intentaba convencerlos de que nada podría curarlos si no explicaban antes su dolencia. Había quienes, ante las muchas preguntas de Caledonia, se sentían incómodos y decidían abandonar el sanatorio. Ella no se desanimaba; seguía trabajando con los que habían decidido quedarse y estaba satisfecha de los resultados. Quienes se curaban se lo decían a otros y pronto la fama del sanatorio se fue extendiendo por toda Alejandría.

Linos y yo pasábamos mucho tiempo en el interior de la casa, en busca de la intimidad que ya no era posible en un jardín donde la presencia de extraños era cada vez más frecuente. El carácter de nuestros encuentros fue cambiando y muy pronto ya no fue necesario rendirnos cuentas uno a otro ni explicar lo que sentíamos. Nuestros cuerpos habían vuelto a encontrar el camino perdido. Todas las mañanas trabajábamos juntos en el Museo anhelando la llegada de la tarde, los momentos en los que volvíamos a ser los amantes jóvenes e ilusionados que fuimos en Creta, aunque sin atrevernos a soñar en el futuro. Nuestro tiempo era limitado y fugaz, marcado por el apremio de Linos por regresar a su casa y enfrentarse a las preguntas de su mujer.

—A Dionisia no le gusta que venga aquí todas las tardes —me dijo un día antes de irse.

—Me lo imagino. Si nunca ha entendido tu profesión, tampoco tu amistad con Herófilo y Caledonia.

—Desde el día del entierro de Herófilo me hace demasiadas preguntas.

—¿Qué te pregunta?

—Preguntas sobre ti, quién eres, de dónde vienes, qué haces, por qué vives en esta casa. Creo que sospecha algo, Irene.

Aunque yo procurara olvidarlo, Dionisia existía. Una esposa fea y de mal carácter, dolida porque Linos se había casado con ella a la fuerza, pero una esposa al fin y al cabo. Alguien cuya familia tenía además el poder suficiente para destruir la reputación de Linos si daba a conocer el secreto vergonzante que implicaba a su padre.

—No vengas todos los días, quizá así deje de sospechar —meforcé a decir, aunque en el fondo pensaba: «Repúdiala, divórciate, escapa. Haz lo que sea pero no te vayas de mi lado».

—No, Irene. Esta vez no voy a quedarme quieto sin luchar por ti.

—¿Y qué piensas hacer?

—No..., no lo sé. Todavía no lo sé.

Él no sabía qué hacer y yo tampoco. A falta de una solución mejor, no vino conmigo a casa al día siguiente, tampoco al otro. En el Museo apenas podíamos hablar pero yo veía las marcas bajo sus ojos a causa de la falta de sueño, observaba

que había desaparecido de nuevo la sonrisa de sus labios; comprendía que Linos buscaba una solución pero que se hallaba muy lejos de encontrarla. No busqué la confianza de Caledonia, quien se sentía feliz al vernos juntos. Sabía que ella no entendería por qué Linos no repudiaba a su mujer, si lo podía conseguir sin problemas, al fin y al cabo Dionisia no le había dado hijos y ésa era razón suficiente para divorciarse. Yo no podía desvelarle a Caledonia el secreto que aquel matrimonio enterraba.

Al cuarto día, Linos no pudo aguantar más y subió conmigo en el carro de Hipias. Teníamos prisa por estar a solas, ansia por perdernos en el cuerpo del otro, por inventar nuevas caricias, por detener el tiempo en aquella habitación que fue mi refugio solitario a mi llegada a Alejandría y que desde la muerte de Herófilo nos recibía todos los días con la luz tamizada de la tarde, los tapices en las paredes y la presencia del jardín a través de sus ventanas abiertas.

Un ruido procedente del jardín llamó nuestra atención. Venía de algún arbusto cercano. No era el sonido del aire al mover sus hojas, ni el posar ligero de un ave en alguna de las ramas. Era un sonido seco, breve, que se detuvo y volvió a escucharse. Después se hizo más largo, más continuado, luego perdió intensidad. Me levanté y fui hacia la ventana. Al asomarme me pareció ver a lo lejos un trozo de tela de color amarillo claro que desaparecía tras las frondosas ramas de un conjunto de acacias jóvenes. Unos arbustos que Caledonia había hecho plantar muy juntos con el fin de crear una barrera natural entre las zonas del jardín próximas al sanatorio y aquellas que eran para nuestro uso privado.

—Alguien ha estado muy cerca de esta ventana —le comenté a Linos.

—¿Alguien que nos espía? —preguntó él asustado.

—No, seguramente es alguno de los pacientes del sanatorio que se ha perdido por el jardín. He de avisar a Caledonia para que marque bien los límites.

Dejamos pasar el resto del tiempo en la seguridad de nuestro abrazo, con el alma en calma y en el cuerpo el recuerdo fresco del deseo satisfecho. Cuando llegó la hora en que Linos debía irse lo acompañé hasta el jardín para que se despidiera de Caledonia. Ella estaba hablando con una mujer. Al darse cuenta de que estábamos allí se disculpó y se acercó.

—Ha llegado esta tarde —nos dijo Caledonia refiriéndose a su acompañante—. Estaba haciendo la primera de nuestras entrevistas para averiguar las causas de su dolencia.

Miré a la mujer. Era joven, hermosa, de cabellos oscuros y rostro muy blanco en el que resaltaban unos grandes ojos claros y el brillo del cristal de roca de sus pendientes. Llevaba el cabello recogido en un elaborado peinado y vestía un elegante quitón amarillo muy claro que cubría en parte un himatión verde. Tenía el porte altivo, la cabeza erguida y la mirada fija en Linos.

La mujer se acercó.

—Buenas tardes, Linos —dijo.

Linos saludó a la recién llegada con una sonrisa forzada y se apresuró a despedirse de Caledonia y de mí. Al hacerlo usó la formalidad propia de un hombre educado que ha finalizado una visita de compromiso a la viuda de su maestro. Yo también me despedí deprisa, con la excusa de que mi hijo me estaba esperando.

—Vamos —le dijo Caledonia a la mujer—, quiero enseñarte las salas de los colores.

Me preguntaba quién era aquella mujer, de qué conocía a Linos, por qué él se había sentido tan incómodo al verla, qué tipo de dolencia la había traído hasta el sanatorio. Me inquietaba sobre todo la altivez que descubrí en su mirada, o quizá fuera la belleza de su rostro. Aquella noche Krito me hablaba de Clístenes, su tutor, y de los ejercicios de cálculo que había hecho con él ayudado por el ábaco. Y se dio cuenta de que no le hacía mucho caso.

—¿Qué te ocurre, mamá?

Escondí mi rostro en un abrazo distraído del que Krito se zafó rápido y me miró. Ya no habló más. Tampoco protestó, como hacía todas las noches, cuando le dije que debía acostarse. Fue la primera vez en la que no me pidió que le contara una historia y yo tampoco me ofrecí a hacerlo.

Me urgía quedarme a solas, no tener que disimular ante nadie el temor extraño que se había apoderado de mí desde la marcha precipitada de Linos aquella tarde.

—Se llama Critila —me dijo Linos a la mañana siguiente— y es amiga de Dionisia desde que eran niñas, o eso dice ella. No sé hasta qué punto es cierto pues Dionisia siempre habla mal de ella, critica su casa, se burla de su esposo y se ríe de sus peinados.

—Así que ella es Critila... Algo me contó Manetho. Es la hermana de Aristeo. Dionisia debe de tener celos de su belleza.

—Puede. Pero si es así, ¿por qué se visitan con tanta frecuencia? Muchas veces, al llegar a casa, las he oído charlar de forma animada. Sé que les gusta acudir a los baños juntas, a los funerales y a los festivales de las mujeres griegas.

—¿Qué mal le aqueja? —pregunté mientras preparaba la tinta que iba a utilizar.

—No sabía que estuviera enferma y me extraña que haya venido aquí a pedir ayuda. Dionisia suele hacer comentarios sarcásticos acerca del sanatorio de Caledonia.

—¿Hay algo de lo que tú haces o de tus amigos que le guste a tu esposa? —pregunté con sorna, levantando la vista de la mesa donde ya había dispuesto un nuevo papiro todavía en blanco.

—Me temo que no —sonrió con amargura—, pero le interesa saber de vosotros, de ti.

—Sigue haciéndote preguntas.

—Quiere saber quién es el padre de tu hijo y dónde está. No entiende cómo es posible que te hayan dejado estudiar Medicina y acusa a Herófilo de haberse saltado las normas del Museo para beneficiarte. Confía en que ahora que él ha muerto, a ti no te dejen continuar trabajando aquí.

Nuestra conversación quedó interrumpida por la llegada de Manetho, quien nos anunció que Erasítrato nos esperaba en el teatro anatómico. Yo me quedé preocupada, no me gustaba el interés que Dionisia había puesto en mí. Linos y yo ya no tuvimos más oportunidades de hablar en toda la mañana, y después de la sesión de anatomía cada uno volvió a trabajar en silencio en sus papiros. A la salida, Linos me acompañó a casa en el carro de Hippias. Cuando llegamos, en el jardín no se veía a nadie. Lo cruzamos de prisa para entrar en la casa pero un ruido a nuestra espalda hizo que nos giráramos.

—Caledonia está en el sanatorio —nos dijo Critila, que había surgido de entre los arbustos—, ahora iba yo para allá.

Nos vimos obligados a dejar que la mujer nos llevara hasta Caledonia. Linos tuvo que fingir un encuentro formal con Caledonia y se fue de casa tras una despedida en la que no pudimos ni siquiera rozarnos las manos.

—¡Qué mujer más extraña esa Critila! —me comentó Caledonia en la cena.

—¿Cuál es su dolencia? —pregunté mientras miraba sin apetito los erizos que me habían servido, uno de mis manjares preferidos desde que los había descubierto en Alejandría.

—Todavía no lo sé. Me habla de que está triste, de que no tiene energía para nada, de que por las noches la visitan sueños terribles y apenas duerme. Pero en su rostro y en su porte no puedo ver los estragos de la falta de descanso. Tampoco me parece que le falte energía a su voz o a su forma de moverse. Creo... —dijo mientras partía distraída un trozo de pan con semillas de sésamo—, creo que simplemente se aburre de no hacer nada. No está enferma, lo único que necesita es tener alguna ocupación; no sé cómo decírselo sin que se ofenda.

—Linos me ha comentado que Critila es muy amiga de Dionisia.

Caledonia me miró y yo intuí lo que iba a decirme.

—Si es así, debes decirle a Linos que no venga por aquí. No es bueno que esa mujer os vea juntos. Puede sospechar algo y decírselo a Dionisia.

Se terminaron así nuestros encuentros breves y dichosos de todas las tardes, y con ellos pareció apagarse la esperanza recién encontrada de que algún día volveríamos a estar juntos. Durante las horas que pasábamos en el Museo sólo podíamos intercambiar alguna mirada breve o un roce furtivo de nuestras manos para decirnos que nos amábamos a pesar de nuestro silencio, a pesar de que los días pasaban y no sabíamos qué hacer. Yo sentía crecer en mí una acusación hacia Linos; me irritaba su

falta de coraje para repudiar a su esposa con la excusa de que no le había dado hijos. No podía entender que antepusiera el nombre de su familia a sus sentimientos hacia mí. A veces debía de controlar mi deseo de zarandearlo, de decirle que debía tomar una decisión y hacerlo pronto. Reconozco que fui muy injusta con él durante aquellos días, que me dominaba la impaciencia y que la solución no era fácil.

Pero no tardaron en llegar los cambios que tanto necesitábamos. Lo hicieron de forma precipitada y nos abrieron las puertas a un futuro diferente, acechado por un peligro mayor del que habíamos anticipado. Todo empezó la mañana en que comprendí que el malestar que sentía desde hacía días, la inapetencia y el cansancio eran los síntomas de un nuevo embarazo. No me alegró saber que esperaba un hijo de Linos, no cuando había empezado a dudar de su capacidad para luchar por nosotros.

Tuve que informar a Linos de forma rápida, en un momento en que nos quedamos solos a la salida de la biblioteca, mientras vigilaba que no hubiera oídos ajenos. No hubo tiempo para escuchar su respuesta pues Calímaco se acercó a hablar con nosotros. Luego la mañana transcurrió despacio, la mirada de Linos fija en mí demasiadas veces, durante demasiado tiempo, sin la prudencia que habíamos acordado. Al salir del Museo, Linos subió en el carro de Hipias y se vino conmigo a casa. Por el camino no dijo nada pero acercó su mano a la mía y la mantuvo bajo los pliegues de nuestras túnicas hasta que llegamos. En el jardín miró a su alrededor y, cuando estuvo seguro de que no había nadie, me volvió a tomar de la mano y dirigió nuestros pasos hacia el banco situado delante de la planta del azafrán, su lugar favorito.

Su respuesta a la noticia de mi embarazo llegó en forma de un beso largo, aplazado durante demasiados días, que me confirmaba que él seguía a mi lado.

—Irene, debemos irnos de Alejandría. He estado pensando durante estos días y no veo otra salida posible —dijo mientras me mantenía abrazada.

—¿Irnos? —Me deshice de su abrazo confusa.

La sugerencia de que, una vez más, debía irme de Alejandría me trajo temores que ya tenía olvidados. No quería iniciar otro viaje, alejarme de la ciudad que ya consideraba mía, ni de mi trabajo en el Museo, ni mucho menos abandonar a Caledonia en aquellos momentos.

—Creo que Dionisia sospecha algo. Debemos alejarnos de su influencia. No sabes el poder que tiene la familia de mi mujer y el daño que pueden llegar a hacernos. No se conformará con arruinar la reputación de mi familia, Dionisia es muy capaz de hacerte daño, a ti y a Krito.

—¿A Krito? —Un escalofrío me recorrió entera.

—Te envidia, Irene. No te puedes imaginar lo que sería capaz de hacer por tener a un niño como Krito y poderlo llamar hijo suyo.

Volví a ver los ojos azules de mi hijo, que por la mañana se habían despedido de mí ilusionados antes de dirigirse con Clístenes a la escuela. Por primera vez temí por su seguridad, sentí la amenaza de que alguien pudiera arrebatármelo. Linos me rodeó

con sus brazos como si quisiera protegerme de mi desamparo. No lo conseguí. Me separé de su abrazo y él percibió la acusación muda en mi mirada. Bajó la cabeza, como si se reconociera culpable. Momentos después se irguió y buscó mis ojos. Su mirada triste pero firme quería transmitirme la esperanza que él trataba de recuperar para los dos.

—Dionisia es capaz de cualquier cosa con tal de que se haga su voluntad. Debemos irnos, Irene. Debemos irnos ya, antes de que llegue a sus oídos que estás esperando un hijo mío.

—Y ¿adónde vamos a ir?

—Todavía no lo sé.

La planta del azafrán lanzaba sus destellos dorados hasta nosotros, amantes oprimidos por el peso de todo aquello que se torcía a nuestro alrededor, cansados porque no era la primera vez que eso ocurría, esperanzados porque habíamos tomado una decisión, unidos en la voluntad de buscar una solución con urgencia.

Cuando cruzamos el jardín para entrar en la casa, una figura de mujer caminaba deprisa delante de nosotros en la misma dirección. Caledonia salió a su encuentro y las dos se dirigieron hacia el sanatorio. Creo que intuí quién acompañaba a Caledonia pues tiré del brazo de Linos para buscar refugio tras el granado, que crecía florido y con profusión de ramas bajas. Desde nuestro escondite reconocimos el perfil de Critila cuando pasaron de largo sin advertir nuestra presencia.

—Me parece que Critila está aquí para vigilarnos. ¿No te parece demasiada casualidad que siempre nos la encontremos? —dijo Linos sin apartar la mirada de las dos mujeres.

Recordé lo que me había dicho Caledonia acerca de la dolencia inexistente de Critila y comprendí el origen del ruido que Linos y yo habíamos oído desde mi habitación unos días atrás, el misterio del trozo de tela amarillo claro que vi moverse entre los arbustos de acacia, una tela del mismo tono que la túnica elegante que vestía la amiga de Dionisia para su primera visita al sanatorio.

—Linos —le dije con la voz apagada por la preocupación pues tuve ya la certeza de que mi hijo estaba en peligro—, me temo que Critila ya lo sabe todo sobre nosotros. No me extrañaría que también hubiera escuchado nuestra conversación de hoy.

Él asintió en silencio mientras seguía con la mirada el camino que tomaban las dos mujeres. Un petirrojo confiado y ajeno a nuestra desazón se posó en una de las ramas del granado y fijó sus ojillos redondos en nosotros antes de irse a otra rama. Envidié sus alas, la ligereza de su vuelo. Supe que debía volar de nuevo, rápido, lejos, pero con las alas torpes, cargadas con el peso de tantas despedidas, de tantas travesías y de tanta responsabilidad, porque en mi vuelo arrastraba a Krito y al hijo que estaba formándose en mi interior. Me pregunté si quería hacerlo, si debía seguir a mi corazón o quedarme allí y continuar con mi vida, sin Linos. Todavía no había comprendido que la furia de Dionisia representaba un peligro demasiado grande si yo

decidía quedarme en Alejandría, incluso aunque Linos regresara a su lado.

—Dionisia debe de estar tramando su plan de venganza —oí que me decía Linos en un susurro preñado de angustia—. Se tomará su tiempo para que todo salga según sus deseos. Querrá asegurarse de que nada falle. La conozco bien y ésa es su manera de hacer las cosas. No nos queda otra opción que la de ser más rápidos que ella.

Unos días más tarde, Linos había diseñado un plan que me propuso mientras, sentados en el patio de las plantas medicinales del Museo, fingíamos estudiar unos papiros. Nos sentíamos amenazados por las miradas de los otros, aunque fueran nuestros amigos. En la confusión de aquellos días yo llegué incluso a desconfiar de Manetho. Imaginaba que quizá él fuera una de las personas a las que Dionisia podría haber utilizado de forma indirecta para espiarnos, ya que pasaba muchas horas con nosotros. O el mismo Aristeo, el amante con quien seguro compartía más de una confianza. Al fin y al cabo, era el hermano de Critila. Quizá fuera él, a quien veía todos los días en compañía de Manetho, el confidente escogido por Dionisia. Llegó un momento en que el miedo y la desconfianza dictaban todos mis pasos.

—¿Qué te ocurre, Irene? —me preguntó un día Manetho.

—Nada, estoy un poco cansada —le respondí mientras enrollaba un papiro y lo volvía a dejar en su sitio.

No podía decirle a Manetho que me quedaban pocos días de trabajar en el Museo, que mi plan era irme en secreto, sin despedirme de nadie, ni siquiera de él, mi mejor amigo. Tampoco hubiera sabido cómo explicarle adónde iba. Y estaba segura de que su respuesta habría sido que estaba a punto de cometer un gran error. Me dolía tanto herirlo que estuve a punto de explicárselo todo, de decirle que Linos había comprado tierra en la colonia griega de Pharos^[1] y que nuestro plan era instalarnos allí, para que el poder de Dionisia no llegara hasta nosotros.

Sabía cuánto echaría en falta a Manetho y me iba despidiendo de él un poco cada día, sin palabras, con el mismo dolor de quienes saben que los espera la muerte y no quieren anunciárselo a aquellos que aman para no entristecerlos. También me despedía en silencio del teatro anatómico, de los papiros de la biblioteca, de Calímaco, de Erasítrato y de los demás sabios del Museo, del patio de las plantas medicinales, de las estatuas de los dioses de la Medicina y de Hipócrates, de las paredes de mármol blanco que se teñían con la luz del sol, de todo lo que yo era y había llegado a ser gracias a que Herófilo se había atrevido a llevarme una mañana a aquel lugar y a creer en mí. Mi único consuelo era saber que Linos me entendía, que lloraba por dentro como yo aquella despedida de todo lo que había sido y había soñado ser. Fue entonces cuando regresó a mí la certeza de que Linos y yo nos amábamos y de que nunca íbamos a dejar de hacerlo, a pesar de las dificultades a las que íbamos a tener que enfrentarnos.

Debía hablar con Caledonia sobre nuestros planes. Iba aplazando el momento, a pesar de que el tiempo apremiaba. Sabía que ella se apoyaba en mí tanto como yo en ella y me preguntaba qué haríamos la una sin la otra. Habría continuado aplazando

nuestra conversación de no ser por lo que escuché un día a mi regreso del Museo.

Krito y Heladio jugaban en el jardín, como venían haciendo desde que Krito pidió que de vez en cuando viniera su amigo a casa para estudiar los dos con Clístenes. El tutor, con los papiros ya preparados para la siguiente lección, seguía sus juegos desde un banco. Critila surgió de entre los arbustos y fue a sentarse al lado de él. Ninguno de ellos me vio llegar. La presencia de aquella mujer me resultaba tan desagradable que, instintivamente, me escondí detrás de las plantas de loto azul. Clístenes llamó a los niños para la lectura que les había preparado. Ellos obedecieron sin ganas. Critila se levantó e hizo el gesto de irse. Yo iba a salir ya de mi escondite cuando la oí decir:

—Krito, ¿te gusta la escuela?

—Sí, mucho —respondió mi hijo.

—Es muy buen discípulo —añadió Clístenes satisfecho—, lee ya bastante bien y es un gran observador.

—Pareces un chico listo, ¿cuántos años tienes? —preguntó Critila.

—Acabo de cumplir seis años —respondió Krito con orgullo.

—Conozco a un maestro muy bueno que sólo enseña a chicos como tú. Si quieres, te puedo acompañar un día para que lo conozcas. A Clístenes seguro que también le gustaría conocerlo.

Clístenes asintió.

—Os puedo llevar mañana a la salida de la escuela —propuso Critila—. Os esperaré allá, ¿dónde está tu escuela, Krito?

Ya no quise seguir escuchando sin moverme. La insistencia de Critila me convenció de que Dionisia quería raptar a Krito. Salí de mi escondite y llamé a mi hijo. Él vino corriendo hacia mí.

—¡Mamá!, no te habíamos oído llegar.

Mientras lo abrazaba pude observar la mirada incómoda de Critila, que se apresuró a despedirse con la excusa de que llegaba tarde a su cita con Caledonia. No me hizo partícipe de sus deseos de enseñarle una nueva escuela a mi hijo. Eso no hizo más que confirmar mis sospechas.

Aquella noche tuve el valor de hablar con Caledonia. Ella me escuchó con un gesto de dolor. Después suspiró; fue un suspiro largo, hondo, que no consiguió liberarla de la pena pero que quizá le permitió pensar con claridad porque cuando habló ya había trazado un plan.

—Hay que preparar vuestra marcha en secreto.

Ansiaba decirle que me apenaba dejarla sola, que Krito y yo la necesitábamos, que alejándome de ella iba a perder a quien había sido mi madre, mi amiga, mi hermana. No me dejó hablar; todo lo que iba a decirle ella ya lo sabía, lo mismo que yo también percibía que su cariño era el que dictaba sus actos y anteponía mi seguridad y la de Krito a sus necesidades de consuelo y compañía. También había sabido comprender que era justo que Linos y yo tuviéramos la oportunidad de compartir nuestro amor, como ella la tuvo con Herófilo.

—No te preocupes por mí —dijo—. Yo también tuve que dejar en Kos a la mujer que me había cuidado como si fuera su hija, a aquella que me enseñó todo lo que sé. Estoy segura de que se sintió feliz al saber que yo lo era, aunque estuviera muy lejos. Algún día tú también quizás tengas que renunciar a tus hijos, los verás alejarse de tu lado pero te quedará la alegría de que sus alas son fuertes, de que el sol las ilumina y de que los llevarán a su destino a pesar de las tormentas que puedan encontrarse por el camino.

La pena no me dejó ver la verdad que escondían sus palabras.

—Ahora debemos planificar bien vuestra huida —continuó Caledonia dando un giro a nuestra conversación—. Es muy importante que nadie lo sepa, en especial Critila. Por eso no voy a echar a esa mujer del sanatorio como es mi deseo hacer. Continuaré escuchando sus cuitas y tratándola como a una residente más.

—He de decirle a Krito que nos vamos. He de prepararlo para nuestra partida y sé que va a ser muy duro para él despedirse de ti, de Clístenes, de Heladio, de esta casa, de su escuela...

—No le digas a Krito adónde vais ni por cuánto tiempo. Sólo dile que se subirá en un barco, eso será una nueva aventura para él.

Los días anteriores a nuestra partida pasaron demasiado deprisa, entre el temor a la posible venganza de Dionisia, las dificultades de mantener en secreto nuestro viaje y la incertidumbre sobre el lugar a donde íbamos a dirigirnos. Un lugar del que nada conocíamos, sólo que Linos había comprado allí tierras que se suponía que eran fértiles y una casa. Había sido una compra guiada por la prisa y la oportunidad que se le presentó al enterarse de que en Pharos, una colonia griega en pleno crecimiento, quizá necesitaran los conocimientos médicos que nosotros podíamos ofrecer.

Linos y yo tuvimos que ultimar nuestro plan durante los escasos momentos que teníamos a solas en el Museo, y Caledonia me acompañó una mañana al lugar donde me guardaban el dinero que me dieron por el anillo de mi madre. Entregué el papiro en el que figuraba la cantidad que había depositado y al poco rato llegó uno de los funcionarios con una bolsa de tela que contenía el dinero que nos ayudaría a instalarnos en aquella isla lejana. Salimos de allí con la bolsa escondida entre los pliegues de mi túnica. Tuve la sensación de que todos los que pasaban por la calle nos miraban y que alguien nos seguía. Caledonia intentó tranquilizarme. Yo no era capaz de controlar la desazón que me acompañaba a todas horas, incluso durante la noche, cuando mi sueño se veía interrumpido por la visión del rostro descompuesto de Dionisia que se abalanzaba sobre nosotros y se llevaba a Krito mientras yo me quedaba paralizada sin poder mover los pies del suelo.

Critila seguía haciéndose la encontradiza en el jardín. Empecé a regresar a casa antes de que lo hicieran Krito y Clístenes con el fin de asegurarme de que no pudiera acercarse a ellos. Krito, que no guardaba recuerdo alguno de nuestro viaje de Rodas a Alejandría, estaba ilusionado con la perspectiva de una travesía por mar y no dejaba de preguntarle a Clístenes qué había debajo del agua, cómo eran los barcos por dentro

y por qué se podían dirigir a su destino si el viento movía las velas a su antojo. Clístenes contestaba a todas sus preguntas con entusiasmo. El día anterior a nuestra partida oí cómo le decía a Krito que le gustaría poder acompañarlo.

—A mí también —le dijo mi hijo—, pero no te preocupes, que a mi regreso te explicaré nuestro viaje.

Era todavía de noche cuando Linos llegó a nuestra casa. Había venido andando para no hacer cómplice a ningún esclavo que pudiera informar a Dionisia. Llevaba un pequeño hatillo y tenía la respiración entrecortada. Contrastaba su aspecto con la alegría de Krito, que se había despertado antes de que yo lo llamara y parloteara sin descanso. Su entusiasmo era tan grande que no creo que notara el abrazo más largo que de costumbre que le dio Caledonia, ni sus ojos demasiado brillantes y fijos en él, ni la sonrisa triste con la que acarició por última vez sus cabellos. Caledonia y yo nos abrazamos y nos separamos en silencio. Ya nos lo habíamos dicho todo.

El carro de Hipias cruzaba las calles silenciosas de nuestro barrio. Linos y yo nos miramos y entrelazamos nuestras manos. Respiramos tranquilos, sólo se oían los cascos de nuestros caballos y el ruido de las ruedas sobre las piedras lisas. O eso creímos al principio. No habíamos llegado todavía a la calle que nos conduciría al puerto cuando percibí el rumor de un trote todavía lejano. Giré la cabeza pero estaba todavía demasiado oscuro para distinguir nada. Entonces Linos me miró. Él también se había dado cuenta de que alguien nos seguía.

Nuestro carro entró en la Vía Canópica. La calle larga y fastuosa, animada y colorida durante el día, a esa hora sólo nos ofrecía el silencio y las sombras de los porches que formaban las altas columnas que la bordeaban y el rumor tranquilo de sus bellas fuentes. Allí distinguimos, todavía lejos, los caballos que venían en nuestra dirección.

Linos reaccionó con rapidez.

—Hipias, gira a la derecha, métete en esa calle y detén el carro para que podamos bajar. Luego vuelve enseguida a la Vía Canópica y síguela hasta el puerto. Ve deprisa. Quiero que quienes nos persiguen piensen que vamos contigo.

Fui yo quien planteé la pregunta que Hipias hubiera deseado hacer.

—¿Y qué va a decir cuando lo alcancen?

—Que ya hemos embarcado —respondió Linos.

Hipias nos condujo con rapidez por el barrio donde vivían los egipcios, con sus callejas estrechas trazadas en torno al santuario de Serapis, un tanto alejadas del puerto.

Krito había perdido su excitación y ahora caminaba agarrado a mi mano, muy serio; seguía nuestra conversación y nos miraba con recelo sin atreverse a preguntar quién ni por qué nos perseguían. Aunque andábamos en dirección opuesta al puerto, se sentía cada vez más la humedad en el aire. El olor a tierra mojada de aquellas calles me devolvió al día ya lejano en que me había perdido por allí cuando tuve que regresar sola a casa después de que Leandro rompiera la estatua que su madre me había dado para él. Mientras andábamos comprendí que Linos nos conducía hasta el canal que bordea Alejandría y que la atraviesa por uno de los extremos de la Vía Canópica. Nos dirigíamos hacia el pequeño puerto lacustre que no había visitado nunca pero del que había oído decir que era un lugar donde a veces recalaban las barcas de fondo plano de los pescadores que venían del lago Mareotis.

Cuando llegamos al canal nos adentramos en la espesa masa de juncos y zarzas, muy cerca del agua que todavía no podíamos ver. Andábamos deprisa, en silencio, pendientes de cualquier movimiento que viniera del lago.

Nos sentamos como pudimos entre los juncos y Linos me pasó el brazo por los hombros. Yo senté a Krito sobre mis rodillas, lo abracé por la cintura y le revolví el cabello en un intento de tranquilizarlo. Él se volvió para preguntarme algo y yo le puse el dedo índice sobre los labios.

Al poco rato de estar allí, el agua del lago dejó de ser una masa oscura y adquirió un tono gris azulado, el mismo del cielo, que se preparaba ya para vestirse con los reflejos rojizos de los primeros rayos de sol. Entonces oímos un sonido cercano, urgente, el mismo tono repetido una y otra vez. El agua quieta del lago se movió en ondulaciones suaves, cada vez más visibles, cada vez más cercanas. Y del agua salió otro sonido muy similar al primero que provenía de un ave de plumaje oscuro y pico blanco que nadaba hacia nosotros. Seguimos con la mirada sus movimientos hasta

que descubrimos, casi a nuestro lado, a otra ave de su misma especie, la causante del sonido que nos había alarmado. Vimos que estaba rodeada de unas bolas de pelusa. Los dos animales se encontraron y el que acababa de llegar fue poniendo en los picos abiertos de sus crías algo que había sacado del lago. El ave se quedó allí y su compañera, que había estado hasta entonces en tierra, se fue al agua. Los tres habíamos seguido toda la escena con atención mientras la luz de un nuevo día perfilaba para nosotros el escondite que nos había acogido. Cuando estuvimos seguros de que nadie nos había seguido hasta allí abandonamos la tierra húmeda de nuestro refugio entre los juncos y nos acercamos a la orilla del lago. Allí la arena era muy fina, muy blanca. Nos sentamos de nuevo y dejamos que el sol tibio calentara nuestros cuerpos agarrotados por la humedad y el miedo.

—Hemos perdido el barco —dije—, ¿qué vamos a hacer ahora?

—No lo sé, Irene —respondió Lino—. De momento lo más seguro es que nos quedemos aquí. No podemos arriesgarnos a ir al puerto; estoy convencido de que los hombres que ha enviado Dionisia estarán pendientes de cualquier barco que salga de Alejandría.

—Pero debemos embarcarnos hoy, ¿adónde vamos a ir si no? No tardarán en encontrarnos si nos quedamos en la ciudad. Tenemos que alejarnos de Alejandría, en la dirección que sea. Luego ya reharemos el camino.

Krito seguía en silencio nuestra conversación, con la vista fija en el lago, quizá a la espera de ver de nuevo el ave que se había ido en busca de más comida para sus crías. De repente se levantó y se acercó a la orilla.

—Viene una barca —dijo.

El hombre que conducía la barca la llevó hasta la orilla y la sujetó como pudo entre los juncos. Luego se sentó en la arena, de espaldas a nosotros, un poco alejado. No me cabía duda de que nos había visto, aunque no pareció extrañarse de que estuviéramos allí. Era uno de aquellos campesinos del delta que vivían la mayor parte del tiempo en sus barcas para transportar sus cosechas hasta el mercado de la ciudad. De una bolsa de tela que había dejado a su lado sacó un pedazo de pan y algo que me pareció queso y se puso a comer.

—Lino, ¿crees que ese hombre nos podría llevar al puerto? —dije al tiempo que me preguntaba si habría suficiente espacio en su barca.

No fue fácil convencer al campesino de que podía esconder entre los juncos su mercancía y volver a recogerla cuando nos hubiera dejado en el puerto. Nos miraba de arriba abajo sin disimular su sorpresa. Sin duda, no le había pasado desapercibida la calidad de nuestras ropas, la urgencia en nuestras miradas, los hatillos ligeros que llevábamos los tres, lo extraño de la hora y el lugar. Desconfiaba de nosotros; de poco hubieran servido nuestras súplicas y el gesto triste de Krito, a quien le habíamos dicho que no dijera quiénes éramos ni adónde nos dirigíamos, si no hubiera sido por

las monedas que le ofrecí. El hombre, quien con toda probabilidad nunca había recibido tanto dinero por un trabajo tan rápido y fácil, las miró incrédulo. Luego me miró a mí. Sonreí, le dije que eran para él, y como vi que no se atrevía a cogerlas, tomé su mano, se la abrí y las deposité en su palma. Después apreté sus dedos sobre ellas y mantuve por unos instantes su mano cerrada entre las mías. Lo miré a los ojos.

—Por favor —le supliqué—, ayúdenos.

El hombre se guardó las preguntas que hubiera deseado hacer y, con la ayuda de Linos, vació su barca y escondió lo mejor que pudo los productos. Linos, Krito y yo nos sentamos en el suelo de la barca y el hombre empezó a remar, de pie, manejando el largo remo con pericia. Enseguida dejamos el lago y entramos en las aguas del canal. No dijimos nada durante todo el viaje. Nos llegó el grito de una mujer, la risa de un hombre, el llanto persistente de un niño, el relincho de un asno, el saludo matinal de un gallo. A medida que nos acercábamos al puerto, a esos sonidos aislados se unió el bullicio de voces que se mezclaba con el chirrido de las ruedas de los carros y el golpeteo de los cascos de los caballos. El hombre llevó la barca hasta la entrada del puerto.

—Ya no puedo seguir más allá —anunció.

Bajamos de la barca y cuando estuvimos seguros de que el campesino emprendía el regreso, salimos de la protección del canal y nos dirigimos al heptastadio. La gran pasarela que unía el islote de Faros con la ciudad apenas estaba terminada. Artesanos y escultores se afanaban todavía en los trabajos de embellecimiento, mientras que comerciantes, esclavos que conducían carros cargados de mercancías y todo tipo de curiosos transitaban por la estrecha avenida que separaba el Gran Puerto, el lugar de donde salían los barcos mercantes, del puerto del Buen Regreso, el que utilizaban los pasajeros.

Nos unimos a la multitud que ya circulaba por allí a aquella hora. Sabíamos que nuestro barco había partido hacía rato; ni siquiera podía distinguirse ya en el horizonte. En el puerto del Buen Regreso advertimos que había movimiento alrededor de otra nave. Vimos subir a hombres y mujeres cargados con bultos, una señal evidente de que la embarcación zarparía dentro de poco aunque no sabíamos hacia dónde. Comprendimos que era nuestra oportunidad de irnos de Alejandría y nos pusimos a andar más rápido en aquella dirección con la esperanza de llegar antes de que zarpara. De repente, Linos cogió a Krito en brazos y se escondió con él detrás de un carro sin conductor, cargado con un ánfora de las que se usan para transportar el trigo. Los seguí y me oculté a su lado.

—Están aquí, Irene. He reconocido a uno de los hombres enviados por Dionisia. Están vigilando el barco que se prepara para zarpar. No podemos irnos, estarán pendientes de cualquier embarcación que salga del puerto del Buen Regreso.

Un ruido a nuestra espalda hizo que nos giráramos, asustados.

—¿Qué estáis haciendo aquí?, ¿qué buscáis? —dijo un hombre que se había acercado al carro y cargaba ya con el ánfora.

—Ahora nos vamos —respondí—, mi hijo no se encuentra bien y por eso hemos buscado la sombra que da su carro.

El hombre nos miró con extrañeza y se alejó con su pesada carga. Lo seguimos con la mirada y vimos cómo cruzaba el heptastadio y se dirigía al Gran Puerto. Enseguida lo engulló uno de los barcos allí amarrados. No tardó en aparecer de nuevo sin el ánfora y vimos que regresaba a paso rápido.

—Irene —dijo Linos sin dejar de mirar al hombre—. Nos iremos en ese barco que transporta trigo.

No hubo tiempo de decir nada más pues el hombre ya había llegado y nos miraba con desprecio.

—¿Qué hacéis todavía aquí? ¿No os he dicho que os vayáis? —gruñó mientras subía con agilidad al carro y fustigaba a los caballos para que se pusieran en movimiento.

Se alejó deprisa, nosotros tuvimos el tiempo justo de ponernos en pie y volver a confundirnos entre la gente hasta que llegamos a la embarcación de la que momentos antes había salido el hombre. No se veía a nadie. Saltamos deprisa a cubierta y bajamos las escaleras que conducían a la bodega. Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad, empezamos a distinguir las grandes ánforas llenas de trigo que casi cubrían la totalidad del espacio. Sentí la mirada de Krito, su mano que apretaba la mía y un sollozo reprimido hasta entonces que sacudía su cuerpo. Intenté calmarlo, decirle que pronto estaríamos en un lugar mejor, pero no creo que mis palabras lo convencieran; ya no era capaz de disimular con ellas la confusión en que había vivido los últimos días, las dificultades de nuestra partida y todo lo que dejaba atrás. Sentía la furia crecer dentro de mí y hubiera querido gritar para desahogarme. Estaba prisionera de un azar que me conducía a su antojo, que me obligaba a empezar de nuevo una y otra vez en lugares diferentes y que a partir de ese momento Krito también debería compartir conmigo. Krito y el hijo que, momentos antes, me había enviado el primer mensaje claro de su presencia viva en mi vientre. Linos me abrazó. El contacto de su cuerpo tuvo la facultad de calmarme. Viajábamos hacia un futuro incierto y difícil, pero al menos esta vez nos teníamos el uno al otro.

No percibimos la presencia del marinero hasta que no fue demasiado tarde. Nuestro intento de escondernos detrás de las grandes ánforas fue en vano y quedamos expuestos ante un hombre de baja estatura y aspecto descuidado que nos miraba con incredulidad.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? —preguntó y, sin esperar nuestra respuesta, gritó—: ¡Capitán! ¡Capitán!

Oímos los pasos de alguien que bajaba deprisa las escaleras y vimos acercarse la figura de un hombre todavía joven seguido de un muchacho no mucho mayor que Krito. Los dos se detuvieron ante nosotros y nos miraron sin disimular la sorpresa.

—No sé cómo han llegado hasta aquí, no los he visto subir —se excusó el marinero un poco asustado.

El capitán ignoró sus palabras y se dirigió a nosotros.

—Éste es un barco mercante —espetó—. Como veis a vuestro alrededor, yo no transporto a personas. Debéis salir inmediatamente, estamos a punto de zarpar.

Le hizo una seña al marinero y nos dio la espalda para subir de nuevo a cubierta. El muchacho se quedó allí unos instantes, observándonos con curiosidad, y subió corriendo las escaleras al oír que el capitán lo llamaba. El marinero intentó empujarnos hasta la escalera.

—Arriba todos —dijo.

—No nos toques, ya vamos. —Lo apartó Linos furioso—. Quiero hablar con tu capitán.

Sin esperar su respuesta, Linos me indicó que no nos moviéramos, se lanzó escaleras arriba y pudimos oír cómo, tras un par de intentos, consiguió que el capitán se decidiera a escucharlo. El marinero nos miraba sin atreverse a tocarnos. Desde la bodega pudimos escuchar la conversación entre Linos y el capitán.

La propuesta de Linos era clara. Ofrecía dinero a cambio de mantenernos escondidos hasta que saliéramos de Alejandría y de dejarnos en el primer puerto grande donde hiciera escala. El capitán se mostró reacio. Linos insistió y fue aumentando la cantidad que ofrecía por nuestro pasaje hasta que el hombre terminó por acceder. Apenas habían cerrado el trato cuando los dos se callaron y reinó un silencio denso, que enseguida quedó interrumpido por el paso rápido de Linos que bajaba las escaleras de dos en dos. Cuando vi la expresión de su rostro, comprendí que algo andaba mal.

—Vienen hacia aquí, Irene, creo que sospechan que estamos en alguno de los barcos mercantes. No me han visto.

—Salgamos —respondí y apreté con más fuerza la mano de Krito.

—No, no deben veros —dijo—. Tú y Krito quedaros aquí y no subáis a cubierta. Saldré yo e intentaré despistarlos yendo en dirección contraria. Quiero que crean que voy a subir a otro barco. Cuando los haya despistado, regresaré.

—No tiene mucho tiempo —dijo el capitán, que había bajado de nuevo las escaleras y estaba a nuestro lado—. Vamos a zarpar dentro de muy poco.

Linos nos miró a Krito y a mí. Estaba asustado, aunque seguro de su decisión. Sabía que era la única opción posible.

—Irene —me dijo al tiempo que sacaba un pergamino que llevaba escondido en su túnica—. Si..., si no consiguiera despistar a esos hombres antes de que saliera el barco..., necesitarás esto a tu llegada a Pharos.

—Linos, no —le dije con la voz ronca—. No lo necesito... Regresarás antes de que zarpe el barco.

—Tómalo —insistió él.

Linos cerró mis manos sobre el pergamino. Un sudor frío me envolvió entera, todo mi cuerpo se rebelaba, deseaba no haber escuchado las últimas palabras de Linos. Ni oír lo que iba a decirme.

—Es el título de la propiedad de la casa y de las tierras, no podrías instalarte sin él en el caso de..., en el caso de que tú llegues antes que yo.

—Pero yo no quiero ir allá sin ti —protesté.

Linos me acarició el cabello. Su mirada, ahora agitada, no había perdido la confianza y honestidad que siempre había visto en ella.

—Creo que podré volver antes de que zarpe el barco. Pero si no fuera así, si tuvieras que viajar sin mí, no te preocupes, llegaré más tarde en otro barco. Me reuniré contigo, te lo prometo —dijo antes de darme el más fugaz de los besos.

Se alejó deprisa y subió corriendo las escaleras. Supe que había salido del barco cuando oí al capitán gritar:

—¡Si no está aquí en el momento de partir, no podremos esperarlo!

Me quedé abrazada a Krito, en la silenciosa oscuridad de la bodega repleta de ánforas altas y perfectamente alineadas. Sentía el olor a humedad y a sal que se mezclaba con otro desconocido. Intentaba contener el llanto. Verme reducida a esperar el regreso de Linos me llenaba de desconfianza hacia mí misma por no ser capaz de pensar en una solución mejor. De pronto comprendí que había otra opción, que si Linos no conseguía regresar a tiempo al barco nosotros debíamos quedarnos también en Alejandría. No me iría sin él. Estaba segura de que Manetho podría escondernos durante unos días hasta que pudiéramos emprender de nuevo el viaje. Para cuando los hombres enviados por Dionisia descubrieran que no habíamos salido de Alejandría nosotros ya habríamos embarcado.

—Vamos, Krito —le dije, y subimos deprisa la escalera.

Cuando llegamos a cubierta tardé unos instantes en acostumbrarme a la luz del sol. Busqué a Linos entre la muchedumbre que deambulaba por el heptastadio, por el puerto mercante en donde nos encontrábamos y por el puerto de pasajeros, justo enfrente de nosotros. Y por fin lo vi. Corría deprisa esquivando bultos y personas, cada vez más lejos. Tras él corrían tres hombres que no conseguían acortar la distancia. Linos se adentró en una de las callejas cercanas al puerto. Quienes lo seguían pasaron de largo, después volvieron sobre sus pasos, pararon unos momentos mirando en todas direcciones y luego se metieron por una calle distinta.

—Vamos a zarpar —dijo el capitán a mi lado.

—¡No! Por favor, espere. Mi..., mi esposo está cerca de aquí, no tardará en llegar.

—No puedo esperar, ya se lo he dicho a él. Si quiere, pueden bajar usted y el niño —dijo mientras se dirigía al otro lado de la embarcación y ordenaba al marinero levar el ancla.

El hombre obedeció y él y el muchacho empezaron a tirar de las cuerdas. Al verlos maniobrar para poner el barco en movimiento sentí cómo el calor de la ira me abrasaba las mejillas y me daba el último empuje que necesitaba para abandonar la relativa seguridad del barco y lanzarme a la búsqueda de Linos. Sabía dónde estaba y cómo llegar hasta él, estaba convencida de que Krito y yo podríamos escondernos entre la multitud y burlar a quienes nos buscaban.

—Krito, vamos a reunirnos con Linos —dije con decisión.

Miré una vez más hacia donde se había escondido Linos. Descubrí su cabeza asomando por detrás de la pared de una casa cuando Krito y yo nos disponíamos a saltar a tierra. No llegamos a hacerlo, pues a la cabeza de Linos le siguió todo el cuerpo y un movimiento desesperado de los brazos con el que intentaba decirnos que nos quedáramos en la bodega. Luego volvió a esconderse. Enseguida vi cómo uno de los perseguidores entraba por la misma calle pero pasaba de largo por su escondrijo.

Entonces el suelo empezó a moverse bajo mis pies. El barco se alejaba despacio del puerto bullicioso en el que ya nada podía distinguir a causa de las lágrimas. Las dejé resbalar lentas por mis mejillas, ajena a las miradas del capitán, insensible por primera vez al dolor de Krito, que lloraba a mi lado porque había comprendido que nuestro viaje no iba a ser la aventura que él había imaginado. No me preguntó cuándo vendría Linos ni cuándo regresaríamos a Alejandría. Creo que ya sabía que yo no tenía respuestas para sus preguntas.

Alejandría se hacía cada vez más pequeña ante nuestros ojos. Ya hacía rato que no podía ver a Linos, y la furia que sentía contra el capitán por no haber esperado su regreso se mezclaba con el desasosiego. Tomé a Krito de la mano y nos sentamos en un rincón de cubierta. Mientras el mar estuvo en calma, Krito se entretuvo observando cómo el aire inflaba la gran vela grande y cuadrada de lino que se alzaba orgullosa en el mástil.

—Es de madera de abeto importada de Tracia —nos había informado el capitán cuando nos indicó dónde podíamos sentarnos.

Krito seguía con interés las maniobras del marinero mientras manejaba las tensas cuerdas de cáñamo que sujetaban la vela. Su mirada iba de él al capitán, quien gobernaba el barco con dos remos de timón situados en la popa. Krito también estaba atento a los movimientos del muchacho que siempre estaba al lado del capitán y obedecía sus órdenes con presteza y el gesto alegre de quien se está divirtiendo con lo que hace.

Supimos que nos dirigíamos a Chipre y que no estaba prevista ninguna parada durante la larga travesía. El capitán y el marinero eran hombres de pocas palabras, acostumbrados a la soledad del mar y a una monotonía sólo perturbada por la llegada de alguna tormenta o el ataque de una nave pirata. Viajar en compañía de una mujer embarazada y un niño era una alteración de su rutina y nos observaban en silencio. Sus miradas de hombres necesitados del cuerpo de una mujer que sufrí durante el primer día de navegación pronto dieron paso a otras menos concupiscentes al constatar que Krito y yo no nos separábamos ni un segundo y que él, al igual que me había ocurrido durante mi viaje de Atenas a Creta, vomitaba una y otra vez.

Lo hacía con tanta frecuencia que yo no paraba de correr con él a babor o a estribor para que expulsara por la borda el fruto de su mareo, de lavarlo y de acunarlo mientras dormía en mis brazos. Por fortuna mi imagen estaba muy alejada de aquella de hetairas y prostitutas perfumadas y vestidas con túnicas transparentes de colores brillantes con las que debían soñar aquellos hombres durante sus largas horas de travesía. Sin embargo, apenas pude dormir durante las noches que pasé en la compañía demasiado próxima de los dos hombres. También me preocupaba que pudieran robarme el dinero que llevaba escondido bajo la túnica y, cuando el cansancio cerraba mis ojos por unos instantes, me despertaba asustada, temiendo que el capitán o el marinero quisieran tocarme o robarme.

Krito, que entraba en un letargo después de cada vomitona, parecía recuperarse por la noche y se mantenía despierto hasta muy tarde. No tardó en entablar conversación con el muchacho que acompañaba siempre al capitán, y el chico se sentaba con nosotros siempre que no tenía nada que hacer. Parecía un chico despejado y alegre. Tenía nueve años, era el hijo del capitán y había hecho ya algunos viajes en compañía de su padre.

—Mira, Krito —decía mientras los dos observaban el cielo estrellado—, mi padre sabe cómo leer el camino que le muestran las estrellas para no desviarse de su ruta.

—¿Y cuál es el camino? —preguntaba Krito interesado, sin dejar de mirar al cielo.

—Todavía no sé leerlo, pero él me va a enseñar. Dice que lo aprendió de su padre y éste del suyo. Mi padre dice que fue un griego llamado Tales quien se lo explicó hace muchos años por primera vez a un capitán de barco, y que él lo había aprendido observando las estrellas en compañía de los astrónomos egipcios.

Si al oír aquellas palabras Krito pensó con nostalgia en Alejandría, no lo demostró. El aliciente de hablar con alguien que conocía los barcos y el mar hizo que por fin Krito sintiera que nuestra travesía empezaba a ser la aventura que él se había imaginado.

Durante las largas jornadas que duró la navegación apenas hablé con el capitán y el marinero, a pesar de que ambos lo intentaron.

—Venga a sentarse con nosotros —me dijo un día el capitán—. Los chicos pueden entretenerse solos, y su hijo ya no vomita, parece que por fin se ha acostumbrado al mar.

—Se lo agradezco, pero ahora necesito descansar un poco —dije al tiempo que me acariciaba el vientre, con la confianza de que mi visible embarazo me protegiera de sus intenciones—. Es un viaje muy duro para una mujer embarazada.

No volvieron a pedirme que me sentara a su lado, aunque a mí me daba miedo la insistencia con la que todavía me miraban a veces y no me atrevía a quedarme sola ni un instante. Por eso no me separaba de Krito y del hijo del capitán y disfrutaba tanto como ellos de las historias que el chico nos contaba sobre sus viajes, a pesar de la fantasía, o quizá por eso, con la que adornaba sus relatos y que enfurecía a su padre cuando lo oía.

A medida que nos acercábamos a Chipre sabía que debía preguntarle al capitán qué barco teníamos que tomar para llegar lo antes posible a Pharos. Pero algo en él me provocaba desconfianza. Al final fue él quien se interesó por saber hacia dónde me dirigía. Y en cuanto llegamos se ocupó de buscar una nave que nos acercara más a nuestro destino final.

—He hablado con el capitán del barco que partirá hacia Éfeso dentro de unas horas y él está de acuerdo en llevarlos a usted y al niño hasta allá —dijo el capitán con una amplia sonrisa de satisfacción.

—Éfeso..., eso todavía está muy lejos de Pharos, ¿no es cierto?

—Señora, no hay barcos que viajen a Pharos desde Chipre. Éfeso es el destino más próximo que he podido encontrar, desde allí podrán seguir su camino. No será un viaje muy largo.

Desembarcamos y el capitán nos acompañó hasta la nave de pasajeros que partía aquel día rumbo a Éfeso. Estuvo amable con nosotros y nos dijo que había negociado un buen precio por nuestro pasaje.

—Gracias —le dije, y me dispuse a subir con Krito a la embarcación.

En vez de ayudarnos, los dos hombres se quedaron mirándome, con la expresión de quien espera algo. Tardé unos instantes en comprender que todo tenía su precio, que la amable gestión del capitán valía un dinero, y la compra del pasaje en el último momento, también. Pagué lo que me pidieron sin regatear, aun sabiendo que el precio era excesivo. Sólo quería llegar lo antes posible al final de nuestro periplo.

Avistamos Pharos una mañana cuando el sol se encontraba ya en su cenit. Estaba tan cansada que había dejado de importarme si la isla era hermosa o fea, grande o pequeña, habitada o solitaria. Sólo ansiaba sentir la tierra bajo mis pies, olvidarme del balanceo continuo, del olor a humedad, pescado, sudor y mugre. Desembarcamos al fin, después de haber viajado durante muchos días, en tres barcos diferentes, en compañía de hombres y mujeres que se dirigían a los lugares más diversos de la Hélade. Krito había conseguido que su estómago se acostumbrara a la navegación a pesar de las embestidas de un mar que empezaba a recibir la amenaza de los primeros vientos fuertes de la temporada. Pero algo más había cambiado también en él. El niño que descendió aquella mañana del barco, su mano en la mía, parecía otro. No había crecido ni en edad ni en estatura pero su mirada ya no mostraba el desasosiego de los primeros días de viaje. Era capaz de escuchar y observar todo cuanto acontecía a su alrededor con la serenidad propia de alguien de más años.

Había tenido mucho tiempo para aceptar que llegaba sola a un lugar desconocido. Durante los largos días de navegación había comprendido que lo primero que debía hacer era inventar una identidad que me permitiera sentirme respetada y justificara que viajara sin la compañía de un esposo o un padre. Estaba harta de ser el objeto de las miradas lascivas de los hombres, de titubear cuando alguien me preguntaba quién era y cuál era el motivo de mi viaje. Ya en el barco que nos llevó hasta Pharos, me aventuré a probar qué ocurría si me presentaba ante mis nuevos compañeros de pasaje como una viuda que regresaba con su hijo a la casa de su familia paterna. Las atenciones que todos me prodigaron me indicaron que a mi llegada a Pharos debía seguir mintiendo.

—Mi esposo cayó al mar durante la tormenta que nos sorprendió en el viaje —expliqué el día en que llegué a mi nueva casa, cuando una mujer que se presentó como mi vecina me lo preguntó.

—Lo siento mucho —dijo ella mientras su mirada se detenía primero en Krito y luego en mi vientre.

Yo sabía que Linos estaba vivo, quizá prisionero en algún sitio, pero vivo. También tenía la seguridad de que él aprobaría mi mentira si con eso mejoraba el trato de quienes iban a ser nuestros vecinos. Krito también debió de entenderlo así, pues se agarró con más fuerza a mi mano y despojó su mirada de cualquier signo de sorpresa.

Pharos resultó ser una ciudad fortificada construida entre una bahía y la única llanura de la isla. Era una explanada fértil donde olivares y viñedos crecían alrededor de las casas de los antiguos colonos griegos que habían llegado años atrás. En el aire tranquilo de sus habitantes y el orden de sus calles no podía encontrarse ya ningún recuerdo de las antiguas batallas entre los griegos y las tribus illirias que habitaron allí. Las pocas familias que no murieron o abandonaron la isla, habían terminado por helenizarse. Quizá fuera ése el motivo por el que, cuando llegué a la colonia todavía en crecimiento, tuve la sensación de estar de nuevo en Atenas, aunque sus calles fueran más nuevas y sus pobladores se conocieran casi todos entre ellos.

Por el ajetreo de su puerto supuse que Pharos era una ciudad con un comercio dinámico, valedora de buenos contactos con los enclaves más importantes del Mediterráneo. Me dijeron que era una polis independiente que acuñaba su propia moneda. Llevaba la inscripción del nombre de Heracles y la tuve en mis manos por primera vez al día siguiente de mi llegada, cuando pude depositar mi dinero en el lugar que la ciudad había previsto para este fin. Me comentaron que hasta hacía muy poco esta operación se realizaba en el templo, pero que ya habían adoptado las costumbres más avanzadas de otras ciudades y que, igual que en Alejandría, mi dinero se llevaría a un edificio independiente y quedaría protegido de posibles hurtos. Una vez cumplido ese trámite, me sentí ligera, liberada de una preocupación que me había obsesionado durante todo el viaje.

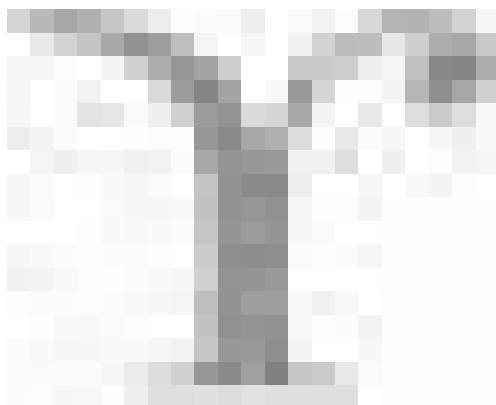
Desde el carro que me llevaba de vuelta a mi recién estrenada casa, me fijé en que todas las choras o parcelas en las que se había dividido el terreno de cultivo estaban ya ocupadas por propietarios. Más tarde supe que competían entre ellos por ver quién obtenía la mejor cosecha de sus viñedos o producía la mayor cantidad de aceite. Dueños y esclavos se afanaban en el cuidado de sus tierras, que eran casi iguales en tamaño, de forma cuadrada, separadas por muros de piedra.

—Todas las choras tienen cisterna para recoger el agua de la lluvia y canaletas que facilitan el riego de los campos —me explicó el esclavo que conducía el carro.

Y yo, que nada sabía de tierras, riegos y cultivos, no pude por menos que alegrarme de que el antiguo propietario se hubiera ocupado de todo eso.

Al principio estuve aturdida y desorientada. Debía familiarizarme con las nuevas necesidades que me surgían en aquel entorno y con la función que debía desempeñar en él. Krito también se sentía confuso y la curiosidad que le causaban las novedades ya no era suficiente para hacerle olvidar su casa, a Caledonia, a su amigo Heladio, a su tutor Clístenes, su escuela, todo aquello que había sido su mundo. Por él yo debía aparentar serenidad, infundirle confianza e ilusión. Debía también velar por el hijo que sentía moverse dentro de mí, y aunque no sabía si me podía oír, hubiera querido compartir con él momentos de calma para hablarle y cantarle como lo había hecho con Krito antes de nacer. Sin embargo, no tenía fuerzas ni ánimos, y cuando Krito no

estaba conmigo, me dejaba envolver por la añoranza y la preocupación.



Nuestra llegada a Pharos no pasó desapercibida a nadie. Mi condición de viuda reciente, madre y embarazada fue suficiente para que se creara una corriente de simpatía entre las mujeres griegas residentes en la colonia. Eran jóvenes en su mayoría, esposas de los propietarios de tierras colindantes a las nuestras que languidecían en sus casas sin apenas nada más que hacer que dar alguna orden a los esclavos. Mi llegada supuso una auténtica novedad para ellas. Todas quisieron ayudarme a instalarme y me ofrecieron sus consejos y su compañía.

—Mi esposo dice que éstas son las mejores tierras que ha visto nunca, las más productivas —comentaba una de ellas.

—Si se trabajan bien —añadía otra.

—Eso depende de la pericia de los esclavos. Debes elegir bien a la hora de comprar los esclavos que necesitas. Si quieres, podemos acompañarte —sugirió una tercera.

Cuanto más hablaban ellas, más aumentaba mi confusión. Estaba todavía cansada del viaje y demasiado asustada para decidir nada; aunque agradecía su buena voluntad, hubiera preferido que me dejaran sola, que me dieran tiempo para adaptarme antes de empezar a pensar en esclavos y cultivos.

Cuando al final del segundo día por fin se fueron las vecinas a sus casas y Krito ya dormía tranquilo en su habitación, salí de casa y observé con atención la tierra que me pertenecía. El sol ofrecía las últimas luces del día y bajo su reflejo intenté seguir las formas de los viñedos que, abandonados durante demasiado tiempo, apenas se distinguían de la maleza que los rodeaba. Vi también que había pocos olivos, aunque parecían fuertes. Muy cerca de la casa crecía una mata solitaria de lavanda en flor. Aspiré su aroma y cerré los ojos. Disfruté del aire cálido sobre mi piel y del silencio. Los viñedos y el aroma que portaba el aire me transportaron a los días de mi infancia. Durante unos instantes me sentí bien en la casa que ya podía llamar mía, circundada por unas tierras muy parecidas a las que había visto en la casa de mi padre. La tristeza que me había acompañado desde que vi cómo me alejaba de Linos y de Alejandría se

apartó de mí, aunque no tardó en regresar de nuevo.

El miedo, la soledad y el abandono marcaron los primeros días en el nuevo lugar a donde me había arrojado el azar caprichoso que guiaba mi vida desde la noche en que los soldados llegaron a casa para detener a mi padre. Sabía que no podía continuar alimentándolos; Krito y el hijo que esperaba necesitaban una madre fuerte y no a una joven llorosa y asustada. Por eso me esforzaba por recordar las sabias palabras de Epicuro, que en su momento me costó comprender pero que entonces ya intentaba hacer mías. Las resumía en una frase que me repetía varias veces a lo largo del día: «No hay que tener miedo».

Y así fue como, para luchar contra la nostalgia, empecé de nuevo a imaginar un futuro con Linos en aquella casa abierta a los campos y al mar. Podía considerarme afortunada por haber salvado a mi hijo de los designios vengativos de Dionisia, debía alegrarme por la suerte que habíamos tenido de que el hombre a quien había pertenecido nuestra parcela hubiera muerto sin herederos y que Linos se enterara de su venta. La casa no era muy grande, pero tenía ventanas amplias por las que entraba el sol todas las mañanas. También contaba con un patio central en el que confluían todas las habitaciones, a excepción de las dependencias de los esclavos. El patio, al igual que ocurría en la casa de mi niñez, lo presidía un olivo de tronco retorcido y hojas que cambiaban del gris al verde, a gusto del viento ligero que conseguía llegar hasta allí. El tejado de tejas rojas y las columnas situadas en la parte delantera de la casa formaban un porche fresco en el que me sentaba a esperar la llegada de la noche y a pensar que no tardaría en compartir todo eso con Linos. Empezaba a sentir la casa y las tierras como si siempre hubieran sido mías.

Cuanto más días pasaban sin noticias de Linos, más difícil me resultaba apartar los negros presagios, muy similares a los que ya había sentido la primera vez que tuvimos que separarnos. Pero mi nueva vida en Pharos me obligaba a atender distintas urgencias cada día. Debía empezar a prepararme para enfrentarme sola a un invierno que se anunciaba próximo, procurar el bienestar de Krito y del hijo que no tardaría en nacer y dirigir el gobierno de mi casa.

Seis días después de nuestra llegada, tuve que empezar a hacer las gestiones necesarias para que alguien se ocupara de la casa y de las tierras. Hubiera preferido no tener que ir al mercado de esclavos. Como no me quedaba más remedio, acepté la oferta de Cleonice, una de mis vecinas, para acompañarme. Ya en el mercado, y mientras nos mezclábamos con el resto de los posibles compradores, ella, avezada en esos temas, me comentaba qué cualidades debía buscar en la esclava principal de la casa. Yo aparentaba seguir el hilo de su conversación, no quería que descubriera que nunca me había visto en ese brete.

—Debe de ser joven, aunque no demasiado. Ha de conocer bien el trabajo de una casa y ser capaz de dar órdenes a otros.

Yo miraba a las mujeres allí expuestas y no podía dejar de pensar en Semele, la joven esclava de Caledonia, en la propia Caledonia y en su madre. Todas ellas fueron en algún momento parte de un botín de guerra, de un día para otro dejaron de ser libres y se convirtieron en mujeres que se podían vender y comprar. Me asaltó el recuerdo todavía vívido de que, tras nuestra llegada a Creta, quizá yo también habría terminado en un mercado como ése de no haber mediado Herófilo y su pericia en el arte de curar. Dejé que Cleonice decidiera por mí.

—Ésa —dijo señalando a una mujer de porte erguido y mirada despejada, que no bajó los ojos cuando nos acercamos a ella, como hacían las demás.

—¿Cómo sabes que sabrá dirigir la casa? —le susurré al oído.

—Me han dicho que ya lo ha hecho otras veces. Además, mira su gesto, la altivez y serenidad de su mirada. Sabrá cómo organizar a las demás esclavas.

Miré a la mujer. No cambió de pose ni de expresión a pesar de darse cuenta de que estábamos hablando de ella. Yo aparté enseguida mi mirada; no quería leer en sus ojos nada que pudiera inquietarme. Así es que dejé hacer a Cleonice, quien, tras un breve regateo que a mí ni se me hubiera pasado por la cabeza iniciar, adquirió la que me dijo iba a ser mi propiedad más valiosa.

—Sin la ayuda de alguien como ella te sería imposible gobernar la casa.

Aquel día compré a dos mujeres más. Las dos jóvenes, fuertes y sanas. Hice ver que estaba de acuerdo con Cleonice cuando me explicó con detalle por qué necesitaba tres esclavas para ocuparse de la casa y cómo debía distribuir las funciones entre ellas. Hubiera deseado que también me instruyera sobre la forma en que debía tratar a las mujeres que acababa de comprar. No me atreví a pedirselo. Sólo confiaba en que

no se diera cuenta de mi gran ignorancia en todo lo referente a las cuestiones domésticas. No sabía cómo dar órdenes ya que siempre fueron otros quienes lo hicieron por mí. Intenté recordar cómo transmitían Caledonia y Areté sus deseos a los esclavos, pero nunca me había fijado. A pesar de mis esfuerzos, Cleonice adivinó mi inexperiencia y cuando llegamos a casa, se afanó en dar las primeras instrucciones para que las tres mujeres se instalaran en el área de los esclavos y empezaran a preparar la comida. Lo hicieron siguiendo sus indicaciones y yo puse toda la atención de la que fui capaz para aprender de su forma de decir las cosas.

A la mañana siguiente, el esposo de Cleonice llegó a casa acompañado de un hombre de aspecto fuerte y tez oscura al que me presentó como un buen capataz. El hombre llevaba el cabello largo pero vestía el tipo de túnica corta habitual en un esclavo. En el brazo izquierdo todavía figuraba la marca que lo identificaba como propiedad de un antiguo amo al que ya había comprado su libertad.

—Se llama Arquino y sabe leer y escribir —me dijo el esposo de Cleonice—. Éste será su primer trabajo como hombre libre. Puedes confiar en él, lleva muchos años dedicado al trabajo de la tierra.

—Vengo del Ática, señora, y conozco bien el cultivo de la vid y del olivo.

—Ha trabajado en eso desde niño —añadió el esposo de Cleonice.

—En la finca de mi antiguo amo se producía el mejor vino de la zona y nuestro aceite era muy valorado —dijo el hombre.

Su tono de voz me pareció a la vez humilde, respetuoso y seguro. Era todavía joven pero tenía la expresión serena de alguien de más edad. Me pareció que miraba mis tierras con un gesto de cariño y con la atención de quien espera que, de un momento a otro, le vayan a decir algo importante. Me gustó la actitud del antiguo esclavo y acepté que trabajara para mí. Él se ofreció a ayudarme a elegir a los hombres más aptos para el trabajo en mis tierras, que debía mantener productivas. Una vez más tuve que volver al mercado y, guiada por mi vecino y por el capataz, compré los esclavos que necesitaba para hacerse cargo de los viñedos y del pequeño olivar.

—No te preocupes, Irene, si todavía no sabes organizar una casa ni controlar el cultivo de tus tierras —me dijo Cleonice, que me esperaba en casa a mi regreso del mercado—. El capataz y la esclava de mayor edad que compraste ayer lo harán por ti. Sólo procura que no se note tu falta de experiencia. Sigue como hasta ahora; haz ver que sabes lo que estás haciendo. Muéstrate dura, pero ecuánime, sólo así obtendrás su obediencia y su respeto.

Mientras mi vientre crecía y mi hijo se movía dentro de mí, me iba sintiendo cada vez mejor en la casa que con el tiempo llegaría a querer tanto. No tardé en aprender a escuchar con atención las explicaciones del capataz cuando se refería a cómo debía prepararse el terreno para que los viñedos volvieran a dar su fruto, y pronto empecé a

sentir un cierto orgullo por las tierras que poseía. Quería cuidarlas bien y estaba decidida a aprender.

—Creo que debemos controlar la producción para mejorar la calidad del vino — me dijo el capataz un día cuando le pregunté por qué no usábamos chupones y estacas para plantar nuevos viñedos como había visto hacer en la casa de mi padre.

—Ésta es una tierra fértil que permite el emparrado con vides en estacas para facilitar su cultivo y aumentar la vendimia —protesté.

—Sí, tiene razón, señora. Con el emparrado podríamos producir mucho más, y lo haremos, pero he estudiado el suelo y creo que es mejor que optemos por cosechas pequeñas. De esta forma, podremos conseguir una concentración de sabores de calidad. Así es como se hace en Quíos, en Ismara, en Naxos, en todos los sitios donde se produce el mejor vino. Creo que aquí también podremos conseguir un vino que no tenga nada que envidiar al que viene de esos lugares.

Yo no era capaz de valorar si las decisiones del capataz eran acertadas pues no llegué a aprender cómo se mejoraban las cosechas mientras viví en la casa de mi padre. Así es que opté por confiar en aquel hombre serio al que veía recorrer los campos todas las mañanas, agacharse a tomar tierra con las manos, hacerla pasar entre sus dedos y observar cómo caía de nuevo al suelo. Me convencí de su competencia el día en que lo oí reñir con severidad a los esclavos que se disponían a partir por la mitad un gallo blanco y vivo con la idea de llevar cada uno un trozo alrededor del perímetro del viñedo.

—¡Soltad ahora mismo a ese gallo! —les gritó Arquino furioso.

—¿Por qué?... Es lo que se hace antes de cada cosecha, para protegerse de la enfermedad y del mal tiempo. Se entierran las dos partes del gallo en el punto en que nos encontremos los dos —le dijo sorprendido el esclavo que llevaba el gallo agarrado por las patas.

—No ensuciéis la tierra con la sangre de ningún animal. La llegada de la enfermedad y del mal tiempo no es algo que nosotros podamos controlar — argumentó Arquino al tiempo que de un manotazo liberaba al gallo de las manos del esclavo.

El animal salió corriendo, despavorido.

Me gustó que el capataz no creyera en viejas supersticiones. En cambio no estaba de acuerdo con su opinión acerca de las enfermedades. Mi trabajo en el Museo me había enseñado que algunas enfermedades sí podían evitarse. El Museo..., no podía evitar que cada vez que pensaba en aquel lugar regresara la rabia; en mi nueva condición de terrateniente me iba a ser difícil volver a practicar la medicina. Entré en la casa para que el capataz no viera el desasosiego que con toda seguridad podía leerse en mi rostro.

Ansiaba tanto la llegada de Linos que Krito y yo tomamos por costumbre ir todas

las tardes al puerto para ver si venía en alguno de los barcos, y si no él, al menos una carta suya. Regresábamos a casa en silencio, sin noticias de Linos y con la esperanza puesta en el día siguiente. Un silencio que Krito intentaba hacer menos solemne contándome lo que había hecho en la escuela esa mañana y las bromas que le había gastado a su tutor, un hombre que no le gustaba. Mi hijo no podía olvidar a Clístenes.

—No te preocupes, mamá —me decía al llegar a casa—, Linos no tardará en regresar.

Yo deseaba sentir la misma confianza que él, pero se me hacía difícil apartar de mí el pensamiento de que Linos no iba a conseguir escapar. Hubiera querido no pensar en la forma cruel en que Dionisia se estaría vengando de su intento de huir de ella. No podía evitar preguntarme si mantenía retenido a Linos o si había ordenado su muerte, como él nos había anunciado que ella era capaz de hacer con todos nosotros si no escapábamos de Alejandría y nos alejábamos lo suficiente para que su poder no llegara a alcanzarnos.

Cuando empezaron los dolores y el parto se anunciaba próximo, Cleonice y otra vecina vinieron a ayudarme. Me alegré de verlas allí. Creía que se habían molestado cuando un par de días antes les rechacé el amuleto con un trozo de raíz de ciclamen que me trajeron. Me sorprendió que creyeran en supercherías como la de que aquel amuleto iba a hacer más rápido el nacimiento del niño. Una vez más me di cuenta de lo afortunada que había sido de vivir en lugares como Atenas y Alejandría y de poseer unos conocimientos de Medicina que la mayoría de los médicos todavía ignoraban. Intenté explicarles que el que un parto fuera bien no dependía de los amuletos, y pensaba que había terminado por convencerlas. Por eso me extrañó que llegaran a mi casa en compañía de un esclavo que portaba un gallo.

—Los gallos favorecen el alumbramiento rápido —protestó Cleonice cuando le anuncié que no iba a permitir que entrara un animal en mi habitación.

—Cleonice, si vas a ayudarme, por favor sigue mis indicaciones —le pedí al tiempo que un nuevo dolor parecía romperme por dentro y me impedía seguir hablando.

—Está bien, lo dejaremos afuera, cerca de tu ventana —insistió ella—. El efecto será menor pero también puede ayudarte.

Un dolor más intenso que los anteriores me impidió contestarle con algún improprio.

Cuando conseguí que mis muy bien intencionadas vecinas se llevaran el gallo, los dolores eran ya tan seguidos que apenas tuve tiempo de explicarle a Cleonice cómo tenía que lavarse y cómo debía lavarme a mí para que no hubiera problemas. Ella seguramente nunca había atendido un parto en el que el agua hervida jugara un papel tan importante, pero me obedeció presta y ya no se atrevió a cuestionar nada.

Poco tiempo después, Helia se agarraba a mi pecho por primera vez; el calor y el leve peso de su cuerpo en mis brazos me transmitían una energía nueva que me recorría entera. Y cuando Helia se quedó dormida yo seguí con ella en brazos, mientras me aprendía su rostro, me impregnaba de su olor y sentía crecer en mí la necesidad de mantener el roce de su cuerpo con el mío. Luego Cleonice trajo a Krito para que conociera a su hermana.

—¿A que es una niña muy hermosa? —le dije.

Él miró con curiosidad a Helia.

—Es muy pequeña y está arrugada —me comentó con un cierto gesto de disgusto—. ¿Yo también era así cuando nací?

—Sí —respondí mientras le indicaba que se acercara.

Sin dejar de mirar a Helia, Krito se acurrucó a mi lado. Entonces lo acaricié con el brazo que me quedaba libre, lo besé en la cabeza y lo estreché junto a mí. No pude evitar que unas lágrimas desobedientes se escaparan de mis ojos. Lloraba porque me sentía dichosa al poder abrazar a mis dos hijos. Lloraba por la ausencia de Linos; porque temía que quizá él nunca llegaría a conocer a su hija. Cuando las lágrimas dejaron de fluir llamé a Cleonice y le pedí que abriera las ventanas. Enseguida me llegó el aroma de la mata de lavanda. Entonces cerré los ojos y me dejé acariciar por el sol. Me quedé dormida. Soñé que paseaba con Linos, Krito y Helia, rodeados del azul intenso de las plantas de lavanda delante de nuestra casa.

El sueño no me abandonó al despertarme, como ocurre casi siempre, sino que permaneció conmigo. El primer día en que me levanté de la cama tras el nacimiento de Helia, cedí a la tentación de sentarme a escribir lo que había soñado. Ése fue el principio. No tardé en sentir la necesidad de continuar escribiendo. Era mi manera de descansar de las presiones a las que me sometía mi nueva condición de terrateniente. Sentarme a escribir se convertiría al poco tiempo en algo que no podía dejar de hacer; el único momento del día que era sólo mío, cuando podía sentir a Linos muy cerca aunque no estuviera allí. Escribir era mi manera de celebrar que tenía a Krito y a Helia conmigo. Era mi forma de vencer el miedo a lo que todavía estaba por venir, de dar sentido a lo ya vivido, de apreciar todo lo que tenía a pesar de que me faltaba Linos, mi padre, mis amigos y mi trabajo en el Museo. Era mi refugio contra la soledad y la melancolía.

Más adelante mis papiros se convertirían en el único lugar donde podía encontrarme con las muchas Irenes que yo era, y no sólo con la que en aquel lugar todos conocían como la viuda joven que intentaba hacer productivas unas tierras sin saber todavía cómo. En los papiros podía revivir mis tiempos en la casa de mi padre, mi periplo por Creta, Alejandría, Atenas, Rodas. Allí podía reencontrarme con quienes había amado y que se habían quedado en alguno de esos lugares. Al referirme a ellos volvía a sentir su compañía, el calor de sus miradas, las palabras con las que muchos de ellos me habían ayudado. En los papiros también podía hablar de curas y de medicina, de todos aquellos a los que había visto morir sin saber cómo sanarlos y

de los que había logrado salvar. Allí podía recordar todo lo aprendido en el Museo de Alejandría.

Aún no había experimentado todo eso aquel primer día después del nacimiento de Helia cuando, tras situar la mesa bajo la ventana abierta y contemplar una vez más mis tierras y la raya brillante del mar en el horizonte cercano, inspiré de nuevo el aire perfumado de lavanda, espiré despacio, y empecé a escribir. Helia dormía a mi lado en su cuna.

Las fiestas dionisiacas para celebrar la vendimia de aquel año coincidieron con los últimos días en que los barcos de pasajeros podían llegar hasta Pharos. A lo largo del verano había ido todas las tardes al puerto, con Krito a mi lado en el carro y Helia en brazos. Durante el camino de ida imaginaba con todo detalle la alegría de Linos al ver por primera vez a su hija. A mi regreso intentaba convencerme de que llegaría en el siguiente barco. Pero aquel día ya no fue así; Linos no viajaba en el último barco que hacía escala en la isla antes de que se cerrara la temporada de navegación.

Sí que llegó, en cambio, una carta de Caledonia. Era la ansiada respuesta a la mía y en ella me decía que no había podido averiguar dónde se encontraba Linos. Lo único que sabía con certeza era que Linos no había regresado a la Escuela de Medicina y que Dionisia seguía viviendo en Alejandría. Me prometía que seguiría buscando, me escribía palabras de ánimo y me instaba a que tomara las riendas de mi vida sin esperar la ayuda de nadie. No me hablaba de su propia soledad, pero yo conocía bien a Caledonia y sabía leer entre líneas.

En los primeros actos de la celebración de la vendimia, observaba distraída a los muchachos y las doncellas que iban depositando cerca de la casa los pocos canastos con racimos que constituían nuestra primera cosecha. La alegre música de las flautas que había acompañado la recogida de la uva se me antojó preñada de melancolía.

—Ya casi hemos terminado —anunció Arquino—. La vendimia ha sido bastante buena, si tenemos en cuenta que llegamos aquí pasada la primavera y ya no era el momento de podar las cepas, y de que apenas ha habido tiempo de limpiar la tierra de malas hierbas. A partir de ahora, podremos cuidar de las vides y la cosecha del año que viene será mucho mejor.

Yo apenas podía dominar mi desasosiego y creo que no fui capaz de responder al capataz con la sonrisa de reconocimiento que esperaba.

—No se preocupe, señora. Son buenas tierras y sabremos sacarles partido.

Tuve que esforzarme en buscar las palabras adecuadas para agradecer a Arquino su entusiasmo. Después de oírlas, el hombre se alejó visiblemente satisfecho, para seguir dando órdenes a quienes estaban terminando de recoger la uva.

Deseaba quedarme en casa durante los días de jolgorio general que se avecinaban, pero Cleonice y Arquino no parecían dispuestos a aceptar mi decisión.

—Es la fiesta más importante del año —me decía mi vecina—, debes asistir. Allí

estaremos todos; amos y esclavos.

—Sí, señora, es importante honrar a Dioniso. No debemos olvidar que el vino es un vínculo con la tierra, con su eternidad y sus elementos —añadió Arquino.

—Cuando agradecemos a Dioniso cada nueva cosecha, por pequeña que ésta sea, se establece el ciclo de unión entre lo terrenal y lo sagrado, entre lo inmortal y lo transitorio. Es lo que une a los hombres con los dioses —continuaba diciendo Cleonice.

No podía contarles lo que me estaba ocurriendo. Para desahogarme sólo tenía las palabras que iba dejando escritas en los papiros y que nadie que no fuera yo iba a leer. Como le había ocurrido a Caledonia, yo también mantenía mi verdadera identidad en secreto. Eso hacía que me sintiera todavía más sola.

Aquella primera vendimia asistí sin ganas a las celebraciones en honor a Dioniso y, fiel a la tradición, tuve que recibir a los amos y esclavos de las haciendas vecinas. El porche de mi casa y los campos que la rodeaban se llenaron de una multitud alegre y vociferante que bailaba y cantaba al ritmo de la música de los aulós. Pero me sentía ajena a la fiesta, deseaba que todos se fueran para ponerme de nuevo a escribir.

Krito llegó corriendo acompañado de otro niño.

—Mamá, mamá, ¿puedo pisar la uva? —dijo todavía acalorado por la carrera.

Intuía que no debía permitirle que participara en una actividad propia de esclavos, aunque me entristecía defraudar su ilusión. De niña yo también quise pisar la uva, pero ni siquiera mi padre habría entendido que la hija de un ciudadano ateniense se pusiera a trabajar con los esclavos. Arquino supo interpretar mi confusión.

—Señora, a veces los hijos de los amos también participan, aunque siempre por poco tiempo —me informó el capataz.

Le agradecí su comentario y, a pesar de que Cleonice me decía con los ojos que no estaba de acuerdo, dejé que mi hijo disfrutara de lo que, para él, era un juego.

—De acuerdo —le dije—, pero sólo unos minutos.

—¡Bien! —gritó Krito. Me dio un abrazo agradecido y salió corriendo hacia los campos en compañía del otro chico.

Lo observé temerosa mientras se alejaba.

—No se preocupe, señora, yo cuidaré de él —me tranquilizó Arquino antes de alejarse en la misma dirección.

Tras pedir permiso a Bóreas, Noto, Céfiro y Euro, los dioses de los cuatro vientos, empezó la fiesta. Subieron varios esclavos jóvenes a las cubas de madera donde se habían vaciado las cestas de mimbre llenas de racimos de uva y se sujetaron de la cuerda que había encima para mantener el equilibrio. Tal como yo recordaba de mi infancia, todos empezaron a mover los pies al ritmo que marcaba el esclavo que tocaba la flauta. Krito y el otro niño los observaban con curiosidad. Arquino estaba a su lado, y cada vez que Krito le estiraba de la túnica para preguntarle cuándo iban a poder subir, él alzaba su mano derecha para indicarle que tuviera un poco de paciencia.

El accidente ocurrió poco después, cuando los dos niños saltaban entre gritos y risas mientras sus pies, sus túnicas y sus rostros se iban manchando del jugo de la uva. Arquino había aprovechado un momento de descanso de los esclavos para que subieran los dos niños y se divirtieran un rato. Saltaban sin descanso, sin sujetarse a la cuerda, a la que no llegaban por estar demasiado alta para su estatura. A veces caían, pero se levantaban enseguida sin dejar de reír. Y todo fue bien hasta que Arquino les dijo que debían bajar ya. Krito obedeció enseguida, el otro niño continuó saltando sin hacer caso. Su actitud provocó la furia de Arquino, que se dispuso a subir a la cuba para obligarlo a bajar. Al ver las intenciones del capataz, el niño intentó

zafarse de él bajando por el lado opuesto de la gran cuba.

El niño gritó al caer al suelo. Un grito agudo; después, silencio.

Arquino y yo fuimos los primeros en llegar hasta el herido. Vimos que al caer se había golpeado con la arista de la tapa de madera que se usa para tapar las cubas. Nos miraba a los dos con ojos temerosos. Gemía. A pesar de que el jugo de las uvas le había oscurecido la piel, pude ver cómo la sangre brotaba de una herida profunda en su pierna izquierda.

—Llévalo a mi casa —le dije a Arquino.

El capataz obedeció y se llevó al niño en brazos. Enseguida vimos que una mujer joven, una de las esclavas de Cleonice, venía corriendo hacia nosotros.

—¡Hijo, hijo!, ¿qué ha ocurrido? —gritaba la mujer mientras nos seguía hacia la casa.

Cleonice también se apartó de la multitud y se vino con nosotros. La madre del niño gritó todavía más cuando vio la sangre manar de la pierna de su hijo y la palidez de su rostro.

Pedí que acomodaran al niño en una banqueta de la sala y subí deprisa a mi habitación. Del fondo del arcón saqué mi caja de medicinas y bajé corriendo.

—Rápido, avisa a las esclavas que preparen trozos largos de tela limpia y una infusión de tomillo —le dije a la nodriza, que llevaba a Helia en brazos.

La niña se puso a llorar al darse cuenta de que yo me iba de su lado; su llanto penetró en mis oídos y en mi alma. Deseaba tomarla en brazos, acariciarla para que se calmara. Pero en aquellos momentos no podía detenerme; sabía que debía actuar deprisa; si no lo hacía, la herida de aquel niño continuaría sangrando con profusión y podría llegar incluso a ocasionarle la muerte.

Sólo permití que Cleonice y la madre del muchacho se quedaran conmigo. Krito no quiso irse y, sentado en el rincón más apartado de la sala, observaba en silencio. Cuando lo miré, me di cuenta de que estaba muy pálido y buscaba en mis ojos la confirmación de que podría curar a su amigo. Se la di.

Bajo la mirada atenta de Cleonice, lavé la herida con agua de tomillo. Después preparé un emplasto con hojas machacadas de aquilea y las coronillas de sus flores para detener la hemorragia. Busqué el eléboro en mi caja de medicinas y le administré una dosis muy pequeña al niño para que no sintiera el dolor que iba a provocarle la sutura. Antes de empezar a coser, apliqué un poco de aceite de cedro. Saqué una de las agujas de plata que me había regalado Herófilo, encendí fuego con el pedernal que siempre llevaba en la caja, pasé la aguja por el fuego hasta que se tornó de un rojo vivo, até a ella un poco de hilo de seda que llevaba en la caja de medicinas y junté con cuidado los dos lados de la herida. Cuando estuvieron bien alineados, empecé a coser. El niño se había quedado dormido.

—¿Eres médico? —me preguntó Cleonice sin ocultar su sorpresa al descubrir el contenido de mi caja de medicinas y la pericia con la que trabajaba.

—Sí —tuve que responderle mientras seguía cosiendo.

Cuando terminé, cubrí la herida con moho verde de pan y la vendé con cuidado con las telas que me había traído la esclava.

—No te preocupes —le dije a la madre del niño—, la herida sanará bien. Trae a tu hijo mañana para que vuelva a curarlo.

A partir de aquel suceso, mi verdadera identidad ya no pudo mantenerse en secreto. Cleonice me preguntó cómo era posible que una mujer fuera médico. Tuve que explicarle mi historia y pedirle que guardara el secreto. Y quizá lo hizo, aunque sólo en parte, pues pronto empezaron a acudir a mí los vecinos cuando tenían algún problema de salud. También observé que si alguna vez me cruzaba con alguno de los dos médicos de la ciudad, me miraban mal. Sabían quién era yo, pero no podían denunciarme como en Atenas. No me importaba su actitud, saberme libre para ejercer la medicina me ayudó a sentirme más a gusto en la nueva ciudad que me había acogido.

Durante aquel primer invierno de soledad y noches demasiado largas, la ausencia de Linos se me hizo algo más soportable gracias a la actividad frenética que iba llenando mis días. Tuve la oportunidad de atender partos, entablillar brazos rotos, diagnosticar enfermedades del corazón y de los pulmones, aconsejar las dietas más apropiadas para mantener la salud y administrar remedios para calmar el dolor, para reducir la fiebre, para mantener los dientes sanos, para curar diarreas y evitar estreñimientos. Al igual que en Creta, me di cuenta de que muy pocos sabían que la higiene es importante para prevenir enfermedades. Me encontré repitiendo una y otra vez, tal como le había visto hacer a Herófilo, la necesidad de separar a los animales de las personas, a pesar del calor que éstos proporcionaban durante las noches de invierno, la importancia de abrir las ventanas para permitir que se renovara el aire de las casas, o la obligatoriedad de hervir el agua y lavarse bien antes de manipular cualquier herida. También tuve que luchar para conseguir convencer a las mujeres de que abandonaran antiguas creencias acerca de la menstruación.

—No hagáis caso de quienes os dicen que si tocáis alguna cosa ésta se contamina —les decía a las más jóvenes.

—Pero —me respondía una de ellas—, los pepinos y las calabazas se secan o se vuelven ácidos si los miramos.

—El vino se agria y el lino se ennegrece —añadía otra.

—Eso no es cierto. ¿Acaso os ha ocurrido alguna vez? Haced la prueba y veréis —las retaba yo.

—No puede ser, no podemos arriesgarnos. Mi madre me ha dicho que hasta el bronce se mancha y los espejos se oscurecen, aunque si luego los miramos fijamente por el revés, recobran su brillo —aseguró muy seria la más joven.

Un día, cansada ya de dar explicaciones que no se creían y aprovechando la visita de dos de ellas, convencí a la que estaba menstruando para que se mirara en mi espejo

de bronce. Ella lo hizo y enseguida me devolvió el espejo, visiblemente asustada porque no se había oscurecido. Yo tomé su mano temblorosa y la pasé por mi blanco quitón de lino sin que alterara su color. Ella se puso en pie y me miró con los ojos muy abiertos. Yo no hice caso de su turbación y la animé a que me acompañara al jardín y tocara las zanahorias que estaban creciendo. Ella rozó una zanahoria y enseguida apartó la mano. Dijo que quería irse. Antes de que las dos jóvenes regresaran a sus casas, las insté a que volvieran unos días más tarde para comprobar que las zanahorias no se habían secado. Estaba segura de que había derrotado su ignorancia. No fue así. Lo único que entendieron es que yo era diferente, que tenía no sólo la capacidad de curar las enfermedades sino también la de hechizar a los objetos que me rodeaban para que se acoplaran a mi voluntad. Decidí no insistir, pero me entristecía que todos los meses vivieran la llegada de la sangre con tanto temor.

Más adelante quise también convencer a las mujeres de la inutilidad de los amuletos anticonceptivos que todavía utilizaban. Intenté explicarles que llevar el hígado de un gato atado al pie izquierdo, o girar después de cada regla alrededor de un garbanzo de Cirene en un platillo de agua no prevenía la concepción. Esa vez me hicieron algo más de caso; por sus miradas comprendí que muchos de los niños que habían nacido en los últimos años fueron concebidos por madres que habían seguido escrupulosamente esos métodos.

En el rostro de Helia descubría cada día la sonrisa de Linos. Aunque sabía que no podía entenderme, yo le hablaba siempre de su padre. Ella me miraba sentada bien erguida en su cuna y alzaba sus manos hacia mí para que la tomara en brazos. Procuraba dejarla con la nodriza sólo cuando no me quedaba más remedio: cuando debía hablar con Arquino sobre dónde vender el poco aceite de la cosecha de aceitunas de aquel otoño, o cuando alguien venía a buscarme para que le acompañara a visitar a algún enfermo. Entonces me alejaba de Helia con pena, y a la vez contenta, porque significaba volver a poner en práctica lo aprendido en Alejandría.

Me gustaba seguir los avances de Krito en la escuela y escuchaba atenta lo que me decía de su tutor y de los juegos con los otros niños. Reíamos juntos, nos contábamos historias como siempre habíamos hecho y dejaba que jugara con su hermana, que le hablara, que la tomara en brazos, que le enseñara sus juguetes y que inventara cuentos para ella. No quería ser una madre ausente como lo fue la mía.

Gracias a la paciencia de Arquino, durante aquellos meses aprendí muchas cosas sobre el cultivo de las tierras: cómo se medía la calidad del vino y del aceite, qué precio alcanzaban los diferentes tipos de vino en cada uno de los mercados más importantes de la Hélade, o si el vino mejoraba cuando se le añadían otras sustancias como resina de las coníferas, orégano, tomillo, especias o salmuera.

—No creo en esas mezclas —me comentaba Arquino.

—Algunos dicen que hacen el vino más suave y que es más difícil embriagarse.

Otros dicen que es justamente al contrario. ¿Qué hay de cierto en ello? —pregunté desde mi ignorancia.

—Lo que vuelve a los hombres ebrios no es el tipo de vino, sino la cantidad que se consume.

—Eso es cierto, pues el vino en cantidades modestas es saludable. He visto utilizarlo como diurético, analgésico, tónico o digestivo —respondí.

—Al que fue mi amo siempre le oí decir que hay que beber con moderación. Tres cuencos es la medida perfecta. El primer cuenco es para la salud, el segundo para el amor y el placer, el tercero para dormir, y después de éste los invitados sabían que debían volver a sus casas.

—¿Y lo hacían?

—Si no, mi amo los echaba, pues decía que el cuarto cuenco pertenece a la violencia, el quinto al tumulto, el sexto al regodeo beodo, y así hasta el décimo, que es el de la locura y el lanzamiento de muebles.

Arquino era un hombre honesto, trabajador, que emanaba serenidad y plena dedicación al cuidado de la tierra y la venta de las cosechas. También era un hombre atractivo, todavía joven. Hacía unos días lo había visto cerca de una de las esclavas y descubrí que algo estaba ocurriendo entre los dos. Me alegré por ellos. Mi deseo se había quedado atrapado en los brazos de Linos. Saber que Arquino estaba interesado por otra mujer me hizo sentir más cómoda cuando estábamos a solas. Aprendía mucho escuchándolo. Nuestras conversaciones se volvieron cada vez más distendidas. En una de ellas incluso me atreví a hacerle una sugerencia de cultivo.

—¿Crees que podríamos plantar más arbustos de lavanda?

—¿Para qué, señora? —respondió sorprendido por mi pregunta—. ¿No le parece que los arbustos silvestres ya son suficientes para perfumar el aire?

—Sí, claro. Pero...

No quería decirle a Arquino que había vuelto a soñar con los campos de lavanda y Linos. Él tenía razón; no era necesario plantarla. Más adelante descubriría que un campo de lavanda podría tener una utilidad concreta y no sólo la de alimentar la esperanza de que Linos se reuniera conmigo.

Los días de aquel invierno pasaron despacio. Yo tomé por costumbre aprovechar las primeras horas de la mañana para escribir, justo después de que Helia se quedara dormida tras amamantarla. Me gustaba sentir cómo los primeros rayos de sol que se colaban por la ventana me acariciaban mientras plasmaba en el papiro las voces de quienes había dejado atrás, revivía el sonido de las ciudades y el aroma de los jardines, y volvían las emociones pasadas. Durante aquellas horas de escritura descubrí que quizá no fuera justo que me quejara de mi suerte, pues siempre había conseguido la ayuda desinteresada de quienes me había encontrado por el camino. Herófilo, Linos, mi tía Helena, Caledonia, Areté... y Manetho. Me preguntaba qué

habría sido de él, qué habría pensado de mi huida silenciosa y cobarde. Caledonia no lo nombraba en su carta y me propuse escribirle, disculparme aunque fuera tarde.

A veces también regresaba el recuerdo de Leandro. Continuaba sin entender aquella pasión tan intensa que se desvaneció en cuanto me alejé lo suficiente como para no tener la tentación de ir a buscarlo. Y cuando miraba a Krito ya no buscaba en él los ojos de Leandro; sólo veía a mi hijo. Me alegraba saber que crecía sano, confiado, alegre; deseaba que nunca tuviera que enfrentarse a los sucesos trágicos que habían marcado la vida de su padre y que lo convirtieron en un hombre inseguro y triste.

En otros momentos me asaltaba la certeza de que Linos no vendría nunca y me esforzaba por recordar cada uno de sus gestos; temía que algún día llegaría incluso a olvidarlos. De alguna manera presentía que aquélla sería mi casa, que no habría más viajes, ni retornos, ni reencuentros lejos de Pharos. Sabía que debía aceptar que ya pertenecía a aquel lugar y que el cultivo de las tierras y el comercio de la vid y el olivo pronto deberían dejar de ser un misterio para mí. Tenía que aceptar también que ya no volvería a estudiar en la biblioteca de Alejandría, y a pesar de eso debía alegrarme de tener la oportunidad de continuar ejerciendo como médico. En los momentos de desánimo debía conformarme con recordar que estaba más preparada para enfrentarme a la enfermedad que los otros médicos de la isla, y que Cleonice, Arquino y los demás vecinos a quienes había conocido eran mis nuevos amigos, aquellos que estarían allí para ayudarme si lo necesitaba, lo mismo que yo a ellos.

Oí que Helia se movía en su cuna y me volví para mirarla. Dormía. Me levanté y acaricié su mejilla; después pasé la mano por sus cabellos y me pareció que un día serían tan ondulados como los de su padre. Una vez más pensé que había sido más afortunada que Linos, pues yo tenía a Helia y a Krito conmigo y él, en cambio, no tenía a nadie. Una pena inmensa se apoderó de mí, me preguntaba una vez más cuál habría sido su suerte. No pude dejarme llevar por la melancolía porque Helia abrió los ojos y se puso a llorar. Debía cambiarle los pañales. Empezaba un nuevo día.

La primavera cambió la luz del cielo y el aroma del aire, mientras en los viñedos aparecían los brotes nuevos, el anuncio de lo que en pocos días serían las hojas de un verde brillante. Al igual que la tierra se renovaba, yo sentía renacer la esperanza de que Linos viniera en el primer barco que llegara al puerto de Pharos. Los propósitos que me había hecho de aceptar que estaba sola, y que me habían ayudado a cuidar de mis hijos y a gobernar mi casa con entereza, parecían haber desaparecido el mismo día en que escuché de nuevo el primer trino de los pájaros que regresaban a casa después del invierno.

La mañana de la llegada del primer barco me levanté temprano y me senté a escribir, pero no conseguí plasmar lo que sentía en el papiro. Estaba demasiado ansiosa, y creo que Helia debió de percibir más movimiento del habitual pues se

despertó antes. Me acerqué a ella, la saqué de su cuna, la abracé, la lavé y, mientras la vestía con esmero, no dejaba de hablarle ilusionada.

—Helia, hoy conocerás a tu padre.

Ella me devolvió la sonrisa confiada que sin duda había visto en mi rostro. Yo la volví a sentar en su cuna y le acerqué sus manos una y otra vez, como si la estuviera enseñando a aplaudir. A Helia pareció gustarle el gesto y lo repitió varias veces mientras se reía.

—Voy a vestirme, Helia, hoy quiero estar más hermosa que nunca porque estoy segura de que él llegara en el barco que viene de Alejandría —le dije mientras buscaba la túnica y los adornos discretos que ya hacía muchos días había decidido llevar para la ocasión.

Cuando las dos estuvimos preparadas, tomé a Helia en brazos y me dirigí a la habitación de Krito. Estaba listo para ir al puerto. Habíamos hablado mucho sobre ese primer barco que inauguraba la temporada de navegación y los dos habíamos alimentado la esperanza del reencuentro con Linos.

—Estás muy guapa, mamá —me dijo cuando lo tomé de la mano antes de salir de casa.

El esclavo nos saludó, nos ayudó a subir al carro y se puso en camino en dirección al puerto. Cuando llegamos, Krito bajó enseguida del carro y fue corriendo hasta el lugar desde donde habíamos esperado cada día los barcos antes del invierno. Era una gran roca, un poco elevada en el lado oeste del puerto. Desde allí podía observarse cómo los barcos se acercaban, sin recibir los empujones de la multitud vociferante que se acumulaba en el muelle. Se podían distinguir incluso las caras de los pasajeros que, apoyados en la barandilla, esperaban su turno para desembarcar.

Nos sentamos, y Krito se entretuvo subiendo y bajando de la roca, como siempre hacía mientras esperábamos la llegada de un barco. Yo jugaba con Helia y la hacía saltar sobre mis rodillas, simulando primero un caballo que va a paso muy lento, luego a trote y al final a galope. Cuanto más rápido se movían mis rodillas, más se reía Helia. Su risa me contagiaba, me hacía sentir ligera, esperanzada.

—Ya está aquí —gritó Krito señalando el barco que se acercaba.

—Sí. Es el que viene de Alejandría —dije con un hilo de voz.

El corazón me latía deprisa y las piernas apenas me sujetaron en el suelo cuando me levanté para verlo mejor. Durante unos instantes no fui capaz de tomar el aire que necesitaba para continuar respirando. Sólo esperaba el momento de ver a Linos y empezar a hacerle señales para que supiera dónde estábamos.

Empezamos a buscar su rostro entre todos los pasajeros, que ya empezaban a distinguirse con claridad. No lo encontramos. Tampoco pudimos descubrirlo entre quienes desembarcaban. Aun así, esperamos, esperamos hasta que la multitud en el muelle se hubo dispersado, confiábamos en que quizá hubiera sido el último en bajar, o que se hubiera detenido para preguntar a los trabajadores del puerto qué dirección debía tomar para llegar hasta casa.

Linos no estaba.

—Llegará en el próximo barco —le dije a Krito disimulando mi desencanto.

Él no dijo nada. Ya había oído eso muchas veces. Años más tarde me confesaría que aquella mañana dejó de creer que Linos apareciera algún día, aunque estaba dispuesto a ir al puerto todas las veces que yo hubiera querido porque le gustaba la excursión y, sobre todo, verme a mí tan contenta y vestida con esmero.

—Vamos —dije resuelta al tiempo que me secaba con las manos dos gruesos lagrimones que no habían querido esperar hasta que llegara a casa—. Volveremos la semana que viene. Seguro que entonces sí que estará Linos en el barco.

Eso les dije a mis hijos, pero yo también había dejado de creer en mis propias palabras. Aquel día, mientras regresábamos a casa, decidí que no volvería más al puerto. Aunque algo dentro de mí me repetía que Linos estaba vivo y que me amaba, después de aquel último viaje al puerto perdí toda esperanza de que algún día pudiera reunirse con nosotros. Sólo me quedaba el sueño con él en los campos de lavanda y esperar la llegada de la noche para ver si se repetía.

Una vez en casa, dejé a los niños con la nodriza y me encerré en mi habitación. Estuve allí un rato, intentando hacer mía la serenidad de la luz que entraba por la ventana. Después me cambié de ropa y me lavé la cara para disimular los restos del llanto.

Cuando salí me anunciaron que Arquino me esperaba en el porche para consultarme algo sobre la próxima cosecha. Recuerdo que le satisfizo mi respuesta y me dijo que aprendía rápido. Agradecí su comentario. Entonces respiré el aire que venía cargado de fragancias conocidas y centré mi mirada en el lugar donde crecían salvajes dos arbustos de lavanda rodeados de una tierra vacía que no parecía apta para ningún cultivo.

—Arquino —dije señalando el lugar—. Plantaremos allí más lavanda. Manda preparar la tierra.

—Sí, señora —respondió él.

Epílogo

Helia abandona el porche donde todavía están reunidos familia y amigos y entra en casa. Quiere estar sola. Cruza una a una las habitaciones que le devuelven su pasado. Cantan las canciones que escuchó de niña, le narran las historias que más le gustaban, le traen el olor a pan en el horno, a tierra mojada, a la ginesta de todas las primaveras, al aire que viene del mar. Se detiene en cada una de las estancias que compartiera con su familia durante años y vuelve a descubrir los objetos que la acompañaban cuando era niña. No tiene recuerdos tristes. Abre la puerta de la habitación donde su madre solía escribir y se sienta en la silla que hay delante de la ventana. Mira hacia afuera, como siempre le vio hacer a ella. El cielo anuncia una de esas tardes largas de los días de estío. Helia deja su mirada vagar por la habitación hasta que se posa en el arcón. Es el mismo donde una vez se encerró cuando ella y su hermano jugaban al escondite. Aquel día había descubierto unas fundas de tela con unos rollos de papiro dentro que todavía no supo leer. No había vuelto a pensar en ellos. Se levanta de la silla, va hacia el arcón y abre la tapa. Los papiros siguen allí. Hay muchos y están numerados. Despliega el primero y empieza a leer.

Helia lee y lee sin sentir el paso del tiempo. Hace mucho rato que una esclava ha encendido la lámpara de aceite y aunque todavía es de noche, ya empieza a oírse la alegría de los pájaros cuando se acerca la mañana. A medida que avanza en la lectura de los papiros, regresa con nitidez el recuerdo de la mesa bajo la ventana y la luz del sol que envuelve la figura de su madre mientras escribe; el gesto concentrado, la mirada ajena a todo cuanto acontece a su alrededor. Cuando termina de escribir mira a Helia que juega a su lado en silencio. Lo hace con una sonrisa nueva y serena que no tenía antes de sentarse a la mesa. Después la toma en brazos, le acaricia los cabellos y deja que ella le señale con el dedo todo aquello que pueden ver desde la ventana, y la abraza y la besa, como hacía cada vez que lograba pronunciar una nueva palabra. Delante de esa ventana a la que ahora se asoma de nuevo, Helia había aprendido a descubrir los sutiles cambios de tono en el azul del cielo y el brillo siempre diferente del mar cuando se junta con la línea del horizonte.

Los trazos fuertes y seguros que llenan los primeros papiros que escribió su madre le hablan de la joven que ella no conoció. Muestran las dudas, anhelos, sueños y dificultades de alguien que tuvo que aprender a vivir sin el soporte cercano de una familia y sin las seguridades aprendidas que hacen la existencia más cómoda. Alejada demasiado pronto de su padre y de la protección que éste representaba, había tenido que enfrentarse a una continua sucesión de cambios que la obligaron a plantearse nuevas preguntas para las que tuvo que buscar una respuesta rápida, propia, diferente,

muchas veces arriesgada. Fueron esas situaciones las que forjaron en ella la mujer que llegó a ser. La que Helia conocía, la que se escondía tras las palabras que llenaban los papiros.

Absorta en el pasado, Helia avanza en la lectura cronológica de los escritos hasta llegar a sus primeros recuerdos de infancia. Vuelve a sentir el olor de los bazyma recién hechos; la dulzura de la miel que acompaña cada bocado y la sorpresa de los higos secos y las nueces que se esconden dentro. Se ve a ella misma y a Krito mientras inventan historias de aventuras en el jardín. Lo hace desde los ojos complacidos de su madre, desde su deseo nunca reprimido de ponerse a jugar con ellos. En sus palabras Helia reconoce su propio sentir, ahora que también ella tiene hijos y le gusta seguirlos en sus juegos.

El olor a lavanda que entra por la ventana la devuelve a uno de sus recuerdos más tempranos, al día ya lejano en que vio por primera vez el azul intenso de las flores que cubrían una parte de los campos alrededor de la casa. Siente de nuevo la presión de la mano de su madre sobre la suya, ve la alegría en su mirada. No supo hasta años más tarde que la emoción que ella había experimentado ese día la compartieron todos los que vivían en la casa. Para ellos también era la primera vez, la primera cosecha, el primer éxito de una sugerencia osada de la mujer todavía inexperta en el cultivo de la tierra que se había atrevido a tomar su primera decisión, sin atender a los consejos de quienes sabían más que ella.

Fue poco después de aquella primera floración de lavanda cuando llegó Caledonia. Helia no recuerda la visita de la amiga de la que tanto hablaba su madre, pero al leer lo que ella escribió de aquellos días comprende la gran amistad que las unía. En el relato se recrea la satisfacción de Caledonia cuando su amiga le da a probar unas gotas del agua perfumada que ha extraído tras colocar las flores de lavanda en unas grandes calderas y mantenerlas sumergidas hasta que hubieran soltado todo su perfume. Descubre el entusiasmo contagioso en la reacción de Caledonia, la complicidad de las dos mujeres mientras hacen planes de cómo aumentar la fabricación de ungüentos y agua perfumada para venderlos también en Alejandría. Su madre narra las largas conversaciones con su amiga y el contenido de las cartas que intercambiaron durante muchos años, hasta que murió. Fue Caledonia quien le dio noticias de Manetho, quien hizo posible que los dos retomaran la amistad e iniciaran una correspondencia que ya no se interrumpiría.

Los papiros hablan de Manetho, y Helia reconoce al hombre curioso, amable y sabio que ha sido su maestro en la Escuela de Medicina de Alejandría. Todavía llora su muerte reciente; con su ausencia ha perdido no sólo a su maestro sino también al mejor de sus amigos. Helia sabe que, de no haber sido por él, nunca habría podido estudiar en el Museo. A pesar de los esfuerzos de Herófilo por cambiar las cosas y de los años transcurridos, ella continúa siendo la única mujer en ese mundo de hombres.

Gracias a Herófilo y a su propio esfuerzo, Manetho había logrado ser el primer médico egipcio en estudiar en la Escuela de Medicina y en convertirse en un maestro respetado de tan prestigiosa institución. Tras la muerte de Manetho, se abre para Helia una incógnita. No sabe todavía si otro médico accederá a aceptarla como discípula, quizá no pueda seguir sus estudios. No se ha atrevido a decirle nada a su madre para no entristecerla. Sabe que ella se ha ido satisfecha, orgullosa de su hija, creyendo que todo iba bien; que sus esfuerzos y los de todos aquellos que la ayudaron hicieron posible que por fin las mujeres también pudieran acceder al estudio de los papiros y a la práctica de la medicina. Pero no es así. No todavía.

Helia suspira. La nostalgia dibuja una sonrisa triste en sus labios. Ella siempre quiso ser médico. Quizá fuera porque desde muy niña sintió curiosidad por el contenido de los frascos de medicinas que se guardaban en unos anaqueles que podía ver todos los días pero que ni ella ni Krito tenían permitido tocar. O quizá fue por la magia de aquel jardín donde crecían las plantas que podían curar, o por los papiros médicos que a veces llegaban de Alejandría y que siempre quiso saber qué decían, o por los hombres y mujeres que acudían a su casa en busca de ayuda para combatir sus dolencias, o por las breves ausencias de sus padres cuando uno de los dos debía ir a visitar a algún enfermo. No recuerda cuándo empezó a desear formarse como médico en la ciudad de la que de manera tan contradictoria le habían hablado sus padres. Para ellos Alejandría era el lugar siempre añorado pero también la ciudad a la que ninguno de los dos deseaba volver.

Mientras avanza en la lectura de los papiros, Helia se da cuenta de que su memoria no es capaz de evocar la primera vez que vio a su padre, aunque sí los juegos que compartió con él y con Krito. Su madre recoge alguno de esos momentos y ella se ve de nuevo agarrada al cuello de su padre con los dos brazos, las piernas cruzadas sobre su abdomen y riendo mientras grita: «Corre, caballo, corre». Y él, divertido, imita por el jardín el trote acelerado y los relinchos de aquellos animales que pronto Krito y ella aprenderían a montar. En sus recuerdos de infancia hay también retazos de diálogos que dejaron en ella una referencia confusa acerca del tiempo en el que sus padres tuvieron que vivir lejos uno del otro. Ahora empieza a entender el significado completo de las frases imprecisas que guarda su memoria y que se refieren a lo ocurrido después de que su padre perdiera el barco que se llevaba a su madre y a Krito lejos de Alejandría. Helia era todavía muy niña pero nunca ha olvidado una de aquellas conversaciones. Entonces le pareció una historia fantástica, muy similar a las que le contaban Krito o su madre. Le había costado creer que tuviera a su propio padre como protagonista. Ahora revive aquella tarde en el jardín y le parece escuchar sus voces.

—¿Fue entonces cuando te hirieron en la pierna? —Recuerda que preguntó Krito.

Ahora Helia sabe que, al intentar huir de quienes lo perseguían, su padre perdió el

barco y los hombres de Dionisia, los mismos que habían sido sus esclavos, lo hirieron, le dieron alcance y, siguiendo las órdenes precisas de ella, lo ataron como habrían hecho con cualquier prisionero. Tan lejos de aquella tarde, Helia recuerda que todos estaban muy atentos al relato del padre y que ella se asustó.

—Dionisia me encerró en mi propia casa, en uno de los almacenes; un cuarto pequeño con ventanas altas y tan estrechas que era imposible escapar por ellas —les contó su padre.

En los papiros de su madre descubre que, aunque Linos ya no se comportaba como un esposo, Dionisia prefería mantenerlo encerrado a saberlo libre y con Irene. Para ella, su madre representaba el primero y el más importante de sus fracasos. Se llevaba a su esposo, esperaba al hijo que ella no había podido concebir y, además, Kritó e Irene habían conseguido escapar. Sólo lo tenía a él para vengarse de todo eso.

Helia recuerda haber oído varias veces el nombre de Critila sin saber quién era, algo que su madre revela en los escritos al explicar los motivos que llevaron a aquella mujer a ayudarlos. La amiga de Dionisia, la misma que espiaba a sus padres y la mantenía informada, decidió liberarse de los lazos que la ataban a la despótica Dionisia. Se había cansado de someterse a sus caprichos, a su dominio, sólo porque el padre de Critila ocupaba un puesto inferior en la administración del rey Ptolomeo.

Critila tardó en reunir el suficiente valor para plantarle cara a Dionisia, pero cuando lo hizo ya no se volvió atrás. Planificó su venganza con la intención de atacar donde más podía dolerle. Primero consiguió convencer a Dionisia para que le permitiera acompañarla cuando iba a visitar al prisionero para mofarse de él y recordarle que era la dueña de su destino. Critila lo insultaba incluso con más vehemencia. Las dos le repetían que nunca saldría de allí, que no conocería al hijo que esperaba.

Helia revive ahora la emoción en el rostro de su padre aquella tarde, cuando se acercó a ella, le tomó la cara entre las dos manos, le dio un beso en la frente y le hizo cosquillas en la rodilla hasta hacerla reír. Luego sus padres se tomaron de la mano y se miraron a los ojos. Es su primer recuerdo de ese intercambio de miradas entre ellos que volvió a ver muchas veces a lo largo de los años. Cuando ocurrían, a Helia le parecía que todo se detenía a su alrededor y que sólo existían ellos cuatro, el sol, el cielo y la raya del mar en el horizonte.

Le sorprende la nitidez con la que va regresando a ella la conversación que ahora puede evocar con detalle gracias al papiro de su madre:

Linos se dio cuenta de que Critila fingía. Mientras secundaba los insultos de Dionisia, estaba buscando la manera de sacarlo de allí. Encontró la forma de liberarlo gracias al joven esclavo que vigilaba por las noches la puerta del almacén donde lo tenían retenido.

Alguna vez los oyó hablar al otro lado de la puerta, luego le llegó la risa alegre de los dos, otras veces la risa iba acompañada de gritos de euforia en los que era fácil

identificar el influjo del alcohol. Una madrugada, a esos gritos les sucedieron los gemidos inequívocos del amor. Poco después la puerta se abrió y una Critila alterada y a medio vestir le ponía dinero en la mano y el papiro que justificaba la compra de su pasaje.

—Vete —lo apremió—. El barco no tardará en salir.

Linos salió de la habitación, saltó por encima del esclavo dormido y corrió hacia el puerto.

Helia lee dos veces el relato completo del día en que llegó su padre. Descubre que su madre, ya resignada a haberlo perdido, dejó de ir a esperar la llegada de los barcos al puerto. Había decidido volcarse de lleno en su trabajo, en el cuidado de ella y de Krito, y en su escritura. Estaba consiguiendo vencer la nostalgia y, por primera vez desde que abandonó la casa de su padre, se sentía fuerte, capaz de afrontar cualquier adversidad. Había escrito también que si el azar le permitía decidir dónde quería vivir a partir de entonces, optaría por quedarse en la casa que Krito y Helia habían alegrado con sus voces infantiles y que estaba rodeada por unas tierras que había aprendido a querer. Creía que era allí, en aquel pedazo de tierra tan cerca del mar que fuera testigo de todos sus viajes, donde se cerraba el círculo que se había abierto el día en que tuvo que irse de Atenas por primera vez. Gracias a Arquino, el capataz que sabía escuchar los deseos de la tierra, estaba asimilando deprisa los secretos de su cultivo, la forma de cuidarla con mimo y respeto para que diera lo mejor que podía ofrecer. Estaba aprendiendo a interpretar sus mensajes. Le gustaba hacerlo.

Helia comprende que su madre ya no deseaba regresar a Alejandría y que, a pesar de que siempre echaría en falta las horas de estudio en el Museo, se sentía satisfecha de poder ejercer de nuevo la medicina, aunque fuera a ratos. Se había dado cuenta de que su saber no era tan limitado como ella creía y que podía ayudar a muchos. Se complacía al constatar que la gente empezaba a acudir a ella no sólo para que atendiera los partos sino también para que diagnosticara y tratara sus dolencias. Eso es lo que había estado haciendo la tarde en que llegó él. Al referirse a su reencuentro, se lamentaba de no haber sido capaz de presentir el momento que tanto había deseado, el que tantas veces había imaginado con todo detalle.

Me pregunto por qué aquel día había transcurrido como cualquier otro, por qué no fui capaz de presentir que Linos estaba ya muy cerca. Yo acababa de regresar a casa después de entablillar el brazo del hijo de Cleonice, que se había caído del caballo. Krito y Helia jugaban en el jardín. No pude ni siquiera guardar la caja de medicinas en su sitio porque Arquino ya me esperaba para que repasara las cuentas relativas a la venta de la cosecha. Concentrada en lo que estaba revisando no oí ningún ruido y, cuando levanté la vista para empezar a enrollar el papiro antes de devolvérselo a

Arquino, vi que se dirigía hacia nosotros un desconocido delgado y harapiento. No supe que era Linos hasta que no estuvo cerca y pude distinguirle la sonrisa. La sorpresa hizo que todavía tardara unos instantes en correr hacia él. Fundidos en el más intenso de los abrazos, regresamos a nuestra playa solitaria en Lato, oímos como el mar nos dictaba nuestros sueños y nos hablaba de un futuro que por fin había llegado.

Los papiros que relatan los años de la infancia de Helia y su hermano en Pharos reflejan tiempos felices, que perdieron algo de su intensidad cuando Helia partió una mañana hacia la Alejandría de la que tanto le habían hablado sus padres. A partir de ahí, los escritos recogen las noticias que Helia enviaba en sus cartas, la pasión con la que su madre seguía sus estudios en la Escuela de Medicina, la ilusión con la que vivía el anuncio de sus visitas, la energía que derrochaba en la preparación de la casa para recibirla y cómo hacía la cuenta atrás de los días que faltaban para verla de nuevo. Más adelante, sus palabras también expresan la alegría inmensa que sintió cuando pudo traer al mundo a cada uno de sus nietos.

Los escritos reflejan la ilusión con la que durante años sus padres recibieron los papiros que Manetho hacía copiar para ellos y les enviaba desde Alejandría, la satisfacción que sentían cada vez que él o ella lograban devolver la salud a algún enfermo. Pero no era la medicina el único interés de su madre. Mientras lee, Helia puede confirmar la fuerza que la unió a sus cultivos. Comprende su satisfacción al descubrir que Krito sentía también la llamada de la tierra y que dirigía plantaciones y cosechas con pasión, experimentaba ilusionado con nuevas formas de hacer perfume con la lavanda y otras flores, y se había convertido en uno de los propietarios más prósperos de la isla. También había dejado escrito su temor de que el éxito que le había llegado a Krito tan rápido, tan joven, pudiera cambiarlo; hacerlo deshonesto, holgazán o tirano con quienes estaban bajo su mandato, como ocurría a veces con quienes tenían el poder. Confiaba en que, a pesar de su éxito, su hijo continuaría siendo el propietario honrado que ella deseaba que fuera, aunque ya sabía que no iba a vivir lo suficiente para verlo.

En el último papiro, escrito hace sólo dos días, su madre no se lamenta de que no haya ningún médico capaz de curar la dolencia que la está dejando sin fuerzas para continuar adelante. Al contrario que su padre, la ha aceptado con serenidad, sabedora de que algo así podía llegarle al final de una larga vida. Intuye que va a emprender pronto ese último viaje del que le hablaba Epicuro y que, al igual que hizo él, ella ya ha aprendido a no temer. Sabe que tiene que hacerlo sola, que debe abandonar una vez más todo cuanto ama.

Helia ya no puede retener más las lágrimas cuando lee las últimas palabras que ha escrito su madre. En ellas plasma la dicha inmensa que siente por haber podido

compartir el fluir de los días con su esposo, ver crecer a sus hijos y saberlos contentos, por haber sido maestra y médico, por haber aprendido a querer la tierra. Por haberse equivocado, por haber tenido que empezar de nuevo tantas veces, por no saber nunca cuál era el camino ni adónde la llevaba, por haber podido recorrerlo de todos modos.

Cuando Helia termina de meter todos los papiros en sus fundas, la lámpara de aceite ya ha dejado de dar luz y el sol hace rato que ha salido del mar. Alguien a quien no ha oído llegar le pone la mano sobre el hombro derecho con delicadeza. Ella se gira. Entonces ve en el hombre que la mira los restos de un llanto reciente asomando a sus ojos todavía jóvenes, atrapados entre las arrugas de la cara y el blanco cabello que la enmarca.

—Vamos, hija, se ha hecho muy tarde y debemos ir a descansar —dice Linos tendiéndole la mano.

Agradecimientos

Al Museo del Papiro de Viena, al Museo Arqueológico de Split y al Museo Arqueológico Nacional de Atenas, por permitirme acceder a los documentos y objetos de la época histórica en que transcurre mi novela.

A los muchos autores cuyos trabajos sobre reyes y ciudades, arte y filosofía, medicina y jardinería, vida cotidiana, costumbres y creencias de las primeras décadas del helenismo, me han permitido ambientar esta historia y dar vida a sus personajes.

A mis hijos, Alexis y Adriana, y a mis amigas escritoras Elena, Emi, Maricarmen y Rosa, que han visto nacer y crecer esta historia. A Dolors, Glòria, Montse, Neus y Roser, lectoras y amigas, que me han dado ánimos para continuar.



MAGDALENA ALBERO ANDRÉS (Alcoy, Alicante, 1953) es profesora titular en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha sido investigadora visitante en diferentes universidades de Estados Unidos y Canadá, y ha escrito varios libros y artículos científicos sobre juventud y medios de comunicación. En el campo de la ficción, ha publicado relatos en diversas antologías. *Los caminos del mar*, su novela debut, ha resultado ganadora del II Certamen Internacional de Novela Histórica Ciudad de Úbeda.

Notas

[1] Pharos es el nombre que tenía en la época la actual isla de Hvar, en Croacia. <<